

Avatares del Destino



Annotation

Novela de intriga y suspenso ambientada en la América y Europa de transición entre la Edad Media y El Renacimiento y al actualidad. Narra el permanente deseo del hombre de conocer el destino y del poder que tal conocimiento le puede dar.

Miembros de la Iglesia en la época de la Inquisición y una secta que se autoproclama defensora de la verdad, luchan por hacerse con unos pergaminos escritos en el año 500 AC, en la ciudad de Nínive, en la antigua Mesopotamia. Los pergaminos, que contienen las profecias inspiradas por el lado oscura y las fuerzas derrotadas en la lucha por el cielo, caen en manos inocentes que deberán salvaguardarlas de quienes la quieren para el mal. Pero ¿Están la la maldad y la bondad en estado puro en alguno de los bandos que se la disputan? Las ansias de poseer los pergaminos y su poder llegan hasta nuestros días, en que miembros de ambos grupos siguen luchando después de mil quinientos años por hacerse con sus secretos.

Una pareja, Pilar y Gabriel, teóloga e historiador respectivamente, se ven inmersos en la lucha por azares del destino y deberán buscar la verdad de lo sucedido en el pasado, que puede ser incluso una tarea más difícil que la de predecir el futuro

Caesar Alazai

Avatares del destino

octubre 2009

Prólogo

Será más fácil anticipar el futuro que intentar descifrar la verdad sobre lo que sucedió en el pasado.

LA lluvia azotaba fuertemente la cara de la mujer, que a su vejez se encontraba encinta. Caminaba con marcha fatigada en busca de un refugio, pues sabía que su alumbramiento estaba cercano. La tupida lluvia y lo oscuro de la noche solo permitía ver unos cincuenta metros hacia adelante y los vientos eran tan fuertes que sus cabellos se revolvían insistentemente sobre su cabeza.

Por un camino que caía perpendicularmente sobre el que transitaba, la anciana vio acercarse dos figuras humanas con sendas antorchas, cuyas flamas a causa del viento apenas podían mantener encendidas. Esperanzada, aguardó a la vera del camino justo donde desembocaba el que venía desde la montaña. Observó su ropa empapada, pegada a su débil cuerpo y tiritó de frío, automáticamente pasó una mano por su vientre y sintió como el mismo se movía, como contestando la caricia.

La anciana recordó como hacia unos meses había soñado con encuentros sexuales, donde aquel con que se apareaba le desgarraba las entrañas, abriendo su vientre en canal y dejando expuestas sus vísceras, que eran comidas por chacales y hienas. Su recuerdo la hizo temblar de nuevo, pero esta vez de terror. Los sueños tan atroces como repetitivos se iniciaron cuando murió su esposo, un sacerdote del culto de Astarté, que fuera asesinado por soldados hebreos, dejándola sola y encinta, después de toda una vida de esterilidad.

Volvió a recorrer su vientre con la mano mientras repasaba que aquel niño sería su motivo para vivir sus últimos años de vida. La congregación de la que su esposo era parte, la protegió por muchos meses, ocupándose de su alimentación, vestido y cuidados, hasta el día en que fueron aniquilados por los hebreos en el templo, durante la celebración de una actividad religiosa.

Desamparada, la anciana emprendió el camino a Babilonia, lugar de donde era procedente su esposo y donde esperaba hallar a alguien que le tendiera la mano en su momento de necesidad. Había logrado hacía dos meses, contactar a seguidores de la secta que le habían aconsejado emprender el viaje antes del nacimiento del bebé, para evitar que el mismo fuera hecho presa de los soldados hebreos, que patrullaban frecuentemente la ciudad.

El viaje era pesado, aún para los hombres, pero más todavía lo era para una anciana que cargaba un niño en su vientre, próximo a dar a luz. Sus fuerzas minadas, apenas la sostenían en pie. Luego de días de caminar, había llegado a aquel sitio donde ahora descansaba sus huesos a la espera de que los hombres que se acercaban pudieran darle auxilio.

Encorvada y haciendo con su mano un refugio para que el agua no cayera en sus ojos, la anciana vio acercarse a los hombres, que sin duda la habían reconocido ya que se acercaban decididamente hacia ella. A escasos pasos, la anciana vio la silueta de quien venía primero, era un tipo de contextura gruesa y pesada, con un abdomen prominente que se escapaba por el norte y sur de una cuerda que le sostenía sus vestidos a la cintura.

Al estar frente a frente, pudo observar su rostro, la cara carcomida como si los gusanos

hubiesen adelantado el banquete del día de su muerte, lo hacía particularmente feo, pero lo que más le llamó la atención fue el que tuviese un ojo muerto, con una tela blanca que lo recubría completamente. Su otro ojo, irritado por la lluvia tenía una tonalidad rojiza.

El otro hombre pronto se puso al lado del anterior y la anciana divisó a una figura joven de unos 35 años de edad, bien parecido, de cuerpo atlético y esbelto. Fue este quien primero se dirigió a ella.

—¿La viuda de Josías, supongo?, interrogó.

La anciana asintió con la cabeza. El hombre la cubrió con una gruesa tela que la resguardaría del frío, la tomó del hombro y la condujo hasta el camino por el que habían bajado hacía unos minutos. Luego de caminar media hora, donde ninguno de los tres pronunció palabra, llegaron a un refugio, tocaron fuertemente con la aldaba que pegada a la puerta se disponía para esos menesteres y aguardaron la llegada de una mujer, quien abrió las puertas y sonrió a la anciana al tiempo en que hacía un guiño cómplice al gordo.

El hombre esbelto dio instrucciones a la mujer para que fuera dispuesto lo que había ordenado antes de salir, y que la anciana fuera conducida a una habitación, que se le cambiaran las vestiduras y fuera alimentada como correspondía.

La mujer cumplió las órdenes al pie de la letra, dejó a la anciana recostada en la habitación y salió de la misma mientras repetía una antigua profecía: «Las puertas del abismo se han abierto y de los más oscuros confines ha sido traído a la tierra engendrado por una anciana, una criatura que conmocionará al mundo».

Horas más tarde, asistido por las tres figuras, la anciana perdía su vida mientras daba a luz a su primogénito y los hombres se disponían a realizar los ritos correspondientes para consagrar la criatura a sus dioses.

El tierno cuerpo del crío se reflejaba a la luz de las antorchas en las paredes de la improvisada capilla. En un escenario sombrío como la noche, los dos hombres y la mujer vieron y escucharon absortos el llorar de la criatura. El hombre delgado que sostenía en alto al niño, lo bajó a la altura de su cintura y lo mostró a sus correligionarios, el gordo y la mujer enjuta observaron por vez primera el cuerpo deforme de aquel que esperaron por años y que por generaciones fuera aguardado por todos los hombres.

Los tres pronunciaron oraciones en arameo, que daban gracias al eterno, por el regalo dado.

En medio de los truenos, la esbelta silueta, alzó al niño y frente a un altar donde sobresalía una figura con cuerpo de hombre, cabeza de león, cuernos de cabra en la frente, garras de ave en vez de pies, dos pares de alas de águila, cola de escorpión y pene con forma de serpiente, dijo:

«De carne estéril viene a nosotros la luz que alumbrará las tinieblas y nos dará la sabiduría para vencer el enemigo, del árbol viejo nace el fruto que nos hará poseedores de todos los dones y que ha de ver incluso antes de su instauración, la caída de los imperios de la tierra. No habrá quien sea capaz de cambiar las cosas que por él sean profetizadas. Por él y su poder muchos morirán, sacrificados en el nombre de los dioses. Ay de aquel que se interponga en el camino de sus designios. Salud hijo de Pazuzu, rey del viento, hijo del dios Hanbi»

Babilonia.

Traducido por Rodrigo de la Goublaye.

Año de nuestro señor 1558.

Año estimado de creado 500 AC.

Capítulo I: El encuentro

No hay sentimiento más noble ni más ciego que el amor compartido.

LA noche era fría y amenazaba tormenta, a lo lejos, sobre el horizonte las siluetas de las montañas se hacían visibles gracias a los relámpagos que resplandecían con constancia, casi con monotonía.

Pilar observó el panorama y frunció el ceño, vio la hora en el reloj de su auto, los números en verde marcaban que ya era pasada la una de la madrugada, sintió que el tiempo había volado. Ya otras veces había sentido junto a Gabriel esa vorágine, donde el tiempo parecía redoblar su marcha y escaparse de los sentidos de ambos. Reparó en las luces que anunciaban un viejo motel de paso e inmediatamente calculó que llevaba veinticuatro horas sin dormir, sintió el peso del sueño sobre sus párpados y aunque su deseo era seguir conduciendo, cayó en la cuenta de que lo mejor era detenerse y descansar aquella noche.

Detuvo su coche de alquiler frente a la recepción, apagó el motor, tomó su maleta de viaje donde horas antes había introducido en forma desordenada las prendas que consideraba indispensables para su viaje, cerró la puerta y avanzó hasta la recepción. Comenzaban a caer gruesas gotas de lluvia y pensó — Será una noche fría sin Gabriel a mi lado, pero que más da, si puede que sea la última.

La empleada del hotel rellenó su registro y la miró con mal disimulada curiosidad, Pilar se dio cuenta de que la había reconocido, seguro que había visto su foto en televisión o en algún periódico. Por más que había tratado de mantener su visita al país en el ámbito de lo privado los medios de comunicación se habían hecho eco de la noticia. Era la parte más incómoda de su trabajo, nadie le había avisado que esto podía pasar, siempre pensó que el ser teóloga era, además de una vocación, un trabajo tranquilo y bastante anónimo, pero sus teorías se vinieron abajo cuando tras el hallazgo, casual dicho sea de paso, de unos rollos del Mar Muerto, la prensa la había puesto en el punto de mira.

Los rollos habían sido robados del Museo Arqueológico de Ammán hacía unos veinte años y nunca más se había sabido de ellos, los textos, pertenecientes a los deuterocanónicos eran de un gran valor y tanto el Museo como el gobierno jordano, habían usado todos los medios a su alcance para encontrarlos sin obtener resultado. Pilar, en uno de sus viajes a Estados Unidos para estudiar unos documentos en lengua hebrea, donados a la Universidad de Stanford por un exalumno fallecido, había descubierto que entre estos se encontraban los textos robados, le parecía imposible que nadie de la universidad se hubiera percatado antes de lo que eran. A pesar de que fue algo casual se le dio una importancia tal, que desde entonces no daba un paso sin que la prensa estuviera pendiente de ella y cada trabajo que hacía o cada conferencia que daba, era seguida con interés. Para colmo su relación con Gabriel se había hecho pública tras la conferencia que dieron juntos en la Universidad de Perpignan un año atrás, con lo cual su viaje a este país, donde él residía, levantaba más interés aun.

La empleada le alcanzó una pluma para que firmara, interrumpiendo los pensamientos de Pilar. Lo hizo de manera mecánica, tomó las llaves y se marchó hasta la cabaña que le asignaron. Ya adentro Pilar observó por un momento el escaso mobiliario, consistente en una cama, una silla y un escritorio. Una lámpara se encendió al contacto de los dedos de Pilar con el interruptor y le permitió ver las dimensiones del cuarto que

no era mayor de veinte metros cuadrados. Se tendió pesadamente en la cama, cerró los ojos y visualizó la cara de Gabriel.

Recordó el día en que se conocieron, hacía ahora cinco años, ella tenía veinticinco recién cumplidos y él treinta. La Sorbonne había organizado unas conferencias sobre «La nueva Teología Católica en el siglo XX», ella asistía como alumna de teología de dicha universidad, mientras que él, era uno de los ponentes. La ponencia de Gabriel «Louis Althusser entre el marxismo y la locura» atrajo la atención de Pilar, ya que este teólogo precisamente era el tema de su tesis. Fue una exposición interesante y a la vez muy amena y participativa. Ya se marchaba del salón con varios compañeros cuando uno de sus profesores se acercó para saludarlos, iba acompañado de Gabriel y tras presentarlos y mantener una corta charla se despidieron. No fueron más que unas breves palabras las que cruzaron pero tenía que reconocer que le había llamado poderosamente la atención la personalidad de él, además era muy atractivo y tenía unos ojos verdes impresionantes.

Tres años después volvieron a encontrarse, ella trabajaba en el estudio de unos documentos en el Museo Egipcio del Vaticano y el visitaba al director del mismo que era su amigo. Se reconocieron al momento y tras una charla distendida quedaron para cenar juntos. Durante los días que Gabriel permaneció en Roma aprovecharon cada momento libre de que disponían para estar juntos, visitaban la ciudad, iban a cenar, o simplemente se sentaban en un café a charlar. Las dos semanas de vacaciones de Gabriel llegaron a su final y tenía que regresar a América pero decidieron que la distancia no sería un inconveniente para este amor que estaba surgiendo.

Estuvieron un año entero sin volver a verse porque sus respectivos trabajos se lo impedían pero cada día dedicaban una hora para ellos, se contaban sus sueños, sus problemas, sus sentimientos... eran una pareja en la lejanía. De repente el año pasado surgió la ocasión de pasar unos días juntos cuando un amigo de Pilar le propuso dar unas conferencias en la Universidad de Perpignan y le pidió el nombre de un historiador para invitarlo. Pilar no lo dudó ni un instante y apuntó a Gabriel como uno de los mejores historiadores del momento. El tampoco desaprovechó la ocasión aunque para asistir tuvo que anular un compromiso previo, pero el deseo de volver a verla era demasiado fuerte. Fueron unos días de ensueño para los dos, su amor era tan evidente que todo el mundo se dio cuenta, incluidos varios periodistas que asistieron al acto y no dudaron en fotografiarlos juntos como la pareja ideal. Desde ese día ambos decidieron que no pasarían otro año mas separados, sea como fuere lo arreglarían para estar juntos de vez en cuando.

—Buenas noches Gabriel mañana estaremos juntos por fin.

Antes de que pasara un minuto el sueño la había vencido y su rostro con una sonrisa angelical mostraba una paz interior que le fue esquivada durante muchos años.

Despertó temprano, apenas había dormido cuatro horas pero su deseo de encontrarse con él era tan fuerte que le parecieron más que suficientes. Se levantó con rapidez y se dio una ducha, no había agua caliente pero no pensaba dejar que el día se estropeará tan fácilmente, así que sonrió y se puso bajo el chorro de agua cantando a todo pulmón. Se vistió con unos vaqueros limpios y una camiseta. A pesar de la tormenta pasada, hacía un día soleado, se peinó el cabello que como siempre amanecía revuelto y cogió su maleta.

La recepción estaba solitaria, tuvo que tocar dos veces el timbre hasta que una joven apareciera para atenderla, no era la misma de la noche anterior aunque tampoco

recordaba bien su cara debido al cansancio. La chica con una mueca que trataba de parecer una sonrisa le dio los buenos días y le cobró la estancia a la vez que la invitaba a pasar al comedor y desayunar algo antes de marchar. Se lo pensó un momento pero decidió que ya había perdido demasiado tiempo, así que se acercó a la máquina expendedora y sacó algunos chocolates y un par de refrescos y saludando con un gesto de la cabeza a la recepcionista, salió al sol de la mañana.

Hacia un día hermoso, la lluvia de la noche hacía brillar los árboles y traía hasta ella el olor a romero que tanto le gustaba; cerró sus ojos y aspiró hondo tratando de conservar esos olores y colores en su interior. Introdujo la maleta en el coche y se puso al volante, tenía prisa por llegar, Gabriel la esperaba y ella ansiaba tanto estar a su lado... lo había soñado cada noche desde hacía un año.

La carretera no era muy buena pero el paisaje era magnífico, a ambos lados de ella se alzaban orgullosos decenas de guanacastes y otros árboles típicos de este hermoso país y junto a los árboles se podían ver centenares de guarías en todo su esplendor. Se sentía extasiada, ¿Cómo podía haber algo tan bello?

Aflojó un poco la velocidad para leer el cartel que anunciaba el próximo desvío y vio como una bandada de aves pasaban por encima del coche. Esos pequeños pájaros tenían un canto muy hermoso, aun recordaba los días al principio de su relación en que él le hablaba de su país, de su flora, su fauna, sus volcanes... y todas las bellezas que se escondían en este pequeño paraíso. Pero que lejana le parecía ya esa época, tan lejana que tenía la sensación de haber sido en una vida anterior. Ahora, aunque tratara de hacerlo, no podía recordar como era su vida antes de él ni se podía imaginar que un día le faltara, él era su amor, su otra media mitad, su vida.

Trató de centrarse en la carretera y dejar de divagar pero era difícil, todos sus pensamientos iban dirigidos al hombre y a su futuro juntos y eso la hacía sentirse feliz, como si la vida le mostrara una enorme sonrisa y de pronto se dio cuenta que estaba cantando, se rió de sí misma, de lo bien que se sentía y aprovechando que nadie escuchaba su horrible voz se puso a cantar aún más fuerte.

Se oye un canto quejumbroso por el agua suplicante es un yigüirro trinando desde un higerón frondoso...

Miró el reloj y calculó cuanto faltaba para llegar, una hora, una hora más y podría por fin abrazarlo, besarlo, dejar que la estrechara en sus brazos y olvidarse de todo, dejar que el mundo siguiera girando rápido mientras el suyo, su pequeño mundo, el que ellos habían forjado con cada palabra de amor, cada sonrisa, cada beso, cada gesto cómplice... se ralentizara para que ellos lo disfrutaran más.

En un pequeño y confortable hotel de montaña, Gabriel veía caer la lluvia, como la había visto caer por espacio de tres días. El clima de la zona siempre había sido lluvioso, pero esos días lo eran aún más. Vestido con unos vaqueros viejos y desteñidos y una camiseta de manga larga, estaba sentado en el portal del hotel leyendo o tal vez más propiamente dicho, ojeando un libro, su concentración desde hacía dos días era pésima, en tres oportunidades se sorprendió pasando las páginas como un autómatas mientras su pensamiento volaba al lado de Pilar.

La imaginó despidiéndose de sus familiares, de sus amigos, dejando órdenes de cómo arreglárselas en el trabajo hasta que ella volviera. La acompañó espiritualmente mientras hacía su maleta, mientras tomaba el coche rumbo al aeropuerto, la imaginó despidiéndose de cada rincón de la ciudad que no vería por largo tiempo.

Gabriel levantó la mirada y observó la vista panorámica del lugar, era realmente un sitio paradisíaco, el lugar perfecto para su encuentro con Pilar, lo había planeado todo, la habitación con chimenea y amplios ventanales, desde los que se podía observar a lo lejos el volcán haciendo erupción o posando la vista más cerca, los hermosos jardines del hotel con las rosas de los más variados colores, plantadas sobre el césped más verde que pudiera recordar.

Pilar llegaría por la mañana, se encontrarían con todo el júbilo de que sus corazones eran capaces, fundiéndose en un abrazo sin fin de dos almas que temen que al soltarse todo haya sido un sueño. Se besarían tiernamente y enjugarían sus lágrimas de felicidad. La habitación estaría lista, adornada con plantas de la zona y los troncos de la chimenea chisporrotearían alegremente calentando el ambiente. Dejaría a Pilar descansar por unos minutos recostada junto a él, viéndose, tocándose, reconociéndose. ¿Cómo podían dos seres que se aman con locura no haberse acariciado en todo un año? Cada centímetro de piel sería escrutado, palpado, comparado con los recuerdos que grabó la imaginación en los pocos días que estuvieron juntos. Las palabras emitidas por cada uno tendrían la cadencia única de la voz que solo escucharon por teléfono en tanto tiempo, se reirían y la risa tendría una sonoridad especial.

—Ríete de nuevo que tengo sed de tu risa. Háblame con tu voz que me acercó más a ti, me dejó conocerte y que me enseñó el amor como nunca antes lo había conocido.

En un árbol cercano cantó un jilguero y a lo lejos le contestó un quetzal, todo era perfecto pensó Gabriel. Hacía frío y una neblina densa mojaba de rocío las plantas. El ambiente se llenaba de olor a Romero, planta que abundaba en la zona y que desde hacía unos meses se había convertido en su preferida.

Gabriel, aspiró con fuerza y llenó sus pulmones de un aire limpio y frío que lo hizo temblar. Miró su reloj y las agujas marcaban las ocho de la mañana. Si sus cálculos eran correctos Pilar ya no debía tardar, en cualquier momento vería su coche aparecer en la explanada del hotel y podría correr a su encuentro.

Un camarero se acercó a Gabriel y le ofreció una taza de humeante café, sujetó la jarra entre sus manos y sintió un calor agradable correr por sus dedos, tomó un sorbo y lo saboreó. Está delicioso dijo al camarero, le dio una propina y lo vio alejarse por el pasillo. Las ansias no lo dejaron sentarse más, de pie, recostado sobre un par de techos donde descansaba una enredadera multicolor, Gabriel inspeccionó una vez más el camino que se extendía montaña abajo, desde allí podría ver acercarse a Pilar cuando aún le quedaran unos 15 minutos de recorrido.

Un nuevo canto de aves lo distrajo por un momento y al levantar la vista, divisó a lo lejos al auto de Pilar, su corazón se le aceleró hasta casi salirse del pecho, por fin, era ella, tantos días de imaginar este momento y ahora solo faltaban unos minutos para que el sueño de ambos se hiciera realidad. Apuró su café, corrió a su habitación y buscó el regalo que había comprado desde hacía meses para ella, nervioso lo observó y sonrió, estaba seguro de que a Pilar le gustaría; lo introdujo en el bolsillo de su pantalón y voló hasta la zona de aparcamiento.

Llegó justo para ver a Pilar estacionar su auto, abrir la puerta y salir de él. ¡Era tan bella!

Pilar también lo vio, apenas levantó la mirada se encontró los ojos de Gabriel fijos en los suyos, sintió como su corazón se desbocaba y todo su cuerpo empezaba a temblar,

estaba allí frente a ella, era él por fin; sentía como sus piernas se negaban a sostenerla, tal era su estado de nervios, pero aun así consiguió reponerse y corrió a su encuentro. Gabriel abrió los brazos esperándola, sabía exactamente lo que ella sentía, conocía cada una de sus reacciones y se quedó allí quieto esperando para darle lo que necesitaba, lo que ambos necesitaban hacía demasiado tiempo... la vio acercarse, Pilar sonreía pero tenía lágrimas en los ojos, su rostro demostraba la magnitud de sus sentimientos, esos sentimientos que era incapaz de controlar últimamente.

La abrazó, la apretó con fuerza contra su pecho mientras le besaba la cabeza una y otra vez, sabía que ella tardaría unos minutos en dejar de temblar y llorar y él le daría todo el tiempo que necesitaba.

Levantó una mano y la introdujo entre su largo cabello acariciándolo con dulzura, había soñado tantas veces con tenerla así, con sentir el calor de su cuerpo, el olor de su piel, la suavidad de su pelo...

Sentía como el corazón de Pilar recuperaba un ritmo mas tranquilo, notaba como ella, abrazada a su cintura, trataba de estar aun mas cerca de él apretándose más fuerte contra su cuerpo, a pesar de que eso era imposible. Gabriel le dio unos minutos más y separándose unos centímetros de ella le puso un dedo en la barbilla obligándola a levantar la cabeza.

La miró a los ojos y vio todo el amor del mundo contenido en ellos, ese brillo, esa ternura con que lo miraba rompió todo el control que el creía tener y sin apenas darse cuenta acercó su boca a la de ella y la besó; fue un beso suave al principio, apenas el roce de los labios pero poco a poco se hizo mas exigente, mas posesivo. Pilar tan deseosa como él se entregó por completo. Sintió como un fuego que no les era desconocido los invadía; de repente se dio cuenta, tenía que parar, estaban en el aparcamiento del hotel a la vista de todo el mundo y si no ponía freno ya, terminaría haciéndole el amor allí mismo.

—Tenemos que parar, todos nos miran.

Ella lo miraba sin entender lo que le quería decir, tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, parecía una niña a la que han arrebatado su tesoro más preciado. No pudo evitar sonreír al mirarla, estaba tan bonita y a la vez parecía tan perdida. Pilar pareció despertar de un sueño y al ver su sonrisa arrugó la nariz en un gesto suyo característico y le dijo enfadada:

—«¿Se puede saber que es tan gracioso?»

—Tú —respondió Gabriel— y si vuelves a arrugar la nariz, no tendrás ni un beso más en todo el día... y diciendo esto la cogió de la cintura y la empujó suavemente hacia la entrada del hotel.

Pilar lo miró de reojo y le dijo: Eres un trasto, él con una sonrisa le respondió: lo sé y juntos iniciaron el camino hacía su cabaña. De pronto Pilar indicó sobresaltada.

—Olvidé la maleta en el coche, tengo dentro toda la ropa.

—Tranquila, no creo que la necesites en algunos días.

—Umm... repuso ella. A veces creo que soy un objeto sexual para ti.

Ambos rieron como solían reír desde que se conocieron. Eran tantos los sentimientos encontrados: amor, deseo, felicidad, ansiedad...

Gabriel tomó la mano de Pilar, la apretó con las suyas y llevándola a su boca depositó un beso tierno e intenso, al tiempo que fijaba sus ojos color verde en los de su amada; ella sintió la mirada penetrante y lejos de desviar la suya, la fijó en los ojos de él, quien no pudo sostenerla más y los cerró. Pilar sabía que esa era una invitación a un nuevo beso, acercó sus labios y rozó los de Gabriel que despegó un poco los suyos, invitándola a prolongar la caricia.

Pilar, sonrió y le dijo mientras le cerraba su boca con los dedos:

—No, acuérdate que nos ven.

Gabriel la fulminó con la mirada y ambos se echaron a reír.

Atravesaron los amplios jardines hasta la cabaña más lejana, Pilar ni siquiera reparó en el paisaje, ya habría tiempo para eso; ahora lo que le importaba era estar a solas con Gabriel.

Fue un estallido de emociones, ninguno de ellos había sentido jamás un placer de esta magnitud, ninguno se había entregado así con otra persona, eran el uno del otro desde el principio de los tiempos y ese amor infinito se acababa de consumir en un acto pleno y absoluto.

—Te amo, eres la mujer más bella del mundo.

—Y yo a ti Gabriel, te amo como jamás pensé que podría llegar a amar.

Quedaron allí tumbados pensando que al fin era realidad, estaban juntos de nuevo. Pilar permanecía callada con la cabeza apoyada en el pecho de Gabriel mientras este acariciaba su cabello. Estaba muy quieta, no decía nada, demasiado callada pensaba él, que la conocía bien, pero no quería molestarla rompiendo el silencio, prefería que fuera ella la que decidiera el momento de hacerlo, pero en ese instante sintió la humedad de sus ojos, estaba llorando.

Lo que fueran gemidos de placer en Pilar se habían convertido en sollozos. Ahora, la mujer, la amante perfecta capaz de llevarlo al paroxismo del éxtasis se había trocado en una niña tierna y dulce que vertía sus lágrimas sin motivo aparente.

Gabriel no sabía que hacer, jamás había vivido una experiencia igual. ¿Debía callar y dejarla desahogarse? ¿Debía preguntarle el motivo de su llanto? ¿Debía llorar con ella? No pudo más con su duda y lentamente volvió el cuerpo de Pilar, dejando reposar su cabeza sobre la almohada. Ahora la veía en toda la hermosura de la candidez, toda la pasión y el deseo lujurioso se habían ido dejándola como el ser más necesitado de protección.

Gabriel fijó sus ojos en los de Pilar, enjugó sus lágrimas, besó sus mejillas tiernamente y acariciando su rostro le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Pilar insinuó una respuesta, pero las palabras no salían de su boca. Gruesas lágrimas volvieron a inundar sus ojos y escaparon en torrentes por sus mejillas hasta llegar a humedecer sus labios temblorosos.

Gabriel la besó y sintió el sabor salado en su boca.

—El reino de las lágrimas es tan extraño —finalmente dijo Pilar mientras sollozaba.

—¿Cómo puedo llorar en este momento en que me siento tan feliz, tan plena, tan...?

Gabriel no la dejó continuar y en un nuevo beso apagó las explicaciones de Pilar.

Tendieron sus cansados cuerpos sobre la cama y respiraron profundo. Sintieron su corazón acelerado y una vez más repararon en el sonido de la lluvia sobre el techo de la cabaña y las ventanas. Minutos después y abrazados en perfecto encaje de sus cuerpos, se quedaron dormidos.

Capítulo II: El despertar

Las horas más oscuras son las que anteceden al alba.

CORRÍA el año de 1559, en un viejo monasterio al norte de Montpellier, un monje de la orden de los jesuitas, veía a la luz de una vela un viejo papiro encontrado por un oscuro caballero, en una cueva en las cercanías de la ciudad de Nínive. Lo había llevado al templo en sus últimas horas de vida con la solicitud expresa de que la tarea que él se había propuesto al encontrarlo fuera terminada, era una labor de máxima seguridad y que sus fuerzas disminuidas le impidían llevar hasta las últimas consecuencias.

El caballero de apellido Goublaye, era un tipo recio, forjado en las enseñanzas de los Jesuitas, donde acumuló títulos y reconocimientos a su gran valor y disciplina para encontrar la verdad. Sus estudios lo habían llevado a numerosas ciudades donde aprendió in situ las prácticas paganas y observó como la Inquisición segó las vidas de cientos de hombres acusados de herejes.

Rodrigo de la Goublaye era el segundo hijo varón de un potentado francés, que como era la tradición debía ser consagrado a la Iglesia. Su estampa cardenalicia le auguraba un futuro prometedor en una iglesia bajo la tutela del Papa Pablo III, que fuera elegido en 1534 y que había tenido gran amistad con el padre de Rodrigo.

En el clima de la contrarreforma que se gestaba, el Papa encomendó a Rodrigo la supervisión de la formalización de la orden de la Compañía de Jesús, que luego se conocerían como los Jesuitas. Rodrigo, joven de intelecto y educado en los principales centros del conocimiento de la época, distaba de ser sumiso a las verdades de fe proclamadas por la Iglesia, su temperamento fuerte y su espíritu crítico lo llevaban continuamente a roces con el Papa, quien pese a esto, le tenía una especial simpatía desde el momento de su iniciación.

Rodrigo se dio a la tarea de leer y traducir muchos textos en griego, latín y lenguas muertas, que en su mayoría hablaban de los primeros años de la era cristiana, pero donde los que más le apasionaban eran aquellos que se referían al pueblo de Dios en épocas más remotas.

El joven Rodrigo pronto tomó fama de erudito en materia de mitos y leyendas, ya que no fueron pocas las escrituras que calificó de erróneas, a pesar de que en las mismas se ensalzaba el papel de la iglesia en sus primeros años y en cierta forma fundamentaban los ritos aceptados por el catolicismo. Sus disertaciones sobre la necesidad o no de la pobreza en el camino que lleva a Jesús, lo enfrentaron con franciscanos, pero también en no pocas ocasiones se enfrentó al mismo Ignacio de Loyola conductor de la orden de la Compañía de Jesús.

Rodrigo recibió la formación durante 9 años empezando con el noviciado de dos años y llevando con honores y en tiempo record su proceso de formación intelectual, que incluía estudios de Humanidades, Filosofía y Teología. Allí aprendió idiomas lo mismo que disciplinas sagradas y profanas, lo que lo catapultó como uno de los máximos intelectuales del catolicismo en esa época.

Sus estudios de libros como el Necronomicón, los tratados de Aristóteles y otros filósofos griegos y su influencia sobre el catolicismo lo enfrentaron finalmente con el Papa. Acusado por la Inquisición de hereje, solo se libró de la hoguera gracias a la amistad de su padre con el Sumo Pontífice, pero ésta no fue suficiente para que no

fuera destituido y apartado de la orden, debiendo dedicarse a la vida laica.

Rodrigo, para ese entonces de treinta y dos años cumplidos y más de la mitad de su existencia dedicado al estudio del cristianismo y las prácticas paganas, no tuvo óbice en continuar sus estudios al amparo del rey de Francia Francisco Primero, conocido como el Rey Caballero, quien lo acogió en su corte, brindó su protección y dispuso nombrarlo como su asesor personal en temas de la iglesia y la fe.

Al amparo del Rey, Rodrigo se dedicó en cuerpo y alma, nunca mejor dicho, al análisis de textos considerados paganos y hasta demoníacos, donde gracias a las arcas del soberano para estas actividades, adquirió libros importantes y hasta financió excavaciones en zonas donde se habían encontrado ocultos los libros de su predilección.

Hacia 1547, con la muerte de Francisco Primero y el ascenso de Enrique II al trono de Francia, Rodrigo se vio forzado a huir para escapar de la ira del Papa, que no le perdonaba el sesgo pagano que habían tomado sus investigaciones. Empobrecido y bajo un nombre falso, ejerció su condición de Caballero dado por Francisco y asumió la labor de excavación en las ruinas de una vieja ciudad cercana a Nínive, labor que pudo realizar gracias al financiamiento recibido por un grupo de hombres poderosos, que conformaban una hermandad de la que era parte un amigo de muchos años y de la cual él también tuvo oportunidad de conformar por algunos años.

En esta excavación, halló un viejo compendio de papiros que databa de quinientos años antes de Cristo, escrito en lengua Aramea. Su traducción le consumió dos años de su vida y tal vez su alma misma.

Los papiros se encontraban dentro de una bolsa hecha de cuero de cabra y tenía inscrito, grabado en ambos frentes una estrella de David con inscripciones blasfemas y símbolos de antiguos dioses de esas tierras.

Desde el momento en que Rodrigo tomó estos escritos en sus manos se operó un cambio en su conducta, la lectura y análisis del mismo le consumía largos días sin comer ni beber, sin asearse y sin recibir visitas, su auto enclaustramiento era severo, ni en los días de estudio con los Jesuitas se había dedicado tanto a un tema como en aquel año de 1558. Su físico se deterioró sensiblemente. De sus ochenta kilos de peso y metro ochenta de estatura solo quedaba el recuerdo, a sus 45 años no cumplidos era el anciano más joven del mundo. Su piel marchita y grisácea, sus pómulos hundidos enmarcaban unos ojos temerosos como si el miedo mismo hubiese echado raíces en aquella mente, antes tan decidida y lúcida.

Los breves espacios en que lo vencía el sueño, Rodrigo era atormentado por pesadillas, de las que despertaba empapado de sudor, con la lengua reseca como las hojas de los pergaminos autores de sus desgracias. Sus días de vida estaban contados y Rodrigo lo sabía, pero eso ahora no le importaba, ahora solo deseaba poder terminar de escribir sus descubrimientos sobre el origen de los escritos y el terrible secreto que estos contenían.

Con las fuerzas minadas, Rodrigo aprovechó la muerte del Papa Pablo III y el periodo de transición para el nombramiento de Álvaro III y el estado de la Iglesia gobernado transitoriamente por el camarlengo por esa circunstancia y alcanzó a llegar en diciembre de 1559, al monasterio de la orden de los jesuitas en el norte de Francia, donde buscó a un amigo de antaño, el monje Francisco de Gilbert condiscípulo y muchas veces cómplice suyo en la academia Jesuita, hombre de su entera confianza y

que en ese entonces era el escribano del abad.

A Francisco le costó reconocer en esa piltrafa humana a su amigo Rodrigo, cuando los monjes lo adentraron en el monasterio al reconocer en su cuello el símbolo jesuita, Rodrigo no era más que un puñado de huesos que respiraba más por su férrea voluntad que por obra de sus pulmones, que se encontraban tan secos como los dátiles del desierto.

A pesar de lo débil que estaba, Rodrigo seguía dispuesto a vivir para terminar la labor en que había puesto tanto empeño. Trató de comer algo de lo que le ofrecían los monjes, intentando renovar sus fuerzas, lo suficiente para tener una larga conversación con Francisco. Necesitaba de su ayuda, no podía dejar esta vida sin cumplir con su obligación. Apenas pudo ingerir un poco de caldo y algo de pollo cocido, su estómago se negaba a aceptar más alimento, así que tratando de incorporarse un poco en el catre que le habían preparado, alargó la mano para asir la de su leal amigo.

Francisco miraba a Rodrigo tratando de que sus ojos no mostraran la preocupación que sentía al verlo en tan mal estado y al ver su gesto se acercó solícito y le dio su mano. El gesto conmovió a su amigo que sabía muy bien lo que pasaba por su cabeza, no en vano habían compartido años juntos y se conocían perfectamente. Trató de sonreír con las pocas fuerzas que tenía para calmar la preocupación de Francisco y mirándolo de frente le dijo:

—Amigo mío, se que lo que te voy a contar te sorprenderá, tal vez me creerás loco pero te aseguro que no lo estoy, he pasado mucho tiempo trabajando en esto, se que todo lo que he descubierto es cierto, pero aun me queda trabajo y necesito de tu ayuda para terminarlo antes de dejar este mundo. No, Francisco, no pongas esa cara, se que me queda poco tiempo, es el final de mi vida y lo acepto con resignación, solo necesito un poco más de tiempo para dejar concluida mi labor. Ayúdame a hacerlo y acepta que todos tenemos que dejar este mundo tarde o temprano, hazlo y seré tu eterno deudor y Francisco, necesito un segundo favor, que cuando te haya terminado de contar el origen de mis desgracias, quiero que me confieses y absuelvas de los pecados que he cometido.

—Está bien Rodrigo, cuéntame ¿Qué es eso que tienes que hacer y en que puedo ayudarte?, sabes que no hay nada en este mundo que no esté dispuesto a hacer por ti.

—Escúchame con atención Francisco y no me interrumpas hasta que termine. Hace dos años, en una excavación cerca de Nínive...

Más de dos horas estuvo Rodrigo hablando, contando todos sus avatares desde el día en que encontró los pergaminos y Francisco escuchando sin interrumpirlo, en completo silencio, tratando de entender lo que su amigo le estaba contando, tratando de asimilarlo a pesar de que todo parecía una completa locura, el desvarío de un enfermo.

Sin embargo Rodrigo parecía hablar con lucidez, su narración era clara y concisa en todo momento, lo que le hacía pensar que su amigo estaba convencido de la realidad de sus conclusiones. ¿Sería verdad lo que le contaba? —se decía para sí— y si era así ¿Qué podría hacer él ante este descubrimiento tan horrible? Solo había una cosa por hacer, ayudar en todo lo que le pidiera su amigo y encomendarse a Dios en tan difícil tarea, si eso era cierto, necesitarían la ayuda divina.

Rodrigo terminó su relato y quedó en silencio, miraba a su amigo intentando saber si habría creído su historia o si en cambio pensaría que estaba desvariando, lo vio serio, mirándolo de frente y eso lo tranquilizó. Nunca lo había necesitado tanto como ahora y

no podía fallarle.

Francisco se levantó y mirando fijamente a Rodrigo asintió y dijo, solo dime en que puedo ayudarte amigo mío.

Esa noche no durmieron, mientras Rodrigo hablaba sin parar dictando sus conclusiones, su condiscípulo trataba de plasmarlas todas, palabra por palabra. Amaneció y seguían absortos en su trabajo pero las fuerzas de Rodrigo flaqueaban, apenas le salía la voz y sus manos temblaban visiblemente., estaba usando sus últimas fuerzas y ambos lo sabían.

Eran casi las 12 del mediodía cuando Rodrigo dio por terminada su labor y mirando a Francisco con ojos vidriosos hizo un último esfuerzo y le dijo:

—Amigo mío, mi labor ha finalizado, siento que mi final está cerca, ahora te toca a ti disponer de estos pergaminos y de cuanto te he contado, debes alejarlo de manos inadecuadas y llevar mis conclusiones a quien pueda usarlas para salvar a la humanidad de tan horrible destino —su voz ya apenas era audible. —En tus manos dejo todo, tu tendrás que hacerlo por mi.

Francisco se acercó al lecho, esas palabras lo asustaban, miles de preguntas se agolpaban en su cabeza ¿Qué hacer con eso? ¿A quién debía entregarlo? se arrodilló junto a él y poniendo la mano sobre el hombro del jesuita se aprestó a recibir su confesión final y darle su absolución. Trató de preguntarle por sus pecados, pero al mirarlo a los ojos se dio cuenta que era inútil, su amigo había muerto, se había ido y lo había dejado solo con ese terrible secreto. Sintió como la tristeza de esa muerte se mezclaba con el miedo y la soledad ante la labor que se le acababa de encomendar. Cerró los ojos de su amigo con mano temblorosa y con voz apenas audible entonó una oración por el descanso de su alma.

Francisco, apesadumbrado salió de la celda y se dirigió al ofertorio para hacer saber a los demás hermanos el fallecimiento de Rodrigo, su mente no paraba de dar vueltas, tratando de adivinar que querría Rodrigo que hiciera con esos escritos y sus estudios, no le había dado ni una pista de por donde empezar.

Después de dar la noticia al abad, volvió a la celda para preparar el cuerpo de su amigo. Lo veía tendido sobre el catre y no podía evitar recordar los tiempos en que la ilusión, el entusiasmo ante los retos que la vida les ofrecía, les llevaba a pasar horas y horas entregados al estudio y la conversación. Sacó algo de ropa limpia que Rodrigo portaba en una bolsa y se dispuso a quitarle las que llevaba sucias por días de viaje, trabajo y enfermedad. Al intentar desnudarlo sus manos tropezaron con algo duro, extrañado levantó la saya con cuidado y descubrió que Rodrigo llevaba un vendaje alrededor de su pecho, bajo el que se adivinaba un bulto extraño. Con sumo cuidado, como si temiera dañar a su amigo, procedió a desenrollar la tela. Era un vendaje ennegrecido por el uso, de unos veinticinco centímetros de anchura pero que a pesar de su estado se adivinaba tela de gran calidad, cosa que extrañó más a Francisco porque nadie usaba tan ricos tejidos para vendar heridas. Al despegar la venda de su cuerpo apareció bajo ella una bolsa de piel, era negra, con forma alargada, de un centímetro de gruesa y estaba cerrada por un cordón dorado. Su asombro iba en aumento, ¿Qué sería eso que su amigo escondía?

La colocó sobre el catre y preso de una gran curiosidad la abrió y vació el contenido, encontró una carta amarillenta y un trozo de madera en el que se encontraba grabada la cabeza de una cabra y bajo ella unos símbolos que le parecieron egipcios. Tomó la

carta y se acercó a la ventana para leerla mejor, en ella su amigo parecía dirigirse a unas personas de las que no daba nombres solo los llamaba «hermanos», esto hizo pensar a Francisco que la carta tendría como destino algún monasterio, siguió leyendo pero eran palabras sueltas que no le decían nada, al final de la carta había unas palabras escritas en arameo que gracias a su extensa cultura pudo entender, decían: «Solo ante mi».

No sabía que significaba todo esto, lo único que tenía claro es que estaba relacionado con los escritos que acababa de recibir, si averiguaba que decía esa carta, tal vez en ella encontraría alguna pista sobre el camino a seguir.

Estaba ensimismado con esos pensamientos cuando escuchó cascos de caballos y voces a la entrada del monasterio, pero no prestó demasiada atención, era normal que soldados y caballeros hicieran una parada en los largos viajes para dar de beber a los caballos y descansar por unos momentos. Decidió seguir con la labor de preparar a su amigo. Terminó de quitarle esas viejas ropas y lo vistió con las limpias, recogió toda la ropa vieja y la metió en la bolsa, salió dispuesto a llevarlas fuera para quemarlas pero al salir de la celda escuchó voces en el despacho del abad, su curiosidad le hizo acercarse hasta la puerta y escuchar. Una voz autoritaria preguntaba a éste sobre el paradero de Rodrigo y el abad con voz temblorosa le respondía que había muerto hacía poco, el desconocido seguía interrogándolo sobre donde se encontraba su cuerpo y el abad se ofreció a acompañarlo hasta él.

Francisco no quería que lo vieran escuchando por lo que se escondió en una esquina fuera de la vista de ambos hombres, los vio salir y dirigirse a la celda. ¿Quién sería el caballero y porqué tanto interés en Rodrigo? Llegados a la puerta, el desconocido ordenó al abad que se marchara y este obedeció de inmediato. Su curiosidad era demasiada para marcharse, algo le decía que ese hombre era peligroso y quería saber que pretendía.

Se acercó con cuidado y miró a través de la rendija de la puerta que había quedado abierta, el caballero con paso decidido se acercó al cuerpo del jesuita y empezó a registrarlo. Francisco sintió miedo, ese hombre fuera quien fuera era peligroso, no le cabía duda, buscaba los pergaminos de Rodrigo y él había prometido protegerlos, no sabía que intenciones tenía pero no le gustaba nada, tenía que ocultarlo junto con todo lo que su amigo le había confiado.

Tenía que marcharse de allí, pronto el forastero se enteraría de que él lo tenía, debía buscar ayuda pero ¿Quién podía ayudarle? Entonces recordó al hermano Álvaro Capmany, monje con quien aprendió múltiples lenguas y que estaba seguro conocía el egipcio, tal vez podría leerle la carta. Corrió a su celda, sacó la ropa de Rodrigo de la bolsa y metió unas mudas suyas, escondió entre ellas el libro y la carta junto a todo lo demás y salió del monasterio tratando de no ser visto. Dio la vuelta hasta la cuadra y cogió uno de los mejores animales, se adentró en el bosque y buscó un viejo olmo con su tronco hueco, bajo cuya sombra solía leer, introdujo la bolsa con los pergaminos dentro del viejo olmo y volvió al monasterio a tiempo para rezar al toque de las seis campanadas.

Durante los oficios, Francisco escudriñaba a los viajeros que recién habían llegado al monasterio, el caballero era un hombre de apuesta figura, con un porte que lo distinguía entre los monjes, era una imagen a color, dentro del sepia de la capilla del monasterio. Lo acompañaba un religioso, un hombre de hábitos limpios y en perfecto estado de conservación y limpieza. La barba del religioso era poblada y larga, caía hasta por debajo de su cuello. Francisco clavó sus ojos en él y súbitamente sus ojos se

cruzaron, Francisco sintió un escalofrío en su columna vertebral al observar aquellos ojos penetrantes que le desnudaban el alma y eran capaces de adivinar sus pensamientos. Con todo y el temor que lo abordaba, Francisco sostuvo la mirada y sonrió ligeramente, el visitante correspondió su sonrisa y Francisco pudo notar una dentadura sana, bien cuidada, propia de los religiosos del Vaticano que se desenvolvían en ambientes fastuosos.

Los ojos de los hombres se desligaron en el momento en que se decía la oración final y se aprestaron a responder los ruegos finales que hacía el orador de turno. Al terminar la oración, Francisco se entremezcló con los demás monjes, mientras observaba como, pese a su deseo de pasar desapercibido, los desconocidos lo buscaban con sus miradas, mientras se abrían paso entre el remolino de hábitos que se formó al terminar la oración.

Francisco se recluyó en su habitación y se dispuso a orar, tomó en sus manos el látigo con que solía auto flagelarse e inició el ritual de solicitar a Cristo su perdón, mientras se quitaba la parte superior de su hábito. No bien llevaba tres flagelaciones, cuando puños decididos tocaron la puerta de su cuarto, Francisco saltó atemorizado, se puso de pie persignándose rápidamente, tomó el cristo que tenía sobre la cama, le besó los pies y lo colgó en el clavo de donde lo sacara hace unos minutos.

Francisco volviendo a colocarse su hábito, abrió la puerta luego de suspirar profundamente y se encontró a los dos desconocidos al lado del Abad. Este último tenía un rostro afable, despreocupado, era realmente amigo de Francisco más que su superior y siempre había tenido a Francisco como un monje derecho, apegado a la doctrina de la iglesia y en quien podía confiar.

El abad sonrió a Francisco quien devolvió el gesto con una sonrisa simulada que escapó a la mirada del Abad, pero no así a la de los visitantes, quienes al advertir el nerviosismo del monje, se cruzaron miradas cómplices. El Abad realizó las presentaciones:

—El es el hermano Francisco de Gilbert a quien me honra tener como escribano en este monasterio, llegó aquí gracias a la recomendación del mismísimo Ignacio de Loyola, quien lo calificó como un ilustre letrado, fiel a la doctrina del Papa y un excelente conocedor de las artes del maligno, a quien ha enfrentado con una fe inquebrantable.

—Hermano Francisco, estos hombres vienen al servicio de Su Santidad y traen una encomienda importante, tenían como misión escoltar hasta el Vaticano al hermano Rodrigo y me ha apenado mucho el decirles que Rodrigo ha muerto hace poco, según su comunicado. Pese a que les he dicho que Rodrigo no traía nada consigo, más que sus miserias y su enfermedad, los caballeros han querido hablar con todo aquel que haya tenido contacto con Rodrigo desde su llegada al monasterio y hasta su muerte.

—Les he dicho que fuera del hermano cocinero quien le preparó un caldo y usted, ningún otro hermano ha tenido conversación alguna con Rodrigo y se han empeñado en hablar con ustedes. Así que, querido hermano, le presento a los señores enviados por Su Santidad para quienes le pido su máxima colaboración. El caballero es Bernardo Canales, consejero del Papa en asuntos de relaciones internacionales y le acompaña el hermano Pietro Luciani que es nuestro defensor de la fe, en el Vaticano.

—Hermanos, introdujo Francisco aún nervioso, lo que hablé con el hermano Rodrigo no es de interés para tan ilustres caballeros, temo que las conversaciones de

excompañeros de estudio sobre sus quehaceres luego del ordenamiento, son materia poco interesante para ustedes. Pero si así lo quieren, les contaré sin reparo en detalles, todo cuanto deseen saber.

Gracias hermano Francisco, no esperábamos menos de vos, su fama le precede, lisonjeó Bernardo, a lo que Pietro asintió complaciente.

Si así lo desean, pasemos entonces a la biblioteca, donde podremos sentarnos a gusto.

El abad adelantó un paso para acompañarlos, pero Pietro le cortó el avance y se despidió de él en un gesto más que claro de que deseaban hablar a solas con Francisco. El abad entendió el mensaje, carraspeó y se apresuró a excusarse de poder acompañarlos.

—Caballeros —dijo— lo siento pero algunas tareas propias del monasterio requieren mi presencia, buscaré de paso al hermano Cornelius, nuestro cocinero y lo enviaré a ustedes para lo que tengan a bien.

El abad se despidió y los tres hombres avanzaron con paso lento hacia la biblioteca del monasterio, que estaba a unos cincuenta metros del dormitorio de Francisco, en una segunda planta a la que se llegaba por una escalera de caracol. Francisco abrió la pesada puerta e ingresaron a un recinto donde algunos monjes leían y traducían textos del griego y latín al francés. La biblioteca era amplia, con múltiples anaqueles llenos de gruesos libros con inscripciones de la cristiandad.

Francisco aprovechó para exaltar las bondades de la biblioteca, que era considerada una de las cinco más completas de Europa, gracias al favor de Su Santidad, quien los honró con su custodia y encargó su traducción e interpretación. Pietro y Bernardo escucharon con genuino interés la plática de Francisco, quien ante la atención de los visitantes se sintió un poco más seguro y aplomado.

De esa tranquilidad lo sacó Pietro, quien excusándose previamente por interrumpir tan agradable plática, sugirió a Bernardo abordar el tema que los ocupaba y que era en realidad el único motivo de su viaje.

Bernardo carraspeó, y dirigiéndose a Francisco le interrogó gentilmente:

—Hermano, ¿Podría indicarnos que relación tenían el señor Rodrigo de la Goublaye y usted y que fue lo que trajo al infortunado hermano hasta este monasterio?

Francisco aclaró su garganta y respondió:

—Hermanos, conozco a Rodrigo desde que éramos unos jóvenes emprendedores al servicio de su Santidad Pablo III. Juntos nos dimos a la tarea de evaluar importantes obras de poetas cristianos y paganos, buscando en ellas la inspiración divina o la mano criminal y apóstata del maligno, Rodrigo, más inflamado por el orgullo que por la labor sencilla y humilde de su servidor, se aventuró a criticar con poco tino algunas obras de evidente inspiración de Dios, escritas por destacados filósofos de la Iglesia y ante tal desatino chocó contra las instrucciones de Su Santidad. Fui por así decirlo su asistente y luego cuando fue separado de sus funciones y expulsado a Francia, me hice cargo de la labor de escribano en jefe, labor que desarrollé por años, hasta que mi fe y nuestro Señor Jesucristo, me dieron la misión de asistir a este monasterio en sus labores de traducción.

Francisco premeditadamente había omitido el relato de su personal enfrentamiento con

el Papa, cuando se reinició la persecución de Rodrigo por considerarlo un hereje al servicio del rey de Francia. Francisco no comulgaba con los excesos de Rodrigo, pero sabía que tenía una mente brillante y un alma cristiana, por lo que acusarlo de hereje se le antojaba excesivo y producto de una campaña en su contra montada por la Inquisición, con la que Rodrigo nunca estuvo de acuerdo y atacó en sus escritos en más de una ocasión.

Francisco siguió narrando:

—Hace un par de días, se presentó sin avisar a este monasterio un hombre demacrado, moribundo, de actuar errático a quien con mucha pena me costó identificar como Rodrigo de la Goublaye, mi ex compañero y guía. Su estado lamentable nos movió a la compasión que exige Nuestro Señor y el abad ante mis ruegos le dio albergue en el monasterio. Donde hace apenas unas horas falleció, sin hablar apenas nada conmigo.

—Que pena hermano Francisco, lamento la muerte de su amigo —interrumpió Bernardo, adelantándose a Pietro quien con un gesto agresivo pretendía interrogar a Francisco. La autoridad de Bernardo era evidente y Pietro calló oportunamente.

—Hermano Francisco, hemos viajado desde lejos para llevarle a Su Santidad un informe sobre el paradero de Rodrigo y no quisiéramos volver con las manos vacías ¿Sería tal su gentileza de narrarnos de que hablaron, sin importar lo insignificante que le puedan parecer los detalles?

—Francisco asintió, y narró la conversación con Rodrigo, cuidándose de mencionar el secreto, que sin duda era lo que había traído hasta allí a esos hombres, durante largos minutos le habló de la enfermedad de Rodrigo, de sus pasos al mando del Rey de Francia y de las aventuras que había tenido en tierras impías el ilustre don Rodrigo. Nada de lo que dijo fue del interés de los hombres, que escuchaban con paciencia y atención, esperando algún comentario que les resultara útil.

Al cabo de una hora de hablar los tres hombres, se abrió la puerta de la biblioteca y vieron entrar al hermano Cornelius quien con pasos torpes y apresurados no esperó a ser llamado y se presentó ante los hombres.

Cornelius era un monje gordo, de escasa cabellera, su cara tenía una cicatriz que le travesaba un ojo y la nariz en un corte vertical, sus manos vetustas, de gruesos dedos y uñas afiladas sobresalían de las mangas de un hábito de color negro. Desde hacía cinco años estaba en el monasterio, donde el abad lo había acogido a pesar de que sobre él se contaban historias que erizaban la piel, en donde los ritos demoníacos y la práctica de la brujería abundaban. Su destreza en el manejo del cuchillo para desollar animales en su labor de cocinero, sus detractores se la atribuían a oscuros ritos paganos, donde se realizaban sacrificios a Belcebú.

Cornelius se afanaba en elogiar a los visitantes y poniéndose a su entera disposición para lo que tuvieran a bien consultarle, se sentó en una vieja silla de cuero.

Pietro, excusó a Francisco y le solicitó retirarse para hablar en privado con Cornelius. Francisco se retiró dándole la mano a Pietro y a Bernardo y viendo de reojo a Cornelius intentó descifrar su rostro, ya que le preocupada lo que el cocinero pudiera saber de Rodrigo, ya que éste sumido en la fiebre, hablaba en sueños de asuntos poco entendibles para una mente como la del cocinero.

Francisco se retiró y cerró la puerta tras de sí ante la mirada atenta de Pietro que

hubiese deseado interrogarlo con un poco más de acuciosidad de la que había mostrado Bernardo.

Bernardo, tomando de nuevo el hilo conductor de la entrevista preguntó a Cornelius sobre lo que sabía de la visita de Rodrigo y Cornelius en una mezcla de estupidez e ignorancia narró a los hombres su encuentro con Rodrigo:

—Hace dos días, llegó al monasterio un hombre desconocido, maltrecho y enfermo a lomos de un caballo fino. Al llegar a la entrada principal preguntó por el hermano Francisco, de quien dijo ser amigo. Los hermanos lo recibieron con la hospitalidad que nos caracteriza y lo llevamos a un reclusorio donde lo acostamos y lo dejamos solo a la espera de avisarle al hermano Francisco sobre su presencia. Recuerdo, dijo Cornelius, que intentamos cambiar sus ropas que estaban sucias por ropa limpia, pero el huésped no lo permitió forcejeando con sus disminuidas fuerzas contra los dos novicios que lo llevaron al claustro.

Por órdenes del señor Abad calenté un poco de caldo y añadiéndole unas piezas de pollo, lo llevé a don Rodrigo, que así se llamaba el difunto, dijo Cornelius al tiempo que se persignaba, y traté de hacerlo comer.

—¿Habló usted con el huésped?, interrumpió Pietro.

—Bueno señor, no fue una conversación, pues el caballero no razonaba correctamente, sus palabras eran una mezcla de idiomas y de frases poco comprensibles. Más bien las definiría como las alucinaciones de una mente calenturienta.

—¿Recuerda usted algo de lo que habló el hombre?, precisaba Pietro que comenzaba a desesperarse.

—Bueno como le dije, eran cosas poco comprensibles, hablaba de escritos, de claves, de hermanos, llamaba al hermano Francisco insistentemente y nos decía que debía hablar con él antes de que fuera tarde.

—¿Habló de entregarle algo? Interrumpió Pietro, mientras Bernardo rascaba su escasa barba.

—Bueno el huésped no tenía consigo más que escasas pertenencias, nada de valor, todo parecían ser los haberes de un pordiosero.

—¿Tomó usted alguna pertenencia de Rodrigo?, espetó Bernardo en todo amenazador.

Cornelius se descompuso, su rostro relajado se tensó de repente y comenzó a temblar, Bernardo que era un perro de presa, adivinó el estado de Cornelius y lo siguió hostigando.

—Sabemos de tus antecedentes Cornelius, sabemos de tus prácticas impías, estamos claros de que eres capaz de robar y mentir a tus hermanos, así que de seguro habrás desvalijado a Rodrigo. Por tu bien Cornelius, si tomaste algo de ese hombre lo mejor será que nos lo entregues en este momento antes de que nos obligues a usar la persuasión de que somos capaces.

Cornelius palideció visiblemente. Había oído repetidas ocasiones de las artes de la Inquisición para la tortura. Muchas veces escuchó con un extraño morbo, hablar a los hermanos de crueles castigos para los herejes, donde eran capaces de sacar el

corazón de las víctimas aún latiendo y leer en él los pecados de toda su vida.

Hacia un par de años un monje Jesuita que ejerció como Inquisidor se había alojado en el monasterio y al ruego de Cornelius y Francisco había relatado con lujo de detalles los métodos para hacer confesar a los herejes sus relaciones con Satanás, Cornelius repasó mentalmente cada castigo tal como lo fuera narrado por el Inquisidor solo que esta vez imaginó su cuerpo en cada tortura.

De particular dolor le significó imaginarse el potro donde la víctima era atada a los extremos y después se tiraba de las cuerdas hasta que los miembros se descoyuntaban, método particularmente utilizado sobre todo en Francia y Alemania.

También recordó el aplasta cabezas destinado a comprimir y reventar los huesos del cráneo. La barbilla de la víctima se colocaba en una barra inferior, y el casquete era empujado hacia abajo por el tornillo. Los efectos de este artilugio eran, en primer lugar, la ruptura de los alvéolos dentarios, después las mandíbulas y por último el cerebro se terminaba escurriendo por la cavidad de los ojos y entre los fragmentos del cráneo.

Cornelius recordó el sufrimiento narrado de un fraile que sucumbió a las tretas del maligno y que confesó, después de ser sometido al tormento de la rata, que sobresalía por su refinamiento: consistía en colocar una rata sobre el abdomen del torturado, encerrada en un jaula abierta por abajo, mientras los verdugos la hacían rabiarse con palos ardiendo, de forma que el animal tenía que buscar una salida y a mordiscos abría un túnel en las tripas del condenado, llegando, a veces, a salir por otro lado del cuerpo.

Muchas veces vio Cornelius con sus propios ojos en las afueras de París, el espectáculo lamentable de las jaulas colgantes, donde jaulas de hierro y madera, estaban adosadas al exterior de los edificios municipales, palacios ducales o de justicia. Los reos, desnudos o semidesnudos, eran encerrados en las mismas. Morían de hambre y sed, por el mal tiempo y el frío en invierno; por el calor y las quemaduras solares en verano. A veces, las víctimas habían sido torturadas o mutiladas como escarmiento. No solo significaban una incomodidad tal que hacían imposible al preso dormir o relajarse, ya que estaban atados a los barrotes de las mismas. A veces se introducían en ellas gatos salvajes, a los que los verdugos azuzaban con varillas al rojo vivo, o se encendían fogatas debajo para abrasar al condenado.

Al llegar a este recuerdo, Cornelius fue abofeteado por Pietro lo que volvió a la realidad, pudo sentir sus piernas humedecidas por la orina que le produjo el recordar los tormentos e imaginar su cuerpo sometido a cada uno de ellos. Lloró amargamente y comenzó a confesar todos sus pecados anteriores. Confesó incluso las cosas que se había imaginado hacer aunque su espíritu cobarde no se había atrevido a realizar.

Pietro y Bernardo escuchaban la confesión con impaciencia por llegar a la que necesitan oír, el que Cornelius tuviese en su poder las pertenencias de Rodrigo y que las mismas estuviesen casi a su alcance.

Cornelius miraba espantado a los dos hombres que de golpe se habían transformado de caballeros a animales despiadados con sed de su sangre. Su poca inteligencia no le permitía reconocer que ellos no estaban interesados en sus pecados anteriores, sino en algo mucho más importante que era lo que los había conducido hasta allí.

Pietro, cortó la confesión de Cornelius y anticipando sus horrores comenzó a describirle nuevas formas de tortura, como eran la doncella de hierro, ataúdes que eran piezas de exquisita artesanía por fuera y por dentro. Por fuera por la gran cantidad de grabados y relieves que adornaban su superficie; por dentro, por la espectacular colección de

pinchos, dirigidos a puntos concretos del cuerpo, que se iban clavando lentamente sobre el inquilino, a medida que se cerraba la puerta. Los clavos eran desmontables, con lo que se podían cambiar de lugar, con el fin de poseer un amplio abanico de posibles mutilaciones y heridas que daban lugar a una muerte más o menos lenta.

Con especial sadismo explicó la tortura del agua que consistía en hacer tragar al torturado, un mínimo de 10 litros por sesión, ayudándose de un embudo. Además de producir una insoportable sensación de ahogo, el estómago podía llegar a reventar.

Cornelius miraba espantado a Pietro hablar del método de la cabra donde al torturado se le fijaban los pies a un cepo, se procedía a untar las plantas con sal o sebo. La cabra atraída por el condimento, comenzaba a lamerlas, y la aspereza de su lengua hacía que atravesara la piel y dejara los pies en carne viva, llegando en ocasiones hasta el hueso.

Pietro decía estas cosas con una sonrisa en el rostro, por lo que se adivinaba que el aplicar métodos de tortura le producía un gran placer. Cornelius estaba atontado, las babas escapaban de su boca y espesas corrían por su barba.

De pronto comprendió todo, sus preocupaciones le habían impedido ver que su salvación estaba en demostrar que no tocó a Rodrigo, alentado por la esperanza, gritó con la fuerza de sus pulmones.

—Señores, hermanos, yo no tengo nada que le perteneciera a ese hermano Rodrigo, lo único que este pobre hombre traía consigo era una bolsa de cuero de cabra que colgaba de su hombro y con la cual lo dejé en su lecho de muerte al ir a avisar al hermano Francisco de su presencia en el claustro. De seguro esa bolsa está allí, nadie la habrá tocado.

Bernardo miró a Pietro con una mezcla de sabor del triunfo y de la ansiedad por hacerse cuanto antes con esa bolsa.

Los hombres fueron conducidos por Cornelius hasta el claustro donde estaba el cuerpo de Rodrigo. Cuando llegaron al mismo, el Abad y Francisco hacían preparativos para su sepultura, mientras dos novicios desnudaban el cuerpo y lo limpiaban con agua.

Pietro bufó, encolerizado enfrentó al Abad por haber dispuesto del cadáver sin avisarles, Bernardo por su parte revolvió todo el cuarto en busca de la bolsa. Francisco retrocedió hasta una esquina de la pequeña habitación y contemplaba asustado el proceder de los visitantes. Se daba cuenta de que serían capaces de cualquier cosa con tal de conseguir lo que buscaban y que no pararían hasta conseguirlo. Allí no estaba seguro, no tardarían en ir por él ya que nadie más había estado junto a Rodrigo, si Cornelius no lo tenía sería obvio que lo tenía él y no podía dejar que esos hombres lo encontraran, debía escapar y llevárselo lejos de ellos, debía protegerlo como había prometido a su amigo.

Pietro se giró de repente y clavó su mirada en él, era una mirada cruel, semejante a la de un lobo que acecha a su presa, Francisco sintió escalofríos recorriendo su columna, esa mirada parecía atravesarlo, supo que no tenía tiempo que perder, si no escapaba ahora, después ya sería tarde.

Dirigió la mirada al abad y con voz menos segura de lo que habría deseado le dijo: «Hermano creo que el cuerpo de mi condiscípulo empieza a mostrar signos evidentes de descomposición, los largos días de enfermedad hacen que su cuerpo no pueda aguantar mucho tiempo, creo que deberíamos preparar la fosa y darle sepultura cuanto

antes. ¿No le parece?».».

El abad miró el cuerpo desnutrido de Rodrigo y viendo en los ojos de Francisco lo que interpretó como preocupación por su amigo, hizo un gesto de asentimiento y le dijo:

—Tienes razón, nuestro hermano no debe permanecer mas tiempo aquí, debe ser enterrado cuanto antes. Ve y avisa a varios hermanos para que preparen una fosa, diremos unas oraciones por su alma y le daremos sepultura.

Francisco se dirigió a Pietro y tratando de parecer sereno, hizo una inclinación diciendo:

—Con vuestro permiso hermanos, debo cumplir con mis obligaciones —Y salió de la celda sin dar tiempo a una posible respuesta. Sin embargo Pietro no estaba dispuesto a dejarlo ir sin mas y acercándose a la puerta le gritó:

—Hermano, apenas termine con sus obligaciones nos gustaría hablar con vos de nuevo, así que no demore más de lo necesario, no podemos perder el tiempo.

Los escalofríos volvieron a la columna de Francisco pero esta vez junto al terror más absoluto, si no escapaba su fin estaba cercano. Aceleró el paso y giró por el pasillo tratando de alejarse cuanto antes de ese hombre que más que hombre se asemejaba al diablo, solo este podía tener una mirada tan cruel y despiadada.

Mientras se dirigía en busca de los hermanos que prepararan la fosa, pensaba la mejor forma de escapar de allí, debía hacer algo que distrajera la atención de Pietro y Bernardo ya que de lo contrario le sería muy difícil escapar, esos hombres lo perseguirían y le darían alcance en poco tiempo. Entró en la cocina del monasterio, allí encontraría a los hermanos Daniel y Marcelo que además de ayudar al cocinero solían ocuparse del cuidado del cementerio así como de los enterramientos.

Ambos hermanos se ocupaban en ese momento de preparar la comida y junto con Manuel, el hermano ayudante del cocinero, se afanaban en quemar las plumas de varios pollos. Vio como Marcelo al poner el ave sobre la llama soltó un grito y la dejó caer en medio de una retahíla de maldiciones y juramentos que rápidamente los otros dos hermanos le recriminaron.

De pronto a Francisco se le ocurrió la solución, debía provocar un fuego lo suficientemente grande para que la atención de todos se centrara en el suceso y tener tiempo suficiente para escapar sin ser visto.

Se acercó a los hermanos y les transmitió los deseos del abad, los hermanos sabiendo de la amistad de Francisco con el fallecido, le mostraron su pesar, dejaron sus quehaceres rápidamente y salieron de la cocina. Aprovechó un descuido de Manuel para tomar los utensilios necesarios para provocar el fuego y tras ocultarlo bajo sus ropas salió de la cocina. Se dirigió a la zona del monasterio donde estaban las celdas de los novicios y entró en una de ellas.

Un chico joven, se encontraba arrodillado en un rincón orando. El joven levantó la cabeza al oír que alguien entraba y al reconocer a Francisco su cara se iluminó con una amplia sonrisa. Era casi un niño, apenas llegaría a los diecisiete años, tenía el pelo rubio como el oro y unos ojos verdes que miraban al monje casi con adoración. Era delgado pero ya se adivinaba en él que sería un hombre alto y fuerte, con un porte digno de un caballero.

Francisco a pesar de sus problemas, le devolvió la sonrisa, este chico le merecía un

gran cariño, era joven pero también era inteligente, culto y con un carácter fuerte y noble. Aun recordaba el día que llegó al monasterio, tenía solo siete años, pero ya caminaba junto al noble caballero que lo trajo, con la cabeza alta, sin mostrar ningún tipo de temor, más bien con curiosidad hacia lo que para él era nuevo, desconocido. Permaneció de pie junto al despacho del abad casi una hora, mientras ese caballero tenía una conversación con éste.

No mostró nerviosismo o impaciencia como sería de esperar en cualquier niño de esa edad, muy al contrario, se mantenía erguido, haciendo una inclinación de cabeza cada vez que algún hermano pasaba cerca de él.

Recordaba como uno de los hermanos que trabajaban en la cocina, le ofreció una jarrita de leche y él con una sonrisa, le agradeció y la tomó de un solo trago, tras lo cual sacó un pañuelito pulcramente doblado del bolsillo y se limpió la boca. Este simple gesto demostró a Francisco que el niño pertenecía a una familia noble que se había preocupado de enseñarle modales.

Cuando el noble salió del despacho del abad tomó al niño por los hombros y le dijo:

—Pierre ya hemos hablado de los motivos por los que no puedes vivir conmigo y tras la muerte de tu madre quiero que tengas lo mejor que puedo ofrecerte, el abad de este monasterio es amigo mío desde la niñez, él se ocupará de ti, te dará la mejor educación posible y junto a él nada te faltará. Confía siempre en él como si fuera yo mismo, obedécelo y respétalo como a un padre y nunca olvides que hago esto pensando en lo mejor para ti.

Tras decir esto inclinó la cabeza y besó al niño en la frente. Este alzó la mirada y con voz serena le respondió:

—No os preocupéis padre, estaréis orgulloso de mí, lo prometo —y tomando la mano del caballero se la besó.

El caballero sonrió y le revolvió el pelo en gesto cariñoso. En ese momento salió el abad del despacho y mirando al niño le dijo:

—Pierre, te vas a quedar aquí por deseo de tu padre, desde hoy estás a mi cargo, aquí te sentirás a gusto y te educarás con los mejores maestros en todas las materias que puedas necesitar para tu vida futura.

Francisco recordaba como el abad le hizo un gesto para que dejara el arreglo de una puerta que llevaba a cabo en ese momento y se acercara. Le dio orden de llevar al niño a una de las celdas y explicarle las reglas del monasterio. Recordaba como el niño lo siguió obediente sin volver la mirada atrás ni una vez. Él lo miraba de reojo asombrado de cómo un niño tan pequeño podía mantenerse tan sereno sabiendo que lo dejaban allí, entre gente desconocida para él.

Lo llevó a una celda pequeña en la que había dos catres y le señaló uno de ellos explicándole que allí dormiría el tiempo que permaneciera en el monasterio. Le explicó también los horarios tanto para el estudio como para la oración así como los de las comidas y para terminar le aseguró que en el monasterio todo el mundo tenía su trabajo y que el abad se ocuparía de explicarle en su momento que labores le corresponderían a él.

El chico se mantuvo erguido y serio escuchando con atención cada una de sus palabras y cuando Francisco se giró para marcharse, lo llamó diciendo:

—Hermano ¿Cuál es vuestro nombre, cómo tengo que dirigirme a vos, es que nunca antes he estado en un monasterio y no se cómo debo llamaros?

Estas palabras provocaron su ternura y le respondió con una sonrisa que pretendía tranquilizar al niño, aunque nadie diría que lo necesitase:

—Me llamo Francisco, me puedes llamar hermano Francisco y aquí te sentirás como en casa en cuanto conozcas a los hermanos. Ahora espera que uno de los novicios traerá tus cosas.

Recordaba que cuando salió de la celda el abad lo mandó llamar por medio de uno de los hermanos y el acudió rápidamente, golpeó la puerta con los nudillos y tras la autorización correspondiente entró. El abad estaba sentado redactando lo que parecía ser una carta y levantando la mirada hizo un gesto a Francisco para que tomara asiento, este obedeció y permaneció en silencio mientras esperaba que terminara de escribir.

Unos cinco minutos después, tras sellar la carta y meterla en uno de los cajones, se dirigió a él y le dijo:

—Francisco, sabes la gran confianza que tengo depositada en ti, se que eres una persona honrada, de buenos sentimientos y de carácter noble. Es por ello que te voy a confiar un secreto a la vez que te pido tu ayuda. El niño que acaba de llegar se va a quedar con nosotros hasta su mayoría de edad. El caballero que lo ha traído es su padre, François Théodore de la Vasserie, un noble caballero al que nuestro monarca Francisco I consideraba uno de sus más leales amigos y servidores. Este niño no es su hijo legítimo, sino que la madre era una dama de la Corte. El nacimiento del niño se ha mantenido en secreto hasta hace unas semanas en que la madre ha muerto trágicamente.

Como supondrás con la muerte de Francisco I y la coronación de Enrique, las cosas andan revueltas y aun no se sabe bien que planes tiene este para con los leales al anterior monarca. El señor de la Vasserie me ha pedido que lo acojamos aquí porque teme que si sus enemigos llegan a saber de su existencia podrían usarlo en su contra e incluso intentar hacer daño al niño y no confía en nadie de la Corte para dejarlo a su cargo. Theodore y yo nos conocemos hace muchos años y he accedido a su petición, le he prometido acoger a su hijo bajo mi protección y cuidarlo con mi vida si fuera necesario.

Quiero que tú te ocupes de su educación, que le enseñes tu labor en el monasterio para que aprenda de ti que eres uno de los mejores, yo me encargaré de buscarle el mejor profesor para las ciencias y las artes. Deseo que el día que este niño salga por las puertas de este monasterio, sea uno de los jóvenes mejor preparados de Francia, se lo he prometido a su padre.

El abad se levantó y acercándose le puso una mano en el hombro diciendo:

—Francisco, he dado mi palabra de cuidar de Pierre y quiero pedirte a mi vez una promesa, si algo me pasa quiero que tú cuides de él, sé que su padre no puede tenerlo a su lado y no quiero que de morir yo, el niño quede a cargo de los demás hermanos, son hombres buenos pero sus condiciones no son las indicadas para educar a un niño de sus características.

Recordó que él asintió con la cabeza y le aseguró al abad que tenía su promesa, de faltar un día, ese niño estaría tan bien atendido como era su deseo. La sonrisa

agradecida del abad fue premio más que suficiente, era un buen hombre, se lo había demostrado en los años que llevaba en el monasterio, era firme en la forma de dirigirlo pero trataba a los hermanos con gran cariño y respeto. No le cabía duda de que trataría a ese niño lo mejor que sabía y él lo ayudaría en lo que pudiera, además el niño era despierto y pronto se ganaría el cariño de todos los hermanos.

Recordaba como desde entonces Pierre pasaba varias horas al día junto a él en el scriptorium, al principio se mantenía callado, observando como trabajaba pero a los pocos días el niño se ofreció a ayudarlo y Francisco le preparó un tintero y papel para que el niño imitara su trabajo. Tenía que admitir que este niño no era un niño cualquiera, su disposición para el trabajo era más que notable y su habilidad para escribir lo dejaron sorprendido. Tenía razón el abad, el día que se marchara del convento Pierre saldría bien preparado, era un buen alumno y aprendía fácilmente.

Desde ese momento se estableció una relación entre ellos más propia de padre e hijo que de maestro alumno, el niño lo quería y lo admiraba y Francisco disfrutaba de su compañía a la vez que sonreía con sus ocurrencias.

Habían pasado diez años desde aquello y el cariño, el respeto y la admiración habían crecido entre ellos haciéndose más fuerte. Con el paso de los años ese niño se había convertido en un joven hermoso, su rostro ahora con una barba incipiente, tenía unos rasgos perfectos y una sonrisa franca y despreocupada. A sus diecisiete años tenía una preparación propia del mejor de los caballeros de Francia y era capaz de desarrollar el trabajo de Francisco tan bien como éste. Era un joven alegre, culto, inteligente y apuesto, cualquier padre estaría orgulloso de él.

Y él se sentía como si fuese su padre, cada paso desde su infancia, cada logro de ese niño, lo sentía como algo suyo.

De pronto Francisco volvió a la realidad, no podía dejarse llevar por los recuerdos en este momento, mejor hacía lo que había venido a hacer. Cerró la puerta de la celda y mirando a Pierre muy serio le dijo:

—Pierre, tenemos que hablar, no tengo tiempo que perder pero no podía marcharme sin despedirme de ti.

El chico dejó de sonreír, el rostro serio y preocupado de su maestro y hermano le demostraba que algo malo pasaba.

—¿Qué pasa hermano Francisco, a donde vais y porqué con tanta prisa?

—Pierre ¿Sabes que hemos recibido la visita de un discípulo mío verdad?

—Sí, hermano.

—Y sabes también que ha muerto hace unas horas ¿verdad?

—Sí, hermano y lo siento mucho, sé que era alguien muy querido para vos. Pero ¿Qué tiene eso que ver para que os tengáis que marchar?

—Escúchame con atención Pierre. Rodrigo era amigo mío además de discípulo. Antes de morir me ha entregado algo muy importante, más de lo que imaginas, no puedo decirte de que se trata ni tu debes contar esto a nadie.

Solo puedo decirte que los hombres que han llegado hoy lo buscan y yo he prometido protegerlo y cuidar que no caiga en malas manos. Si permanezco en el monasterio

tarde o temprano lo conseguirán así que lo mejor es que escape cuanto antes. Quiero, antes de irme, decirte algo que no te he dicho durante los años que hemos pasado juntos. Cuando llegaste eras apenas un niño pero ya se adivinaba en ti que serías un gran hombre y con el paso del tiempo me has demostrado que no me equivocaba, has superado con creces lo que esperaba, quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti, de la clase de persona en que te has convertido. Me llena de satisfacción saber que en algo he ayudado a que seas así, te auguro un gran futuro, y sé que el día que tu padre venga a buscarte se sentirá tan orgulloso de ti como yo. Que Dios te bendiga y te proteja Pierre y mantén siempre derecho el rumbo de tu vida.

Francisco dio un paso adelante para dar un abrazo de despedida al chico antes de marchar pero este se giró y cogiendo un saco que tenía en el rincón de la celda empezó a meter ropa dentro.

—¿Qué estás haciendo Pierre?

—Coger algo de ropa hermano, me voy con vos.

—No, eso es imposible Pierre, tú te quedas aquí, esto no es un juego. Los hombres que hay en el monasterio son peligrosos y me perseguirán y yo ni siquiera estoy seguro de donde voy. Tu padre no tardará en venir a buscarte y debes estar aquí cuando lo haga, tienes un gran futuro por delante, para eso has sido educado y así debe ser. Ahora dame un abrazo, no puedo perder más tiempo.

El chico se acercó y lo abrazó con fuerza, sintiendo como el monje se estremecía al hacerlo.

—Adiós Pierre y recuerda que esta conversación no la hemos tenido, tu no me has visto ni sabes nada de mí.

—Adiós hermano Francisco, ve con Dios y que él te ayude.

Dicho esto, Francisco salió de la celda y cerró la puerta tras él. Tratando de no ser visto se dirigió a la parte trasera del monasterio, allí se encontraban las cuadras. Estaban divididas en dos partes, una de ellas era la destinada a los caballos y asnos que usaban los monjes en sus desplazamientos y la otra a las vacas y los bueyes que se usaban para las labores de los campos. Se dio cuenta que dentro estaban dos hermanos dando de comer a los animales y cambiando la paja que se extendía en el suelo para proteger del frío y la humedad a estos. Esperó escondido hasta que los vio salir y entró. Miró los caballos y decidió que cogería a una yegua a la que habían llamado Anochecer por su color negro, además de joven y veloz su color lo ayudaría si necesitaba ocultarse. Se acercó a ella con cuidado de no asustarla, no quería hacer mas ruido del necesario, la acarició y le habló con voz suave para tranquilizarla, la yegua acercó el hocico a la mano del monje y la frotó confiada.

Francisco la ensilló lo más rápido posible, se asomó a la entrada y tras asegurarse de que nadie lo veía, sacó al animal y se dirigió al bosque. Buscó una zona con bastante vegetación donde ocultarlo y lo ató a uno de los árboles. Seguidamente volvió a las cuadras, esta vez debía tener mas cuidado aún de no ser visto.

Buscó el lugar apropiado para comenzar el fuego, tenía que ser un fuego aparatoso que llamara la atención de todos pero no quería que fuera tan grave como para lastimar a los animales, los hermanos debían tener tiempo de ponerlos a salvo.

Recogió paja y la puso en un extremo de la cuadra, se aseguró de que se extendería lo

suficiente y puso sobre ésta algunos sacos que se usaban para transportar el trigo, eso haría que el humo fuera más oscuro. Cuando creyó que todo estaba listo se volvió a asomar a la entrada, vio que no había nadie en los alrededores así que era el momento.

Prendió la paja y cuando esta empezó a arder removió un poco los sacos, el fuego se propagó con rapidez, los animales lo detectaron al momento y alguno empezó a relinchar. Francisco se dirigió a la puerta y echando un último vistazo al fuego, corrió al bosque.

Capítulo III: El renacer

Las voces del pasado se entremezclan con las del presente, logrando una sinfonía que le da sentido al destino.

PILAR abrió los ojos lentamente, miró al frente y vio una habitación desconocida y por un instante no supo donde estaba, sólo sentía una sensación de bienestar y plenitud desconocidos en ella. Notó unos brazos rodeando su cuerpo y se giró con cuidado, era él, era a quien siempre había esperado y estaba allí con ella, esta vez era cierto, no era un sueño sino una hermosa realidad. Recordó la noche anterior, su llegada, sus besos, sus largas horas de pasión y no pudo evitar una sonrisa, era tan bello tenerlo así, dormido, abrazado a ella, con ese gesto confiado en el rostro que no pudo evitar acercarse y depositarle un beso en la frente con toda la ternura de su alma.

Gabriel se removió y la apretó un poco más contra su cuerpo dejando la boca casi pegada a la nuca de Pilar, ella seguía sonriendo, sentía su respiración en el cuello, era lenta y rítmica y le provocaba escalofríos, si no se levantaba y se daba una ducha no podría controlar el deseo tan enorme que su cuerpo volvía a tener de él.

Apartó suavemente sus brazos con cuidado de no despertarlo y volviendo a besarle en los labios dulcemente se levantó y se acercó a la ventana. Apenas estaba amaneciendo, el cielo tenía un hermoso color azul y el aire traía olores desconocidos pero muy agradables. Respiró hondo llenando sus pulmones y se dirigió al baño, entonces recordó que no tenía ropa para cambiarse ya que su maleta estaba aún en el coche, tendría que salir a buscarla. Alcanzó las llaves, se puso los vaqueros y la camiseta y salió al aparcamiento.

Hacía un día precioso ¿O acaso sería que su felicidad le hacía ver todo más bello de lo normal?

Abrió el maletero, sacó sus cosas y recordó el Mp3, allí estaban todas las canciones que había recopilado desde el día en que lo conoció, abrió la guantera y lo cogió, así las escucharía mientras se daba la ducha.

Regresó rápidamente a la cabaña, sacó ropa limpia y se dirigió al baño. Se miró al espejo y se dio cuenta de que tenía el pelo alborotado y unas enormes ojeras debido al largo viaje y las pocas horas de sueño pero no le importaba, se sentía tan dichosa que no podía borrar la sonrisa de su cara.

—«Ya se quitarán algún día si duermo lo suficiente.» —Se dijo guiñando un ojo a la imagen que le devolvía el espejo.

Conectó la música y empezó a desnudarse, estaba tan centrada en sus pensamientos que no se dio cuenta que tarareaba la canción a la vez que seguía el ritmo con el cuerpo, sólo pensaba en Gabriel dormido en la habitación contigua, en la noche de amor que habían pasado juntos, en la ternura y la pasión que le había demostrado. ¿Cómo era posible sentirse tan unido a otra persona? Sólo encontraba una explicación, eran las dos mitades de un mismo corazón, habían nacido para amarse.

Se metió en la ducha y siguió cantando mientras se enjabonaba despacio; disfrutando el momento, trataba de recordar alguna ocasión en su vida en que se hubiera sentido tan feliz, tan plena y se dio cuenta que no, jamás se había sentido así. A pesar de que había conseguido casi todo lo que se había propuesto en temas laborales, de tener una

familia maravillosa y unos amigos estupendos, jamás eso la había colmado hasta el extremo de sentir que no necesitaba nada más para ser feliz.

Gabriel abrió los ojos lentamente, aún medio dormido extendió un brazo y palpó la cama tratando de volver a abrazar el cuerpo de Pilar pero la encontró vacía. Por un momento volvió a su mente la sensación de despertar y ver que todo había sido un sueño, esa sensación de enorme vacío que lo había acompañado tantas mañanas desde que se enamoró, pero entonces oyó su voz en el baño. Pilar cantaba a pleno pulmón en la ducha y lo hacía realmente mal, no pudo evitar una carcajada, recordando las veces que le había pedido que le tarareara una canción y ella se había negado diciendo que cantar no era lo suyo; tenía que reconocer que nunca le había mentado, ni siquiera en eso.

—«Nadie es perfecto aunque ella se le acerque bastante» —pensó mientras se desperezaba.

Notó como su estómago protestaba, no había comido desde hacía demasiadas horas y supuso que ella tampoco lo habría hecho, debería preguntarle que quería para desayunar así que se levantó y se dirigió al baño. Llamó a la puerta pero ella no lo escuchó con el ruido del agua y sus gritos, así que abrió despacio y la llamó.

—¿Tienes hambre? —pero ella seguía sin escucharlo.

Decidió que lo mejor era entrar para preguntarle y ya de paso tratar de que no siguiera cantando o iba a volver enloqueciendo a la mitad del país.

Empezó su viaje hasta la ducha pero se detuvo en seco, sería mejor dejarle su espacio, darle la oportunidad de terminar su ducha y su canto sin interrumpirla, ya tendría tiempo para otras cosas que se imaginaba pasarían en esa ducha.

Salió sin hacer ruido y se dispuso a preparar algo para desayunar. La cabaña estaba completamente equipada y al alquilarla tomó la previsión de llenar la alacena y el frigorífico con las más variadas frutas de la zona, tratando de incorporar algunas que por su naturaleza no fueran cosa común en la tierra de Pilar, pero también abonó aquellas que sabía eran de su predilección.

Pronto, con un sentido de urgencia que le daba el tener todo listo para cuando ella terminara de ducharse, preparó sendos tazones de frutas multicolores donde destacaban fresas gigantes partidas en mitades, duraznos, trozos de piña de un amarillo intenso y la sandía más roja y dulce que pudiera imaginarse. Agregó a los tazones un poco de granola.

Gabriel sintió el aroma del café que terminaba de hacerse y le apeteció agregar algo salado al desayuno, rápidamente preparó unos huevos revueltos con jamón, tostó pan y frió algunos pedazos generosos de tocino.

Coordinadamente como solía suceder entre ellos, la mesa estuvo dispuesta para cuando Pilar salió del baño enfundada en una bata de paño que le cubría la mitad de sus muslos. Gabriel la miró extasiado caminó lentamente hacia ella y la besó en la boca, con un beso dulce.

—¿Rico? —Preguntó.

—Ummmm, sería más rico si estuvieses duchado, dijo Pilar mientras reía abiertamente.

Gabriel suspiró, y haciéndole un gesto nuevo para Pilar, enarcó sus cejas y le dejó

entender que si no se había duchado había sido por prepararle el desayuno.

—No te enojas, era una bromita, dijo Pilar intentando contener su risa.

—Serás... Dijo Gabriel mientras caminaba resuelto hacia la ducha a fin de acabar con las quejas.

—No Gabriel, ven que se enfría, ya me encargaré yo después de que quedes bien duchado.

Gabriel la miró y ambos rieron. Ella se acercó, le tomó las manos y se las besó sumisa.

—Ven vamos a desayunar que muero de hambre y esto huele delicioso, —dijo Pilar.

Gabriel suspiró nuevamente y aceptó la invitación.

El desayuno acabó pronto. Nada como una noche de pasión desbordada para abrir el apetito. Pilar alabó las cualidades culinarias de Gabriel y el buen sabor del café. Gabriel no le dio importancia y rascando su cabeza dijo:

—Bien, llegó la hora de la ducha, así que Pilar, a cumplir tu promesa.

No se lo tuvo que pedir otra vez. Juntos caminaron hacia la ducha, se desvistieron uno al otro, despacio, con calma, con la paciencia que les daba el haberse extasiado la noche anterior y ahora pensar que la urgencia no era necesaria.

Se volvieron a amar otra vez, fue la ducha más excitante de sus vidas, se sentían tan felices como agotados, tanto que necesitaban descansar y recuperar las fuerzas.

Se tumbaron en la cama y estuvieron durante varias horas abrazados sin decir palabra, sólo escuchando el latir del corazón del otro.

De pronto Pilar levantó la cabeza y sonriendo le dijo a Gabriel:

—Creo que volvemos a necesitar una ducha pero me temo que si volvemos al baño terminaremos de nuevo en la cama y... no solo de sexo vive el hombre aunque la mujer creo que si podría hacerlo.

—Eres un trasto, bella y apasionada como sólo tú puedes serlo, pero un trasto al fin —y apretándola contra su cuerpo la volvió a besar en los labios con una enorme ternura mientras ella le acariciaba la nuca intentando alargar ese beso lo máximo posible.

—Creo que debemos vestirnos, quiero enseñarte algo que te va a gustar, algo que no tienes en tu tierra por muy hermosa que sea.

Gabriel, se desperezó y se sentó en la cama para vestirse mientras miraba de reojo como Pilar iba de un lado a otro de la habitación recogiendo cosas.

—¿Será posible que no se esté quieta ni por un segundo? No para de moverse ni dormida ni despierta — pensó Gabriel.

Cuando terminó de vestirse, ella ya lo estaba esperando, se la veía radiante, vestida con unos pantalones cortos, una camiseta y un jersey anudado en la cintura y esa sonrisa que no la había abandonado casi desde su llegada. La tomó de la cintura y la empujó levemente para que saliera delante de él, a la vez que cerraba la puerta de la cabaña.

Caminaron juntos y abrazados por un sendero estrecho rodeado de vegetación, de

repente se estrechaba mucho más a la vez que giraba a un lado, Gabriel la dejó pasar delante de él y ella girando un poco la cabeza le dijo:

—Vamos acosador deja de mirarme el trasero, dejémonos de ternuras por unos minutos al menos y dime dónde vamos ¿Si?

Gabriel la mantuvo en ascuas, no quería arruinar el momento que había planeado para ella con tanto esmero. Juntos, sin hablar, siguieron caminando por la senda, ya subían una pequeña pendiente que les dejaba ver el bosque frondoso a los lados del camino, ya bajaban con cuidado tratando de afirmar los pies en las piedras empotradas en la tierra húmeda.

Llegaron a un valle de césped bajo y caminaron libres por él, Pilar se quitó los zapatos y dejó que el césped acariciara su piel, sintió la humedad y disfrutó de la sensación en sus pies.

Al final del césped se perdía el camino, parecía haber una pendiente pronunciada. Al faltar unos metros para llegar, Gabriel volteó a Pilar y mirándola de frente posó un beso en sus labios y le pidió mantener los ojos cerrados. Pilar lo hizo adivinando un beso apasionado que no se llegó a dar, en su lugar, Gabriel tomó su mano y suavemente la invitó a caminar tras él. Avanzaron unos metros, Gabriel disminuyó la velocidad hasta detenerse completamente, tomó ambas manos de Pilar y las bajó invitándola a sentarse, Pilar captó la idea y apoyando su trasero en el suelo, cruzó las piernas una sobre otra y se dispuso a esperar las instrucciones.

Gabriel se sentó junto a Pilar y le pidió respirar profundo, ella lo hizo y sintió el golpe del olor a pino en su nariz, fresco, puro, un aire cargado de esencias que le llenaban los sentidos. Gabriel le pidió abrir lentamente sus ojos, Pilar lo hizo y por un instante el sol la obligó a cerrarlos de nuevo, para abrirlos más despacio dando tiempo a que sus retinas se acostumbraran de nuevo a la luz. Al abrirlos y enfocar, Pilar no pudo evitar un grito de emoción.

Ante sus ojos se desplegó un panorama multicolor, una pendiente pronunciada dejaba paso a un precipicio de unos cien metros, donde se divisaba un conjunto de árboles de copa frondosa de colores radiantes; una caída de agua generosa levantaba espuma blanca sobre las aguas de un río cristalino matizado de piedras grandes y redondas. La caída del agua superaba los cincuenta metros y las brisas de viento llevaban briznas que rozaban el rostro de Pilar. Un sol radiante era eclipsado por las copas de los árboles que atrapaban la mayor parte de los rayos, los pocos que lograban fugarse atravesaban las gotas de agua y formaban un arco iris de tonos pastel.

En la copa de un árbol cercano, un quetzal de cuerpo color azul profundo y plumas en una cola larga de color rojo intenso, se desperezaba extendiendo sus alas ante la mirada extasiada de Pilar.

El clima era frío, pequeños bancos de neblina flotaban a la misma altura de los ojos de Pilar por sobre el precipicio. De pronto, sobresaltada se volvió hacia Gabriel y dijo:

—Se me ha olvidado la cámara para tomar fotos, Gabriel, se me ha olvidado y había prometido a mis amigos enviar fotos cada día.

—Anda, repuso Gabriel, ya tendrás tiempo para tomar fotos a todo lo que quieras.

—No, mira que el quetzal, las nubes, el salto del agua, todo es genial, yo quiero mi foto aquí y ahora.

Gabriel vio que discutir con ella era perder el tiempo, con el paso de los meses había comprendido que su compañera era tan terca cómo hermosa y que no descansaría hasta haber tomado sus fotos.

—Bien Pilar, espera, que bajo corriendo a la cabaña y traigo la cámara, mientras, tú disfruta del paisaje que la sorpresa aún no termina, quiero que repares en todos los detalles de esta vista.

Gabriel se levantó se frotó las nalgas para desprender algunas hojas secas que se adhirieron al vaquero y emprendió un paso acelerado hasta la cabaña.

Pilar haciendo caso del pedido de Gabriel, siguió admirando el paisaje y hablando para si dijo:

—Niña, que no hay nada más hermoso que esto. Es de otro mundo, el clima, la vista, la vegetación, las aves, el cielo azul y nubes blancas como espumas, el río cristalino que fluye libremente por entre rocas, la caída de agua tan...

En eso la sorprendió el relinchar de un caballo a sus espaldas; Pilar se levantó, buscó con la mirada, pero no veía al corcel. Un nuevo relincho fue necesario para ubicarlo, se hallaba a unos 50 metros de ella, amarrado a una cerca hecha de troncos de madera.

Pilar avanzó hacia el animal con paso resuelto, al acercarse vio que era de color negro con una estrella blanca sobre su frente. Se acercó y lo acarició calmándolo un poco. El animal dócil, se dejó acariciar las crines y bajó la cabeza para que Pilar pudiera pasar sus manos sobre ella.

Pilar vio una casa rústica de madera tipo chalet, algunas gallinas caminaban por los jardines buscando su alimento diario y al fondo, en una casa también de madera, se asomaba un cachorro de pastor alemán de espeso pelaje y gruesas patas.

Pilar recordó a Hass y a Zaidra, su perro y su yegua que habían quedado al cuidado de sus amigos mientras ella volvía y sonrió. Estaba feliz, era feliz. Su cara denotaba esa paz que solo da la realización plena. Acarició una vez más al caballo y siguió buscando nuevas maravillas con su mirada.

Gabriel había regresado a la cabaña, tomó la cámara apresurado y antes de salir de nuevo, lavó algunas frutas las introdujo en una cesta de mimbre, tomó un durazno que se le antojaba delicioso y lo mordió sintiendo el dulce jugo en su boca. Pasó el dorso de su mano por ella para retirar los restos de jugo que se escapaban por las comisuras de los labios y emprendió la marcha de regreso.

Al llegar al lugar donde dejó a Pilar lo halló desierto, la llamó muy bajo primero y luego a grandes voces. Pilar oyó el grito y respondió de igual forma. Gabriel se dirigió hacia la cabaña, lugar desde donde provenían los gritos de su amada.

La encontró sentada en el suelo, jugando con el cachorro de pastor alemán. Ella levantó la vista y lo vio como si fuera la primera vez, ni más ni menos apuesto que otros hombres, pero con algo en él que lo hacía especial, único, era su hombre.

—¿Crees que los dueños se puedan molestar por estar aquí? Dijo Pilar.

—No lo se, dímelo tú, compré esta cabaña para nosotros.

—¿Es nuestra Gabriel? ¿En serio?

—Si Pilar, eso significa «para nosotros» para ti y para mí...

—Es preciosa Gabriel, me encanta la cabaña, la vegetación, los pájaros, la cascada...
—gritaba Pilar con cara de felicidad incontenible.

—Está bien, respira hondo y relájate ya me ha quedado claro que te gusta, parece que te gusta todo lo que ves menos yo.

—Serás... sabes que por muy bello que es todo esto, si no estuvieras tú no sería tan perfecto.

—Vaya señorita, por fin consigo hacer algo perfecto. ¿Ya tardé tiempo verdad?
—bromeó Gabriel que no podía evitar una sonrisa de orgullo y satisfacción, sabía que Pilar era sincera en sus demostraciones de alegría, le resultaba imposible ocultar sus emociones, tanto de felicidad como de tristeza o enfado.

—¿Te he dicho que te amo? — dijo Pilar devolviendo a Gabriel a la realidad.

—Unos millones de veces, pero me sacrificaré y dejaré que me lo digas algunos millones más; no quiero ser cruel contigo, sé que soy maravilloso, estupendo, genial, único, incomparable y que sientes la imperiosa necesidad de decírmelo a cada momento.

—¡Serás trasto!

—Está bien Pilar. ¿Tenías algo que decirme, algo así como que me amas?

—Te amo Gabriel.

—¿Solo eso? ¿Un solo te amo? ¿Yo esforzándome en complacerte para esto?

—Está bien... Te amo, te amo, te... ¿Sabes?

—Dime Pilar.

—Estaba pensando que este lugar es un paraíso, nuestro paraíso, pero creo que la cabaña está muy viejita, deberíamos reformarla un poquito.

—¿Reformarla? Ayyy Pilar pero si la cabaña esta perfecta así.

—No, no está perfecta, necesita algunos arreglitos.

—Está bien, haz una lista con lo que quieras cambiar y buscaremos alguien que lo haga, pero trata de no hacer mucho problema ¿Si?

—No, solo hay que cambiar el suelo, la cocina y el baño y tal vez las ventanas que dan al patio y un par de puertas...

—¡Pero niña! ¿No decías que eran unos arreglos de nada? Si sigues reformando tendrás que vender tu piso en Europa para pagar esto.

—Este lugar es bellísimo, me pasaría la vida aquí contemplándolo.

—¿De verdad?

—¿De verdad qué cosa Gabriel?

—¿Si te quedarías aquí para siempre? ¿Podrías vivir aquí y dejar allí a tus amigos, tu

vida, tu trabajo?

—Te amo Gabriel, podría estar en cualquier parte del mundo si tú estás conmigo, además si vendo mi piso no me quedará de otra que vivir en esta cabaña, no me voy a instalar bajo un puente ¿Verdad?

—Estoy hablando en serio, ¿Quieres contestarme con más formalidad?

—¡Ya salió don formalidad! Sí Gabriel podría vivir aquí, me gusta este país casi tanto como a ti y no echaría nada en falta si te tengo a mi lado.

—Te amo Pilar y me gustaría tenerte cerca de mí pero me siento egoísta por desear que te quedes aquí tan lejos de tu mundo.

—Mi mundo eres tú. ¿Tanto tiempo y aún no te has dado cuenta?

Gabriel la miró con los ojos húmedos y no pudo resistir la tentación de rodearla con sus brazos y estrecharla muy fuerte, como si pensase que iba a desaparecer de un instante a otro. Pilar le rodeó la cintura con los suyos y se quedó así quieta, en silencio, acurrucada en él, sabía lo que sentía, era lo mismo que estaba sintiendo ella.

Al fin Gabriel recuperó la serenidad y cogiéndola de la mano le dijo:

—Vamos a ver donde se metió ese cachorro, es un cabeza dura como la dueña, no para quieto ni un momento.

Se dirigieron hacia un lado de la cabaña por donde el perro se había ido corriendo tras algún pobre animal de montaña y lo encontraron dormido bajo un árbol. Pilar lo llamó pero el cachorro ni la escuchó siquiera, siguió tumbado sin inmutarse, entonces Gabriel lanzó un silbido suave y el animal incorporándose de un salto corrió hacia ellos.

—¡Vaya! veo que tiene usted controlada la situación. Tendrás que enseñarme a hacer eso o de lo contrario este perrito y yo vamos a tener serios problemas de autoridad.

—Eso es porque aún no te conoce, en cuanto vea el carácter que te gastas se pondrá firme apenas te vea llegar. Anda volvamos a la cabaña que tenemos un tema pendiente.

Volvieron cogidos del brazo, Pilar no podía ocultar su alegría, se sentía dichosa estando junto a él y quería estarlo siempre, esa era su máxima ambición.

Al rodear la cabaña vieron que alguien los esperaba, estaba de espaldas a ellos y observaba la cabaña. Se notaba que era un hombre mayor por la caída de los hombros y por su pelo canoso, era bastante delgado y vestía un pantalón gris y una camisa blanca que se veía arrugada y con manchas de sudor; Pilar pensó que parecía estar cansado a pesar de no verle la cara. Miró a Gabriel pero él no se dio cuenta, estaba muy serio con los ojos fijos en el desconocido.

El visitante se volvió en ese momento como si se hubiera dado cuenta de que lo observaban, era mayor como Pilar había notado y el sudor resbalaba por su cara, parecía haber estado haciendo un gran esfuerzo.

Notó como Gabriel apretaba su brazo hasta el extremo de hacerle daño y levantó la mirada para decírselo pero no llegó a hacerlo. El rostro de él parecía petrificado, su sonrisa había desaparecido por completo y tenía la mirada tan fría que casi le dio miedo.

Pilar miraba a ambos sin atreverse a decir nada, esperando que alguno de los dos dijera algo que la ayudara a entender lo que pasaba, pero ninguno lo hacía, ambos se miraban a los ojos muy serios y callados. Decidió que sería ella quien rompiera ese momento tan tenso y de un tirón se soltó de Gabriel a la vez que se acercaba al desconocido con una sonrisa.

—¡Hola!, me llamo Pilar, sea usted bienvenido. ¿Acaso se ha perdido?

El hombre separó sus ojos de Gabriel por un momento y su semblante cambió al mirar la sonrisa cálida de Pilar, bajó su cabeza y gruesas gotas de sudor corrieron por su nariz y cayeron hasta estrellarse en la tierra, después de un instante que pareció eterno, el hombre contestó:

—¿Perdido? No, señorita, no estoy perdido, es más, creo que nunca en mi vida me he sentido tan poco perdido como ahora.

Gabriel se acercó a Pilar y la abrazó en forma protectora, ella, intrigada no correspondió el abrazo y siguió disparando preguntas al extraño.

—¿Podría explicarse mejor buen hombre, no acabo de comprender?

—Pues bien Pilar, creo que le quedará más claro si te digo que hasta hace unos años, yo era el dueño de una propiedad muy cerca de aquí y que el destino me jugó una mala pasada, fui acusado falsamente de un crimen que no cometí, el cruel asesinato de mi esposa y fui dar a la prisión, donde pasé recluido un cuarto de mi vida, deseando salir para averiguar quienes la mataron y me tendieron la trampa.

Pilar buscó en los ojos de Gabriel una explicación, pero Gabriel se hallaba tan asombrado del relato como ella, instintivamente correspondió la mirada de Pilar por un momento y luego volvió a mirar al anciano.

—No quiero causar molestias y lamento haberme presentado de esta forma, sin invitación, sin aviso, sin siquiera considerar su condición de recién casados.

Pilar saltó y se apresuró a explicar que aún no se habían casado mostrando su dedo sin anillo y que cualquiera que viniera en paz, sería bien recibido, sin requerir explicación.

El anciano agradeció las palabras, limpió su sudor con un pañuelo arrugado que sacó del bolsillo de su pantalón, respiró profundo y exhaló con suavidad, como saboreando el aire de esas montañas.

Gabriel aún sorprendido, lo invitó a pasar a la casa. En tanto avanzaban hasta el corredor Gabriel indicó:

—Pues ya había oído hablar de usted, incluso oí que estaba usted en la ciudad.

—No lo diga —indicó el viejo— le dijeron que era un viejo loco, un monstruo que asesinó a su esposa, un borracho perdido a quien había que mantener alejado pues adonde se arrima lleva la ruina consigo.

Gabriel reconoció que la historia que había oído no estaba lejana a lo que el anciano acabada de anticipar. Intentó una excusa por haberlo recibido tan fríamente, pero el viejo lo excusó con unos ademanes que indicaban que estaba acostumbrado a estas situaciones.

Pilar miraba la conversación de ambos hombres con curiosidad, esperando comprender un poco lo que pasaba, pronto su curiosidad fue más fuerte y en tono decidido preguntó:

—¿Y qué lo trae por acá?

El hombre se sobrepuso un momento, recordando lo que lo había traído a este lugar, comprendió que había divagado un poco, extendiéndose en explicaciones ante dos extraños y que el sentido de la urgencia que lo llevó a viajar desde tan lejos había pasado a segundo plano.

Su rostro curtido por el sol, ahora libre del sudor, dibujó una sonrisa lastimera.

—Lo que me ha traído hasta aquí es la necesidad de pedirles ayuda. Sé quienes son ustedes, conozco la trayectoria profesional de ambos e incluso he leído las transcripciones de varias de sus conferencias. Sé que si alguien puede ayudarme son ustedes porque después de oír mi historia se darán cuenta que no estoy loco como piensa la mayoría de la gente.

Gabriel le ofreció asiento y lo miró con curiosidad, ¿Qué podría querer este hombre de ellos? La verdad es que no parecía una persona capaz de asesinar, pero ¿Cómo saberlo con certeza? ¿Y si era un asesino? Si lo habían condenado sería porque habría pruebas suficientes y él lo había invitado a entrar a su casa ¿Y si trataba de hacer daño a Pilar?

El anciano lo miró adivinando sus preocupaciones y se dirigió a él sacándolo de sus pensamientos:

—Gabriel, no soy un asesino, no he venido a hacerles ningún tipo de daño. Leí la noticia de que Pilar venía al país y he esperado el momento con ansiedad, ustedes son mi última esperanza, la última esperanza de este anciano. Perdí a mi esposa de una forma muy cruel y si eso no bastaba para destrozarme mi vida, encima me culparon de ello. No tiene idea de lo que es eso, es vivir años y años en una pesadilla de la que no puedes despertar. Lo peor no fue la cárcel sino el no saber que pasó, desconocer el motivo de su muerte y el porqué me hicieron pagarla a mí.

El anciano apartó la mirada, sus ojos estaban llenos de lágrimas y no quería que él las viera, no quería que lo compadecieran, quería que lo ayudaran.

Trató de controlarse y se dirigió a Pilar, ella lo miraba en silencio pero estaba pálida.

—Saber que sus asesinos aún siguen libres me está matando, por favor Pilar necesito que me ayuden, no quiero morir sin saber quien lo hizo y el por qué.

Los ojos del hombre se veían cargados de dolor, de urgencia, de necesidad de explicar y Pilar no podía negarse a ayudarlo, no sabía el motivo pero estaba segura que el anciano decía la verdad, no había matado a nadie y menos a su esposa. No era un asesino ni un loco, era un hombre triste y destrozado pidiendo ayuda.

El viejo se había callado y los miraba expectante a la espera de una pregunta que le diera paso a narrar su historia.

Gabriel, esbozó una disculpa por su descortesía y ofreció un café al anciano que lo aceptó de inmediato. Le acercó un plato con galletas y le pidió que les contara la historia y lo que quería de ellos.

El viejo respiró profundo, enarcó las cejas, tosió fingidamente un par de veces para aclarar su garganta y comenzó el siguiente relato:

—Mi esposa y yo vivíamos en una cabaña al otro lado del río, la compramos hace más de 20 años, era nuestro sueño, un lugar hermoso donde pasar nuestra vida y disfrutar de paz en nuestra vejez. Nos trasladamos a ella sin esperar a hacer los arreglos que Esther quería, solo arreglamos el tejado que era lo más urgente y trajimos unos pocos muebles para hacerla un poco más habitable.

—Las primeras semanas las pasamos en un ensueño, ese lugar tiene una belleza abrumadora y nos dedicamos a disfrutarla y proyectar las reformas que haríamos con el tiempo. Solíamos salir por la mañana a pasear y nos alejábamos tanto que no volvíamos hasta la tarde, después de comer junto a la cascada un almuerzo que mi esposa preparaba y metía en una cesta.

—Éramos muy felices aquí y creímos que así sería el resto de nuestra vida; a pesar de que no teníamos hijos nos amábamos tanto que no los echábamos en falta. Teníamos un perro muy cariñoso, un bóxer llamado Neón que nos seguía por todos lados y al que mi esposa adoraba ya que lo había criado desde chiquito, cuando lo encontró abandonado y enfermo en una caja de cartón.

Neón no se separaba de ella nunca pero un día cuando volvió de coger unas frutas el animal se internó entre los árboles y no volvió, por más que lo buscamos durante varios días no pudimos encontrarlo. Eso entristeció mucho a Esther mi esposa, que empezó a mostrarse distraída y callada. Yo trataba de animarla diciéndole que cuando menos lo esperara volvería como si nada, pero estaba seguro que no sería así y que al pobre perro le habría pasado algo, tal vez lo habría mordido una araña, una serpiente o algún animal salvaje.

Yo era muy pesimista, sabía de los peligros que esconden estos parajes tan hermosos si no se conocen bien y di por muerto a Neón. Pensé que quizás debería regalar otro cachorro a mi esposa para que volcara en él el cariño que había dado antes al bóxer. Sin embargo decidí dejar pasar unos días pensando que quizá ver a otro perro fuera aún peor.

Amaba a mi esposa más que nada en el mundo y habría hecho lo que fuera por verla sonreír de nuevo y alejar la tristeza que ahora veía en su mirada.

Había pasado más de una semana y yo tenía que viajar por cuestiones de trabajo pero lo retrasaba porque no quería dejarla sola en ese estado, buscaba excusas para que ella no sospechara lo preocupado que estaba y el porqué aplazaba mi partida; hasta que un día que salí a coger unas papayas, llegó una carta y mi esposa, preocupada porque no era normal recibir correo, la abrió y leyó que se me necesitaba urgentemente en las oficinas centrales de la empresa.

Cuando regresé me preguntó el motivo por el que no le había dicho que tenía que volver al trabajo y sobre todo porqué no lo había hecho, así que le conté la verdad como siempre desde que la conocí. Me abrazó y con mirada triste que me partía el alma, me dijo que no me preocupara que estaría perfectamente y que me debía también a mi trabajo.

Esa misma noche preparamos mi equipaje, todo lo necesario para dos o tres semanas fuera de casa, unas semanas que sospechaba se me iban a hacer eternas. Nos levantamos muy temprano y tras desayunar metí la maleta en el coche y volví a casa para dar un abrazo de despedida a mi bella Esther, estaba ocupada preparándose

unos bocadillos y unas bebidas para el camino y ni me oyó entrar. Me acerqué por detrás y cogiéndola de la cintura le besé el cuello, ella se giró un poco para devolverme el beso y vi que tenía los ojos húmedos y enrojecidos por el llanto.

La giré completamente para mirarla de frente y le dije que no llorara más, que no me iba a ningún lado, ella era antes que el trabajo, lo más importante en mi vida. Sin embargo con una sonrisa forzada me dijo que no iba a permitir que hiciera eso, que debía viajar pero que volviera cuanto antes. La besé con ternura y cogiéndola de la mano salimos de la casa.

Abrí la puerta del auto para subir cuando de repente oímos un ladrido, se escuchaba entre los árboles y no muy lejos, mi esposa se giró bruscamente soltando mi mano y empezó a gritar el nombre de Neón, al principio no oíamos nada, los ladridos ya no se escuchaban pero ella gritaba una y otra vez su nombre sin darse por vencida. Mirábamos fijamente hacia el lugar en que creíamos haberlo escuchado pero no se veía nada, de repente un ladrido a nuestra espalda nos asustó y nos volvimos. Era Neón, estaba allí parado mirándonos con fijeza, lo llamé pero no hizo intención de acercarse a nosotros. Entonces lo llamó mi esposa y tras lanzar un par de ladridos más, se acercó agitando la cola pero dando un giro evitando acercarse a mí.

Mi esposa se arrodilló y empezó a acariciarlo mientras el perro se mostraba muy dócil, tumbándose para que lo rascara más. Me agaché para hacer lo mismo pero el animal se puso agresivo enseñándome los colmillos, eso nos extrañó mucho puesto que siempre había sido muy cariñoso, tanto con ella como conmigo y con todo el que se le acercaba. Pensé que había sido una reacción instintiva por el tiempo que había pasado perdido y traté de acariciarlo de nuevo, pero sucedió lo mismo. Mi esposa trataba de calmarlo y lo justificaba diciendo que estaba nervioso, que tal vez tenía hambre. La vi tan feliz de recuperarlo que opté por pensar que tenía razón.

La abracé fuerte, le di un beso de despedida y subí al auto pensando lo poco que me gustaba dejarla sola, a pesar de que Neón ahora estaba en casa. Puse el coche en marcha y haciendo un gesto cariñoso con la mano tomé el camino que me llevaba a la carretera principal. Miré por el retrovisor para echar una última mirada a mi bella esposa y vi que se adentraba en la cabaña, mientras el perro seguía allí parado mirando fijamente hacia mí. No sé porqué, en ese momento sentí un escalofrío, los ojos del animal miraban a los míos con una frialdad que me dio miedo, sentí que no era el animal cariñoso que conocíamos, que algo en él era distinto ¿Pero qué? ¿Qué podía ser? El temor de dejarla estaba haciendo que mi mente me jugara una mala pasada, era Neón sin duda, era igual que siempre de cariñoso con mi esposa y yo estaba dejando volar la imaginación demasiado. Decidí que lo mejor era olvidar el tema y conducir ya que me esperaba un largo viaje, quería llegar cuanto antes y hacer mi trabajo para regresar junto a Esther.

Capítulo IV: La huida

¿Quién puede huir si el destino está unido a si como su sombra?

LAS llamas en las cuadras mermaban a cada balde de agua que lanzaban los monjes, que debían viajar unos 100 metros hasta el pozo de agua, de donde sacaban el líquido en todo recipiente que encontraron disponible.

El abad jadeaba mientras se detenía y trataba de insuflar el aire que requerían sus pulmones. Pierre en tanto hacía casi dos viajes hasta el pozo y volvía mientras los pies cansados del abad apenas lograban uno.

El abad era un hombre grueso, de contextura fuerte, que en su juventud gozó de una excelente condición física, pero que ahora a sus 65 años y el cansancio de diez lustros dedicados al monasterio habían minado sus fuerzas. Su físico seguía viéndose vigoroso pero una afección cardíaca le impedía realizar los mismos esfuerzos de cinco años atrás.

El abad reparó en el esfuerzo del muchacho y añoró sus días de novicio, cuando en este mismo monasterio se consagró a seguir los pasos de Jesucristo. Llegó a los dieciséis años, un poco menos que los que había cumplido Pierre, un día en que el hambre y la imposibilidad de ganar su sustento en la ciudad, lo habían llevado a pedir refugio a estas mismas paredes que hoy le correspondía dirigir.

El joven Antonio ofreció su experiencia en la construcción, adquirida como peón en la edificación de catedrales por toda Francia, por donde viajaba desde muy niño acompañando a su padre, maestro de construcción que enviudó muy joven y desde entonces se había dedicado al alcohol y a reclamar con todas las fuerzas de su ser, a un Dios que miraba hacia otro lado en sus momentos de mayor necesidad.

La madre de Antonio había muerto al dar a luz, por lo que debió convertirse en padre y madre del muchacho. Las figuras maternas, las encontraba en las prostitutas que acudían a su casa cada viernes de pago y que saciaban los instintos de su padre, quien siempre acababa borracho sobre el catre desvencijado que servía de tálamo a sus aventuras.

Antonio, se identificó con Pierre desde el día en que Theodore lo llevó al monasterio, el porte, la alcurnia y el garbo de Pierre no eran en nada asimilables a la condición de Antonio, pero sí su condición de huérfano y el haber quedado a la tutela de su padre. Obviamente, la condición de noble de Theodore jamás podrían compararse con la humildad del padre de Antonio, sus destinos habían sido los mismos solo por azares del destino.

Pierre, vio como el fuego moría en una nube de humo que se arremolinaba sobre su cabeza. Las cuadras eran un caos, los monjes descansaban tirados en el suelo, mientras discutían sobre el origen del siniestro. Recorrió con la vista el patio y fijó sus ojos en el abad. Ahora que Francisco había huido, él era su único amigo. Cruzó miradas con el Abad y este último lo invitó a acercarse con un gesto cansado de sus manos, retirándolas por un momento del sustento que le significaba el apoyarlas sobre sus rodillas.

Pierre acudió despacio hasta al abad y lo vio avejentado, su cara sudorosa, enrojecida y vieja parecía que hubiese soportado en una hora de incendio, veinte años de estar al

frente de la abadía; por primera vez desde que lo conocía, reparó en su edad.

—¡Qué viejo luce el hermano Antonio!, —se sorprendió hablando en voz alta.

El abad no consiguió escucharlo y se incorporó trabajosamente, de seguro de haberlo oído, hubiese adoptado una pose menos lastimera.

Al llegar Pierre, el abad pasó el brazo sobre sus hombros y apretó con la mano el brazo fuerte del joven e iniciaron el camino de vuelta al monasterio. En silencio, como si no hubiese nada que decir, alcanzaron la puerta posterior del monasterio, donde los esperaban Pietro y Bernardo que habían contemplado la actividad, sin involucrarse ni por un momento en ella.

Al llegar los hombres les cortaron el paso, por lo que se detuvieron de golpe. El abad suspiró, mientras Pierre miraba de soslayo. Pietro y Bernardo se desentendieron del joven y prestaron toda su atención al Abad, momento que aprovechó Pierre para buscar algún rastro de Francisco dentro del monasterio.

—Hermano Antonio —inició la conversación Pietro. —¿Podría atendernos unos minutos? Sabemos que no es el mejor momento, pero nos anima la prisa por llevar a Su Santidad noticias de esta importante misión, no tenemos tiempo que perder.

—¿En qué puedo servirles caballeros? —dijo cansadamente Antonio.

—Nos hemos quedado a media charla sobre el asunto de Rodrigo. Necesitamos que sus monjes nos terminen de narrar la historia y de ser posible, contestar a algunas preguntas nuestras de capital importancia. ¿Sería tan amable de arreglar una entrevista privada con el hermano Francisco? Creemos que él es vital en nuestra investigación.

El Abad recorrió con la vista el patio y llamó al novicio Jean Claude que estaba sacudiéndose las cenizas de su hábito.

—Jean, sea tan gentil de avisar al hermano Francisco de que los caballeros enviados por la Santa Sede desean hablar con él.

El joven se encogió de hombros y dijo al Abad:

—Mi señor, el hermano Francisco ha salido del monasterio, al momento del incendio lo vi tomar camino al bosque y he reparado que la yegua Anochecer no se encuentra entre los caballos que hemos rescatado.

El abad tomó la noticia con naturalidad, no así los enviados papales, a los que la desaparición de Francisco les dejaba muchas dudas.

—Hermanos —dijo el Abad, habéis escuchado, el hermano Francisco debió salir a hacer una diligencia importante, de seguro es algo que consideró urgente, puesto que no es su costumbre cabalgar y mucho menos abandonar el monasterio sin darme cuenta de adonde se dirige.

Bernardo apretó con tanta fuerza sus dientes que el abad pudo oír el rechinar de los mismos.

—Mi querido Hermano, esto no me gusta nada, la desaparición del hermano Francisco es todo un contratiempo para nosotros, debemos realizar la labor encomendada a la mayor brevedad, por lo que me veo en la penosa necesidad de decirle que, a partir de

este momento, la abadía queda bajo nuestra responsabilidad y a usted se le confina a su habitación hasta nuevo aviso.

El talante de Bernardo molestó al Abad, pero sabía que librar una lucha contra los inquisidores sería algo desastroso para la abadía, por lo que sin cuestionar la orden, indicó a Bernardo:

—Siéntanse ustedes en su casa, señores, que como me indicaron me recluire en mi habitación y si a ustedes no les molesta tomaré el descanso que mis trabajados huesos requieren.

Inclinando la cabeza pidió permiso para retirarse, mismo que Bernardo concedió con un gesto similar.

Pietro encomendó a Jean Cloude reunir a todos los monjes en la biblioteca para decirles que tomaban posesión de la abadía y que todos debían acudir sin falta.

Media hora más tarde, todos los monjes cuchicheaban curiosos sobre los motivos de esta interrupción en la sosegada vida del monasterio. Veían a Bernardo y a Pietro dialogar en voz baja y finalmente ponerse de acuerdo.

Pietro tomó la palabra y se dirigió a los monjes:

—Hermanos, que la paz de nuestro señor Jesucristo sea con ustedes. Llegamos a esta abadía en una misión importante de la que requeríamos de la ayuda de todos ustedes, para la solución de un problema de enorme importancia para Nuestra Santidad.

—Lamentablemente, la labor encomendada ha sido interrumpida a causa del incendio, lamento decirles que adivino la mano de Satán tras todo esto.

Los murmullos de los monjes fueron más insistentes; mostraban disconformidad con lo que acaban de oír, la abadía no podía ser morada del maligno.

Bernardo observaba atento todas las reacciones de los monjes ante cada palabra de Pietro, cualquier señal de insubordinación sería castigada con severidad.

—Señores —dijo Pietro. —¡Hermanos, callaos! Las tretas de Satanás son poderosas y no me cabe duda de que vosotros sois inocentes, tenemos la firme idea de que la mano que se esconde tras de todo esto es la del hermano Francisco, quien como ladrón en la noche, ha escapado.

Más muestras de asombro y angustia en los monjes para quienes Francisco era inmaculado.

—Debemos hablar con vosotros, queremos que nos contéis todo, con los detalles que recordéis, no dejéis nada sin decirnos por poco importante que parezca.

Pietro y Bernardo ocuparon dos celdas separadas por un largo pasillo e hicieron pasar a los monjes uno por uno. Con todos ellos obtuvieron las mismas respuestas, nadie sabía del origen de Rodrigo, ni de la posible ubicación de Francisco, todos concordaron que los únicos que habían tenido contacto con Rodrigo eran Francisco y el maestro cocinero.

A éste fue al último en entrevistar y lo hicieron ambos visitantes a un tiempo. El acongojado hermano trataba en vano de convencer a los inquisidores de que su contacto con Rodrigo fue mínimo y que no tomó nada de sus pertenencias. Pietro,

disgustado, amenazó al monje con hacerlo prisionero y someterlo a las técnicas de persuasión que la inquisición había depurado. El monje se estremeció de pies a cabeza, un sudor helado corrió por su cuerpo, el recuerdo de las técnicas de tortura eran su tormento desde la primera entrevista.

Miró de lado a los inquisidores al tiempo en que caía de rodillas y solicitaba su piedad. Los hombres del Papa lo obligaron a ponerse de pie y lo conminaron a llevarlos hasta su dormitorio.

El atemorizado cocinero los llevó por pasillos oscuros dentro de la abadía y los condujo hasta su dormitorio, ubicado en la primera planta, justo bajo la habitación que ocupaba Pierre, quien había regresado de buscar infructuosamente alguna señal del paradero de Francisco.

Pierre escuchó las voces de los tres hombres, las de los enviados del Papa eran firmes y autoritarias, la de cocinero temerosa y dubitativa.

Bernardo se dedicó a revolver el cuarto en busca de alguna señal de los objetos que buscaban, en tanto que Pietro seguía amedrentando a Cornelius.

El monje lloraba como un niño y sus babas se mezclaban con los mocos que se le escurrían de la nariz en largos hilos espesos. El llanto amargo de Cornelius, no lograba ninguna compasión de aquellos hombres duros y fríos como la piedra. Pierre observaba horrorizado a través de una rendija en el suelo, que todas las preguntas estaban relacionadas con su mentor Francisco y el hombre que había muerto hacía unas horas.

De pronto, Bernardo gritó con alegría —lo tengo—, mientras sujetaba en su mano un anillo grabado, que sin duda Cornelius había robado a Rodrigo.

Los ojos de Pietro y Bernardo lucían encendidos, como si una llama interna los alumbrara con el fuego del sadismo, del infierno mismo.

Bernardo enseñó el anillo a su compañero y disfrutando al máximo dijo: —Bueno, ahora veremos qué es lo que sabéis Cornelius —y solicitó a Pietro disponer los instrumentos de tortura.

Pierre no salía de su asombro. En tanto Cornelius gritaba exaltado en diferentes lenguas, que era inocente, vio a los hombres del Papa, llevarlo a rastras hasta el patio. Desesperado por la suerte del cocinero, Pierre corrió a la habitación del Abad para ponerlo al tanto y que así pudiera interceder por la vida de Cornelius. Cuando llegó a la habitación los gritos de Cornelius ya lo habían sacado de la modorra en la que la pérdida del control de la abadía lo había sumido.

Hermano Abad, hermano Abad, repetía Pierre con el aliento entrecortado. El Abad lo invitó a serenarse, sabía que lo había traído hasta él, sabía que el brazo fuerte de la inquisición comenzaría a golpear los cimientos mismos de su querida Abadía.

Todos los monjes fueron reunidos en el patio. Dos sillas para los inquisidores y una más para el preso, ahora encadenado de pies y manos, era el decorado del teatro a que estaban dispuestos a someter a Cornelius. El Abad avanzó decidido a enfrentar a los visitantes, pasó justo al lado de Cornelius, quien sujetó su hábito con fuerza, intentando que esa presencia salvadora lo acompañara en estos momentos que transitaba. Cornelius tragó y sintió el amargo de su hiel bajar por su garganta, elevó la vista hacia el Abad, quien lo confortó con una mirada lánguida y que denotaba

preocupación por el cocinero, a quien conocía como un mortal con defectos, tal vez mayores a sus virtudes, pero no como a un instrumento de Satanás.

Despacio, se deshizo de la fuerte tenaza de Cornelius, que le sujetaba el hábito, Avanzó al encuentro de Bernardo que se levantó presto de la silla y tomando al Abad por un brazo lo condujo a unos metros de los monjes, donde nadie podría oírlos.

El Abad intentó un frase de disconformidad con el actuar, pero Bernardo apagó su intención al indicarle que tenía toda la autoridad para si era necesario no dejar piedra sobre piedra en esa abadía. La mano de Satán ha tocado hoy este monasterio y no nos iremos de aquí hasta que hayamos limpiado el nombre de nuestro Señor en las almas de estos pecadores.

El Abad tragó, y sintió un nudo en la garganta que lo ahogaba, su corazón se apresuró en el ritmo de sus latidos y un dolor punzante le recorrió el pecho y el brazo izquierdo. Vio a los ojos de Bernardo y pudo ver el brillo, la flama que habitaba en la mente de aquel hermano.

Sumiso, retrocedió, se alejó unos pasos y luego tímidamente reclamó la posibilidad de un juicio para Cornelius. El cocinero volteaba la vista para ver las expresiones de los inquisidores, pero sus rostros no mostraban compasión alguna.

—Hermano Antonio, dijo Pietro, éste hombre ha sido sorprendido in fraganti en su fechoría y según las disposiciones de la Santa Inquisición no requiere de un juicio para llevar a cabo la pena. No obstante, si alguno de sus hermanos quiere hablar a su favor, le daremos la oportunidad, pero ha de saber aquel que lo haga, que estaremos atentos a sus palabras por si en ellas encontramos principios de rebelión en contra de la fe cristiana.

Lo anterior lo decía mientras corría la mirada por entre los monjes. Todos ellos bajaron la suya, en señal inequívoca de que temían más por sus vidas que el afecto que les merecía Cornelius.

El Abad quiso hablar pero sintió como la mano de Pierre lo aferraba fuerte para que no lo hiciera. Tragó sus palabras. Sintió como la fortaleza de Dios lo abandonaba en este difícil trance.

Miró a Bernardo y al encontrarse con su mirada fría, sintió rabia como no había sentido por años, como no sentía desde el día en que su padre se lanzara al vacío desde la bóveda en construcción de la última catedral en la que laboró, destrozándose el cuerpo al caer. La imagen de su padre ensangrentado con la cabeza vuelta, seguía en su mente a pesar de que apretara con fuerza sus ojos para no verlo.

Los inquisidores mostraron el instrumento de castigo, Cornelius sería empalado. Una vara afilada sería introducida por su ano y recorrería su cuerpo hasta salir por el hombro, sin tocar ningún órgano vital, la muerte sería lenta y dolorosa. Cornelius sería encerrado en una jaula que sería colgada a una altura conveniente para que los hermanos pudieran verlo sufrir.

El Abad tenía una lucha interna, sabía que debía proteger a su hermano, pero también sabía que terminaría sufriendo las mismas consecuencias de Cornelius sin ningún resultado positivo.

Mientras preparaban a Cornelius para el tormento, Antonio recordó su encuentro con los inquisidores unos años atrás. Fue en España, en una visita suya hacía unos cinco

años. Había tenido la oportunidad de viajar hasta las afueras de Madrid y allí decidió visitar a unos miembros de su congregación, en un poblado cercano. Cuando llegó, su sorpresa fue mayúscula, el mismo Torquemada se hallaba realizando un juicio a una mujer que acusaban de bruja por haber seducido a un monje inquisidor. Los amantes fueron sorprendidos en el acto y la mujer fue llevada presa. Al monje inquisidor lo mandaron al Vaticano a expiar sus pecados rezando en la plaza mayor.

La mujer no sufrió la misma suerte. Todo el peso de la Inquisición cayó sobre ella y fue juzgada rápidamente. Mediante tormentos mayúsculos fue obligada a confesar que copulaba con el demonio mismo. La mujer fue condenada a la hoguera. Una enorme pira fue improvisada en el centro de la plaza del lugar donde todos los vecinos se arremolinaron para ver el espectáculo.

La prisionera fue llevada en una jaula ubicada en la carreta tirada por dos caballos. Al andar de los animales la carreta se mecía violentamente hacia un lado y al otro. Justo al llegar al lugar donde esperaba la pira, la jaula se salió de la carreta y dando tumbos con la mujer dentro fue a parar a los pies del Inquisidor. La mujer chilló de terror y sus facciones se desfiguraron. El inquisidor ni siquiera se inmutó. Con su mirada seca e inexpresiva dirigió una orden a los guardas para que levantaran a la mujer.

Prestos acataron la orden y la mujer fue sacada de la jaula, sus vestidos fueron desgarrados y semi desnuda fue atada a un palo, alrededor del cual apiñaron sendas pilas de madera seca que ardería rápidamente en unos minutos.

El Inquisidor leyó los cargos y la sentencia y dio la oportunidad a la rea para que se arrepintiera de sus pecados y abrazara la cruz de Jesús. La mujer rompió a llorar, el llanto pronto se convirtió en una risa macabra que erizaba la piel, y clamando al cielo maldijo a todos los monjes, a toda la Iglesia a la que acusó de ser la ramera de babilonia, maldijo a sus captores, al monje que la sedujo y la abandonó a su suerte y al Inquisidor le gritó: sobre todo te maldigo a ti Torquemada, veré el día en que tus podridos huesos sean desenterrados y comidos por la jauría.

Lo anterior lo decía la mujer mientras señalaba con un dedo acusador al Inquisidor, y este daba la orden de encender la pira. Rápidamente el fuego alcanzó la altura de los talones de la mujer y esta lanzó un grito desgarrador. Su cuerpo ardió rápidamente y una negra humareda cubrió el cuerpo de la bruja y terminó por sofocarla acabando con su sufrimiento.

Antonio regresó a la realidad y vio a Cornelius suplicante a punto de ser traspasado por la pica, se persignó torpemente y pidió a Dios en silencio un milagro. Pietro y Bernardo estaban extasiados a la espera del castigo ejemplarizante, estaban a punto de dar la orden, cuando Cornelius fijando su vista en Pierre, gritó a todo pulmón:

—El muchacho, el es el amigo de Francisco, si alguien sabe donde está debe ser él.

Los Inquisidores repararon en el chico y tras una consulta rápida entre ellos se percataron de que no había sido interrogado por ninguno. Dieron la orden de empezar el castigo y la pica se hundió en Cornelius que rugió de dolor. Sus movimientos convulsos provocaron que un segundo golpe de la pica no fuera exacto como se esperaba y fue a salir por la garganta de Cornelius, que rápidamente se ahogó en sangre.

Pietro se mostró molesto ante la falta de precisión que había precipitado la muerte del prisionero. Fulminó con la mirada al guarda que tan des prolijamente había acabado el espectáculo previsto. De pronto recordó a Pierre y avanzó amenazadoramente para

prender al chico, el Abad le cortó el camino justo cuando su mano se estiraba para alcanzar al joven.

Pietro sorprendido en primer momento detuvo su marcha. El físico del Abad era un asunto a considerar seriamente. Sintiendo amparado por los guardas reanudó su marcha solo para encontrarse con un puño del Abad que lo tumbó de espaldas, considerablemente mareado. Antes de que los guardas reaccionaran, el Abad tomó a Pierre y corrió con él hacia las caballerizas dispuesto a salvarlo del abuso de los inquisidores.

Pierre confundido y empujado por el Abad montó en la yegua blanca de nombre Amanecer y la sintió galopar al recibir un golpe en las ancas propinado por Antonio. Pierre cabalgó unos metros y al notar la ausencia del Abad, frenó a su yegua y volteó su cabeza lo que le permitió ver el momento en que Antonio lo animaba a seguir y salvarse, busca a Francisco, le gritó el Abad justo en el momento en que los guardas caían sobre él y luego de una corta lucha, lo sometían.

Bernardo dio la orden de capturar a Pierre, y este a su pesar, comprendió que no podía hacer nada por el Abad, espoleó a su yegua y huyó a toda prisa.

Francisco, cabalgaba por el bosque, en medio del gran dolor de abandonar así la abadía. Nunca imaginó que un día saldría de ella y menos aún que saldría huyendo de la Iglesia. La llegada de Rodrigo con sus pergaminos había trastocado su vida, había puesto de cabeza todas sus creencias y había convertido a la gran pasión de su vida en su persecutora.

Suspiró profundo, sabía que le llevaba la delantera a los Inquisidores y que la ignorancia de estos sobre sus pasos le daba horas de ventaja. Aminó el paso, pues ya se encontraba cerca del olmo donde había escondido los pergaminos. Tenía previsto ocultarse hasta saber que los inquisidores no lo habían seguido de cerca, esperaba al menos una hora y luego al sentirse a salvo recogería los pergaminos y los llevaría consigo adonde lo llevara el destino.

Mientras esperaba, Francisco repasó lo acontecido, la llegada de Rodrigo, el dolor de ver a su amigo agonizando, la zozobra de escuchar la historia de los pergaminos y los secretos que los mismos describían.

Rodrigo no fue muy explícito. La muerte lo sorprendió antes de lo que creían ambos y la historia fue interrumpida. Solo recordaba haber escrito muchas citas históricas, de eventos que no guardaban relación entre sí, una mezcla de tiempos y espacios que solo la mente calenturienta de Rodrigo podía descifrar.

Las anotaciones en un cuaderno en diferentes idiomas y en lo que parecía ser un código de encriptación lo dejó perplejo. ¿Por qué su amigo, siempre tan lúcido como tenaz, perdería su tiempo en unas fábulas como esas? ¿Qué había llevado a Rodrigo a una muerte tan prematura y que lo había convertido en un anciano? ¿Qué debería hacer con los pergaminos? Llevarlos al Vaticano no podría. Se lo había prometido a Rodrigo, pero algunos eventos que Rodrigo le comentara le daban pie a pensar que la Iglesia tal como la conocía peligraba por las cosas que se narraban en esos pergaminos.

Sus estudios de idiomas y sus conocimientos de culturas antiguas lo habían llevado a comprender algunas inscripciones de los pergaminos, pero no los había estudiado a fondo. Pensó que luego tendría tiempo de analizarlos, pero la llegada de los Inquisidores había trastornado sus planes. Recordó a Pierre y al Abad y su corazón se

entristeció, los había abandonado a su suerte y aunque no podía hacer nada más que huir, el pensar que no los volvería a ver realmente le dolía.

Pierre había sido desde niño su pupilo y le tenía un gran afecto. Su capacidad de aprendizaje lo había convertido en el último año en su colega. Sentía que se acercaba el día en que Pierre tendría que marchar para poder seguir creciendo, pero no supuso que no podría encaminarlo y relacionarlo con los mejores profesores de Europa.

Los acontecimientos se habían precipitado y sus sueños se habían truncado de golpe. Ya no volvería a ver a su pupilo. Apesadumbrado reparó en el movimiento de la luna y supuso que ya la hora de espera había terminado. Trabajosamente se levantó del suelo y sintió dolor en su espalda, desde hacía unos años su cuerpo le recordaba que estaba vivo con dolores en diversos lugares, se había acostumbrado a vivir con ellos y pese a que en algunas ocasiones eran intensos, no consumía para aliviar sus dolores más que hierbas silvestres que actuaban como anestésicos naturales.

Volvió a echar un vistazo al camino, agudizó el oído y cuando se supo solo, se encaminó al viejo Olmo donde había escondido los pergaminos, introdujo la mano y sintió el roce de la bolsa de piel, jaló y atrajo hacia sí el bulto.

La bolsa de piel contenía seis pergaminos, un cuaderno de diario de Rodrigo, una caja de madera con inscripciones grabadas en ella y algunas notas sueltas escritas por Francisco a ruego de Rodrigo en su noche de agonía.

Francisco sintió que se le helaba la sangre al pensar que esos documentos fueran tan importantes que ameritara que la Inquisición los buscara con afán. Ya Rodrigo le había mencionado sobre el constante acoso que sufrió una vez salió de Francia, de cómo sintió en más de una ocasión que seguían sus pasos y al volverse en cualquier callejuela oscura había sentido que algo se ocultaba entre las sombras.

Rodrigo era un hombre recio, de valor, capaz de liarse a golpes con cualquiera si se trataba de defender a los suyos o sus creencias. No era posible imaginarlo temeroso, sin embargo, esa noche en el monasterio Francisco sintió que Rodrigo estaba aterrorizado, que algo superior a su entendimiento hacía presa de la voluntad de su amigo, recordó como tuvo que suministrarle la medicina que llevaba consigo para calmarlo un poco. El recipiente con las gotas que debía colocar bajo su lengua estaba casi agotado, temió en aquel momento que las necesitara con mucha frecuencia, pues quedaban si acaso unas cuantas dosis.

Al recordar este evento, Francisco hurgó entre sus hábitos y en una bolsa interior halló el recipiente que contenía la medicina, lo sacó y quitándole la tapa lo olió, le llegó un perfume sutil a su nariz, un aroma dulzón como de hojas y flores maceradas. Volvió a tapar la botella y la introdujo junto con las demás pertenencias de Rodrigo en la bolsa de piel. Debía buscar un sitio donde guarecerse esa noche y no llevaba consigo mucho dinero, tan solo unos pocos ahorros que había logrado hacer para costearse un viaje a Italia y poder acompañar a Pierre en su próxima visita, emprendió el viaje calculando que tendría suficiente para costearse alimentación y dormida por un par de semanas, a lo sumo tres si disminuía las raciones a las que acostumbrada en sus días de ayuno.

Montó dificultosamente en Anochecer y acariciándole el cuello la animó a marchar. La yegua emprendió un trote suave, que no maltrataba mayormente la espalda del monje y al cabo de unos minutos se encontraba en el camino principal que lo llevaría a Montpellier. Dudó un momento y se convenció de que era mejor no utilizar los caminos poblados, que sería mejor cabalgar en la periferia y así evitar el encuentro con

soldados o miembros de la iglesia que pudieran pedirle explicaciones. Aún era muy temprano para preocuparse por la posibilidad de que se le buscara masivamente, pero sabía que los tentáculos de la inquisición eran largos.

Tomando un desvío, por un camino secundario, aumentó la velocidad del trote de Anochecer y logró cubrir varios kilómetros hasta encontrar señales de vida. Francisco, divisó a lo lejos la luz de una fogata y varias antorchas, apuró el paso y cuando estuvo suficientemente cerca, se ocultó tras unos matorrales para determinar de quien se trataba. Pudo ver a la luz de la fogata como una pareja compartía la cena con sus hijos. El hombre era de una contextura delgada y de amplia estatura, debería alcanzar al menos el 1.90 pensó Francisco, la mujer estaba bien arreglada, con su largo cabello negro sostenido en una cola que le caía por la espalda y hasta sus cintura. Los niños eran un varón y una hembra, de edades cercanas a los 6 años. El niño se veía un poco mayor que la niña y ambos estaban recostados sobre una estera en el suelo.

Francisco retrocedió hasta su yegua, la volvió a montar y haciendo el mayor ruido posible se acercó al campamento de la familia. El hombre al escuchar los pasos, se levantó del suelo, tomó una antorcha y avanzó hacia donde escuchaba el acercarse de Francisco. ¿Quién vive? Preguntó en voz alta. Francisco decidido, contestó:

—Soy un servidor de la Iglesia, viajo hacia a Montpellier y nada me agradaría más que sentir el calor del fuego que vosotros disfrutáis.

El hombre menos aprehensivo, tomó la rienda de la yegua y ayudó a Francisco a bajar de la montura. Se presentó a si mismo y a su familia, e invitó a Francisco a sentarse al calor del fuego.

Ya sentados Francisco reparó en la condición humilde de la familia, sus ropas estaban limpias pero raídas. Las manos del hombre indicaban que se dedicaba a algún oficio donde las había curtido. La mujer era de rostro afable y dulce, sonreía con dientes blancos y alineados, en tanto los hijos estaban en la etapa de la muda de dientes y mostraban en sus caras sonrientes espacios vacíos en sus encías.

Francisco, luego de recuperar el aliento, se presentó oficialmente dando a la familia detalle de su procedencia, pero guardándose de decir su nombre, no quería dejar pistas tan sencillas de seguir para Pietro y Bernardo que de seguro para esa hora lo estarían buscando.

El hombre ofreció al monje un poco de alimento, justo la ración que quedaba en un pote que se hallaba al calor de la fogata. Francisco que no comía desde hacía horas, agradeció sinceramente la bondad de la pareja y comió sin prisa pero sin pausa, hasta dejar su plato completamente limpio.

Ofreciendo disculpas por su comer tan apresurado Francisco quiso pagar el alimento al hombre. Parsimonioso sacó la bolsa de cuero, la abrió y sacó de ella una moneda, suficiente para pagar una noche de alojamiento y comida. El hombre se negó a recibirla indicando que era demasiado y no tenía cambio, que sería mejor dejarlo así y pensar que Dios vería con buenos ojos la cortesía para con un hijo suyo.

Francisco no pudo evitar al oír la frase un poco de ansiedad, al pensar que lo que guardaba, tal vez no era algo que Dios vería con buenos ojos. Apretó la bolsa contra su pecho y sintió los pergaminos arrugarse ante ese contacto. Miró de frente a la pareja y volvió a ofrecer la moneda, pidiendo a cambio la posibilidad de dormir frente a ese fuego que le calentaba sus heladas piernas.

El hombre aceptó y puso una estera sobre el piso, dispuso de una piel como almohada y despidiéndose de Francisco tomó a su mujer y caminó con ella hacia una improvisada tienda. Al disponerse a entrar advirtió que no sabía el nombre del monje y volviéndose lo consultó amablemente. Francisco tosió para ganar tiempo y respondió, pueden llamarme Manuel, soy Manuel, al servicio de nuestro señor Jesucristo. Dicho esto se volvió a acurrucar en la estera y cerró sus ojos intentando conciliar el sueño.

Pierre sentía al viento revolver sus rubios cabellos mientras Amanecer volaba por el bosque. No tenía un rumbo definido, no sabía hacia donde había partido Francisco, por lo que cualquier dirección que tomara sería igual de improbable el encontrarlo. Por ahora solo deseaba huir a toda prisa de los hombres del Papa. El no saber de la suerte del Abad lo tenía preocupado. ¿Qué le habría pasado a ese hombre que por diez años había visto como su padre, que lo había formado y convertido en hombre?

Pierre presentía que algo no andaba bien y que la vida misma del Abad estaría en juego y todo por haberlo defendido de las posibles torturas de los monjes inquisidores.

Tal vez debería dejar de buscar a Francisco y tratar de encontrar algún medio de ayudar al Abad. Pero ¿Qué podría hacer? No tenía contactos, más que los hombres que habían pasado por la abadía y que de seguro no se habrían fijado en un novicio imberbe. El panorama estaba muy oscuro. Antonio no recibiría ayuda de nadie más, ni siquiera de los monjes de su propia abadía a quienes Pierre reconocía como pusilánimes incapaces de enfrentar el peligro propio por salvar a su mentor del suyo.

Detuvo la marcha en seco al encontrar una intersección, el camino de la derecha lo llevaría hacia Montpellier, sitio al que Francisco podría dirigirse, el de la izquierda lo conduciría por pueblos periféricos, probablemente infestado de ladrones y viciosos. Dudó por unos instantes, ahora la encrucijada era, si debía buscar a Francisco o retornar a la abadía y saber la suerte del Abad. No lo pensó mucho, la noche caía y decidió apartarse del camino y buscar un sitio donde pasar la noche, por primera vez en su vida dormiría a la intemperie, sin una moneda en sus bolsillos y en la más completa soledad, ya pensaría al alba lo que debía hacer.

Pierre se internó un poco en el bosque, amarró a Amanecer a un tronco de árbol que se pudría en el suelo húmedo. Buscó algún terreno seco donde recostarse y encontró algunos leños con los que hacer una fogata. Pierre sabía muchas cosas, pero todo su saber era académico, nunca tuvo que enfrentarse a la necesidad de valerse por sí mismo sin comodidades, el frotar los palos uno contra otro y producir el calor suficiente para hacer fuego no le fue sencillo, por espacio de una hora estuvo frotando sin tener el más mínimo indicio de que dormiría con el calor del fuego cerca de su cuerpo, a la hora, se rindió al cansancio y dispuso que ya que no tendría el calor que los sustentara, al menos trataría de dormir.

Su estómago gruñó y recordó que tenía hambre, el bosque en el que se encontraba era rico en maderas finas, pero no así en frutos, por lo que esa noche tuvo que conformarse con masticar unos tallos tiernos que como retoños salían de la corteza de un viejo árbol.

El cansancio lo venció pronto y se quedó dormido por un par de horas, hasta que el ruido de cascos de caballos al galope, lo despertaron. Se puso de pie y tomando a Amanecer que estaba un poco inquieta, la acarició en sus crines, logrando que la bestia hiciera silencio.

Con sigilo se acercó al camino y se ocultó tras de unos arbustos desde donde

dominaba el recodo de la ruta que traían a los jinetes. Pierre pronto pudo observar a cuatro hombres a todo galope jineteando a hermosas y bien cuidadas bestias. Eran sin duda soldados suizos al mando de los monjes que los habían visitado, sus trajes e insignias y la bandera que portaba uno de ellos era inequívoca.

Los hombres llegaron al camino y Pierre pudo observar que eran muy jóvenes, tal vez apenas un par de años mayor que él, no eran los mismos que había visto en la abadía al mando de Pietro y Bernardo que eran bastante más maduros. Pierre sintió un escalofrío al ver que los hombres se detenían en la intersección de caminos y se bajaban de sus monturas. Se agazapó más en los arbustos, los hombres se dirigían hacia su escondite. Pronto se detuvieron y con gran maestría encendieron un fuego y se sentaron a su alrededor.

Los jóvenes hablaban en francés por lo que Pierre los entendía perfectamente, hablaban de su misión, de cómo podrían encontrar al monje Francisco, si para ellos todos los monjes eran iguales. Pierre agudizó su oído para escuchar si hablaban algo de él o del Abad.

Los hombres prepararon su desayuno con unas hogazas de pan y carne seca, no hablaron de Pierre, mas si de Francisco y del Abad. El que tenía más edad y llevaba la autoridad del grupo les informó que había oído que a quien buscaban era un monje sacrílego que había sido sorprendido en actos de brujería y que ahora La Inquisición lo buscaba insistentemente, con la orden de atraparlo con vida a toda costa, no debían matarlo. Mientras que el Abad había sido hecho prisionero y sería, luego de ser torturado en busca de una confesión, llevado hasta Italia, donde sería juzgado.

Pierre sintió un nudo en la garganta al oír el destino del Abad, recordó el sufrimiento de Cornelius y cerró los ojos tratando de borrar la imagen en su cabeza. Gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Apretó sus dientes de coraje y sintió la presión en sus juveniles mandíbulas. Los hombres seguían hablando de banalidades, sus encuentros con las mujeres del pueblo donde descansaron la noche anterior y de lo mal pagada que estaba la guardia en esos días. Hasta Pierre llegó el olor del té que hervía y nuevamente sintió hambre. Se imaginó probando aquel pan con carne fría y se le llenó su boca de agua.

Pierre trató de retroceder y al pararse sobre las hojas húmedas apiñadas en el suelo, resbaló y cayó haciendo ruido. Los soldados escucharon y se pusieron en alerta. Sabían de muchos merodeadores que transitaban la zona y asaltaban a los trabajadores que ante la necesidad de costearse la manutención se convertían en nómadas enfrentando para si muchos peligros. Muchas familias fueron asesinadas mientras dormían para robarles unas cuantas monedas que era todo su haber.

Pierre se levantó sacudiéndose la ropa. La noche anterior lamentó no llevar su hábito sino su ropa de trabajo, que lo protegía menos del frío, pero sin duda ahora que debía pasar desapercibido, el hábito llamaría demasiado la atención. Al percatarse de que los soldados lo habían descubierto optó por actuar naturalmente. Se acercó a ellos y los saludó aliviado.

Los soldados, pasada la alerta del ruido, se distendieron y saludaron a Pierre. El joven se acercó a la fogata y olió la comida. Los soldados entendieron el mensaje y ofrecieron a Pierre los restos que quedaban del té y el pan con carne fría. Pierre aceptó gustoso y sin perder sus buenos modales comió despacio.

Los guardas notaron el aire palaciego que tenían los modales del joven y cortésmente

lo interrogaron sobre su presencia en ese bosque. Pierre sin dejar de calentarse las manos con el jarro en que le habían servido el té, les comentó que venía de Montpellier en una caravana y que por la noche se alejó un poco buscando a su yegua, y que había perdido el rastro y no fue sino hasta que los oyó que salió de su preocupación de estar perdido en un lugar desconocido.

¿Hacia donde te diriges? Preguntó el soldado de más edad.

Pierre respondió que viajaba a la abadía donde sería recibido por unos monjes amigos de su padre, para quienes tenía un encargo.

Los soldados le indicaron que ellos casualmente buscaban a unos forajidos perseguidos por la Iglesia que había salido de esa abadía y que de seguro la orden se habría disuelto pues el abad resultó ser un conspirador.

Pierre se mordió la lengua para no replicar, porque sabía que su anonimato lo mantenía libre en ese momento. Inquirió sobre el destino del Abad y los soldados le respondieron que estaba prisionero en la abadía pero que en dos días sería llevado a Génova para ser juzgado por el tribunal eclesiástico del que pocos habían podido librarse de la muerte.

Pierre tembló y de inmediato buscó una respuesta en los ojos de esos hombres a su muestra de interés genuino en la situación del abad. No lo notaron y el joven suspiró aliviado. Acababa de comer su último trozo de pan y apurarlo con el resto del té que le quedaba.

Limpiándose la boca, preguntó a los soldados en que consistían esos juicios. Los soldados que habían observado cientos de juicios y ejecuciones explicaron a Pierre con lujo de detalles los interrogatorios, castigos corporales y finalmente la casi indefectiblemente segura condena a muerte de los enjuiciados. Los soldados hablaron de las diferencias entre la Inquisición española, francesa e italiana, todas ellas inmisericordes con los pecadores pero de diferentes métodos de acción.

Pierre sabía ahora que debía hacer algo por su abad, no podía dejarlo enfrentar esta castigo sin siquiera darle el sustento de su presencia, el Abad había ido más allá de su deber de cuido y había dado su vida misma por él. No podía fallarle. No le fallaría.

Los soldados ofrecieron a Pierre escoltarlo hasta dar con la caravana en la que venía. Pierre no quiso lucir apresurado pero su miedo por el estado del Abad lo hizo responder aprisa casi con desesperación. La negativa a viajar con los soldados la justificó diciendo que probablemente tardaría menos en llegar a la abadía que en encontrar a la caravana, aprovecharía el tiempo ahorrado en buscar más información sobre lo que acababan de contarle.

El soldado de mayor edad, asintió y despidiéndose del joven arengó a los compañeros para ponerse en marcha. El día apenas empezaba y era preciso sacarle provecho.

Pierre se puso en marcha también, buscó a Amanecer donde la tenía amarrada y le dio algunos terrones de miel que le dieron los soldados, ya la alimentaría bien apenas llegare a un sitio seguro.

Pierre tomó el camino que traían los soldados, primero en un trote suave de Amanecer y una vez pasó el recodo donde quedaba fuera de la vista de los soldados, animó al animal a ir a todo galope. Si podía mantener el trote, estaría en las cercanías de la abadía para cuando cayera el sol.

Capítulo V: La verdad

Si buscas la verdad no la busques fuera, la verdad está encerrada en ti.

EL Abad tirado en el suelo abatido por dos guardas que lo apresaban, levantó su vista y pudo ver a Pierre a galope por el bosque, ante los gritos desesperados de Pietro y Bernardo.

El inquisidor dirigió sus ojos al Abad y este pudo ver un hilo de sangre que escapaba de la boca del enviado papal. Pietro, limpió la sangre con el dorso de la mano mientras dirigía al Abad una mirada que dejaba al descubierto toda la furia que contenía aquel ser. Dirigiéndose a los guardas, dio la orden de poner al Abad de pie y se acercó al viejo monje. Mientras el Abad era sostenido por los guardas, Pietro se acercó a su oído y en voz muy baja dijo:

—Abad Antonio, ha logrado usted que sus cómplices en este acto abominable escapen en esta oportunidad, pero ya caerán en nuestras manos tanto Francisco como el chico que ha querido proteger de nosotros. En cuanto a usted, déjeme decirle que pagaré cara su osadía de interponerse en la aplicación de las leyes de Dios y que sabré aplicar justicia a sus actos de rebeldía.

—Nada temo, hermano Pietro, no hay castigo o pena que pueda superar mis satisfacción de haber liberado a Pierre de las garras de ustedes, que se han encargado de diseminar la semilla del mal por los campos de Europa. Me someteré al juicio de la Inquisición y no responderé más que con la verdad, que en definitiva me hará libre, ya sea para seguir en este mundo o bien para la vida futura que ha sido prometida.

—Bien Antonio, ya encontraremos la verdad, nuestros métodos pueden ser muy persuasivos, no será el primer monje que veo llorar de arrepentimiento por haber abrazado el cuerpo de Satanás. Ya nos veremos luego Abad Antonio, puede estar seguro que lo haremos y no será placentero para usted.

Dirigiéndose a los guardas, les pidió recluirlo en una celda y apostar dos guardas al frente. El Abad Antonio sería juzgado en Italia, pero antes aplicarían algunas interrogaciones con que abrir el expediente, para lo cual, esa misma noche sería presentado ante los dos enviados papales.

Antonio suspiró y acompañó dócilmente a los guardas, quienes sin soltarlo un momento lo condujeron a uno de los dormitorios, lo esposaron a la cama e hicieron guardia fuera de la habitación como se les había ordenado.

Antonio, se sintió abrumado, la cabeza le daba vueltas y no podía entender como su vida había dado un giro de 180 grados en el transcurso de dos días, desde la llegada de Rodrigo, que sin duda había traído desgracia a su abadía. Francisco su hermano en tantas luchas, había escapado sin despedirse y Pierre a quien había prometido cuidar como si fuera su propio hijo, había debido escapar solo, sin dinero, sin experiencia, sin nadie que le mostrara lo cruel que podía ser el mundo fuera de las paredes del monasterio.

Recordó la muerte de Cornelius. Que forma horrible de morir, empalado y ahogado en su propia sangre, Antonio recordó la cara del cocinero, descompuesta, con todos los músculos tensados de terror al sentir que lo preparaban para perforar su cuerpo con

una pica metálica. Sintió el frío de la pica, acercarse a su destino, cómo lo sujetaban los guardas, cómo se revolvía el preso.

Recordó el ruido sordo cuando el mazo golpeó la pica y esta se introdujo en la carne de Cornelius, su aullido de dolor, las maldiciones que profirió contra la Iglesia y contra los Inquisidores. Su mirada fija en él, mientras esperaba cubierto de sudor su rostro, a que dieran el segundo golpe que terminaría de desgarrarlo.

El abad quiso tranquilizarlo haciendo en el aire con su mano una cruz, pero el cocinero, se retorció al ver la señal y sentir el nuevo golpe de la pica. Su cuerpo se contorsionó y la dirección de la pica que debía salir atravesando su hombro se desvió a la derecha y le salió por la traquea, despedazando su garganta. Chorros de sangre emanaban de la herida, ante las miradas sorprendidas, molestas y asqueadas de los presentes. Antonio miró en ese instante a los Inquisidores y pudo ver en ellos al demonio mismo, cubierto de llamas su cuerpo, con lenguas de serpiente saliendo de unas bocas blasfemas.

El último recuerdo de la cara de los Inquisidores, volvió a Antonio a la realidad. Su celda, los guardas, sus manos atadas, su voluntad quebrada, la ausencia de Francisco, el peligro en que se encontraba Pierre, todo se le agolpó en la cabeza y de sus ojos brotaron lágrimas de impotencia, dolor y preocupación.

Los soldados fuera de la celda, conversaban amenamente. El tema de la muerte de un infeliz no era de su interés, eran ya muchos los hombres y mujeres mutilados por los instrumentos de tortura de los inquisidores, se habían vuelto primero sádicos que disfrutaban de los horrores de aplicar torturas y luego indiferentes, la barbarie de su actos se había hecho tan común que ya sus manos no temblaban ni su alma se recogía ante la muerte y sufrimiento de las desdichadas víctimas.

Antonio, compungido, se arrodillo al borde de la cama y oró a Dios por la seguridad de Francisco y Pierre, su suerte no era importante en este momento, solo quería saber que Francisco estaba a salvo y que Pierre había podido encontrarlo.

La frente del Abad se llenó de sudor, un sudor ácido y salado, como los que solo brotan cuando la desesperación es mucha. Se encomendó a Dios y levantándose lenta y pesadamente, dio con sus huesos en la cama y suspiró con tristeza.

Pasados unos minutos, Bernardo llegó hasta la celda de Antonio, solo, Pietro no estaba con él, por primera vez desde que habían llegado a la abadía, se separaban los monjes inquisidores. Bernardo pidió a los guardas retirarse donde no pudieran oír su voz pero si fueran capaces de atender sus gritos. Cumplida la orden, Bernardo se sentó a la par de Antonio y le brindó una sonrisa cálida. El Abad correspondió la sonrisa en forma automática, refleja, como lo hacía siempre con sus hermanos.

Bernardo, carraspeó y pidió disculpas a Antonio por el trato violento de Pietro, mientras realizaba gestos de desaprobación por la forma de actuar de su compañero. El Abad, asintió dando a entender que la disculpa era aceptada y luego moviendo las manos de manera que las cadenas que lo sujetaban hicieran ruido, dejó ver al inquisidor que no era necesaria aquella medida. Bernardo observó las cadenas y volvió a sonreír al tiempo que tomaba a Antonio por sus manos y lo liberaba de las mismas.

—Hermano Antonio, quiero que hablemos como lo que somos, seguidores de Cristo. No somos rivales en esta lucha, sino aliados. Nuestra responsabilidad para con nuestra Santidad es mucha, no podemos llegar con las manos vacías. Se que usted conoce el lugar donde se encuentra escondido Francisco, le pido por favor me lo revele. Es de vital importancia que lo hallemos antes de que sea demasiado tarde, para él y para la

Iglesia. Francisco está en peligro, la garra afilada de Satanás esta asiendo su cuello y de no encontrarlo pronto lo terminará ahogando y consumiendo su alma.

—El hermano Francisco no sabe lo que tiene entre manos. Es algo que simplemente es más grande que sus sentidos, que no logrará comprender sin la iluminación divina. Solo nosotros podremos ayudarlo, solo con nosotros encontrará la verdad.

—Hermano Bernardo, conozco muy bien al hermano Francisco y su fe está probada, si hay alguien que pueda enfrentar las fuerzas de lo oscuro sin desmayar ese es Francisco, no temo por él, se que está asido a la mano de Dios y no hay en este mundo quien lo haga apartarse del camino correcto.

—Ese es el problema, hermano Antonio, las cosas a las que se enfrenta Francisco no son de este mundo. Son fuerzas del mal que fueron liberadas muchos años antes de la llegada de Nuestro Señor y que para bien de la humanidad fueron sepultadas en el olvido por siglos, hasta que el demonio encarnado en Rodrigo de la Goublaye lo trajo a nuestro mundo para desgracia de la humanidad.

—¿Podría explicarse hermano?, interrumpió Antonio, no se de que habla, que tiene que ver mi abadía con estas cosas que me dice, ¿Acaso cree usted que Rodrigo ha traído a nosotros alguna práctica impía o un maleficio del que no me he enterado? Puedo asegurarle que ese hombre no traía más que su cuerpo escuálido y la necesidad de ser confortado en la paz del señor.

—Antonio, sus palabras me lastiman, no juegue conmigo, durante años he pertenecido a la Inquisición y se diferenciar a quienes mienten de los que arrepentidos confiesan sus pecados y son purificados. Permítame ayudarle en este trance que pasa, no me obligue a dejarlo en las manos de Pietro, que como comprenderá deseará verlo arder en un hoguera.

—Hermano Bernardo, no le temo a la muerte más que a la mentira, pueden hacer de mi lo que quieran —decía mientras tragaba grueso —pero no esperen que invente una patraña para salvar mi cuello, dejándoles a su cruel y retorcida disposición al hermano Francisco. No se nada de lo que habla y estoy seguro que Francisco tampoco.

—Hermano, quisiera creer en usted —decía Bernardo mientras se ponía en pie —pero no me deja otra salida que arrancarle la verdad de su corazón. Se bien que conoce de los pergaminos y del secreto que ellos encierran. Nuestra hermandad ha seguido de cerca los pasos de Rodrigo y sabemos que su secreto no se lo llevaría a la tumba y que ha sido a esta abadía la que ha escogido para traspasar las pruebas de su traición a la Iglesia.

—Le repito hermano Bernardo, que no se de que habla, esa historia de hermandades, pergaminos y maldiciones es la primera vez que la oigo y lo único que sé, es lo que acaba usted de contarme. Se que será algo de suma importancia para que nuestra santidad se lo haya encomendado a la Inquisición, pero temo que no le seré de ninguna ayuda.

Bernardo suspiró contrariado, esperaba mayor colaboración del Abad antes de usar los instrumentos de tortura. Sobre todo debía considerar que el Abad tendría el mes próximo una cita con el Secretario del Vaticano y no podía arriesgar a que en la Santa Sede se enteraran de sus pesquisas, el Secretario del Vaticano era un hombre de integridad intachable, poco creedor de las técnicas para sacar información y sin duda un adversario de cuidado. No podía permitir que el juicio del Abad se llevara a cabo sin las pruebas suficientes para condenarlo, pero ahora que le había contado de la

hermandad y de los pergaminos sabía que debía matarlo.

—Bien hermano Antonio, me retiro, creo que Pietro estará impaciente por saber el resultado de mis esfuerzos, que Dios se apiade de ti.

Antonio quedó cabizbajo meditando sobre las palabras de Bernardo, ¿Qué significaría esta historia de los pergaminos y que relación tenían con la huida de Francisco, tan imprevista, tan inusual? Nada tenía sentido ¿Francisco en peligro por actividades del maligno?

El Abad miró sus muñecas libres de las cadenas, Bernardo había salido tan enfurecido por la esterilidad de su gestión que había olvidado volver a encadenarlo. Antonio se levantó de la cama y caminó hasta la puerta de la celda, estas no tenían cerraduras, asomó su cabeza y pudo ver a los guardas conversando animadamente, suspiró, no tenía caso intentar huir, su cuerpo cansado no llegaría lejos, además, la vida de prófugo no iba con él, donde viviría fuera de la abadía que significaba su vida, su razón de ser, la obra a la que se había dedicado toda su vida.

Estaba resignado a enfrentar el juicio de la Inquisición, al fin y al cabo, no había hecho nada malo, su conciencia estaba tranquila, no sabía nada de Rodrigo y de el asunto que lo había llevado un día de infortunio a su abadía, tampoco le había mentado a Bernardo, no conocía el paradero de Pierre ni Francisco, solo abrigaba en su corazón el deseo de que estuviesen juntos, para bien de Pierre.

Ahora más sereno, Antonio caía en la cuenta que debía dar aviso al padre de Pierre. Theodore debía saber lo que había pasado con su hijo, era preciso avisarle, para que poniendo en acción sus influencias pudiera dar con su paradero y de paso con el de Francisco, a quien no le caería nada mal la ayuda en estos momentos.

El abad volvió al camastro, con la nueva preocupación de hallar el medio de contar lo sucedido a Theodore. Era prioridad en este momento, pronto lo llevarían hacia Italia y perdería todo contacto con sus hermanos.

De pronto le llegó una idea a su cabeza, el hermano boticario, esa era la persona adecuada para buscar a Theodore, ya ellos se conocían. Cuando Theodore trajo a Pierre a la Abadía, había sufrido un quebranto de salud y el hermano Rafael, el boticario y experto en plantas lo había atendido bien.

Antonio no sabía el paradero de Theodore que viajaba por toda Europa, pero tenía la dirección de un hostel de un pueblo ubicado a unos tres días de camino, donde podría dejarle un mensaje. En todos estos años de velar por la educación y seguridad de Pierre, nunca fue necesario localizarle, Theodore había dejado suficiente dinero para atender al chico y se agenciaba para enviar nuevas dotes cada año, ya fuera con monjes que visitarían la abadía o bien con su mensajero particular, pero ahora era apremiante enviarle un mensaje.

Tenía que poner el plan en acción, esperó a que se acercaran los guardas que cada hora visitaban su celda y comenzó a quejarse de dolores abdominales. El guarda de turno era el infortunado que había malogrado la tortura de Cornelius y al ver al Abad retorcerse de dolor, temió que fuera algo mortal y que el monje se muriera arruinando nuevamente el espectáculo que esperaban los inquisidores. Apresurado entró a la celda y revisó al Abad, sabía que fuera lo que fuera no podría atenderle y pronto declinó de seguir revisando, salió en busca del monje que atendía a los enfermos.

Minutos después Rafael entraba a la celda del Abad con el rostro desencajado por la

preocupación, el Abad siempre había tenido salud de hierro pero la situación en la que se encontraba era para enfermar a cualquiera. Rafael traía en sus manos algunas plantas silvestres y un mortero con el que solía machacarlas hasta sacarle sus propiedades curativas.

El guarda no se separaba de Rafael y observaba por encima de su hombro como Antonio se revolcaba de dolor. Antonio, con esfuerzo le dijo a Rafael en voz alta para que oyeren todos, Rafael, pronto dame la medicina que me has dado todas estas semanas, es urgente, el dolor es insoportable como la última vez. Rafael observaba asustado y sin comprender al Abad, hasta que este le hizo un guiño de complicidad y Rafael reparó en que la idea del Abad era quedarse a solas con él.

Rápido gritó al guarda, vaya a mi recinto y tráigame todas las plantas de flores amarillas que encuentre, es preciso que vaya cuanto antes o será demasiado tarde. El guarda salió de prisa dejando a Rafael y a Antonio solos. Apenas se callaron los ecos de los pasos del guarda, Antonio se levantó de golpe y le dijo a Rafael.

—Hermano, es preciso que salga esta misma noche de la Abadía, debe ir al pueblo de Saint Etienne, allí encontrará un hostel de nombre Fase de Luna, pregunte por Theodore el padre de Pierre y explíqueme cuanto ha pasado estos días, sea prudente Rafael, no hable con nadie de esto, ni aquí en la abadía ni en el camino, en mi celda hallará algún dinero y dentro de la repisa de mi cama hallará un viejo medallón con una perla de color azul, debes llevarlo es la señal de que viajas en nombre mío, solo así te atenderá Theodore.

—Te cuidado Rafael no se en que pasos anda Theodore ni a que se debe su misterio, pero el tomar todas estas medidas de seguridad me hace pensar que su vida peligra y no quisiera que te vieras involucrado en algún peligro por mi culpa.

—Si hermano puede estar seguro de que cumpliré sus órdenes, buscaré a Theodore con toda la prisa que pueda, pero con el tacto que esta situación requiere. No le fallaré, aprovecharé esta enfermedad suya para decir que debo salir de urgencia a conseguir algunas drogas y que me tardaré un par de días en volver, eso me dará tiempo suficiente para que pierdan mi rastro. Solo me preocupa dejarlo a usted en este predicamento. Se muy bien que es inocente, tan inocente como cualquiera de nosotros que llevábamos una vida simple hasta la llegada del hermano Rodrigo, de quien no se que motivos lo han traído aquí, pero si se que nos trajo la desgracia.

—Si Rafael, cuéntale a Theodore todo lo que sepas, sin reservas, la vida de Pierre depende de que él pueda desenredar este misterio. Si las cosas que dicen traía Rodrigo eran del demonio o no, no recaerá sobre nosotros la culpa de que caiga en las manos equivocadas, porque en este momento Rafael, ni siquiera puedo decirte cuales manos son las correctas, ni en que consiste el secreto que esconden.

Los pasos del guarda se escuchaban a lo lejos, regresaba con la misma prisa que había partido, pero esta vez Bernardo y Pietro venían con él. Antonio encomendó a Dios a Rafael y lo alentó a ser cuidadoso. Al sentir que era el momento fingió desfallecer, mientras Rafael le insuflaba aire.

Bernardo y Pietro llegaron hasta la puerta de la celda y se quedaron a la espera de que Rafael les diera un parte, Rafael, cariacontecido volteó y les dijo:

—El Abad Antonio está muy grave no es la primera vez que sufre de estos dolores, sabía que necesitaría el medicamento, pero no pensé que fuera tan pronto, esperaba salir esta semana a la ciudad, donde conseguiría junto con las provisiones que no

cultivamos en la Abadía, un abastecimiento suficiente para unos meses.

—Ahora, la única posibilidad de que sobreviva depende de que consiga el medicamento en las dosis justas. El tiempo apremia hermanos, les pido vuestro permiso para viajar ahora mismo, si es posible.

Bernardo y Prieto se miraron a las caras, Rafael no era un tipo importante para su misión y el Abad seguía siendo vital en la posibilidad de hablar sobre la ubicación de Francisco y el chico, por lo que sin dudar decidieron dejar marchar a Rafael, quien se despidió deprisa.

Al ir saliendo de la celda, Pietro detuvo a Rafael y le indicó, haz que te acompañe un guarda para que vele por tu seguridad, estos caminos están llenos de merodeadores y no es prudente viajar solo.

Rafael intentó resistirse a la idea, pero entendió que la posición de Pietro era lógica y no dejó de temer por su vida, lo más prudente sería hacerse acompañar por el guarda y pensar en la forma de desembarazarse de él para cumplir su verdadero propósito.

Asintió y salió de la habitación, tomó camino al claustro del Abad, buscó el dinero, tomó lo mínimo que consideraba necesario, buscó el medallón en las gavetas de la repisa del Abad, pronto lo halló en un fondo falso de la gaveta. Lo sacó y lo vio a la luz, el medallón era de plata con una gruesa cadena del mismo material, en el centro del medallón había una piedra preciosa que sin duda lo hacía muy valioso. Lo metió en una bolsa de tela que siempre llevaba sujeta a su cintura y se enrumbó a su habitación a tomar unas mudas de ropa y otros efectos personales, apenas lo indispensable para un viaje de una semana.

Al llegar al corredor comunicó a uno de los soldados que el Hermano Pietro había dispuesto que fuera acompañado en el viaje y continuó su camino hacia su habitación. Unos minutos después un puño tocaba a la puerta de Rafael, era el soldado con la asignación de la tarea que había sido alertado por Pietro y ya se encontraba listo para salir. Rafael, terminó de echar sus pertenencias en una bolsa de viaje, se arrodilló frente al cristo ubicado sobre su cama, se persignó y acompañó al guarda hacia la cuadra donde ya había dos bestias ensilladas listas para partir.

Bernardo y Pietro miraron a Antonio tirado en la cama y asumieron que Rafael le había suministrado alguna droga para hacerlo dormir, sus rostros lucían preocupados ante la posibilidad de que el único enlace que tenían con Francisco y los pergaminos estuviese a punto de enfrentarse a la muerte y con ello a dejarlos en la oscuridad.

Pietro salió de la celda y Bernardo lo siguió a unos pasos de distancia. Pietro vociferaba órdenes a los guardas mientras Bernardo meditaba sobre lo que debían hacer. Pietro se acercó a un guarda y le indicó que dispusiera que alguien acompañara al boticario en el viaje que emprendería y que se dieran órdenes expresas de no apartarse de él en ningún momento. El guarda asintió y partió a disponer de la tarea encomendada.

Pietro, meditaba sobre la posibilidad de que Antonio fingiera su enfermedad para enviar a un emisario a prevenir a Francisco. Si lo dejaban partir tal vez los llevaría hasta el monje en fuga. Recapacitó sobre la orden que había dado recientemente, se acercó al guarda que había sido destacado y le dio algunas instrucciones en voz baja, el guarda no hizo comentarios, continuó con los preparativos y se dispuso a ir a buscar a Rafael para indicarle que partirían en unos minutos.

El viaje era largo y pesado, lo peligroso de los bosques que debían atravesar hacían preciso que Rafael y el guarda precisaran una ruta para definir donde acamparían. El soldado era un hombre maduro con gran experiencia en batalla y ducho en la supervivencia en condiciones adversas, Rafael por su parte nunca había salido de las relativas comodidades que daba la abadía, su experticia en la botánica y en la combinación de hierbas para curar lo hacía especialmente útil en un lugar donde abundaba la peste y las enfermedades contagiosas.

Apenas salieron el guarda consultó a Rafael sobre el destino final y el objeto de su viaje, Rafael de escasa capacidad para mentir, le informó dubitativo sobre la necesidad de buscar una hierbas que necesitaba el Abad y que si sus sospechas eran ciertas podría provocar un contagio al resto de la abadía. Héctor, el guarda, se sobresaltó temiendo que él mismo pudiese estar contagiado. Presuroso consultó a Rafael sobre los síntomas de la enfermedad y el nombre la misma. Rafael repasó mentalmente las enfermedades a las que se había enfrentado:

En los años anteriores las enfermedades tan simples como el resfriado eran mortales para la gente por la falta de higiene, conocimientos en medicina y el poco cuidado que se le tomaba a las enfermedades entre otras cosas.

Una de las enfermedades más terribles fue la peste negra, que causó tal epidemia que en aquellos dos siglos pasados se decía que apenas habían vivos para enterrar a los muertos, puesto que se llevó a más de un tercio de la población europea.

Esta enfermedad provocada por la pulga de la rata negra, traída desde China por los navegantes genoveses en el año 1347, se expandió con tal rapidez que el año 1350 toda Europa estaba infectada con este mal.

Esta enfermedad se presentaba principalmente de forma bubónica, en la cual al afectado le salían bubones en las ingles, las axilas y el cuello. Los afectados morían aproximadamente al cabo de una semana. También se presentaba de forma pulmonar que afectaba las vías respiratorias, y de forma septicémica, sin duda la más grave, que causaba hemorragias cutáneas con placas de color negro azulado, la cual explicaba el nombre de esta enfermedad, los infectados con esta forma de la peste morían en 3 días. Otros síntomas que se presentaban en todas las formas de este mal eran fiebre alta, náuseas, fatiga extrema, sed, ahogos, tos y esputos sangrientos.

Las explicaciones que se le dieron a esta enfermedad en aquellos años fueron tan aventuradas como absurdas tales como, los judíos envenenaron el agua y el aire, que fue rechazada por las autoridades para evitar que se persiguiera a los judíos, conjunción adversa de los astros o simplemente castigo divino por los pecados de los hombres fueron otras de las razones que se esgrimieron.

Otra opción era la lepra que llegó a afectar al 4% de la población europea. El enfermo era separado de la comunidad, al confirmarse que padecía esta enfermedad se le decía una misa de difuntos y su familia le acompañaba en un acto similar a una procesión a la leprosería, ya que se le consideraba un muerto en vida, perdía todos sus derechos civiles y sus bienes pasaban al hospital que le recibía. Como síntomas físicos para diagnosticar esta enfermedad se consideraba la pérdida de las cejas, los ojos saltones, hinchazón en la nariz, color amoratado en la cara, nódulos junto a las orejas, piel de la frente tensa y brillante, los dedos de los pies pequeños y la voz ronca.

La enfermedad era causa de marginación no tanto por el temor al contagio, sino por la creencia de que era un castigo divino y que el leproso sentía rencor hacia los sanos.

Existía la creencia de que los niños leprosos habían sido concebidos en el instinto pecador de la lujuria y no durante el cumplimiento del mandato divino de la procreación. También los hijos de los leprosos eran marginados, eran obligados a vivir aparte y a ejercer los oficios más bajos.

Finalmente Rafael se decantó por la peste blanca o tuberculosis que era una enfermedad epidémica que presentaba como síntomas extremado enflaquecimiento, enrojecimiento de la piel provocado por la constante fiebre y tos con expectoración sangrienta. En verdad pensaba que cualquiera que eligiera daba igual ya que el soldado no era conocedor de los síntomas del Abad, pero su afecto por Antonio le impidió enfermarlo aunque solo fuera una farsa de enfermedades tan crueles como la lepra o la peste negra.

Héctor escuchó a Rafael en un descanso que hicieron para alimentarse. Toda la conversación versó sobre las enfermedades más mortales y los múltiples achaques que sentía el soldado, a los que Rafael le daba las curas más efectivas. Rafael disfrutaba al hablar de la botánica y ante el interés mostrado por Héctor se extasió contándole el inicio de la ciencia botánica que se atribuye al discípulo de Aristóteles, Teofrasto, que en sus dos tratados «*Historia plantarum*» y «*De causis plantarum*» analizó las partes constitutivas y reproductivas de las plantas y propuso un sistema de clasificación en cuatro categorías que perduró sin variación durante cientos de años.

Desgraciadamente su obra se perdió en los primeros siglos de nuestra era y no fue recuperada hasta el siglo XV por lo que los tratados de otros autores griegos y latinos, con un enfoque más terapéutico que estrictamente botánico, ocuparon su lugar. Plinio el Viejo, en su obra «*Naturalis historia*», transcribió buena parte del saber de su tiempo, dedicando más de la mitad de sus libros al estudio de las plantas y los medicamentos de origen vegetal. El griego Dioscórides, contemporáneo de Plinio, enumeró y describió en su obra «*De materia médica*» las sustancias de origen vegetal usadas en su tiempo con fines médicos y sus propiedades terapéuticas.

Estos dos tratados se consideraron por años la máxima autoridad, no sólo en farmacología sino también en botánica, dando lugar a una total confusión entre las dos disciplinas.

En años más recientes, muchos textos científicos llegaron de Bizancio en su idioma original, traídos por intelectuales bizantinos emigrados a Occidente, especialmente a Italia. Uno de ellos fue Teodoro de Gaza, quien tradujo muchas obras griegas al latín, clásicas o bizantinas, y, entre otras, los tratados de Teofrasto, por lo que, gracias a él, fueron de nuevo conocidas en el mundo occidental. Los humanistas italianos pudieron así comparar las obras ya conocidas con las recientemente descubiertas en su versión original, constatando con sorpresa las muchas similitudes existentes entre unas y otras versiones.

En el campo de la botánica, esta fórmula hizo que la «*Materia medica*» de Dioscórides se prefiriera a la «*Naturalis historia*» de Plinio, la principal obra de referencia en este campo. El primer estudioso que defendió esta tesis fue el médico Ferrara Nicolao Leonicensis en su opúsculo titulado «*De Plinii et aliorum in medicina erroribus*», contestado a su vez por el humanista Ermolao Bárbaro en su obra «*In C. Plinii Naturalis Historia e libris castigaciones*».

Héctor escuchaba al monje con interés pero pronto le abrumó tantos datos juntos por lo que interrumpiendo a Rafael preguntó directamente por el Abad.

—¿Crees que algo de lo que sabes pueda ayudar al Abad?

—Tengo la fe en Nuestro Señor hermano Héctor de que podamos hallar las hierbas que necesito para aplacar sus males y si es la voluntad de Dios, el que pueda curarse. Rafael se estremeció al invocar a Dios en lo que sabía era una mentira, pero pensaba en que el Abad ya le daría una absolución cuando regresara de su importante tarea.

La noche pronto caería y Rafael y Héctor dispusieron recorrer los kilómetros que aún les faltaban para llegar al punto que habían establecido como meta para ese día, un pequeño poblado de agricultores al margen de un lago donde había buena pesca y donde normalmente se reunían los soldados a tomar alguna cerveza.

Rafael pensaba que era una verdadera lástima tener que perder a Héctor en algún lugar, ya que su presencia le ahuyentaba los miedos de transitar por estos caminos oscuros y peligrosos, pero el Abad había sido claro en que los hombres de los inquisidores no debían conocer del paradero de Theodore bajo ninguna circunstancia.

Héctor por su parte, repasaba las instrucciones que le diera Pietro, solo debía buscar el momento oportuno para ejecutar la orden.

Al rato de cabalgar en silencio, Héctor alertó a Rafael de que pronto debían tomar un desvío a la derecha, camino de un par de kilómetros que los llevaría al poblado pactado, donde podrían pasar la noche. En efecto a escasos metros encontraron una desviación y la tomaron, pocos minutos después llegaban al poblado, que se mostraba menos concurrido que en otras ocasiones, el monje agradeció a Dios por la paz que reinaría y el soldado lamentó el no poder realizar su idea de divertirse esa noche. El poblado estaba constituido por escasas hileras de casas, una Iglesia, una taberna, un pequeño hostel y un almacén.

Ambos hombres se dirigieron al hostel y alquilaron dos habitaciones. Héctor había decidido tomar rumbo a la taberna y Rafael dispuso que en tanto el visitaría el almacén donde compraría algunas provisiones., luego acompañaría a Héctor a tomar algo, llevaron las bestias a un establo y dieron instrucciones de que fueran alimentadas, luego partieron hacia sus destinos fijados.

Héctor encontró la taberna desolada, consultó al tabernero por la ausencia de clientes y el tabernero le explicó que la mayoría de hombres de la zona había salido a una ciudad cercana donde se había dicho ocurrían milagros. El tabernero lo dijo con mucha seriedad, pero Héctor lo tomó a broma.

—Bueno indicó, parece que Dios gana adeptos por doquier y que este viaje será todo un acontecimiento religioso.

—Pues si, dijo el tabernero, en estos días la Iglesia nos sale hasta en la sopa.

En eso ingresó Rafael a la taberna y el hombre exclamó:

—Lo dicho.

Rafael se sentó a la mesa junto a Héctor pidió una cerveza oscura y suspiró aliviado de poder reposar sus huesos en la silla. Estaba realmente agotado, apuró la cerveza y despidiéndose de Héctor se retiró a su habitación. Esa noche dormiría como un niño.

Héctor por su parte, se quedó en el salón, bebiendo otra cerveza y dándole instrucciones al tabernero de despertarlo a cualquier hora que el monje saliera y si no lo hacía, lo despertara igual al llegar el alba. Esa noche, el sueño del soldado era

inquieto, no podía fallarle a Pietro en el encargo que le había dado, estar enemistado con un inquisidor no era nada que le atrajera y su deber como soldado era acatar las órdenes, por muy poco importante que le pareciera Rafael, para Pietro el seguir sus pasos era determinante.

Capítulo VI: La Tragedia

No creas, oh mortal, que eres el dueño de tu destino.

NO podía dejar de pensar en Neón, por más que trataba de buscar una explicación, ninguna de ellas me convencía, le daba vueltas al tema y para desesperación mía cada vez estaba más preocupado, no debería haber dejado a mi esposa sola, pero si volvía estaba seguro que se enfadaría conmigo, así que seguí adelante.

—El viaje se hizo eterno, la carretera hasta Divalo, donde se encontraban las oficinas de la empresa, estaba en malas condiciones debido a las últimas lluvias y debía ir con mucho cuidado, pendiente además de los animales que por estas fechas la cruzaban, no quería terminar en la cuneta así que conducía muy despacio.

—Por fin aparqué delante de la entrada principal y salí del coche, estaba cansando y la cabeza me dolía después de tantas horas al volante. Iba a cruzar la calle cuando el ruido de un coche me hizo volver la mirada, un volvo negro se dirigía hacia mí a gran velocidad y parecía no haberme visto porque no hacía intención de frenar. Salté hacia atrás justo a tiempo de evitar el atropello, cayendo entre un árbol y un banco en el que dos ancianos estaban sentados. Levanté la cabeza tratando de ver al conductor pero los cristales oscuros del auto me lo impedían, este no se detuvo sino que a gran velocidad giró al final de la calle con un chirriar de ruedas tan estruendoso que hizo que algunos peatones que cruzaban saltaran a la acera. Los ancianos se acercaron para ayudarme pero yo estaba bien, no tenía ninguna herida, solo el susto y la rabia de pensar que había estado a un paso de morir y ese tipo ni siquiera se había detenido. Miré a ambos hombres y les di las gracias por su ayuda, mientras me quejaba de la falta de atención de algunos conductores que mas merecían estar en la cárcel que en la calle.

—Uno de ellos me miró muy serio y agitando la cabeza me dijo estas palabras, que serían el preludio de lo que estaba por venir:

—Disculpe lo que voy a decirle amigo, pero alguien lo quiere a usted muy mal, no creo que haya sido un despiste del conductor, ese coche estaba parado al final de la calle y cuando usted iba a cruzar arrancó y aceleró, He visto como a mitad de la calle hacía un giro brusco dirigiéndose hacia aquí, creo que su intención era atropellarlo.

—Lo miré como si estuviera diciendo la mayor tontería que había escuchado en mi vida y le respondí tratando de bromear:

—¿No diga tonterías hombre, quien va a querer atropellarme? Será alguien que ha bebido más de la cuenta y no ve por donde va. De todas formas he tenido suerte, mis reflejos están al cien por cien. Gracias por su ayuda señores, que tengan un buen día.

—Me dirigí a la oficina casi enfadado con el anciano por sus palabras, ¿Cómo se le ocurría pensar que me quisieran atropellar a propósito? Este viejo estaba loco, nada como tener demasiado tiempo libre para dejar volar la imaginación.

—Resultará extraño pero tengo grabadas en mi memoria cada conversación que tuvo lugar durante aquellos días. Por ejemplo, recuerdo que al entrar al edificio el recepcionista se levantó y alargando una mano se dirigió a mí sonriendo.

—Buenos días señor Germán por fin se dignó aparecer, le esperan hace días parece

que surgió un problema y nadie sabe como resolverlo, querrán que lo haga usted como siempre.

—Buenos días Luís, subiré ahora mismo a ver que puedo hacer pero búscame un analgésico que me va a estallar la cabeza, no ha sido un buen viaje y el recibimiento en la ciudad mucho peor.

—Seguro que con estas lluvias las carreteras están intransitables pero ¿Qué le ha pasado en la ciudad?

—No importa Luís, déjalo, anda búscame el analgésico que es urgente.

—Esperé que me trajera el analgésico y después de tomarlo subí a las oficinas donde me estaban esperando. Apenas pasé por la puerta mi jefe se levantó del sillón con cara seria, de pocos amigos, sabía que estaría enfadado por mi tardanza así que inventé una excusa diciendo que me había sentido mal, con fiebre y demás y que no estaba en condiciones de conducir. Él pareció sentirse mas tranquilo pero a pesar de eso me hizo notar que llegaba con bastantes días de retraso, que el trabajo iba muy retrasado y que uno de los envíos llegó en malas condiciones.

—No les he contado que trabajaba en una empresa dedicada a la exportación de fruta, mi trabajo consistía en organizar los pedidos que iban destinados a Europa por lo que mis retrasos podían provocar a su vez retrasos en los envíos. Por suerte no se había producido ninguno ya que antes de marchar de vacaciones había dejado listos los de las dos semanas siguientes pero esas dos semanas hacía dos días que habían terminado y ahora tenía que darme prisa para preparar el que debía salir el próximo miércoles. Iba a ser una noche muy larga si quería que estuviera preparado a tiempo.

—Me despedí de mi jefe asegurándole que tendría todo a tiempo y me dirigí a mi oficina.

—Nada mas entrar vi la gran cantidad de carpetas que se amontonaba sobre mi escritorio, tendría que revisarlas todas antes de preparar el envío, así que me esperaban unas horas de duro trabajo.

—Estaba concentrado en una de ellas cuando sonó el teléfono, descolgué pero nadie me contestó al otro lado pensé que alguien se había equivocado. Media hora después volvió a sonar con el mismo resultado y a los quince minutos otra vez lo mismo. Decidí que sería alguien con ganas de bromear y lo dejé desconectado.

—Al mediodía salí a comer algo a un restaurante que había en la misma calle y donde se comía bastante bien. Al entrar miré alrededor a ver si veía a Soledad, era una de las dos camareras del local, una chica bastante bonita y muy agradable que solía atenderme, era de un pueblo del interior y con el tiempo nos habíamos hecho amigos hasta el extremo de contarme cosas muy íntimas de su vida. Había llegado a la ciudad con su hijo de tres años, huyendo de un esposo que la maltrataba, el único trabajo que había encontrado era el de camarera pero el sueldo era muy bajo y apenas le daba para mantenerse el pequeño y ella. Me dio pena su situación y me ofrecí a ayudarle, le pedí que me anotara todos sus datos en una hoja de papel por si en mi empresa necesitaban contratar a alguien, era una chica con estudios de secretariado y merecía un trabajo mejor.

Vi que salía de la cocina y me dirigí a una de las mesas que ella servía. Me sonrió y me señaló una cerca de la ventana donde daba el sol, la temperatura era agradable y allí estaría mejor.

Esperé a que terminara de atender a otros clientes y miré por la ventana distraído, el día había mejorado bastante y la gente salía a pasear. Fijé la vista en un coche que estaba estacionado en la esquina, al principio era un coche más pero de repente me di cuenta que era el que casi me atropella al llegar a la ciudad. Me levanté y corrí a la calle, tenía ganas de ver la cara del conductor y decirle lo que pensaba de su forma de conducir. Me dirigí a él, no sabía si dentro estaba el conductor o se habría marchado, si no había nadie estaría pendiente mientras comía por si regresaba. Estaba a menos de diez metros cuando el coche se puso en marcha, no me esperaba eso y me quedé parado delante, por más que intentaba ver al conductor los cristales oscuros me lo impedían. Di un paso adelante y el motor rugió, no sabía las intenciones de ese tipo pero no me iba a asustar con eso, seguí avanzando y cuando estaba a punto de llegar, aceleró, salió marcha atrás golpeando una motocicleta que estaba detrás y le pasó por encima destrozándola. Al llegar al final de la calle se paró en el centro, volvió a acelerar y se dirigió hacia mí a gran velocidad como la vez anterior. No podía decir que esta vez no me había visto, sabía que lo había hecho y que se dirigía a mí de forma premeditada. Corrí hacia el restaurante tan rápido como me fue posible y entré justo cuando el auto estaba a punto de alcanzarme. No daba crédito a lo que estaba pasando, ese hombre quería atropellarme y yo no sabía ni siquiera quien era o que motivos tenía para querer hacerme daño.

—Estaba asustado, el corazón estaba a punto de estallarme y las piernas me temblaban, Soledad me miró y dándose cuenta que me encontraba mal se acercó a mí. La corta charla que mantuvimos me hizo recuperar un poco la calma.

Germán cerró los ojos y toda la conversación acudió de golpe a su cabeza, como si se hubiera producido minutos antes:

—¿Qué pasa Germán estas pálido, te encuentras mal?

—Soledad, alguien ha tratado de atropellarme.

—¿Cómo que han tratado de atropellarte? ¿Has visto quien era?

—No, solo he visto el coche, no al conductor.

—¿Has visto la matrícula?

—Pues ahora que lo preguntas... no tenía placas.

—Deberías ir a la policía y poner la denuncia, ellos sabrán que hacer, tienen que detener a esa persona.

—Sí, creo que lo haré en la tarde cuando termine de trabajar, les diré el modelo de auto y el color tal vez con eso puedan encontrarlo. La verdad es que la primera vez pensé que no me había visto pero la segunda, estoy seguro que su intención era atropellarme.

—¿Quieres decir que lo ha intentado dos veces?

—Sí, Soledad, esta mañana cuando llegué y hace unos minutos. He visto el coche estacionado en la esquina y he salido a hablar con el conductor pero en vez de hablar volvió a intentarlo.

—Ten cuidado, ese tipo debe estar loco, no imagino que nadie pueda querer hacerte daño a propósito, toda la gente te aprecia, eres una buena persona.

—Gracias Soledad, iré esta tarde a poner la denuncia. Ahora dime que tienes para

comer, si algo no he perdido con el susto fue el apetito.

—Te traeré el menú de hoy: una sopa de primero y unos filetes con ensalada de segundo, hoy están deliciosos además la cocinera es nueva y cocina mucho mejor que la anterior.

—Está bien, si tú dices que están deliciosos seguro que es así. Anda date prisa que hoy estoy muy ocupado y ya he perdido mucho tiempo.

—¡A sus órdenes señor!, en cinco minutos lo tendrás aquí.

—Terminé de comer y volví a la oficina, había adelantado bastante trabajo pero aun me quedaba bastante más. Me puse a trabajar y me di cuenta que el teléfono seguía desconectado, lo volví a conectar y al instante empezó a sonar. Lo cogí y al principio nadie respondía pero después oí el ladrido de un perro, reconocí a Neón. La llamada era de mi casa pero no entendía porque mi esposa no me respondía. La llamé varias veces, cada vez estaba más preocupado, algo malo pasaba si no me respondía. La seguí llamando casi a gritos, entonces escuche un gemido y grité mas fuerte, oí la voz de mi esposa pero apenas entendía lo que decía.

—Empecé a asustarme, el pánico se iba apoderando de mí rápidamente, sabía que mi esposa tenía problemas y yo estaba muy lejos para ayudarla y lo peor de todo es que no tenía a quien recurrir, la cabaña estaba a más de treinta kilómetros de la ciudad y no había vecinos cerca.

—¿Cómo se me ocurrió dejarla sola allí? Podría enfermar o tener un accidente, miles de cosas podían pasarle y no tendría quien le ayudara. Estaba a punto de salir corriendo a casa cuando escuché la voz de mi esposa, ahora se escuchaba con claridad. Le hablé esperando con ansiedad que me dijera que estaba bien pero me saludó como si nada malo pasara.

Germán, con lágrimas en los ojos, miró a Pilar mientras recordaba la conversación con su esposa, sus últimas palabras con ella...

—Buenas tardes Germán. ¿Cómo te fue en el viaje?

—El viaje bien pero ¿Tu cómo estás? ¿Por qué no me contestabas? ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada, ¿De donde sacaste que me pasa algo?

—¿Cómo que de dónde? Escuchaba gemir a Neón ladrando y no me respondías cuando te llamaba. ¿De verdad estas bien?

—Por supuesto que estoy bien, no pasa absolutamente nada. Anda sigue trabajando y no olvides cuanto te quiero, no lo olvides nunca cariño.

—Lo se. Cuídate mucho volveré en cuanto pueda y te llamaré todas las noches así que no te alejes demasiado del teléfono, me he llevado un susto de muerte pensando que algo te pasaba.

—Quédate tranquilo, estaré bien, hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Hablar con ella me dejó mas tranquilo pero seguía teniendo una sensación extraña, estaban pasando cosas sin sentido: lo del perro, lo del coche que quería atropellarme, y ahora esto de mi esposa. Yo la había oído gemir, lo había escuchado y sin embargo

ella decía que no pasaba nada. ¿Me estaba volviendo loco? Decidí que lo mejor era centrarme en el trabajo y así lo hice.

—Eran casi las nueve de la noche cuando salí de la oficina, hacía horas que todos se habían ido a casa, solo quedaba Luís que terminaba su trabajo a las diez. Al pasar delante de él le di las buenas noches, me devolvió el saludo con una sonrisa y salí a la calle, hacía mucho frío, me abroché el abrigo y subí el cuello tratando de protegerme un poco. Me dirigía al coche cuando el chirrido de unos frenos me puso en guardia, me giré imaginando de nuevo el volvo viniendo hacia mí, pero solo era un taxi que paraba para recoger a una señora. Debería haber ido a la comisaría y poner la denuncia pero con tanto trabajo atrasado no había encontrado el momento. Quizás solo era alguien con ganas de divertirse y la forma que encontró fue darme un susto, tal vez no volviera a verlo siquiera. Esperaría al día siguiente y si no aparecía lo mejor era olvidar el tema.

—Me dirigí al piso que tenía alquilado en la ciudad, allí me quedaba cuando trabajaba. Era un piso pequeño pero muy confortable y al lado vivía Soledad así que de vez en cuando cenaba con ella y con su hijo, un niño muy travieso que siempre tenía una sonrisa en la boca y que me llamaba tío Germán.

—Llegué a la puerta del edificio y aparqué el coche, saqué las maletas y me dirigí a la entrada, cuando iba a empujar la puerta, esta se abrió y salió un hombre joven, no me habría fijado mucho en él si no fuera porque iba con una camiseta negra de manga corta y con manchas de sudor, a esas horas y con el frío que hacía, era bastante extraño. Era moreno, tendría unos veintiocho o treinta años y llevaba el pelo largo recogido en una cola. De repente me di cuenta que empezaba a parecerme a esas señoras viejecitas que se sientan en un banco a ver pasar a la gente y les gusta enterarse de todos los chismes. ¿Qué me importaba a mí si iba mas caluroso o menos?

—Subí al piso, saqué la llave del bolsillo y cuando intenté introducirla en la cerradura la puerta se abrió. Me quedé sorprendido, por un momento pensé que Soledad estaría dentro regando las plantas como solía hacer cuando yo no estaba, pero después recordé que aun estaría en el restaurante. Abrí la puerta con cuidado, tal vez alguien había entrado a robar y podía estar dentro aun, encendí la luz de la entrada, cogí una figura de bronce como defensa y fui mirando en cada habitación. El piso estaba vacío y todo parecía estar en su lugar, de verdad que estaba siendo un día extraño. Busqué la explicación mas sencilla, seguro que Soledad fue a regar las plantas y olvidó cerrar la puerta.

—De pronto me sentí muy cansado, había sido un día muy largo y lo mejor era irme a dormir o terminaría viendo fantasmas. Saqué un pijama y ropa interior de la maleta y me di un baño, fui al frigorífico pero solo quedaba cerveza y refrescos no tenía leche ni fruta así que decidí no darle mas vueltas y meterme en la cama de una vez.

—Me quedé dormido rápidamente pero no fue un sueño tranquilo, las pesadillas me acosaron toda la noche, la imagen del coche persiguiéndome, los ladridos de Neón y los gritos de mi esposa se entremezclaban provocando que despertara en varias ocasiones con una enorme sensación de angustia y miedo.

—Di gracias a Dios cuando sonó el despertador, esperaba que fuera un día más normal, con los problemas propios del trabajo, pero sin nada que me sacara de la rutina. Era un hombre tranquilo, mi vida la ocupaban Esther y mi trabajo y deseaba con toda mi alma que así fuera siempre. Decidí que sería un día mucho mejor que el anterior, seguro que todo fue producto del cansancio, así que me levanté de mejor

humor.

—Me di una ducha rápida, me vestí y recordé que no tenía nada para desayunar así que me dirigí a El Asadero, el restaurante dónde trabajaba Soledad, ella aun no estaría pero abrían temprano para servir desayunos, la verdad es que estaba hambriento. Hacía un día soleado así que decidí ir a pie, solo estaba a diez minutos y me haría bien el paseo.

—El local estaba lleno pero al entrar yo una pareja dejaba libre la mesa que había al lado de una de las ventanas así que me senté allí, de frente a esta y suspiré de placer al recibir los rayos del sol, era una sensación muy agradable.

—Una de las camareras se acercó y después de desearme los buenos días me sirvió una taza de café que olía delicioso. Pedí un trozo de pastel de manzana para acompañarlo y mientras me lo traía cerré los ojos para disfrutar un poco más el calorcito del sol. La camarera se acercó y tras dejar el pastel en la mesa me sonrió.

Pilar miraba con atención al anciano, observaba cada uno de sus gestos, veía como, con la mirada perdida y la voz quebrada les narraba paso a paso la historia. Germán, agradecido por la atención con que ella lo escuchaba prosiguió su relato recordando la charla con la camarera:

—¿Hace un día precioso a pesar de estar fresquito verdad?

—Si que lo hace, podría quedarme aquí sentado toda la mañana.

—Pues si tiene intención de hacerlo será mejor que invite a su amigo a tomar un café o se quedará helado allá en la sombra.

—¿Qué amigo, he venido solo?

—¿Ah si? Discúlpeme, estaba tras la barra y le vi cruzar la calle con aquel chico de melena detrás, creí que venían juntos. Soy una chismosa ¿verdad? Ja ja ja pero es que esta ciudad es pequeña y llama la atención cualquier forastero sobre todo si es joven y guapo.

Me giré hacia donde me señalaba la camarera pero no vi a nadie.

—¿Cómo era el chico?

—Pues un chico joven, no mas de 30 años creo, moreno, con el pelo bastante largo, de uno ochenta mas o menos de altura y llevaba gafas de sol, muy atractivo y no es de la ciudad porque lo habría visto antes, se lo aseguro.

—Está bien, muchas gracias, tráeme la cuenta por favor.

—Enseguida se la traigo y buen provecho, el pastel está hoy delicioso.

—¿Sería casualidad? Estaba seguro que era el mismo chico que salía del edificio el día anterior. ¿Me estaría siguiendo? Mejor dejaba de darle vueltas a eso, no quería estropear el día imaginando cosas, mejor desayunaba y me iba a trabajar, cuanto antes terminara, antes regresaría a casa con mi esposa.

—Con un poco de suerte en unos meses no tendría que venir a la ciudad a trabajar, la empresa estaba abriendo nuevas oficinas en San Lázaro, la ciudad más cercana a nuestra cabaña y me destinarían allí. Podría ir y volver cada día, no tendría que pasar semanas lejos de Esther. Esa perspectiva me hizo sonreír y comí el pastel con apetito,

era cierto, estaba riquísimo. Pagué la cuenta y me dirigí a la oficina, si conseguía terminar todo lo atrasado en unos días estarían preparados los envíos del mes y podría volver a casa.

—Pasé todo el día trabajando, solo hice un descanso al medio día para ir a almorzar. Soledad me atendió como siempre, charlamos unos minutos mientras tomaba mi café y estuve a punto de preguntarle si podía ser que ella hubiera olvidado cerrar la puerta pero no quería hacerla sentir mal después de que me estaba haciendo un favor, así que pasé por alto el tema y volví al trabajo.

—La tarde pasó rápidamente, había adelantado mucho el trabajo y volví a casa satisfecho. De vuelta, me paré en el súper a comprar algo para la cena y el desayuno y unos chocolates para el niño de Soledad. Como era temprano para encontrarlos en casa les dejé la bolsita colgada en la puerta, estaba cansado y no me apetecía esperar hasta que llegaran, me iría a dormir apenas cenara.

—Preparé algo rápido y llamé a mi esposa antes de comer, siempre me preguntaba que tenía de cena y yo le contaba presumiendo de mis dotes como cocinero, algo que era totalmente falso pero que a ella le gustaba escuchar entre bromas. El teléfono dio una llamada tras otra pero Esther no contestaba, supuse que habría salido a pasear con Neón así que me puse a cenar y llamaría después. Terminé la cena, recogí la mesa y volví a llamar pero tampoco contestaba, era muy tarde, a estas horas nunca estaba fuera de casa y menos sabiendo que la llamaría. Volví a tener la sensación del día anterior, algo malo pasaba y yo estaba muy lejos para poder hacer algo. Decidí llamar por teléfono a mi cuñada, vivía en San Lázaro y no podría ir a casa ya que estaba convaleciente de una operación pero tal vez sabría de alguien que pudiera ir a ver si todo estaba bien, un vecino, un amigo... Me daba igual quien fuera, pero necesitaba saber que estaba bien.

—Llamé a mi cuñada pero tampoco respondía. ¿Dónde podía estar a esas horas si apenas podía caminar? ¿Y si le había pasado algo a mi esposa y estaba con ella? Estaba aterrado mi imaginación giraba a un ritmo vertiginoso, imaginando todo lo peor, no podía seguir así, tal vez fuera una locura pero tenía que volver a casa rápidamente o me volvería loco. Cogí un papel y le dejé una nota en la puerta a Soledad contándole brevemente lo que pasaba y que hiciera el favor de avisar por la mañana a mi jefe de que había tenido una urgencia familiar y decirle que lo llamaría apenas pudiera. Recogí la ropa que había sacado de la maleta y la volví a meter hecha un revoltijo, estaba en un estado de pánico que casi no me dejaba pensar con claridad.

—Bajé a la calle, metí las maletas atrás y salí de la ciudad a toda prisa. No había recorrido más de 10 kms cuando me di cuenta que apenas me quedaba gasolina, había olvidado llenar el depósito. Recordaba haber visto una gasolinera cerca de la ciudad aunque no sabía que tan cerca, la verdad es que estaba muy alterado y no pensaba con claridad, por suerte apenas un kilómetro después la encontré. Paré y mientras el chico me repostaba fui al teléfono para llamar a casa, tenía la esperanza de que Esther me respondiera pero no fue así, seguía sin responder, ahora estaba totalmente seguro que la había pasado algo malo, tenía que llegar cuanto antes.

—Pagué la gasolina y salí de allí a toda velocidad. Di gracias al día de sol que había secado la carretera y aceleré un poco más, Solo tenía una idea fija en la cabeza, llegar a casa y ver a mí esposa. Era tal mi estado que en varias ocasiones estuve a punto de perder el control del auto y salirme de la carretera pero a pesar de eso, no reducía la velocidad, seguía pisando el acelerador.

—Conduje durante horas con la mente nublada y el miedo en el cuerpo, tan pronto temía lo peor como buscaba una explicación creíble. Me fijé que volvía a tener el depósito casi vacío, que extraño, con lo que había recargado debería tener más que suficiente para llegar a casa. Pensé que el chico de la gasolinera se habría equivocado y puesto menos litros, de nada valía lamentarse, tendría que volver a parar aunque no quería perder ni un minuto más.

—Me detuve en una gasolinera a unos 20 kms de casa, haría un nuevo intento de hablar con mi esposa. Me dirigí a un anciano que había sentado en un sillón tomando el sol y le pedí que me llenara el depósito mientras usaba el teléfono. El hombre se levantó con dificultad y me dijo que no podía usarlo porque estaba descompuesto pero que en la ciudad podría llamar. Le di las gracias a pesar de que en la ciudad de poco me servía, tenía que tomar el desvío hacia la cabaña que estaba en dirección opuesta.

—Me acerqué a una máquina de bebidas y saqué una botella de agua, tenía la boca seca.

—Pagué al anciano y me dispuse a seguir camino, cuando estaba parado en el alto, a punto de salir a la carretera, un auto pasó a gran velocidad, no daba crédito a lo que estaba viendo, era el mismo que había intentado atropellarme en dos ocasiones, estaba seguro, el mismo modelo, el mismo color, los cristales oscuros y sin matrícula, no podía haber dos iguales.

—Salí tras él con la intención de saber si iba a la ciudad, pisé a fondo el acelerador y traté de alcanzarlo pero iba demasiado rápido aunque con suerte podría ver si tomaba el desvío a la ciudad o seguía hasta la próxima. Yo de todas formas tomaría el desvío hacia casa pero al menos sabría si esa persona estaba en la ciudad, no quería que me tomara desprevenido de nuevo y ya estaba seguro de que no era alguien con ganas de gastarme una broma.

—Lo seguí durante bastantes kilómetros a gran velocidad, no quitaba el pie del acelerador ni yo tampoco a pesar de que la carretera era cada vez más peligrosa, entrábamos en una zona llena de curvas muy cerradas y se estrechaba bastante. En cada curva lo perdía de vista y lo veía aparecer de nuevo, ya faltaba poco para el desvío de la ciudad y no quería quedarme atrás así que aceleré un poco más.

—No me dio tiempo a reaccionar, en cuestión de segundos un perezoso se me cruzó por delante y no pude evitar el atropello. El golpe fue brutal y estuve a punto de perder el control del coche, solo los años de experiencia y mucha suerte evitaron que no fuera así.

—Detuve el auto y bajé a revisarlo para ver los daños, por el pobre animal no podía hacer nada, yacía a un lado de la carretera con el cuello roto. El coche tenía el capó y la delantera abollada pero funcionaba bien así que decidí continuar mi camino sabiendo que ya me sería imposible alcanzar el volvo.

—A los diez minutos pasé el desvío a la ciudad y seguidamente tomé el que iba hacia mi cabaña. Solo unos minutos más y vería a Esther, deseaba con toda mi alma que estuviera bien. Al cruzar el puentecito del arrollo que va hasta la cascada miré hacia abajo, a veces mi esposa se sentaba allí con Neón a esperar mi vuelta, empezaba a amanecer y deseé verla allí pero no estaba.

—Aparqué en el camino de entrada, el corazón me latía con fuerza y el pánico volvió a apoderarse de mí. Bajé del coche y como un niño perdido empecé a llamar a Esther, la llamé varias veces pero no me contestó. Me dirigí a la puerta cuando un bulto junto a

uno de los árboles llamó mi atención, no distinguía lo que era así que me acerqué para ver. Estuve a punto de soltar un grito, era Neón, yacía muerto con la boca ensangrentada y rodeado de moscas, el olor era tan repugnante que me hizo vomitar.

—Deseé con todas mis fuerzas que mi esposa no hubiese visto eso, mi dulce Esther no lo soportaría. Corrí a casa llamándola de nuevo, la puerta estaba abierta. Me dirigí a la cocina pero no había nadie, todo estaba limpio y ordenado como de costumbre pero ni rastro de ella. La puerta del baño estaba cerrada así que llamé, no quería asustarla si estaba dentro, abrí despacio, tampoco estaba allí.

—¿Dónde podría estar si no estaba en casa? Me dirigí a nuestro dormitorio con intención de ver si estaba su ropa, quizás su hermana se puso peor y fue unos días con ella. La puerta del dormitorio también estaba cerrada, me extrañó porque a ella no le gustaban los espacios cerrados y siempre tenía las puertas abiertas, de hecho ese fue uno de los motivos de venimos a vivir aquí, le gustaban los espacios abiertos. La empujé convencido de que no estaba en la casa pero para mi desgracia me equivocaba.

—Un grito de horror se escapó de mi garganta. Sobre la cama estaba mi esposa, parecía dormida pero su cuerpo era una gran mancha roja. Me abalancé sobre ella gritando, la llamaba desesperado esperando que me respondiera, deseando sentir algún gesto o movimiento que demostrara que aún estaba viva. Le tomé el pulso pero no se lo encontré, traté de poner en práctica mis escasos conocimientos para reanimarla pero no lo conseguía, gritaba llamándola, la abrazaba y la sacudía presa de la histeria, solo pensaba en que reaccionara, tenía que respirar, no podía estar muerta, mi dulce esposa no podía dejarme así.

—Miré sus muñecas y vi dos cortes enormes en ellas. Sin saber muy bien lo que hacía saqué unos pañuelos del cajón y se los até alrededor en un intento vano por detener la hemorragia, tan vano como mis esperanzas de que abriera los ojos porque en su cuerpo ya no quedaba ni una gota de sangre, estaba toda sobre las sábanas.

—Me senté sobre la cama y tomé su cuerpo entre mis brazos acunándola, tenía que estar dormida, sí, seguro que estaba cansada y se había quedado dormida. La tenía abrazada, hablándole bajito, casi en un susurro, mi mente no razonaba, sólo quería que durmiera tranquila. La deposité de nuevo sobre la cama, acomodé su cabeza sobre la almohada y la tapé con la sábana para que no pasara frío. Al levantarme algo cayó al suelo, me agaché y lo recogí, era un cuchillo negro, la empuñadura tenía unos extraños grabados y la hoja era curva y afilada, estaba ensangrentado y al tomarlo mi mano quedó manchada de ella. Lo dejé sobre la mesita de noche, mirándolo con horror y me limpié la mano en el pantalón. Estaba sumido en un shock tal, que ni por un momento pensé que mi esposa se había cortado las venas, era como una pesadilla de la que despertaría pronto, no pensé en llamar a una ambulancia, ni en pedir ayuda, simplemente me senté en un sillón junto a la cama a esperar que Esther despertara.

—De pronto escuché una sirena de policía pero ni la reconocí, era un sonido que para mí carecía de importancia ni significado, Seguía allí, sentado, esperando que mi esposa despertara, cuando varios hombres irrumpieron en el dormitorio con un arma en la mano. No hice nada, me quedé allí sentado muy quieto y callado. Los escuchaba hablar pero no entendía lo que decían, solo los miraba dar vueltas a mí alrededor, sentía como si fuera una película que se desarrollaba en mi dormitorio.

—Uno de ellos se me acercó y me ordenó que no me moviera y que pusiera las manos a la vista mientras otro se acercaba a la cama y tomando la mano de mi esposa le

comprobaba el pulso. Creo que en ese instante me volví loco, me levanté y arremetí con todas mis fuerzas contra él, derribándolo contra la pared, le gritaba y lo amenazaba diciéndole que si la tocaba lo mataría.

Lo último que recuerdo es el quejido de ese policía y un golpe seco en la cabeza.

Capítulo VII: De predicciones y destino

Noble o vasallo nadie puede escapar de su destino.

FRANCISCO despertó sobresaltado al nacer el alba, su cuerpo adolorido por la estera que le hizo añorar su cama dura de la abadía, le decía a cada minuto que ya estaba muy viejo para emprender aventuras de este tipo, pero su promesa a Rodrigo y la soberbia de los inquisidores lo hacían desear poner a salvo los documentos que portaba. Si tan solo pudiese compartir con alguien la carga, poder separar los documentos en dos tantos que hiciesen inservible cada mitad sin contar con la otra. Pero no, estaba solo como lo estuvo Rodrigo, con un fardo pesado a sus espaldas y sin siquiera tener como éste, el aliciente de saber que era lo que portaba.

Al amanecer, la mujer de la familia salió de la tienda y preparó café, su aroma despertó a su esposo, más no así a los chicos que seguían durmiendo con la paz y la tranquilidad que solo da la inocencia y la inconciencia de la niñez. Francisco se había dormido con la imagen de sus rostros sonrientes y sus manos abanicadas diciéndole adiós. Su gesto gentil y despreocupado lo hizo remontarse al pasado, a su propia niñez que ahora parecía haber sido en otros siglos.

Francisco desde muy pequeño soñó con ser monje, sus padres vivían al abrigo de una vieja abadía y ganaban su sustento prestándoles servicios a los monjes, ya cocían sus cenas o ya lavaban y remendaban las ropas, a cambio de la posibilidad de que la pareja y sus cinco hijos pudieran acostarse con el estómago lleno. El padre de Francisco era un devoto creyente y seguidor de la Iglesia, por lo cual, cuando se presentó la posibilidad de que el menor de sus hijos se uniera a la Iglesia, no lo dudo un momento, sabía que allí Francisco tendría su alimento y techo asegurado, además de la posibilidad de estudiar y salvar su alma con el aprendizaje de las palabras del Señor.

Un día veintiuno de octubre, Francisco llegó con sus padres a la Abadía y en medio de una despedida emotiva vio como los pesados portones ponían barrera entre él y sus padres, a los que no vería nunca más. La familia de Francisco, contrajo la peste negra y uno a uno fueron cayendo enfermos sin que el novel monje siquiera se enterase. De la suerte de sus padres y hermanos supo muchos años adelante cuando el Abad próximo a morir le confesó que su familia no había marchado a España, sino al encuentro del Creador. Francisco solo pudo elevar una oración por sus almas y continuar su vida dedicada al estudio.

Al cumplir diecisiete años, y gracias a que se congraciara con un miembro influyente de la Iglesia española, Francisco pudo partir a estudiar y especializarse en lo que lo apasionaba, la traducción e investigación de los fundamentos de la Iglesia. En España, conoció a importantes hombres, como Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Pedro Fabro, Alfonso Salmerón, Jacobo Laínez, Nicolás Bobadilla, Simón Rodrigues y a quien llegara a ser su amigo, confidente y colega, Rodrigo de la Goublaye.

Francisco y Rodrigo solían estudiar, comer y realizar juntos las tareas asignadas, se veían como hermanos de sangre y compartían sus inquietudes. Rodrigo siempre fue de carácter aventurero más filósofo que monje, más historiador que seguidor de Dios. Francisco por su parte era más obediente a las verdades teológicas, y a asimilar como tales las verdades profesadas por sus superiores. Su formación desde niño en la familia primero y en la Iglesia después, lo hacía ver a la Iglesia como la dueña de la

verdad, lo que le trajo constantes roces con Rodrigo.

Cuando Rodrigo marchó a Francia, expulsado por la Iglesia debido a sus estudios, Francisco se sintió desolado. No había perdido a un amigo, sino a un hermano a quien, a pesar de todos sus esfuerzos no había logrado devolver al camino correcto. Años más tarde Francisco también partiría hacia Francia, a la vieja abadía donde había crecido, su auto destierro se debía al cansancio y al haber empezado a dudar de si su posición respecto a las verdades teológicas estaban bien cimentadas o si Rodrigo tenía razón en todos sus cuestionamientos.

—¿Desea un café, hermano?

Lo sacó de sus pensamientos la voz de la mujer.

—Si gracias hija, un café y un cuerpo nuevo me vendrían de maravilla. Pero a falta del milagro, el café será suficiente.

Francisco tomó el café despacio, como queriendo eternizar su estancia en familia. Observó a los esposos recoger la tienda y levantar el campamento mientras los niños corrían por los alrededores. De pronto sintió que lo único que esperaba la pareja era que les devolviera la jarra del café para poder marchar. Se sonrojó y devolvió a la mujer la jarra, agradeciéndole de nuevo la gentileza de su atención. El hombre agradeció a Francisco a su vez por el dinero que se había convertido en el primero que se ganaba en esa semana.

Tomaron cada uno por caminos diferentes, la familia a donde los llevaba la necesidad de saciar su hambre, Francisco a donde lo llevaran sus temores, a encontrarse con verdades que toda su vida quiso eludir.

Francisco tomó a Anochecer se enrumbo hacia la Abadía donde sabía hallaría a su amigo Capmany, era una larga travesía, pero ahora el tiempo y la distancia tenían otro significado.

Francisco cabalgó por horas y a su paso encontró nuevas familias errantes que buscaban un sitio donde establecerse, donde encontrar trabajo y poder criar a sus hijos. Todas las familias eran iguales con padres más o menos gordos y altos, mujeres sumisas a la voluntad de sus maridos y una cantidad de hijos siempre la suficiente para que la comida no alcanzara para todos.

Francisco cabalgaba asustado, a cada trotar de caballos a sus espaldas se volvía esperando ver la cara de Pietro con enormes colmillos que sobresalían de su boca, con ojos rojos de furia al igual que la bestia que montaba, tal como lo veía en sus pesadillas. Al llegar la noche llegó al pueblo de Lavosiere, estaba concurrido, agitado, el bullicio propio de los grandes centros de población, aunque este no era un pueblo tan importante. Llevó a Anochecer al establo más próximo y avanzó hasta la taberna, bebería algo que calmara su sed y aprovecharía para escuchar las voces de los viajeros que frecuentaban esos lugares, a la espera de tener por esas fortunas de la vida, alguna noticia de su abadía, de su abad y de Pierre.

Despacio y tratando de no llamar la atención se sentó en una esquina del salón, rápidamente le sirvieron cerveza oscura y pidió si le podían dar un poco de comida. La mesera que lo atendió displicentemente arrugó la cara y partió con la orden tomada.

En la mesa de al lado dos burgueses, al parecer por sus vestimentas, comentaban los eventos más recientes en Francia, particularmente la noticia que recorría toda Europa,

la muerte del Rey Enrique II. Francisco aguzó el oído cuando oyó hablar de un médico que profetizó la muerte del monarca con asombrosa precisión. Francisco grabó en su mente el nombre de Michelle de Nostradamus, médico francés que hiciera profecías sobre los más diversos eventos del futuro y que auguraban tragedias por más de quinientos años. Al recordar las palabras de Rodrigo, donde indicaba que los pergaminos que ahora portaba eran una fuente de adivinación del futuro no pudo dejar de relacionar a Nostradamus con sus pergaminos y quiso saber más de aquel hombre. Sumiso solicitó a los hombres dejarlo participar de su plática ya que era de gran interés para él conocer sobre ese sujeto para estudios que realizaba.

Los hombres encontraron en Francisco a un buen oyente para acompañar su larga noche de plática y licor. Y se explayaron en contar las profecías, con especial énfasis en la que le estaba valiendo fama en vida, que fue la que constaba en las Centurias y se refería a Enrique II, Rey de Francia y esposo de Catalina de Médicis, en la cuarteta treinta y cinco de la Centuria.

Esta cuarteta conseguía, con una extraordinaria precisión, decir la forma en el que el Rey habría de morir a manos de otro caballero y lo decía de una manera que más parecía la crónica de un evento pasado, que la adivinación del futuro.

En el año 1554, Michelle de Notre Dame, conocido como el doctor Nostradamus, anunció que dejaría la medicina para dedicar todo su tiempo que le restaba a escribir las profecías sobre el acontecer del hombre en los siglos Venideros.

Comenzó a pasar sus noches en vela, descifrando el futuro, estudiando el curso de las estrellas y escribiendo lo que consideraba sus visiones y revelaciones. Solía decir que, los cielos se abrían ante sí y se desplegaba el futuro como en un lienzo y cómo las visiones se hacían luz en su mente y en su alma.

Organizó sus profecías en volúmenes denominados Centurias, cada uno de los cuales debía tener cien profecías escritas en forma de cuartetas o grupos de cuatro versos. El primer tomo de las Centurias vio la luz en 1555 y provocó un auténtico revuelo. Las opiniones se dividieron y la polémica no tardó en desatarse. Muchos lo tildaron de mago, otros de loco y no faltó quién lo catalogara como un hereje.

Uno de los versos aludía a la figura del monarca que en esos días gobernaba Francia, Enrique II, pero su significado definitivo escapaba a la familia real y sus consejeros. Entonces, la reina Catalina de Médicis, una mujer determinada decidió traer directamente a Nostradamus y le ordenó presentarse ante la Corte y explicar el sentido de la Centuria treinta y cinco, cuyo texto rezaba: ¡El león joven superará al viejo! ¡En campo bélico, por singular duelo! ¡En jaula de oro le reventará los ojos! Dos combates; uno luego morir de muerte cruel”.

Nostradamus explicó entonces que Enrique II (el león viejo) moriría en combate con un noble más joven y Catalina de Médicis, mujer de ambición y animada por el respeto que le inculcaba la personalidad del médico, le pidió que profetizara el futuro de sus hijos.

El Delfín o heredero al trono de Francia era Francisco, comprometido desde la infancia con María Estuardo, hija del rey de Escocia. Le seguía Carlos, pero el favorito de Catalina siempre había sido Enrique, Duque de Anjou y cuando Nostradamus le dijo que éste y no su hermano mayor sería rey de Francia, Catalina no dudó de la veracidad de sus afirmaciones.

Cuatro años más tarde, en oportunidad de la boda de su hija mayor, Isabel, con el hijo

del rey de España, Enrique II dispuso la realización de una fiesta que duró tres días y para la que se revivieron los torneos o justas de caballería, caídas en desuso, pero a las que el rey era muy aficionado.

Enrique II participó activamente de los torneos y triunfó en el primer encuentro. Pero, en su segundo lance, enfrentó al joven Conde de Montgomery y encontró su destino. La lanza rota de su rival perforó la visera de oro de su casco y se clavó en sus ojos. El 29 de junio de 1559 la profecía de Nostradamus se cumplía para asombro de muchos. Condenado a muerte y con grandes sufrimientos, Enrique II agonizó diez días antes de morir.

La profecía en la época en que fue dictada parecía absurda, ya que un rey nunca se batía en duelo; no obstante dio mucho que pensar a cuantos estaban junto a Enrique.

Francisco no podía creer lo que oía, profecías certeras y cumpliéndose mientras el profeta seguía con vida no eran habituales. Muchos hombres se daban a las artes de la adivinación, pero siempre se cuidaron de hacer profecías sobre tiempos que consideraban sobrepasaría a su esperanza de vida.

—¿Es que ha muerto el Rey?, consultó Francisco.

—Ha muerto —respondieron los hombres a coro.

—¿Pero como pasó esa desgracia?

Pues bien dijo el hombre de mayor edad, que poseía una barba espesa y rizada, en junio pasado el Rey Enrique II se hallaba en París; se acababa de firmar el Tratado de Chateau Cambresis que ponía fin a las discordias entre España y Francia.

La Corte francesa organizó, en aquella ocasión, un brillante torneo en la plaza que se extendía ante el palacio real.

El 30 de junio el Rey bajó al campo vestido con una magnífica armadura, con el propósito de batirse en combate individual a caballo contra tres adversarios por lo menos.

El primer caballero con quien compitió el Rey fue Manuel Filiberto de Saboya; el segundo, el Duque de Guisa, y el tercero era Gabriel Montgomery, joven a impetuoso combatiente, comandante de la guardia del Rey. Uno tras otro, los asaltos se desarrollaron normalmente y las tres lanzas que el Rey había recibido terminaron rotas en el polvo, pero Enrique, no satisfecho con su triple victoria, no se alejaba del circo, dando a entender con sus gestos que deseaba repetir el asalto con el último de sus adversarios, el Conde de Montgomery, que antes había inferido al Rey un golpe tan fiero que faltó poco para derribarle.

De nuevo en el campo, los caballeros se colocaron uno enfrente del otro, preparados para una nueva lucha, en medio de un profundo silencio, roto solamente por el furioso cabalgar de los caballos. Calada la visera de la armadura y dirigida la lanza contra el adversario, cargaron impetuosamente el uno contra el otro. En un abrir y cerrar de ojos se cruzaron las lanzas y la del joven Montgomery, partida en pedazos por el certero golpe del Rey, voló, otra vez, por los aires hasta el polvoriento suelo.

Nada trágico había ocurrido y de momento se pudo pensar que era falsa la negra profecía, pero faltaba un detalle: cumplir la regla que ordenaba que los dos caballeros, echadas las armas, volviesen al punto de partida. Pero Montgomery, desarmado, no dejó la esquila o pedazo que sostenía aún en su mano, sino que, al contrario, lo cogió

con más fuerza y, al pasar junto al Soberano, con aquel pedazo de lanza fue a chocar contra la visera del Rey, la jaula de oro de la que había hablado Nostradamus, la levantó en parte y, habiendo hallado expedito el camino, fue a clavarse en el ojo del monarca saliendo trágicamente por el oído.

Enrique permaneció inconsciente durante cuatro días, y al cabo de once murió en medio de terribles dolores.

La profecía de Nostradamus se había cumplido punto por punto y el propio Rey moribundo la recordó, añadiendo que nadie podía hurtarse a su propio destino.

Tras la muerte de su esposo, Catalina de Médicis vio realizada la segunda profecía que Nostradamus le había hecho, cuando su hijo Francisco II ciñó la corona de Rey de Francia.

Francisco estaba anonadado, no podía creer que el arte de la adivinación fuese algo más que una patraña para engañar incautos ya que siempre creyó que las únicas profecías válidas eran las que constaban en la Biblia. Ahora estos hombres le daban prueba de que un ser viviente había realizado lo que para él no se daba desde la llegada de Cristo.

Francisco indagó sobre la posibilidad de verse con el médico, sobre donde podría hallarlo. Estaba interesado en que de alguna manera Michelle de Notre Dame pudiera leer sus Pergaminos y dar alguna noticia sobre el origen y veracidad de los mismos, pero primero debería saber si el profeta viviente era de fiar y con que fines usaba la adivinación.

Los hombres habían reemprendido las pláticas entre ellos y se habían olvidado momentáneamente de Francisco, el monje aprovechó para volver a su mesa y terminar la cerveza y degustar el alimento que le habían llevado y que se había enfriado en el plato.

Francisco comió despacio, mientras meditaba sobre los pergaminos y la posible relación de éstos con Nostradamus, había decidido que pasaría la noche en ese lugar y aprovecharía para echar una ojeada a los documentos y pertenencias de Rodrigo que llevaba consigo, por la mañana partiría a Montpellier, al lugar donde le habían indicado podía encontrar al médico profeta.

La noche era fría, en la habitación del hostel, Francisco se desprendió de sus ropas, estaba agotado. La noche anterior entre el duro suelo y las constantes pesadillas y sensación de estar siendo acorralado no lo habían dejado dormir como acostumbraba. Dejó caer su cuerpo en la cama y la sintió blanda, agradable, poco parecida a su camastro de la abadía lo que le hizo sentir que en algo se compensaría su mala noche anterior.

Despacio Francisco extendió los pergaminos sobre su cama, acomodó el diario de Rodrigo y el cuaderno de notas, sacó una pequeña caja de madera con inscripciones grabadas en ella y las observó por un momento. La caja tenía el mismo grabado que la bolsa. Francisco reconoció el pentagrama con el macho cabrío, señal inequívoca de que se trataba de algo satánico. Muchas veces había visto esos signos en literatura blasfema y en libros de santos donde lo utilizaban como ilustración para describir las artes negras.

Francisco abrió la caja por vez primera y descubrió un envoltorio de fina seda en forma de bolsa, se encontraba cerrada con cordeles dorados. En la tapa de la caja, en su lado

interno, se hallaba inscrita en arameo la frase:

«No sean valoradas las pertenencias por las personas que las poseen».

Francisco recordó conversaciones con Rodrigo de su tiempo de estudiantes y en el día de su muerte, donde le habló del símbolo, no como algo para temer, sino para denotar la procedencia. Creía que las cosas no eran demoníacas por si mismas sino por el uso que le daban los seres humanos. Muchas veces le habló de que la misma cruz de nuestro señor, símbolo del sacrificio de Dios, podía ser utilizado por cosas tan despreciables como la tortura y el asesinato, sin que esto significara de alguna forma que la cruz debía ser temida y tenida por símbolo del mal. De igual forma, símbolos de religiones antiguas habían sido asociados a los actos de dementes que los utilizaron para sus prácticas corruptas.

Francisco repasó la frase y abrió la bolsa con más curiosidad que temor. Dentro de la bolsa encontró un medallón, tenía una piedra verde en el centro, el medallón llevaba inscripciones en lenguas muertas. Francisco intentó leer pero su vista estaba demasiada cansada, lo tomó delicadamente en su mano y lo volvió a introducir en la caja.

Miró el diario de Rodrigo, estaba muy ajado, muestra de que lo usaba constantemente, lo abrió y pudo ver anotaciones diarias para cada día del último año. El diario iniciaba en junio de 1558 y terminaba el día en que Rodrigo llegó a la Abadía.

Francisco leyó:

6 de junio de 1558, hoy doy inicio al diario de Rodrigo de la Goublaye, servidor de Dios y no de los hombres que han corrompido sus mandatos. Este diario será testigo de mis investigaciones sobre los pergaminos encontrados en la antigua ciudad de Nínive y relataré en él como los encontramos y los secretos que de los mismos pueda ir develando. Dios guarde mi alma y permita mi resurrección en el día del juicio final sin tomar en cuenta los pecados que por esta causa cometa.

Los siguientes días relataban las actividades desplegadas por Rodrigo, como preparaba su trabajo de traducción e interpretación. Ambos habían aprendido a que las labores de traducción e interpretación debían cumplir con un ritual previo de asegurar la pureza de corazón por lo que ofrecían a Dios sus sentidos para que fuera el Espíritu Santo quien guiara sus mentes.

Cuarenta días dieron cuenta del ayuno de Rodrigo, donde anotaba que se alimentaba solo de hierbas amargas y agua y de cómo su fuerza fue minándose al tiempo en que su espíritu se hacía más fuerte y merecedor de la piedad de Dios.

Francisco pudo leer que en varios días Rodrigo solo anotó en el diario la fecha y una pequeña oración donde se ofrendaba a Dios. En otras era más explícito sobre su paradero que por lo que se leía era nómada y las condiciones de su cuerpo y alma.

Francisco leyó:

25 de junio del año de nuestro señor 1558. Se cumple casi la mitad de mi ofrenda a Dios a cambio de la iluminación en la labor de traducción, las fuerzas me abandonan pero la voluntad es fuerte. Hoy sentí que era seguido, vigilado, espiado por ojos ocultos en las sombras, debo abandonar esta posada y buscar un sitio más seguro, lejos de la muchedumbre y caminos de paso.

Francisco casi pudo sentir el cansancio de su amigo en su letra, no era el Rodrigo de

sus años mozos donde hacer ayuno cada pascua era casi una trivialidad, en sus trazos pudo notar que el camino había sido largo, que la empresa en la que se había embarcado era dura y que esta preparación de su alma le resultaría más dificultosa.

Los siguientes días no arrojaban más luz, Rodrigo vagaba por diferentes pueblos sin parecer tener un destino, más bien parecía que sus pasos eran dados al azar, sin un norte, siempre cargando el pesado fardo de la tarea que se había propuesto.

Francisco continuó leyendo en calma, hasta encontrar una nueva luz en el diario de Rodrigo.

7 de Julio del año de Nuestro Señor 1558. Hoy estoy seguro de que me siguen, he visto a dos musulmanes que se ocultaban en una vieja tienda, son los mismos hombres que vi en Nínive el día de mi partida, se tropezaron conmigo e intentaron recoger mis pertenencias del suelo. No se los permití entonces y tampoco permitiré que hoy se hagan de estos escritos. Debo buscar un lugar seguro, mi vida corre peligro y creo que se debe a estos escritos que llevo. ¿Para quién pueden tener importancia? Solo lo sabré cuando los traduzca. El Arameo que se utiliza no me es desconocido, más he de consultar algunas obras sobre las modalidades del lenguaje utilizado en el año de 500 antes de Nuestro Señor Jesucristo.

Francisco había estudiado que el Arameo es un sistema consonántico con un lapso de uso que va desde el siglo VIII a. C. al II d. C. La dirección de la escritura es de derecha a izquierda. Era un dialecto semítico muy semejante al hebreo y hablado por los Arameos. Probablemente los patriarcas lo conocían aun antes de llegar a Palestina. El alfabeto arameo se tomó de los fenicios. Existen textos en arameo desde los siglos X y IX AC. Durante el período del Imperio Asirio muchos pueblos agregados a este usaban el arameo como idioma común. Se adoptó la práctica de añadir una traducción aramea a muchas inscripciones cuneiformes asirias. Era la lengua comercial del Imperio, y los escribas copiaban en arameo los documentos de compra y venta y de valor legal. Abundaban las inscripciones arameas en los sellos y en la cerámica de aquella época, e incluso habló en arameo el general asirio que demandó la rendición de Jerusalén en 701.

El arameo continuó usándose durante el período babilónico y llegó a su edad de oro, en la época del Imperio Persa (538-330 AC.). Desde Egipto hasta Grecia, y hasta Afganistán en el Oriente, abundaban las inscripciones arameas en las piedras y la cerámica del período. Todavía existen papiros con cartas escritas en arameo. Es posible que el libro de Daniel se escribiera originalmente en arameo y que ciertas porciones se tradujeran al hebreo después, puesto que el original todavía se conserva en arameo. También Esdras está en arameo y algunas palabras y expresiones en Génesis, Job, Salmos, Ester y Cantares. Después del cautiverio la mayoría de los judíos de Palestina hablaban arameo como lengua común. Un traductor realizaba la lectura pública de las Escrituras y lo hacía en arameo. Según la tradición rabínica esta práctica se hizo común.

Para varios críticos del Antiguo Testamento la presencia de arameísmos indica que ciertos pasajes se escribieron posteriormente. Sin embargo, ahora se sabe que algunos de los llamados «arameísmos» son simplemente diferencias dialectales del norte de Israel. Además, desde el tiempo de David hubo estrecha relación entre hebreos y arameos (sirios). Asimismo, el estilo del arameo de Esdras y Daniel no justifica que se les atribuya una fecha posterior como se suponía, ya que el arameo imperial fue igual en el Oriente y el Occidente durante varios siglos. El arameo de Esdras y Daniel bien puede ser del siglo VI AC.

Durante la época del dominio griego, los judíos acentuaron el uso del arameo para resistir la penetración de la cultura griega. El famoso historiador Josefo escribió la primera versión de su obra en arameo. Alrededor del período de Jesús se escribieron los Targumes, traducciones arameas de las Escrituras con alguna interpretación y aclaración hecha por los fariseos.

El uso de los antecedentes arameos para explicar los Evangelios es de mucho valor si no se exagera. Es difícil sostener la tesis de que todos los Evangelios se tradujeron del arameo, como han dicho algunos, pero es cierto que muchos dichos de Jesús revelan el ritmo y el genio del arameo que Él hablaba. En el tiempo de Jesús el idioma común era el arameo. Sin embargo, muchos también hablaban griego y algunos el hebreo místico. El Talmud se escribió mayormente en arameo. Francisco sabía que Rodrigo era capaz de traducir los pergaminos ya que era conocedor, mejor que él incluso de estos dialectos que se utilizaban en tiempo de Jesús, lo que no estaba claro era si su mente acostumbrada a diferir de todo lo preestablecido le permitiera interpretar correctamente lo dicho en esos documentos que en mala hora para él, había descubierto.

Francisco leyó el diario sin encontrar hasta el día del término de su ayuno, nada que le ayudara en su tarea, todos los días se hablaba de la oración, la penitencia, el hacerse digno y de lo dura que le resultaba el peso de aquella carga a su amigo Rodrigo.

Francisco encontró al final del periodo de ayuno que al diario se le había desprendido una hoja, se veía que había sido arrancada de cuajo por lo que algunos restos quedaron adheridos al diario. La página faltante sin duda había sido utilizada por Rodrigo ya que la siguiente iniciaba a medio párrafo de un par de días después de finalizado el periodo de ayuno.

Lo último que decía el diario al día cuarenta era:

15 de julio de 1558. Hoy pongo fin a mi periodo de consagración. Con la ayuda de Dios he podido hacerme digno de traducir e interpretar estos documentos que quiso El dejar en mis manos. Mañana iniciaré mi labor esperando que mi temor sobre lo que siento se está urdiendo a mi alrededor, solo sea producto de mi mente cansada y debilitada por el ayuno. En todo caso mañana decidiré si..., Al llegar a esta palabra el diario se cortaba. Francisco se quedó un minuto digiriendo aquellas palabras ¿Qué eran aquellos presentimientos de Rodrigo? ¿Qué se urdía a su alrededor? ¿Qué decisión debía tomar? La lectura del diario en esa noche, solo le había dejado nuevas interrogantes. Su vista cansada se negaba a continuar. Francisco decidió guardar sus pertenencias, amarró la bolsa de cuero a su pecho y se dispuso a dormir.

Esa noche el cansancio lo venció y tuvo un sueño reparador, su alma volvió a los apacibles días en la abadía, donde recogían las siembras de la huerta, Pierre haciendo el doble de viajes que el de los demás monjes que por edad o flojera preferían que el chico presumiera de su vigor, una sonrisa se dibujaba en el rostro de Francisco, la primera de los recientes días y quizá la última de toda su vida.

Francisco despertó fresco por la mañana, tenía la sensación de haber dormido por días. Tomó un baño que lo relajó, se puso ropa limpia y mirándose al espejo retornó a su mirada la imagen de un trabajador de los caminos, en nada parecía a un monje, pensó para sí, hace cuantos años no se miraba en su condición de laico. Suspiró, acomodó su cabello y salió dispuesto a tomar un desayuno antes de emprender el viaje a Montpellier.

Al acercarse a la taberna, Francisco divisó a unos guardas de la Iglesia haciendo preguntas al tabernero, mientras que este hacía gestos de que reconocía lo que estos hombres requerían. Sintió un dolor en su pecho, sabía que era a él al que buscaban. Retrocedió intentando no ser visto, retornó a la habitación y apresuradamente recogió sus pertenencias, salió y preparó la montura de Anochecer, subió a la bestia y en un acto reflejo llevó su mano al pecho, sintió aliviado que llevaba la carga consigo, espoleó a la yegua y emprendió el viaje a toda marcha.

Los guardas de la Iglesia habían sido comisionados para buscar a Francisco a toda costa, en el camino encontraron a múltiples familias que viajaban en sentido contrario y a todos ellos les preguntaron sobre el paradero de Francisco. Los guardas se cuidaban de no evidenciar que era un prófugo y más bien daban como razón, la de enterarlo de un percance que había tenido su abad y por lo cual era necesario regresara a la mayor brevedad posible. Toda la noche estuvieron los guardas consultando sin éxito. A la mañana siguiente con el alba emprendieron camino para seguir en su búsqueda, pasadas unas horas, se encontraron con una familia de cuatro miembros, los niños lucían cansados por el viaje, la pareja mostraba una cara de preocupación por su futuro.

Los guardas desmontaron y sosteniendo por la brida a sus bestias se acercaron a la familia. El hombre salió al paso de los soldados, quienes se quitaron sus cascos en señal de que no buscaban problemas. Luego de un saludo ritual, preguntaron al hombre sobre su procedencia y fines de su viaje. El hombre con voz cansada respondió que viajaban desde Montpellier y que lo hacían en busca de una fuente de trabajo que les permitiera sostener a sus hijos.

—¿Ha habido suerte? consultó el guarda.

—Pues hasta ahora, solo he ganado una moneda que me dio un hermano a cambio de nuestra hospitalidad.

Los ojos del guarda se iluminaron, pero refrenó su interés.

—Ha dicho un hermano, ¿quiere decir un monje?

—Si, eso he dicho un monje, lo se por sus costumbres de bendecir la comida y orar antes de dormir.

—¿Y ha continuado el viaje con ustedes? Pregunto el guarda fingiendo poco interés.

—No, el hermano viajaba en sentido contrario y lo dejamos hace unas horas al nacer el alba. Creo que su destino era Montpellier, porque hacia allí tomó por el camino.

—¿Puede decirnos como lucía el hermano? Justamente buscamos al monje Francisco para darle una noticia importante sobre su abadía, es vital el dar con él.

—Pues creo que no podré ayudarlos, el hermano de quien hablamos lleva por nombre Manuel no Francisco. Lo siento.

El guarda hizo gestos de que se despreocupara, miró a su compañero y retomaron su marcha, seis horas de ventaja los separaba de Francisco, además de la posibilidad de elegir distintos caminos por los cuales llegar a Montpellier.

Espolearon a los caballos y se dispusieron a visitar los pueblos del camino. Esa noche, los guardas durmieron en el pueblito llamado San Damián, donde no hallaron rastro del monje, pero un joven le indicó que a una horas se encontraba el pueblo de Santa

Elena, donde había gran bullicio a causa de algunas apariciones y que se había congregado mucha gente, era sin duda un lugar más propicio para encontrar a Francisco. Pasaron la noche en San Damián y salieron dos horas antes del alba con destino a Santa Elena, con buena suerte llegarían al pueblo al momento de la salida del sol.

Al salir los primeros rayos del sol, los dos hombres llegaron a Santa Elena, se enrumbaron directamente a la taberna y pidieron desayunos. Mientras la camarera atendía su orden uno de los hombres se levantó y comenzó a indagar sobre la posible presencia de Francisco, nadie le sabía dar razón. Desalentado y seguro de que su búsqueda no terminaría allí, volvió a su mesa, donde lo esperaba su compañero y su desayuno.

No bien habían terminado de comer, el tabernero se acercó al guarda que estuvo indagando y le pidió salir un momento de la taberna:

—Creo que tengo información valiosa para ustedes. Ambos guardas salieron con el tabernero y el mismo comenzó a indicarles que la noche anterior había llegado al pueblo un sujeto solo, cansado, con un actuar que denotaba que no tenía rumbo fijo.

—Me pareció que era monje, su apariencia y modales eran propios de un miembro de la Iglesia. Se ha sentado a hablar con aquellos dos hombres que vienen entrando, creo que hablaban de adivinos y brujos, no presté mucha atención ya que en estos días por acá solo se habla de imágenes que lloran y de apariciones milagrosas, esas cosas me tienen sin cuidado, el día que las imágenes beban licor, ese será el día en que me ocupe de tales rumores.

El guarda indicó a su compañero que fuera a hablar con los recién llegados en tanto él lo terminaba de hacer con el tabernero.

Los hombres recordaron bien a Francisco e indicaron al guarda que el hombre que buscaban estuvo conversando con ellos acerca del doctor Nostradamus y el trágico accidente del Rey Enrique II.

—Creo que estaba interesado en hablar con el doctor, así que le hemos dicho que de seguro lo encontraría en Montpellier, no lo vimos más, así que no sé si salió por la noche o si aún está en el pueblo, en todo caso no le será difícil hallarlo, en este pueblo solo hay un hostel y de haber dormido aquí de seguro aún estará deambulando por las calles. Ambos guardas se encaminaron al hostel donde se hospedaba Francisco, hablaron con el dueño, quien les confirmó que había pasado la noche allí y que había pagado su estadía por adelantado.

—Es un buen hombre, a pesar de su pobreza evidente, quiso pagar la tarifa del cuarto sin el descuento que le ofrecí en caso de ser un miembro de la Iglesia. Les juro que por su aspecto diría que era un monje, pero no ha querido identificarse como tal. ¿Acaso tiene algún problema con la justicia? Los guardas no contestaron la pregunta y pidieron al dueño los escoltara hasta la habitación, llegaron a la misma y dando fuertes golpes en la puerta llamaron a Francisco.

—Hermano Francisco, somos de la guarda de los guardianes de la fe, sírvase abrir la puerta. Esperaron unos segundos pero no hubo respuesta, repitieron la orden al tiempo en que pedían al dueño una copia de la cerradura. Entraron a la habitación y la hallaron desierta, la cama tendida y sin rastros del paradero de Francisco.

—Parece que nadie ha dormido aquí, dijo el guarda.

Pues si que ha dormido, esa forma de tender la cama tan meticulosa no la acostumbramos aquí, de seguro el huésped la ha dejado arreglada al salir.

Los guardias se miraron y salieron de la habitación en busca de sus caballos.

Francisco, a trote veloz de Anochecer recorría el camino hacia Montpellier. Apenas halló un intersección tomó el desvío, sabía que no debía seguir su viaje como estaba planeado, de seguro los guardas sabían su destino, así que ahora su objetivo daba un giro y lo encaminaba hasta la abadía Montserrat donde hallaría a su amigo Capmany.

Capítulo VIII: El viaje

El viaje hacia el destino, es un viaje sin regreso.

PIERRE exhausto a lomos de Amanecer llegó a la abadía, su aspecto lucía diferente, había cambiado en el último pueblo sus ropas y se había rapado su cabeza totalmente, su rubia cabellera era un distintivo demasiado grande para que lo vieran los inquisidores. Ató a Amanecer a un tronco adentrándose en el bosque donde no pudiera ser escuchado. Caminó el resto del camino con decisión, debía librar al Abad, de seguro estaba preso por el golpe dado al inquisidor y todo había sido por librarle de las manos de aquellos hombres.

El joven llegó a las puertas de la abadía y entró sin miedo. Dentro, dos novicios que limpiaban el patio lo vieron y al reconocerlo se acercaron a él para darle la mala nueva. El Abad había enfermado gravemente y el hermano Rafael había salido rápidamente a buscar una cura en un poblado que era más lejano de lo que hubiesen querido.

Pierre agradeció su información y les pidió actuar con naturalidad, nada debía llamar la atención de los Inquisidores sobre su persona. Los novicios bajaron la cabeza en señal de entender y dieron al joven una escoba para que fingiera hacer las tareas asignadas a cualquier novicio.

Así, escoba en mano, Pierre se fue acercando a las cuadras, los efectos del fuego iniciado por Francisco aún eran evidentes, mucha paja quemada y destrozos en las paredes de madera, era el saldo que había cobrado a la abadía, en lo que a sus instalaciones se refería, la llegada de Rodrigo. En el plano más importante que era el humano, había separado al Abad a Pierre y a Francisco, cosa que nunca pensaron pudiera lograr más que la muerte.

Pierre asomó su cabeza hacia el corredor que conducía a la habitación donde estaba recluido el Abad, mientras pensaba ¿De qué habrá enfermado?, la salud del Abad siempre había sido a prueba de males. Debía verlo cuanto antes para ayudarlo a salir de ese trance, aunque ahora que lo sabía enfermo sería una empresa más difícil de la que había imaginado. ¿Podría el Abad cabalgar? ¿Podría siquiera ponerse en pie? No tenía planes, solo lo acompañaba la urgente necesidad de ayudar a quien lo trató como a un hijo. Al mirar al fondo del corredor, Pierre vio a dos soldados hacer guardia frente a la habitación, eran guardas viejos, de cuerpos maltrechos por el paso del tiempo, seres que no tenían mayor ambición que retirarse un día y vivir una vida apacible en una granja, precisamente la vida que a Pierre le fuera arrebatada hacía apenas unas horas.

Pensó por un momento en como acercarse sin levantar sospechas, pronto una idea le llegó a la cabeza. La confesión, si está enfermo lo más probable es que necesite la confesión y nadie osaría negársela. Pierre entró a la primera habitación que encontró abierta y se puso un hábito, tomó el crucifijo que estaba sobre la pared y salió al pasillo. Su corazón palpitaba acelerado, se acercó a los guardas quienes comentaban la muerte del Rey. Al ver a Pierre, los guardas lo animaron a acercarse.

—¿Qué buscas hermano?

—He venido a confesar al Abad Antonio, me han dicho que está enfermo y necesita la comunión de Dios. Los guardas lo miraron sin particular atención, su vida alrededor de los monjes inquisidores los había asqueado de la religión y solo veían su labor como un

trabajo más, otra forma de ganar el sustento, pero en aspectos como la confesión y la comunión seguían teniendo profundo respeto. Solicitaron a Pierre acercarse a la puerta de la celda y este sumiso cumplió con la indicación. Tímidamente los guardas revisaron a Pierre, eran las órdenes a cumplir y aunque estos monjes les parecían más inofensivos que un niño, debían cumplirlas. Pierre no llevaba nada consigo, al revisarlo los guardas solo se encontraron con un gruñir de su estómago que se quejaba por el largo ayuno que estaba teniendo. Haciendo burlas del joven monje, le abrieron la puerta y lo conminaron a entrar.

—Tienes unos minutos con el prisionero, así que date prisa y esperemos que sus pecados no sean muchos, mañana al alba partiremos hacia Italia, donde será juzgado por la Inquisición. Que Dios se apiade de su alma.

Pierre se estremeció, sabía que los juicios de la Inquisición eran crueles y había tenido la oportunidad de ver al pobre Cornelius sucumbir ante las torturas de los Inquisidores Pietro y Bernardo. Debía salvar al Abad, tenía que hallar la forma de sacarlo de allí, pero primero debía investigar su estado de salud y su disposición a escapar.

Pierre entró en la habitación y halló a Antonio tendido en la cama, en la misma posición que había tomado desde su encuentro con Rafael. Despacio para no importunarlo el joven se arrodilló junto a la cama de su protector y pronunció las palabras del ritual de la confesión.

El Abad, de inmediato reconoció la voz del chico y abrió los ojos. Pierre pudo observar la mirada temerosa de Antonio y sabía que era no por el temor a lo que enfrentaba, sino por el peligro que enfrentaba Pierre por volver. El Abad sonrió al joven, y este devolvió la sonrisa.

—Pierre, ¿Qué haces aquí hijo mío? No debiste volver, el peligro para ti en esta abadía es enorme.

—Abad Antonio, usted es como mi padre no me pida que lo deje en este estado de enfermedad y peligro. El Abad bajando aún más la voz dijo a Pierre que su enfermedad fue solo un truco para darle la posibilidad a Rafael de buscar a su padre y enterarlo del peligro al que se enfrentaba su hijo. Pierre dio gracias a Dios, el Abad no estaba enfermo por lo que la huida sería menos complicada, aunque no por eso sencilla. Era preciso burlar la guardia, salir de la abadía, tomar un caballo de las cuadras y huir hacia un destino que Pierre no conocía.

—¿Abad Antonio, por qué está preso? ¿Acaso ha sido por defenderme de esos hombres?

—No Pierre, esa es tan solo una excusa infame, la verdadera causa es que piensan que conozco el paradero de las pertenencias de Rodrigo y que oculto a Francisco para que estas cosas no lleguen a manos de la Iglesia, al parecer Rodrigo traía consigo algunos documentos importantes que pueden poner en peligro a la misma Santa Sede y la misión de estos hombres es recuperarlos a toda costa. Ya esta tarea ha traído la muerte del pobre Cornelius, que aunque arrastraba un pasado de oscuridad, dudo mucho que fuera culpable como para merecer un castigo tan cruel, ni siquiera tuvo oportunidad como la tendré yo de defenderse ante un juicio de la inquisición.

—Abad, estoy confundido, porque irá usted a un juicio, usted no ha hecho mal, siempre ha sido un buen cristiano.

—Pierre, a los juicios de la inquisición han asistido muchas personas en calidad de

acusados, los más de ellas eran inocentes, al menos de los cargos que se le imputaban. La iglesia ha cometido errores y lo que pretendió ser un instrumento de defensa contra el mal, cayó por culpa de los hombres en un mal mayor que el que pretendía remediar.

—Pero Abad, la inquisición lleva cientos de años, ¿Cómo puede algo tan imperfecto mantenerse vigente en la Iglesia de Nuestro Señor?

—Es cierto Pierre, la historia de los tribunales de la Inquisición es larga, antes de que el clérigo alemán Martín Lutero desencadenara la Reforma protestante en 1517, algunos funcionarios eclesiásticos intentaron abordar el problema de la corrupción, indolencia y arrogancia de sacerdotes y monjes. Algunos cardenales y obispos trataron de expulsar a los clérigos de conducta impropia. Estos ensayos reformistas tuvieron poco éxito, excepto en España, país que, al enfrentar desafíos diferentes de los de gran parte de Europa, produjo una solución extremista.

—Los moros, que eran musulmanes, gobernaron España durante siglos. Los cristianos tomaron el último reino musulmán de la península en 1492, el mismo año en que Colón se hizo a la vela. Muchos judíos vivían también en España y como los moros eran más tolerantes que los cristianos europeos hacia los judíos, éstos preferían vivir en las regiones dominadas por los musulmanes.

—Al perder los moros el poder, judíos y musulmanes quedaron paralizados. Podían salir del país, convertirse al cristianismo o, posiblemente, ser asesinados. Muchos se convirtieron, pero eran cuando mucho cristianos tibios: odiaban a la Iglesia y a todo lo que simbolizaba, y practicaban en secreto sus religiones.

—Los cristianos españoles temían que estos cristianos nuevos se rebelaran si los moros de África del norte o los turcos musulmanes del oriente atacaban. Por su parte, la jerarquía eclesiástica temía que el resentimiento de los cristianos nuevos minara la autoridad de los sacerdotes.

—Para aliviar estas inquietudes, los monarcas españoles Fernando e Isabel pusieron en marcha la Inquisición española, campaña para detectar, exponer y castigar la herejía.

—La Inquisición ganó bien su reputación de minuciosidad, abominable crueldad e imparcialidad ya que nobles, religiosos y gente del común eran todos vulnerables.

—La Inquisición operaba en secreto, empleando informadores anónimos y efectuando arrestos nocturnos, y recurría al confinamiento solitario y a la tortura para arrancar las confesiones.

—La sentencia era pública y tenía lugar en una llamativa ceremonia llamada auto da fe, en la cual los prisioneros aparecían vestidos con una túnica especial denominada sambenito. Las penas iban desde multas y azotes hasta el trabajo forzado como remero en una galera y la muerte por el fuego.

—La institución era temible. Los marineros extranjeros tenían pavor de un arresto en España por piratería o contrabando, pues estaban seguros de que terminarían en manos de la Inquisición, y difundían historias sobre sus horrores.

—Simultáneamente, la Iglesia española se volvió más rigurosa. Sacerdotes y monjes indolentes y corruptos fueron expulsados. Así que cuando las ideas de la Reforma protestante llegaron a España, no encontraron tierra fértil. La Inquisición se encargó de

aquéllos pocos tentados por el protestantismo. Y sólo para asegurarse, mantuvo alejadas las ideas que consideraba peligrosas mediante la proscripción de libros y la prohibición, para los españoles, de estudiar en universidades extranjeras. El asunto funcionó y las ideas reformistas no encontraron eco en la península ibérica.

—Los inquisidores se establecían por un periodo definido de semanas o meses en alguna plaza central, desde donde promulgaban órdenes solicitando que todo culpable de herejía se presentara por propia iniciativa. Los inquisidores podían entablar pleito contra cualquier persona sospechosa. A quienes se presentaban por propia voluntad y confesaban su herejía, se les imponía penas menores que a los que había que juzgar y condenar. Se concedía un periodo de gracia de un mes más o menos para realizar esta confesión espontánea; el verdadero proceso comenzaba después.

—Si los inquisidores decidían procesar a una persona sospechosa de herejía, el prelado del sospechoso publicaba el requerimiento judicial. La policía inquisitorial buscaba a aquellos que se negaban a obedecer los requerimientos, y no se les concedía derecho de asilo. Los acusados recibían una declaración de cargos contra ellos. Durante algunos años se ocultó el nombre de los acusadores, pero afortunadamente el papa Bonifacio VIII abrogó esta práctica. Los acusados estaban obligados bajo juramento a responder de todos los cargos que existían contra ellos, convirtiéndose así en sus propios acusadores. El testimonio de dos testigos se consideraba por lo general prueba de culpabilidad.

—Los inquisidores contaban con una especie de consejo, formado por clérigos y laicos, para que les ayudaran a dictar un veredicto. Les estaba permitido encarcelar testigos sobre los que recayera la sospecha de que estaban mintiendo. En 1252 el papa Inocencio IV, bajo la influencia del renacimiento del Derecho Romano, autorizó la práctica de la tortura para extraer la verdad de los sospechosos. Hasta entonces este procedimiento había sido ajeno a la tradición.

—Los castigos y sentencias para los que confesaban o eran declarados culpables se pronunciaban al mismo tiempo en una ceremonia pública al final de todo el proceso. Era el sermo generalis o auto de fe. Los castigos podían consistir en una peregrinación, un suplicio público, una multa o cargar con una cruz. Para los que acusaban falsamente dos lengüetas de tela roja cosidas en el exterior de la ropa los señalaban. En los casos más graves las penas eran la confiscación de propiedades o el encarcelamiento. La pena más severa que los inquisidores podían imponer era la de prisión perpetua. De esta forma la entrega por los inquisidores de un reo a las autoridades civiles, equivalía a solicitar la ejecución de esa persona.

—Pero señor, interrumpió Pierre, quiere decir que está usted expuesto a una pena de muerte. No lo puedo creer, me niego a creer que nuestra iglesia sea capaz de esta atrocidad. No culpes a la Iglesia, Pierre, son los seres humanos los culpables de no saber ver el camino correcto y escribe la historia en renglones torcidos. Al menos al tener la oportunidad que se le negó a Cornelius, podré defenderme y aclarar mi posición.

—¿Cómo? ¿Pretende dejarse llevar a Italia a ser enjuiciado sabiéndose inocente? Hermano Antonio, eso no puede ser, debemos huir como huyó Francisco, no debe ir a Italia, no sabemos que puede esperarle allá y una vez en camino no tendremos ninguna posibilidad de escapar si fuera necesario.

—Pierre, no voy a escapar, además de hacerlo, ¿Adónde iría? Mi vida ha sido esta abadía, no hay lugar en el mundo en que pueda encontrar la paz, de no ser en las

paredes de este lugar. No me pidas que huya y me convierta en un fugitivo de la Iglesia que amo, prefiero quedarme y enfrentarme con la verdad a la inquisición y si es preciso morir que huir de la iglesia. Pierre observó la determinación del abad y supo que sería inútil intentar convencerlo. El abad Antonio era hombre prudente para tomar decisiones, pero una vez tomadas no daba el brazo a torcer. El joven se sintió desilusionado, no tenía un plan de escape, pero pensó que entre él y Antonio bien podrían fraguar uno.

Antonio miró a Pierre con los ojos de un padre orgulloso y dijo.

—Hijo mío, tú si debes escapar, busca a Theodore tu padre, él podrá ayudarte ahora que el mundo te ha dejado sin la protección de Francisco y mía. Francisco, ¿Dónde estará el hermano Francisco? ¿Por qué habrá huido? ¿Qué tenía que esconder alguien que toda la vida fue tan recto como él? Pierre se encogió de hombros, la conducta de Francisco era tan inexplicable para él como para el abad, ¿Francisco huyendo de la Iglesia? Definitivamente no era algo a considerar hasta estos días en que todo lo que creían cambió drásticamente. La llegada de Rodrigo había trastocado todos los planes de los tres hombres, planes que en el caso de Francisco y Antonio abarcaban hasta el final de sus días y en el caso de Pierre eran más ambiciosos, con la ambición propia de un adolescente.

—Hermano Antonio, me quedaré con usted el tiempo que pueda, trataré de acompañarlo hasta Italia y ver como sale libre. Hubiese deseado poder hacer más, pero su empeño en enfrentar el juicio de la Inquisición me llena tanto de orgullo como de temor.

—Lo se Pierre, solo ten cuidado y a la menor muestra de que te han reconocido huye, no quiero tener que preocuparme por tu seguridad, la mía está en las manos de Dios. Pierre se levantó al oír pasos en el corredor. Antonio le dio su bendición y le acomodó la capucha del hábito de manera que no se le viera la cara. A grandes zancadas llegaron hasta la habitación los guardas, acompañados por Pietro y Bernardo. Pierre sintió un escalofrío al ver sus rostros, la ira que se anidaba en su corazón se reflejaba con claridad en sus ojos. Pierre deseó lanzarse encima de ellos y molerlos a golpes, pero la situación era muy peligrosa. Apretó un puño bajo la manga de su hábito e hizo una reverencia a los inquisidores. Pietro fue el primero en hablar.

—Bien hermano ¿Ha acabado ya con la confesión?

—Si señor, dijo Pierre con voz calma.

—Entonces retírate que debemos hablar con el Abad. Antonio respiró aliviado de que no habían reconocido al muchacho. Pierre, salió con paso ceremonial de la habitación.

—Hermano, gritó el Abad, recuerda que Rafael ha salido buscando las medicinas para mi enfermedad, el hermano James podrá darte algunas referencias sobre donde se encuentra. No dudes en acudir a él, mañana he de partir hacia Italia con estos hermanos y no se cuanto tiempo estaré lejos. Suerte hermano, que Dios colme tu vida de felicidad.

El Abad terminó la frase y gruesas lágrimas escaparon de sus mejillas, las que se apresuró a limpiar para no levantar sospechas.

Pierre hizo la señal de la cruz a la distancia y caminó por el corredor. Debía buscar la forma de acompañar al abad en su viaje, no había tiempo que perder, cada minuto era valioso. Dudó por un instante sobre la posibilidad de ayudar al Abad en Italia, pero no tenía contactos, ni amigos a quienes pedirle ayuda y menos aún que la ayuda que

necesitaba significaba desafiar a los Inquisidores.

Pietro acercó una silla y se sentó frente al Abad. Antonio, dejó caer su cuerpo en la cama y fingió una mueca de dolor.

—Abad Antonio, hemos querido venir a darle una última oportunidad de enmendar su comportamiento, todo está listo para llevarlo ante la Inquisición Italiana, pero su historial merece el poder justificar su actuar.

—Señores, dijo Antonio con voz lastimera, ¿Podrían decirme al menos de qué se me acusa, de qué debo defenderme? He estado preso en mi propia abadía sin siquiera saber cual ha sido mi falta. ¿Acaso es por el golpe que le propiné? Porque si es por eso, he de admitir que actué mal, pero el momento justificaba mi actuar.

—No Antonio, terció Bernardo, la acusación contra usted es más delicada que el propinarle un golpe a un servidor de la Iglesia, es de hecho uno de los peores cargos, se le acusa de favorecer la huida de herejes que han querido dañar la imagen de la Iglesia de Dios, de ayudar a ocultar escritos blasfemos y utilizar las instalaciones de esta abadía para realizar ceremonias satánicas.

—¿Ceremonias satánicas?, repreguntó Antonio, no se de que hablan, nunca se han realizado ni yo permitiría que se llevasen a cabo tales ritos en mi abadía. Aquí solo se le ha dado cabida al estudio y traducción de obras que enaltecen los principios cristianos y no las impías alabanzas al maligno.

—Miente, gritó Bernardo, sabe bien que tanto usted como Francisco y el joven que ha ayudado a escapar, tienen pacto con Satanás y que juntos han socavado las raíces cristianas de este monasterio.

—Hermanos, les aseguro que están equivocados, no hay, ni ha habido en este monasterio tales ritos, ni hay culpa en mi o en mis hermanos de nada de lo que hablan.

—Hermano Antonio, dijo Pietro, no debo recordarle que la Inquisición tiene métodos para aflojar aún las lenguas más reticentes. Muchos son los que han hablado luego de explicarle los tormentos a los que se verían sujetos. No dudo de que usted hará lo mismo y pedirá perdón a Dios por sus actos. Hable ahora Antonio y le aseguro que encontrará benevolencia en nosotros, no lo haga y le aseguro pagará muy caro su osadía.

—Hermano Pietro, le reitero que no se nada de lo que buscan. Afrontaré el juicio con la seguridad de que la verdad está de mi lado. Mi señor me dará fuerza para convencer al tribunal de que esto no es más que un error de ustedes.

—Hermano, dijo Bernardo bajando un poco la voz, aquí no se trata de encontrar la verdad, dejémosle esa tarea a los filósofos, lo que buscamos es mucho más importante que la verdad, buscamos la preservación de la fe.

—Pues mi fe en Jesucristo me dice que soy inocente y que si debo afrontar este juicio, lo haré bajo su santo nombre, sin temor y sin orgullo.

—Bien Antonio, lamentamos escuchar esto, dijo Pietro, prepárese porque mañana después de los primeros oficios, partiremos a Italia y ya veremos allí si Dios está de su lado o del de la Santa Inquisición.

Antonio bajó su cabeza, no tenía caso disentir con estos hombres, su soberbia era tan grande que no escucharían razones, no abrió más su boca mientras los inquisidores se

encontraban en la celda, una vez se encontró solo, Antonio oró en voz baja y pidió por su seguridad, la de Francisco y especialmente la de Pierre.

Pietro y Bernardo se quedaron en las afueras de la celda de Antonio, habían perdido mucho tiempo tratando de sacar información a Antonio y al parecer este estaba dispuesto a morir por sus creencias.

—Hermano Bernardo, salgamos esta misma tarde hacia Italia, debemos informar al Cardenal Ambrossini sobre el fracaso de nuestra misión, es necesario reagruparnos para determinar que haremos en esta delicada situación y además asegurarnos de que el Abad Antonio no tenga oportunidad de echar por tierra todo nuestro trabajo de estos años.

Los hombres salieron hacia el puesto de guardia, donde dejaron instrucciones sobre el traslado que debía sufrir Antonio y como debían quedar atentos a la llegada de Rafael y Héctor, la información que éste hubiese logrado era la última posibilidad de dar con Francisco antes de enfrentar al Cardenal Ambrossini.

A la mañana siguiente, la comitiva se preparó para partir, algunos guardas habían acompañado a los inquisidores para asegurarles su llegada a Italia sanos y salvos, el resto debía custodiar al Abad Antonio a su cita con la Inquisición.

Antonio, no durmió durante la noche, su mente volaba de un pensamiento a otro, Francisco, Pierre, Rodrigo, Cornelius, Pietro y Bernardo fueron objeto de sus oraciones, a los primeros los encomendó a Dios, por Rodrigo y Cornelius rogó por el perdón de sus pecados y por los Inquisidores oró pidiendo a Dios que les diera la luz para saber que él era inocente. Al amanecer, dos guardas lo escoltaron hacia una carreta con su parte trasera dotada de una jaula. El Abad sería transportado como un hereje, como un criminal. Suspiró cansado y ascendió a la jaula. Los hermanos de la Abadía lloraban y rezaban y al paso de la carreta frente a ellos, hicieron la señal de la cruz.

—Dios te bendiga hermano Antonio, gritó un anciano monje cuando ya la carreta sobrepasaba las puertas de la abadía.

—Amen, dijo Antonio en voz baja.

Italia era en comparación con España bastante más flexible en materia religiosa, las condiciones de sus habitantes eran completamente diferentes a los habitantes de la península ibérica. Las retractaciones que debían realizar los pecadores acusados ante la inquisición se lograban con mayor facilidad; y en muchos casos se forzaba la disolución y el destierro de los protestantes sin violentos derramamientos de sangre; aunque de todas formas hubo quema de herejes a lo largo de toda Italia; nunca fue en la medida de los estados españoles.

En el caso de Milán, lugar al que sería llevado Antonio las ejecuciones se hacían por inmersión en la laguna, donde la víctima era llevada por dos góndolas.

El papa Pablo IV creó la Inquisición romana y fue también el autor de una norma importantísima relativa a las relaciones entre inquisidores y confesores:

Pablo IV estableció, en 1559, que la primera obligación de los confesores era preguntar a los penitentes si habían cometido delitos que fueran del interés de la Inquisición o si poseían información útil para los fines de ésta; en caso de que los penitentes se encontraran en alguna de estas dos condiciones, el confesor tenía que suspender la confesión y ordenarles que fueran a entrevistarse con el Inquisidor, so pena de

excomuni3n.

Esta regla transform3 radicalmente la pr3ctica de la confesi3n y la relaci3n entre confesi3n e inquisici3n. A partir de ese momento, ya no hubo s3lo obligaci3n de confesarse al menos una vez al a3o en Semana Santa, como se hab3a confirmado en el Concilio de Trento, sino que se vigil3 y se registr3 a los que no se confesaban porque as3 se hac3an sospechosos de ser secretamente herejes. De hecho, todos se sometieron al deber de confesarse, por convicci3n o por conveniencia; y cuando se confesaban, el sacerdote les hac3a primero la pregunta sobre los delitos de herej3a.

Al penitente que hab3a tenido convicciones her3ticas o hab3a le3do libros her3ticos, que conoc3a a herejes o ten3a sospechas de que alguno de sus conocidos lo fuera, ten3a dos 3nicas posibilidades: decir la verdad, convirti3ndose entonces en un testigo contra s3 mismo o contra otros, o bien mentir. Muchos mintieron, pero tambi3n muchos hablaron, dando as3 origen a los procesos de la inquisici3n. De este modo, la confesi3n anual de pecados se transform3 en un momento de toda la sociedad: siempre hab3a alguien que conoc3a alg3n dato de utilidad para dar con el hereje escondido, con el libro prohibido o simplemente con el sospechoso.

La marcha hacia Italia era pesada, m3s a3n para el Abad que con la carreta dando tumbos por el camino, sent3a que su pobre existencia no llegar3a hasta el juicio. Pierre segu3a cauteloso el cortejo y en cada pueblo que paraban intentaba darle 3nimos al Abad y aunque el viejo sent3a su pecho henchido de orgullo por el muchacho, mejor le habr3a sentado a su alma que el joven se hallara a salvo.

En los pueblos, las personas se abarrotaban para ver pasar a los que ser3an enjuiciados. Era un espect3culo p3blico ver a los que ser3an juzgados como herejes, brujas y hechiceros, parte del castigo que supon3a el juicio de la inquisici3n eran las burlas de quienes asist3an morbosamente a estos actos. El Abad hubo de sufrir el mismo escarnio de otros, maldiciones e insultos de los pobladores y en algunas ocasiones ser atacado con frutas y piedras.

Antonio, recostado sobre una de las paredes de la jaula, meditaba y se encomendaba a Dios, casi hab3a logrado ignorar a la gente, pero los ataques de proyectiles lo sacaban de su concentraci3n.

A los tres d3as de viaje, la caravana se detuvo en un pintoresco pueblo cerca de la frontera con Italia, all3 Pierre, como era su costumbre, se las ingeni3 para hablar con el Abad, para confortarlo. Se mezcl3 entre la gente y poco a poco se fue acercando, un solo guarda cuidaba del Abad y lo hac3a distra3damente por lo que no supon3a ning3n problema llegar hasta la jaula misma.

Al aproximarse, Pierre se detuvo en seco, una joven no mayor que 3l, se le hab3a adelantado y ofrec3a de beber al Abad. La chica era Italiana, probablemente de un pueblo fronterizo, sus cabellos negros ca3an casi hasta su cintura, enredados en dos trenzas gemelas. Sus ojos de un color aceituna contrastaban con su tez blanca. Era delgada, de largas piernas y cuello esbelto, denotaba una fragilidad que a Pierre se le antoj3 casi et3rea. Sus ropas eran pobres pero bien cuidadas, una larga falda ca3a hasta sus tobillos dejando al descubierto unas sandalias de cuero. Su blusa dejaba ver su torso y espalda sin pudores, pero tampoco rayaba en lo vulgar.

Pierre la vio levantarse y emprender la retirada, la sigui3 y a cien pasos de la jaula logr3 darle alcance, se acerc3 t3midamente y se present3:

—Buenas tardes se3orita.

—Buenas tardes joven, respondió la niña un poco sobresaltada por la sorpresa de que había sido objeto.

—Me llamo... dudó Pierre en dar su nombre, me llamo Jean Claude y soy amigo de este pobre hombre que se encuentra enjaulado sin razón ni culpa alguna.

—Mi nombre es Isabella Conti, no eres de aquí ¿verdad?

Pierre asintió con la cabeza, mientras miraba a la joven con absoluta admiración por su belleza. De delicadas facciones y labios carnosos Isabella recién había cumplido los dieciocho años. Era hija de un comerciante de vinos que pasaba gran parte del año viajando por los pueblos de Italia y Francia vendiendo su mercancía. Al inicio Isabella lo acompañaba, pero ahora convertida en toda una mujer y ante la muerte de su madre por la peste, se quedaba al cuidado de la casa.

Las largas ausencias del padre, habían hecho de Isabella una mujer de carácter, era capaz a pesar de la aparente fragilidad de su cuerpo, de llevar a cabo las labores de los hombres, al menos con igual propiedad que estos.

—Disculpa, he visto que hablabas con el prisionero ¿Acaso lo conoces?

—Si, al Abad Antonio lo conozco desde niña, cuando llegábamos a su abadía a dejar vinos, lo hacíamos mi padre y yo al menos tres veces al año. Siempre fue bueno conmigo y le estoy agradecida porque ayudó mucho a mi padre. Al enterarme que lo habían apresado y lo llevarían a Italia, me he prometido que lo acompañaría en su pena, ya que se que la acusación debe ser obra de...

Isabella se refrenó, recordó que no era prudente conversar tan abiertamente con un desconocido; los oídos de la inquisición eran agudos y selectivos y bien podría pagar caro algún desliz.

Pierre, completó su frase:

—Debe ser una obra del demonio, Isabella. Anda no te cortes que no soy un inquisidor y francamente esos tipos no son de mi agrado.

Isabella respiró aliviada, por un momento temió por su seguridad. La belleza en las mujeres era todo un riesgo, muchos hombres, comerciantes, monjes y soldados, habían tratado de sobrepasarse con ella, pero de carácter resuelto siempre había sabido salir de la incómoda situación.

—Si no eres de la Inquisición ¿Qué te trae por acá Jean Claude?

—Pues vengo acompañando al Abad Antonio, soy su protegido y ahora su protector.

—¿Acaso eres monje?

Pierre dudó y luego recordó que no se había ordenado, por lo que oficialmente no era un monje.

—No, no lo soy —y luego añadió— aún, pero lo seré algún día. Estoy estudiando fuerte.

Isabella adornó su rostro con una sonrisa pícaro que hizo temblar visiblemente a Pierre.

—¿Tiene usted frío Jean Claude? Porque de ser así, será necesario que busque un abrigo, pues por las noches refresca bastante la temperatura.

Pierre sonrió y negó que tuviese frío.

—No, no lo tengo, pero si he de buscar algún lugar donde pasar la noche, no tengo dinero y dudo de que en las cercanías haya alguna abadía o monasterio a quienes pedir su hospitalidad.

—No, no los hay. Pero junto a mi casa está el granero, si no te es molesto te puedes quedar a pasar la noche en el.

—Gracias Isabella eres tan amable como hermosa.

La joven se ruborizó un momento, pero luego se recompuso y sonrió al joven, quien no pudo evitar suspirar.

—Bueno Jean Claude, debo irme, mi casa está junto al almacén, puedes venir a buscarme por la noche para enseñarte el lugar.

Isabella, caminó por la estrecha calle ante la mirada fija de Pierre, que la acompañó con la vista hasta que se desapareció entre la gente que transitaba.

Pierre suspiró y recordó al Abad, dio media vuelta y se condujo a la carreta. Cuando llegó vio que el Abad ya no estaba en su jaula, por un momento abrigó la posibilidad de que hubiese escapado, pero al recorrer con la vista los alrededores lo vio sentado en una banca junto al guarda, se habían apiadado de él y lo dejaban estirar su maltrecho cuerpo.

Pierre se acercó al Abad y solicitando permiso al guarda que era el más caritativo de cuantos iban en la caravana, se sentó junto al Abad.

—Hermano ¿Se encuentra usted bien?

—Si hermano, respondió el Abad que recordó que decir el nombre del muchacho sería peligroso. Estoy mejor, la chica con quien hablabas me ha dado de beber y de comer y me ha confortado bastante. La conozco desde niña y tú también. ¿Recuerdas al viejo Gennaro, que nos llevaba el vino en aquella vieja carreta?

—Si hermano ahora lo recuerdo. ¿Quiere usted decir que Isabella es aquella niña revoltosa que corría por las cuadras persiguiendo a las gallinas?

—Si hermano, la misma niña que te lanzaba piedrecillas cuando hacías las penitencias en un rincón.

—Pero ¿Cómo?, ¿Cuándo?

—¿Cuándo se transformó en una mujer? Pues al mismo tiempo en que tú te convertiste en un hombre, de esos días hará casi una década.

—El tiempo ha volado hermano Antonio.

—Si Pierre en el caso de ustedes para convertirlos en hombres y mujeres menos dependientes y en el caso de los viejos como yo, arrancándonos la fuerza. Si esta situación la hubiese vivido hace un par de décadas, incluso de buena gana me enfrentaría a Pietro y Bernardo en una discusión en torno a la fe. Pero en estos días, cansado y viejo, solo puedo acudir a mi inmensa fe de que Dios me hará justicia.

Lo hará hermano Antonio, lo hará, decía Pierre que ahora que oía al Abad encomendarse a Dios, sentía que su fe decaía, que ya no era capaz de creer que

Jesucristo bajaría de su cruz y asistiría al Abad. Por el contrario el Abad sería subido a su cruz particular y todo por no saber donde estaba Francisco y no haber permitido que le apresaran a él.

El Abad Antonio reconoció la duda en la cara de Pierre y lo conminó a creer.

—Vamos muchacho, no dudes más, la mano de Dios hará justicia de una manera u otra, si me libera, para enviar un mensaje a todos los creyentes de que su justicia está por encima de la de los hombres y si me toca..., contuvo su voz, pues si me toca, moriré como un mártir más de la cristiandad y habré ganado el derecho a la resurrección.

—Abad Antonio, no piense en esas cosas, ya verá que lo arreglaremos todo.

Pierre bajo su cabeza y el Abad puso su mano sobre ella bendiciéndolo. Al acabar el rito, Pierre vio salir de la taberna a los guardas, que se dirigían hacia ellos, era momento de escabullirse y de que el Abad volviera a su cruel prisión.

Pierre caminó sin despertar sospechas por la misma calle que había llegado, fue tras de los pasos de Isabella. Aún no podía creer que aquella niña de negras trenzas se hubiese convertido en una mujer tan hermosa. Pierre por vez primera sentía la pasión varonil, en su vida había visto a pocas mujeres y todas ellas eran viejas y desaliñadas, Isabella era algo más que una mujer, era un ángel.

Temblando, llegó a la esquina de la calle y paseó su vista por el lugar, al fondo se veía el edificio del almacén, Isabella estaría justo al lado, según le había dicho. Caminó con paso decidido, de largas zancadas llegó hasta el almacén y buscó a Isabella en los alrededores. Pronto dio con ella, estaba en una venta de legumbres a media cuadra de allí, caminó hacia ella, que al verlo venir levantó su mano llamando su atención.

Pierre saludó de nuevo a Isabella, quien respondió con una sonrisa. Atento, tomó la cesta de vegetales y caminó junto a ella hasta su casa. No hablaban, Pierre recordaba las piedrecillas que le lanzaba esta chica e Isabella intentaba recordar de adonde se le hacia Jean Claude tan familiar.

Llegaron a la casa, Pierre entregó la cesta a Isabella y ésta la llevó dentro de la casa, pidiéndole a Pierre esperar a su regreso para mostrarle el granero.

En un par de minutos ambos jóvenes estaban juntos de nuevo, Isabella trenzó su brazo con el de Pierre y sonriéndole lo dirigió hasta el galerón que estaba a unos 30 pasos de allí. Pierre sentía la proximidad, el contacto con Isabella y una sensación extraña corría por su cuerpo, ya antes había sentido estas cosas mientras se duchaba y había oído hablar de la excitación como una de los anzuelos de Satanás para atrapar a los hombres. Trató de pensar en alguna otra cosa, recitó mentalmente los diez mandamientos en latín y luego en griego, pero el esfuerzo era inútil a cada paso, sus caderas rozaban las de Isabella y la tentación que sentía iba en aumento.

Llegaron al galerón y Pierre sintió un alivio al retirar Isabella su cuerpo del suyo. La joven abrió la puerta y la luz apenas tenue de la tarde iluminó el interior. El galpón era espacioso, muchas pacas de heno tiradas sobre el suelo le ofrecían a Pierre un lecho mullido, mucho mejor que el que había gozado las últimas dos noches.

—Jean Claude, dijo Isabella, perdona que te pregunte, pero tu rostro se me hace sumamente conocido, tengo la impresión de conocerte de antes. ¿No habías venido antes a este pueblo, comerciando tal vez?

—No dijo Pierre que ya estaba decidido a decirle la verdad, se de donde me conoces. Recuerdas la abadía de Antonio, donde tu padre y tú solían llevar el vino. Pues yo soy novicio de esa Abadía, de hecho soy el novicio al que tú de niña le tirabas piedras mientras hacía la penitencia y debía escuchar tus risas.

Isabella sonrió y recordando dijo:

—¿Pierre? Eres Pierre el novicio de rubios cabellos que visitábamos en la abadía. Ahora recuerdo, como pude olvidarme de ti, si eras, si eras...

—¿Si eras que?

—Si eras tan gracioso Pierre. Recuerdo como te lanzaba piedras y lanzaba agua fría en tu espalda, para lograr desconcentrarte de la oración y que lo hicieras un poquito en mi.

—Si recuerdo esa y mil torturas más Isabella. El Abad ha tenido que recordarme quien eras, es que estas tan cambiada, tan diferente, tan...

—Tan seria. Si ya no soy la niña revoltosa, pero no te confíes Pierre que ahora que se quien eres, he entrado en confianza.

La joven sonrió a Pierre, mostrándole sus dientes blancos y parejos. Pierre sintió una punzada en su abdomen y una corriente eléctrica le sacudió el cuerpo.

Isabella percibió que Pierre se cohibía y lo tomó de la mano, acercando su cabeza a la del joven, tendió sus labios y besó suave su mejilla. Pierre cerró los ojos y disfrutó el momento, la calidez de Isabella estaba operando un cambio en el novicio.

Capítulo IX: La prisión

El dolor y el miedo guiarán tus pasos, no mires atrás solo eres una pieza más con que se forma el destino.

DESPERTÉ con un enorme dolor de cabeza, traté de incorporarme pero todo me daba vueltas y tuve que volver a recostarme. Apreté los ojos con fuerza y volví a abrirlos tratando de ver donde me encontraba, al principio no reconocí el lugar aunque después me di cuenta que era una especie de enfermería. No recordaba nada y supuse que habría tenido algún accidente pero de repente, al tratar de levantar el brazo derecho, me di cuenta de que estaba esposado a la cama.

Todos los recuerdos volvieron a mi cabeza como una tromba: el cuerpo de Neón en el jardín, mi Esther cubierta de sangre en la cama, esos hombres que irrumpieron en mi casa... grité, grité con todas mis fuerzas. Era un alarido de dolor, como si miles de cuchillos se clavaran en mi cuerpo y me despedazaran. En ese momento y por primera vez fui consciente de todo lo que había pasado o al menos de lo que yo creía que había pasado.

Imaginé a mi esposa sola en casa encontrar el cuerpo de Neón, debió ser horrible para ella verlo en ese estado, tanto que no fue capaz de soportarlo y se quitó la vida.

Mil preguntas se agolpaban en mi cabeza, ¿Porqué la dejé sola? ¿Porqué no me llamó para haber acudido en su auxilio? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Dos enfermeros entraron, uno se quedó junto a la puerta y el otro se me acercó y me dijo que dejara de gritar o tendrían que ponerme otro calmante. Y añadió mirándome con odio, después de lo que has hecho no mereces mejor trato que el peor de las bestias.

Lo miré sin entender nada, ¿Qué había hecho yo para que dijera eso? Intenté incorporarme pero otra vez fui consciente de que estaba atado a la cama. Le pedí que me quitara eso del brazo pero con una sonrisa irónica me dijo que si pensaba irme de vacaciones no me preocupara que pronto tendría unas bien largas y merecidas. Le pregunté que quería decir con eso y sin mirarme siquiera me respondió que a los asesinos hay que darles un escarmiento y encerrarlos de por vida.

¡Asesinos!

La realidad me golpeó con fuerza, me culpaba de la muerte de mi esposa, ese hombre estaba loco y así se lo grité:

—Yo no he matado a mi esposa, sería incapaz de hacerle daño, la amaba más que a mi propia vida. Está loco si piensa que fui yo quien hizo semejante atrocidad.

Volvió a mirarme y empujándome en el hombro me obligó a tumbarme de nuevo diciendo:

—Todo el mundo sabe que tú la mataste, la policía te encontró allí, así que pierdes el tiempo diciéndote inocente, te pudrirás en la cárcel como todos los asesinos.

Volví a gritar con todas mis fuerzas:

—¡No la maté, no soy un asesino, yo la quería!

El otro enfermero se acercó un poco y le dijo a su compañero que dejara de hablar tanto, que eso era cosa de la policía no de enfermeros. Este asintió con la cabeza y procedió a darme una pastilla casi a la fuerza, después se dio media vuelta y ambos se marcharon dejándome de nuevo solo y además aterrorizado.

Mi cabeza era un torbellino, trataba de recordar todo lo que había pasado desde que llegué a casa intentado encontrar algo que demostrara mi inocencia, algún detalle que demostrara sin lugar a dudas que yo no le había hecho daño sino que ella se había suicidado.

De repente me di cuenta, si, mi esposa se había quitado la vida, pero yo no era inocente. Era culpable, si no la hubiera dejado sola eso no habría pasado. Tal vez yo no usé ese cuchillo pero era tan culpable como si lo hubiera hecho, prometí amarla y cuidarla cuando nos casamos y no lo había cumplido.

Esa certeza se me clavó en el alma como el más afilado de los cuchillos, directa o indirectamente era culpable de la muerte de Esther, ese enfermero tenía razón, debería pagar por eso toda mi vida.

Cerré los ojos con fuerza y pedí perdón a mi esposa mientras las lágrimas pugnaban por salir, pero no quería llorar, no tenía derecho a ese desahogo. Esther decía que cuando estaba mal y lloraba se le calmaba el alma, yo no quería que se me calmara, merecía sufrir por lo que había hecho.

Debí quedarme dormido bastante tiempo porque desperté cuando alguien me tocó el hombro y me decía que me levantara. Debía ser de noche. Porque a través del ventanal no se veía nada, solo había oscuridad. Giré la cabeza para ver quien me hablaba y vi dos policías con la mirada fija en mí. Uno de ellos tenía unas llaves en la mano y soltó las esposas mientras me decía:

¡Vamos, levántese de la cama, nos vamos!

Le pregunté que donde íbamos y me respondió que pronto lo sabría, así que mejor me quedaba tranquilo y callado. Obedecí y me levanté aunque tuve que volver a sentarme rápido, la cabeza me daba vueltas, estaba mareado. El otro policía se acercó y entre los dos me cogieron de los brazos para incorporarme. Me ayudaron a ponerme la camisa y la chaqueta y después de esperar un rato apareció uno de los enfermeros con varios papeles que según dijo era mi alta del centro.

Me llevaron a un coche de policía que estaba aparcado en la puerta del hospital, me metieron en la parte trasera de este, me volvieron a esposar a un anillo que tenía la puerta del auto y ellos se sentaron delante. Estaban separados de mi por una especie de reja y aunque uno de ellos miraba hacia atrás a menudo, no me dirigieron la palabra ni una vez en todo el trayecto, solo la primera vez cuando pregunté de nuevo donde íbamos, el que conducía me contestó que a un lugar donde estuviera bien controlado.

Ese lugar era la Prisión Provincial, apenas tomamos la carretera en dirección norte supe cual era nuestro destino. Seguía estando muy desconcertado, me culpaba por la muerte de Esther pero no imaginaba que pudieran encerrarme en la cárcel así sin más.

La prisión era un edificio enorme de dos plantas y estaba rodeado por un muro de piedra cubierto de musgo sobre el cual se elevaban unas alambradas de al menos tres metros, llenas de unas enormes púas. Imaginé que si alguien tratara de escapar escalando ese muro, lo cual era prácticamente imposible, quedaría allí atrapado y seguramente moriría clavado en ellas ya que tendrían por lo menos diez centímetros

aunque desde abajo era difícil saberlo con exactitud.

La seguridad era impresionante, tuvimos que pasar tres controles antes de entrar al edificio; yo miraba cada detalle con tanto miedo como curiosidad, tenía la impresión de estar viendo todo como si de una película se tratara. Entramos a un despacho en cuya puerta había una placa que decía Rafael Villalta, Director. Un hombre de unos cincuenta años, estaba sentado tras un escritorio de madera oscura, revisaba unos documentos y al entrar nosotros los apartó a un lado. Hizo un gesto para que nos acercáramos y uno de los agentes me empujo hacía delante.

Nos quedamos de pié frente a él, me miraba a los ojos muy serio, como tratando de adivinar mis pensamientos pero no nos invitó a sentarnos, nos mantuvo allí de pié durante unos largos minutos hasta que por fin me preguntó si sabía porque estaba allí. Le respondí con voz que apenas me salía del cuerpo que me habían detenido porque pensaban que yo había asesinado a mi esposa.

Se quedó pensativo durante unos segundos y volvió a preguntarme:

—¿Solo lo piensan? ¿Quiere decir que usted no la ha matado? Lo encontraron en la escena del crimen, sentado como si nada hubiera pasado y cuando la policía llegó, atacó usted a un agente al que provocó la rotura de una costilla. De todas formas será la justicia quien decida si es usted culpable o inocente. Está usted detenido hasta que se celebre el juicio y esta es mi cárcel, aquí deberá comportarse de forma ejemplar: cumplirá todas las normas del centro al pie de la letra, si me da un solo problema le haré la vida imposible el tiempo que esté aquí y le aseguro que tengo medios para hacérselo pasar muy mal, hasta el punto de desear la muerte antes que estar aquí un día mas.

Esas palabras eran una verdadera amenaza pero yo no era una persona violenta, nunca en mi vida había tenido problemas con nadie y así se lo dije:

—Señor, yo no he matado a mi esposa, la quería más que a nada en el mundo, no soy violento, soy una persona tranquila y nunca he tenido ningún tipo de problemas ni con otras personas ni con la justicia, ni siquiera una multa de tráfico. Tiene que creerme.

Estas palabras parecieron tranquilizarlo un poco porque esta vez me habló de una forma menos amenazante y me dijo:

—Eso lo dirá el juez cuando se celebre el juicio. Si es usted inocente lo dejarán libre y podrá volver a su casa, pero si lo declaran culpable creo que pasará aquí una larga temporada.

Apretó un botón que tenía en la mesa y a los pocos segundos un hombre alto y fuerte se presentó en el despacho. Le dio órdenes de llevarme al registro y después a mi celda, el funcionario rápidamente se me acercó y con un gesto me indicó la puerta. Lo acompañé por un largo pasillo hasta una ventanilla tras la cual un hombre mayor, de unos 60 años, leía un periódico. Al acercarnos levantó la vista y me sonrió diciendo:

—Bienvenido al hotel amigo, para empezar ya puede vaciar sus bolsillos y dejarme ver que lleva. Y no se preocupe, cuando se marche de aquí le devolveremos todas sus cosas, no tenemos intención de quedarnos con nada, este es un hotel de lujo con empleados honrados.

Tras decir esto soltó una carcajada estridente, demostrando que se sentía muy ufano por hacer un comentario tan gracioso. Yo no le encontraba la gracia, de hecho ese

personaje allí tras la ventanilla me resultó de lo más desagradable, me recordaba una hiena más que una persona. Al ver que no correspondía a su broma se puso serio y me instó con un gesto a vaciar mis bolsillos.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón y al sacarla fue cuando me di cuenta que lo tenía manchado de sangre, ni siquiera lo había visto hasta ese momento. Tenía sobre mí la sangre de mi esposa, de la única mujer que había amado en mi vida, sentía ganas de vomitar, de llorar, de gritar...

La voz del oficial me devolvió a la realidad:

—¡Vamos que no tenemos todo el día, date prisa y vacía los bolsillos de una vez!

Saqué todo lo que llevaba en los bolsillos y lo puse en la bandeja, el tipo de la ventanilla, un tal Manuel según lo llamó el oficial, lo metió todo en un sobre y después de ponerle unos números lo cerró y lo guardó en una taquilla. Me miró de arriba abajo y me dijo:

—Debes tener una M, tanto tiempo aquí me han hecho un experto, con solo mirar a una persona ya sé la talla que usa. Toma, coge todo esto que lo vas a necesitar.

Y diciendo eso empezó a poner ropa, zapatos y unas sábanas sobre el mostrador. Lo cogí todo y seguí al agente que me indicaba una puerta, era un vestuario con una ducha en la esquina. Me dijo que me quitara la ropa, me diera una ducha y me pusiera la que me habían dado, era el uniforme que llevaban los presos.

Hice lo que me dijo, bajo su atenta mirada y cuando terminé se acerco y registró a fondo la ropa que me había quitado pero no encontró nada.

Me llevó por un largo pasillo hasta una celda pequeña, solo había una litera en un lado y un pequeño baño al otro, compuesto por un lavamanos y un retrete bastantes viejos por cierto. Ni siquiera había un armario aunque tampoco lo iba a necesitar porque no tenía nada que guardar. Entramos a la celda y el oficial, haciendo un gesto con el brazo me dijo:

—Este será tu lugar mientras estés aquí, mantenlo limpio, solo saldrás a las horas de comer para ir al comedor con el resto de presos y una hora cada mañana al patio para que te dé el aire, trata de pasar desapercibido y no causar problemas. Hay una pequeña biblioteca, si te gusta leer, todos los días pasara alguien con la lista de libros disponibles, pide el que quieras y te lo traerán y no lo estropees o no tendrás ninguno más. Creo que eso es todo ¿Tienes alguna pregunta?

Negué con la cabeza, la única pregunta que se me ocurría estaba seguro que no me la iba a responder, solo quería saber cuanto tiempo estaría allí pero eso no dependía de él, así que preferí callarme. Como no dije nada salió de la celda y cerró la reja con un golpe seco que me erizó la piel, aun recuerdo ese sonido que me ha acompañado durante muchos años.

Me acerqué a la cama y me dispuse a colocar las sábanas, estaba cansado pero no era un cansancio físico solamente, era cansancio de cuerpo y alma. Sabía que difícilmente desaparecería por más horas que durmiera pero al menos tenía que intentarlo o me volvería loco. Una vez que la cama estuvo lista me fijé en la pequeña ventana que había sobre el retrete, no tendría mas de 30 centímetros de ancho pero tenía curiosidad por saber lo que se veía desde allí así que me subí al borde del retrete y me alcé hasta conseguir ver a través del hueco.

Para mi desánimo no se veía mas que el muro con la alambrada, ni siquiera una puerta o una ventana, solo un muro, eso es lo que me esperaba hasta que me juzgaran y vieran que no era un asesino, entonces podría volver a casa. Con ese convencimiento me tumbé en la cama y me quedé dormido.

Me despertó un sonido horrible, una especie de alarma que me hizo saltar de la cama asustado. Vi como la reja se abría de forma automática y salí al pasillo, al igual que yo, otras personas salieron de sus celdas y se dirigieron todos hacia el mismo lugar. No había visto las demás celdas ya que habíamos entrado por el lado contrario y la mía era la última del pasillo. Decidí que lo mejor era seguirlos y eso hice, al pasar junto a una de las celdas escuché a alguien decir:

—¡Eh tú, el nuevo!

Me giré y vi a un hombrecito de apenas metro y medio y bastante grueso, estaba sentado en la cama y me hacía gestos para que me acercara. Entré a la celda y le pregunté que quería, me respondió que él no quería nada, pero que yo tal vez necesitara algo y que si era así solo tenía que decírselo. No entendía de qué hablaba y así se lo hice saber, me respondió que ya lo sabría sin necesidad de explicaciones y que ahora debíamos ir al comedor. No volví a preguntar y me limité a seguirlo.

El comedor era un salón enorme, me fijé que cada hombre se dirigía hacia un lugar determinado y se sentaba, yo me quedé parado en la entrada hasta que un oficial me golpeó el hombro y me dijo si pensaba quedarme allí de pié todo el día. Le respondí que no sabía donde ponerme y me contestó que donde me dejaran sería un buen lugar. El hombrecito me hizo un gesto con el dedo y lo seguí hasta una de las mesas en que solo quedaba un lugar libre. Se acercó a un hombre enorme de raza negra y poniéndole la mano sobre el hombro le dijo que se levantara, él lo hizo sin decir nada, cogió su bandeja con la comida y se fue a una mesa del fondo. El hombrecito me sonrió y me dijo que me sentara allí a su lado porque ese era mi sitio desde ese día.

Después de la comida cada uno llevamos la bandeja a unos carritos que había junto a la pared y volvimos a nuestras celdas. El hombrecito seguía a mi lado todo el tiempo sin dejar de hablar sobre cada uno de los hombres del comedor, me contó porque estaban encerrados y cuantos años de condena tenía cada uno de ellos. Al llegar a la puerta de su celda me cogió del brazo y me dijo:

—Ahora eres mi amigo y todos lo saben, nadie te molestará si tú no los molestas a ellos, me llamo Matías y cuando necesites algo solo tienes que decírmelo, por algo de dinero te conseguiré lo que sea. Nos veremos a la hora del patio, quiero que conozcas a algunos colegas.

Le di las gracias y seguí hasta mi celda, apenas entré la reja se cerró tras de mí. Me senté en la cama y empecé de nuevo a recordar todo lo que había sucedido estos últimos días, por más que lo pensaba no encontraba sentido a nada. Si mi esposa había encontrado el cuerpo de Neón y estaba tan mal como para cometer esa locura ¿Porque su voz parecía tan tranquila cuando hablamos por teléfono? A no ser que lo encontrara después de mi llamada, en cuyo caso... De repente me di cuenta de algo, mi esposa no se había suicidado, eran demasiadas cosas sin sentido desde antes de dejarla.

La reacción de Neón, el que mi esposa no cogiera el teléfono y después pareciera estar bien, el intento de atropello que sufrí en la ciudad por el mismo auto que después me adelantó en la gasolinera, el chico que parecía seguirme y la muerte de mi esposa,

todo estaba relacionado, ahora estaba seguro. Pero ¿Quién y porqué? Mi esposa nunca había hecho daño a nadie ¿Quién podría querer matarla? Y yo tampoco creía tener enemigos.

Los pensamientos mas disparatados acudían a mi cabeza pero los iba desechando porque sabía que no eran verosímiles. La casa estaba en orden, si alguien hubiera entrado a robar habría revuelto todo buscando cosas de valor, pero ¿Quién iba a entrar a robar a una cabaña como la mía? Si nos conocía sabrían que no éramos ricos, mi sueldo no daba para mucho además había vecinos que estaban en mejor situación que nosotros.

De este torbellino de pensamientos me sacó el sonido de las rejas al abrirse, debía ser la hora del patio como había dicho Matías, me levanté y salí al pasillo siguiendo la dirección que llevaban los demás.

El patio era un recinto cuadrado bastante grande, con una cancha de fútbol a un lado y una pista para correr alrededor del mismo. En cada una de las esquinas había una especie de garita con un guarda armado que no quitaba la vista de los reclusos.

Apenas salí Matías me llamó y me pidió que me acercara, estaba acompañado por tres presos, uno de los cuales tenía el rostro deformado por grandes quemaduras y me miraba con curiosidad. Me acerqué y di los buenos días aunque nadie me respondió, parecía que la buena educación brillaba por su ausencia.

Matías fue nombrando uno tras uno a los presos y tras cada nombre me decía porque estaban encerrados y cuantos años le habían caído por ello, al llegar al que tenía la cara quemada dijo: Tomás, condenado por el asesinato de su mujer, su suegra y su cuñada, condenado a 30 años de cárcel, le quedan dieciocho por cumplir, es mi ayudante aquí dentro. Si quieres algo para el exterior, solo díselo, él tiene buenos contactos fuera, tanto para llevar algo a tus amigos como para tus enemigos, si tienes algo pendiente con alguien él se encargará de que se lo hagan pagar.

Di las gracias y le aseguré que no tenía nada fuera y que saldría en cuanto se celebrara el juicio, así que podría solucionarlo yo mismo si hubiera algo.

Se echaron todos a reír y Matías con voz condescendiente me dijo:

—Yo que tú no estarías tan seguro, aquí se sabe todo aunque no te lo creas y me parece que vas a pasar una larga temporada con nosotros. Dejaste pruebas más que suficientes para que te condenen.

Sus palabras me cayeron como balde de agua fría y respondí muy enojado que era inocente, que yo no la había matado. De nuevo sus carcajadas me agujonearon y dándome media vuelta me dirigí hacia dentro, pensando que en mi celda, al menos, estaría más tranquilo. Matías me llamó y a gritos me dijo que no lo tomara a mal, que las cosas había que tomarlas con calma. No le hice caso y traté de entrar a la celda pero uno de los vigilantes me dijo que era hora de patio y no se podía entrar hasta que no sonara la sirena.

Me senté en uno de los bancos que había junto a la pared y me distraje viendo a los internos jugar al fútbol. Un joven de unos 20 años se me acercó y me preguntó si podía sentarse conmigo, le dije que si y empezamos a hablar. Me contó lo que se decía de mí entre los presos, se daba por sentado que había matado a mi esposa y que sería condenado al menos a 25 años. Pensé que todos estaban locos, yo era inocente y no me iban a condenar....

¡Que equivocado estaba!

Unos días después se celebró el juicio, todas las pruebas me acusaban: estaba en la escena del crimen, las únicas huellas en el arma eran las mías, estaba manchado de sangre, atacé a uno de los policías y por si fuera poco mi cuñada testificó contra mí, contó que mi esposa sospechaba que le era infiel porque había encontrado una carta de una chica en la que además de todos sus datos y una foto, me daba las gracias por el cariño que demostraba a ella y al niño.

Escuchar eso me hundió, no solo fue la prueba que determinó mi condena, sino que moralmente me destrozó el corazón; mi esposa, el único amor de mi vida, había muerto creyendo que la traicionaba. Me condenaron a 25 años como ya me habían advertido algunos presos y acepté la condena con el pleno convencimiento de que la merecía.

Los días en prisión eran una rutina, no tenía problemas con nadie gracias a Matías, aunque a los pocos días de la condena empezó a pedirme dinero por cualquier cosa que necesitaba: cigarrillos, papel para escribir, lápices y otras parecidas, tuve que llamar por teléfono a un amigo y pedirle que vendiera mi auto para disponer de dinero; en ese lugar todo tenía un precio.

Llevaba una semana en la prisión después de ser condenado, cuando Jacobo, el joven, se me acercó en el patio y me dijo que por fin había capellán. Era un joven bastante educado con el que empezaba a hacer amistad y que me mantenía enterado de todo lo que pasaba en la cárcel. Me contó que el mismo día en que me condenaron, el capellán anterior se había sentido mal y había sido ingresado en un hospital donde murió sin que los médicos pudieran hacer nada por salvarlo. Habían estado esperando uno nuevo y hoy lo habían visto entrar al despacho del director. La noticia de su llegada me dejó bastante indiferente, nunca había sido muy religioso, de hecho mis visitas a la iglesia se limitaban a bodas y funerales y eso porque no podía evitarlo. Esther si era muy devota, gustaba de asistir a misa cada vez que le era posible pero yo nunca la acompañaba.

El sábado siguiente un oficial se presentó en mi celda y para mi sorpresa me dijo que lo acompañara porque el capellán quería verme. Lo acompañé hasta un despacho junto a la capilla, el capellán estaba sentado ante un escritorio mirando unos papeles. Apenas entramos me hizo un gesto para que me acercara a la vez que el oficial se marchaba cerrando la puerta tras de sí. Me ofreció asiento y me acercó una de las dos tazas de café que había sobre la mesa. Hacía tiempo que no disfrutaba de un café y ese olía delicioso así que lo acepté de inmediato.

Me explicó que tenía intención de conocer a todos los presos para ponerse al día de sus problemas y ayudarles en la medida de lo posible. Le respondí que yo no era practicante que apenas iba a la iglesia pero me dijo que tampoco era indispensable, que si no lo quería ver como sacerdote que lo viera como un amigo con el que podía hablar de cualquier cosa.

Me pareció una persona bastante agradable y lo cierto es que eso no abundaba en la cárcel, así que acepté su ofrecimiento y me dijo que cuando quisiera hablar con él no tenía más que decírselo al oficial que hubiera cerca y me acompañaría hasta su despacho.

Ese primer día apenas le hablé de mí, más bien fue él quien me contó cosas de su vida, me habló de su niñez en un pueblo muy pequeño del norte, de su madre que al igual que mi esposa, era muy devota, de su padre que era alcohólico y de cómo un día

se dio cuenta de que su vocación iba encaminada a ayudar a las personas y más en concreto como servidor de la Iglesia. Fue una charla muy amena, la primera de muchas en las que el padre Ramón iba ganándose poco a poco mi confianza y cariño.

Unos días después de llegar el capellán recibí la visita de mi abogado, quería hablarme sobre la apelación que habíamos solicitado. Las noticias como yo esperaba no eran buenas, la habían rechazado así que debería permanecer allí encerrado hasta que pudiera volver a solicitar otra dentro de un año. No por esperado fue menos duro escucharlo, le pregunté si había algo más que se pudiera hacer y me dijo que no, le pedí si me podía dejar el expediente del juicio y me respondió que si lo deseaba me dejaba el que tenía él que era una copia.

Durante varios días me dediqué a leer todo aunque la verdad es que había demasiadas cosas que no entendía. Para mi suerte había ingresado en la cárcel un conocido abogado, estaba condenado por falsificar documentos para una sociedad que se comentaba era muy peligrosa, según se decía el había accedido a ser el «cabeza de turco» a cambio de mucho dinero y que le consiguieran un trato especial dentro de la prisión. Estaba seguro de que era cierto porque veía la forma en que los guardias lo trataban y no era como al resto de los presos. Decidí que tenía que acercarme a él y tratar de entablar confianza, si era tan bueno como se comentaba podría ayudarme.

Lo difícil iba ser conseguir acercarme, no tenía trato con ningún preso, siempre estaba apartado y seguido de cerca por algún vigilante, suponía que para protegerlo.

Decidí observarlo, saber que hacía para averiguar cual era la mejor forma de llegar a él. Lo cierto es que no tuve que esforzarme mucho para hacerlo, los primeros días estuve pendiente de donde se colocaba para las comidas, de si era de los primeros o últimos a la hora de salir al patio, si había algún momento en que estuviera solo... lo iba a tener muy difícil, era muy precavido, parecía no quedarse solo en ningún momento. Sin embargo cuando empezaba a considerarlo una misión imposible pasó algo que iba a cambiar todo.

Había tenido unas molestias en el estómago y el médico del centro me había dado unas pastillas para tomar antes de las comidas, cuando salíamos de las duchas me di cuenta que no las tenía y recordé que las había dejado en el suelo junto a la toalla, había cogido esta pero las pastillas no, así que regresé por ellas. Había un guarda en la puerta por lo que supuse que el abogado, Andrés que así se llamaba, estaría dentro. Pensé que era una buena oportunidad para intentar un acercamiento, entré y fui mirando ducha por ducha, de pronto escuché unos gemidos en la última de todas, me acerqué con cuidado y escuché como alguien decía que su vida valía mucho dinero y que él estaba dispuesto a conseguirlo. Hablaba muy bajo por lo que no entendí lo siguiente que dijo, me asomé con cuidado y vi que el tipo que había hablado estaba de espaldas a la puerta y tenía un cuchillo en la mano. Andrés estaba encorvado y la boca le sangraba, aunque estaba de frente a la entrada no me había visto. El del cuchillo volvió a hablar y le dijo que de allí no iba a salir vivo, me di cuenta de que hablaba en serio, iba a acuchillarlo y de pronto pensé en Esther, en que no pude evitar su muerte pero si que iba a evitar esta.

Miré a mi alrededor tratando de encontrar algo para golpearlo pero no veía nada, de repente me fijé en que había una ducha rota, el trozo de hierro que había suelto era pequeño pero se me ocurrió que si lo ponía en el centro de la toalla y cogiendo esta de los extremos golpeaba con fuerza, podría hacerle bastante daño y tal vez soltaría el cuchillo. Así lo hice, sujeté los extremos con fuerza y me acerque despacio, Andrés me vio en ese momento y levantó la mirada a la vez que yo alzaba la toalla, el tipo se dio

cuenta que había alguien tras él y se giró justo en el momento en que yo descargaba el golpe.

Fue un golpe brutal, el tipo cayó al suelo con una enorme brecha en la cabeza mientras la sangre brotaba y le cubría todo el rostro. Me acerqué pálido y tembloroso pensando que lo había matado pero Andrés me dijo que no estaba muerto solo desmayado por el golpe y que sería mejor llamar al guarda que él explicaría lo que había pasado. Así lo hicimos y este nos dijo que nos marcháramos que él se ocuparía de todo.

Nos dirigimos al comedor mientras Andrés se limpiaba la sangre. Cuando entramos y me dirigí a mi lugar me pidió que me sentara a comer con él y acepté encantado, a pesar de que aun estaba temblando me di cuenta de que era la oportunidad que estaba esperando. Lo seguí y nos sentamos en un extremo del comedor, mientras los demás presos miraban con curiosidad.

No hablamos mucho ese día, me dio las gracias por mi ayuda y me preguntó porque estaba allí. Le dije que me habían acusado de la muerte de mi esposa pero que era inocente. Aproveché para decirle que tenía la transcripción del juicio y que la estudiaba para saber si podía descubrir algo porque estaba seguro que de alguna forma podría demostrar mi inocencia.

Me miró muy serio y me dijo que seguro que lo conseguía pero no se ofreció a ayudarme como yo esperaba. Terminé de comer y me levante muy desanimado pensando que era un desagradecido, le había salvado la vida y ni se había dignado ofrecerme su ayuda para revisar los documentos.

Cuando salía del comedor me crucé con el capellán y me preguntó como estaba, le respondí que muy desanimado y me preguntó si quería hablar un rato ante una taza de café, acepté rápidamente, necesitaba desahogarme y por descontado que la taza de café era un lujo que no iba a rechazar.

Le conté lo que había pasado, de mi deseo de que Andrés me ayudara y de cómo ni siquiera me había ofrecido leerlos. El padre Ramón me pidió que le hablara de mi esposa y nuestra vida en la cabaña. Le hablé de cómo era ella, de su cariño por Neón, de nuestros planes, de mi trabajo... De pronto me dijo que un lugar así era perfecto para buscar tesoros, ante mi sorpresa me contó que de pequeño le gustaba imaginar que buscaba tesoros y pasaba el día haciendo agujeros y midiendo el terreno como en las historias de piratas. Me eché a reír y le dije que no creía que hubiera muchos tesoros cerca de mi cabaña a lo que me respondió que nunca se sabe.

Sonó la alarma para salir al patio, me despedí dándole las gracias por el café y me marché. Al llegar junto al campo de fútbol se me acercó Andrés y me dijo que quería hablar conmigo que lo siguiera. Así lo hice y nos sentamos en uno de los bancos. Me contó que estaba allí condenado por estafa, la organización para la que trabajaba funcionaba como una organización mafiosa, con sus mismos métodos. El llevaba las cuentas y para blanquear el dinero había hecho muchos trámites ilegales, se había descubierto uno de ellos y la policía había investigado y descubierto toda la trama. La organización le había ofrecido declararse único culpable a cambio de una enorme cantidad de dinero, tan grande como para asegurar la vida de su mujer y sus dos hijas. El había aceptado con la condición de estar protegido en la cárcel pero no fiándose mucho había entregado a un amigo unos documentos que inculpaban a los dos miembros más importantes de la organización, con el encargo de que si algo le pasaba los llevara a la policía. En la organización estaban enterados pero también estaban seguros de que Andrés cumpliría su parte del trato y los documentos no saldrían a la

luz. Sin embargo había otra organización interesada en que los documentos se hicieran públicos, matando a Andrés se aseguraban la desarticulación de la competencia y les quedaba el campo libre para hacerse cargo de todos sus negocios.

El intento de asesinato que había sufrido le había hecho darse cuenta de que no había previsto todo, solo se había preocupado de estar a salvo de la organización para la que trabajaba pero no pensó que otra quisiera matarlo para apropiarse de todo.

Me explicó que me contaba esto porque necesitaba mi ayuda, estaba pensando en formar un grupo dentro de prisión para protegerse, pagaría a los presos por guardarle las espaldas, una especie de hermandad en que además de ofrecerles dinero pudieran ayudarse unos a otros y quería que yo fuera el primero en formar parte.

Le dije que yo no quería dinero pero que con gusto le ayudaría si él me ayudaba a mí. Le conté lo que deseaba, quería que viera los documentos de mi juicio para encontrar algo que no hubiera visto mi abogado.

Estrechamos nuestras manos y desde ese momento pasamos a ser una hermandad dentro de la prisión. Poco a poco fuimos formando un grupo de 20 presos que elegimos con cuidado, teniendo en cuenta sobre todo que fueran personas sin delitos de sangre y con un comportamiento bueno dentro de la cárcel, queríamos tener el beneplácito del director si esto llegaba a sus oídos. Sabíamos que la organización para la que había trabajado Andrés pagaba a ciertos guardas para que le guardaran las espaldas pero no estábamos seguros de si el director también participaba, así que mejor tenerlo de nuestro lado.

La llamamos La Hermandad Azul por el color de los uniformes de la cárcel y desde el principio tuvimos muy claro que no queríamos un grupo violento sino de personas con un nivel cultural medio-alto, queríamos aprender a defendernos no solo mediante la fuerza bruta, sino legalmente. Andrés sabía que el día que saliera de prisión no sería el fin de sus problemas sino el comienzo de otros y quería que el grupo siguiera vigente fuera de la cárcel también, después de pedirle ayuda con mi juicio pensó que sería buena idea aprender a defenderse en todos los aspectos.

Dentro del grupo de escogidos había, además de Andrés, otro abogado, un profesor, un enfermero, varios agentes de ventas y un arquitecto, era un grupo curioso teniendo en cuenta que éramos presos. Nos podríamos defender usando la cabeza pero dentro de una prisión eso no era suficiente, necesitábamos saber defendernos físicamente así que decidimos solicitar al director que nos permitiera dar clases de defensa personal.

No se como lo conseguimos, aun no me lo explico, aunque siempre he sospechado que el director de la prisión también era pagado por la organización pero el hecho es que en unas semanas teníamos un profesor de defensa personal para el grupo y que Andrés y Ricard, los dos abogados, nos explicaban los recovecos de la justicia y algunas argucias legales que se podían usar en los juicios.

Andrés y yo llevábamos unos meses en la cárcel y ya habíamos puesto en marcha la Hermandad Azul, un grupo de hombres más o menos preparados pero que iban a ser nuestro seguro de vida y en mi caso particular la única forma de librarme de males mayores, realmente en ese momento no sabía que tan importante sería para mí formar ese grupo.

Capítulo X: La logia

En la vida como en el ajedrez no importan las piezas que debas sacrificar, lo importante es ganar el juego.

RAFAEL buscaba la forma de librarse de Héctor, el guardia no parecía una mala persona, pero la tarea de proteger a Pierre buscando a su padre, era de vital importancia y no debía dar pie a que él hiciera presunciones de alguien que acababa de conocer. Esa noche en la taberna, debía perderlo antes de enfilarse al encuentro con Theodore, el collar que llevaba debía ser suficiente para que le creyeran sobre su interés legítimo en proteger a Pierre.

Rafael caminó hacia el pasillo y asomando apenas su cabeza buscó a Héctor con la vista. Lo vio sentado en la mesa tomando una jarra de cerveza y conversando amenamente con el tabernero y otros parroquianos que llegaron luego de su entrada. Evaluó la situación, mientras Héctor estuviese despierto no podría salir, no había más salida del local que la puerta principal, salvo que te lanzaras desde la ventana, pero los años y condición física de Rafael descartaban esta opción.

La noche caía y Héctor seguía bebiendo como si no le hiciese efecto la cerveza. Rafael comenzaba a desesperar de pensar que su tarea era urgente y esta resistencia al alcohol de Héctor estaba entorpeciéndola. Calculó la hora y debía ser cerca de media noche, la habitación de Héctor estaba justo al lado de la asignada a Rafael, así que era muy peligroso salir con el guardia despierto, era mejor esperar que durmiera y aprovechar al menos unas horas de ventaja.

Héctor súbitamente levantó la vista y pudo observar la calva cabeza de Rafael escondido en la segunda planta, Rafael rápidamente se recogió, pero tenía la duda de si Héctor lo había logrado ver.

El guardia bostezó con evidente cansancio y a grandes voces dijo al tabernero.

—Bueno, me retiro a descansar, mañana tendré un día largo y debo dormir al menos unas horas, el hermano Rafael ya debe estar profundamente dormido y a mi me vendría bien algo de descanso. Que duerman bien caballeros, ya nos veremos mañana.

Héctor comenzó a subir las gradas y Rafael se apresuró a volver a su habitación. Cuando Rafael escuchó que los pasos de Héctor se detenían justo en su puerta, fingió roncar y escuchó a Héctor hacer mofa del sueño pesado del monje. Esperó unos minutos y oyó las botas del guardia caer pesadamente al suelo, luego un pesado cuerpo caer sobre una cama dura y minutos después largos y sonoros ronquidos salían de la habitación contigua. Héctor esperó una media hora para que el sueño de su compañero de viaje se hiciera pesado, cuando creyó que era tiempo se levantó de la cama lentamente y recogió sus cosas que mantenía atadas. Revisó llevar el medallón y se encaminó a la puerta, antes de abrir volvió a aguzar el oído para corroborar que Héctor dormía. Lo escuchó roncar y decidido abrió la puerta, caminó sigiloso por el corredor, bajó las gradas y se dirigió al tabernero, pagó la cuenta y dejó una propina generosa.

—Esto es por tu silencio, buen hombre, nadie tiene que saber a que hora marché, si alguien pregunta diga que sigo durmiendo.

El tabernero contó el dinero y respondió que con esa propina se aseguraba que nadie lo viera en una semana.

Rafael, sonrió y partió apresurado, tomó el caballo y marchó a la búsqueda de Theodore.

Minutos más tarde, el tabernero informaba a Héctor sobre la partida de Rafael y el camino que había tomado, Héctor sonrió y lentamente se desahogó, dio unas monedas al tabernero, recogió sus cosas y con la calma que da el saber que nadie conocía esos caminos mejor que él, partió tras Rafael.

Theodore de la Vassieré, era un noble francés que toda su vida estuvo al servicio del rey. Era un caballero de las cruzadas, nacido a destiempo para vivir aquella época, pero todo su actuar y su porte era caballeresco, noble, leal, cristiano y respetuoso de la lucha en buena lid. Conoció a Rodrigo de la Goublaye cuando ambos estaban al servicio de Francisco I y habían entablado una amistad fundamentada en el respeto al saber de cada uno. Rodrigo encontró en Theodore a un crítico de su trabajo y pensamiento, pero nunca dudó de la buena fe del caballero, de igual forma Rodrigo discrepaba de la lealtad sin límites de Theodore y así se lo hacía saber sin que esto menguara el respeto que ambos se sentían. Las ideas vanguardistas de Theodore le habían valido no pocos enemigos en la corte, sus consejos a Francisco I solían ser tan atinados como sorprendivos y en muchas oportunidades a recomendación de Theodore, el Rey había tomado medidas que cercenaban los derechos de los nobles y de la Iglesia y ante la imposibilidad de emprender medidas contra el rey, Theodore se convertía en el pararrayos. En muchas ocasiones fue amenazado de muerte, pero Theodore no le daba crédito a estas amenazas, hasta que un día, un grupo de encapuchados había atentado contra la vida de su pequeño hijo y su madre. Theodore enfurecido buscó a los culpables y a pesar de ser muchos contra el sólo, logró darles muerte a tres de ellos. Sin embargo Theodore sabía que estos hombres solo eran enviados, mercenarios y asesinos contratados por alguien que disentía de su pensamiento y quería amedrentarlo o eliminarlo.

Temeroso por la seguridad de su hijo, lo llevó desde muy pequeño a la abadía de su amigo Antonio, donde sería educado y protegido por la Iglesia. La procedencia de su hijo, fruto de su amor por una cortesana, lo hacía particularmente vulnerable, pero estaba seguro de que apartarse de la vida pública y ocultar a su hijo hasta que el peligro pasara, sería la mejor opción en ese momento de revuelo por el fallecimiento del rey y el ascenso al trono de un nuevo soberano.

Rodrigo también había partido aunque con rumbo diferente, el monje estaba obsesionado por las excavaciones que se realizaban en Babilonia, para las cuales el mismo Theodore había intercedido ante el rey para que le dieran la protección y apertura de las arcas del reinado. Theodore estaba muy interesado en las investigaciones de Rodrigo a las que calificó de sorprendentes y merecedoras de ser publicadas aún y cuando el mismo Rodrigo le había indicado que podían de alguna manera afectar a la Iglesia, creando un cisma en la fe.

Theodore siempre se mantuvo al tanto de las investigaciones desarrolladas por su amigo y sus intenciones siempre fueron las de compartir el conocimiento obtenido con el común de la gente. Rodrigo por su parte, estaba más interesado en el saber por el saber mismo, por el orgullo que le daba ser el descubridor de elementos clarificadores de la historia y en esta oportunidad según decía en sus escritos, del futuro.

Por años, Rodrigo y Theodore en el autoexilio habían cruzado comunicación sobre las

actividades de cada uno. Theodore sabía bien que Rodrigo había encontrado y traducido importantes piezas del pasado que según decía revelaban con absoluta claridad lo que habría de suceder en el futuro de la humanidad, los aciertos sobre eventos comprendidos entre la fecha de los documentos y la actualidad, daban pie para creer que las profecías eran ciertas. Si los eventos que esperan en el futuro y que fueran revelados en estos documentos eran tan fieles como los aciertos del pasado, la humanidad y particularmente la iglesia vivirían épocas caóticas.

Rodrigo mantuvo informado a Theodore de sus hallazgos como una medida para garantizarse de que lo descubierto no fuera silenciado en caso de su muerte y además porque un importante grupo liderado por Theodore se había convertido en patrocinador de su búsqueda. En los últimos meses Rodrigo había empezado a temer por su vida y así se lo dejaba saber a Theodore en cada carta que le escribía. Theodore incluso le ofreció protección muchas veces, había logrado conformar una hermandad con caballeros españoles, turcos, franceses e italianos, todos ellos con un único norte que era la búsqueda de la verdad en la fe cristiana. Sin embargo Rodrigo siempre sospechó de quienes conformaban esta sociedad, en varias ocasiones dijo a Theodore que el comportamiento y la información que tenían le hacía dudar de sus fines, incluso en una actitud que a Theodore le pareció paranoica llegó a decirle que quienes deseaban matarlo pertenecían a su hermandad, lo que realmente lo enfureció al punto que perdió contacto con Rodrigo en los últimos meses.

La hermandad, estaba constituida por trece caballeros que conformaban su cabeza, además cada caballero tenía a su cargo al menos a tres iniciados, por lo que la hermandad superaba los cincuenta miembros. Los principios éticos de la hermandad estaban fundamentados en los pilares Dios, Patria, Hermandad y se reunían secretamente en las afueras de Francia. El grupo de los trece, se reunía cada mes y el de los cincuenta dos veces por año. La condición económica de los afiliados la había constituido no solo en una entidad poderosa por lo que conocía, sino que económicamente se daban el lujo de hacer empréstitos a los estados, lo que los hacía poderosos políticamente.

La junta de los trece era presidida por el caballero de mayor tiempo en la logia, que desde su fundación era Theodore, lo seguían por su orden Jean de Menorval, Luke Remí y Paul Rivery, todos ellos franceses, los españoles Juan Castellón, Pedro Insulsa, Agustín Pizarro, los italianos Renato Bochini, Renzo di Agostini, Abraham Palavicini y Alexandro Cannavaro, finalmente estaba el turco Ilker Osdemir, quien se les había unido hace apenas un año y a quien se le había dado el honor de conformar el consejo, gracias a sus aportes al saber y económicos.

Ilker Osdemir, fue presentado por Renato Bochini y Renzo de Agostini, quienes lograron convencer a los españoles y a Jean de Menorval de su admisión. La decisión había sido tomada luego de numerosos empates de seis unidades cada bando, finalmente Luke Remí aceptó la incorporación para poner fin a la disputa, lo que provocó la indignación de los franceses. Theodore tuvo que intervenir para aplacar los ánimos y poner paz en el ambiente, la decisión había sido tomada y como siempre habían hecho, respetarían lo dictado por las mayorías.

La hermandad buscaba la verdad y quería que la misma fuera pública, del conocimiento de las masas, para que estas pudieran tomar sus decisiones, siempre abogaron por develar los secretos en los campos políticos y económicos, pero ante todo el religioso, donde después de una época oscura, era necesario llevar la luz a los creyentes. Muchos documentos que hablaban de elecciones papales amañadas, de venta de condiciones de cardenales para el enriquecimiento de unos cuantos y la

existencia de documentos de las épocas iniciales del cristianismo, habían sido algunas de las luchas por hacer públicas las cosas que la hermandad había ganado.

Ahora, estaba abocada al estudio de algunos pergaminos hallados en excavaciones cerca del Mar Muerto, que habían comprado a vendedores en el mercado negro. Cantidades importantes de dinero habían sido invertidas, pero la información obtenida sobre la vida de algunos apóstoles y mártires y su vida habitual, bien valían la pena.

—Caballeros, decía Theodore, abrimos así la sesión de este mes para daros informe de lo acontecido desde nuestra última reunión.

—Estimado Theodore, interrumpió Ilker, creo la hermandad está más interesada en saber sobre los avances en la investigación realizada por el Monje Rodrigo de la Goublaye, de la que hemos sido patrocinadores. ¿Tiene usted más información? Porque le juro que nos han llegado informes de que el buen Rodrigo halló unos pergaminos que son realmente interesantes y de información valiosa para la cristiandad. Este tema me parece a mí y a mis colegas españoles, es de vital importancia, incluso más que los detalles de la vida del mártir Esteban.

La sala se inundó de voces de aprobación y desaprobación. Theodore desconocía que la información del hallazgo hubiese trascendido y recordó que Rodrigo le comentaba en sus cartas que su actividad había dejado de ser incógnita y que estaba seguro sus pasos eran seguidos. Dudó por un momento sobre el comunicado que debía hacer, pero entendió que si Rodrigo estaba en peligro, necesitaría de toda la hermandad para protegerlo a él y al secreto que ocultaba.

—Señores, he de informarles que efectivamente nuestro amigo Rodrigo de Goublaye, hasta hace unos años miembro de nuestra hermandad, ha realizado importantes descubrimientos en Nínive, gracias a su tenaz empeño y en cierta parte por la colaboración económica que le hemos a dado. Ha encontrado importantes pergaminos datados del 500 antes de Nuestro Señor. Lamentablemente, he perdido contacto con él desde hace unos meses y aún no se los resultados de su traducción e interpretación.

Nuevos comentarios a voces inundaron el salón, dentro de todas las voces confusas destacaba la de Ilker, tanto por su acento como por la forma de hablar arrastrando las eses.

—Señores, creo que es conveniente que enviemos un emisario hasta Rodrigo, alguien que tenga los conocimientos necesarios para que pueda entender y comunicarnos de que se trata este hallazgo.

—Ya he pensado en eso mi estimado Ilker, de hecho dos caballeros franceses han partido esta mañana con mis órdenes expresas de traernos la información y de ser posible escoltar a Rodrigo de manera segura hasta esta sala.

—Muy bien mi señor de la Vassieré siempre tan oportuno como acertado. ¿Pero ha hablado usted de la seguridad de Rodrigo?, ¿Acaso corre el hermano algún peligro?

—No lo se exactamente Ilker, Rodrigo ha mostrado últimamente muchos temores que me temo sean atribuibles a su estado anímico más que a amenazas reales. En todo caso los caballeros franceses van acompañados por diez soldados de paga que les hemos dispuesto por si acaso fuera necesario.

—Otra vez mis respetos amigo Theodore, su buen juicio ya no es sorpresa para nosotros.

—Bien caballeros, lamento decirles que esto es todo lo que se al respecto, desearía poder darles información más fresca y profunda sobre un tema de tanto interés, pero no dispongo de ella.

—Mi señor Theodore ¿Conoce algo de la naturaleza de lo encontrado? Interrumpió Luke Remí.

—No amigo Remí, lamentablemente Rodrigo ha sido muy parco en sus comentarios, ha guardado un hermetismo más allá de lo que ameritaba su conocida discreción.

—Interesante —dijo Remí, muy interesante.

—Señores, pueden estar seguros de que el dinero invertido en financiar a Rodrigo de la Goublaye será efectivo a nuestra causa, yo doy fe de la honorabilidad y capacidad de Rodrigo.

—Mi querido Theodore, dijo Ilker, eso no está en duda, sabemos de tu prudencia y capacidad para separar la basura del trigo, nuestro dinero sin duda, no podía estar mejor invertido.

—Gracias señores, daré cuenta a ustedes de cada avance importante que se logre y en cuanto vuelvan los emisarios con Rodrigo, estaremos convocando a una reunión de nuestra hermandad.

—No podíamos esperar menos de ti Theodore, reconocemos tu liderazgo y buen juicio, dijo la voz arrastrando las eses.

—Señores, si no hay más, los invito a que disfrutemos de la hospitalidad de este pueblo. Los caballeros se dispersaron en busca de diversión, Ilker y Remí conversaban en voz baja ocultos en las sombras, cuando los sorprendió la presencia un monje sudoroso y con muestras de agotamiento.

—Caballeros, soy el hermano Rafael y he sido enviado a este pueblo para hablar con el Señor Theodore de la Vassieré ¿Podrían indicarme su paradero?

La cara del monje denotaba cansancio y preocupación. Ilker se ofreció amablemente a llevarlo a la presencia de Theodore. Caminaron hasta la sala donde acababa de terminar la reunión y Theodore aún se hallaba allí charlando con Renato Bochini, al ver a Rafael su semblante palideció, lo había reconocido como monje de la abadía donde se hallaba Pierre y por un momento pensó en lo peor.

Rafael se acercó a él y sacando el medallón de piedra azul que sería su carta de presentación se apresuró a decir.

—Oh señor Theodore, gracias a Dios logro dar con usted, tengo información muy importante de la abadía, que espero sea de su utilidad y a la vez pueda ayudar a nuestro hermano Antonio y a Pierre su hijo.

—¿Le ha pasado algo a Pierre? Vamos habla, hermano.

Rafael, angustiado comenzó apresurado a hablar de la inquisición, de Rodrigo, de Pierre y del abad Antonio en una mezcla sin sentido. Theodore lo animó a calmarse y le acercó un asiento y algo de beber. Rafael tomó un poco de vino, aclaró su mente y su garganta y comenzó el relato.

—Mi señor, hace unos días llegó a nuestro monasterio un hombre agonizante, su

nombre era Rodrigo de la Goublaye.

Al oír el nombre los tres hombres prestaron mayor atención, y animaron a Rafael a hablar.

El monje con voz cansada, relató lo acontecido en la abadía, la llegada y muerte de Rodrigo, los problemas del abad y Pierre y la llegada de los Inquisidores.

—Recuerdas el nombre de los inquisidores —cuestionó Ilker.

—Si señor, son Pietro Luciani y un monje de nombre Bernardo cuyo apellido no recuerdo.

—Pietro Luciani, recalcó Ilker, con que el brazo fuerte de la inquisición ha estado en tu abadía, buen hombre. Decidnos que buscaban los inquisidores, ¿A quien han asesinado esta vez?

—Pues cuando salí habían enjuiciado al hermano Cornelius a quien mataron con la técnica del empalamiento. El abad Antonio ha sido hecho prisionero y Pierre, su hijo señor, dijo dirigiéndose a Theodore.

—¿Qué ha pasado con Pierre?

—Pues que el joven ha debido huir de los inquisidores, quienes buscaban información del hermano Francisco.

—Y ¿Quién es Francisco? Interrumpió impaciente Ilker.

—Conozco bien a Francisco dijo Theodore, es el traductor de la abadía. ¿Qué ha pasado con él?

—Pues que los inquisidores sospechan que sabe del paradero de las pertenencias de Rodrigo y ahora lo persiguen. El Abad Antonio ha impedido que lo interrogaran, Pierre ha escapado en busca de Francisco y el Abad ha sido hecho prisionero.

¿Y sabes porque es Francisco importante para la inquisición? Interrumpió Ilker.

—Pues algo escuché al ser interrogado, sobre las pertenencias de Rodrigo y unos documentos que debían estar en su poder.

Ilker y Theodore se miraron a los ojos, si aquellos documentos llegaban a manos de los inquisidores, de seguro los destruirían, perdiendo así la humanidad una fuente de información importante.

Debían localizar los documentos, debían buscar a Francisco y liberar al Abad, pero ante todo pensaba Theodore, debo localizar a Pierre antes de que sea demasiado tarde.

Rápidamente, mandaron a traer a los miembros de la hermandad, era preciso actuar de inmediato, y contrario a la cautela que los caracterizaba, no había lugar para sesiones de meditación y análisis de la problemática.

Theodore enteró a todos de las nuevas noticias y sugirió enviar a miembros de la hermandad a resolver los problemas presentados en la abadía, las tareas dijo Theodore serán recuperar los documentos que están en poder de Francisco, liberar al Abad y en su caso particular un asunto personal pendiente de atender.

—Señores, propongo que en esta cruzada participemos miembros del consejo, yo me ofrezco como primer voluntario, dijo Theodore.

—Permítanme señores que yo acompañe en esta causa a nuestro Principal, quiero ser de utilidad y no podría quedarme a la espera de noticias, dijo Ilker, arrastrando las eses.

—Pues señores si les parece dijo Renzo di Agostini, yo seré el tercer pilar de esta aventura que emprenderemos y si se nos une un español, pues tendremos representación de cada región, lo cual será muy útil si debemos atravesar fronteras.

—Pues entonces cuenten conmigo —dijo Agustín Pizarro— preparémonos para partir y que Dios guíe nuestros pasos como guió a los cruzados en la recuperación del Santo Grial.

Los cuatro hombres dieron órdenes de preparar sus aditamentos de viaje, se embarcarían en una empresa que no sabían ni destino, ni tiempo de duración, ni siquiera tenían noción, salvo Theodore, de cual era el objetivo preciso.

—Theodore, volviéndose hacia Rafael le dijo, anda hermano, descansa y come bien, nosotros partiremos hacia la abadía y los servicios requeridos a tu persona ya han sido cumplidos.

—Rafael suspiró aliviado de que su presencia en el grupo no fuera necesaria, estaba realmente cansado y ya no tenía el vigor de aquellos caballeros. Lo mejor para él y para la empresa de rescatar al Abad Antonio y a Pierre era que él se quedara durmiendo y estaba dispuesto a hacerlo.

Caminó lentamente hacia un hostel cercano, le dolía todo el cuerpo y tenía la sensación de haber envejecido muchos años en la última semana. Al pasar por un callejón oscuro, Rafael sintió como lo tiraban del hábito y lo hacían caer pesadamente al suelo, asustado como nunca en su vida levantó su vista y vio a Héctor, que lo miraba ennegrecido por la furia.

—Vamos Rafael, ya no juegues conmigo, dime ¿Dónde está Francisco?

—¿Francisco?, repitió Rafael con un hilo de voz. No se de que hablas, yo no se donde está Francisco.

—Pues es claro que no has venido buscando hojas para tus pociones. Anda dime de una vez ¿Qué hemos venido a hacer a este pueblo?

Rafael intentó desviar la atención haciéndose el que ignoraba todo, pero Héctor le propinó una bofetada en la cara. No era el Héctor que había conocido durante el viaje, se había transformado, era un soldado brutal capaz de matarlo si no obtenía la información que precisaba. Héctor levantó la mano en señal de que volvería a golpear a Rafael, pero el monje soltó a llorar y se aferró a la mano del soldado.

Héctor lo conminó a hablar, su voz era estruendosa, aterrorizadora para un monje acostumbrado a la quietud y mansedumbre de los hermanos de la abadía. Intentó una vez más eludir la respuesta pero se dio cuenta de que era inútil, terminaría dando la información y con los huesos rotos. Ser un héroe no era su estilo de vida. Su labor de encontrar a Theodore y alertarlo había sido cumplida, ya era hora de que alguien más asumiera la responsabilidad.

—Bien hermano, hablaré, le diré todo lo que sé, solo déjeme tomar un poco de aire.

Rafael contó a Héctor todo lo que sabía, la relación de Theodore y Pierre fue lo único que se guardó para sí, habló de la fingida enfermedad del Abad, de la misión de localizar a Theodore y darle cuenta de lo que sucedía en la abadía y de la partida de los cuatro caballeros hacia el monasterio para rescatar al Abad.

Héctor quiso saber más de aquellos caballeros, pero entendió que Rafael no podría darle más información, el monje no sabía más que él de aquellos hombres. Comprendió que no podía dejar a Rafael libre y aunque sentía pena por el monje, lo amarró de pies y manos y lo dejó en el fondo de la callejuela.

Héctor sabía que había descubierto algo importante, pero aún no sabía que, necesitaba investigar más, Pietro y Bernardo eran particularmente generosos con quienes les servían bien, así que esta era la oportunidad de su vida de ganar algún dinero extra. Caminó por el pueblo en busca de alguien que pudiera darle información sobre los caballeros que habían partido, pronto dio con Abraham Palavicini, el caballero Italiano. Estaba bebiendo en la taberna, Héctor se le acercó y entabló conversación con él, trataba de encauzar la conversación hacia lo que había traído al caballero al pueblo, pero Abraham no soltaba prenda, ni siquiera el vino que había tomado en cantidad le aflojaba la lengua. Al cabo de unas horas, Palavicini se despidió de Héctor, sin haberle dicho nada. Un poco ebrio caminó tambaleándose hasta la puerta de la taberna y se enrumbó hacia el hostel, Héctor pago su cuenta y lo siguió sigiloso. Cuando se percató de que nadie los veía, golpeó a Abraham con la empuñadura de su espada y lo metió a su propio cuarto, lo amarró fuerte y puso una mordaza en su boca, necesitaba sacarle la información a como diera lugar, de eso dependía el éxito de su misión, de eso dependía su recompensa.

Abraham despertó con dolor de cabeza, producto del golpe y de la resaca por el vino. Su cabeza le daba vueltas y tardó en darse cuenta que estaba amarrado y amordazado, cuando logró enfocar su vista, vio a Héctor sentado a unos pasos de él, lucía impaciente.

—¿Quién es usted? ¿Por qué estoy atado? Suélteme o pagará caro...

—Calla, no estás en posición de dar órdenes ni proferir amenazas. Tienes información que necesito, así que empieza a hablar. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué secta del mal conforman para que actúen así en la clandestinidad? ¿Quién es su líder? ¿Qué se proponen al querer liberar al Abad Antonio?

—No se de que hablas y aunque lo supiera no te diría nada infeliz. Suéltame ya. Héctor abofeteó a Abraham, la boca del italiano comenzó a manar sangre, su labio inferior se había partido. Abraham saboreo su sangre y sonrió.

—¿De verdad crees que me sacarás alguna información golpeándome? Que estúpido eres.

—Pues si crees que golpearte es el tormento que te espera estás muy equivocado, tengo aquí conmigo algunos juguetes que he aprendido a usar con la inquisición, en los cuales soy un experto en su uso.

Héctor sacó unos alfileres largos y puntiagudos, los contó y eran diez, el número exacto que necesitaba.

—Te aseguro que antes de llegar a la mitad me rogarás que te deje decirme todo lo que sabes.

—Haz lo que quieras mal nacido de mi no sacarás nada.

—Eso ya lo veremos en unos minutos. No tengo tiempo para divertirme contigo, así que empezaré el juego de inmediato. Por última vez, ¿Vas a hablar ahora, o la harás cuando el tormento sea inaguantable?

—Te he dicho que no hablaré maldito, no se nada de lo que me has preguntado y...

Las palabras de Abraham se cortaron, Héctor tomó la mano amarrada del italiano e introdujo uno de los alfileres entre la uña y la carne y con un certero movimiento vertical separó de cuajo la uña del dedo, tras de lo cual siguió penetrando por la carne hasta llegar a la primera falange. Abraham se estremeció de dolor, apretó sus dientes y maldijo a Héctor, su valor era innegable, pero el tormento al que lo sometía el guardia no tardaría en dar resultados. Nuevos dedos fueron sometidos al castigo, Abraham intentaba librarse de la mordaza para gritar pero era inútil, Héctor continuaba el martirio.

Por un instante Abraham se calmó y Héctor lo liberó de la mordaza, permitiéndole nuevamente hablar.

—No sacarás nada de mí. Estoy dispuesto a morir por la causa, he hecho el juramento de que aunque me cueste la vida, no revelaré los secretos de la logia.

—¿Matarte? No ilustre caballero, estoy seguro de que amenazar con matarte no sería algo que te hiciera hablar, pero hay cosas peores que la muerte, de eso puedes estar seguro, he visto docenas de hombres valerosos suplicar la muerte cuando se han enfrentado a los métodos de castigo usados por la inquisición. Si así lo quieres, hoy tendrás una muestra de que tan persuasivos podemos ser.

Abraham, estaba agotado, las sogas apretaban sus muñecas y sabía que era imposible librarse de los tormentos a que quisiera someterlo Héctor. Vio al guardia sacar más instrumentos de tortura y acomodarlos lentamente sobre la cama. Uno a uno le fue describiendo los usos que se le daba a cada aparato, cada uno más cruel que el anterior.

Abraham se comenzó a desmoronar, ahora Héctor sabía que obtener la información era cuestión de tiempo.

Unas horas más tarde, Héctor partía rumbo a encontrarse con Pietro Luciani y Bernardo, si todo salía bien, sus días de guardia miserable habían llegado a su fin, la información que llevaba era realmente valiosa, solo lamentaba que Palavicini hubiese sido tan determinado a mantener el secreto, había perdido horas valiosas torturándolo, para que el final del caballero fuese el mismo, a esa hora, pensó Héctor, ya las rapiñas deben haber dado cuenta de su cuerpo.

Héctor realmente conocía la zona y todas sus veredas, los caminos más cortos elegidos y la sed de llevar la información a sus jefes lo hacía volar por la campiña francesa. En menos tiempo del que suponía se halló en presencia de los inquisidores quienes estaban reunidos con el Cardenal Ambrossini. Al saber de la presencia de Héctor, los tres hombres se alegraron visiblemente, una nueva posibilidad de dar con Francisco se abrió ante su vista. Lo hicieron pasar de inmediato.

Héctor se arrodilló ante los jefes de la Iglesia y esperó respetuoso ser invitado a levantarse. El cardenal Ambrossini lo puso de pie y pasaron a una estancia más privada.

—Y bien ¿Qué noticias nos traes de Francisco? Interrogó Pietro.

—Señor, del monje Francisco no he podido hallar información alguna, parece que se lo ha tragado la tierra.

—Pues bien, tanto esperarte y tu prisa en hablar con nosotros, nos animaba a noticias más halagüeñas.

—Si señor Luciani, no traigo noticias de la tarea que me encomendó. El monje Rafael no me condujo al prófugo Francisco, pero en su lugar, estoy seguro que la información que traigo será de sumo valor para ustedes.

—Habla entonces, Héctor, ¿Qué información nos traes? Terció Bernardo.

—Como he dicho señores la información que traigo es valiosa, ahora quisiera saber ¿Qué tanto la precian ustedes?

—Habla, sabes bien que somos generosos con aquellos que nos sirven bien, así que tendrás una paga acorde con la información que hayas conseguido.

—Bien mi señor, el monje Rafael como os he dicho no fue al encuentro de Francisco, de hecho su viaje no tenía nada que ver con este, sino que el monje visitó a una hermandad secreta que tiene interés en ciertos pergaminos relacionados con Rodrigo de la Goublaye y el Abad Antonio. El viajó para persuadir a los miembros de esa secta para que liberaran al Abad Antonio, al joven Pierre y de ser posible localizar al hermano Francisco, que de seguro estaba en poder de esos documentos.

—La misión de esta hermandad ha de ser muy importante, puesto que el grupo que partió ha sido comandado por el señor Theodore de la Vassieré que es al parecer el Principal de esa secta.

Al escuchar el nombre de Theodore, Ambrossini apretó un puño que se encontraba bajo las mangas de su hábito hasta hacerlo rechinar. Eran viejos enemigos desde su juventud y junto con Rodrigo de la Goublaye encarnaban los seres más odiados en el mundo. Héctor continuó su relato:

—Señores esta secta está formada por al menos media centena de miembros, se reúnen en la clandestinidad y tienen como objetivo debatir los dogmas de la Iglesia, quieren incitar a la rebelión de los creyentes mediante la difusión sin censuras de cualquier texto antiguo, sea este de origen hereje o cristiano, creen que la Iglesia no debe determinar que deben leer sus fieles y que no, que esta labor está conferida por Dios a cada criatura del mundo. Se identifican mediante un medallón con una piedra preciosa, la gema tiene colores diferentes de acuerdo al nivel que haya alcanzado el miembro y van desde roja para los iniciados, hasta el azul para quienes constituyen la mesa principal. Aquí les dejo el medallón del caballero a quien he ultimado, es de color azul lo que habla de que pertenece a la mesa principal, también le he quitado algunos documentos que me han revelado el nombre de la secta, se hacen llamar la Veritas Logia y los distingue un grabado en su piel, en alguna zona oculta de su cuerpo se muestra una imagen del planeta saturno, un anillo circunda al planeta y alrededor del anillo se leen las letras VsV.

—En su cuerpo director hay trece miembros, bueno, en este momento doce, ya que me encargué de eliminar a uno de ellos. Hay caballeros españoles, italianos, franceses y un turco de nombre Ilker Osdemir, también he reconocido algunos nombres de caballeros franceses y españoles pues gozan de gran respeto y reconocimiento a su

valentía y estatus en las cortes.

El cardenal Ambrossini rascaba su barba mientras Pietro y Bernardo escuchaban con sumo interés el relato del guardia.

—Estimados señores, esto es todo cuanto he podido sacar de información a este hombre, su resistencia fue mucha y los castigos a los que lo sometí fueron los más persuasivos que conozco, no sabría mucho más de lo que les he contado. Espero que la información sea de verdadera utilidad.

—Bien Héctor, nos has sido útil, veré que se te pague bien por tus servicios, ahora márchate que debo hablar con Pietro y Bernardo a solas.

—Señores, pues si este grupo está formado por los caballeros que han nombrado, sin duda representan un serio peligro para nuestra causa. Es preciso que lleguemos antes a esos documentos, deben ser nuestros a cualquier precio.

—Si cardenal, comprendemos la importancia del asunto, nuestra comunidad no puede permitir que estos documentos sean revelados, ya bastante peligro hemos corrido al dejar con vida tanto tiempo a Rodrigo de la Goublaye, no debemos cometer esos errores de nuevo.

—Coincido contigo Pietro, dejar con vida a Rodrigo fue muy aventurado, pero si deseábamos tener documentos y su traducción e interpretación, era preciso dejarlo con vida, Rodrigo era el mejor en ese campo y dentro de nuestra comunidad no hay alguien que pudiera hacer el trabajo. ¿Me pregunto qué significan esas siglas VsV?

—Lo se, dijo Ambrossini, hacen referencia a un culto antiguo de la época de los romanos, adoradores de saturno lo asociaban con la verdad, las siglas significan Veritas Sociedad de la Verdad, hace mucho que no se sabía nada de ellos, pero el que Theodore y Rodrigo de la Goublaye sean parte de este círculo es perfectamente posible, sus personalidades son completamente compatibles con la filosofía de esos infieles.

Bernardo seguía callado, digiriendo aún que Ilker Osdemir estuviese relacionado con Theodore de Vassieré, sus temperamentos y objetivos no podían ser más dispares. Theodore era un cruzado, Osdemir un enemigo de la iglesia, capaz de cualquier cosa por desprestigiarla y hacerla caer. De Theodore debían temer su apasionamiento, el espíritu fiero en defender la verdad, de Osdemir su crueldad y fiereza, era realmente un rival a temer, ya Bernardo lo había enfrentado con no muy buenos resultados, el turco defendió a un compatriota de la inquisición y cuando vio que el juicio irremediamente traería la condena y ejecución, no dudó en sacar su espada y herir de muerte a tres guardias y dos monjes inquisidores, el grupo que lo acompañaba eran chacales a sueldo que arrasaron con toda la comitiva del Santo Oficio, Bernardo fue el único sobreviviente de la matanza, pero a manera de recuerdo le quedó una herida de sable desde el pecho a la garganta.

—¿Qué opinión le merece hermano Bernardo? Lo sacó de sus pensamientos el Cardenal.

—Pues estoy de acuerdo con ustedes, debemos recuperar esos documentos cueste lo que cueste. Nuestra comunidad nunca ha enfrentado un problema más urgente de resolución que éste. Será preciso que designemos a lo mejor de nuestros hombres para que den con Francisco y lo traigan hasta nuestra presencia, además no debemos alertar a las autoridades de la Iglesia, nuestro Sumo Pontífice Pablo IV no debe

enterarse de esto o el problema será burocratizado. No quiero ver las manos del Cardenal Medici metidas en esto.

—Pues entonces estamos de acuerdo hermanos, dijo Ambrossini, mandemos a traer a los tres ajusticiadores para que se encarguen de esta situación, ya no cabe duda, la sangre será derramada por el bien de la Iglesia y estos hombres son los mejores en su arte. Pietro pensó para sí, pues si el asesinato es un arte, no cabe duda, estos hombres son los mejores exponentes y luego en voz alta sentenció, en tanto Bernardo y yo nos encargaremos del Abad Antonio.

Capítulo XI: El juicio

El que teme a la oscuridad teme a lo que no puede comprender, el que teme a la luz teme a la verdad.

PIERRE e Isabella entraron al galpón y acondicionaron unas pacas de heno que le servirían al novicio de cama, se sentaron en ellas y continuaron conversando amablemente, Pierre recordó las múltiples travesuras de Isabella que tuvo que soportar, las piedras que golpeaban en su cabeza mientras intentaba cumplir con las penitencias que le imponían los monjes cuando descuidaba alguna lección o incumplía con algunos de sus deberes o bien los chorros de agua que caían sobre el novicio cuando abría alguna puerta a la que la niña había colocado en su parte superior un balde. El balde apenas se equilibraba con la puerta entreabierta, y cuando Pierre la terminaba de abrir para entrar el balde volteaba y líquido y dispensador caían justo sobre el novicio, que veía a los monjes reír ruidosamente, mientras él trataba de alcanzar a la niña, siempre sin éxito, en parte porque Isabella era ágil y mayormente porque Pierre realmente no sabía que haría con ella de alcanzarla.

—Si Isabella, no se que te habría hecho de alcanzarte, decía Pierre mientras se reclinaba sobre las pacas de heno.

—¿Ah no?, decía la joven, pues después de tantos años algo se te debería haber ocurrido mi joven monje.

—No soy monje, saltaba Pierre, al menos no por ahora. La llegada de Rodrigo cambió toda mi vida y ahora no se si llegaré a ser monje o me dedicaré a la vida laica.

—¿Porqué quieres ser monje Pierre?

—Bueno, es la única forma de vida que conozco, desde niño vi entrar y salir monjes de mi casa y a muy temprana edad mi padre me llevó a vivir a la abadía. El Abad Antonio me crió como a un hijo y luego Francisco me ha instruido hasta hace unos días en que marchó de la abadía huyendo de la Inquisición.

—¿Pero entonces Francisco es un hereje?

—No, ¿Cómo crees? Francisco es la persona más cristiana que conozco y sería incapaz de realizar un acto satánico o una maldad. La inquisición lo persigue por algo relacionado a Rodrigo de la Goublaye.

—¿Quién es Rodrigo de la...?

—De la Goublaye, terminó Pierre la frase. Por lo que se, es un monje, un condiscípulo del hermano Francisco. Juntos estudiaron en España, pero tuvo que huir de allí por divergencias con el Papa, huyó hacia este país buscando la protección del Rey, pero a su muerte hubo de salir, con rumbo desconocido. Luego se dedicó a la arqueología y parece ser que hizo importantes descubrimientos en Babilonia, en la ciudad de Nínive. Ese hombre llegó a nuestra Abadía hace unos días moribundo buscando su confesión, habló con el hermano Francisco, quien de seguro lo absolvió de sus pecados y pudo morir en paz al día siguiente.

—Ese mismo día llegaron los inquisidores e interrogaron a todos los monjes, al pobre Cornelius que era nuestro cocinero, lo mataron empalándolo.

Isabella cerró los ojos tratando de quitarse la imagen del empalamiento de la mente, había presenciado varios juicios donde los encontrados culpables habían sido quemados, estrangulados o sumergidos en agua hasta morir. Siempre temió a los inquisidores, pero de niña pensaba que todos aquellos que eran condenados a morir eran culpables de algún delito contra Dios, brujas, herejes, criminales de toda calaña eran ajusticiados y sentenciados a muerte, para lo que eran entregados a la justicia civil.

Cuando una persona era denunciada ante el Santo Oficio por algún delito que estuviera comprendido en sus competencias, era investigada por los inquisidores. Así, el Tribunal tenía competencia sobre los delitos contra la fe y la religión, herejía, apostasía, judaísmo y blasfemia entre otros, contra la moral y las buenas costumbres tales como bigamia, lectura, comercio y posesión de libros e imágenes prohibidas por obscenas, contra la dignidad del sacerdocio y de los votos sagrados dentro de los que estaba decir misa sin estar ordenado, hacerse pasar como religioso o sacerdote sin serlo; solicitar favores sexuales a las devotas en confesión, contra el orden público, lectura, comercio y posesión de libros de autores subversivos, lectura, comercio y posesión de libros de autores contrarios a la corona o a la Iglesia, contra el Santo Oficio, en este rubro se consideraba toda actividad que en alguna forma impidiese o dificultase las labores del tribunal así como aquellas que atentasen contra sus integrantes.

El tribunal tenía, entre sus atribuciones, la capacidad de confiscar las propiedades de los acusados. El secuestro de bienes era dispuesto por los inquisidores y, en los casos en que se demostrase la culpabilidad del preso, se le solían expropiar definitivamente. Esto llevó al interés creciente en hallar herejes entre los conversos de fortuna cuantiosa como una fuente de recursos económicos adicionales para una siempre sedienta Iglesia, pero muchos otros eran condenados a morir.

Isabella, contó a su vez la historia de una mujer que se ganaba el sustento satisfaciendo las necesidades de los hombres. Era una mujer joven y bella a la que la peste dejó huérfana. Al negarse a hacer sus favores a un monje, fue acusada de bruja y condenada a morir en las llamas, su nombre era Frida y vivía en un pueblo a diez kilómetros de donde se encontraban.

—Mi padre me explicó que eran brujas para efectos de la Iglesia la mujer que practicaba maleficios o causaba daños a través de medios ocultos, o pactaba con el diablo en calidad de sierva y volaban por las noches y tenía malas intenciones, como la de comerse a los niños pequeños o inducir a los hombres al amor pecaminoso; o bien que pertenecía a una secta satánica o asistía a reuniones sabáticas en cuevas secretas.

—Para que la Inquisición pudiera dar con los herejes y los opositores de la Iglesia, usaba todos los medios posibles, incluso a los niños, quienes podían acusar a sus padres de asistir a reuniones sabáticas y mantener relaciones con el diablo. Los inquisidores estimulaban la delación entre los niños, en ellos encontró a sus mejores testigos a la hora de procesar a los acusados ante los tribunales del Santo Oficio. La Inquisición usó también el silencio y la marginación de las mujeres emancipadas para combatir y contrarrestar su voluntad de hierro, que les permitía romper las cadenas de opresión y acceder a las posiciones controladas por los hombres. Así, a las mujeres emancipadas, que fueron acusadas de brujería y blasfemias contra Dios, las sometieron a los suplicios de la tortura y las dejaron arder como antorchas en la hoguera.

—Es verdad interrumpió Pierre las acusaciones que se le imputaban, sin embargo,

estaban referidas sólo al arte de magia que practicaban, pues se decía que la bruja pactaba con el diablo, quien, según la Iglesia y los tribunales, le concedía un poder real y temible, que iba «del maleficium al pactum» y de los prejuicios mágicos al desprecio de Dios. La bruja encarnaba, además, un cierto espíritu de revuelta, una forma diabólica de subversión general contra el orden establecido por la iglesia y el Estado. De modo que su figura se asociaba a la idea de una conspiración universal contra la sociedad y sus instituciones, en secreta conexión con las fuerzas del mal; hecho que propició la represión desatada contra ellas por parte de la Inquisición.

—La imagen de la bruja, era un peligro enclavado en la capa más profunda de los monjes. Por eso proyectaban en la bruja sus concepciones del temor y su atracción por la sexualidad femenina, en esas fuerzas ocultas que estaban asociados a la mujer seductora.

—El «Malleus maleficarum», que determinaba las actitudes de los inquisidores hacia el cuerpo de la mujer, era un archivo de supersticiones, arrogancia sagrada y estúpida crueldad que condensaba la cultura medieval contra la mujer. Los verdugos no cesaban de pinchar con enormes agujas la garganta, la vagina o los pies de las mujeres en su afán de encontrar en alguna parte del cuerpo el «pactum diabolicum», que era una suerte de marca sexual dejada por el diablo, pues el mayor pecado para la Inquisición, el que desataba la furia de Dios, era el pecado de la sexualidad, esa trasgresión de la ley divina que dio origen a la imagen de la bruja, a quien se la acusaba de copular con el diablo, con ese personaje cubierto de plumas y provisto de un miembro viril enorme.

—Para la Inquisición era inconcebible la idea de que la mujer fuese madre soltera, estas no tenían otra alternativa que aceptar la flagelación en público. Las mujeres adúlteras y prostitutas eran lapidadas o echadas a la hoguera, y junto a ellas se las acosaba con furor a quienes comían carne en viernes o se cambiaban de ropa en sábado.

—Ya entonces se clasificó a las mujeres en dos categorías: a las «buenas» se las protegía y respetaba, y los hombres, que tenían el privilegio de desposarlas, las trataban como «joyas preciosas» entre las reliquias de su propiedad; en cambio a las mujeres «malas», que eran más independientes y experimentadas en el amor, se las despreciaba públicamente, como si pagaran caro el precio de su libertad.

—En siglos pasados las mujeres «malas» eran representadas como brujas, con verrugas en la nariz y los pelos desgredados, y quienes, cabalgando sobre escobas, volaban hacia sus reuniones sabbatinas, donde preparaban bebidas mágicas que tenían la propiedad de inducir a los hombres hacia el amor pecaminoso. Las mujeres dulces y coquetas, que atraían a los hombres con el hechizo de su belleza, eran también consideradas corruptoras del género humano, y que, por lo tanto, merecían la muerte.

Ambos jóvenes se hallaban extasiados, Pierre con la belleza y personalidad de Isabella y ésta con el saber de Pierre.

—Pierre, ¿porqué has rapado tu cabeza? ¿Acaso tus rubios cabellos no van con la imagen pura de un monje jesuita?

—No Isabella, los he cortado para no llamar sospechas sobre mi, el Abad Antonio ha debido protegerme de los inquisidores, golpeando a uno de ellos, esa es la causa de que esté preso y deba enfrentar un juicio. Todo es mi culpa.

—No digas eso, estoy segura de que no es así. Estos hombres son capaces de

cualquier cosa, aún sin motivos aparentes.

—Te contaba el caso de Frida, hace diez años esa mujer vagaba por los pueblos en busca de comerciantes, soldados, artesanos, pasantes o monjes a quienes ofrecer sus encantos a cambio de unas monedas, era bien conocida por la gente de la ciudad, los que hasta la veían como una comerciante más. Cierta día, llegó al pueblo un monje Italiano de nombre Pietro Luciani, era de edad madura y su aspecto imponía respeto, llegó junto con unos soldados y empezaron a interrogar a todos los del pueblo, querían saber si había gente con fortunas nuevas, herejes, mal vivientes y en general personas que violaran los preceptos de la Iglesia.

—Este siempre ha sido un pueblo pobre, de personas humildes que viven del comercio y de los servicios que prestan a los que quieren cruzar la frontera, todos nos conocíamos y hasta podría decir que éramos una familia. Con la llegada de Pietro, las cosas cambiaron, se volvieron hijos contra padres y hermanos contra hermanos. El miedo hacía que todos quisieran decirle al inquisidor lo que éste quería oír, aún y cuando esto significara vender a su amigo, a su compañero, a su propia alma si era necesario.

—Pietro pronto encontró algunas personas que enjuiciar, pero todos los pecados eran simples omisiones, faltar a los oficios o no ayudar en las obras de caridad, todo ameritaba cuando mucho castigo a unos azotes en público para el marido que confesaba haber sido infiel y el doble para las mujeres que confesaban haberlo pensado.

—A la semana de estar Pietro entre nosotros, llegó Frida, su llegada siempre era motivo de regocijo en los hombres y de murmuraciones en las mujeres. Frida era demasiado bella. Su piel morena como la canela y sus ojos de un negro intenso ofrecían un espectáculo sin par a los hombres lujuriosos.

—Frida, dentro de su condición de mujer pública era selectiva en sus clientes, nunca ebrios descontrolados o harapientos mendigos fueron parte de su mercado. Si, hombres de ley, del clero y burgueses venidos a menos que disimulaban su estancia en la ciudad con arribos en medio de la noche y partidas antes del amanecer.

—Aquella vez, la llegada de Frida fue desastrosa para ella. A los tres días de haber llegado y mientras satisfacía los deseos de un monje benedictino, fue sorprendida por el Santo Oficio. Al monje lo castigaron con una penitencia usual, auto flagelarse, a ella la sacaron a rastras hasta la plaza del pueblo, semidesnuda y con un hombro dislocado, fue escupida y apedreada por muchos de sus clientes habituales. El mismo Pietro Luciani se encargó de interrogarla, le preguntaba por el origen de su belleza, de las artes que se daba para atraer a los hombres, de las pócimas con que embriagaba a los hombres casados para que olvidando sus votos engañaran a sus mujeres.

—Frida a todo esto respondía con su silencio, su boca manaba sangre a causa de una bofetada propinada por el Inquisidor, su anillo quedó marcado en la mejilla de la pobre mujer cuando respondió a una de las preguntas con una negativa. El inquisidor fustigaba a Frida con preguntas en latín, idioma que la mujer no hablaba. Los demás monjes conformaban un tribunal, aunque su presencia era solo decorativa, no preguntaban, no investigaban, ni siquiera escuchaban los lamentos de la mujer.

—Pietro, encolerizado tomaba a Frida por el rostro, dejando las huellas de sus dedos marcadas como si le hubiese arrimado un hierro candente. Su furia era sin par. Nadie se explicaba la causa de su encarnizado odio con la mujer, pero tampoco se atrevían a

cuestionar la autoridad eclesiástica.

—¿Pietro Luciani? Preguntó Pierre. ¿Estás segura que ese es el nombre del monje?

—Si claro, el Cardenal Luciani es muy conocido en Italia, su fervor y posición dentro de la Iglesia lo hacen una figura pública muy notoria.

—¿Por qué lo preguntas Pierre?

—Porque conozco a ese hombre, es el mismo que llegó a nuestra abadía. Es el mismo Pietro Luciani que ha apresado al Abad.

—Siento decírtelo Pierre, pero nuestro querido Antonio no tendrá ninguna oportunidad. Si lo llevan a Milán para ser juzgado, de seguro será sumergido en agua hasta morir.

—No digas eso Isabella, jamás permitiré que el Abad muera por mi causa. Lo haré escapar aunque tenga que llevarlo a rastras.

El rostro de Pierre reflejaba una furia que nunca había sentido hasta hace unos días, la misma sensación de ser capaz de matar que sintió contra este hombre y Bernardo cuando entraron a la celda de Antonio.

Isabella, miraba preocupada la determinación de Pierre y temió por un momento que el joven hiciera una tontería, le acarició la mano y lo hizo sentarse nuevamente.

—Pierre, no sabes de lo que es capaz ese hombre, déjame contarte el final de la historia de Frida. El inquisidor interrogó a Frida y a muchos hombres del lugar, sin que ninguno se atreviera a confesar el haber tenido relaciones con la mujer.

—Pietro, consideraba que el haberla encontrado in fraganti con un monje no era suficiente para aplicarle la pena de muerte y quería de alguna forma garantizarse que la mujer muriera de la manera más cruel.

—El juicio fue suspendido por unos minutos, Pietro se reunió con los miembros del tribunal y todos los monjes salieron hacia puntos diferentes del pueblo, al cabo de un rato, donde Frida infructuosamente imploraba a los presentes el interceder por ella, volvieron los inquisidores. Los más de ellos venían acompañados por niños y otros por mendigos de la más baja clase, todos reconocidos por los vecinos.

—Uno a uno fueron pasando a declarar. Todos dijeron la misma historia, niños y mendigos habían sido seducidos por Frida, quien los sumergió en una orgía de sexo, lujuria y prácticas satánicas, donde abundaba la sangre de animales con los que Frida copulaba y luego sacrificaba para beber su sangre y hacérsela beber a los poseídos por sus encantos.

—Muchos de esos niños no eran mayores que yo y luego conversando con ellos me contaron que los inquisidores les dictaron lo que debían responder y afirmar, a cambio de una ración de carne de cerdo y algunas viandas.

—Luego del testimonio, la suerte de Frida estaba dictada. El inquisidor en complicidad con los jefes civiles, la condenaron a morir en la hoguera. Muchos vecinos, acumularon pronto grandes cantidades de leña, que al estar apenas saliendo del invierno, se encontraba húmeda y verde.

—Frida fue amarrada a una estaca, mientras gritaba desesperadamente. Pedía piedad a Pietro y le indicaba que accedería a sus deseos, que sería suya. Pietro la conminó a

no tentarlo con la carne, se acercó a ella y le escupió la cara. Se quedó viendo como la saliva se revolvía con las lágrimas de la mujer, que ahora lucía desfallecida.

—Pronto la pira estuvo lista, los inquisidores entonaron algunos cantos y diciendo oraciones en latín ofrecieron el alma de Frida a Dios, pidiendo el perdón de su alma impía. Un monje se acercó con una antorcha y la puso debajo de la carga de leña, que tardó unos minutos en levantar llama, en tanto, una humareda oscura subía provocando tos en Frida que se encontraba desfallecida, pronto la tos cesó y antes de que las llamas hicieran presa de su cuerpo, Frida había muerto.

—Pietro apretó los dientes con rabia, había deseado que las llamas arrancaran la vida de la mujer, pero el exceso de humo provocado por la leña verde y húmeda le había arrebatado el placer de verla arder. Los inquisidores partieron esa misma tarde hacia Milán.

—Luego se supo que Pietro había visitado a Frida por la noche en busca de sus encantos y que la insensata mujer se había burlado del miembro viril del monje y soltando una carcajada había dicho que con tan escaso báculo no lograría hacerla siquiera sonreír. Pietro había marchado bufando y había prometido vengarse de la ofensa que le habían proferido.

—¿Quieres decir que el monje quería...?

—Pues claro Pierre, ¿Qué te crees que de verdad los votos de castidad que hacen estos hombres son reales? Lamento desilusionarte mi querido novicio, pero los monjes tienen los mismos apetitos que el resto de los hombres, no hay diferencia entre ellos, igual pagan a una mujer que a un joven imberbe para satisfacer sus necesidades humanas.

—Pero es que yo... dijo Pierre cortándose.

—¿Tu que Pierre? ¿Me vas a decir que tu nunca...?

—Por supuesto que no Isabella. Isabella soltó a reír y sus carcajadas molestaron al novicio quien saltó de las pacas de heno y con paso resuelto caminó a grandes zancadas hasta la puerta del galpón, salió refunfuñando, al cabo de un par de minutos volvía a entrar, ya sin enojo. Isabella lo esperaba sentada aún en las pacas de heno, no se había movido ni un centímetro, estaba segura de que el novicio volvería a ella, sus ojos lo delataban, sentía tanto amor por ella, como ella por él desde que era una niña y le lanzaba piedras. Pierre se acercó, se sentó al lado de Isabella y ésta mirándolo a los ojos se acercó y lo besó tiernamente en los labios. Pierre sintió el beso de la niña y una corriente eléctrica recorrió su cuerpo. Isabella sintió exactamente lo mismo y mientras Pierre cerraba los ojos para un nuevo beso, Isabella huyó del galpón y se encerró en su casa.

La noche había caído y como animales nocturnos Pietro y Bernardo habían llegado al pueblo, volvían de su reunión con Ambrossini, dispuestos a sacar toda la información al Abad. Lo volvieron a interrogar dentro de la Jaula y Antonio repitió como siempre que no conocía ningún secreto de Rodrigo, Pietro estaba desesperado y amenazaba al Abad con quemarlo esa misma noche si no hablaba. Bernardo intercediendo, pidió a Pietro calma y le pidió dejarlo a solas con el Abad.

Pietro se marchó con zancada firme y bufando recorrió las calles del pueblo, justo al llegar a la esquina, vio a Isabella salir del galpón, correr los metros que la separaban de su casa, entrar y cerrar tras de sí la puerta.

Pietro se encaminó hacia la casa de la joven, la furia en su rostro se había transformado en lujuria. Llegó hasta la puerta y tocó con sus nudillos. Isabella temblaba como un conejo dentro de la casa, dudando en volver con Pierre, al oír los golpes en la puerta, una sonrisa se dibujó en su cara, corriendo fue hasta la misma y la abrió al tiempo en que decía Pierre te amo... Sus palabras fueron cortadas por la sorpresa de no encontrar al novicio sino al inquisidor. No tuvo tiempo de reponerse, Pietro empujó a Isabella dentro de la casa y cerró la puerta tras de sí, se abalanzó sobre la joven y comenzó a desnudarla, manoseando su virginal cuerpo, Isabella gritaba pidiendo ayuda, pero los vecinos que habían visto ingresar al Inquisidor hacían caso omiso de sus gritos. Sacando fuerzas de su pudor, Isabella propinó una patada en los genitales de Pietro, que se retorció de dolor, instantes que aprovechó Isabella para llegar hasta la puerta. Al cerrarla miró a Pietro y horrorizada se dio cuenta que era el cardenal Luciani, el mismo que había ordenado quemar a Frida. Isabella escapó y dudó entre ir al galpón donde se encontraba Pierre o huir del pueblo, recordó que el joven novicio era buscado por el Inquisidor y decidió que lo mejor era ponerlo a salvo, corrió hacia el galpón y encontró a Pierre aún sentado en las pacas saboreando el primer beso de su vida. Pierre al observarla, corrió hacia ella y le ofreció su pecho para llorar, pero Isabella resuelta, le indicó que debían huir que Pietro Luciani estaba allí y que ambos corrían peligro, tomaron sendos caballos y huyeron del pueblo.

El cardenal Luciani salió de la casa de Isabella, justo para ver que ésta y un joven rapado escapaban a todo galope por entre las sombras de la noche. Aflojó su puño y acariciándose sus doloridos genitales, se enrumbó hacia la jaula del Abad. Pronto dio con dos guardias y les instruyó para que persiguieran a la pareja, estos y dos más que se le unieron en el camino corrieron tras de Pierre e Isabella, los caballos de los guardas eran ejemplares de razas especiales para correr, las de los jóvenes eran bestias maltratadas, mal comidas y con amplias jornadas de trabajo sobre sus lomos, era solo cuestión de tiempo para que se diera la captura.

Pietro llegó hasta el Abad y con rabia vio que Bernardo no había logrado nada, el Abad se empeñaba en guardar silencio. No habían adelantado nada y el tiempo se acababa.

—Vamos Antonio, por última vez, dinos que sabes del paradero de Francisco o pagarás caro el tiempo que nos has hecho perder en este pueblo maldito. Si tengo que convertirte en una antorcha aquí mismo, lo haré sin vacilar.

—Lo sé hermano Pietro, se que no tendrá escrúpulos para matarme con el objeto de obtener información, pero le repito que no se nada del paradero de Francisco, ni nada concerniente a Rodrigo, que no sea que llegó a la abadía en busca de un lugar donde entregar su alma a Dios.

—Bien Antonio, encomiéndate a Dios que mañana al alba sabrás que tan importante ha sido tu delito.

—Mañana hermano Pietro, Dios me hará libre.

Pietro volvió a apretar su puño mientras Bernardo frotaba su barba, pensativo. Los inquisidores no sabían realmente si Antonio guardaba información o no, pero su reunión con el Cardenal Ambrossini los había dejado muy inquietos. De no obtener la información necesaria, sus vidas correrían peligro, lo que se jugaba era demasiado importante para andarse con templanzas, Antonio debía hablar o muy probablemente Gennaro haría traer a un asesino especializado y de seguro eso no serían buenas noticias. Ruido de caballos distrajo a Pietro por un momento, los guardias regresaban, trayendo consigo a Pierre y a Isabella, ambos jóvenes era ahora presos de la

Inquisición. El Abad Antonio también los vio y no pudo contener su pesar.

—No Pierre, debiste haber huido.

—¿Pierre? Dijo Bernardo, vaya, hemos atrapado a uno de los prófugos sin siquiera proponérselo. Traigan aquí a los prisioneros.

Los guardas bajaron a Pierre del caballo y lo lanzaron a los pies de Pietro. Isabella también fue bajada de la bestia, pero a ésta la trataron con mayor suavidad.

—Bien muchachos, ahora veremos que tan valientes son, dijo Pietro, mientras se golpeaba la palma de su mano con un puño. Guardias, preparen tres piras y asegúrense de encontrar leña seca, esta misma noche juzgaremos a los tres reos.

Antonio se dejó caer en la jaula, vencido, aturdido, no podía creer lo que pasaba. Pierre se revolvía tratando de escapar de sus ataduras, pero no lo conseguía. Isabella lloraba recordando el fin de Frida.

Los guardias se apresuraron a cumplir la orden, los pobladores fueron enterados de que se realizaría un juicio público y en nutrida cantidad se agruparon alrededor del centro de la plaza, donde de seguro pondrían las estacas para el ajusticiamiento. Hombres, mujeres y niños, todos con rostros de ansiedad por ver como se desarrollaba el acto, se empujaban por obtener las mejores posiciones para ver.

Los guardias, avezados en estas lides, pronto tenían armadas tres piras de leña seca donde se llevaría a cabo el juicio y sacrificio de los tres rehenes. Pietro y Bernardo se encaminaron a cambiar de vestiduras, mientras los presos eran ubicados en el sitio donde serían juzgados. Diez minutos después, volvían Bernardo y Pietro, tomaron su asiento en las sillas correspondientes y comenzaron el acto.

—Hermanos, dijo Bernardo, estamos aquí reunidos para evaluar si los presos aquí presentes han cometido pecados en contra de Dios que ameriten ser castigados. Si hay alguien que sepa algo de interés para esta causa, que se adelante y hable. Nadie en el pueblo emitió siquiera un suspiro. La tensa calma del ambiente hacía que pudieran oírse los grillos en la maleza.

Pietro indicó:

—Pues entonces procedamos con los juicios, en primer lugar será juzgado el Abad Antonio. Antonio, está usted listo para ser juzgado.

—Hermano Pietro, no se siquiera de que causas se me acusan, le puedo asegurar sin embargo que soy inocente de cualquier cosa que se me quiera achacar. No he hecho más que defender a este muchacho del asedio de ustedes, esa ha sido mi falta.

Hermano Antonio, se le acusa de herejía, de mantener y ocultar dentro de su abadía textos demoníacos que significan una afrenta para la Iglesia, de proteger y encubrir a los herejes Rodrigo de la Goublaye y Francisco de Gilberth, a sabiendas de que los mismos conspiraban contra la Iglesia y contra Dios, además ha golpeado a un siervo de Dios y ayudado a escapar a prófugos de la Iglesia. Hermano Antonio, como se declara.

—Hermanos, saben bien que soy inocente, no se nada de textos demoníacos y mucho menos de que los hermanos Rodrigo y Francisco fueran herejes. A Rodrigo no le conocí nunca y solo le ofrecí la hospitalidad de la abadía para que tuviera a bien morir. Al hermano Francisco, lo he conocido por años y nunca le he conocido falta alguna a

las leyes de Dios o de los hombres. Por favor comprendan no hay nada que pueda decirles, por que no se nada. Mi muchacho Pierre, tampoco sabe nada de todo esto, el es tan inocente como yo, ambos llevamos una vida de reclusión en la abadía y nada sabemos de los problemas del mundo, de blasfemias o de actuaciones herejes.

—Si es así, díganos, ¿Por qué el chico huyó de la inquisición? ¿Por qué usted lo ayudó a escapar?

—Ya les he dicho antes hermanos, lo ayudé a escapar porque me aterrorizó el castigo que le dieron a Cornelius, quién si bien no era un santo, tampoco era un enemigo de Dios. Entiendan que este joven ha sido para Francisco y para mí un hijo ya que lo criamos desde pequeño.

Bernardo volvió a frotarse la barba. En tanto Pietro seguía con el interrogatorio.

—Hermano Antonio, ¿Qué cree usted que ha hecho Francisco con los pergaminos de Nínive y otras pertenencias de Rodrigo de la Goublaye?

—Hermano Pietro, le reitero, Rodrigo no traía consigo más que su maltrecha existencia. No se nada de pergaminos u otras pertenencias que puedan ser de su interés.

—Usted joven Pierre, ¿Qué nos tiene que decir?

Pierre levantó su cara y observó al inquisidor de frente, su mirada era de odio, un odio que nunca había sentido por nadie en su vida. Lo fulminaba con la mirada, pero el inquisidor estaba acostumbrado a estas miradas de odio, muchos herejes había juzgado para dejarse intimidar por éste. Pierre sin quitarle la vista, le respondió.

—Sabes bien que no se nada, como tampoco lo saben el Abad Antonio ni el hermano Francisco, tampoco Isabella sabe nada de esto ni tiene culpa alguna, déjenla ir o les juro que...

—Basta de juramentos, dínos lo que sabes o verás arder al Abad y a tu novia. Te prometo Pierre, que serás el último en arder.

—Malditos, ustedes son unos malditos y no se saldrán con la suya, juro que me vengaré en esta vida o en la próxima, de todos ustedes.

—Bien Pierre tú lo has querido.

—Isabella Conti, Se le acusa de brujería, de albergar a herejes, de practicar ritos satánicos y de copular con el diablo. ¿Tiene algo que decir?

Isabella estaba impactada, no entendía lo que pasaba, estaba siendo acusada de bruja, no era ella, era Frida quien estaba allí, la historia se repetía, el mismo inquisidor, el mismo demonio de cuando tenía ocho años, la misma escena, los mismos cargos, las mismas causas, ¿El mismo fin?

—No —gritó Isabella— no puede ser, ustedes están equivocados, no soy una bruja, solo impedí que Pietro abusara de mi, jamás permitiría que ese cerdo me tocara. Pietro Luciani díles la verdad, díles que mataste a Frida porque se burló de ti y ahora me enjuicias a mí porque no accedí a tus requerimientos sexuales.

Pietro la miraba, en sus ojos se veía resplandecer el fuego de la antorcha que sostenía el guardia a la espera de sus órdenes. Sus ojos de un rojo intenso lucían como salidos

del mismo infierno. Recordó a Frida y su mente se llenó de lujuria, nunca pudo olvidar a la mujer de piel de canela y ojos negros, miraba a Isabella suplicar y llorar y en su mente recreaba las escenas del cuerpo de Frida ardiendo, aunque lamentaba que hubiese sido ya muerta.

Pierre gritaba, no podía creer que Isabella fuera a morir de una forma tan inhumana. Miraba a los Inquisidores y parecía que los mismos flotaban en el aire, riéndose a carcajadas de él, del Abad y de la pobre Isabella.

Isabella y el Abad fueron llevados a la pira y amarrados a la estaca, Pierre fue dejado amarrado en su silla, Pietro quería extasiarse en su tormento dejando morir primero a quien consideraba su padre y luego a la mujer que aparentemente significaba algo para el chico.

Pierre se revolcaba en su silla tratando de soltarse, en tanto el Abad rezaba insistentemente mientras gruesas gotas de sudor y llanto bajaban por sus mejillas. Isabella, estaba nuevamente paralizada por el pánico, no sabía que hacer, si gritar llorar o maldecir. Pietro dio la orden y el guardia ante la mirada atónita de Pierre comenzó a caminar hacia la pira del Abad. Antonio, jadeando, miró a Pierre y entre sollozos le dijo, busca a Francisco Pierre, busca a Francisco. En ese instante la antorcha fue colocada en la leña seca, poco a poco los leños secos tomaron fuego y empezaron a arder, una columna de humo subía por el cuerpo del Abad que luchaba por su vida absteniéndose de respirar aquel veneno. Las llamas pronto alcanzaron su ropa y su cuerpo, un grito desgarrador salió de la garganta del Abad, las oraciones se habían transformado en gritos de dolor y movimientos convulsos, de pronto, dejó de gritar y solo se oía en la plaza el llanto de Isabella y de Pierre y el crepitar de las llamas.

—Muy bien Pierre, repuso Bernardo, ¿Quieres hablar ahora?

—Malditos, ustedes son unos malditos hijos de Satanás, han matado a un hombre bueno solo por ignorar el paradero del hermano Francisco. No puede ser, no puede ser.

Pierre rompió a llorar, con un llanto desgarrado que salía del fondo de su corazón, aquella bola de fuego que ardía frente a él había sido su padre, su familia y ahora la Iglesia por la que daba su existencia lo quemaba como a un hereje.

—Bien Pierre, ahora sigue Isabella ¿Vas a decirnos dónde está Francisco?

—No lo se, les juro que si lo supiera se los diría para salvar a esta niña que no ha tenido más pecado que el darme posada, es demasiado castigo para quien lanzaba piedrecillas sobre mi cabeza. No lo hagan, por favor, no lo hagan. Pietro reparó en que no sabían el apellido de Pierre y se lo consultó para efectos del acta. Dime muchacho ¿Cuál es tu nombre completo?

—Me llamo Pierre de la Vasseríe, hijo de Theodore de Vasseríe.

Al escuchar el nombre del joven ambos inquisidores se miraron, se acercaron y en silencio conversaron por unos segundos. Pierre fue puesto de pie para que pudiera ver a Isabella mientras se quemaba. Bernardo dio la orden y el guarda se acercó a la pira de Isabella que estaba como adormecida, su cerebro no daba más y se había desconectado de la realidad, ahora reía estruendosamente y luego lloraba, maldecía y oraba por igual. Pierre hizo un intento por librarse de las amarras, pero las ataduras eran fuertes, era en vano, ni Sansón podría liberarse de estas cuerdas.

—Isabella, —gritó Pierre.

En ese instante la antorcha se acercó a los leños y estos comenzaron a arder, los monjes conversaron entre si y Pierre desfallecido fue arrastrado hasta una celda cercana, sus ojos fueron cubiertos y quedó en la más absoluta oscuridad, un golpe seco en su nuca lo hizo perder el sentido. Afuera dos estacas ardían vigorosamente mientras la multitud enfurecida reclamaba a los inquisidores.

—Basta gritaba Pietro, les ordeno que callen y les advierto que de lo que ha pasado hoy aquí no pueden hablar, quien así lo hiciera será excomulgado y condenado a morir en la hoguera, el Abad Antonio, Isabella Conti y Pierre de Vassieré murieron hoy aquí, lo entienden, así quedará asentado en actas.

La multitud se calló por miedo a los inquisidores, ni siquiera se atrevieron a hablar entre ellos, cabizbajos y con la sensación de que el espectáculo no había sido lo que esperaban retornaron a sus casas.

Pietro y Bernardo, se fueron a la habitación del hostel donde estaban hospedados, allí decidirían que debían hacer con Pierre. La insospechada procedencia del muchacho lo hacía particularmente útil a sus fines. De seguro un joven que había estado en la abadía que buscó Rodrigo y que era hijo de Theodore de la Vasserie, debía tener más información de la que quizá ni el mismo tenía idea. La cercanía de los plazos establecidos por el Cardenal Ambrossini, hacían necesario echar mano a cualquier posibilidad, por remota que fuera.

Se pusieron de acuerdo en las formas de actuar y dispusieron todo para que Pierre fuera abandonado en el bosque, los Inquisidores desaparecerían de su vida y lo dejarían que buscara para ellos a Francisco y los pergaminos.

Esa misma noche, Pierre fue abandonado a su suerte en medio del bosque en una intersección del camino. En las horas cercanas al Alba un caballero solitario lo encontró desmayado, bajó de su corcel y lo atendió. Pierre despertó con dolor de cabeza y sin saber donde se encontraba. En unos minutos había despertado y desesperado buscó al Abad y a Isabella, pronto se dio cuenta de que no estaban, y recordó los hechos de la noche anterior. Lloró amargamente y el caballero solitario acudió a él. Pierre al verlo retrocedió, pero el caballero le informó de que había pasado por el pueblo y al ver las injusticias que hacían los inquisidores y con la autoridad que le daba el Rey de Francia, había detenido a los monjes y a sus guardas. Sus hombres los escoltaban en ese momento hacia París donde serían juzgados por sus crímenes. Lamentablemente le informó, no he llegado a tiempo para salvar a la joven y al monje de su cruel destino.

Pierre lloró como un niño y el caballero lo consoló en sus brazos.

—Vamos hijo ya encontrarás consuelo, al menos he llegado a tiempo para salvarte a ti de las garras del fuego, ahora es tiempo de marchar. ¿Tienes tu alguna ruta? Porque en mi caso me disponía a partir hacia Montpellier y necesito un escudero. Si tú tienes a bien, podría contratarte.

—Señor, no me queda en esta vida, más de lo que usted ve y un rencor en mi corazón que me quema. Partiré con usted a Montpellier, que es tan bueno como cualquier lugar para empezar mi búsqueda.

—¿Búsqueda de qué, hijo?

—La búsqueda del hermano Francisco y de las razones por las que han muerto ayer

dos inocentes.

—Bien joven ¿Cuál es tu nombre?

—Pierre de la Vasserie, señor y estoy a sus órdenes, en tanto entienda que hay algo importante que debo arreglar y que en algún momento me separaré de su servicio para atender ese asunto.

—No te preocupes Pierre, mi nombre es Gorka y estaré encantado de tu compañía y cuando debas cumplir tu destino, podrás marchar sin deberme nada.

Capítulo XII: La Condena

Toda historia tiene un principio, un fin y una razón de ser.

DESDE los primeros días nos dimos cuenta del potencial que tendría nuestra hermandad. La voz de su formación corrió como la pólvora dentro de la prisión y fueron muchos los que quisieron formar parte, pero no admitimos a nadie más durante mucho tiempo. Otra consecuencia muy importante para nosotros fue el hecho de que nadie nos causaba problemas, sabían que éramos muchos y que no permitiríamos que molestaran a ninguno, lo defenderíamos como fuera necesario. Al principio de su formación un preso que acababa de llegar provocó a Jesús, uno de los nuestros, con la intención de robarle los cigarrillos y los fósforos. Antes de que pudiera reaccionar los diecinueve miembros restantes lo habíamos rodeado y Andrés con voz muy tranquila le aseguró que si se metía con uno se las vería con veinte; eso sirvió de ejemplo en la prisión y no volvimos a tener problemas, los presos nos respetaban y se mantenían a una distancia prudente de nosotros.

Mientras tanto mis charlas con el capellán se hacían más frecuentes y personales. Cada vez con más asiduidad enviaba un guarda a buscarme y ante una taza de café pasábamos casi una hora en la que solía preguntarme sobre mi vida antes de entrar en prisión. Le interesaba sobre todo el tiempo en que vivía con mi esposa en la cabaña, nuestras costumbres, nuestros amigos, vecinos y familiares. Yo respondía todas sus preguntas, me parecía una persona inteligente y agradable y su interés por mí me halagaba, tanto en cuanto me daba cuenta de que no hacía lo mismo con el resto de presos.

Me sentía relativamente bien dentro de la cárcel, los días eran tranquilos, pedí al director ayudar en la biblioteca y me lo concedió así que mis mañanas las pasaba ocupado entre las clases de defensa personal, mi trabajo como una especie de bibliotecario y las reuniones con la Hermandad a la hora del patio. Aunque todos los presos estaban al corriente habíamos intentado que el director no supiera nada de nosotros así que hacíamos lo posible por pasar desapercibidos ante los guardas lo que era bastante difícil teniendo en cuenta que éramos muchos.

Una de las cosas que más me interesaba personalmente, era que Andrés leyera los documentos que tenía sobre mi juicio y me diera su opinión. Quedamos en la biblioteca y con cuidado de no llamar la atención le entregué todos los papeles que me había dado mi abogado, él me pidió llevárselos para leerlos con detenimiento y darme su opinión unos días después a lo que accedí sin problema, mi condena era demasiado larga para preocuparme por una demora de varios días y además mis esperanzas de encontrar algo a lo que aferrarme eran prácticamente nulas.

Le dije que los leyera sin prisas que no pensaba marcharme a ninguna parte y él sonriendo me respondió que tal vez el sí porque estaba pensando en tomarse una semana de vacaciones en una playa paradisíaca. Ambos estallamos en carcajadas ante la mirada curiosa de uno de los guardas. Mi relación con Andrés se estaba haciendo muy estrecha, creo que nos habíamos convertido en buenos amigos además de hermanos dentro del grupo.

La vida dentro de prisión era una rutina alterada solo por la llegada o salida de algún preso, algunos altercados más o menos violentos en los que la Hermandad Azul nunca participaba o los actos que la dirección de la cárcel organizaba para mantenernos

ocupados, como conciertos de música, obras de teatro, lectura de la obra de algún escritor no demasiado conocido...

En cada acto extraordinario que se organizaba el director nos mandaba llamar a Andrés y a mí para que ayudáramos a ponerlo en marcha, aunque creíamos que no sabía de la Hermandad si sabía que teníamos una especie de liderazgo entre los presos y que éramos respetados. Su confianza nos dio pie a solicitar que nos dejara una sala varias veces a la semana para realizar actividades que nosotros mismos organizaríamos, sería como un taller de aprendizaje donde los más preparados darían clases de matemáticas, idiomas o cualquier otra cosa, en realidad lo que haríamos sería tener allí nuestras reuniones fuera de la vista de guardas y curiosos.

Una mañana Andrés se me acercó en las duchas y me dijo que había revisado la transcripción de mi juicio y que por la tarde, en la reunión, hablaríamos más tranquilos sobre eso. No me hacía ilusiones de que hubiera encontrado nada que no hubiera visto mi abogado pero necesitaba agotar todas las posibilidades antes de hacerme a la idea de que pasaría muchos años más allí encerrado.

Cuando llegó la hora de la reunión estaba impaciente, apenas entró Andrés me dirigí a él y le pregunté si había visto algo. Me pidió que me sentara y empezó a explicarme cada detalle del juicio. Según él, todo le demostraba que me habían tendido una trampa, pero lo habían hecho muy bien. El hecho de que la policía llegara tan rápido, era motivo más que suficiente para suponerlo.

Por otra parte el cuchillo con el que la mataron era muy antiguo, los caracteres grabados en él le hacían sospechar un asesinato ritual aunque en el juicio no se había hablado de eso. La verdad es que no me había fijado en el cuchillo, ni siquiera sabía de esos grabados, cada vez que se hablaba de él en el juicio yo apartaba la mirada.

Le pregunté si se podía hacer algo y me dijo con toda sinceridad que no se podría demostrar nada, que mi abogado había hecho todo lo posible pero que el hecho de atacar a un policía había sido definitivo, así que lo mejor era aceptar las cosas.

A pesar de que me dije que tenía razón, que era mejor aceptarlo, sabía que si no averiguaba el motivo no podría estar en paz, siempre sentiría que había fallado a mi esposa. Decidí que un día, cuando saliera de prisión haría lo imposible por saberlo, aunque me fuera la vida en ello.

No volvimos a hablar de ese tema aunque a veces yo me sentaba en mi celda y sacaba todos los documentos para volver a leerlos, como si con el hecho de mirarlos pudiera conseguir que apareciera algo nuevo en ellos; después los guardaba y me olvidaba de ellos por unos días. Había conseguido aprenderlos de memoria, conocía cada prueba que habían presentado, recordaba palabra por palabra los alegatos de ambos abogados pero no me servía para nada, debería cumplir mi condena.

Mis charlas con el padre Ramón, el capellán, seguían siendo muy amenas aunque había notado en él un cambio sustancioso, lo notaba más nervioso o intranquilo que al principio y sus preguntas eran más directas, ya no esperaba a que yo le contara sino que preguntaba.

Un día me enseñó un libro, me dijo que era un regalo muy valioso que le habían hecho cuando se recibió de sacerdote. En él se recogían fotos de documentos antiquísimos junto con una explicación detallada de lo que eran y lo que en ellos se decía. Según me contó muchos habían sido hallados en excavaciones y otros escondidos en lugares tales como el altar de una iglesia para protegerlos. Me mostró una foto de uno con unas

letras que no entendía y me dijo que era un idioma muy antiguo de antes de Jesucristo y me preguntó si había visto algo así alguna vez, le respondí que no y me volvió a preguntar si estaba seguro.

Le dije que por supuesto que lo estaba, yo no me dedicaba a trabajar con documentos antiguos sino con exportaciones. Me reí de mi comentario pero él no pareció encontrarlo gracioso porque muy serio me respondió que mucha gente encontraba cosas antiguas o de valor donde menos esperaban. Ya serio yo también le dije que por desgracia yo no había encontrado nada de valor en toda mi vida. Ese día salí de su despacho con una sensación extraña, como de haber sido interrogado, solo que ahora no lo hacía la policía sino un cura.

Le comenté a Andrés lo que había pasado y me dijo que este capellán era muy raro porque solo a mí me llamaba a su despacho, no había llamado a ningún otro preso. De repente recordé algo que había pasado hacía algún tiempo...

Había salido a pasear por los alrededores de la cabaña, eran los primeros días de vivir allí y quería conocer cada rincón. Al llegar cerca del lago me llamó la atención el sonido lastimero de un animal, aunque no se escuchaba bien, parecía un gato, supuse que tal vez estaba herido y busqué por los alrededores tratando de encontrarlo. Lo escuchaba cada vez mas cerca pero no podía ver donde estaba, removí unos matorrales creyendo que estaba enredado entre ellos pero para mi sorpresa encontré un hueco grande, la entrada de un túnel por el que un hombre cabría fácilmente agachando la cabeza. Mi curiosidad pudo más que mi sentido común, encendí el mechero para ver en la oscuridad y avancé despacio tratando de ver donde pisaba.

El túnel se iba agrandando hasta casi poder andar totalmente incorporado; a unos cinco metros de la entrada hacía un recodo y al girar descubrí que había luz natural al final. Seguía escuchando al gato y empezaba a escuchar un estruendo que no reconocía, por un momento sentí miedo y pensé en volver atrás pero decidí que si había luz no tendría problema para salir. De pronto tropecé con algo que había en el suelo, acerqué el mechero y vi unos troncos secos que formaban un montón preparado para hacer un fuego y al lado un agujero no muy ancho aunque no sabía la profundidad que podía tener. Volví a oír al gato y me di cuenta que estaba dentro, saqué un papel que tenía en el bolsillo y lo prendí para mirar si era posible sacar al animal. La profundidad no era mayor de 2 metros pero las paredes eran tan lisas que el pobre animal no podía salir por sus medios., Busque algo para sacarlo pero no encontré nada, recordé que a la entrada había unos troncos no muy gruesos pero que soportarían bien mi peso y lo bastante largos para poder entrar y salir sin problema del agujero, así que volví sobre mis pasos, cogí uno de los troncos y con bastante dificultad lo llevé dentro. Lo introduje con cuidado de no dañar al animal y bajé despacio por si el gato estaba demasiado asustado y me atacaba pero apenas me vio trató de acercarse aunque parecía estar herido y no podía moverse. Lo cogí con cuidado, lo alcé y lo dejé al borde del agujero para poder salir con facilidad; al poner el pié sobre uno de los salientes del tronco, este se hundió en el suelo y caí de espaldas golpeándome la cabeza contra la pared bastante fuerte, eso me pasaba por imprudente.

Me levanté pensando en lo tonto que era y que podría haber sido mucho peor, cuando uno de mis pies también se hundió en el suelo haciéndome caer de nuevo aunque esta vez no me hice daño, solo mi orgullo empezaba a resentirse.

Había perdido el mechero al caer y trate de encontrarlo pero fue en vano, era pequeño y de color negro por lo que me resultó imposible.

Traté de sacar el pié del agujero, al hacerlo golpeé algo y escuché un sonido extraño, la puntera de mi bota era de hierro por lo que supe que había chocado con algo metálico. Me agaché y metí la mano tanteando en la oscuridad, seguí buscando hasta que topé con una especie de caja cubierta por la tierra, no era muy grande así que tiré con fuerza de ella. Hice lo mismo que con el gato, la alcé hasta el borde del agujero y coloqué el tronco con seguridad para no caer por tercera vez. Una vez fuera, con la poca luz que entraba me di cuenta de que no era una caja sino un cofre muy oxidado, mi imaginación echó a volar imaginándolo lleno de joyas y piedras preciosas como si fuera un tesoro pirata.

El gatito seguía maullando, las patas traseras no las podía mover y una de ellas sangraba así que decidí volver a casa para tratar de curarlo y descubrir lo que escondía el cofre. Cogí cada cosa con una mano y salí todo lo rápido que pude del túnel, estaba ansioso por abrirlo y ver su contenido.

Esther había ido a visitar a su hermana así que estaba solo, dejé el cofre sobre la mesa y me dediqué a curar al animal, le entablillé las dos patas ya que las tenía quebradas y lo dejé sobre una alfombra con un plato de leche al lado.

Una vez terminé con el animalito me dirigí a abrir el cofre pero la cerradura estaba tan oxidada que me resultaba imposible, cogí un destornillador y la forcé hasta que saltó. Abrí la tapa con la misma ilusión con que un niño abriría sus regalos de navidad pero para mi desengaño estaba lleno de papeles y debían ser muy viejos por el color amarillento, además no entendía lo que decían. Los saqué todos y en el fondo encontré una bolsita de tela negra con un crucifijo precioso que parecía de oro y una piedra roja incrustada que quise pensar era un rubí. Al menos había valido la pena el golpe, ese crucifijo sería un bonito regalo para Esther.

Metí todos los papeles en el cofre y me di cuenta que el óxido estaba manchando la mesa, no sabía que hacer con eso así que bajé al sótano y lo puse en un hueco de la pared donde no estorbara. Me guardé el crucifijo en un bolsillo hasta que volvió mi esposa y se lo entregué sin contarle como lo había encontrado, no quería que se preocupara pensando en la tontería que había cometido, exponiéndome así. Simplemente se lo puse al cuello, le di un beso en la mejilla y le dije que lo había encontrado junto al lago.

Con el tiempo me había olvidado del cofre pero ahora me había vuelto a la memoria pensando en las palabras del capellán sobre encontrar cosas, la próxima vez que hablara con él le contaría que yo también había encontrado algo aunque no de mucho valor.

Esa noche tuve una pesadilla horrible con mi esposa, soñé que la cadena del crucifijo se cerraba alrededor de su cuello y la asfixiaba mientras yo trataba de quitársela sin conseguirlo, veía como su rostro se tornaba de un tono azulado y sus ojos se clavaban en los míos horrorizados. Desperté entre gritos y lágrimas, el corazón me latía con fuerza y no pude volver a dormir así que encendí una pequeña linterna que tenía bajo la almohada, tomé de nuevo los documentos del juicio y los leí uno por uno por enésima vez. Aun seguía en eso cuando sonó la sirena para que despertáramos, guardé todo y me dirigí a las duchas de forma mecánica, casi sin darme cuenta de lo que hacía, me sentía agotado física y anímicamente.

Los dos días siguientes transcurrieron con la normalidad habitual, rota solo por la salida de prisión de uno de los miembros de la Hermandad, nos despedimos con el propósito de volver a vernos algún día fuera. Me abrazó y recordando mis palabras en una de

nuestras reuniones diciendo que yo era el único miembro condenado por delito de sangre, afirmó que yo no había matado a nadie. Sus palabras, dichas con tanta rotundidad, me hicieron sentir muy bien, yo me sabía inocente pero no estaba seguro de hasta que punto los demás creían en mí.

Al tercer día el capellán me mandó llamar como ya era habitual, entré a su despacho con el propósito de contarle lo del cofre antes de irme. Me recibió mas serio de lo normal y me pidió que me sentara mientras preparaba el café en una pequeña cafetera que tenía en el rincón. Empezó preguntándome como me iba en la biblioteca y en las clases que habíamos organizado, por un momento pensé que sabía lo de la hermandad pero lo descarté rápidamente, hacía mucho tiempo que teníamos estas charlas y de haberse enterado supuse que me lo habría dicho.

Le respondí que todo iba muy bien, el trabajo en la biblioteca me mantenía ocupado y las clases eran muy interesantes. Puso las dos tazas de café sobre una bandeja y la dejó sobre el escritorio, decidí que era el momento de contarle de mi descubrimiento, tendríamos un tema del que hablar. Le dije que había recordado algo que sucedió al principio de vivir en la cabaña y que con los años había echado al olvido, yo también había encontrado un tesoro aunque sin mucho valor. Me miró con cara de sorpresa y con un gesto me animó a seguir, yo lo hice, contándole como un día salí a dar un paseo y escuché el maullido de un gato...

Mientras yo hablaba el seguía calentando una jarra de leche aunque con la vista clavada en mí, pendiente de cada una de mis palabras. Le conté como saqué al animal, que cuando iba a salir yo el suelo se hundió y caí contra la pared y que dentro del agujero había una caja oxidada. En ese mismo momento el capellán hizo un movimiento con la mano golpeando la jarra que se volcó sobre su brazo, se le escapó un grito de dolor ya que estaba muy caliente. Me levanté con rapidez tratando de ayudarlo pero no me dejó, se alzó la manga y abrió el grifo poniendo el brazo bajo el chorro de agua fría. Le alcancé una de las servilletas limpias para que se secara, él la cogió y se la puso sobre la quemadura que empezaba a enrojecerse cada vez más. En ese momento me fijé en un tatuaje que tenía en el brazo, eran unos caracteres en tinta negra que me resultaron familiares pero no recordaba de qué. Estaba a punto de preguntarle cuando la imagen del cuchillo con que asesinaron a mi esposa me vino a la memoria, el tatuaje que tenía el capellán era igual al grabado que tenía ese cuchillo. Por un momento me quedé paralizado, no sabía que pensar, si esos caracteres eran tan antiguos ¿Cómo es que el capellán los conocía? y ¿Porqué los tenía tatuados? Mil preguntas se agolpaban en mi cabeza sin darme tiempo para pensar en ninguna explicación convincente, no podía ser casualidad. La certeza de que el padre Ramón tenía alguna relación con el asesinato de Esther se clavó en mi mente como el más afilado de los cuchillos.

Esa certeza repentina me asustó y a la vez me puso furioso, ¿Por qué un sacerdote se implicaría en algo así? ¿Qué podría ganar participando en el asesinato de una persona dulce y cariñosa como mi esposa que nunca había hecho daño a nadie? Todas esas preguntas no tenían respuesta en ese momento pero tarde o temprano descubriría el motivo.

Se giró y me preguntó que es lo que había encontrado, su pregunta me devolvió a la realidad pero ahora sabía que no podía confiar en él de ningún modo, lo mejor era inventar una excusa y marcharme de allí hasta aclarar mis ideas. Le respondí que solo una caja vieja sin nada de valor dentro, pero que seguro era el tesoro escondido de alguno niño. Un tesoro era un tesoro aunque para los adultos no tuviera ningún valor.

Me miró a los ojos y me fije en la frialdad de su mirada en ese instante supe que ese hombre no era lo que aparentaba, su trato amistoso hacia mí desde que llegó, su deferencia respecto a los demás presos, sus continuas preguntas... todo tenía una razón de ser, un fin.

Traté de sonreír y le dije que tenía mal el estómago y que mejor no tomaba café y volvía a mi celda por la medicación. Me levanté y me di la vuelta para marcharme pero me cogió del brazo y me retuvo diciéndome que volveríamos a hablar ya que quería conocer la historia completa de ese tesoro porque como ya me había dicho en alguna ocasión, a veces se han encontrado cosas con mas valor del que se cree.

Por un momento sentí el impulso de volverme y sacarle todo a golpes pero sabía que si lo hacía sería yo el perjudicado, terminaría castigado y sin saber la verdad. Tenía que pensar con calma hasta ver la mejor forma de actuar, no quería perder la poca ventaja que creía tener sobre él; no sabía que sospechaba así que tal vez pudiera descubrir algo. Le respondí tratando de bromear que volveríamos a hablar por supuesto y que si los tesoros que había en esa caja eran valiosos, habría perdido la única oportunidad de mi vida de ser millonario. El no correspondió a mi broma sino que me aseguró que en un par de días me mandaría llamar de nuevo y continuaríamos la conversación.

Salí del despacho casi temblando, la decepción y la rabia formaban una mezcla explosiva dentro de mí y solo sentía ganas de volver y golpearlo hasta que me confesara la verdad. Sin embargo sabía que esa no era la forma de hacerlo, tenía que tranquilizarme y pensar con calma. Volví a mi celda pensando cual sería la mejor forma de actuar, de algo estaba seguro y era que buscaba algo de mí pero no imaginaba que podía ser a no ser que... ¿Y si lo que buscaba eran esos papeles que había en la caja? Yo los había guardado hacía años sin darles importancia, creyendo que no tenían ningún valor pero tal vez me equivoqué. Mis pensamientos iban y venían a un ritmo vertiginoso, ¿Y si a mi esposa la mataron buscando esos papeles? ¿Podrían ser tan importantes como para matar a una persona por ellos?

Ahora, recordando todas las preguntas del capellán desde el día en que lo conocí, me daba cuenta que todas giraban alrededor de lo mismo, su interés por si había encontrado algo en la cabaña o sus alrededores. Que tonto había sido ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Si al principio me sentía culpable de la muerte de Esther ahora aún más, yo encontré esa caja y la escondí sin decir nada. Pero si nadie lo sabía ¿Cómo es que llegaron hasta mi esposa? El mismo día que la encontré escondí todo en el sótano... de pronto me acordé, no lo había escondido todo, el crucifijo que había dentro no lo escondí sino que se lo regalé a mi esposa. Si le hubiera dicho la verdad tal vez no la hubieran matado, si lo que buscaban eran esos papeles ella podría habérselos dado y así salvar su vida. Con cada pensamiento nuevo me iba hundiendo más en la desesperación, podría haberlo evitado de no haber sido un inconsciente, de haber pensado mejor las cosas.

Mi angustia iba creciendo por momentos, no sabía que podía hacer o a quien acudir para contarle lo que había descubierto. En ese momento escuché que alguien me llamaba, estaba tan absorto que no había visto que Andrés estaba frente a la reja de mi celda. Me preguntó si no pensaba ir a nuestra reunión y por un instante no supe de que hablaba, él se dio cuenta de que algo pasaba y me preguntó si me encontraba bien a lo que respondí que sí, volvió a insistir diciendo que estaba pálido y ausente. Lo miré con lágrimas en los ojos y le dije que había descubierto porque mataron a mi esposa y que todo había sido culpa mía. Se acercó y poniéndome la mano en el hombro me pidió que lo acompañara a nuestra reunión porque allí podríamos hablar más tranquilos sin los guardas rondando a nuestro alrededor, me levanté y lo seguí sin decir nada.

Apenas entramos a la sala me llevó a un rincón y acercando dos taburetes me invitó a sentarme y contarle todo. Empecé contándole sobre mis conversaciones con el capellán, de sus preguntas, de cómo mientras hablábamos el día anterior sobre él yo había recordado un hecho que prácticamente tenía olvidado, de mi intención de contárselo al capellán y de mi descubrimiento cuando estaba a punto de hacerlo. Cuando se lo hube contado todo, me miró muy serio y me dijo que nadie más debía saber eso porque dentro de prisión nada se podía hacer, debía esperar a salir y entonces buscar a alguien que pudiera ayudarme. Me preguntó por esos papeles y le dije que no estaba seguro pero que probablemente seguirían donde los dejé. También me preguntó si yo tenía el crucifijo o sabía donde estaba a lo que le respondí que el crucifijo siempre lo llevaba Esther en el cuello pero que no recordaba habérselo visto cuando regresé a casa y la encontré, ni tampoco recordaba que en el juicio se dijera nada sobre eso. Andrés asintió afirmando que no había leído nada sobre un crucifijo por lo que de no estar en la casa lo más probable es que el o los asesinos se lo hubieran llevado, si era parte de ese «tesoro» tal vez fuera más valioso de lo que yo pensaba, si no por su valor material tal vez por su antigüedad o por su valor simbólico si algo tenía que ver con ritos religiosos o de otro tipo.

Llegamos a la conclusión de que la llegada al Centro de este capellán tenía un único motivo, averiguar donde estaba esa caja por lo que debía tener mucho cuidado, si habían matado por ella no dudarían en volver a hacerlo. Desde dentro nada se podía hacer así que lo mejor era ir preparando una estrategia para cuando saliera de prisión y tratar de no dar pistas al capellán, todo debía seguir como hasta ahora para que no se diera cuenta de que lo había descubierto.

Hablar con Andrés me dejó más tranquilo pero imaginar que yo había confiado en el padre Ramón me hacía hervir la sangre. Sería muy difícil actuar como si nada hubiera pasado pero debía hacerlo por mi bien y porque se lo debía a Esther. Sin embargo las cosas no suelen salir como esperamos, generalmente salen peor o al menos es lo que me había pasado a mí durante toda mi vida y no tenían aspecto de cambiar en el futuro.

Dos días después me volvió a llamar a su despacho, traté de tranquilizarme antes de entrar pero no lo conseguí tanto como me hubiera gustado. El capellán estaba sentado tras su escritorio, estaba absorto jugando con algo que al principio no supe que era pero al acercarme vi que era un abrecartas plateado con forma de puñal, levantó la cabeza y su mirada hizo que un escalofrío recorriera mi columna, era de una frialdad que daba miedo. Por un momento imaginé a mi esposa frente a él o a alguien parecido, mi dulce Esther debió sentir terror antes de morir. Esa idea me hizo sentir un odio enorme hacia el capellán, en ese momento le hice una promesa a mi esposa: si descubría que había participado en su asesinato, lo mataría, lo haría con mis propias manos aunque eso conllevara pasar en la cárcel hasta el fin de mis días.

Me puse frente al escritorio y me senté sin esperar su invitación como hacía siempre, no pareció reparar en el detalle sin embargo me miraba a los ojos como si esperara que yo dijera algo, cosa que no pensaba hacer, me quedaría allí sentado y callado hasta que él dijera algo. Estuvimos así varios minutos que para mí se hicieron eternos hasta que por fin me habló y me preguntó si pensaba contárselo. Yo hice como si no supiera de qué hablaba y le pregunté a mi vez que es lo que debía contarle, su reacción a mi pregunta no se hizo esperar, con una rapidez y una puntería sorprendente lanzó el abrecartas contra uno de los postigos de la ventana clavándolo justo en el centro de la madera. Me quedé fijo en esa especie de puñal, lo veía vibrar allí clavado y supe perfectamente que era una amenaza, el padre Ramón no era un

santo, era una persona fría y cruel capaz de todo, no me cabía duda. Lo miré y me di cuenta que estaba analizando mi reacción, trataba de adivinar mis pensamientos, sabía que lo había descubierto y seguramente estaba decidiendo que hacer.

No pensaba dejarme acobardar así que seguí allí callado esperando, tratando de aparentar una calma que no sentía. Al ver que yo no decía nada, me espetó con voz susurrante que le contara que es lo que había en la caja que encontré. Su insistencia en este tema alejó de mí cualquier duda que me pudiera quedar; su relación con la muerte de mi esposa estaba clara y el motivo también: querían esos papeles, debían ser muy importantes.

En ese instante tomé una decisión, habían asesinado a Esther, me habían tendido una trampa para hacerme aparecer como culpable, me iba a pasar media vida encerrado... pero nunca les diría lo que querían saber, prefería morir antes que dejarles salirse con las suyas.

Miré al capellán directamente a los ojos con una sonrisa irónica y le dije que en esa caja no había nada mas que polvo, que lo que hubiera estado dentro en un principio ya no estaba cuando yo la encontré y que como dicen en La Biblia: «Polvo eres y en polvo te convertirás» y me eché a reír a carcajadas ante la cara de estupor que puso.

Sin embargo su cara de asombro desapareció rápidamente, se levantó, puso una mano sobre mi hombro y apretó fuerte hasta hacerme daño, diciendo que nunca le habían gustado los bromistas y que tenerlo como enemigo dentro de la prisión no era buena idea. Yo respondí de nuevo con una sonrisa que no entendía lo que quería decir porque desde que llegó yo había confiado en él, lo había tratado como un amigo aunque salvando las distancias por supuesto, ya que él era un santo varón y yo solo un asesino.

Estas palabras lo enfurecieron hasta tal punto que me dio una bofetada con toda la rabia que sentía; no esperaba esa reacción pero tampoco me sorprendió, solo vino a confirmar lo que ya sabía, era una persona cruel y violenta. Noté un sabor dulce en la boca y al pasar el dorso de la mano por ella vi que era sangre, me había partido el labio con el golpe y aunque me dolía no estaba dispuesto a dejárselo ver. Levanté la mirada y volviendo a sonreír le dije que tal vez no era tan santo como parecía y que sería mejor dejar de tener estas reuniones porque el café empezaba a saberme amargo. Traté de levantarme pero me empujó contra la silla sujetando de nuevo mi hombro con la mano, a la vez que me amenazaba diciéndome que si no hablaba por las buenas lo haría por las malas ya que recursos era lo que le sobraban en esa prisión.

No tenía intención de seguir en ese juego así que aparté su mano de mi hombro y me levanté mientras lo retaba diciéndole que le sobraban muchas cosas además de recursos y que hiciera lo que quisiera que yo también los tenía. Me dirigí a la ventana, arranqué el abrecartas de la madera, lo dejé sobre su escritorio y salí del despacho.

Una vez fuera me apoyé contra la pared, mi cuerpo temblaba violentamente, las piernas apenas me sostenían y sentía como el estómago estaba a punto de salir por mi boca. Necesitaba tranquilizarme y lo único que se me ocurría era hablar con Andrés así que me dirigí hacia la sala donde imaginaba que estaría jugando ajedrez con algún preso o viendo televisión. Tenía que contarle lo que había pasado, él me escucharía y me aconsejaría sobre la mejor forma de actuar porque yo me sentía incapaz de pensar con claridad en ese momento.

Como imaginaba estaba en la sala, apenas me vio llegar se levantó y vino hacia mí, su

cara mostraba preocupación prueba indiscutible de que adivinaba que algo iba mal. En el tiempo que llevábamos en la Hermandad habíamos aprendido a conocernos y a confiar el uno en el otro. Me hizo un gesto para que lo siguiera y nos dirigimos a un extremo de la sala donde nos sentamos alejados de los demás presos. Me preguntó que pasaba y le conté todo sin apenas pararme ni para tomar aliento, las palabras me salían en tropel de tan nervioso como me encontraba. Cuando terminé respiré hondo y esperé a ver que decía. Durante unos minutos se quedó callado, pensativo y luego mirándome fijamente me dijo que ahora más que nunca debería tener cuidado, si esos papeles eran tan importantes no pararían hasta conseguirlos. Le respondí que no pensaba decir donde los había guardado y que me daba igual que me mataran a mí también pero no iba a consentir que los asesinos de mi esposa logaran hacerse con ellos. Andrés asintió y me dijo que él pensaba lo mismo y que si era necesario me ayudaría; sus palabras me tranquilizaron, al menos no estaba solo en esto y eso era un alivio. También me dijo que deberíamos hacérselo saber al resto de miembros de la Hermandad para eso la habíamos creado, para apoyarnos en situaciones difíciles y esta parecía serlo bastante. Le dije que me parecía bien y que en la próxima reunión contaría todo a los demás.

Varios días después conté a toda la Hermandad Azul la historia completa, toda mi verdad respecto al asesinato de Esther y lo que había pasado con el capellán. Lo cierto es que esperaba que algunos me apoyaran pero que lo hicieran por unanimidad me hizo sentir bien, más que eso, me emocionó. Tener a todo el grupo de mi parte a pesar de que eso les podía traer problemas, era algo que no sabía como agradecerles y así se lo hice saber. En ese momento me sentí satisfecho por primera vez en mucho tiempo, pasara lo que pasara tenía «amigos» de verdad.

No pasaron muchos días hasta que el padre Ramón me hizo llamar de nuevo, en esta ocasión le dije al guarda que me disculpara con él porque me encontraba mal y no podía ir. Sabía que mi negativa lo pondría furioso pero era algo que no me importaba demasiado, más bien al contrario quería ver su reacción y esta no se hizo esperar, media hora después vino a mi celda. Yo estaba sentado en el catre leyendo y aunque me di cuenta de su presencia no levanté la mirada hasta que oí su voz diciendo que era peligroso tenerlo como enemigo. Lo miré y le dije que no lo creía tan peligroso, ya me habían quitado todo lo que tenía en el mundo, mi esposa y mi libertad, no tenía nada más que pudieran arrebatarme. Con voz muy baja para que ningún guarda lo escuchara, me dijo que aun me quedaba algo, aun estaba vivo y cambiar eso dentro de una prisión no era nada complicado y decidir la forma en que sucedería podía ser hasta divertido. Sabía que no estaba bromeando, sus amenazas eran reales pero no iba a dejarle ver que me afectaban así que le respondí que todos debíamos morir algún día, incluso los sacerdotes.

Se marchó sin decir ni una palabra más pero estaba seguro que no sería yo quien dijera la última palabra, ese hombre me haría pagar mi negativa. Sin embargo pasó bastante tiempo sin que me hablara; solía verlo pasar casi todos los días por delante de mi celda y sabía que me vigilaba. A veces, cuando estábamos en el patio sentía un escalofrío y al volverme hacia la ventana de su despacho, lo veía asomado, con su mirada fría clavada en mí.

Pasaron unos meses y llegó navidad, la mayoría de reclusos estaban felices porque recibirían la visita de sus familiares pero yo me sentía más abatido que nunca, no tenía a nadie a quien esperar, ni familia ni amigos. Ahora mis amigos eran los miembros de la Hermandad y mi familia también. Andrés me animó para que ayudara a decorar un árbol que el director había mandado poner en la sala y ante su insistencia accedí, no

quería agriarle la fiesta a él también, así que puse mi mejor sonrisa y lo acompañé. Apenas llegamos, el padre Ramón se me acercó y cogiéndome del brazo me dijo que tenía unas palabras que decirme, Andrés se quedó parado a mi lado pero le dije que siguiera él que en cinco minutos me uniría al resto. El capellán me soltó el brazo y con tono amenazante me dijo que era mi última oportunidad de hablar, o lo hacía ahora o debería atenerme a las consecuencias, no iba a parar hasta conseguir lo que quería. Le respondí que no tenía nada que hablar con él y que me atendería a esas consecuencias con mucho gusto. Dicho eso me marché sin darle opción de decir nada más.

Andrés, preocupado, me preguntó que quería decirme el capellán y cuando se lo conté me aseguró que algo estaba tramando el cura porque lo había visto varias veces hablando con un preso que había llegado dos días antes, un tipo muy desagradable que no hablaba con nadie y del que no se sabía nada, ni siquiera el porqué estaba condenado. Le dije que no fuera tan suspicaz, tal vez solo quería llevarlo por la senda de Dios y dicho esto le sonreí para que se relajara un poco.

Pocos días después en una de nuestras reuniones de hermandad me contó que había visto al capellán entregar algo al preso nuevo, no había visto lo que era pero sí que iba envuelto en una tela negra. Lo vi muy preocupado y le pregunté que era lo que temía porque yo no veía extraño que un capellán hablara con los presos e incluso le hiciera algún tipo de regalo ya que la mayoría de reclusos no disponían de dinero para comprar cosas como tabaco o chicles. Andrés me respondió que no estaba seguro del motivo pero desconfiaba mucho de la relación entre esos dos. Me pidió que tuviera mucho cuidado y me dijo que no perdería de vista a ninguno de los dos.

No habían pasado muchos días de esta conversación cuando una tarde me dirigía a la biblioteca y tuve la sensación de que alguien me seguía, me volví varias veces pero no veía a nadie, esa sensación se repitió durante los días siguientes hasta que empecé a pensar que estaba loco. Se lo conté a Andrés y me dijo que tal vez no eran locuras y que estaría atento por si veía alguien siguiéndome u observándome más de lo normal. Le di las gracias desde el fondo de mi corazón, su preocupación por mí era tan evidente y sincera que no sabía como agradecersele, lo único que podía hacer era devolverle la amistad que me demostraba hasta que un día pudiera pagárselo de alguna forma.

Al día siguiente sonó la sirena del despertador, me levanté como cada día y apenas se abrieron las rejas, me dirigí a las duchas. Antes de entrar el capellán se me acercó por la espalda tomándome del brazo y me preguntó si persistía en mi negativa, le contesté que yo no solía cambiar de opinión tan fácil. Me volvió a decir que era mi última oportunidad, que si no lo decía ahora después sería tarde y una serie de amenazas que ya conocía. Me estaba entreteniéndome tanto que los reclusos iban saliendo de las duchas y yo aun no había entrado. Me sacudí el brazo para quitarme su mano de encima y entré rápidamente, no quería que me sancionaran por llegar tarde. Las duchas estaban casi vacías, los últimos reos ya salían así que me desnudé rápidamente y entré en la primera de todas. Estaba tan concentrado en mis pensamientos que no me di cuenta de que alguien estaba tras de mi hasta que escuché la voz de Andrés gritándome que tuviera cuidado. Me giré y vi que tenía a mi espalda al preso nuevo que esgrimía un cuchillo y se me acercaba amenazante. No me dio tiempo a reaccionar, en apenas unas décimas de segundo Andrés corrió y se abalanzó sobre él que a su vez se giró y tuve la sensación de que le había golpeado el estómago, pero de pronto retiró la mano y vi el cuchillo ensangrentado, lo había apuñalado. El asesino salió corriendo de las duchas con el cuchillo en la mano mientras

yo trataba de taponarle la herida con una toalla pero la sangre salía a borbotones y Andrés me miraba asombrado por lo que había pasado mientras se ponía mas pálido por segundos.

Yo gritaba pidiendo socorro, aterrado lo veía desangrarse en mis brazos sin saber que hacer hasta que uno de los guardas llegó corriendo y al ver lo que pasaba pidió que avisaran al medico. En pocos segundos el médico y la enfermera llegaron y empezaron a practicarle los primeros auxilios mientras uno de los guardas me hacía salir de allí y me preguntaba que había pasado.

Le conté todo, que ese hombre entró con un cuchillo mientras yo me duchaba y como Andrés había intentado salvarme abalanzándose contra él. Mientras el guarda seguía haciéndome preguntas el médico y la enfermera salieron y al ver mi estado de angustia me dijeron que el preso había muerto que no habían podido hacer nada por salvarlo porque el cuchillo había dañado zonas vitales.

Entré corriendo a las duchas, me negaba a creer que eso fuera verdad, Andrés no podía haber muerto, era mi amigo, mi apoyo y mi compañero dentro de ese mundo feo y duro que es una prisión. El había estado a mi lado casi desde el principio y no lo había matado la organización que lo amenazaba sino que lo habían asesinado por mi culpa. Si yo hubiese aceptado las amenazas del capellán y le hubiera contado todo, él ahora estaría vivo, al igual que mi esposa. Mi estupidez y mi terquedad habían sido responsables de la muerte de las dos personas más importantes de mi vida, una fuera de la cárcel y la otra dentro. Empezaba a sentir como el odio y la rabia se adueñaban de mí, sentía mi corazón latir con fuerza y mi mente se nublaba mientras allí de rodillas abrazaba el cuerpo de mi amigo.

Una violencia desconocida se adueñó de mí y tras dejar el cuerpo de Andrés allí tumbado, tapado con la manta que había traído la enfermera, salí hacia mi celda sin pensar en que me sancionarían si no iba al comedor, en ese momento todo me daba igual, de hecho no podía pensar en nada mas que en vengarme, hacer pagar a todos por lo que me habían hecho, deseaba matarlos, esa era la idea que tenía cuando llegué y me senté en el catre. Me quedé allí mirando mis manos manchadas de sangre, era lo mismo que cuando encontré a Esther pero ahora sabía lo que había pasado y el porqué y deseaba matar por ello.

Estaba solo en mi celda pero la imagen de Andrés seguía en mi mente, a él le prometí vengarlos a los dos, lo sentía junto a mí, sentado en la cama ayudándome a planearlo todo y sus palabras de apoyo, aunque irreales, me daban seguridad.

Decidí planearlo con calma, el culpable era el padre Ramón, era a él a quien iba a matar pero quería hacerlo de una forma dolorosa, que pagara por todo el dolor que me había causado. Lo haría despacio, lentamente... de pronto me descubrí pensando en las mayores torturas, recordé cuando en el colegio nos hablaban de la Santa Inquisición y sus métodos y una sonrisa acudió a mis labios imaginando al capellán amarrado en un potro de tortura hasta ser despedazado... sí, quería hacerle sufrir lo máximo posible, iba a ser cruel, despiadado, el peor de los verdugos. Cada cosa nueva que se me ocurría se la comentaba en voz baja a mi amigo Andrés y él reía conmigo y me animaba a seguir pensando.

Sonó la alarma para salir al patio pero yo no salí, me quedé allí sentado rumiando mi venganza, mi cuerpo se negaba a moverse porque mi mente estaba demasiado ocupada en otras cosas. Uno de los miembros de la Hermandad se acercó mas tarde hasta mi celda pero no lo miré siquiera, ni lo escuché, solo entendí algo sobre que el

asesino de Andrés había aparecido muerto en su celda pero me daba igual, yo sabía que el verdadero asesino era otro y era a él a quien pensaba matar. Tenía que pensar la mejor forma de hacerlo por eso no podía perder tiempo ni comiendo, ni durmiendo, ni hablando con nadie mas que con mi amigo... necesitaba todo el tiempo para pensar.

En unos días mi aspecto físico había cambiado totalmente, estaba demacrado, unas enormes ojeras se marcaban bajo mis ojos y mi piel tenía un color casi amarillo. El médico vino a verme después de que los guardas avisaran al director de mi estado y decirle que no dormía ni comía y me pasaba el tiempo sentado sin hacer nada ni hablar con nadie más que conmigo mismo. El doctor, después de hacerme miles de preguntas que yo no respondí, dio orden de llevarme a la sala hospitalaria del centro y así lo hicieron sin que yo tuviera ningún tipo de reacción, solo me dejaba hacer lo que quisieran mientras permanecía en mi mundo, donde tramaba una tras otra las muertes más crueles y dolorosas; solo de vez en cuando miraba a mi alrededor para asegurarme que Andrés seguía a mi lado y pedirle que no se marchara.

No se cuanto tiempo permanecí allí ingresado, me tenían medicado pero yo no reaccionaba con ningún tratamiento, el médico no encontraba razón física para mi estado y repetía que mi enfermedad era mental, que me negaba a seguir en prisión y mi mente había encontrado una forma de escapar allí.

Un día el capellán apareció por la sala para confesar a uno de los presos enfermos, estábamos separados unos de otros por una especie de biombo de madera así que no lo vi cuando llegó pero entre sueños escuché su voz y fue como si algo estallara en mí. Me levanté de la cama y me dirigí hacia el lugar donde estaba, apenas lo vi, cogí una botella de suero de un carrito y me lancé contra el con toda la rabia contenida. No tuvo tiempo de reaccionar, aunque escuchó mi grito y se giró, nada pudo hacer, le golpeé la cabeza tan fuerte que cayó al suelo inconsciente mientras la sangre manaba sin parar.

Rápidamente dos enfermeros acudieron y me sujetaron aunque yo no intentaba oponer resistencia, solo reía descontrolado y decía que había matado al asesino. Me pusieron una inyección mientras observaba como el medico trataba de controlar la hemorragia del sacerdote, yo le decía, entre risas, que lo dejara desangrarse como una alimaña peligrosa.

Después de ese episodio el doctor me diagnosticó esquizofrenia paranoide y pidió que me ingresaran en un centro de salud mental ya que en prisión no podía seguir. Unas semanas más tarde me llevaron al Centro de Salud Mental La Misericordia, un centro regentado por las Hermanas de la Caridad, una orden religiosa que tenía fama de tratar a los enfermos con mucha dedicación y cariño.

Desde el primer día que llegué supe que era verdad, no me trataron como a un loco asesino, ni siquiera como a un preso, era «un ser humano con problemas» como me dijo la hermana Sor Mónica a mi llegada. Yo no hablaba con nadie más que con Andrés si bien es cierto que sus palabras de consuelo y cariño me hacían sentir mucho mejor. Cuando me sedaban por las noches una de las hermanas se sentaba entre mi cama y la de mi compañero de habitación y nos leía un rato, a veces la Biblia, otras veces historias de aventuras, otras sobre animales... esta rutina se mantuvo casi durante toda mi estancia en ese centro y me hacía tanto bien que poco a poco iba deseando que llegara la hora de la lectura y olvidando mis deseos de una venganza cruel.

Llevaba casi seis años en el centro cuando una noche la hermana que venía a leernos derramó el agua sobre el libro que tenía preparado así que fue en busca de un periódico y empezó a leernos las noticias más recientes. Una de las noticias que leyó

hablaba sobre el descubrimiento en América de unos documentos muy antiguos por una joven teóloga. El periodista hablaba de cómo una chica tan joven había conseguido algo que ni los servicios secretos egipcios habían logrado y que a pesar de todo, ella aseguraba que no era más que suerte. Le pedí a la hermana que me dejara ver el periódico y miré la foto de esa joven con una idea en la cabeza. Alguien como ella podría ayudarme, si conseguía hablar con ella cuando saliera de allí la convencería para que viera los documentos que escondí y me dijera porqué eran tan valiosos como para matar por ellos.

Desde aquel día me dediqué a leer cada periódico que podía conseguir, solía salir bastante en las noticias así que podía seguir su rastro, saber de sus logros y de su vida personal, debía conocerla lo mejor posible si quería acercarme a ella y pedirle ayuda. Ante el asombro de los médicos y las hermanas mi ánimo mejoró ostensiblemente, ahora no solo era más sociable con las personas que me rodeaban sino que me dediqué a leer libros sobre teología, historia y documentos antiguos. Leía con avidez cada revista que hablaba sobre la joven teóloga y algunas hermanas empezaron a traermé revistas o libros que encontraban en las librerías y en las que hablaban sobre ella.

El tener una ilusión, un proyecto, me ayudo a salir del pozo en que me encontraba, los médicos me veían mejorar poco a poco y un día escuché a una hermana decir que si seguía así tal vez no me quedaría mucho tiempo en el centro, porque el doctor le había comentado que ya estaba en condiciones de enfrentarme al mundo y que siguiendo un tratamiento podría tener una vida normal fuera.

Esta noticia me dio nuevos ánimos y decidí que iba a salir de allí, había perdido demasiados años entre la cárcel y el manicomio, ya era hora de salir y hacer lo que debía, aunque ahora ya no deseaba matar a nadie, lo que de verdad necesitaba era que se hiciera justicia, que el mundo supiera toda la verdad de lo sucedido.

Ocho meses después llegó el día tan esperado, me dieron el alta del centro, según una carta que recibí, «había pagado mi deuda con la sociedad y estaba curado de mi enfermedad» pero esas palabras no me hicieron sentir bien a pesar de que significaban mi libertad, había pagado una deuda que no me correspondía y no solo la había pagado yo, sino que en el camino dejé a mi amigo Andrés. Había pasado casi un tercio de mi vida encerrado y por fin me abrían la puerta.

Me despedí de los médicos y de las hermanas que con tanto cariño me habían tratado a pesar de creer que yo era un asesino y salí de allí dispuesto a cumplir mi meta: sacar a la luz la verdad con ayuda de Pilar.

Capítulo XIII: Una luz en la oscuridad

Así como la luz de una vela hace que nazcan las sombras, el conocimiento a medias solo genera dudas.

ACABADA la ejecución sin haber obtenido información del Abad Antonio, Pietro y Bernardo regresaron a Roma, allí se reunirían con el Cardenal Ambrossini y con otros miembros de su organización. El tiempo apremiaba, cada día que Francisco permanecía en fuga era un riesgo enorme para la causa.

La salud del Papa Pablo IV se deterioraba rápidamente y muchos decían que no llegaría al final de año. Su sucesor era toda una incógnita y de él dependerían muchas cosas. No podían dejar que un error del Colegio Cardenalicio dejara a la Iglesia a expensas de los reformistas, luego de la lucha que durante años habían librado. Era preciso que esos documentos quedaran a salvo antes de la muerte del Papa. Los pergaminos según sabían, hablaban de eventos de la Iglesia que abrirían las puertas a los renegados e infieles, ya el ambiente antipopular del Papado de Pablo IV era peligroso y una bomba como aquella sería el golpe de gracia en una época de crisis de la Iglesia.

Pietro y Bernardo llegaron al sitio de reunión, una vieja capilla en las afueras de Roma, muy discreta y de acceso controlado, el lugar perfecto para que una reunión de ese tipo se llevara a cabo. Las reuniones de la Sociedad eran muy escasas, solo los hechos determinantes eran consultados al grupo de los siete, lo demás era actuado según sabían por Ambrossini y luego daba cuentas de su actuar, pero el tema de los pergaminos había sido declarado como vital y ninguno quería quedarse fuera de la posibilidad de tomar acción.

Ambrossini salió al encuentro de sus hombres.

—Señores, ¿Hay buenas noticias?

—No Cardenal, dijo Bernardo el monje ha preferido morir que darnos información sobre el paradero de Francisco de Gilbert y los documentos.

—Así que el Abad ha muerto.

—Ha muerto señor. Ha sido inevitable. Pero tenemos otras opciones, hemos dispuesto que el joven Pierre nos sirva de guía. ¿Sabía usted que Pierre, es un hijo ilegítimo de Theodore de la Vassieré?

—No señores, no lo sabía.

—Pues así es, ahora tenemos en nuestro poder a una importante pieza a la que podemos poner a trabajar por nuestra cuenta y en dado caso que fuera necesario, a quien podemos canjear por los documentos en caso de que caigan en manos equivocadas.

—Muy bien señores, ¿Han puesto a alguien de confianza en esta delicada misión?

—Si mi Cardenal, nuestro mejor hombre se encuentra con él. No debe preocuparse.

—Señores, hay mucho en juego para no preocuparme, ya verán en esta reunión con la organización que las cosas son apremiantes. El no traer información positiva el día de

hoy será un desastre, pero cuando se enteren de que Theodore de la Vassieré está tras los pasos de los pergaminos, todo puede arder.

—Señor, dijo Pietro, le aseguro que no se puede ser más diligente de lo que hemos sido, hemos puesto todo nuestro empeño en esta labor...

—Pues no ha sido suficiente Pietro, cortó Ambrossini, y ahora debemos enfrentar a la organización con el mayor optimismo posible. Esto no será fácil.

—Cardenal Ambrossini, dijo Bernardo, esta organización depende del Papa, porque si es verdad que está próximo a su fin...

—Calla Bernardo, esta organización va mucho más allá del Papa, de hecho el nombramiento del Papa en mucho tiene que ver con lo que disponga este grupo, su poder es ilimitado y sus brazos alcanzan a toda Europa.

—¿Más allá del Sumo Pontífice?

—Por supuesto Bernardo, la figura del Papa es importante eclesiásticamente hablando, pero esta organización tiene un trasfondo político y económico que trasciende lo meramente religioso, no hablamos solo de la salvación de las almas para su vida en un reino de otro mundo, hablamos de un grupo que en éste en que vivimos aspira a ser todopoderoso.

—Este grupo ha sido capaz de ascender a Papa a quienes nadie pensaba que podrían serlo y ha cambiado reyes en varios países. Su alcance es ilimitado y ahora siente que los pergaminos de Rodrigo pueden ser un estorbo importante en sus planes. Cuando Pietro y Bernardo entraron ya se encontraban presentes los Cardenales Lugo y Claire, a quienes Ambrossini presentó presuroso.

—Señores Cardenales, estos son los hermanos Pietro y Bernardo de quienes ya les he hablado, son los que han estado a cargo de la búsqueda de los documentos encontrados por Rodrigo de la Goublaye y que según me han dicho se ha avanzado mucho en esta empresa. Pero aguardemos la llegada de los otros miembros, para detallarles, en tanto, pueden degustar algún vino y viandas que he dispuesto para ustedes.

Claire y Lugo se unieron al grupo e informalmente conversaron sobre temas de actualidad palpitante como era la salud de Pablo IV y las apuestas que ya corrían sobre el posible sucesor, donde predominaba el apellido Medici. Si sus temores se confirmaban, el nuevo Papa sería antagónico a lo realizado por Giovanni Pietro el actual pontífice. Quienes más temían eran por supuesto los que más arriba se encontraban en la cúpula eclesiástica a quienes Pablo IV les había dado libertad de acción casi ilimitada, al tiempo en que en su lucha con los reformistas había fortalecido a la inquisición italiana.

Las empresas de carácter económico, político y dogmático que ocupaban a esta organización, debían ser sustentadas y protegidas antes del inminente deceso. La elección de un Papa adverso o una demora en su nombramiento con el consecuente poder que adquiriría el Cardenal Medici, sería desastroso.

—Señores, decía Lugo, espero que la tarea encomendada se halle casi finalizada, enfrentamos vientos de cambio con la muerte en cualquier momento del pontífice y con serias dudas de ser respaldados en nuestra postura por su sucesor. El Colegio Cardenalicio está muy complicado y es hoy más que nunca de difícil lectura, hemos

sido convocados y prestos acudimos a la espera de que las noticias fueran que los documentos estaban en nuestro poder y que las lenguas que pudieran expresar lo en ellos contenido hubiesen sido silenciadas. Pero la introducción hecha por el Cardenal Ambrossini nos da pie a creer que aún hay cabos sueltos. ¿No es así?

—Si señor, respondió Pietro, pero estamos cerrando el cerco y en este momento nuestros hombres deben estar a punto de hacerse con los documentos y traerlos a nosotros.

—Bien señores, bien, esperemos que por el bien de la causa eso se concrete, ya que no vemos la posibilidad de que esta búsqueda se alargue por más días. Sospecho que el secretario Medici sigue nuestros pasos y cada día se hace más peligroso. He sabido que ha enviado dignatarios a hacer averiguaciones y donde este Cardenal mete su nariz, no tardan en darse problemas.

—Pues esta vez no los habrá mi querido Cardenal Lugo, Bernardo y yo hemos dispuesto las cosas para que el hallazgo de estos documentos, lejos de significar un peligro, solidifique nuestra posición. En ese instante interrumpió el Cardenal Ambrossini:

—Señores, han llegado los hermanos que faltaban, podemos iniciar la sesión.

Todos pasaron al recinto contiguo, donde efectivamente los esperaban dos hombres, uno de ellos era evidentemente un Cardenal, el otro, lucía atavíos lujosos y tenía un porte de caballero, era sin duda un miembro de la nobleza.

—Permítanme presentarles a los señores Cardenal Gracciani y al caballero, que me ha pedido mantener su nombre en secreto.

Pietro y Bernardo observaron al acercarse la luz a la mesa, que el caballero llevaba puesto un antifaz que impedía ver su rostro.

—Señores, los hermanos Pietro y Bernardo nos harán un recuento de lo que sabemos hasta el día de hoy y de cuando podremos tener los documentos que tanto buscamos. Hermano Pietro, hermano Bernardo, somos todo oídos.

—Hermanos, dijo Pietro, como ya deben saber, hemos sido encargados por el Cardenal Ambrossini para dar y traer hasta ustedes los resultados de los estudios arqueológicos del señor Rodrigo de la Goublaye, en la muy antigua ciudad de Nínive.

—Pues bien, por lo que hemos averiguado hasta el día de hoy, Rodrigo de la Goublaye, antiguo monje que perdió su camino y su razón, aprovechando el financiamiento de una logia regida por Theodore de la Vassieré, ha encontrado unos pergaminos que al parecer profetizan desde el año 500 aC. hasta mucho más allá de nuestros días, con importantes consecuencias para nuestra Iglesia y las instituciones ligadas a esta. Las profecías aún no habían sido todas descifradas ya que se encuentran escritas en arameo antiguo y además se encuentran cifradas de manera tal que solo un estudioso de la lengua y de la fe pueda desenredar sus misterios.

—Estos pergaminos, fueron confiados por Rodrigo al acercarse su muerte a un monje Jesuita de nombre Francisco, quien lamentablemente huyó de nuestra presencia cuando creíamos que ya teníamos los documentos en nuestro poder. El paradero de Francisco está siendo rastreado por soldados que lo persiguen desde su huida, así como por un importante cazador de hombres que está a nuestro servicio.

—El Cardenal Ambrossini a su vez, al enterarse que los miembros de la logia han

tomado partido en la búsqueda, ha dispuesto que los tres ajusticiadores fueran llamados y en este momento, deben hallarse en camino.

—¿Los tres ajusticiadores? Pregunto el Cardenal Claire, era preciso llamar a estos...

—Si mi querido Cardenal, dijo Ambrossini, lo consideré necesario, dada la situación que tenemos, si esos documentos llegan a caer en las manos agnósticas de Vassieré y su grupo, sería un desastre. Personalmente he instruido para que los métodos de los ajusticiadores no sean excesivos como en la última oportunidad. Creo que luego de ese desaguisado han entendido la lección. Personalmente me hago responsable de ellos.

—Eso no me tranquiliza, Cardenal Ambrossini, ya otras veces se ha tratado de tener bajo control a estos tres hombres y siempre han dado problemas. No es el primero que se responsabiliza por ellos y terminamos recibiendo explicaciones y excusas sobre su actuar.

—Cardenal Claire, ¿Pone usted en duda mi palabra?

—Mi Cardenal Ambrossini, lo que pongo en duda es que alguna fuerza en este planeta sea capaz de controlar a estos hombres.

—Pues le aseguro que antes que...

—Basta señores, dijo el enmascarado, no desperdicien mi tiempo en discusiones estériles, lo hecho, hecho está. Los ajusticiadores han sido llamados y solo nos queda esperar que actúen como esperamos para nuestra tranquilidad y por el bien del Cardenal Ambrossini. Ambrossini bajo la cabeza en señal de sumisión ante el enmascarado, quien obviamente gozaba de un poder sobre este grupo.

—Señores, continuó el enmascarado, por lo visto no hay avances en las tareas encomendadas, los pergaminos han pasado del control de Rodrigo al de un monje que desconocemos y que ahora es acechado por de la Vassieré y sus hombres. No tengo que decirles que la presión sobre mi es mucha, si estos documentos caen en manos erróneas me veré en graves problemas, pero les garantizo que ustedes no los tendrán menos.

Lugo y Claire asintieron refrendando lo dicho por el misterioso hombre en tanto Ambrossini, Pietro y Bernardo entendieron claramente que el sujeto no estaba bromeando y que sus cuellos estaban en juego. Ahora más que nunca dependían del dominio de la situación de su enviado y en última instancia de la efectividad de la agresividad de los ajusticiadores.

El enmascarado dispensó de la presencia de Pietro y Bernardo quienes salieron con la bronca de no poder escuchar el resto de la reunión y con la sensación de haber recibido un ultimátum.

—Primero déjenme decirles que los hermanos que han faltado a esta reunión se encuentran atendiendo un asunto de vital importancia ligado con esta situación, en su éxito reside nuestra oportunidad de salir bien librados si la labor encomendada a Ambrossini fracasa.

—Ahora señores, decía el enmascarado, hablemos de lo que sabemos de los contenidos de esos pergaminos, nadie se deje información para si mismo, ahora debemos trabajar como un cuerpo único e integrado, lo que está en juego es mucho más que una elección papal, están en juego nuestras vidas.

La reunión tardó dos horas, la información era mayormente aportada por el enmascarado y era complementada de alguna forma por Ambrossini. Lugo y Claire eran los que menos estaban enterados del tema de los pergaminos, pero en cambio si sabían mucho del ambiente que se vivía en el Vaticano con motivo de la enfermedad del Papa y de los rumores que corrían acerca de la posible sucesión de un miembro de la familia Medici, aunque no precisamente iban encaminados hacia los florentinos, sino hacia una sección de la familia considerada poco afortunada.

—Compañeros, la muerte de Giovanni Pietro está cercana, decía Claire y eso hace perentorio el dar con estos documentos, creo que eso está claro, pero también es necesario actuar con premura destruyendo algunos documentos que puedan ligarnos a título personal con los eventos del pasado y que es harto explicarlos ahora. Tan importante parece ser una causa como la otra, sugiero que demos apoyo a esta tarea de buscar y destruir todo lo que nos une entre nosotros y con...

—Coincido contigo Claire, pero aún no es momento de arriesgarnos a ser descubiertos en esta tarea, si la búsqueda fracasa, será prioritario, pero si nos arriesgamos ahora, podemos echar todo a perder y dejar todo en manos de Medici. Sugiero esperar, dar un tiempo y si no tenemos acierto, quemar nuestras velas de la manera que sugieres.

—Bien compañero, esperaremos el tiempo que sea necesario, al fin y al cabo tu mejor que nadie tiene las riendas de esto, si caes, caeremos contigo, pero si no, esperamos ser bien recompensados.

—De eso puedes estar seguro, las cosas serán como las hemos hablado. Ahora, cada uno a hacer sus tareas, que esto apremia.

En España, Francisco fatigado llegaba al Monasterio de Montserrat, donde encontraría a su amigo Capmany. Los hermanos Benedictinos dedicados al Santuario y la Oración lo acogieron con amabilidad y Francisco pudo, por primera vez desde que salía de su abadía, sentirse en un remanso de paz.

El monje encargado de la administración era Juan de la Peña y apenas se enteró de la llegada de Francisco corrió a su encuentro para ponerse a sus órdenes.

—Hermano Francisco, nos honra su presencia en nuestro monasterio, el hermano Capmany nos ha hablado muy bien de usted y de su labor como traductor de textos bíblicos, gracias a lo cual hemos podido leer importantes obras de los griegos y obras escritas en lenguas muertas.

—Gracias hermano...

—Me llamo Juan de la Peña, como podrá ver mi apellido coincide perfectamente con el lugar en que me encuentro, así que no tendrá problema en retener mi nombre, dijo Juan sonriendo con un poco de exceso, pensó Francisco.

—Muchas gracias por su amabilidad hermano Juan, sus dotes de anfitriones son bien conocidas en todo Europa y la verdad es que este monasterio lleva fama que los antecede.

—Si hermano Francisco, la historia de este monasterio es rica en leyendas y está, perdonando Dios la inmodestia, plagada de personajes históricos importantes.

—Conozco la historia de Giuliano della Rovere, quien fuera nuestro Sumo Pontífice cambiando su nombre a Julio II, además de Bernat Boil, quien acompañara a Cristóbal Colón al nuevo mundo convirtiéndose en el primer misionero de América.

—Veo que estás bien enterado hermano, pero en vista de que nuestro hermano Capmany me ha pedido le entretenga en tanto se desocupa de algunos asuntos, que su insospechada llegada le ha impedido realizar antes o postergarlos...

—No se preocupe hermano, más bien reciba mis excusas por no anunciarme con antelación, pero el tema que me ocupa me ha impedido cumplir con la mínima cortesía con ustedes.

—Hermano Francisco, toda persona que venga a nuestro santuario es bien recibida, cuanto más alguien como usted. Ahora, para ocupar su tiempo, para mi será un placer hablarle de nuestro monasterio, se que habrá alguna anécdota que pese a su basta cultura habrá de desconocer o que le resulte de interés recordar.

—Por supuesto hermano Juan, estaré encantado de oír su relato.

Bien, dijo Juan que no podía ocultar el enorme orgullo que le significaba el poder hablar de un tema que le apasionaba, empezaré por decirle que este monasterio nació como capilla en el año 888 y fue dedicada a la madre de Dios, doscientos años más tarde los monjes Benedictinos establecimos nuestro Monasterio y nos hicimos cargo del santuario, los hermanos que aquí vivimos estamos dedicados a la oración. Todos los reyes de España han rezado en este santuario. Los catalanes cantan a la virgen: «Rosa de Abril, morena de la sierra, de Montserrat al cielo. Iluminad la catalana tierra, guiadnos hacia el cielo, guiadnos hacia el cielo.»

—El monasterio y santuario se encuentran contra una montaña no muy común, llamada Montserrat, palabra catalana que significa «montaña aserrada», o cortada por una sierra, debido a que sus numerosas formaciones de roca lucen desde lejos como los dientes de una sierra.

—A diferencia de cualquier otra montaña en el mundo, estas formaciones, siendo altísimas, son lisas y en forma de gigantes dedos de una mano que se eleva en oración. Parecerían como si las hubiera tallado y formado una mano prodigiosa.

Muy interesante decía Francisco, agradeciendo sinceramente el esfuerzo de Juan por mostrarle algo de lo que se sentía orgulloso. Francisco pensó para si cuantas veces hizo el lo mismo al ufanarse en mostrar sus libros a visitantes, que las más de las veces fingieron su interés por temas que no les eran trascendentales. Evitaba verse urgido de hablar con su amigo, pero por dentro la angustia de los días pasados y la incertidumbre de una probable llegada de los inquisidores, lo hacía querer apurar el tiempo, como si al hablar con Capmany se pudiera retirar el peso que llevaba sobre los hombros.

—¿Cómo es el estilo de vida de ustedes aquí en la abadía hermano?

—Hermano Francisco, nuestra orden como ya sabes es la Orden de San Benito (OSB) es una orden religiosa fundada por Benito de Nursia, que sigue la Regla dictada por éste a principios del siglo VI para la abadía de Montecassino. Siguiendo su ejemplo e inspiración, hemos basado la normativa de nuestros monasterios en la Regla dejada por Benito, cuyo principio fundamental es Ora et labora, es decir, reza y trabaja.

—El ritmo de vida benedictino tiene como eje principal el Oficio Divino o Liturgia de las Horas, que se reza siete veces al día, tal como San Benito lo ordenó. Junto con la intensa vida de oración en cada monasterio, se trabaja arduamente en diversas actividades manuales y agrícolas, para el sustento y el autoabastecimiento de la comunidad. Supongo que en su abadía de Jesuitas, no será muy diferente.

—Pues nuestra orden no es tan de larga data como la vuestra, de hecho apenas inició hace un par de décadas, nuestro fundador Ignacio de Loyola, que Dios lo tenga en su gloria, quiso que sus miembros estuviésemos siempre preparados para ser enviados, con la mayor celeridad, allí donde fueran requeridos por la Misión de la Iglesia, donde el Papa los necesitara, de ahí que los jesuitas profesemos los tres votos normales de la vida religiosa obediencia, pobreza y castidad y, aparte, emitimos un cuarto voto de obediencia al Papa. Nuestro documento fundamental, dice: «Militar para Dios bajo la bandera de la cruz y servir sólo al Señor y a la Iglesia, su Esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra».

Francisco no pudo evitar al expresar de su propia boca el voto de obediencia que había emitido y enfrentar ahora esa disyuntiva de no saber si debía simplemente entregar a las autoridades de la Iglesia su cargamento. Pero había prometido a Rodrigo asegurarse de hacer lo correcto y hasta ahora no había podido decidir en boca de quien estaba la verdad.

—He oído de ustedes hermano Francisco y tenerlo a usted con nosotros es un honor. Interrumpió Juan su pensamiento.

—El honor es mío hermano Juan, su conocimiento de la historia y fines es aplaudible.

—Gracias hermano. Volvía a decir Juan esforzándose por sonreír con mayor energía y vistosidad de la que sentía.

Caminando mientras hablaban y casi sin darse cuenta habían llegado a la biblioteca del monasterio, donde Francisco se extasió viendo los títulos de las obras.

Los trabajos relacionados con la teología era el tipo de literatura dominante en la biblioteca; no en vano el clero era el centro intelectual de la sociedad en esta época, razón por la que su producción literaria fue, con diferencia, la más productiva.

Francisco pudo hojear algunos libros de estudiosos religiosos como Anselmo de Canterbury, Santo Tomás de Aquino y Pierre Abélard sobre todo los largos tratados sobre teología y filosofía que trataban de reconciliar las enseñanzas de los autores griegos y paganos romanos con las doctrinas de la Iglesia Católica. Las hagiografías, o las vidas de los Santos, también abundaban y Francisco suspiró con la pena de no poder dedicar más tiempo a la revisión de esos escritos, pero sabía que su estancia en Montserrat sería demasiado corta y que su vida misma corría peligro, aunque pensó que en el confín de la tierra su vida igualmente correría peligro, todo había cambiado desde la llegada de Rodrigo. Absorto en sus meditaciones, Francisco fue sorprendido por la potente voz de Capmany que lo saludaba desde unas escaleras que daban a la biblioteca.

—Saludos mi buen amigo Francisco.

—Saludos hermano Álvaro dijo Francisco mientras se acercaba para abrazarlo.

Francisco abrazó a Capmany como lo hacen los familiares que se han dejado de ver por mucho tiempo, su abrazo fue prolongado y con una intensidad que provocó en Álvaro un mal presentimiento.

—Vamos Francisco, cuéntame ¿Qué te ha traído a esta montaña?

Francisco estaba llorando, la carga de sentimientos había sido mucha y al reconocer a Álvaro se acordó de la época en que Rodrigo, Álvaro y él constituían el trío más prometedor de la Iglesia, sus maestros los solían alabar y habían desarrollado una

competencia muy leal entre los tres, Rodrigo era impetuoso, calculador, su actuar incluso caía dentro de lo irrespetuoso a los dogmas y cánones de la Iglesia, Francisco por su parte era un estudioso incansable, no tenía grandes ideas propias, pero su dominio de los escritos de los grandes maestros era virtuoso, podía recitar páginas enteras del pensar de San Agustín o lo establecido en los concilios, sin olvidar una coma. Álvaro, por su parte era un equilibrio entre ambos y quien solía zanjar las diferencias que surgían entre los otros dos amigos. Su dedicación a la oración y contemplación de la obra de Dios lo había llevado a unirse a la orden de los Benedictinos, causando un enfado de sus compañeros que se unían a la naciente hermandad de la Compañía de Jesús, a la que Rodrigo renunció cuando sus ideas reaccionarias se oponían a los apegos a los cánones establecidos.

—Vamos Francisco ¿Qué pasa?

—Hermano, amigo Álvaro, la fatalidad me empuja hacia ti y este monasterio.

Álvaro, con un ademán despedía a Juan que se había quedado mudo ante la caída anímica de Francisco. Una vez las puertas de la biblioteca se cerraron tras Juan, Álvaro reinició la plática.

—Vamos, cuéntame, sabes que te quiero a ti y a Rodrigo como mis hermanos.

—Pues de Rodrigo es que quiero hablarte.

—Ya sabía yo que esas ideas de Rodrigo nos llevarían a...

—Rodrigo ha muerto Álvaro.

La cara de Álvaro se desdibujó, sentía no solo que había perdido a un ser querido, sino que sus palabras habían sido inoportunas.

—Dios lo tenga en su gloria. Cuéntame ¿Qué le pasó?, ¿Ha sido la peste?

—No amigo Álvaro, Rodrigo murió de una causa que no conozco, hace unos días llegó a mi abadía y luego de una noche de agonizar, murió dejándome sin uno de mis amigos y con un problema en las manos que arde como brasas.

—¿Un problema? Vamos dime ¿De qué hablas?

—Álvaro, el motivo de mi visita intempestiva, de lo cual te ruego me perdones a pesar de que siempre me ofreciste venir a colaborar con esta preciosa biblioteca, es que Rodrigo me ha dejado a cargo de un secreto que no puedo revelar a nadie y por el cual me persigue la Inquisición.

—¿Qué dices Francisco, la Inquisición te persigue?

—Si, el hermano Pietro Luciani ha venido a mi abadía.

—Francisco, ¿Me dices que Pietro Luciani, conocido como el devorador de infieles, anda tras de tus pasos? No lo puedo creer, si no hay en la cristiandad un monje con mayor sentido del apego a los dogmas que tu.

—Pues, así es Álvaro, así es.

—Espera me has dicho que Rodrigo te ha dejado a cargo de una tarea que pesa como un yunque, disculpa pero esto de que eres perseguido por el Santo Oficio me ha dejado sin habla y no había reparado en que el motivo de tu visita será precisamente esa

carga, porque para informarme de la muerte de nuestro amigo, una misiva hubiese sido suficiente.

—Si Álvaro, Rodrigo ha dejado en mi poder unos pergaminos y documentos que hablan de los mismos, me ha instruido para alejarlos de las manos de la Iglesia o de grupos extremistas que puedan sacar provecho de ellos. Apenas si ha podido darme instrucciones generales y ha muerto sin decirme bien cual es el peligro a que me enfrento o cuales son las manos en que no deben caer.

—Mis votos como miembro de la Compañía de Jesús me obligan a defender a la Iglesia y a obedecer al ministro de Dios en la Tierra, pero ahora estoy tan confundido que ya no se si Pablo IV es el representante de Dios y si quienes están a cargo de la Iglesia merecen ser defendidos.

—Francisco, me dices que Rodrigo te dio unos pergaminos, ¿No estarás hablando de las profecías de Babilonia, los textos que halló en Nínive y que estuvieron desaparecidos por centurias?

—Si Álvaro, al menos estoy seguro de hablan de profecías y que fueron hallados en Nínive, ¿Qué sabes tu de los mismos?

—Mi querido Francisco, tienes en tu poder los documentos más peligrosos escritos por el hombre, estos pergaminos fueron escritos unos cinco siglos antes de la llegada de Nuestro Señor y es por así decirlo, las profecías del lado oscuro, la antítesis de lo escrito por los grandes profetas del viejo testamento. Contienen la historia del futuro contada por los partidarios del ángel caído.

—Imagina la historia de un guerra sin fin, contada por el lado que perdió la batalla y no como es común contada por los vencedores. Imagina las guerras del imperio romano contada por los pueblos que fueron conquistados y tratados como bárbaros.

—Quieres decir Álvaro, que son profecías equivocadas, con hechos inciertos.

—Al contrario Francisco, los hechos contados como sucederán sin importar los riesgos que esto tenga. Las profecías de Dios son dadas en formas de parábolas, de narraciones anecdóticas para no llevar a los creyentes a problemas que nuestras siempre limitadas mentes puedan mal entender. Ahora imagina a un ser que no le importa que el ser humano se hunda en malas interpretaciones y que tenga a mano los eventos que sucederán, que no le importe contarlos descarnadamente, haciendo de verdades un instrumento para sus mentiras.

—Por un momento imagina la historia de Nuestro Señor contada con datos exactos de nacimiento y muerte, causas y protagonistas, solo que en lugar de magnificar su sacrificio lo enfoque como alguien que quiso hacerse un Dios y ser adorado por las generaciones. ¿Cómo pueden entender los lectores, que en todo sea real y exacto menos en sus intenciones que siempre serán torcidas para arrastrar a los humanos al despeñadero?

—Imagina por un momento un documento que te habla de listas de papas que han de gobernar la Iglesia, en medio de tanto acierto meta la semilla de la desconfianza al sugerir que son elecciones amañadas por los hombres para satisfacer sus deseos de poder.

—Ambos sabemos que la Iglesia ha cometido errores. Pero estos documentos pueden sacudir sus cimientos sin importarle dejar en su lugar algo mejor, solo se preocupa por

dejar el caos de no saber que creer.

—Pero Álvaro, la gente necesita que se le diga en que debe creer, siempre lo necesitará, por eso los dogmas son tan importantes, ¿Cómo vivir sin un código de conducta que nos marque la diferencia entre el bien y el mal? ¿Cómo vivir sin que nos digan qué es pecado y qué no lo es?

—Francisco, siempre has estado apegado a los dogmas, pero ¿Quién determina qué es pecado y qué no lo es? ¿Qué mortal puede arrogarse el juicio de Dios y decir que alguien se condenará o salvará? ¿Cómo distinguir al bueno del malo o lo bueno de lo malo?

—Pero Álvaro, es sencillo, quien habla con la verdad será el bueno, ya lo decía Nuestro Señor: Yo soy el camino la verdad y la vida...

—Si hermano, pero también decía que hay caminos que parecen rectos y son caminos de perdición. En nuestros días, el saber qué es la verdad y qué no lo es, no es tarea sencilla, ni la verdad ni la mentira se encuentran en sus formas puras, siempre vienen revueltas y es necesario sacar la paja del trigo. Quien lo haga por los demás tendrá un poder ilimitado, un poder por el cual los hombres son capaces de matar.

—Álvaro, ¿Crees que estos escritos lleven a alguien a matar por ellos?

—No Francisco, creo que estos escritos lo han hecho por cientos de años y lo seguirán haciendo sin que se cuenten o se distingan quienes son sus mártires. Tienes en tus manos documentos que pueden cambiar las letras con las que se escribirá el futuro, el matiz que se le dará a los hechos que de cualquier manera han de suceder, pero en lo que, el cómo sean contados hará la diferencia.

—¿Me hablas de que estos pergaminos pueden cambiar la historia?

—No, te hablo de que cambiará la forma de contarla y de vivirla y de allí será capaz de cambiar el destino individual de las almas.

—O sea, que no alterará el destino de los eventos trascendentales pero si de la historia individual de cada uno de los integrantes de la humanidad.

—Preguntas cosas que no sabría explicar, probablemente no te lo podrá explicar nadie, ni del presente, ni del pasado y quizá ni del futuro. ¿Quieres que te diga si el destino existe y está preestablecido y si ese destino está dictado para la humanidad o para cada uno de los seres humanos? Creo que pasaría muchas vidas estudiando y aún así sería incapaz de contestarte.

—¿Crees que estaba en tu destino descubrir estos pergaminos sin buscarlos, que llegaran a ti y no a nadie más y que ahora el destino de la humanidad esté en tus manos?

—Pues debo pensar que no, que nada me hace especial para sentir que los hilos del destino me utilicen, cuando existen personas mucho más idóneas para este fin. Entonces ¿No crees que lo que está profetizado en ellos sea cierto, porque de no existir el destino, como alguien podría profetizarlo? Si es así ¿Qué importancia tiene que grupo los tenga, si no son valiosos por carecer de aciertos sobre lo profetizado?

—Pero es que aciertos tiene, sobre lo pasado en los dos milenios que tiene de escrito ha acertado según me dice Rodrigo, con gran exactitud.

—Entonces ¿Cómo me dices que no existe el destino cuando muertes de reyes, guerras y hambres han sido vistas siglos antes de que sucedieran?

—Pero Álvaro, si el destino existe, entonces ¿Qué venimos a hacer a la Tierra, que vale que seamos más o menos buenos cristianos si todo está escrito?

—Esa Francisco, es la pregunta que ha atormentado a santos y paganos y de la cual lamentablemente no tengo respuesta.

—Pero Álvaro, ¿Acaso piensas que somos actores con diálogos establecidos para la diversión de las criaturas celestiales?

—No Francisco, atiéndeme, no creo ni dejo de creer nada, solamente te digo que la predestinación es algo que no ha quedado claro al transcurrir de los siglos y es probable que pasen muchos más sin que nadie pueda determinar si existe o no.

—Pongamos tu caso por ejemplo, crees que el haber estudiado conmigo y con Rodrigo, que Rodrigo buscara estos pergaminos, que los hallara, que muriera en tus brazos, que te los haya dejado a ti y que me busques a mí, haya sido casualidad o causalidad.

—Pues creo que fue causal.

—Bueno, pues si fue causal, tu vida ha sido cambiada drásticamente no desde ahora que tienes los pergaminos, sino desde el momento mismo en que te encontraste con Rodrigo hace ya muchos años, y decidiste ser su amigo, sus vidas quedaron unidas y las acciones de unos afectan definitivamente la vida del otro.

—La vida e incluso la muerte de uno u otro podía estar determinada por esa decisión tomada hace años. Hoy eres perseguido por la Inquisición sin tener mayor culpa que haber sido buscado por Rodrigo, piensa por unos momentos que igual me pudo buscar a mí y ser nuestras vidas diferentes.

—Pues viéndolo así Álvaro, ojalá lo hubiese hecho.

La sinceridad en el rostro de Francisco al decir esto, provocó una risa incontenible en Álvaro, que pronto se hizo contagiosa y Francisco que lloraba hace unos minutos, ahora reía estruendosamente.

—Gracias Álvaro, me has quitado un peso de encima solo con tu comprensión. Siempre supiste animarme en los momentos más duros.

—Vamos Francisco, muéstrame esos dichosos documentos, al menos podré darte una idea aproximada de lo que contienen y porqué no, enterarme que seré a la muerte de su Santidad, el próximo papa.

Ambos amigos miraron por unas horas los documentos que Rodrigo había entregado a Francisco. Álvaro no salía del asombro de ver que según las descripciones de su fallecido amigo, los principales eventos del pasado, habían sido anticipados con gran detalle varios siglos antes de que sucedieran. Encontraba fascinante el ver el pasado descrito con tanta fidelidad como si se tratara de un libro de historia y no de unos pergaminos proféticos.

Aquí hermano Álvaro, llegamos a la época actual, la muerte del Rey de Francia es la más reciente de las predicciones que se ha cumplido, me aterroriza avanzar más en la lectura, no se si quiero saber el futuro, ni siquiera el mío.

Álvaro de poder saber lo que sucederá con tu vida ¿Querrías saberlo anticipadamente?

¿Te refieres a saber la fecha de mi muerte y otros eventos similares?

Si Álvaro.

—Pues no amigo, creo que no quiero saber que pasará conmigo ni con nadie más. El saber que algo sucederá y no poder evitarlo no es algo que tome como un don de Dios, sino como la maldición de un demonio.

—Igual pienso yo, no he querido profundizar sobre los hechos venideros, porque no me quiero sentir culpable de lo que suceda por el simple hecho de no poder evitarlo.

Súbitamente entró Juan a la biblioteca y ofreciendo mil disculpas a Álvaro y Francisco por su descortesía, informó a Capmany sobre la llegada de nuevos visitantes en la abadía.

—Son los guardias de la Inquisición, me han debido seguir hasta aquí.

No hermano Francisco, no son guardias del Santo Oficio, son tres hombres armados hasta los dientes, son andaluces a juzgar por su acento, me han dicho que sus nombres son Luís de la Poza, su hermano Sergio y Diego...

—¿Luís de la Poza has dicho? Dijo Álvaro.

—Si señor, es el nombre que me ha dado. ¿Lo conoce usted?

—Si hermanos, lamentablemente lo conozco, si estos hombres son quienes creo, son asesinos a sueldo que se hacen llamar los ajusticiadores, verdaderos criminales capaces de las más crueles acciones, no conocen Dios ni ley. Esperemos que su presencia en la abadía no esté relacionada contigo Francisco.

Francisco palideció y su rostro se desfiguró, arrolló los pergaminos, recogió los documentos y los introdujo temblando en la bolsa.

—Vienen por mi, Álvaro, ¿Qué otro motivo los traería hasta aquí?

Los amigos se miraron con miedo en sus ojos. En el libro del destino de Francisco podría estarse escribiendo la página final.

Capítulo XIV: La cruzada

Cada quien viaja por la vida buscando su verdad, sin saber que lo único verdadero lo estará aguardando al final de cualquier camino que tome.

THEODORE, Ilker, Agustín y Renzo cabalgaban sin pausa hacia la abadía, Theodore sentía una opresión en el pecho al saber que Pierre podría ser víctima propicia de la Inquisición, la decisión de entregarlo a la abadía y dejarlo bajo el cuidado del Abad Antonio no había sido fácil, Pierre se había convertido en su hijo preferido, pese a ser el único fuera de matrimonio, la dulzura del niño y su increíble capacidad de aprendizaje hacían de él, la arcilla perfecta en la que Theodore podría haber modelado a su sucesor, al miembro de la familia que continuara con su lucha por el saber y la verdad. Al dejarlo en la Abadía, pensó que sería por unos pocos años, tras de los cuales, moldeado en la estricta disciplina de los monjes podría volver por él y formarlo en los conocimientos gnósticos y así conociendo ambas caras de la moneda, podría ser mucho más certero en su determinación de buscar la verdad. Ahora, todos estos sueños que se habían tardado más años de los que quisiera, se veían en peligro justamente por la causa de la que había querido mantener alejado a su hijo en su niñez, la búsqueda de la verdad en los pergaminos de Nínive.

Theodore recordó aquel día en que se realizó el atentado contra su familia, por unos encapuchados y de cómo tuvo que enfrentarlos él solo, dejándolos muertos sin haber sabido de donde venía la amenaza, ¿Quién había contratado a asesinos a sueldo para acabar con su vida? Había logrado salvar a su hijo Pierre, más no así a su madre, quien se desangró en sus brazos. Luego de esa amenaza no le quedó duda, debía proteger a Pierre y alejarse de sus otros hijos que ya alcanzaban la adolescencia. La decisión estaba tomada, a partir de esos días formaría la logia con sus cuatro amigos más cercanos y que compartían sus ideales, a partir de allí nacería una organización que lucharía por la verdad, así significara que las creencias religiosas tomadas de dogmas de la Iglesia, cayeran en un abismo.

La noche caía y para llegar a la Abadía aun faltaba un día de camino, Theodore dispuso descansar en un pequeño pueblo que aparecía a la izquierda del camino, eran apenas unas cuantas casas alzadas alrededor de una taberna, junto a la cual de seguro habría donde hospedarse y comer algo caliente. Los cuatro hombres bajaron de sus caballos y estiraron las piernas, las bestias aliviadas del peso de sus amos también relinchaban agradecidas.

—Descansaremos esta noche compañeros —dijo Theodore—, para mañana al Anochecer estaremos llegando a la abadía. Recuperemos nuestras fuerzas que no sabemos que nos depara el futuro al llegar allí.

—Por mi podríamos continuar, dijo Renzo de Agostini, me gustaría llegar al amanecer ya que cada hora que pasa, el peligro de llegar luego de la Inquisición se hace mayor. Además tu hijo Theodore...

—Gracias amigo Renzo, pero necesitamos descansar, nadie más que yo sabe de lo apremiante que es el tiempo y desea salvar a mi hijo, pero muertos por cansancio o debilitados por el hambre le seré menos útil. Estoy seguro que al llegar tendremos mucha acción y no podemos permitir que el cansancio acumulado nos haga perder la batalla.

—Opino igual que Theodore, terció Ilker por mucho que sea nuestro deseo, es hora de ser prudente y descansar, si no me equivoco para mañana nos espera un día aún más pesado que el de hoy y no es conveniente echar el resto de nuestras fuerzas en lo que podría ser el primero de muchos días de trabajo.

—Agustín Pizarro, el español se limitó a suspirar. Había nacido en la zona de Andalucía y en muchos casos vivió los tormentos de los excesos de la Inquisición. Su padre había sido torturado hasta dejarlo completamente inútil cuando el era apenas un joven y tuvo que convertirse desde edad temprana en el jefe de su familia que, aunque acomodada económicamente, había sido destrozada por el flagelo de una Iglesia que buscaba enriquecer sus arcas a costa de los nobles que caían en desgracia. Aún podía ver brillar los ojos del monje inquisidor, como brillaban a la luz de las antorchas, cuando daba la orden de que a su padre le aplicaran con mayor severidad el castigo del potro. Su padre había resistido estoicamente hasta que sus miembros fueron casi separados de su cuerpo, Agustín pudo oír los tendones al reventarse y los huesos crujir al romperse ante el castigo. Su padre no profirió un grito, cuando el dolor era más intenso se desmayó y no recuperó la conciencia hasta tres días después, para verse hecho un guiñapo humano. Allí comenzó la verdadera tortura, dos años de dolor insoportable y con su moral y amor propio minados, fueron los últimos de su vida, pese a que cada día pedía a Dios acabar con sus días, no se quitó la vida porque tenía principios cristianos arraigados y prefirió soportar el averno en la tierra a una eternidad en el infierno de fuego que esperaba a los suicidas.

—El día en que buscó a su padre para voltearlo para hacer que las llagas producidas por estar siempre acostado dejaran de lastimar su espalda y lo encontró muerto, con los ojos muy abiertos mirando al cielo, decidió abandonar toda creencia en Dios, su vida sería por el contrario una cruzada para buscar las pruebas de que Dios era tan inexistente en la eternidad como en aquellos años en que su padre le pidió que se acordara de él y terminara su sufrimiento.

—Agustín, era un enemigo declarado de la Iglesia, el dirigirse a una abadía le producía náuseas que solo soportaba pensando que lo que lo llevaba allí era enfrentarse a la Inquisición. Había jurado vengarse del monje que torturó a su padre y le dio la muerte más lenta que había podido, donde no solo mató su cuerpo, sino su espíritu siempre ineludible. La muerte del Inquisidor cinco años después en un incendio desatado en una Iglesia en la frontera con Francia no lo alivió de su rencor, su deseo era hacer justicia por su mano y la muerte se había llevado al desgraciado antes de que él pudiera enviárselo. Agustín se unió a Theodore a quien conoció en la corte de Francia, durante una velada en palacio, Agustín dejó claro su aversión por los monjes, lo que llamó la atención de Theodore y luego de hablar por unos minutos, encontró muchas convergencias en su pensar y aunque Theodore no odiaba a la Iglesia, si buscaba con esmero desnudar las mentiras que se escondían tras de sus dogmas, esto había convencido a Agustín de unirse a la logia, poniendo a su orden los bienes y su brazo.

—¿En qué piensas Agustín? —Preguntó Theodore, desde que llegamos estás más callado de lo normal y eso en un joven de tu edad no es signo de nada bueno.

—Que bien me conoces amigo Theodore, pensaba en Patt..., Patricia mi esposa, por cumplir esta cruzada que me ayude a ahuyentar los fantasmas de mi pasado la dejé a escaso un mes de habernos casado, de eso hará ya muchos meses. Patt es la más dulce niña que puedas imaginar, sus cabellos negros como la noche sin luna, sus ojos del color de la miel y una piel tan blanca como la leche de las cabras que criamos allá en Valencia, donde de seguro me espera con ansias. Ella misma me sugirió venir, la

única forma de que podamos ser felices es que pueda obtener la venganza que necesito.

—¿Venganza?, es un mal sentimiento para un recién casado, deberías estar abocado a cosas más edificadoras, como el tener descendencia que asegure que el apellido Pizarro durará por siglos.

—Lo se amigo, de hecho, ambos queremos tener muchos hijos, con la cara de Patt, la mente de Patt y el espíritu de Patt y con mi..., bueno con mi apellido.

Theodore rió sonoramente mientras el joven se sonrojaba. Al oír las risas, Ilker y Renzo se acercaron a ver que sucedía y consultando a Theodore sobre el motivo de sus risas, fueron informados con detalle.

—Nuestro amigo Agustín, está enamorado hasta la pared de enfrente y ha dejado a su esposa en su luna de miel por unirse a esta cruzada.

—¡Vaya! dijo Ilker con su acento inconfundible, pues hay que amar mucho a una causa para que sea mayor que el amor por una mujer, ¿No crees Renzo?

—Pues que les puedo decir amigos, tengo dos hijos gemelos que tienen menos de un año de nacidos y aún no los conozco, están en Génova y pienso regresar a casa pronto para verlos a ellos y a mi mujer por supuesto.

—Pues mi querido Ilker, dijo Theodore, parece que los que estamos aquí por huir de nuestras realidades somos tu y yo.

—Si Theodore, estos dos hombres tienen al amor esperando en sus casas y desperdician su tiempo en causas de viejos amargados.

—Señores, dijo Agustín, no desperdicio mi tiempo, para mi esto es importante, cuando tenga hijos, quiero que ellos se críen en un mundo libre de mentiras y dogmas, que no tengan que temer al flagelo de una Iglesia que pasó de perseguida a perseguidora. ¿Para que traer hijos al mundo en un ambiente donde priva la intriga, el poder desmedido y una Iglesia madre de todos los vicios?

—Palabras desoladoras para alguien de tu edad Agustín, 25 a 30 años a lo sumo ¿verdad?

—Pues el siguiente mes cumpliré 23, pero créanme he vivido mucho más que eso.

—Pues si, habrás vivido 23 y un par de meses, dijo Theodore riendo y mientras miraba y guiñaba un ojo a sus compañeros dijo, tienes una cara de hombre curtido por los años.

Ilker y Renzo soltaron a reír, lo que enfadó a Agustín quien de manera seria les dijo:

—Señores, ríen lo que quieran, pero ninguno de ustedes puede presumir de haber vivido más que yo y menos tu Renzo, ¿se te olvida que eres apenas un par de años mayor? No te vale reírte de mi cuando tu mismo adoleces de lo que estos abuelos presumen. Y tu Ilker de seguro tienes cuatro hijos con tu esposa y sabrá Dios cuantos más por ahí con las prostitutas y cortesanías que te acuestas, pero eso no te hace más maduro que yo.

—Ya veo que no, don Agustín, dijo Renzo quitándose un sombrero que llevaba y haciendo una reverencia, a lo lejos se nota tu madurez.

Theodore e Ilker reían a carcajadas mientras Agustín se ruborizaba en una mezcla de furia y vergüenza por no poder controlar sus impulsos. Sabía desde muy joven que era impulsivo y poco reflexivo, esas características lo hacían debatir arduamente en las reuniones, donde quienes más lo conocían lo incitaban a que se molestara para que saliera el espíritu valiente y decidido que llevaba dentro. Sus mejores intervenciones las hacía cuando la sangre le llegaba a la cabeza, impulsada por un corazón desbocado por la ira.

Patricia era en verdad una mujer hermosa, con la belleza natural de una mujer del mediterráneo y una candidez que la hacía aún más atractiva, se había enamorado de Agustín casualmente por ser polos opuestos, Patt de carácter sereno y meditativo aportaba a la relación la reflexión de los problemas, el análisis de los pro y contras de cada situación y la elección de la mejor alternativa posible dentro de las circunstancias. Agustín en cambio era irreflexivo, sanguíneo, de naturaleza explosiva, solía actuar primero y luego detenerse a pensar sobre lo ya actuado. No pocos problemas le había provocado ese actuar, sobre todo al enfrentar a la Iglesia y sus dogmas, los que no solo no aceptaba, sino que públicamente criticaba. Para su fortuna, era muy querido en su pueblo de Valencia donde residía desde que conoció a Patt y nunca nadie se atrevió a denunciar sus excesos. Patt y Agustín se conocieron hacía unos tres años cuando Agustín viajó a Valencia en busca de sus tíos, a quienes quería entregar unas pertenencias de su padre que consideraba estarían mejor con ellos. Eran reliquias de la Iglesia a la cual amaba y profesaba su padre una gran fe. Para Agustín no eran más que imágenes sin valor, pero el recuerdo de los besos que solía darles su padre, lo animó a no quemarlas, sino a entregarlas a quienes creyeran en ellas. Pese a la insistencia de Patt, nunca pudo reconciliarse con Dios y con la Iglesia, su vida estaba dedicada a destruir el mito y a hacer pagar a quienes responsabilizaba de la muerte de su padre.

Cuando se casaron, Agustín aceptó la bendición sacerdotal para complacer a Patt, pero cada palabra dicha por el cura en la ceremonia le revolvía las entrañas y los recuerdos del suplicio de su padre. Patt, era un par de años menor que Agustín y su familia era católica con una fe muy arraigada. La vida la había tratado bien y el casarse con Agustín fue el premio a su fe de que existía el hombre ideal. Siempre pensó que cuando Agustín viera realizado el don de dar vida y perpetuarse en los hijos se reconciliaría con Dios y podría olvidar sus cicatrices. Dejarlo marchar a la cruzada con Theodore, no fue fácil, lo amaba con locura, pero entendía bien que era necesario que realizara ese viaje en busca de su venganza o de su fe, solo así podrían ser felices.

El día que lo despidió, ató a su cuello una medalla con un cristo, Agustín se negaba a recibirlo, pero la insistencia de la mujer y las lágrimas que derramaba ante su negativa, fueron suficientes para que cediera y aunque sentía que le quemaba el cuello, pronto se acostumbró a la medalla y cada día sentía que era lo que lo unía a Patricia y no la imagen de un Dios al que consideraba muerto o inexistente.

Pocos días después de haber partido Agustín, Patt se enteró de que estaba embarazada, dudó en mandar a avisar a su esposo, pero optó por dejarlo seguir el camino que habían decidido, ya pronto regresaría y le daría la alegría de saber que esperaba un hijo con que Dios le compensaba las pérdidas que había tenido en su vida. Sus criados la cuidarían bien y no era necesario preocupar a Agustín o menos aún sacarlo de una tarea que de seguro sería más difícil emprender una vez la criatura naciera.

—Señores, dijo Theodore, ha sido suficiente charla por hoy, creo que es conveniente que vayamos a dormir, mañana, si no interpreto mal, nos enfrentaremos a los

verdaderos demonios de este mundo.

—Agustín apretó con fuerza la empuñadura de su espada, la oportunidad que tanto había esperado estaba a la vuelta de la esquina.

Por el camino que los conduciría a Montpellier, Pierre y Gorka cabalgaban sin prisa. El paso lento de los caballos les permitía conversar, más Pierre estaba ensimismado, absorto en sus pensamientos, no podía quitarse la imagen del Abad ardiendo en una pira de la Inquisición. Lo atormentaba el no saber de Isabella ¿Cómo murió? ¿Habrá pensado en él mientras lo hacía? ¿Lo habrá llamado pidiendo su auxilio, gritándole que le perdonara las bromas que le dio de niña, las piedras, el agua? Gorka, se percató de que el joven monje lloraba tratando de disimularlo.

—Vamos muchacho, no trates de ocultar tus sentimientos, déjalos que fluyan o terminarán ahogándote. No hay nada peor que el sentir que el corazón está destrozado y fingir que se es duro y que no se siente nada. Perdiste a un amigo, al monje que te crió y a tu amiga, es suficiente razón para llorar.

—¿Cómo sabe usted del Abad y de Isabella? Cuando te encontré en medio de aquella orgía que habían montado los Inquisidores estabas desmayado. Deben haberte golpeado con algo o la emoción fue tan fuerte que desconectó tu mente. He visto esas cosas en los caballeros más valerosos.

—Por favor caballero Gorka, contadme de esa noche.

—No hay mucho que contar, cuando llegamos al galope buscando al pueblo encontramos a la multitud reunida en torno a dos piras que ardían, los monjes aún estaban allí junto con algunos guardias, a ti te tenían sentado en las sillas de los acusados, por lo que inferí que eras la siguiente víctima en el infierno que habían montado esa noche.

—Mis hombres sometieron a los guardias y con la autoridad conferida por el Rey, arresté a esos hombres por asesinato y me aseguré de que fueran llevados a París, donde serían juzgados con toda la rigurosidad que sus crímenes ameritan.

—Mi buen señor, a Isabella, ¿Vio usted a Isabella?

—Si te refieres a la chica que ardía en la pira, créeme que cuando llegué no había nada que hacer por ella, el humo de la leña húmeda la había ahogado y su cuerpo ardía, aunque si te sirve de consuelo, no sufrió tanto como le sucedió al Abad.

—¿Tenía la chica alguna relación contigo? Pierre se quedó pensando y recordó los días de niño cuando Isabella le tiraba piedrecillas y sus constantes bromas, recordó su figura al asistir al abad en la jaula, el ondear de su cabello al marcharse, pero sobre todo, recordó el único beso que había recibido en su vida, un beso tierno y tembloroso y el cómo la chica había huido, como lo dejó solo en el galpón añorando su presencia, como la esperó seguro de que volvería por él, quizá tan segura como lo estaba ella de que él correría tras de sus pasos.

—Debí correr tras de sus pasos, dijo Pierre distraídamente.

—¿De los pasos de quién, mi joven amigo?

—De los pasos de Isabella, era mi... dudó por un momento antes de decir, mi amiga. Ellos la mataron. La mataron porque no aceptó acostarse con ese monje maldito de....

Su llanto volvió a ahogarlo, las lágrimas incontenidas corrían por sus blancas mejillas como un río de tristeza. Gorka lo miró y tragó con dificultad. El estado de ánimo del joven era contagioso, quiso llorar con él, pero a Gorka las lágrimas se le habían secado desde muy joven, cuando su padre lo alistó en el ejército del vaticano. Gorka fue arrancado de su tierra de Bilbao y llevado a conocer los horrores de la formación militar en manos de la guardia suiza del vaticano, se había curtido en luchas de los estados pontificios contra los enemigos de la iglesia y había matado a cientos de hombres en nombre de Dios.

Al inicio llevaba la cuenta y cada noche rezaba a Dios pidiendo perdón por haber matado a un ser humano, pero con el tiempo la filosofía papal de que todos quienes estaban luchando contra el Vicario de Cristo en la Tierra eran aborrecidos por Dios, le dio paz a su alma y le permitía vivir tranquilo.

Luego de una batalla en la que salió seriamente herido y en la cual su vida se salvó gracias a los médicos de Roma que asistían al mismo Papa, Pietro lo reclutó como su brazo armado más fino y era utilizado solo en las misiones más apremiantes. A cambio obtenía en pago buen dinero y la absolución de todos sus pecados y los que pudiera cometer su familia, de esa forma se aseguraba que estaría junto a ellos al final de los días.

Gorka, con los años de servir a Pietro había comprendido que la crueldad de la Iglesia no era mejor que la de cualquier reinado que conocía. Solo los fines eran diferentes, Pietro le insistía continuamente que cuando las causas son buenas, las cosas que se hagan para lograrlas están bendecidas por Dios y que no debía escatimar esfuerzos en la lucha contra los servidores del demonio.

Ahora, en esta tarea que se le encomendaba, le era difícil visualizar al demonio en la figura de ese joven novicio que lloraba por su abad y por la otra infiel quemada, pero sabía que las tretas del maligno eran de todas las clases y que solo se ve bien el corazón de los hombres con los ojos de la fe. Aún así, su corazón estaba triste, el llanto de Pierre de la Vassieré lo había conmovido hasta lo más profundo de su ser.

—Pierre, ¿Eras discípulo de ese hombre infiel que quemaron?

Pierre lo miró con rabia en los ojos. El abad no era ningún infiel, no he conocido en el mundo a nadie con mayor amor por Cristo que a mi abad. Eso solo fueron patrañas de los Inquisidores para sacarle información de Francisco, información que de haber tenido yo, de seguro se las hubiese dado para salvarlo.

—Y ¿Quién es ese Francisco?, dijo Gorka aparentando desinterés al escuchar el nombre de su objetivo.

—Francisco es un monje a quién veo como a mi padre, es justo y generoso, respetuoso de Dios y de la Biblia y que es el motivo por el que viajo a Montpellier. Debo buscarlo, así me lo ha pedido el Abad Antonio.

—¿Y lo encontrarás en Montpellier?

—No lo sé, Francisco debió huir de los Inquisidores y no sé que rumbo ha tomado, Montpellier es un rumbo tan bueno como cualquier otro, por eso he consentido en acompañarlo con su promesa de que cuando sea el momento en que deba separarme de usted, lo haré sin ser malagradecido.

—No te preocupes joven monje, presiento que el destino nos tendrá juntos mucho

tiempo.

Francisco estaba desconcertado, la Iglesia había mandado a sus peores asesinos a buscarlo, a él que no era más peligroso que uno de los ratones que abundaban en los graneros de la abadía. ¿Por qué tanto interés de la Iglesia en estos escritos?

—Hermano Francisco —dijo Álvaro— es preciso sacarlo de este monasterio cuanto antes, estos hombres son muy peligrosos.

—Hermano Juan, ¿Se han marchado ya de Montserrat los mercaderes que llegaron esta mañana?

—Están listos a partir hermano Álvaro.

—Anda, detenerlos es necesario que lleven una carga extra. Y Juan, dame unos minutos y luego haz que los hombres que han llegado vengan a esta biblioteca, diles que estaré encantado de recibirlos.

Juan partió y detuvo a los mercaderes, Álvaro instruyó a Francisco sobre la necesidad de que saliera oculto dentro de las carretas de los mercaderes que ellos lo llevarían a un pueblo cercano y que él haría que uno de los novicios llevara su caballo y lo estuviese esperando cuando él llegara.

—Álvaro, gracias, nunca olvidaré tu ayuda amigo y si me lo permites me mantendré en contacto con misivas, disculpa que no te diga donde estaré, pero como comprenderás mi localización es ahora un asunto de interés de mucha gente, las más de esas con siniestras intenciones.

—Que Dios te acompañe Francisco, busca un lugar seguro para esos escritos y orad mucho para que Dios ilumine tu pensamiento y te deje saber cuales son sus designios para este material. Francisco y Álvaro partieron por las escaleras que habían conducido a Álvaro a la biblioteca, ellas los llevarían a la capilla dispuesta para orar y de allí sería fácil el acceso a las bodegas donde estaban esperando los mercaderes que habían descargado sus productos.

Minutos después de salir los dos hombres, Juan entró a la biblioteca seguido de los tres ajusticiadores.

—Señores, tomen asiento, nuestro hermano Álvaro los atenderá en cuanto termine sus oraciones.

Los tres hombres se sentaron y admiraron la cantidad de libros agrupados, su cultura no era basta como para distinguir la joya que atesoraban esos anaqueles, pero de algo si estaban seguros, nunca habían visto tantos libros juntos.

A los minutos entró Álvaro bajando por las escaleras, señores, sean bienvenidos a Montserrat, soy el Hermano Capmany y seré su anfitrión, espero que las comodidades de este santuario sean de su agrado. He dispuesto que traigan alguna comida y bebida, espero que no hayan cenado.

—Hermano Capmany, la hospitalidad de este monasterio es conocida en todo España —dijo Luís de la Poza— dejadme presentarnos, somos Diego Ramos, Sergio y un servidor Luís de la Poza, somos andaluces y nos encontramos en una tarea importante asignada directamente por cardenales de Roma, hubiésemos querido traer una carta de presentación, pero la premura nos ha ganado.

—No se preocupen hermanos míos, sean bienvenidos y díganme, ¿En que puede servirles este humilde monje a la Iglesia?

—Mi estimado Capmany, nos ha sido encomendado encontrarnos aquí con el hermano Francisco de Gilbert, quien debe traernos importantes documentos dejados en sus manos por Rodrigo de la Goublaye. ¿Ha llegado ya el hermano Francisco?

Álvaro dudó por un momento, no sabía que decir, si los ajusticiadores habían consultado a alguien más y se les había informado del arribo de Francisco y él lo negaba estaría en serios problemas, por otra parte de decir que sí, de seguro lo obligarían a él o a alguno de sus hermanos a delatarlo.

Aún en medio de la duda, Álvaro tosió intentando ganar tiempo, pero fue interrumpido por Juan.

—No señores, no ha llegado a este monasterio en estos días alguien de la trayectoria del hermano Francisco de Gilbert, a quien conozco gracias a numerosas traducciones de los libros que ustedes ven aquí. De seguro de haber llegado me lo habrían informado de inmediato ya que todos los hermanos saben que le profeso mucha admiración por su obra. Ahora que ustedes dicen que viene hacia acá se ha llenado de emoción mi corazón ya que hay muchas cosas que deseo preguntarle al hermano Francisco.

—Gracias hermano Juan, —dijo Álvaro, que reconocía que su intervención con mayor conocimiento de lo que sabían o no los ajusticiadores le había salvado el pellejo— es muy amable de su parte.

—Si los estimados señores desean esperar en este monasterio, con gusto habilitaremos habitaciones para todos ustedes donde estén a gusto y además humildemente le pediré a los hermanos que en cuanto llegue el hermano Francisco, nos lo hagan saber.

—Gracias hermano Capmany dijo de la Poza, me han dicho que el hermano Francisco es su amigo personal desde hace años y que le ha alegrado sobremanera el venir a su monasterio.

—Conozco a Francisco desde hace muchos años, tantos que de repente me siento viejo de solo pensar en mis años de estudiante. Lamentablemente perdí contacto con él desde hace mucho tiempo.

—Y ¿Conoce usted a Rodrigo de la Goublaye?

—Ciertamente señores, veo que están bien informados, Rodrigo, Francisco y yo fuimos condiscípulos y cada uno tomó por caminos diferentes hace ya algún tiempo. ¿Conocen ustedes que ha sido de Rodrigo?

—Si hermano, lamento decirle que Rodrigo ha muerto hace ya algunos días.

—Dios lo tenga en su regazo, señores, me dan una mala noticia, Rodrigo es... era un buen amigo, les ruego me disculpen, me gustaría ir a la capilla y elevar unas oraciones en su nombre. El hermano Juan se encargará de atenderlos como se merecen.

—Pase usted hermano Capmany, ya hablaremos más adelante, hay algunas cosas que quisiéramos saber...

—Lo que gusten señores, será un placer atenderlos y ahora con su permiso me retiro.

Los ajusticiadores se retiraron siguiendo a Juan, en tanto Álvaro caminó hasta la capilla subiendo las escaleras, esa noche rezaría por Francisco, por Rodrigo y de paso, elevaría una plegaria por él y por Juan que sin querer se habían visto envueltos en esta historia de la que solo Dios sabría el desenlace.

Francisco, aprovechando la salida de los mercaderes y escondido en una carreta maloliente fue trasladado al pueblito de San Jorge, donde lo esperaba Anochecer para seguir su camino. Pensó por un momento a donde dirigirse para estar a salvo de los peligros que lo acechaban. Dudó por unos instantes y emprendió el camino hacia Valencia.

Al llegar el alba, exhausto, se recostó en un tronco hueco al lado del camino y se dispuso a escribir a Álvaro y a Juan, de quienes ahora no sabía si estaban a salvo o no, como tampoco lo sabía de Pierre y el Abad Antonio. Rodrigo, trajiste a mi vida tranquila un huracán que ha puesto todo patas arriba.

En algún lugar de Europa en el año de Nuestro Señor 1560.

Hermanos de la Fe.

Abadía de Montserrat.

Hermano Álvaro Capmany.

Con el objeto de que tomen las previsiones del caso y aparten de sus vidas las tentaciones del maligno, quiero que sepan de los avances que he obtenido del estudio de los documentos que me entregaron para ser interpretados. Es importante que sepan en caso de que me suceda algo, que en ellos se habla de la existencia de una sociedad de abominables seguidores de Satán, que según mi humilde opinión y también del hermano que los encontró, persiste hasta nuestros días y que ha calado incluso en nuestra Santa Madre Iglesia, donde algunos de sus miembros han abrazado el cuerpo en llamas del demonio, que Dios se apiade de sus almas —déjenme que les cuente lo poco que con la ayuda de Cristo he podido descifrar. He aquí pues el contenido de mis estudios de uno de los seis documentos: Hacia el año 616 antes de Cristo existió un rey medo llamado Ciaxares que consiguió unificar bajo su mando un grupo de tribus medas y escitas. Ciaxares firmó una alianza con Nabopolasar, sellándola con el matrimonio entre su hija y el hijo del rey babilonio. De esta forma, medos desde el norte y caldeos desde el sur, atacaron conjuntamente Asiria, quien, viéndose rodeada, firmó una alianza con sus antiguos enemigos de Egipto. La ayuda egipcia no llegó a tiempo. En 614 a. C. cayó la ciudad de Assur y, finalmente, en 612 a. C. medos y caldeos tomaron la capital asiria, Nínive, la cual fue saqueada de tal forma que no quedaron más que ruinas. La caída asiria fue celebrada por los reinos anteriormente sometidos. Así El Libro lo relata: Se han abierto las puertas de los ríos, y el templo ha sido arrasado. Ha sido llevada cautiva su reina y las mujeres conducidas a la esclavitud [...] Y Nínive con las aguas ha quedado hecha una laguna [...] Devastada ha quedado ella, y desgarrada y despedazada [...] ¡Ay de ti, ciudad sanguinaria, llena toda de fraudes y extorsiones, y de continuas rapiñas!

Tras la caída de Nínive, el ejército asirio resistió unos años más en la ciudad de Harrán. El ejército egipcio, entretenido en una campaña contra los judíos, no llegó a tiempo de rescatar la ciudad, que cayó finalmente en 605 a. C. Tras la derrota asiria, el ejército babilonio, marchó por el egipcio. Al mando ya no estaba Nabopolasar, quien había enfermado, si no su hijo, que sería conocido como Nabucodonosor II. Se enfrentó a los egipcios en la Batalla de Karkemish, derrotándoles completamente. Esta batalla supuso

que toda la región de Canaán quedase bajo control caldeo. A partir de este momento nació el llamado Imperio babilónico o caldeo, que dominara una extensión de terreno tan importante como su predecesor, el Imperio asirio.

El dominio de Canaán no estuvo exento de problemas. Los egipcios alentaron las revueltas locales y se sucedieron los levantamientos de los reinos y ciudades-estado de la región. Así, en el 598 a. C. el reino de Israel se rebela, es derrotado y algunos líderes de la rebelión son enviados al exilio, llegando al trono un nuevo rey, Sedecías. Esto no impidió que se produjeran nuevas rebeliones, y en 587 a. C. el pueblo de Israel, cuyo rey estaba siendo alentado por los egipcios, vuelve a levantarse en armas. Este periodo coincide con la actividad del profeta Jeremías, que según dice El Libro pidió al rey judío la rendición ante los caldeos, profetizando en caso contrario la destrucción de Jerusalén:

Dijo, pues, Jeremías a Sedecías: Esto dice el señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Si te sales y te pones e manos de los oficiales del rey de Babilonia, salvarás tu vida, y esta ciudad no será entregada a las llamas, y te pondrás en salvo tú y tu familia. Pero si no vas a encontrar a los oficiales del rey de Babilonia, será entregada la ciudad en poder de los caldeos, los cuales la abrasarán y tú no escaparás de sus manos.

Fueron de nuevo derrotados, y en esta ocasión la represión fue más dura: según el mismo Jeremías, los babilonios, a su entrada a la ciudad, mataron a la familia de Sedecías y a él le sacaron los ojos y le condujeron al exilio a la ciudad de Babilonia. También al exilio fue enviada el resto de la población, tanto nobles como plebeyos. Sin embargo a los pobres se les mantuvo en libertad, concediéndoles tierras. La ciudad de Jerusalén fue arrasada y el palacio real, las viviendas y las murallas destruidas.

Babilonia pronto se convirtió en la cuna de cultos a los dioses paganos. Sus seguidores, hechiceros, brujos, aberraciones de la naturaleza, tan demonios como hombres, se extasiaban en orgías donde doncellas eran sacrificadas en aquelarres ofrecidos a sus dioses para lograr de estos el conocimiento que se llevaron al ser expulsados del cielo.

En medio de la confusión de Babilonia, un viejo sacerdote del culto a Belcebú en la noche de luna llena del tercer mes, reunió a las mentes más oscuras de la historia a una reunión secreta en donde compartirían sus conocimientos de las artes negras. Llegaron viajeros de Egipto, Judea, Asiria y por supuesto los apóstatas de Babilonia, e insultando el nombre de Yahvé conjuraron a las fuerzas del mal y ofrecieron sus almas malditas a sus dioses a cambio de la revelación del poder de la forma de hacer suyas las voluntades de los pecadores.

En locos aquelarres invocaron a los demonios mediante la representación de símbolos diabólicos como pentagramas, cruces emblemáticas y otros signos que describo a continuación con el ánimo de que los hermanos reconozcan al maligno y a sus seguidores.

Existen símbolos del Demonio que tal vez, sin saber, usamos descuidadamente. Son como puertas a un universo espiritual sombrío. Estos símbolos condensan poderes usados por chamanes y encantadores, y es bueno saber si contamos con algunos de ellos en nuestro monasterio. A continuación, un breve inventario con algunos de los emblemas diabólicos que he encontrado en los pergaminos.

El pentagrama común y el invertido son dos emblemas demoníacos. El primero es empleado en brujería y hace alusión a los cuatro elementos (fuego-aire-agua-tierra),

mientras que el invertido alude a la estrella matutina, cuyo nombre el Diablo se adjudica.

Ambos son empleados en ceremonias esotéricas y es un recurso de conjura contra espíritus malignos. También se encontró el hexagrama, utilizado como herramienta mágica; se trata de una estrella ubicada dentro de un círculo.

Por otra parte tenemos las cruces emblemáticas, tenemos la «rueda del sol», más conocida como «cruz svástica». Insignia religiosa empleada antiguamente. Fue emblema de celtas, budistas y griegos. Simboliza el recorrido solar en el firmamento.

Otra de las famosas cruces diabólicas es la Cruz Tau, que representa al dios persa Matras y a la deidad india Aryans. El empleo diabólico invierte el sentido original, ya que «Mathras» o «Matras» era el ángel celestial o benigno. Este símbolo lo he visto en una adaptación en la comunidad de los masones.

Por último, he logrado reconocer en escritos más recientes atribuibles a la misma secta, la «cruz invertida», que expresa rechazo expreso por nuestro Señor Jesucristo; es una forma de burla o de irreverencia. Los satanistas emplean este símbolo en sus cuellos. La conocida «cruz de Nerón», relacionada con la anterior, también es una blasfemia a Jesucristo, su significado es «las ruinas del hombre muerto».

También se habla de los animales utilizados para los cultos satánicos, entre ellos el cuerno italiano, llamado también «unicornio», que fue parte de los mitos que los druidas llevaron a Irlanda y Escocia. Comúnmente se lo asocia con la buena suerte, pero los satanistas lo relacionan con los poderes económico financieros, y lo llaman «ojo del mal».

Los miembros adoradores de animales generalmente tienen un poder fetiche relacionado con prácticas oscuras. La cabeza de cabra (cabra cornuda) es empleada como amuleto de chamanes y brujos. También es una forma de irreverencia o burla, porque parodia la pureza del «cordero de Dios», Jesucristo, que murió para salvar al mundo del pecado.

Un emblema egipcio retomado por los adoradores del diablo es el llamado «escarabajo sagrado». En Egipto significaba «reencarnación» pero en los ritos satánicos se lo asocia con el «Dios de las Moscas» o Belcebú. Es usado como signo de protección.

Hermanos monjes, atiendan este escrito, los adoradores de Satán guardan diez mandamientos que parodian los diez mandamientos dados por Yahvé a su siervo Moisés, muchos de ellos llaman al engaño al parecer inofensivos y hasta correctos, pero son instrumento de las tretas de Satán para ganar adeptos entre las mentes débiles.

Oro por ustedes hermanos, para que encuentren la sabiduría para enfrentar la amenaza que se cierne sobre nosotros y que si las apreciaciones de nuestro hermano que los encontró son correctas, podría destruir la cristiandad.

Orad por mi alma, para que no llegue a mí, la maldición que envuelve a los portadores de estos escritos. Siento que mi tiempo se acorta y la labor por desarrollar es mucha, ya les escribiré con nuevos avances donde les indicaré los resultados de la reunión de demonios.

Francisco de Gilbert.

Francisco selló la carta y esperaba que al leerla sus amigos no corrieran riesgos.

Cansado, aseguró a Anochecer a las ramas de un árbol, escondió la bolsa debajo de unas piedras y se tiró a dormir en el duro suelo.

Capítulo XV: En busca de respuestas

Busca con ahínco las respuestas, pero no esperes hallar siempre en ellas la solución al problema...

ESTABA libre, por fin era dueño otra vez de mis pasos, atrás quedaban los años de cárcel y de hospital y muchas de las personas a las que había considerado amigos durante esta etapa de mi vida.

Miraba a mi alrededor y todo lo que recordaba había cambiado, las calles eran distintas, había muchos más coches y más modernos, las casas tenían más altura. Me fijé en una señora que pasó cerca de mí, su vestido era muy bonito, de un color azul muy vistoso y de pronto me imaginé a Esther con uno así, mi bella esposa... le había prometido averiguar la verdad y en mis peores momentos le había prometido venganza pero nada de eso podría hacer solo, necesitaba ayuda y sabía que la única persona que podría ayudarme era esa teóloga llamada Pilar. Decidí que buscaría mas información, tenía que averiguar donde localizarla para hablar con ella. Si le contaba mi historia, mi verdad, tal vez me ayudara porque pensar en contratarla era imposible ya que no tenía dinero y mi propiedad con la cabaña había sido expropiada para pagar mis deudas. Todo lo que tenía en este momento era una pequeña cantidad que me dieron las hermanas a la salida del hospital para que me mantuviera unos días hasta que buscara un trabajo...

Lo primero que debía hacer era buscar un lugar donde vivir, tal vez una pensión barata así que me dirigí a una cafetería y tras tomar un café y un bollo, pregunté a la camarera si sabía de alguna. La chica muy amablemente me dio el nombre de una que no quedaba lejos pero supongo que al ver mis ropas debió pensar que mi economía estaba tan anticuada como ellas y me dio la dirección de una señora que alquilaba habitaciones. Al parecer la señora era mayor y viuda y solía pedir a los huéspedes que ayudaran en pequeñas reparaciones a cambio de una rebaja en el precio de la habitación. Le di las gracias y una propina que imaginé bastante escasa en estos tiempos pero que ella agradeció con una sonrisa, y me dirigí a la casa de dicha señora.

Como me había dicho la chica, la señora era bastante mayor, caminaba con dificultad pero se veía muy buena persona, apenas le dije donde me habían dado su dirección me invitó a pasar a la cocina para hablar y tomar algo caliente. Le dije que no tenía mucho dinero ni trabajo por ahora y me dijo que eso ya lo solucionaríamos después porque tenía un problema en el jardín y tal vez yo podría ayudarle, le dije que estaría encantado de ayudar en cualquier arreglo de la casa que dicho sea de paso era enorme pero muy antigua. Me acompañó hasta el primer piso y tras abrir la última puerta del pasillo me dijo que entrara y me pusiera cómodo que en unos minutos me traería sábanas y una manta.

La habitación no era muy amplia pero a pesar de eso era confortable y con un aire hogareño que agradecí mucho. Pocos minutos después volvió la señora con lo prometido y varias toallas que dejó sobre la silla diciéndome que podía usar el baño que había justo enfrente de mi habitación; me indicó las horas de agua caliente ya que no había durante todo el día y me dijo que si quería una comida casera podía tomarla con ella y otros dos huéspedes más por un módico precio. Le di las gracias asegurándole que comería con ellos al menos ese día y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Me dediqué durante un rato a colocar la poca ropa de que disponía y después de guardar la maleta bajo la cama bajé a la calle en busca de algún lugar donde hubiera conexión de Internet; en los últimos años de hospital había aprendido a usarlo bastante bien para buscar información y seguro que allí encontraría lo que buscaba. Pregunté a unos chicos jóvenes y me indicaron un local donde había ordenadores en los que te cobraban según el tiempo que estuvieras conectado así que me dirigí hasta allí y pasé varias horas buscando. Encontré muchas noticias sobre Pilar pero ninguna me ayudaba mucho porque hablaban de sus viajes por el mundo, su relación con el joven historiador y sobre todo de sus salidas a fiestas y acontecimientos sociales pero nada sobre donde podría encontrarla en ese momento. De repente encontré una noticia publicada en una revista de contenido rosa hacía varios días: el prometido de Pilar estaba en el país y había rumores de que ella viajaría próximamente a visitarlo. Esa era una buena noticia, ahora solo tenía que averiguar dónde estaba y rezar porque fuera verdad que ella venía. Este país no es muy grande así que fuera donde fuera iría hasta el último rincón si era necesario para hablar con ella.

Era ya muy tarde así que decidí que lo mejor era volver a la casa y regresar al día siguiente para buscar información sobre Gabriel, me sentía bastante animado y seguro de que lograría encontrar el lugar exacto donde vivía el historiador.

La cena con los otros dos huéspedes y la señora Inés que así se llamaba, fue muy agradable, me contaron montones de anécdotas que habían ocurrido en la ciudad en los años que yo había vivido fuera. Les dije que había pasado años trabajando en una ciudad del oeste del país y que tras la muerte de mi esposa había decidido volver a mi ciudad natal pero que todo estaba muy cambiado y después de tanto tiempo no tenía amigos ni familia aquí. No quise contarles la verdad, se había hablado mucho de mi historia y para todo el mundo era un asesino cruel y despiadado, no quería ser rechazado porque no tenía otro lugar donde ir y estaba seguro de que si se sabía quién era yo así sería.

Esa noche soñé con mi esposa, paseábamos juntos y felices por los alrededores de la cabaña, hasta que una jauría de lobos nos acorraló mostrando unos enormes colmillos; yo gritaba a Esther que corriera mientras yo los entretenía pero ella se negaba y cogiendo una rama del suelo se ponía a mi lado dispuesta a defenderse. Los animales nos iban a cercando cada vez mas y de pronto uno se lanzó sobre mi esposa y sin que yo pudiera evitarlo le clavó los colmillos en el cuello desgarrándoselo. Desperté horrorizado, con la imagen de Esther ensangrentada en la cabeza, tal como la encontré aquel horrible día. Muchas veces a lo largo de estos años había tenido pesadillas en la que ella moría pero cada una de ellas era distinta en todo salvo en el final en que siempre terminaba entre mis brazos desangrada.

Era temprano pero me levanté y fui al baño a ducharme y afeitarme y después de vestirme bajé para ver si ya podía desayunar. Inés estaba en la cocina y apenas me vio se acercó solícita y me preguntó si quería un café, le dije que lo necesitaba y si era posible también algo de comer porque tenía bastante hambre. Mientras me contaba cosas de la ciudad y lugares donde podría buscar empleo, me iba preparando unas tortitas a las que añadió una crema de frutas que yo no conocía pero que después de probar me pareció deliciosa, así se lo dije y ella aprovecho para contarme que la preparaba ella misma con frutos de su jardín. Terminé el desayuno y me despedí de ella prometiéndole volver pronto para que me explicara en que podía ayudarla.

Me dirigí de nuevo al local del día anterior y me dediqué a buscar información sobre el prometido de Pilar. En muchas de las noticias que había leído sobre ella, por no decir en casi todas, se hablaba de Gabriel pero nunca le presté mucha atención, solo me

interesaba saber sobre la teóloga y su trabajo.

Durante más de hora y media estuve buscando información sobre él y aunque su currículum era tan impresionante como el de Pilar, lo que más abundaba eran las noticias sobre su romance; empezaba a desesperar cuando tropecé con una noticia de la semana anterior en la que otro periódico especulaba sobre el posible matrimonio de la pareja, al parecer la próxima visita de Pilar al país y la compra de una finca por Gabriel era la prueba de ello. Esto era lo que andaba buscando, si había comprado una finca tal vez consiguiera averiguar donde estaba y esperar que por una vez la suerte me acompañara y Pilar estuviera allí con él. Se me había vuelto a hacer tarde y tenía que cumplir lo prometido a Inés así que decidí volver otra vez al día siguiente para continuar con mi investigación.

Pasé el resto del día ayudando en pequeños arreglos de la casa, lo cierto es que me hacía bien el hecho de ser útil, después de la muerte de mi esposa no había vuelto a tener esa sensación tan agradable. Por la noche cené junto con los otros dos inquilinos, eran personas muy educadas con las que la charla resultaba muy amena. Al parecer Inés les había contado que buscaba trabajo y les había informado de mis salidas matutinas porque uno de ellos me preguntó si había habido suerte, le dije que aun no había comenzado a buscar trabajo porque trataba de localizar a un amigo del que hacía años había perdido la pista. El más joven de los dos se ofreció a ayudarme si sabía el nombre completo y esa persona residía en el país. Aprovechando la oportunidad le dije que no sabía el nombre completo pero que sabía que era primo de un historiador muy conocido y que si lograba ponerme en contacto con él podría preguntarle sobre mi amigo. Joseph, que así se llamaba el joven, me preguntó el nombre del historiador y me aseguró que si tenía carné de conducir o vivienda propia lo averiguaría porque su hermana trabajaba en el departamento de Tránsito y su cuñado en el Registro de la Propiedad. Le dije el nombre y que había leído en algún lugar que había comprado una finca hacía poco tiempo, después de sonreír me dijo que sería fácil y que en un par de días tendría su dirección y su teléfono de contacto. Le di las gracias y le aseguré que me estaba haciendo un favor enorme que no sabía como pagarle. El volvió a sonreír y me dijo que sería un placer ayudarme en lo que pudiera. Me despedí de ellos aduciendo que estaba cansado y subí a mi habitación, debía pensar bien los pasos a dar cuando tuviera esa dirección, no podía llamar a Gabriel y decirle que me diera el teléfono de Pilar, pensaría que era un periodista en busca de noticias o algo peor.

Me dormí pensando en como hablar con ella, si debía mentirle sobre quien era yo o decirle la verdad y decidí que por lo que sabía de ella era una persona muy inteligente y si le mentía se daría cuenta de inmediato y no me ayudaría.

Sólo había una forma de hacer las cosas, ir de frente, decirle toda la verdad y esperar que me creyera de lo contrario todo estaría perdido porque no se me ocurría nadie más a quien recurrir.

A la mañana siguiente desperté cansado, aunque había dormido bastante sentía el cuerpo pesado y al verme en el espejo me di cuenta de que estaba viejo, los años de sufrimiento habían encorvado mi espalda y grandes arrugas se marcaban en mi cara, sobre todo bajo los ojos. Me sentía cansado no solo física sino anímicamente también. Aunque Joseph se había ofrecido a prestarme su ayuda, decidí que yo seguiría buscando por mi cuenta también, no tenía tiempo que perder, necesitaba saber la verdad antes de morir y hoy especialmente sentía la muerte mas cerca.

Estuve horas buscando información en Internet pero no encontraba lo que estaba

buscando, no se mencionaba en que lugar estaba la finca que había comprado Gabriel solo el hecho de su compra y el próximo viaje de Pilar; podría estar en el extremo opuesto del país pero si era así viajaría donde fuera con tal de conseguir mi propósito. Decidí volver y esperar que Joseph tuviera más suerte.

No lo vi hasta la hora de la cena y aunque suponía que era pronto para obtener resultados, lo cierto es que lo esperaba con ansiedad. Apenas entró al comedor se dirigió hacia mí con una sonrisa y sacando un papel del bolsillo lo puso sobre la mesa diciendo que había sido muy fácil de conseguir y que además las noticias eran buenas. Tomé el papel y miré lo que en él ponía mientras una sonrisa de satisfacción aparecía en mi cara.

La finca de Gabriel no estaba en el otro extremo del país, estaba a diez minutos de mi cabaña, la cabaña donde había vivido con Esther y donde la habían asesinado. No había conseguido aún el número de teléfono pero lo conseguiría en un par de días. Agradecí la ayuda a Joseph con todo mi corazón y le aseguré que con la dirección sería suficiente; después de cenar me dirigí a mi habitación dispuesto a decidir que hacer.

La finca estaba muy cerca de la ciudad así que el desplazamiento sería fácil, lo que necesitaba era saber cuando llegaba Pilar y la mejor forma de contarle las cosas y sobre todo, tenía que ir a la que fue mi cabaña y recuperar los documentos que guardé, no estaba seguro de que continuaran allí y sin ellos mi historia no sería creíble para nadie, de hecho no sabía si Pilar conocería su valor o para ella serían solo papeles viejos como yo pensé cuando los encontré. De cualquier forma esperaba que mi historia junto con los documentos sirviera para despertar en ella el interés.

A la mañana siguiente salí muy temprano y me dirigí a la estación de autobuses para preguntar si alguno pasaba cerca de mi antigua finca, recordaba que cuando Esther y yo vivíamos allí, al menos tres pasaban a lo largo del día por la carretera cercana y desde allí hasta la cabaña solo eran cinco minutos a pie.

El señor que me atendió me explicó que ahora había un servicio de autobuses muy completo ya que el número de cabañas había aumentado últimamente; cada dos horas había uno que pasaba por la zona y tras llegar a la siguiente ciudad volvía otra vez. Miré la tarjeta con los horarios que me dio y vi que había 6 autobuses diarios de ida y otros tantos de vuelta así que no sería ningún problema llegar hasta allí. Ahora tenía otro problema ¿Cómo entrar sin que los dueños me vieran? No podía llegar y sin más pedirles que me dejaran entrar, debería hacerlo cuando no estuvieran o por la noche así que antes debería ir a ver quien vivía allí y saber la mejor hora de entrar al sótano.

Decidí que al día siguiente que era domingo sería un buen momento para intentarlo ya que mucha gente de los alrededores solía venir a oír misa a la iglesia de la ciudad. Avisé a Inés de que no estaría para la comida ya que me habían hablado de un señor que necesitaba ayuda en su finca y tenía que entrevistarme con él. Me deseó suerte y con un guiño me dijo que me prepararía algo para llevar por si me daba hambre, le di las gracias por ese detalle que me conmovió mucho y tras darle un beso en la mejilla que la hizo sonrojar, subí a preparar una ropa que fuera lo más oscura posible. Me sentía como un ladrón preparando un golpe, mi vida a pesar de todo había sido muy tranquila y entrar a escondidas en una casa que ya no era mía me ponía muy nervioso.

Cuando llegó el primer autobús yo llevaba ya media hora esperando así que subí rápidamente y esperé con impaciencia que se pusiera en marcha; el viaje se me hizo muy largo, cada minuto que pasaba estaba más nervioso y excitado y cuando llegué a

mi parada a punto estuve de arrepentirme y volver, pero recordé la promesa a mi esposa y olvidé mi miedo.

El camino hasta la cabaña seguía igual que lo recordaba, nada parecía haber cambiado, sin embargo era mejor ir con cuidado por si los dueños actuales tenían perros o algún sistema de vigilancia. Según había comentado Joseph un día, ahora mucha gente acaudalada se había instalado en estas cabañas huyendo del ruido y el estrés de la ciudad y las habían transformado poniendo todo tipo de lujos y medidas de seguridad. Deseaba con toda mi alma que los dueños de la que fue mía, no fueran unos millonarios de esos o terminaría de nuevo en la cárcel y esta vez con motivos.

Al llegar al recodo del camino me detuve, respiré hondo para tranquilizarme y en vez de seguir por él, me metí entre los árboles para ver si había movimiento en la casa sin que ellos me vieran a mí. La sorpresa que me llevé fue mayúscula, no solo no había nadie a la vista, sino que la cabaña parecía abandonada; la puerta estaba entreabierta con la cerradura arrancada, los cristales de las ventanas estaban en su mayoría rotos y el jardín que años atrás fue el orgullo de mi esposa, lucía lleno de arbustos y malas hierbas.

A pesar de que para mis planes encontrarla así era una suerte, ver el estado de abandono en que se encontraba me hizo sentir muy mal pero no tenía tiempo para pensar en esas cosas así que con cuidado de no hacer ruido me acerqué a la entrada, aunque parecía abandonada cabía la posibilidad de que hubiera alguien allí. Miré dentro pero todo estaba sucio y destrozado como en el exterior. Entré y me dirigí al sótano mientras imágenes del pasado acudían a mi mente; la luz no funcionaba y las escaleras, que eran de madera, tenían los peldaños podridos por lo que estuve a punto de caer en varias ocasiones. Conseguí bajar con la luz del encendedor y busqué el lugar donde había dejado el cofre, esperaba que siguiera allí ya que el agujero en la pared no era muy visible porque además de pequeño estaba bastante alto. Alcé el brazo y a tientas busqué el agujero e introduje la mano, casi di un grito de alegría cuando mis dedos tropezaron con el cofrecito. Lo cogí con cuidado, ahora sabía que a pesar de ser viejo y oxidado, lo que había dentro tenía el suficiente valor como para que mataran por conseguirlo.

Salí de la casa lo más rápido posible, sin mirar atrás, no quería recordar la última vez que estuve allí. Una vez fuera respiré hondo, había sido mucho más fácil de lo que esperaba pero aún así estaba temblando como si hubiera cometido algún delito. Faltaba una hora para tomar el autobús de vuelta así que decidí dar un paseo hasta el lago, era un lugar bellissimo con él que había soñado muchas veces estos años y allí podría pensar con calma.

El paisaje era tan hermoso como recordaba, el aire estaba impregnado del olor a romero que abundaba por la zona. Me senté bajo un olmo y abrí el cofre, quería ver de nuevo esos papeles, tal vez ahora encontrara algo que explicara su valor. Saqué todo lo que había dentro, parecían unos diarios pero seguía sin entender lo que se decía en ellos. Sería mejor dejar de darle vueltas y esperar a enseñárselos a Pilar, tal vez ella si lo supiera.

Permanecí allí tumbado durante un rato hasta que calculé que sería la hora de tomar el autobús y entonces me dirigí hacia la parada. Para mi sorpresa no tardó mucho en llegar, debía reconocer que los autobuses habían mejorado mucho en estos años. Cuando llegué a la ciudad me detuve en el cyber café para ver si había alguna noticia nueva sobre la llegada de Pilar pero no encontré nada; salí bastante decepcionado pero me dije que no podía pretender hacerlo todo en un día, este había sido productivo,

conseguí recuperar los documentos con bastante facilidad así que bien podría esperar un día o dos.

Sin embargo la espera fue más larga de lo que imaginaba, durante tres semanas fui día tras día al cyber esperando encontrar la noticia que tanto deseaba pero sin suerte, todas las noticias decían que llegaría pronto al país pero ni una fecha aproximada de cuando sería. Empezaba a desesperar, necesitaba buscar trabajo pero antes quería hablar con Pilar o al menos intentarlo. ¿Y si no venía? Tal vez todo esto fuera solo un invento de los periodistas para vender más y yo me estaba aferrando a una esperanza vana.

Por suerte no fue así, al día siguiente Joseph entró al comedor con un periódico en la mano y me lo mostró; en primera página salía una foto de Pilar bajando del avión en el aeropuerto principal. Me sonrió y me dijo que si no había hablado con el historiador ahora lo tendría más difícil porque estaría muy ocupado con su novia. Le respondí que tampoco era tan urgente aunque por dentro sentía una alegría tan grande que casi me resultaba imposible controlar.

Pilar estaba en el país y casi con seguridad iría a la finca de Gabriel, ahora debería vigilar para saber cuando llegaba y tratar de hablar con ella. No sabía si Gabriel iría a recogerla o si ella viajaría sola pero supuse que al menos tardaría un día en llegar; la foto del periódico era del día anterior así que casi con seguridad ya estaría en la finca.

Apenas dormí esa noche, solo deseaba que llegara la hora de coger el autobús para ir hasta allí y hablar con ella. No tomé el primero sino el segundo, me pareció que no era adecuado presentarse tan temprano, eran una pareja joven y no deseaba molestarlos demasiado.

Eran casi las 12 de la mañana cuando llegué a la finca, me acerque por el camino principal no quería que pensarán que quería robar o algo parecido. Llamé a la puerta pero nadie me contestó por un momento creí que no estaban allí pero al mirar por una ventana vi algunas pertenencias de mujer sobre ella, eso quería decir que Pilar había llegado, estaba de suerte.

Decidí esperar un rato y si no volvía le dejaría una nota avisándola de que volvería al día siguiente para hablar con ella. Cuando estaba a punto de hacerlo escuché el ladrido de un perro y al gírame me di cuenta que la pareja estaba tras de mí.

—Esa es mi historia Pilar, sin añadir ni quitar nada. Les ruego que me crean, yo no maté a mi esposa, he pagado una deuda ajena pero ahora quiero pagar una mía, la que debo a mi esposa, descubrir la verdad de todo.

—Discúlpeme señor —dijo Pilar— pero aún no entiendo que es lo que quiere usted de nosotros.

—Llámeme Germán, por favor; lo que deseo es que me ayuden a descubrir lo que pasó, sin duda estos documentos son la clave para saberlo pero yo no sé que son, ni que hacer con ellos.

—Germán —dijo Gabriel— nosotros no somos policías ni detectives, no podemos ayudarle en esto.

—Por favor Gabriel, ustedes son mi última esperanza, no quiero molestarlos pero si ustedes no me ayudan tendré que darme por vencido. No les pido más que una cosa, quédense con los documentos y si después de verlos deciden ayudarme se lo

agradeceré toda la vida y si creen que no pueden hacerlo, lo entenderé y se lo agradeceré de igual forma.

—Está bien —adujo Pilar— nada nos cuesta echarles un vistazo esta noche Germán pero no le prometo nada.

—Gracias Pilar, es lo único que les pido. — dijo el anciano entregándole el cofrecito — además de los documentos que hay dentro encontré un crucifijo que regalé a mi esposa pero no sé que ha sido de él, le he traído una foto de Esther en que lo llevaba puesto, es la última foto que le hice, fue una mañana antes de que fuera a la ciudad a oír misa, dos semanas antes de morir.

—Está bien —respondió Gabriel— déjenos su teléfono y cuando los hayamos revisado lo llamaremos.

—Está anotado detrás de la foto, es de la casa donde estoy viviendo, la señora se llama Inés, ella me avisará si me llaman. Y gracias a los dos, se que les estoy molestando pero no tenía otra opción.

—No se preocupe Germán, no es ninguna molestia.

—Muchas gracias, que tengan un buen día y hasta pronto.

—Adiós —respondieron ambos al unísono.

El anciano se marchó con paso cansado, como si en ese momento la carga que llevaba encima durante tantos años fuera ahora más pesada incluso.

Pilar y Gabriel entraron a la casa y se sentaron en un sofá, ella abrió la caja con cuidado y empezó a sacar los documentos. En verdad eran muy antiguos, Gabriel tomó un diario y tras ojearlo con cuidado dijo a Pilar que era autentico y que las fechas de las anotaciones eran del siglo XVI, ella asintió mientras revisaba otro diario.

—Cariño son diarios de un tal Francisco y otro llamado Pierre —aseguro Pilar— son auténticos pero ¿Tú crees que lo que nos ha contado este hombre pueda ser verdad?

—Creo que aunque los documentos sean auténticos, este hombre no nos dice la verdad. Si fuera inocente ¿Por qué en todos estos años no ha dicho nada? Ha tenido abogados e incluso él mismo nos ha contado de un amigo que vendió su coche, podría haber dicho algo antes y no esperar hasta hoy.

—¿Y que motivos puede tener para venir a contarnos esto?

—Cariño, por desgracia la prensa nos tiene un día y otro como noticia, seguro que vio el periódico y se inventó la historia pensando en ganarse nuestra confianza; tal vez después quiera pedirnos algo, no sé pero no me gusta todo esto. Incluso si fuera verdad ¿Qué podemos hacer nosotros Pilar?

—Pues no lo sé, tal vez tengas razón, mejor los dejamos aquí y ya los leeremos cuando tengamos mas tiempo, ahora tengo un hambre feroz. Germán tomó el camino de regreso a la parada del autobús, no estaba seguro de que Pilar lo fuese a ayudar pero no podía hacer otra cosa más que esperar; de repente escuchó un crujir de ramas secas como si alguien caminara tras él, se volvió pensando que tal vez Pilar o Gabriel lo seguían para decirle algo pero no vio a nadie, así que siguió adelante dando por sentado que sería algún animal.

Decidió que buscaría empleo al día siguiente porque no le quedaba apenas dinero y a pesar de la generosidad de Inés, tenía que pagar como el resto.

Apenas 15 minutos después llegó al autobús, subió y tras pagar el tiquete se sentó en el primer lugar libre; miró el reloj deseando que el autobús llegara pronto, ésa misma mañana había visto un anuncio diciendo que una empresa de transporte necesitaba personal y quería probar suerte.

Apenas había andado el autobús 50 metros cuando se detuvo bruscamente y subió otro pasajero; el conductor le reprochó que no hubiera esperado en el lugar establecido y le aseguró que la próxima vez no lo recogería.

El hombre no respondió, sino que puso un billete por el triple del valor del tiquete en su mano y le dijo, quédese con el cambio. El conductor dejó de hablar y continuó adelante. Germán miró con curiosidad al pasajero, era muy alto, con gafas oscuras y un aire displicente.

—Un tipo acostumbrado a salirse con las suyas —pensó Germán.

El hombre pasó a su lado sin mirarlo siquiera y se sentó justo en el asiento de atrás; mientras el anciano volvía a sus pensamientos, sacó una jeringuilla del bolsillo y cuando vio que nadie lo observaba, se giró un poco y la clavó en el cuello de Germán inyectándole todo el líquido que contenía. El anciano sintió el pinchazo y se llevó la mano al cuello pero fue en vano, en pocos segundos había muerto. El asesino descendió del autobús en la primera parada que hizo al llegar a la ciudad y se alejó con paso tranquilo. Al llegar al final del recorrido el conductor se dio cuenta que quedaba alguien dentro y pensando que dormía, lo sacudió del hombro. El cuerpo de Germán se desplomó sobre él y sus ojos, con mirada vidriosa, hicieron que un grito ahogado saliera de su garganta.

Pilar y Gabriel se habían olvidado prácticamente del anciano, el estar juntos por fin disfrutando su compañía, era para ellos lo primero y habían dejado al mundo fuera de su cabaña, al menos lo intentaban.

Al día siguiente de hablar con Germán decidieron ir a la ciudad de compras y a tomar unas cervezas en algún bar, al pasar por el kiosco Gabriel compró varios periódicos y los guardó bajo el brazo, ya los vería cuando volvieran a casa. Pasaron una mañana muy agradable, el día era radiante y aunque algunas personas los miraban con curiosidad ellos se mantenían ajenos a todo.

Tras volver a casa y comer, se sentaron en el porche y mientras Gabriel tomaba el periódico para leerlo, Pilar, tumbada en una hamaca, le pedía que leyera en voz alta para ponerse al día de cómo iba el mundo.

Él empezó a bromear diciéndole que era una chica perezosa y que había otro periódico, de pronto se quedó callado y Pilar dándose cuenta de que algo pasaba le preguntó si otra vez les habían inventado los periodistas una boda o un hijo. Gabriel sacudió la cabeza negando y le mostró la portada a la vez que le decía:

—Han encontrado muerto a Germán, el anciano que vino ayer. Pilar se levantó y tomó el periódico, en él se decía que lo había encontrado el conductor del autobús y que aun no se sabía el motivo de su muerte aunque todo apuntaba a un infarto.

—Pobre hombre, no dice si tiene familiares o no, tal vez no tenga a nadie.

—Pilar, si Germán ha muerto, ¿Qué piensas que debemos hacer con los documentos?

—No lo sé pero ahora ya no tenemos prisa así que los veremos después y pensaremos en ello con calma.

—Tienes razón, ya no hay prisa.

—De todas formas ¿No crees que es muy extraño?

—¿A qué te refieres Pilar?

—Pues que es muy extraño que apenas unos minutos después de hablar con nosotros haya muerto aunque lo cierto es que se veía cansado y parecía enfermo. No me hagas caso Gabriel, un infarto es algo muy común y más en personas tan mayores. Siempre dejo volar la imaginación más de la cuenta.

—Anda Pilar vayamos a dar un paseo y nos olvidamos de este tema.

—Sí, creo que será lo mejor. Salieron cogidos de la mano y se dirigieron a la cascada, era el mejor lugar para sentarse y descansar sin pensar en nada. Ambos habían decidido abandonar este tema y dedicarse a ellos dos y a planear su futuro juntos. Sin embargo, varios días después Gabriel tuvo que ir a la ciudad a recoger un correo y de paso compro varios periódicos como era su costumbre, no se paró a mirarlos ya que tenía prisa por regresar a la cabaña, Pilar había amanecido algo constipada y no quería dejarla sola mucho tiempo a pesar de que ella le había asegurado que estaba bien y que era un exagerado. Ahora que estaban juntos no quería que nada estropeará su felicidad, había esperado demasiado tiempo para disfrutarla y deseaba que todo fuera perfecto, como siempre soñó desde el día que se reencontraron. Apenas tardó una hora en ir y volver, estaba realmente preocupado por ella, sin embargo, para su asombro, Pilar jugaba en el jardín, con el perro, ajena a todo. Gabriel la observó sin que ella se diera cuenta, era tan hermosa que parecía un ser irreal, realmente amaba a esa mujer y haría cualquier cosa por hacerla feliz. Se dirigió hacia ella haciendo ruido para no asustarla y cuando Pilar lo oyó se levantó y esperó que se acercara lo suficiente para decirle:

—Tardaste demasiado señor historiador, estaba a punto de mandar a este lindo perrito a buscarte. Espero que me hayas traído algo bien rico de la ciudad ya sabes como me gustan las golosinas, soy peor que los niños.

—Y yo pensando que era a mí a quien esperabas, ya veo que lo que deseas son tus golosinas — dijo Gabriel intentando poner un rostro de decepción — anda ven traje varias clases de dulces, los comeremos mientras leemos el periódico.

Se sentaron en los sillones del porche y Pilar tomó uno de los periódicos mientras Gabriel abría las bolsas con las golosinas y las vaciaba en unos cuencos. De repente se levantó mirando la portada y le dijo:

—Gabriel, mira esta noticia, creo que tal vez mis sospechas del otro día no eran tan infundadas.

—¿A qué te refieres Pilar? ¿Qué noticia y de qué sospechas hablas?

—Mira lo que dice el periódico en la portada: «El anciano encontrado muerto en el autobús, fue asesinado».

—¿Asesinado? —preguntó Gabriel bastante asombrado.

—Sí, y dentro, en el artículo, dice que fue asesinado con un veneno que le inyectaron.

Creo que su asesinato no es casualidad Gabriel, ¿Y si lo que nos contó fuese verdad?

—¿Piensas que lo asesinaron por esos documentos?

—No lo se, pero deberíamos revisarlos cuanto antes.

—Está bien, voy por ellos y empezamos ahora mismo.

Gabriel tomó el cofre y sacó los diarios poniéndolos sobre la mesa; Pilar cogió uno y comenzó a leerlo mientras Gabriel hacía lo mismo con otro. Durante varias horas estuvieron leyendo detenidamente hasta que Pilar cerró el suyo y dijo:

—Gabriel, en este diario se habla mucho de un tal Capmany.

—En este también lo nombran ¿Crees que estos diarios son reales? ¿Qué estas personas existieron de verdad?

—Yo creo que sí pero para estar seguros ¿Qué te parece si buscamos información en Internet? tal vez encontremos algo. Si podemos ubicar a alguna de estas personas sabremos a qué atenernos.

—Tienes razón Pilar, voy por el portátil a ver que encontramos Gabriel conectó el ordenador y empezó a buscar información sobre Francisco pero había demasiados monjes de la época llamados así, de un tal Pierre no encontraron nada así que lo intentaron con Capmany y en esta ocasión tuvieron suerte; se hablaba de él, era un benedictino del siglo XVI. Siguieron buscando en los registros de la Orden Benedictina hasta que consiguieron descubrir que había ejercido su monacato en el monasterio español de Montserrat.

—Bueno Gabriel —dijo Pilar— creo que esto confirma no solo la autenticidad de los diarios sino que lo que se cuenta en ellos es cierto.

—Tienes razón, estos diarios son auténticos, necesitamos que alguien nos ayude y a ser posible alguien de la Orden Benedictina para que tenga acceso a sus archivos.

—Sí —aceptó Pilar. —¿Pero quien podría ayudarnos Gabriel? Yo no conozco a ningún monje en este país ¿Y tú?

—Pues lo cierto es que yo tampoco, no tengo idea de a quién preguntar.

—Se me ocurre una cosa —dijo Pilar. —¿Qué te parece si mañana vamos a la ciudad y hablamos con el párroco? Tal vez él conozca algún benedictino, al fin y al cabo entre colegas.

—Pero que demonio eres Pilar ¿Qué es eso de colegas? ¡Vaya forma de hablar! Además ¿Cómo es que toda una teóloga de tu fama no conoce a nadie de esa orden?

—Vaya señor historiador ¿Cómo es que no lo hace un historiador de su categoría? Pues que sepas que sí conozco un benedictino el problema es que hace dos años más o menos que murió — dijo Pilar haciendo un mohín de decepción.

—Pues menuda ayuda —aseguró Gabriel sonriendo— haremos una sesión de espiritismo para preguntarle.

—No seas bobo — contestó Pilar — Si la hacemos mejor invocamos al mismísimo Capmany, al menos tendremos información de primera mano.

—En eso te doy la razón —respondió Gabriel sin poder contener la risa. A la mañana siguiente despertaron temprano y tras desayunar subieron al auto y se dirigieron a la ciudad dispuestos a hablar con el sacerdote de su parroquia. Cuando llegaron a la iglesia, estaba celebrando misa así que decidieron salir y dar un paseo mientras terminaba. Apenas quince minutos después vieron que la gente salía así que decidieron volver y tratar de hablar con el sacerdote; este se encontraba en la sacristía quitándose los hábitos y apenas los vio, los invitó a pasar. Así lo hicieron mientras el sacerdote se presentaba:

—¡Buenos días hermanos! Soy el padre Aurelio ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenos días padre — respondió Gabriel —ella es mi prometida Pilar y yo me llamo Gabriel. Discúlpenos si lo molestamos pero queríamos saber si nos puede ayudar.

—Será un placer hacerlo si está en mi mano, díganme de qué se trata.

—Verá padre —dijo Pilar— es una larga historia.

—Pues entonces —la cortó el sacerdote— será mejor que pasen dentro y me la cuentan ante una taza de café ¿Les parece bien?

—Será un placer padre —respondió Gabriel. Siguió al sacerdote hasta una habitación pequeña que hacía las veces de despacho y ante un gesto suyo se sentaron frente al escritorio. El sacerdote se acercó a la cafetera que ya tenía el café listo y sirvió tres tazas, las colocó en una bandeja con el azucarero y acercó una a cada uno.

—Ahora adelante —les dijo animándolos con una sonrisa— cuéntenme esa historia. Gabriel procedió a contarle todo lo que había pasado desde la visita del anciano, ante la atenta mirada de Pilar y la cara de sorpresa del cura. Cuando terminó el sacerdote tomó un sorbo de café y después de unos segundos de silencio preguntó:

—¿Y en qué puedo ayudarlos yo?

—Pues verá —dijo Pilar decidida— necesitamos averiguar cuanto sea posible sobre ese monje, Capmany y hemos pensado que tal vez usted conozca a alguien de esa orden. Necesitamos tener acceso a sus archivos y para ello deberíamos tener contacto con algún miembro.

—¿Dicen ustedes que ese anciano les dio unos documentos antes de morir?

—Si señor, perdón, si padre —rectificó Gabriel.

—¿Y en ellos se habla de ese monje Capmany?

—Sí padre —aseguró en esta ocasión Pilar— y hemos averiguado que era un benedictino del siglo XVI que vivió en un monasterio de España, el Monasterio de Montserrat.

—En este momento no se me ocurre quien pueda ayudarles —dijo el cura— pero hagamos una cosa; voy a hablar con un discípulo mío, él me dirá quien puede servirles en esta investigación. ¿Qué les parece si vuelven mañana por la tarde y les digo lo que averigüe?

—Nos parece muy bien —aseguró Pilar, en nombre de los dos— volveremos mañana sobre las cinco de la tarde ¿Es buena hora padre?

—Por supuesto hija, los espero mañana a las cinco. Pero mejor en mi casa a esas

horas no suelo estar aquí en la iglesia; vivo en la calle El Salvador, número diez, es la calle del Mercado, la encontrarán con facilidad.

—No se preocupe padre —dijo Gabriel— conozco la ciudad. Tras estas palabras estrecharon la mano del sacerdote y se marcharon, no sin antes darle las gracias por su ayuda. El sacerdote los vio salir con un gesto de satisfacción en el rostro. Fiel a la costumbre de Pilar, a las cinco en punto del día siguiente, estaban en la casa del párroco; este los hizo pasar con una sonrisa y los invitó a sentarse mientras les ofrecía un café.

—Bien, queridos hermanos, les tengo buenas noticias, ayer hablé con mi discípulo y amigo y me ha dado el nombre de un monje que estará encantado de ayudarles. Su nombre es hermano Ariel y pueden encontrarlo en el Monasterio de Cristo en el Desierto, es de la orden benedictina.

—Muchas gracias padre —dijo Gabriel.

—Sí padre —ratificó Pilar— le estamos muy agradecidos por su ayuda.

—No tienen nada que agradecer hermanos —aseguró el cura— es un placer ayudarlos en lo que esté en mi mano. Espero que encuentren lo que buscan.

—Ojalá sea así —dijo Gabriel. —Ha sido un placer conocerlo padre, ya no lo molestamos más.

—Id con Dios hermanos —respondió el sacerdote— y vuelvan cuando quieran.

—Adiós y gracias por todo —se despidió Pilar. Regresaron a la cabaña no sin pasarse antes por el supermercado para comprar algunos artículos. Durante todo el trayecto no dejaron de hablar sobre el mismo tema: el anciano y los documentos; estaban decididos a ponerse en contacto con el hermano Ariel cuanto antes. Esperarían hasta el lunes y se dirigirían al monasterio para hablar con él. Decidieron olvidarse del tema durante el fin de semana y disfrutar de su compañía y del hermoso paisaje que los rodeaba. El sábado lo pasaron en casa, durmieron hasta tarde y después de comer salieron a dar un paseo. El domingo prepararon una cesta con comida y una botella de vino y se fueron a la cascada, el día era caluroso así que se bañaron y jugaron como niños y después de comer bajo un enorme chopo, se tumbaron a descansar y se quedaron dormidos. Regresaron a la cabaña relajados y satisfechos, admirando los hermosos colores de la vegetación y los olores que de ella se desprendía. El lunes salieron bien temprano, el camino hasta el monasterio era largo, casi dos horas y querían llegar antes de que el monje saliera, ya que el padre Aurelio les había contado que el hermano Ariel era profesor en un colegio de la ciudad. Durante el trayecto especulaban sobre la posibilidad de que el monje quisiera ayudarlos a descubrir que se escondía tras estos diarios. Pilar aseguraba que el monje les ayudaría, está en la naturaleza de los religiosos servir a sus hermanos. Gabriel por su parte aseguraba que no todos los monjes son tan serviciales y este aun no sabían como sería. El viaje se les hizo mas corto de lo que esperaban, su charla distendida los acompañó todo el tiempo y cuando vieron el cartel anunciando que el monasterio estaba a quinientos metros se sorprendieron de haber llegado tan pronto.

El monasterio era muy antiguo pero bien cuidado aunque se notaba que había necesitado muchas reformas en el tiempo. Entraron y un monje les salió al encuentro para preguntarles que deseaban. Gabriel tomó la palabra para decirle que deseaban ver al hermano Ariel. El monje los acompañó a una pequeña sala donde les pidió que tomaran asiento mientras avisaba al hermano Ariel. Apenas cinco minutos después un

monje de unos treinta y cinco años se presentó ante ellos, era bastante alto, casi como Gabriel y un rostro serio, dijo ser el hermano Ariel y que lo habían avisado de que iba a recibir una visita. Gabriel y Pilar se presentaron y procedieron a contarle al monje lo que había pasado con Germán. Después de contárselo todo, el monje miró a Pilar y le preguntó que deseaban exactamente de él. Ella le respondió que necesitaban ayuda para entender que valor tenían esos documentos aparte del valor ya de por sí tenían por su antigüedad.

—¿Y que necesitan de mí? —dijo el monje.

—Necesitamos que revise usted los datos que aparezcan en los archivos de la orden, especialmente en el monasterio de Montserrat. —Aseguró Pilar.

—¿Porque en ese Monasterio precisamente? demandó el monje.

—Pues por la simple razón —dijo Gabriel— de que el hermano Capmany vivió en ese monasterio y el único dato fiable que tenemos, es que ese monje vivió allí.

—Pues da la casualidad mis, queridos hermanos —dijo el monje— de que en unos días viajo para España, voy a Barcelona y siempre quise conocer ese monasterio porque, entre otras cosas, es una obra de arte, un edificio digno de ser conocido. Así que si lo desean, pueden acompañarme y ver esos archivos en persona.

—¿Cree usted, hermano que se nos permitirá ver los archivos? —preguntó Pilar.

—Si vienen conmigo los verán, se lo aseguro —respondió el monje— viajo el próximo lunes. Si desean acompañarme estaré encantado de viajar con ustedes.

—Sería un placer acompañarlo —reconoció Gabriel— pero a mi me resulta imposible, tengo que trabajar a finales de semana en un proyecto nuevo pero si Pilar quiere puede acompañarlo, ella. ¿Qué dices Pilar?

—Que estaré encantada de visitar el Monasterio de Montserrat. Tal vez sea la punta del hilo de que estiran para saber que secreto esconden estos papeles.

—Entonces, decidido —dijo el hermano Ariel— el lunes la espero aquí hermana: ahora llamaré al aeropuerto para reservar otro billete más.

—Muchas gracias hermano Ariel, estaré aquí a primera hora del lunes y presumo de mi puntualidad.

—¡Hasta el lunes! —se despidieron al unísono Gabriel y Pilar mientras el monje los despedía con un gesto de su cabeza.

Capítulo XVI: Tras las huellas de una historia

Sigue mi senda, camina sobre mis pasos y mi voz te contará un secreto perdido en el tiempo.

GABRIEL y Pilar regresaron a la cabaña hablando sobre el próximo viaje a España; él empezaba a arrepentirse de haberla animado a hacerlo, no debería decir las cosas sin pensarlas bien. Apenas llevaban juntos unos días y ya estaban a punto de separarse, no paraba de repetirse que era un tonto, desde que apareció Internet había otras formas de hacer las cosas. Pilar lo conocía bien y sabía lo que estaba pensando, estaba segura de que antes de salir del monasterio ya se habría arrepentido de sus palabras, es por eso que trataba de tranquilizarlo:

—Gabriel sólo serán unos días, volveré pronto, ahora que estamos juntos por fin ni sueñes con que te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Hemos esperado esto mucho tiempo —dijo Gabriel— no sé por qué nos hemos metido en este lío, no es cosa nuestra Pilar, tal vez deberíamos hablar con la policía, entregarles los diarios y que ellos se ocupen.

—Sabes bien por qué nos hemos involucrado —recordó Pilar. —Germán vino a nosotros, nos confió su historia esperando nuestra ayuda, no podemos quedarnos de brazos cruzados como si no hubiera pasado.

—Tienes razón Pilar, no está en nuestra naturaleza dejar las cosas sin resolver. Pero prométeme que tendrás cuidado, no sabemos hasta qué punto, puede ser peligroso todo esto. Tal vez su historia era falsa y todas nuestras sospechas no tienen fundamento pero también puede ser verdad y nos estamos metiendo en algo muy peligroso.

—Está bien —respondió Pilar— te prometo que tendré mucho cuidado y que volveré apenas vea esos archivos. Además ten en cuenta que nadie sabe que tenemos esos documentos, solamente el padre Aurelio y el hermano Ariel así que no corremos peligro.

—Eso espero —dijo Gabriel— te quiero de vuelta antes de que empiece a extrañarte y eso será apenas subas a ese avión.

—¡A sus órdenes señor historiador! La soldado Pilar cumplirá al pie de la letra —aseguró ella entre risas.

Llegaron a la cabaña casi a la hora del almuerzo, mientras Gabriel cargaba algunas compras que habían hecho en la ciudad, Pilar se adelantó para abrir la puerta; sin embargo, para su sorpresa, la puerta cedió apenas la tocó.

—¡Gabriel —gritó desde la entrada— hemos dejado la puerta abierta, cada día somos más despistados!

—Eso no es posible —replicó él— recuerdo perfectamente que la cerré al salir al igual que la ventana del comedor.

—Como digas, pero la puerta estaba abierta y no creo que se abra sola. Le respondió Pilar.

—Espera Pilar, no entres, déjame echar un vistazo antes, puede que haya entrado alguien.

—¿Crees que han entrado a robarnos?

—No lo sé —dijo Gabriel— pero se que cerré la puerta cuando salí.

Gabriel cogió una rama de árbol que usaba para jugar con el perro y sujetándola con fuerza entró a la cabaña. Revisó habitación tras habitación pero todo parecía estar en orden, no había nada fuera de lugar. Empezó a pensar que tal vez se había equivocado y si que olvidó cerrarla, no había rastro de que hubiera entrado alguien a la casa.

Los días previos al viaje de Pilar pasaron rápidos, ella no paraba de hablar de Germán, los documentos y lo que podría esconderse en ellos pero para Gabriel no era tan excitante, pensaba que todo esto podría ser mucho más peligroso de lo que ambos imaginaban y que Pilar se viera involucrada no le gustaba. Sin embargo, le prometió que mientras ella estuviera en España él seguiría investigando en la ciudad. Tal vez Germán, antes de morir, tuviera más documentos en su poder que pudieran ayudar con la investigación y de ser así debían encontrarlos.

Llegó el día previo al viaje, el hermano Ariel llamó a Pilar para confirmar que lo acompañaba en el viaje y ella le aseguró que estaría allí con tiempo suficiente para tomar ese avión. Ya tenía el equipaje preparado, solo le restaba guardar los diarios por si los necesitaba. Los envolvió con cuidado para que no sufrieran ningún daño y los metió entre la ropa, eran documentos muy antiguos y cualquier descuido podría causarles un daño irreparable.

A la mañana siguiente despertaron temprano, Gabriel quería acompañarla hasta el aeropuerto y ella lo aceptó de buen grado, no le apetecía separarse de él aunque sabía que debía hacerlo. Se dirigieron al monasterio a recoger al hermano Ariel que ya lo esperaba y marcharon al aeropuerto. Durante el trayecto el monje les contaba su última visita a España y les hablaba de los archivos que deseaba ver en el Monasterio de Montserrat, ya antes había estudiado algunos gracias a que estaban informatizando la biblioteca y muchos ya estaban disponibles. Les contó que de todos los documentos que se conservan, le interesaba estudiar el Llibre vermell, proveniente del Scriptorium montserratino del s. XIV, una auténtica enciclopedia del Montserrat medieval, con un gran interés histórico, litúrgico, doctrinal, geográfico, astronómico, teratológico e histórico-literario. Ellos escuchaban con atención sus explicaciones que eran muy interesantes, de hecho ya habían oído hablar de ese libro, una de las joyas que guardaba la abadía.

Llegaron al aeropuerto con tiempo suficiente para tomar un ligero desayuno antes de embarcar, Gabriel empezaba a arrepentirse de no ir con ellos, le habría gustado acompañar a Pilar en su investigación pero tenía obligaciones que no podía eludir.

Se despidieron no sin que ella le asegurara de nuevo que volvería cuanto antes y pedirle que él por su parte tratara de averiguar sobre Germán. Él le aseguró que lo haría pero que si no volvía pronto iría por ella y ambos se echaron a reír.

El vuelo hasta Barcelona se hizo muy largo a pesar de que la charla con el hermano Ariel era muy interesante; tenía que reconocer que era un pozo de conocimiento a pesar de no tener más de cuarenta años, según calculaba Pilar.

En la terminal de El Prat los esperaba un hombre joven que Ariel le presentó como Raúl, un conocido que les serviría de chofer por los días que estuvieran en el país, eso

les haría las cosas más fáciles. A ella le pareció perfecto, no le agradaba conducir en grandes ciudades y menos si no las conocía. Raúl colocó las maletas en el coche y sin decir ni una palabra se puso al volante, Pilar pensó que ese hombre era muy extraño, no le había estrechado la mano ni mirado a los ojos siquiera, ni la había saludado más que con un ligero gesto de la cabeza. Decidió no empezar a pensar tonterías, si se dejaba llevar por su imaginación terminaría pensando que era un asesino en serie como mínimo.

Subió al asiento trasero del coche mientras el hermano Ariel lo hacía al del copiloto y durante el camino hasta el hotel disfrutó de la hermosa ciudad que se abría ante sus ojos, era una gran urbe y muchos de sus edificios eran unas auténticas maravillas. Ariel le iba explicando detalles sobre lo que iban viendo y ella escuchaba con mucho interés. Había estado una vez en Barcelona pero apenas tuvo tiempo de ver nada, llegó desde Madrid en tren, la llevaron hasta la Catedral para que viera unos documentos y después de sacar fotografías y tomar todos los datos que necesitaba para su estudio, la volvieron a dejar en el tren, apenas había pasado cinco horas en esa hermosa ciudad. Esta vez también venía con un objetivo pero deseaba tener tiempo para conocerla un poco mejor.

Raúl detuvo el auto frente a la entrada del Hotel 1898 mientras Ariel explicaba a Pilar que este hotel era uno de los mejores de la ciudad, que estaba ubicado en plenas Ramblas, el corazón de Barcelona y muy cerca de puntos de interés como: la plaza Catalunya, el Liceo, la Catedral o el Museo Picasso. Ella asentía mientras observaba como el conductor se bajaba y le abría la puerta del auto. Descendió y entró al hotel acompañada de Ariel mientras Raúl abría el maletero para permitir al botones cargar el equipaje. Los acompañaron hasta sus habitaciones, antes de entrar Ariel le pidió que en una hora más o menos bajara al comedor para almorzar juntos y seguir hablando.

Pilar deshizo la maleta, guardó los diarios en el fondo de un cajón, entre la ropa, y se dio una ducha larga para relajarse, no dejaba de pensar que era increíble lo bien preparado que estaba el hermano Ariel, no había un tema del que no pudiera hablar como si fuera una autoridad. Eso le venía muy bien, siendo un poco egoísta, podría pedirle ayuda si era necesario, ella era teóloga y estos documentos no trataban precisamente sobre teología.

Aún faltaban veinte minutos para bajar a comer así que decidió llamar a Gabriel, seguro que tendría tantas ganas de oír su voz como ella de escuchar la de él. Apenas el teléfono dio dos llamadas cuando escuchó al otro lado su voz, sonaba alterada como si hubiera corrido:

—¿Sí? ¿Pilar eres tú?

—¡Hola! Sí, soy yo. ¿Has estado corriendo tras el perro?

—Déjate de bromas Pilar, estaba esperando tu llamada ¿Cómo me iba a ir a jugar con el perro? ¿Qué tal fue el viaje?

—Muy largo Gabriel.

—Eso no es nada nuevo, dime algo que no sepa.

—Está bien —respondió Pilar— el viaje además de largo ha sido interesante, el hermano Ariel es como una enciclopedia, habla de cualquier tema que imagines como todo un experto. Estamos en uno de los mejores hoteles de la ciudad y en unos minutos voy a bajar a almorzar, es un poco tarde pero tengo un apetito enorme.

—Pilar, prométeme que tendrás cuidado, no sabemos hasta que punto puede ser peligroso.

—No te preocupes Gabriel, tendré cuidado y no hablare de los documentos con nadie que no sea de confianza.

—Está bien, baja a comer, yo voy a la ciudad a ver que descubro. Hasta mañana.

—Hasta mañana Gabriel, te amo.

—Y yo a ti mi vida.

Pilar colgó el teléfono y tras ponerse la chaqueta bajó al restaurante donde la esperaba el hermano Ariel. Este se levantó al verla entrar y en un gesto muy galante le acercó la silla. Pilar continuaba asombrándose del comportamiento del monje, debía reconocer que aunque había conocido algunos, este no dejaba de sorprenderla, parecía más un caballero de principios de siglo que un simple monje. Y sin embargo el párroco les había dicho que era solo un hermano al que le gustaba estudiar documentos antiguos, en ningún caso los había advertido de su exquisita preparación.

—¿Está muy cansada Pilar?

Las palabras de Ariel la devolvieron a la realidad, y tratando de centrarse en la conversación respondió sonriendo:

—No demasiado, además me di una ducha y me despejé bastante. ¿Y usted lo está?

—Por favor Pilar —le pidió-tutéeme, creo que ya tenemos confianza suficiente para hacerlo.

—Está bien Ariel, ¿estás cansado?

—Yo tampoco lo estoy mucho —respondió el monje. Tal vez podríamos ir al monasterio después de comer, así haremos las diligencias necesarias para ver los archivos que te interesan.

—Me parece perfecto, cuanto antes mejor —aseguró ella.

Apenas terminaron de comer Raúl los esperaba con el auto a la salida del hotel; tardaron aproximadamente una hora en llegar pero el viaje se le hizo muy corto a Pilar que escuchaba como Ariel le contaba sobre los pueblos por los que iban pasando, las historias que contaban los ancianos del lugar sobre brujas y diablos, tradiciones, etc.

El monasterio era impresionante, edificado en la misma montaña, era de una belleza y sobriedad que no imaginaba a pesar de que ya había visto fotos del lugar.

Dejaron el auto en el parking y se dirigieron a una oficina donde varias chicas atendían a los visitantes; seis personas esperaban que les llegara el turno para hacer sus consultas. Ariel le contó a Pilar que todos estaban esperando para rellenar el Formulario de admisión de lectores ya que era obligatorio para tener acceso a la biblioteca. Unos minutos después les tocó el turno pero cuando ella se iba a levantar para acercarse al mostrador, Ariel le pidió que esperara. Él se acercó y tras hablar unos minutos con una de las chicas, firmó un impreso y le entregó una carta que sacó del bolsillo. La chica tomó ambas cosas y entró a otra oficina contigua; salió dos minutos después y entregó un sobre al monje que a su vez le dio las gracias. Se acercó a Pilar y le dijo que al día siguiente podría revisar los archivos que quisiera, ella sonrió y lo

siguió hasta la salida.

—Creí que sería más difícil tener acceso a esta biblioteca —dijo Pilar— ni he tenido que rellenar la solicitud yo.

—Lo cierto es que tengo un contacto dentro del monasterio, es por eso que resultó más fácil; normalmente hay que rellenar la solicitud, pagar las tasas y esperar que la aprueben. Para la consulta de determinados fondos de reserva, con la justificación de los fondos a consultar, se requiere una carta de presentación oficial de alguna entidad académica o investigadora, firmada por un docente universitario o un miembro de un centro de investigación reconocido oficialmente. La consulta de estos fondos queda supeditada a la autorización expresa del conservador responsable.

—Suerte que tienes un contacto, de lo contrario habríamos tenido un serio problema —añadió ella con cara de satisfacción.

—¿Qué te parece si volvemos a Barcelona, cenamos y nos vamos a dormir? Empiezo a notar el cansancio Pilar.

—Yo también y si queremos madrugar mañana no nos queda otro remedio, el jet-lag siempre me tiene mal un par de días. Seguro que esta noche me cuesta dormir a pesar del cansancio.

Al contrario de lo que había anticipado Pilar se quedó dormida apenas se metió en la cama. El sonido del teléfono la despertó a la mañana siguiente y por un momento no supo donde se encontraba.

—Servicio despertador señorita, anoche pidió usted que la despertáramos a las ocho.

—Sí, es cierto, muchas gracias y tenga un buen día —respondió recordando donde estaba.

Se levantó rápido, en media hora entraba al comedor donde había quedado con Ariel. Desayunaron y cuando salieron del hotel Raúl estaba fuera esperando como empezaba a ser costumbre; apenas una hora después llegaban al monasterio. Esta vez un monje los esperaba a su llegada para acompañarlos a la biblioteca. Los hizo entrar en un recinto donde miles de libros se conservaban como los tesoros que eran y tras acompañarlos a una de las salas les dijo que tenían la biblioteca durante dos horas para ellos solos y que después entrarían algunas personas más. Dicho esto se marchó cerrando la puerta ante el asombro de Pilar que no esperaba tanta privacidad.

Ariel la miró y le dijo:

—Bien Pilar, tú mandas. ¿Por dónde empezamos?

—Yo creo que solo hay un lugar por donde empezar Ariel, por la sala del Siglo XVI —Y señalando hacia la derecha se dirigió hacia allí seguida del monje.

Varias horas después, cuando el monje que los recibió, hacía entrar a varias personas a la sala, ellos salían ya. Pilar estaba bastante decepcionada, no habían encontrado apenas datos que no conociera ya a través de los diarios. Ariel parecía tranquilo, tomándola del brazo le dijo:

—No te preocupes Pilar, seguro que hay alguna forma de averiguar lo que quieres. Ya que estamos aquí creo que no deberíamos marcharnos sin visitar a la virgen y de paso ver el Virolai, dicen que es una maravilla.

—¿Qué es el Virolai? —preguntó ella.

—Es el canto de adoración a la Virgen, lo hacen los escolanos, un coro de niños. Es a las doce así que estará a punto de comenzar, faltan diez minutos nada más. Vamos, ya pensaremos que hacer después.

Ambos disfrutaron de la música y de la visita a la Virgen conocida como la Moreneta por su color negro. Volvieron al hotel discutiendo la mejor forma de seguir la investigación. A Pilar sólo se le ocurría una, buscar en los lugares que mencionan los diarios pero eso le llevaría mucho tiempo y había prometido a Gabriel volver pronto.

—Está bien —dijo de pronto Ariel— te acompañaré, haremos el recorrido que se narra en los diarios, seguro que encontraremos las respuestas que buscas, seguiremos los pasos de Francisco, Pierre y demás.

—¿Lo dices en serio Ariel? ¿Me acompañarías?

—¿Por qué no? —respondió él— hemos comenzado juntos la aventura así que la terminaremos juntos. Pediré unos días más a mi superior, creo que no habrá problemas.

—No sé Ariel, prometí a Gabriel volver pronto y eso podría llevarnos semanas. Se lo consultaré cuando lo llame esta noche a ver qué le parece, hemos esperado mucho para estar juntos y todo se complicó de nuevo.

—Me parece bien pero dile que yo te acompañaré, tal vez le preocupe que vayas sola y así se quedará más tranquilo.

—Lo haré, de todas formas puede que él haya encontrado algo nuevo.

Apenas llegaron al hotel, Pilar subió a su habitación para llamar a Gabriel, sabía que era muy temprano y estaría aun dormido pero no quería esperar hasta la noche. Su voz adormilada le respondió al otro lado después de al menos seis tonos.

—¿Sí? ¿Pilar eres tú?

—Sí Gabriel, soy yo.

—Pero Pilar aún es madrugada ¿Ocurre algo?

—No Gabriel, tranquilo, es que no quería esperar a la noche para hablar contigo. Acabamos de llegar del monasterio de Montserrat, no tenemos muchos datos nuevos, solo algunas pistas pero lo cierto es que para comprobarlas deberíamos visitar los lugares donde estuvieron Francisco, Pierre y su padre.

—Pero Pilar eso significa viajar por media Europa, tardarías semanas.

—Lo sé Gabriel, por eso quería que habláramos cuanto antes. ¿Has descubierto tú algo sobre Germán?

—Nada que nos ayude Pilar, encontré la casa donde vivía, incluso la dueña, una anciana muy simpática, me dejó ver sus cosas pero no encontré nada, solo un diario suyo en el que narra su historia tal como nos la contó a nosotros. Estoy seguro de que decía la verdad ¿Quién iba a escribir un diario contando mentiras?

—Gabriel, creo que debo seguir investigando, Ariel se ha ofrecido a acompañarme para que no vaya sola, parece que la curiosidad le picó a él también. Además, será de gran

ayuda, tiene influencias con gente importante, no imaginas lo fácil que ha sido entrar a la sección más vigilada de la biblioteca y nos han dejado dos horas solos. Para colmo este monje es como una enciclopedia, está muy preparado.

—Está bien —dijo Gabriel— si Ariel te acompaña supongo que no habrá problemas, pero por favor, trata de volver cuanto antes y ten mucho cuidado. Yo aquí poco más puedo hacer, así que mantenme informado de vuestros avances y si surge algún problema vuelves de inmediato.

—Está bien Gabriel, no seas tan protector, he sobrevivido hasta ahora y creo que podré seguir haciéndolo. Voy a decirle a Ariel que sigo adelante, cuanto antes nos pongamos en marcha mucho mejor. Hablamos mañana.

—Hasta mañana Pilar —respondió Gabriel.

Salió de la habitación y se dirigió a la de Ariel para decirle que iba a continuar con la investigación, llamó a la puerta pero nadie respondió, le pareció extraño ya que le había dicho al llegar del monasterio que tenía trabajo pendiente, Pilar decidió volver más tarde. Sin embargo cuando se marchaba Ariel apareció en el ascensor y la llamó.

—¿Me buscabas Pilar? No funciona el teléfono de mi habitación y bajé para pedir que lo solucionen. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No Ariel, solo quería contarte que he hablado con Gabriel y hemos decidido que voy a seguir con la investigación, seguiré las rutas que se describen en los diarios, tal vez descubra algo.

—Perfecto —respondió Ariel— te acompañaré si me dejas.

—Por supuesto que te dejo, es más, te lo agradezco. Entre los dos será más fácil y además me gusta tu compañía, es agradable tener compañero de aventuras. Me gustaría salir cuanto antes si no tienes inconveniente.

—Por mi podemos salir mañana temprano si quieres —añadió Ariel— tú di la hora y el destino y yo organizo el viaje rápidamente. Supongo que querrás ir a Francia.

—Sí, seguiremos la misma ruta: iremos a Arles y desde allí a Montpellier —respondió Pilar.

—Perfecto, voy a reservar billetes en tren, será más rápido que tomar un avión ¿O prefieres que hagamos la ruta en coche? Si lo deseas Raúl nos puede llevar.

—No, creo que en tren será más rápido y cómodo —adujo Pilar.

—Está bien, apenas tenga los billetes reservados te digo la hora de salida para que estés preparada.

—Gracias Ariel, haré la maleta y así voy adelantando. Estaré lista a la hora que me digas, hasta luego.

Apenas quince minutos después Ariel llamaba a Pilar para decirle que saldrían del hotel a las ocho de la mañana ya que el tren salía a las nueve y a esa hora había mucho tráfico en la ciudad.

A las siete y media Pilar ya estaba preparada y en la cafetería tomando un desayuno ligero mientras esperaba a Ariel; lo vio entrar acompañado de Raúl, se dirigió hacia su mesa con una sonrisa en la cara:

—Buenos días Pilar, tan puntual como siempre.

—Buenos días a los dos, pensé que Raúl no nos acompañaría, es una sorpresa agradable.

—He pensado que es mejor que venga él también —le respondió el monje—, yo no conduzco y si necesitamos desplazarnos en coche podremos alquilar uno e ir más tranquilos. No quiero que conduzcas tú, mejor te dedicas a investigar que es lo que quieres hacer.

—Es un detalle por tu parte Ariel y gracias a ti también Raúl.

Quince minutos después se dirigían a la estación de ferrocarril de Sants. Por suerte la salida del tren fue puntual, Pilar odiaba las esperas aunque el monje parecía ser una persona muy tranquila. El viaje hasta Arles fue bastante agradable, el monje no paraba de contar anécdotas a Pilar tratando de que estuviera cómoda y entretenida y ella se lo agradecía con una sonrisa, sabía que trataba de hacerle ameno el viaje, debía reconocer que era un monje fuera de lo común.

Ariel ya había reservado habitaciones en un pequeño hotel del centro, bastante íntimo y con una decoración que demostraba muy buen gusto y un servicio de calidad.

—Ariel, debo pagar yo los gastos del hotel, estás aquí para acompañarme y ayudarme, no es justo que encima los gastos vayan a tu cargo.

—No te preocupes por esas minucias Pilar, no es tan caro, además me hacen descuento por ser un monje con cara de buena persona —dijo él quitando importancia al tema.

—Está bien, hagamos un trato, el próximo lo pago yo y no digas que no —respondió ella sonriendo también.

—De acuerdo Pilar, tengo entendido que las teólogas son muy tercas así que me guardaré de decir que no. Subamos a nuestras habitaciones a cambiarnos de ropa y nos vemos en el hall en una hora, iremos al Monasterio de Saint Nicolás hoy mismo, cuanto antes empecemos mucho mejor.

—De acuerdo Ariel, en una hora estaré aquí.

El Monasterio de Saint Nicolás de Renan no era lo que ellos esperaban. De lo que se narraba en el diario no quedaban más que unas ruinas, solo una pequeña parte de él seguía en pie. Había gallinas y un perro por lo que pensaron que tal vez alguien vivía allí así que se acercaron y ante el insistente ladrido del animal, un anciano hizo su aparición por una puerta desvencijada.

El hombre los saludó cortésmente y los invitó a acercarse asegurando que el animal era inofensivo. Tras unos minutos de charla consiguieron averiguar que el monasterio había sufrido un devastador incendio a principios del siglo XX y los pocos archivos que se habían salvado se guardaban en la Catedral de Saint Trophime.

Regresaron al hotel y buscaron información en Internet sobre la catedral. Se hacían visitas guiadas pero también venía un número de teléfono para consultas, llamaron y concertaron una cita con el responsable, para el día siguiente a primera hora.

El señor, un hombre bastante delgado y de aspecto serio, les aseguró que se habían salvado pocos documentos pero que no había problema en que los vieran. Los

acompañó a la biblioteca y les mostró una estantería con varias cajas grandes donde estaba, según les dijo, lo que se había podido salvar y aun pendiente de ser clasificado para incorporarlo a la biblioteca.

Pilar pidió permiso para verlo y el hombre le dijo que podían revisar lo que quisieran siempre que tuvieran cuidado de no estropear nada. Ariel le aseguró que tendrían mucho cuidado y dejarían todo como estaba.

Apenas una hora después salían de la Catedral sin nada nuevo más que la copia de un documento en que se nombraba a Francisco como un joven de gran inteligencia y virtud. Parecía poco, tal vez lo era, pero para Pilar era la confirmación de que todo era cierto y eso la animaba a seguir investigando, estaba segura que en la próxima parada tendrían más suerte.

Al día siguiente partieron para Montpellier. La Abadía de Arthous era un edificio más pequeño de lo que pensaban. Uno de los monjes les informó de que todos los archivos del siglo XVI y épocas posteriores se encontraban en la Biblioteca Regional de Montpellier ya que habían sido confiscados durante la Revolución Francesa; si buscaban información tendrían que ir hasta allí.

Esa misma tarde visitaron la biblioteca, revisaron todos los libros que podrían contener alguna pista pero después de casi cinco horas se dieron por vencidos, allí no había nada. Pilar empezaba a desanimarse, habían estado ya en tres lugares distintos y no habían conseguido nada más que una reseña sobre Francisco. Salieron de la sala, Ariel trataba de animarla diciéndole que no creía que se fuera a dar por vencida tan fácil, que nada realmente importante se consigue con facilidad, al doblar por el pasillo hacia la salida, encontraron a un monje arrodillado en el suelo, era muy anciano y trataba con dificultad de recoger varios libros y unas docenas de folios que al parecer se le habían caído.

Apenas lo vio, Pilar, se agachó y los recogió a la vez que tendía su mano para ayudar al monje a levantarse.

—Déme la mano hermano —le dijo solícita. —Ariel ayúdalo a levantarse por favor.

—Por supuesto Pilar —dijo él— no necesitas pedírmelo. Hermano, apóyese en mí.

—Gracias a los dos —dijo el anciano incorporándose— a veces olvido que estoy a punto de cumplir noventa años y mi cuerpo ya está cansado. Si no es abusar de su amabilidad ¿Podrían dejarlos sobre la mesa de mi despacho? Es aquel del fondo, disculpen mi atrevimiento pero ya que han sido tan amables me atrevo a pedirles el favor completo.

—Por supuesto hermano —dijo Pilar— cójase de mi brazo, dejaremos esto donde usted quiera.

—¿Qué los ha traído por la biblioteca hermanos? Y perdonen a este viejo preguntón pero parecen preocupados por algo —aseguró el anciano.

—No se preocupe hermano —lo tranquilizó Pilar— buscábamos información pero no hemos encontrado lo que esperábamos, estamos un poco defraudados nada más.

—¿Y puedo saber sobre que buscan información? Hace casi sesenta años que trabajo y vivo en la biblioteca, soy una especie de guardián, aunque poco puedo guardar ya a mis años. Tal vez pueda ayudarlos si me cuentan, si no es indiscreción por supuesto.

—No creo que pueda —aseguró Ariel con rapidez— lo que buscamos no es reciente, dudo que pueda servirnos de ayuda.

—No nos cuesta nada intentarlo —aseguró Pilar—. Verá hermano, es una larga historia pero buscamos información sobre unas personas que vivieron en el siglo XVI.

—Tengo mucho tiempo hermanos —respondió el anciano— pasen y siéntense, tomaremos un café mientras me explican que es exactamente lo que buscan.

Pilar relató al monje a grandes rasgos la historia, le contó que habían estado en Montserrat, en Arles y ahora en Montpellier pero sin resultados.

El monje la miró sonriendo y carraspeó intentando llamar la atención de los dos:

—No sé si les será de ayuda hermanos, pero hay muchas historias que han pasado de generación en generación, sobre esos pergaminos. No sé que será real y que será leyenda, pero recuerdo historias sobre un monje llamado Capmany y sus estudios sobre unos pergaminos. Si tienen tiempo estaré encantado de contárselas.

—Por supuesto que lo tenemos —exclamaron Pilar y Ariel casi al unísono.

Ninguno de los tres se dio cuenta que tras una falsa cortina del despacho, alguien los escuchaba escondido. El hombre, de unos cincuenta años y pelo canoso, se frotaba las manos mientras trataba de no hacer ningún ruido. La suerte le había sonreído, le resultaría mucho más fácil de lo que pensó, saber que buscaban los extranjeros con tanto ahínco.

Eran casi las nueve de la noche cuando Pilar y Ariel abandonaron la biblioteca por una puerta trasera, ya que la principal hacía rato que estaba cerrada, el horario de visitas terminaba a las ocho y media. Estaban excitados y felices, su encuentro con el anciano monje y las leyendas que les había contado, les había abierto varias vías de investigación.

—Apenas lleguemos al hotel llamaré a Gabriel para contarle que tenemos pistas bastante fiables y que volvemos a Montserrat —dijo ella con una amplia sonrisa— esta vez encontraremos lo que buscamos.

En la sede episcopal de Montpellier mientras tanto, el obispo recibía la visita de uno de sus ayudantes:

—Ilustrísimo señor —dijo el visitante— ya se que buscan esa teóloga y el monje que la acompaña. Creo que esto le va a interesar.

Capítulo XVII: Se descorre el velo

El velo que te impide ver el futuro esta hecho de la tela de tus prejuicios del pasado.

GORKA seguía su viaje hacia Montpellier y en el camino aprovechaba para conocer más de la vida de Pierre en el monasterio. El estilo de vida de los religiosos le resultaba particularmente aburrido, siempre había sido un hombre de armas, un soldado, un caballero. Su relación con la Iglesia había sido decidida por su padre, pero en lugar de ingresarlo como novicio, dado su carácter exaltado, fue llevado al cuartel de la guardia Suiza, donde vivió desde los 15 años. Fue adiestrado en un duro rigor, aprendió técnicas de supervivencia en condiciones extremas y el manejo de todo tipo de armas.

Desde muy joven, se destacó por su valor en combate, siempre fue un feroz oponente a quienes los enemigos temían con solo verle. Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices de batallas pasadas pero la que más recordaba era una que le cruzaba la cara de derecha a izquierda producto de una contienda contra los turcos. En un descuido por proteger a un compañero, dejó desprotegido su flanco y fue alcanzado por la daga de su contendiente, la sangre pronto manó en cantidad suficiente para cubrir su cara, enfurecido cargó contra el turco y le asestó tantos cortes que dos de sus extremidades quedaron separadas del tronco, varios compañeros tuvieron que detenerlo, la batalla había terminado y había sido una nueva victoria de la guardia pontificia. Para Gorka, el haber estado cerca de la muerte no era motivo de aprehensión, pero el sentir que un hombre estuvo a punto de vencerlo lo hacía enfurecer tanto como lo hacía en sus tiempos de recluta, donde con espadas de madera era incitado a pelear por los adultos, quienes entre mofas y silbidos le hacían saber que aún era un niño.

Tardó algunos años en ganarse el respeto de sus compañeros y lo hizo a punta de espada y un valor a toda prueba. Gorka había nacido para ser soldado y el hacerlo en el ejército de Cristo en la tierra era todo un honor.

—Pierre ¿Por qué te hiciste monje? No creo que eso sea un sueño de niño alguno.

—No fue mi intención mi señor, yo vivía con mi madre en París y una noche unos sujetos tomaron mi casa por asalto, mataron a mi madre y yo me salvé de la muerte porque mi padre Theodore de la Vassieré llegó a tiempo y mató el solo a tres de esos hombres, los demás huyeron en la oscuridad. A partir de ese momento, mi padre me trajo a la abadía de Antonio para que fuera cuidado y educado, situación que en un primer momento acepté sumiso a la voluntad de mi padre, pero que luego me llegó a gustar. El aprender idiomas, culturas y traducir viejos escritos al lado de Francisco era cada día más enriquecedor para mí, pero un día, un viejo condiscípulo de Francisco se presentó en la abadía y cambió toda nuestra historia.

—Te refieres a...

—A don Rodrigo de la Goublaye, un monje de la compañía de Jesús, que entiendo colgó los hábitos y se dedicó a la excavación de ruinas. Parece ser que Rodrigo encontró algunos documentos antiguos, al parecer muy valiosos para la Iglesia y en lugar de entregarlos al Vaticano como era su obligación, se los apropió e hizo algunas interpretaciones peligrosas por demás. Todo esto lo sé porque los inquisidores le han preguntado al Abad Antonio sobre la ubicación de estas cosas, sin saber que ninguno de nosotros sabe absolutamente nada al respecto.

—Pierre, ¿Crees que Francisco tiene esos documentos tan buscados?

—No, no lo creo, pero me asalta la duda de porqué alguien como Francisco escaparía así sin más de la Inquisición, a no ser claro está que tuviera alguna deuda pendiente con ellos. Pero el hermano Francisco siempre creyó en mí, de haber tenido esos escritos en su poder, de seguro me lo habría comunicado e incluso pedido ayuda para su traducción.

—Cuéntame de tu familia, joven Pierre.

—Pues no hay mucho que contar, mi padre es un noble venido a menos por sus ideas antirreligiosas, que eran soportadas e incluso bien vistas por el rey de su juventud, pero al cambiar el trono, con la llegada del nuevo Rey, las cosas cambiaron radicalmente y cayó en desgracia. La necesidad de que Su Majestad fuera coronado por el Vicario de Cristo en la Tierra, hacía necesario hacer concesiones y dentro de las que pidió la Iglesia, fue el entregar a mi padre a la guardia pontificia para ser enjuiciado. Mi padre enterándose de previo que el nuevo rey estaba dispuesto a ceder y aunado al atentado en que murió mi madre, dispuso autoexiliarse.

¿Y de tu madre, recuerdas algo?

—Mi madre se llamó Nerea, era una mujer hermosa, tal vez de las más hermosas del reino, de cabellos rubios y ojos almendrados en su forma y del color verde más puro y cristalino que pueda haber visto. Su natural belleza fue codiciada por nobles y vasallos, por laicos y por miembros de la Iglesia. Según me cuentan, el mismo Pontífice estaba enamorado de ella. Continuamente recibía insinuaciones y propuestas de los más altos nobles de Francia, pero la naturaleza humilde de su procedencia, hacía que estas propuestas solo fueran para disfrutar del momento y nunca para ofrecerle un enlace digno de sus valores. Mi madre era asturiana y el acento con que hablaba el francés era particularmente llamativo, su presencia física, su infinita belleza hizo que mi padre se enamorara locamente de ella y que no midiendo diferencias de edades y de abolengo, solicitara al Rey su venia para casarse con ella, pero la dispensa de romper la relación previa solo podía darla el sumo pontífice y el rey, pese a respetar y querer a mi padre como a un hijo, nunca se atrevió a solicitar un deseo al Santo Padre. Por esta razón y siendo que los dos se amaban, se convirtieron en amantes y de ese amor nació yo. La relación de mis padres no era bien vista por la Iglesia y era sujeto de todo tipo de rumores entre la realeza, situación que siempre lastimó a mi madre.

—¿Nerea?, interesante nombre.

—Si señor, Nereo se llamaba el hijo de los Dioses paganos de los griegos Océano y Tetis y se deriva de «nadar». Mi madre tenía una personalidad muy interesante Su inteligencia se basaba en el realismo para sacar partido de todas las situaciones que se le ofrecían. Su sentido crítico, tenacidad y previsión le convertían en implacable mentalmente una vez que se había puesto en movimiento. Era de naturaleza rebelde frente a toda disciplina impuesta arbitrariamente y por tanto poco religiosa. Su coraje y valentía le hacían correr riesgos, tal vez más de los que hubiese debido. El día en que nos atacaron los desconocidos, intentando protegerme luchó contra ellos como fiera herida, pero su delicado cuerpo no era ducho en pelear, había sido hecho frágil y delicado, especial para el amor, pero inútil en la guerra. Pronto uno de los hombres encapuchados le acertó con un puñal en su abdomen, la sangre salía profusamente y aún así ella seguía ocultándose tras de su espalda. Cuando los hombres estaban a punto de atraparme, apareció mi padre por una ventana lateral y con larga espada desenvainada cargó sobre los hombres y a pesar de la desventaja, mató a tres de ellos

e hizo huir a los demás. Cuando se habían marchado, se acercó a mi madre y llorando le pidió perdón, decía cosas sin sentido, como que el culpable de su muerte era él y sus estudios contra la religión. Mi madre apenas tuvo tiempo de sujetar su mano con las pocas fuerzas que le quedaban y murió entre sus brazos.

—Una historia muy triste mi querido amigo Pierre.

—Si que lo es mi señor Gorka. Y cuénteme si no es indiscreción, ¿Está usted casado?

—Pues si lo estoy, mi esposa es una española de nombre María Elena. Es la mujer más emprendedora que conozco, sola ha criado a mis hijos que son siete y se las ingenió para que mi salario de soldado alcanzara para todo, ahora trabajando para...

Gorka estuvo a punto de decirle a Pierre que trabajaba para los mismos Inquisidores que habían matado a su Abad, estuvo a punto de arruinar la misión y todo porque las lágrimas de un niño lo habían conmovido casi hasta hacerlo llorar. Gorka ya no veía a Pierre como un enemigo de la Iglesia o del Vicario de Cristo en la Tierra, lo veía como un joven que por su edad y tristezas vividas, bien podría ser su hijo. Pero el asombro de que estuvo a punto de cometer la peor de las indiscreciones, lo hizo reprenderse internamente.

—¿Trabaja para alguien mi señor? Pensé que era un caballero solitario, algún noble deseoso de aventuras.

—No joven Pierre, no lo soy y si, trabajo para el Rey de Francia y mi fortuna ha sido mucha, lo suficiente para que mi familia ahora viva sin estrecheces.

—Mi señor, perdone mi mala educación, aún no le he agradecido el liberarme de los Inquisidores y dejarme acompañarle. De seguro esos hombres Pietro y Bernardo me hubieran quemado, de usted habérselos permitido. De seguro es usted un enviado de Dios y desde hoy lo tendré presente en mis oraciones.

—Bien mi joven monje, las oraciones de un religioso nunca vendrán a menos. Ahora cuéntame de la chica que quemaron.

—Isabella, su nombre es Isabella. Es... era una chica encantadora, nos conocíamos desde niños, desde que ella solía mortificarme con sus bromas y yo me enfurecía. Bueno no me enfurecían sus bromas, sino que esa niña desde muy chico me hacía sentir muy extraño. Cuando llegaba cada cierto tiempo a dejar vinos a la Abadía, mi corazón se aceleraba y sentía mi cara arder, ella al verme corría hacia a mi para abrazarme, pero yo lograba siempre escapar y recluirme en la bodega, desde donde podía seguir cada uno de sus movimientos sin que me fastidiara. Algunas veces cuando llegaba, yo estaba pagando alguna penitencia y ella, me lanzaba piedras en la cabeza o bien dejaba caer agua sobre mi cuerpo, bromas de las que todos los monjes reían estruendosamente. Eso me irritaba al punto en que me iba a mi habitación llorando de rabia y pateando cuanta cosa encontraba en el camino. Al irse sentía una mezcla de alegría y tristeza que nunca pude entender hasta ahora que ya ella...

—Mi joven monje, pues el común de la gente llama a eso amor.

—¿Amor? Oh no mi señor, los religiosos no podemos amar a una mujer, al menos en el sentido en que usted lo dice.

Gorka se echó a reír y Pierre arrugó su ceño.

—¿Ahora porque ríe mi señor?

—Que me digas que los monjes no aman a las mujeres, es como que me digas que las estrellas no salen de noche. Mi joven Pierre, por lo que se, todos los monjes se revuelcan con prostitutas y para que me entiendas bien, hasta los mismos Papas han tenido hijos a granel.

—No diga esas cosas mi señor. Se condenará en el infierno por decirlas.

—Pues créeme, si me voy al infierno, de seguro encontraré a muchos Papas y cardenales en zonas más calientes que la mía. Conozco un cardenal que tiene más de 20 hijos de cinco mujeres diferentes, lo mismo se acuesta con paganas que con cristianas y cuando no conquista, arrebatata o paga por sus servicios.

—Pues al único que conozco yo es a Pietro, que quiso abusar de mi Isabella, por esa razón la quemó, porque ella lo rechazó.

—¿Y como sabes que lo ha rechazado?

—Porque ella me lo ha dicho antes de escapar. Tomamos dos jamelgos que en su vida habían cargado a nadie y no llegamos muy lejos, pero me alcanzó a decir lo que el cerdo de Pietro intentó con ella...

—Vamos joven Pierre, deja ya esa historia, no eres el primero y sin duda no serás el último al que traicionan con un cardenal.

—Se equivoca señor —Dijo Pierre nublado por la furia. —Se muy bien que Isabella no ha estado con ese monstruo, lo se bien porque esa noche ella y yo...

Pierre se cortó sorprendido de haber estado a punto de decir que Isabella y el estaban próximos a tener una relación, pero por dentro sabía que nada le hubiese gustado más que haberlo hecho. Con su rostro enrojecido como aquellos días en que veía llegar a Isabella, miró a Gorka y al ver su sonrisa comprendió que el caballero lo sabía todo.

—Vamos Pierre, soy un lobo viejo, se bien que tras de tu estampa de religioso hay un joven lleno de vida y necesidades. No dejes que te hagan pensar que el amor es malo o impuro. Dios nos hizo para que disfrutáramos de la vida, no para avergonzarnos de nuestros actos.

—Pierre no habló más, ensimismado se quedó pensando en lo que sentía por Isabella y si eso podía ser amor.

Renzo de Agostini compartió una habitación con Ilker. Realmente se conocían poco, Ilker había sido el último miembro en integrarse a la logia y siempre había sido muy participativo, de espíritu combativo, aunque siempre muy respetuoso. Era el contrapeso al poder casi absoluto que tenía Theodore. Por su parte Renzo, el joven milanés era muy impulsivo, pero siempre seguidor de Theodore a quien quería como a un padre. Se unió a la logia hacía unos tres años en sustitución de su padre que había muerto en una batalla. Theodore se encargó de librar trabas a su ingreso al grupo principal por considerarlo de gran valor y entrega total a la causa. En Renzo, Theodore veía al joven en quien le gustaría se convirtiera su hijo.

—Cuéntame Renzo, así que tienes dos hijos.

—Si, son gemelos y según me cuentan son un par de bribones, en nada parecido al padre.

—Claro que no, decía Ilker, a la legua se nota que el padre es una santa paloma.

Los dos hombres se rieron amablemente.

—Cuéntame Ilker ¿Porqué te ofreciste a venir en esta cruzada?

—Nada me gusta más que estar donde se producen los hechos, esto de tener que esperar que Theodore nos lo cuente..., simplemente no va conmigo. Soy demasiado inquieto para escuchar la crónica de las historias y además no se porqué pero creo que en estos días se librará una batalla que se recordará por siempre.

—Vamos Ilker, que más deseas probar, tienes dinero, fama y abolengo, ¿Porqué arriesgar tu vida en estas lides si podrías estar disfrutando al lado de tu familia? ¿Cuál es tu verdadera intención?

—Conocer la verdad, desnudar a quienes por milenio y medio nos han mentido.

—¿Te refieres a la Iglesia?

—¿A quién más Renzo? La Iglesia se ha encargado de frenar el avance de este mundo a base de mentiras y prejuicios, ha enjuiciado a las mentes más claras solo por disentir de sus criterios y ha quemado en la hoguera a hombres de gran valía. ¿Sabes?, con gusto armaría una pira gigantesca y quemaría en ella a todos los religiosos, empezando por el Pontífice.

—Vaya fuego purificador sería Ilker, todos los religiosos ardiendo en una pira.

—¿Y tu Renzo, que te hizo unirse a este grupo de locos idealistas?

—Mi padre fue miembro de este grupo y creía seriamente en sus propósitos, al morir, Theodore me pidió que me uniera y diera fin al trabajo de mi padre y la verdad, lo dijo de una forma tal que no puede negarme, a pesar de la necesidad de mis niños. Mi ideal aquí es heredado de mi padre y por él he sacrificado a mis hijos.

—Pues espero que algún día sientas que ya cumpliste y puedas volver a casa con tu mujer y tus hijos.

—Yo también lo espero Ilker, yo también lo espero.

En la habitación contigua Theodore y Agustín fingían dormir, ambos pensaban en sus familias, Theodore en la necesidad de salvar a Pierre de la Inquisición y Agustín en Patt, su bella esposa a la que no veía desde hacía tantos meses, pensaba que esta sería la última aventura que emprendería con la logia, hablaría con Theodore y le explicaría la necesidad de estar junto a su esposa, de criar niños y de vivir una vida normal. Los martirios pasados por su padre no podían seguir comiéndole las entrañas eternamente, había llegado el momento de hacerse a un lado y dejar que las heridas cicatrizaran, ahora Patt era lo más importante en su vida y era hora de empezar a vivirla.

En Valencia, Patt se aferraba fuerte a las manos de una criada, había comenzado labor de parto y era asistida por un médico. El parto se había complicado, el niño venía de pie y era preciso sacarlo cuanto antes para que la vida de madre y niño no peligraran. Patt se sentía desfallecer, pero su instinto la obligaba a seguir pujando a cada instrucción dada por el médico, su valor era encomiable. La noche había caído y el niño aún no nacía, el médico habló de la posibilidad de sacrificar la criatura para salvar la vida de la madre, pero Patt con las fuerzas de su corazón gritó que no estaba dispuesta a perderlo, que haría lo que fuese necesario para que viviera, aunque en esto le fuera la vida, la ilusión de traer al mundo un hijo de Agustín la había acariciado por años y

ahora estaba a punto de ocurrir el milagro, así que no renunciaría nunca a él.

El médico entendió que era inútil batallar contra la decisión de la madre y luchó por una hora más, al cabo de la cual un varón salía del vientre de Patt, quien desfallecida, con apenas fuerzas se soltó a llorar mientras el niño era colocado en su pecho. Llamó a la criada y le pidió que de inmediato saliera un mensajero a dar la buena nueva a Agustín, el saber que era padre de seguro lo traería de regreso a ella para vivir como siempre lo habían soñado.

Francisco, logró huir de los ajusticiadores gracias al truco de Álvaro y a la colaboración de Juan de la Peña; nunca podría agradecerles suficiente el haber confiado en él y arriesgar sus vidas al ocultarlo. Ahora viajaba con el fardo pesado de no saber como estarían Pierre y Antonio en la abadía y también los hermanos de Montserrat, sin duda ambos enfrentaban peligros mayores, Francisco dudaba en cuales corazones habría más maldad, si en los de los ajusticiadores o en el de los Inquisidores. Recordar a Pietro y Bernardo lo hizo sacudir, un escalofrío le recorrió la espina y un sudor helado se apoderó de su frente. A pesar de solo haberlos visto una vez, la imagen de sus ojos, rojos como la sangre llenaba de terror a Francisco. Sabía de las atrocidades realizadas en el nombre de Dios por los monjes Inquisidores, muchos textos que tradujo daban cuenta de los mayores tormentos a que se vieron sometidas brujas y herejes, aunque en aquellas oportunidades consideraba que el juicio era justo y quienes eran hallados culpables merecían si bien no un castigo tan cruel, al menos un castigo ejemplarizante, ahora al verse perseguido, Francisco dudaba de la imparcialidad de tales juicios y de los fines de esta organización.

Debía alejarse todo lo que pudiera del camino principal, la noche caía y necesitaba descansar en un sitio seguro, debía continuar la lectura del diario de Rodrigo, pero necesitaba hacerlo en la tranquilidad de sentirse seguro.

A mano derecha del camino observó un pequeño poblado que le pareció apropiado, se enrumbó hacia el con la fe de que lograría que le dieran asilo, bajó de Anochecer, lo amarró a una estaca y entró a una especie de almacén, allí un hombre de unos 60 años y encorvado por el peso del trabajo constante, acomodaba la mercadería en los anaqueles. No escuchó a Francisco entrar por lo que fue necesario que este tosiera fingidamente un par de veces para llamar su atención. El viejo volteó y al ver el hábito de Francisco se persigó y corrió a su encuentro.

—¿En que puedo servirle hermano? Mi nombre es José de la Villa y estoy a su entera disposición, servir a un siervo de la Iglesia será un verdadero honor.

—Gracias José, necesito albergue para esta noche y de ser posible alimentación, ¿Hay alguna fonda en este lugar?

—Lo lamento hermano pero el único hostel que tenemos está sin vacantes, desde ayer han llegado varios guardias suizos y han ocupado las habitaciones disponibles. Pero para un hermano siempre habrá lugar, puede hospedarse en mi humilde casa, desde hace años mis hijos crecieron y se marcharon a probar fortuna y mi esposa y yo hemos quedado solos, así que espacio tenemos de sobra.

—¿Has dicho que guardias suizos están aquí? ¿Se puede saber que hacen?

—Pues no han dicho nada, solo llegaron, preguntaron por habitaciones y por si habría alguien más hospedado. Les he dicho que no y me han pedido les reporte si alguien viene en el transcurso de la noche y de momento solo usted hermano ha venido, así es que no creo que la presencia de un monje sea de interés para estos hombres. ¿No

creo hermano?

—No, por supuesto que no, ¿Qué interés podría despertar un servidor de Dios a la guardia pontificia?

—Ninguno supongo.

—Pues supones bien amigo José. Debo pedirte un favor.

—El que desee hermano, ¿En que puedo ayudarle?

—Estoy en una misión de fe y mi permanencia no debe ser conocida por nadie, es una especie de ritual, donde los monjes demostramos que podemos ser prudentes y pasar inadvertidos.

—Comprendo hermano, he oído de tales rituales, cuente conmigo, nadie sabrá de su presencia por acá.

—Gracias José, mi nombre es Francisco pero puedes seguir diciéndome hermano, mucho agradezco tu hospitalidad y discreción, pagaré bien el favor realizado.

—No faltaba más hermano Francisco, considérese mi huésped por el tiempo que quiera. Venga conmigo que lo llevo a su habitación, de seguro estará cansado y querrá hacer sus oraciones y dormir.

—Si hermano José, estoy rendido.

Francisco siguió a José hasta la casa ubicada en la parte posterior del almacén y a unos 30 metros pudo ver el hostel y a varias figuras bebiendo y comiendo al lado de la chimenea, sus figuras se dibujaban como sombras gracias al fuego que ardía vigorosamente, debían ser al menos cuatro soldados. Francisco se apresuró a entrar procurando no ser visto por los guardias, descansaría un poco y se pondría en camino lo más pronto posible, pero esa noche quería seguir leyendo el diario de Rodrigo, así que se instaló en la cama y con la luz de una vela que daba una claridad generosa comenzó a leer, repasando el última día en el diario en que se había detenido.

15 de julio de 1558. Hoy pongo fin a mi periodo de consagración, con la ayuda de Dios he podido hacerme digno de traducir e interpretar estos documentos que quiso El dejar en mis manos. Mañana iniciaré mi labor esperando que mi temor sobre lo que siento se está urdiendo a mi alrededor, solo sea producto de mi mente cansada y debilitada por el ayuno. En todo caso mañana decidiré si...

¿Qué decisión tenía que tomar Rodrigo?, ¿Dónde estaría la página faltante en el diario? ¿Qué habrá sido de los musulmanes? ¿Cómo pudo Rodrigo convertirse en un muerto caminante, cuando apenas un año atrás no hablaba de enfermedad alguna?

Todas estas interrogaciones atormentaban a Francisco. Suspiró profundo y siguió leyendo en la página siguiente a la desaparecida: aunque realmente no puedo entender como puede darse un don tan peligroso a hombre alguno.

La frase cortada tampoco daba luz, más bien ahondaba las dudas de Francisco, ¿Qué don se le había conferido a un hombre para que Rodrigo pensara que era peligroso? Continuó leyendo el diario, tras un suspiro:

19 de julio de 1558.

Los pergaminos son en realidad fascinantes, la fidelidad con que han narrado la historia

antes de que ésta sucediera solo me da pie para pensar en dos cosas, la primera y más probable, que se trate de un truco, una especie de broma de alguien de nuestro tiempo que se ha querido divertir a costas de los arqueólogos, la segunda y que me pone los pelos de punta es que sea real y que alguien haya descubierto una ventana desde donde se pueda ver el futuro y que los eventos que aquí se narran sean predicciones realizadas en el 500 antes de Nuestro Señor Jesucristo y que han acertado en los eventos más significativos de la historia.

Francisco comenzó a comprender la naturaleza de los pergaminos y el porqué de su importancia para la Iglesia. En ellos se narraba el futuro de la humanidad y por ende, el futuro de la institución más importante que es la Iglesia.

—Vamos Rodrigo cuéntame de que se trata, que predicciones fueron hechas por estos pergaminos de que clase de eventos hablas. Francisco siguió leyendo.

23 de julio de 1558.

He avanzado poco en la traducción de los pergaminos, en parte porque debo cambiar de domicilio continuamente para ocultarme de los musulmanes y en parte porque debo corroborar lo predicho con la historia a la que se refiere y determinar su exactitud. Hasta ahora he logrado traducir de forma completa dos predicciones, las mismas se refieren a hechos ya sucedidos cientos de años atrás. Las predicciones están de alguna manera cifradas y su simple lectura es inútil para alguien no versado, la primera predicción dice:

«La enorme bestia de mil cabezas enfrentará al cachorro orgulloso, contra toda posibilidad los muchos caerán derrotados y navegar el egeo no podrán, la tercera de tres finalizará con la victoria de las fuerzas del cachorro.»

Estoy seguro de se refiere a las tres guerras médicas disputadas entre Griegos y Persas también conocidos por medos, el monstruo de mil cabezas es el ejército Persa, que era el más numeroso conocido hasta la fecha. El orgulloso cachorro es Esparta que en una lucha desigual terminan deteniendo al ejército persa el tiempo suficiente para que los griegos se agruparan y pudieran defenderse adecuadamente, al final Grecia ganó la guerra imponiendo a los medos entre las restricciones, la imposibilidad de navegar en el mar Egeo.

Esta predicción se hizo más de 30 años antes de iniciar la guerra y más de 80 años antes de su final.

Francisco repasó mentalmente las fechas y coincidió con Rodrigo, de tratarse de una predicción, sin duda era acertada sobre el fin de las guerras médicas.

Siguió leyendo:

«El gran imperio de los hijos de la loba a su vejez en dos se divide el de occidente cae primero ante el bárbaro ejército, su último emperador llevará el nombre de uno de los hijos de la loba.»

Sin duda se refiere al Imperio Romano que fuera fundado según la leyenda por Rómulo y Remo quienes fueron amamantados por una loba y que luego de Siglos de esplendor siendo ya notoria su decadencia el emperador Teodosio decidió dividir el imperio entre sus dos hijos Arcadio y Honorio para facilitar el manejo de las vastas tierras, el último emperador conocido fue Rómulo, nombre que coincide con el de uno de los fundadores. El bárbaro ejército debe referirse al de los Hunos que liderados por Atila

arrasaron el imperio de occidente y solo se detuvieron gracias a la intervención del Papa San León I Magno quien se entrevistó con Atila, convenciéndolo de abandonar la empresa.

Francisco nuevamente suspiró, la percepción de Rodrigo era correcta, la predicción hablaba sin duda de la caída del imperio Romano que había gobernado por cientos de años al mundo y bajo cuyo flagelo habían sido asesinados numerosos mártires de la cristiandad y por quienes el propio Hijo de Dios había sido crucificado.

No cabía duda alguna, los pergaminos no estaban desarrollados a manera de una relación de la historia con una cronología definida, pero cada aparte daba cuenta de eventos significativos en la historia de la humanidad y el caso de estas dos predicciones se hablaba de cambios importantes en materia militar, económica y política. Pero entre estas dos predicciones había un milenio transcurrido, donde el evento más importante de la historia de la humanidad no había sido descrito, el nacimiento y crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Cómo un evento de esta envergadura podía pasar desapercibido? ¿Es que acaso alguien podría dudar de que este era un hecho histórico merecedor de ser predicho?

Francisco sabía por sus múltiples trabajos de traducción que la historia la escriben los vencedores, las verdades de los vencidos pocas veces son reconocidas como tales y caen en un ambiente de duda generalizada, como si el perdedor representara al mal y todo cuanto hicieron estuviese cubierto de malas intenciones.

Francisco sintió otra vez la pesadez del sueño. La huida permanente lo dejaba sin fuerzas y el episodio con los ajusticiadores lo había dejado con el corazón en vilo. Según Álvaro estos hombres eran despiadados.

Francisco repasó la historia narrada por Álvaro: En un pueblo cercano en la zona de Andalucía de donde eran nativos, una vez habían servido para la inquisición y con tal de encontrar a un hereje que se escondía en un pueblo, fueron matando a un miembro de cada familia tomado al azar, asegurando que no se detendrían hasta que alguien delatara al prófugo. Muchos de los habitantes ni siquiera sabían de qué se les estaba hablando y vieron con horror en sus ojos como, padres, madres, niños y jóvenes doncellas eran asesinados sin ningún reparo en la plaza pública. La cubierta de hielo que tenía la plaza por aquellos días, pronto se vio teñida de un rojo intenso, grandes voces se daban en el pueblo maldiciendo a los ajusticiadores que no se inmutaban ante el llanto de hombres y mujeres. La carnicería no dio ningún resultado, al final del día, 20 familias sufrían la pérdida de alguno de sus componentes y la sed de sangre de los ajusticiadores no se saciaba aún.

Los ajusticiadores era el nombre que habían tomado por encargarse de la justicia divina de la Iglesia. Desde el Vaticano mismo eran llamados para realizar las tareas más complejas que la Iglesia debía hacer, sin manchar sus blancas manos. Álvaro había sido claro al describir los cientos de crímenes que estos hombres habían realizado en nombre de la Iglesia.

El grupo era originalmente de cuatro miembros, tres de ellos los hermanos Luís, Sergio y Rubén de la Poza y el más joven de todos pero a la vez el más desalmado Diego Ramos.

Álvaro le contó a Francisco como estos hombres se habían iniciado como mercenarios al servicio del ejército de los estados pontificios, mataron a gran cantidad de infieles y eran verdaderos héroes de la causa cristiana, pero con los años encontraron mayor

remuneración sirviendo a causas privadas, donde altos cardenales y obispos de la Iglesia los contrataban secretamente para deshacerse de secretos que pudieran afectar la imagen del religioso y por ende de la fe de la Iglesia. Muchas mujeres fueron ajusticiadas por llevar en sus vientres hijos bastardos del prelado o bien de nobles que no querían ver disminuidas las herencias de sus hijos legítimos. En muchos casos se hablaba también de asesinatos de miembros de la misma Iglesia que permitían dejar espacio libre para la elección de un nuevo cardenal o funcionario del Vaticano, con lo cual se podía pagar favores políticos y realizar alianzas de carácter estratégico.

Los ajusticiadores dejaban a su paso una marca distintiva, la figura de un rombo cruzado con una cruz que simbolizaba su lucha a favor de la Iglesia y su actuar como un bloque sólido.

De acuerdo al relato de Álvaro, este grupo de mercenarios se había enfrentado hacía dos años con los integrantes de una especie de hermandad, que actuaba en el anonimato. La lucha se había desarrollado en las afueras del pueblo de Ibros, lugar al que los ajusticiadores habían llegado a buscar a un prófugo de la Iglesia. Por obra de la casualidad, esa noche la hermandad que viajaba camino a Valencia se había hospedado en ese pueblo y al escuchar el ruido de la gente alterada por la llegada de los ajusticiadores, salieron a la plaza, encontrándose con estos hombres. El líder de la hermandad solicitó hablar con quien estaba al mando y Rubén de la Poza dio un paso al frente, ambos hombres se acercaron desafiantes, los restantes acompañantes apretaron la empuñadura de la espada. El líder de la hermandad se presentó como Luigi de Agostini y pidió saber la causa del desafuero que causaban en este pueblo. Rubén de la Poza, líder natural del grupo formado por sus hermanos y Diego, enfrentó a Luigi indicándole que estaban allí con la autoridad de la Iglesia y que no debían darle explicaciones a nadie y mucho menos a un milanés.

Los pobladores anticiparon problemas y corrieron a sus casas en busca de refugio, en la plaza solo quedaron los cuatro ajusticiadores y cinco caballeros de la hermandad.

Rubén, advirtiendo la diferencia numérica y el semblante decidido de estos hombres reculó en busca de la protección de su grupo. Luigi al ver que Rubén retrocedía tomó mayor confianza y le advirtió que no permitirían que tocaran a nadie de ese pueblo, así viniesen con una encomienda del mismo Papa. Los ajusticiadores asintieron y con una reverencia pidieron permiso para retirarse, Luigi con sonrisa de victoria correspondió la reverencia y al quitar la vista de los hombres fue sorprendido por un puñal que saliera de las manos de Luís de la Poza con la potencia de un rayo. El puñal se incrustó en el cuello de Luigi en tanto los ajusticiadores huían en desbandada tomando cada uno un camino diferente. Jean de Menorval, Luke Remí y Paul Rivery de la hermandad corrieron tras sendos ajusticiadores, mientras que Sandro Cannavaro se quedó a atender a Luigi que sangraba profusamente.

Los ajusticiadores sin duda conocían la zona y pronto Luís, Diego y Sergio habían sacado ventaja a los hombres de la hermandad, pero Rubén, quien había tenido que empezar por subir a su caballo al momento de la huida, no había logrado sacar ventaja suficiente a Remí que le seguía a golpe de vista, ambos hombres espoleaban sus caballos que crines al viento surcaban el campo, al llegar a un recodo del camino, el caballo de Rubén perdió el paso y cayó al suelo junto a su jinete. Remí desmontó presto y ambos hombres se enfrascaron en una lucha ardorosa, las espadas soltaban chispas al chocar una contra otra, los golpes de Remí sin embargo eran más contundentes y la rodilla de Rubén se había afectado en la caída, lo que no le daba estabilidad. Pronto ante los embates furiosos de Remí, Rubén cayó al suelo, perdiendo su espada. Remí se acercó al ajusticiador quien en vano retrocedía en el suelo hasta

chocar su espalda a una pared del camino. Rubén al verse imposibilitado de retroceder bajó sus brazos en señal de rendición y dijo a Remí, «está bien, me rindo, llevadme a la justicia», Remí lo miró directo a los ojos y le respondió: «¿Justicia?, esa te la dará tu Dios, yo no he venido en busca de justicia sino de venganza por haber herido a mi amigo» y diciendo esto acercó el filo de su espada a la garganta de Rubén que tragó grueso; el sudor corría a chorros por sus mejillas, «esta bien» dijo «si lo que quieres es vengarte solo déjame hacer una oración por mi alma». Remí con su mirada fija blandió su espada y de un tajo cortó la cabeza de Rubén mientras le decía: ¿Una oración? Vete al infierno sin ella, que de cualquier modo una escoria como tú no tiene cabida en un cielo, en caso de que éste existiera.

Remí volvió a encontrarse con Luigi que yacía desangrando en el suelo, asistido hasta su final por Sandro, los otros dos caballeros también regresaban con la noticia de haber perdido a los hombres que buscaban, repararon en la espada de Remí cubierta de sangre e intuyeron que había dado muerte al ajusticiador.

Los cuatro hombres tomaron el cuerpo inerte de Luigi y haciéndole los ritos correspondientes a su hermandad, lo quemaron en las afueras del pueblo, sus cenizas fueron recogidas y puestas en una urna de cerámica para ser llevados hasta su familia.

Al repasar esta historia contada por Álvaro mientras caminaban por los pasadizos del monasterio buscando las bodegas donde lo esperaba la carreta donde se escondería para huir, Francisco meditó sobre la posibilidad de que esta Hermandad que diera muerte a Rubén fuera conocida e incluso integrada por Rodrigo. Recordó que la noche en que falleció le habló de una logia que estaba interesada en los pergaminos y que bajo su patrocinio había logrado hacer las excavaciones.

Si estaba en lo correcto, ambos grupos involucrados en aquella reyerta eran de temer y ahora podrían encontrarse tras de sus pasos. Apesadumbrado se abrazó a su almohada y en posición fetal intentó dormirse. El ruido que hacían los soldados ebrios se escuchaba por todo el pueblo pero a Francisco, el escucharlos borrachos le hacía sentir cierta seguridad. Había decidido dormir tan solo un poco y levantarse un par de horas antes del amanecer, así podría salvar a su anfitrión de cualquier represalia de los soldados y además tomar una ventaja de al menos dos horas, lo cual era bueno.

Francisco se quedó dormido planeando su día, ahora sus planes se limitaban a lo que haría al día siguiente. Lejos había quedado su vida planificada desde la juventud. Pensó en todas las cosas que anheló harían juntas él y Pierre y al acordarse del muchacho y no saber de su paradero su corazón se entristeció.

Capítulo XVIII: En el camino correcto

La búsqueda de la verdad puede ser larga, a veces peligrosa y casi siempre satisfactoria.

GABRIEL regresó a casa cansado y decepcionado, había estado hablando con un amigo de Germán, un compañero de prisión que había formado parte de la Hermandad Azul. El hombre le había contado muchas historias de la cárcel pero nada que le ayudara, estaba convencido de que allí no podría encontrar pistas. Entró a la cabaña y se quitó la chaqueta, la dejó sobre un sillón y se dirigía a la cocina por una cerveza cuando sonó el teléfono:

—¿Sí? ¡Dígame!

—¡Hola cariño! —saludó Pilar al otro lado del hilo.

—¡Hola Pilar! ¿Cómo va todo por España?

—Muy bien —respondió ella— tenemos datos nuevos. Conocimos a un monje que nos habló de unas leyendas sobre Capmany y sobre un incendio que hubo en la biblioteca de Montserrat. Volvemos a Barcelona, creo que allí podemos encontrar algo interesante. ¿Tú tienes alguna noticia nueva?

—No Pilar, hablé con un amigo de Germán, un compañero de prisión y miembro de la Hermandad Azul pero nada de lo que me contó nos sirve. Espero que ustedes tengan más suerte.

—Te llamaré mañana Gabriel. Te quiero.

—Y yo a ti Pilar, cuídate.

Pilar y Ariel llegaron a Barcelona a las diez de la mañana del día siguiente, dejaron las maletas en el hotel y salieron para Montserrat sin perder tiempo. No tuvieron que esperar demasiado, apenas diez minutos después de que Ariel mostrara una carta a la chica de recepción, un monje los acompañaba a la biblioteca como la vez anterior. Antes de entrar, Pilar le preguntó si era cierto que había habido un incendio muy grave en la biblioteca y que se habían perdido muchos archivos. El monje le respondió que sí, que muchos libros de gran valor se habían quemado y otros muchos se habían salvado pero con daños irreparables.

—¿Y los que se dañaron donde están? —preguntó Ariel.

—Esos están en una sala aparte —respondió el monje— se está intentando recuperar algunos de ellos pero es un proceso lento y difícil.

—¿Podríamos verlos? —solicitó Pilar.

El monje, tras meditar un momento, asintió con la cabeza:

—Síganme, pero debo advertirles que son piezas de gran valor y la biblioteca no puede permitirse que se dañen más, así que por favor, tengan mucho cuidado al manejarlos.

—Por supuesto hermano —aseguró Pilar— soy teóloga, sé bien el valor de estas joyas. Los dejaremos en el mismo estado en que se encuentran, puede estar seguro.

El monje los acompañó hasta una sala al final de la biblioteca y abrió una puerta invitando a Pilar y Ariel a entrar. Accionó un interruptor y unos focos de tono amarillento se encendieron a lo largo de una habitación, en el centro de la cual había unas mesas alargadas cubiertas de libros, unos de ellos quemados casi en su totalidad y otros con apenas unas hojas chamuscadas.

Junto a las paredes, se podían observar unas estanterías llenas de utensilios que se usaban en la conservación y recuperación de libros y documentos. No era la primera vez que Pilar entraba a un lugar así aunque debía reconocer que este laboratorio era el mayor que había visto y por desgracia el número de documentos a recuperar también era enorme. Sentía una punzada de dolor en el corazón al ver eso:

—¡Qué pérdida más grande para el mundo! —Pensó Pilar. —¡Cuanta historia quemada!

—Les dejo solos —dijo el monje— cuando terminen por favor toquen este timbre, vendré para acompañarlos a la salida.

—Gracias —respondieron Ariel y Pilar al unísono.

Apenas el monje cerró la puerta, Pilar se acercó a las mesas y empezó a mirar los libros uno por uno a la vez que animaba a Ariel a hacer lo mismo:

—Vamos Ariel, ayúdame a buscar, tratemos de encontrar algún documento que hable de Capmany o sobre el monasterio por esas fechas.

—Está bien Pilar, yo comenzaré por aquel lado, esperemos que haya suerte. Muchos de los libros estaban tan quemados que apenas se podían leer unas palabras; Pilar se desesperaba intentando descifrar algunas frases que le parecían interesantes por la fechas pero cuando lo conseguía, se daba cuenta que no era lo que buscaban.

Varias horas después, cuando estaba a punto de pedir a Ariel que hicieran un descanso, se fijó en un libro pequeño cuya pasta estaba prácticamente quemada pero que por dentro parecía estar en bastantes buenas condiciones. Lo tomó con mucho cuidado y se fijó en la fecha que había escrita al principio de la primera página, esa fecha coincidía con la etapa que buscaban. Empezó a hojearlo, era un diario de un monje llamado Pere Junyent, perteneciente al Monasterio de Sant Cugat y en una de las primeras páginas hablaba de su visita al Monasterio de Montserrat a su vuelta de las Indias para visitar a su gran amigo Capmany. Pilar llamó a Ariel:

—Mira esto Ariel —dijo mientras pasaba las hojas con avidez— es el diario de un monje amigo de Capmany. Parece que estuvo de viaje y al regreso a Barcelona lo visitó; habla de que eran amigos y confidentes.

—¿Crees que habrá alguna pista en él?

—No lo creo, acabo de encontrarla —dijo Pilar con una amplia sonrisa. Mira, es una carta de Capmany pidiéndole que oculte en algún sitio seguro de Sant Cugat los documentos que le confió, que no los traiga a Montserrat porque es peligroso.

—Bien Pilar —aprobó el monje— buen trabajo. Ese monasterio no está lejos de Barcelona. Solo falta que haya una carta diciendo donde los escondió el hermano Pere.

—Demasiado fácil —respondió ella— pero leeremos con detenimiento el diario, no es muy largo, apenas unas 20 páginas, tal vez haya algún dato más que nos ayude.

Lo leyeron varias veces. Lo que en él se contaba era mucho más interesante de lo que ambos esperaban. Al parecer Capmany se sentía vigilado y entregó unos documentos de gran importancia a su gran amigo Pere Junyent para que los guardara en su monasterio. Este monje viajó a las Indias y a su regreso envió una carta a Capmany anunciándole su regreso a España y una próxima visita a Montserrat, para verlo y devolverle los documentos. La carta de Capmany, fechada en 1568, pidiéndole que los escondiera, era su respuesta.

Las últimas anotaciones hablaban de su llegada a Montserrat, del relato que Capmany le había hecho sobre el incendio de la biblioteca: según decía, unos hombres habrían entrado buscando algo y al parecer habían provocado un fuego, debió ser de forma fortuita ya que en su huida habían dejado abandonados documentos de gran valor e incluso alguno perdió su sandalia. Desaparecieron innumerables libros en ese incendio, quemados y puede que algunos robados. La última anotación hablaba de una enfermedad que lo tenía postrado en la cama casi desde su llegada a Montserrat.

—La última anotación es sobre su enfermedad —dijo Pilar— tal vez murió o le pasó algo que le impidió seguir escribiendo.

—O tal vez perdió el diario o se cansó de escribir en él —respondió Ariel.

—No sé que pasó —aseguró ella— pero vamos a averiguarlo y buscar esos documentos, ahora tenemos una idea de donde pueden estar escondidos.

—Está bien señorita teóloga, mañana nos vamos para el Monasterio de Sant Cugat —dijo el monje sonriendo— me gusta ver que no te das por vencida.

—Como decía una amiga: «Yo siempre hacia delante, hacia atrás ni para tomar impulso». Encontraremos lo que buscamos. Pero eso será mañana, hoy necesitamos descansar de tanto viaje así que volvamos al hotel, nos cambiamos y salimos a cenar a un lugar bonito, hoy invito yo y no admito protestas.

—A sus ordenes jefa —respondió Ariel tocando el timbre para que entrara el monje que los recibió.

Al regreso al hotel Pilar notó al monje nervioso, lo observó varias veces mirar por el espejo retrovisor pero cuando le preguntó si pasaba algo, él le respondió que no, que todo estaba bien. Sin embargo Pilar era muy observadora y se dio cuenta de que en una de las calles Ariel había dicho a Raúl que el tráfico era demasiado denso y este había girado inmediatamente a la derecha; esto no le habría extrañado de no ser porque ese día precisamente el tráfico no era ningún problema. Tenía la sensación de que Ariel estaba preocupado pero no quería insistir, tal vez fuera ella y su imaginación desbocada.

Cuando llegaron al hotel, se pasaron por el restaurante para comer y después subieron a sus habitaciones. Pilar llamó a Gabriel para contarle lo que habían descubierto y decirle que al día siguiente visitarían el Monasterio de Sant Cugat. Después de eso puso la alarma del despertador, se acostó y se quedó dormida. Despertó a las siete, con tiempo suficiente para darse una larga ducha y vestirse ya que había quedado con Ariel a las ocho y media. Estaba de buen humor y muy descansada, tanto, que se puso a tararear una canción mientras preparaba la ropa que iba a usar; sacó un pantalón de la maleta, una camisa y un jersey azul y tomó el bolso de maquillaje que apenas había usado en los últimos días. Se dirigía al baño cuando tropezó con el borde de la alfombra y la ropa se le cayó al suelo; la recogió enfadada consigo misma por su torpeza pero no se dio cuenta que uno de los botones de la camisa se había caído y

rodado bajo la cama. Cuando empezó a vestirse, tras la ducha fue cuando se fijó que faltaba el botón inferior; estaba segura que se le habría caído antes ya que esa camisa la había planchado y doblado ella misma y estaba perfecta. Después de buscar por el suelo lo encontró y lo dejó sobre la mesita de noche, lo cosería después ya que no era tan urgente, era el último de todos.

Al llegar al hall a las ocho y media en punto, Ariel ya la estaba esperando y tras comentarle que estaba muy guapa, salieron a la calle donde Raúl esperaba con el auto listo. Por enésima vez Pilar pensó que Ariel era un monje fuera de lo común, galante y atento como el más educado de los caballeros; estaba segura que cualquiera que los viera pensaría que eran una pareja:

—Deja de pensar tonterías —se dijo Pilar a sí misma mientras entraba al auto.

Fue una cena muy agradable en la que Ariel demostró una vez más su «savoir faire» y en la que Pilar disfrutó tanto de la comida como de la compañía. Sin embargo volvió a tener la sensación de que Ariel estaba nervioso cuando, en el momento de servirles el postre, él miró varias veces hacia la entrada del restaurante con semblante serio y tras darse cuenta de que ella lo observaba, sonrió y empezó a comer como si nada pasara. Sin embargo Pilar lo había observado con atención estos días que habían pasado juntos y ya empezaba a reconocer sus gestos, sabía que algo lo tenía intranquilo pero no podía imaginar que era.

Después de cenar fueron, dando un paseo, a un pub que había cerca del restaurante; Ariel sugirió que era temprano para volver y que una copa les sentaría bien, Pilar aceptó de buen grado, después de dormir unas horas por la tarde, no tenía sueño. Raúl los seguía de cerca con el coche sin perderlos de vista.

Casi a las doce de la noche regresaron al hotel, Ariel acompañó a Pilar hasta la puerta de su habitación, era la primera vez que lo hacía y ella pensó que él ni se había dado cuenta, enfrascado como estaba en la conversación. Sin embargo apenas llegaron a la puerta, Ariel sonrió y le dijo con voz tranquila:

—Ha sido una velada muy agradable Pilar, hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una cena y sobre todo de la compañía. Te dejo sana y salva en tu habitación, nos veremos mañana a las nueve en el hall. Buenas noches.

—Buenas noches Ariel —respondió ella sorprendida por sus palabras— estaré puntual como siempre.

Fiel a sus palabras Pilar estaba en el hall del hotel a las nueve menos cinco, después de tomar un ligero desayuno en la cafetería. Ariel ya la esperaba sentado en un sillón leyendo el periódico; al verla llegar se levantó sonriendo y abrió la puerta de la calle.

—Buenos días Pilar, cuanto antes salgamos mejor ¿No crees?

—Buenos días Ariel —replicó ella— como siempre, tienes razón. Estoy deseosa de llegar y ver que encontramos en ese monasterio.

—Yo también, aunque no soy tan optimista como tú —reconoció el monje.

—Yo tengo la sensación de que hoy tendremos suerte —le dijo Pilar mientras subía al auto que como siempre Raúl tenía esperando en la puerta.

Apenas tardaron media hora en llegar al Monasterio que, según le contó Ariel, ahora no albergaba monjes y había sido declarado Monumento Histórico Artístico.

—Si no hay monjes ¿Cómo vamos a entrar y a quién vamos a preguntar? —Le dijo Pilar un poco preocupada.

—Tranquila, ya está todo arreglado, nos espera el encargado de las visitas, es una de las personas que mejor conoce el monasterio y su historia, podrás preguntar todo lo que quieras —le respondió el monje tratando de tranquilizarla.

Efectivamente, cuando llegaron, un hombre que pasaría de los sesenta años, los esperaba en la entrada, Pilar empezaba a pensar que Ariel tenía contactos en todo el mundo y en todos los lugares y eso le facilitaba enormemente las cosas. Estaba encantada de tenerlo a su lado en este viaje.

El hombre se acercó a ellos y preguntó a Ariel si era el monje de América, él asintió a la vez que extendía su mano para saludarlo y le presentaba a Pilar. El hombre, que dijo llamarse Joan, les invitó a entrar a un pequeño despacho donde les ofreció un café y les preguntó que es lo que necesitaban del monasterio.

—Creo que mejor Pilar le explica lo que necesita, ella es la que investiga. —Respondió Ariel.

—Verá —dijo Pilar— necesitamos información sobre un monje que estuvo en este monasterio sobre el año 1567.

—Si lo desean —les dijo Joan— pueden revisar los archivos del monasterio, están bien conservados aunque no sé si encontrarán lo que necesitan. Acompañenme y se lo mostraré.

El hombre los acompañó hasta la biblioteca y les indicó que estaba organizada por años y que disponían del tiempo que necesitaran para revisarlos y dicho esto se marchó dejándolos solos.

Ambos se dirigieron hacia los estantes buscando el año 1567, para su sorpresa, el de ese año estaba repleto de libros muy bien cuidados y ordenados por temas. Buscaron durante media hora sin resultado hasta que Pilar encontró un diario del monasterio; en él había una lista de los monjes y se hablaba de Pere Junyent. Según se contaba era el encargado de la Ermita de Santa María de Gausac, una de las parroquias pertenecientes a Sant Cugat, que viajó a las Indias para llevar la palabra de Dios y que a su regreso a Barcelona, viajó al monasterio de Montserrat a cumplir una encomienda del prior y a visitar a un amigo. Que estando allí sufrió un accidente cuando se dirigía a la Santa Cueva y fue encontrado muerto. Sospechándose que cayó y se golpeó en la cabeza con una de las innumerables rocas del camino.

—Esto nos aclara porqué no hay nada mas en su diario —dijo Pilar al monje.

—Sí —dijo Ariel— pero seguimos sin saber donde pueden estar esos documentos.

—Tienes razón —reconoció ella— sabemos que los escondió por aquí, tal vez en este monasterio o quizás en esa ermita que se cita en el diario ¿La conoces?

—No —dijo Ariel— es la primera vez que oigo ese nombre pero podemos preguntar a Joan.

Salieron de la biblioteca y lo encontraron sentado en un banco del pasillo, leyendo. Ariel le preguntó donde se encontraba la ermita de Santa María y él les dijo que muy cerca de allí, que se podía llegar a pie pero que ahora se llamaba Ermita de Sant Adjutori.

—¿Para que quieren ir allí? —Preguntó Joan— si no es indiscreción.

—El monje que buscamos era el encargado de esa ermita por el año 1567 —le dijo Pilar— y nos gustaría visitarla a ver si encontramos datos en su archivo.

—Eso es imposible —le respondió Joan— todo lo que había en la ermita está aquí, en los archivos del monasterio. De haber algo tendrán que buscar aquí. Disculpen mi curiosidad pero el hermano del que buscan datos ¿No será el hermano Pere? ¿Pere Junyent?

—Exactamente —reconoció Pilar— se trata del mismo. ¿Sabe usted algo sobre él que pueda contarnos? Cualquier cosa nos puede servir aunque parezca poco importante.

—Pues saber no mucho, solo una historia que se cuenta en el pueblo y que ha pasado de generación en generación. Se dice que el hermano trajo un tesoro de América y que lo escondió en algún lugar de esa ermita, según cuentan, una pareja que estaba cerca de la ermita lo vio salir de noche con un saco y una azada y poco después regresó lleno de barro y sin el saco. La gente comenzó a decir que eran piedras preciosas que el jefe de una tribu de indios le había regalado por curar a uno de sus hijos con medicinas de España. Les repito que es solo una leyenda que tomó fuerza cuando murió en un accidente ya que según las gentes del pueblo comentaban que intentaron robarle el tesoro y como no dijo el lugar donde lo había escondido, lo mataron despeñándolo por la montaña.

—¿Usted cree que esa historia puede ser verdad? —preguntó Ariel.

—Pues yo creo que eso del tesoro es una historia inventada por las gentes —dijo Joan.
—En este monasterio hay muestras de la bondad del hermano Pere, era un hombre plenamente dedicado a sus semejantes y no lo imagino escondiendo tesoros pero tampoco puedo estar seguro de ello al cien por cien, todo eso ocurrió hace siglos.

—Joan ¿Cómo podríamos ir hasta esa ermita? —preguntó Pilar.

—Está muy cerca, llegarán sin problema si siguen mis indicaciones:

En la plaza Rotary de Sant Cugat se inicia un camino sin asfaltar y precintado por una cadena, lo cual quiere decir que deben ir a pie, cosa nada complicada, ya que el camino es llano y agradable y además está repleto de árboles frondosos y la flora característica del bosque mediterráneo. Llegarán a la masía de Can Borrell, espléndida construcción de más de 300 años de antigüedad, hoy convertida en restaurante, la dejan a su izquierda, o bien atraviesan el patio de la masía y continúan por la pista forestal. Al cabo de unos 100 metros hay un pequeño desvío a la izquierda, cruzan un riachuelo y a continuación verán la ermita desde el camino. Cerca de allí hay un horno ibérico muy bien conservado, si tienen tiempo deberían visitarlo.

—Gracias —respondió Pilar— iremos dando un paseo ya que está tan cerca de aquí. Por cierto ¿Hay alguien que cuide la ermita? Ya que vamos nos gustaría verla por dentro.

—Sí —le contestó Joan— hasta las nueve de la noche hay un vigilante allí que mantiene abierta la ermita para que la visite quien lo desee. Se llama Pablo, díganle que van de mi parte y se pondrá a su disposición para lo que necesiten, pero les advierto que la ermita es muy pequeña, no hay mucho que ver.

—Muchas gracias por su ayuda Joan —dijo Ariel— nos ha servido de mucho.

—Es cierto —ratificó Pilar— nos ha sido de gran ayuda, gracias.

Tomaron la dirección que les había dicho Joan y en poco más de quince minutos la encontraron. La ermita, con planta circular sin ábside, cubierta con una bóveda semiesférica, era muy pequeña y tenía una ventana con arco de piedra tallada. La puerta estaba abierta y cuando ellos llegaron, un hombre salía de ella con una mochila al hombro y un mapa en la mano.

—Supongo que por aquí habrá muchos turistas, es una zona preciosa. —Pensó Pilar en voz alta.

—Tienes razón —respondió Ariel— esta zona de Cataluña es una maravilla. Entremos a ver si Pablo está dentro, aunque no imagino que le vamos a preguntar.

—Anda, entremos a ver —dijo Pilar. La ermita, de estilo románico, era bastante oscura, les costó unos instantes acostumbrarse y poder ver dentro. En un rincón, colocando unas velas había un hombre, no parecía muy mayor e imaginaron que sería Pablo así que se dirigieron a él y le preguntaron.

—Sí, soy yo —respondió guardando la cerillas en un bolsillo. —¿En qué puedo ayudarles?

—Venimos del monasterio de Sant Cugat —respondió Pilar. —Joan nos ha dicho que hablemos con usted, verá, estamos buscando información sobre Pere Junyent, un monje del siglo XVI.

—Sé quien es el hermano Pere, conozco la historia de esta ermita y además hay una lápida con su nombre grabado junto al de un peregrino que, según se cuenta, falleció de fiebres. Al parecer ese hombre murió aquí en la ermita, el hermano Pere lo encontró y como había nevado mucho y no podía ir hasta Sant Cugat, lo enterró y varios días después se encargó de grabar él mismo una lápida y ponerla sobre su tumba. En dicha lápida pone: «Yo, Pere Junyent, enterré a este peregrino de nombre desconocido». Pero disculpen, ¿Qué quieren saber exactamente?

—En realidad todo lo que podamos averiguar nos será útil, estamos haciendo una biografía sobre él —dijo Ariel ante el asombro de Pilar que sonreía por la mentira del monje.

—Pues poco más puedo contarles de él, aparte de una leyenda que dice que trajo un tesoro de América y lo escondió en el campo. De hecho esa lápida ha sido levantada muchas veces por personas que buscaban ese tesoro.

—Conocemos esa leyenda —dijo Pilar. —¿Podría decirnos donde está esa lápida que dice?

—Si claro —dijo Pablo— esta muy cerca de aquí, apenas a cien metros, junto a un árbol centenario. Si toman ese camino sin desviarse llegaran en unos minutos.

—Dígame —preguntó Pilar. —¿Hay algo más por aquí cerca, que recuerde o haya sido hecho por el hermano Pere?

—Pues ahora que lo preguntan, hay una roca con su nombre grabado y unas palabras que yo no entiendo, está en el suelo de la ermita, allí junto al altar, vengan a verlo, se lo mostraré.

Se acercaron y con una linterna que Pablo llevaba en el bolsillo, les alumbró sobre la

roca. El nombre de Pere Junyent se podía leer junto con otras palabras que Pilar reconoció al instante, era arameo.

Ariel le preguntó si podía traducir lo que ponía allí y ella le respondió que sí:

—«Si buscas a Dios este es el lugar, si buscas lo oculto ve donde el calor alimenta».
—Tradujo Pilar.

—¿Y eso que significa? —volvió a preguntar el monje.

—No lo sé —respondió ella— la primera parte es fácil de entender, una ermita es el lugar indicado para buscar a Dios pero eso de «donde el calor alimenta» no tengo ni idea de lo que es.

—Tal vez sea el horno —dijo Pablo, sorprendiendo a Pilar y Ariel que casi se habían olvidado de él.

—¿Un horno? ¿Qué horno? —preguntó Ariel.

—Hay un horno ibérico cerca de aquí, está muy bien conservado —dijo Pablo un poco avergonzado pensando que habría dicho una tontería— discúlpeme, solo se me ocurrió, como la señorita ha dicho «el calor alimenta», pensé en ese horno, allí se preparaba alimento.

—No es ninguna tontería —replicó Pilar sonriendo— creo que acertó de lleno. Joan nos habló de ese horno ¿recuerdas? Nos aconsejó que lo visitáramos cuando viniéramos.

—¿Ah sí? —dijo Pablo sonriendo orgulloso. —Pues el horno está a menos de cien metros ¿Creen que el tesoro estará allí?

—No Pablo, creo que lo del tesoro es solo una leyenda y lo mismo cree Joan —dijo Pilar— por lo que sabemos, Junyent era un hombre temeroso de Dios y leal a la orden a la que pertenecía; el lema «Ora et labora» lo siguió fielmente hasta el final de su vida. No creo que trajera oro ni piedras preciosas desde América y mucho menos para esconderlas. Esa frase tendrá otro sentido aunque después de siglos, será imposible saber cual. Ya que estamos aquí visitaremos la zona Ariel, me gustaría hacer algunas fotos, esto es bellissimo.

—Por supuesto Pilar, terminaremos de ver la capilla antes de visitar los alrededores —respondió Ariel. —Pablo gracias por su ayuda, volveremos a despedirnos de usted antes de marcharnos si aun sigue por aquí.

—Sí, claro —respondió el hombre— estaré aquí hasta las nueve. Pásenlo bien y disfruten este paisaje, es único.

Pilar y Ariel pasearon por la capilla tratando de aparentar que estaban interesados, no querían que Pablo pensara que iban buscando un tesoro, aunque fuese cierto no era ese tipo de tesoro el que les interesaba. Aprovecharon la llegada de unos visitantes a la ermita para salir de allí mientras Pablo hablaba con ellos, no querían curiosos observándolos. Siguieron el camino que les había indicado y poco después encontraron el horno.

—¿Y ahora que hacemos Pilar? —preguntó Ariel.

—Pues supongo que buscar alguna indicación, si dejó una frase escrita en la ermita, tal vez haya dejado otra por aquí —respondió ella.

—Tu mira por ese lado y yo miraré por este —dijo Ariel— a ver si encontramos algo.

—Ariel —dijo Pilar— alguien nos está observando. Acabo de verlo cruzar de un lado a otro y nos estaba mirando, se escondió tras aquellos árboles. Será Pablo, seguro que cree que existe ese tesoro de verdad y que estamos buscándolo.

—Tal vez tengas razón —contestó Ariel— pensará que queremos quedarnos con el tesoro. ¿Quieres que vaya a ver?

—Déjalo —le dijo Pilar— vayamos a lo nuestro, ya verá que no es un tesoro lo que estamos buscando.

Miremos a ver si encontramos alguna cosa que nos sirva de pista, tenemos que averiguar donde escondió esos documentos.

Revisaron el horno y sus alrededores sin encontrar nada, no sabían lo que buscaban y eso complicaba más el encontrarlo, tal vez ni estuvieran allí esos documentos y fuera una pista falsa puesta por el hermano Pere. De repente Pilar se fijó que había varias piedras del horno en la parte trasera que eran distintas al resto; al principio no le dio importancia pero luego se fijó que parecían más nuevas, incluso estaban más pulidas que el resto. Se acercó y tocó la primera pasando los dedos para compararla con las otras, la diferencia era enorme; trató de moverla ante la mirada asombrada de Ariel, pero no se movió, estaba bien encajada en el muro. Un poco decepcionada se dirigió a la otra seguida por el monje.

Hizo lo mismo que con la anterior, pasó los dedos y la sintió más suave; intentó moverla casi convencida de que estaría encajada como la otra pero para su sorpresa se movió ligeramente.

—Ayúdame Ariel —le dijo— espero por nuestro bien que lo que buscamos esté aquí porque podemos estar metiéndonos en un lío, este horno es un monumento.

Ariel se acercó y tras mover un poco la roca, la sacó con facilidad. Pilar se agachó y metió la mano en el agujero, tanteando con prudencia. De pronto se quedó mirando al monje y sonriendo:

—Creo que lo he encontrado —le dijo mientras tiraba y sacaba una bolsa de cuero bastante deteriorada, alrededor de la cual había una tira también de cuero con algo grabado. Al sacarla se cayó y Ariel se agachó a cogerla.

—Eres única Pilar —le dijo Ariel, mientras miraba a su alrededor preocupado— deberíamos irnos de aquí, ya tendremos tiempo de ver lo que hay dentro. Guardaré esto que se ha caído en el bolsillo, ya te lo daré en el hotel.

—Debemos despedirnos de Pablo, le hemos dicho que lo haríamos y me gusta cumplir a pesar de que sea un desconfiado —señaló Pilar.

—Está bien, lo haremos, volvamos a la ermita —dijo él, aunque no muy convencido. Regresaron siguiendo el mismo camino, Pilar trataba de guardar entre su chaqueta la bolsa para alejarla de la mirada de posibles visitantes. De pronto oyeron un ruido a sus espaldas como si alguien los siguiera pero no vieron a nadie, pocos minutos después se volvió a repetir con el mismo resultado.

—Creo que es Pablo, nos ha seguido todo el tiempo —aseguró Pilar.

—Supongo que sí —le respondió Ariel— pensará que esa bolsa está llena de joyas y

oro. Deberíamos irnos directos a Sant Cugat, pero si quieres cumplir tu palabra lo haremos.

—¡Pablo, salga, sabemos que nos está siguiendo!

—Gritó Pilar ante la cara de incredulidad de Ariel —¡Salga hombre, no es ningún tesoro!

—Creo que no quiere dar la cara —dijo el monje en el momento de llegar a la puerta de la ermita— mejor nos vamos.

En ese momento Pablo salía de la misma acompañado de dos personas y al verlos los saludó con la mano, invitándolos a acercarse. Ellos lo hicieron sorprendidos de verlo allí pero apenas se acercaron Ariel tomó a Pilar del brazo y dijo:

—Sólo queríamos darle las gracias por atendernos, ha sido muy amable pero debemos volver, es tarde, adiós —y dicho esto hizo un gesto a Pilar para alejarse.

—Gracias Pablo, ha sido un placer conocerlo, adiós —dijo Pilar un tanto extrañada por la reacción de Ariel que parecía mas nervioso por momentos y miraba hacia todos lados como si buscara algo. Se dirigieron a la ciudad, Pilar tenía la misma sensación de las veces anteriores, Ariel estaba nervioso y preocupado y ahora ella creía saber porqué:

—Nos están siguiendo —se dijo a sí misma— ha actuado igual que ayer y ahora yo también he notado que nos seguían, pero si no era Pablo ¿Quién puede ser? ¿Y porqué no me ha dicho nada?

—¿Qué ocurre Pilar, porqué te has parado? —le dijo Ariel sacándola de sus pensamientos.

—Nada —respondió ella— pensaba quien podía ser el hombre que nos estaba mirando cerca del horno.

—Sería algún visitante de la zona, no le des más vueltas a eso, anda vamos que se nos hace tarde. Raúl los seguía esperando en el mismo lugar de Sant Cugat donde lo dejaron, inclinado sobre el auto leía un periódico y al verlos llegar abrió rápidamente la puerta para que Pilar subiera y después hizo lo mismo con la de Ariel, todo esto como era su costumbre, sin decir ni una palabra.

—Volvamos a Barcelona Raúl, al hotel y date prisa —ordenó Ariel. Apenas llegaron a la puerta del hotel, el monje se adelantó a Raúl y ayudó a bajar a Pilar mientras miraba a todos lados. Ella viendo su preocupación, salió y se dirigió a la entrada sin decir nada, tomaron el ascensor y entraron a su habitación. Se acercó a la mesa y sacó la bolsa.

—Es la hora de la verdad Ariel, veamos que hay dentro. —Dijo mientras la abría con cuidado tratando de no dañar lo que hubiera.

El monje observaba atento como ella sacaba dos cuadernos de la bolsa, a pesar de su antigüedad se encontraban en bastante buen estado; Pilar los iba colocando uno al lado del otro como si fueran joyas de gran valor, después sacó un paquetito de cartas sujeto por una cinta de cuero, estaban amarillentas pero en buen estado.

—Ven Ariel, acércate y veamos que es todo esto —le dijo Pilar notando que se mantenía de pie mirándola pero sin acercarse. Él se acercó y se sentó a su lado esperando que fuese ella quien los leyera; Pilar se dio cuenta, tomó en primer lugar el

paquete de cartas y empezó a hacerlo una por una. Cuando terminó miró al monje con cara de incredulidad:

—Ariel, estas cartas son auténticas y parecen escritas por una persona en su sano juicio ¿Crees que esos pergaminos existieron de verdad?

—No lo sé Pilar —dijo él— pero si es así debemos encontrarlos, sigue leyendo por favor. Dejó las cartas y tomó uno de los libros. Era un diario de Capmany, empezó a leer cada vez más absorta e interesada en lo que se contaba en él. Ariel la escuchaba tan interesado como ella, sin perder de vista cada uno de sus gestos. Cuando terminó de leer dejó el diario sobre la mesa y tomó el otro.

—Es increíble lo que Capmany narra en este diario Ariel.

—Es cierto Pilar —dijo él— deberías leer el otro también.

El segundo diario pertenecía a François Théodore de la Vasserie. Pilar lo leyó con el mismo interés que el primero. Tanto ella como Ariel, trataban de asimilar todo lo que en él se contaba:

—Esos pergaminos son muy peligrosos Ariel, ¿Te das cuenta de la cantidad de luchas y de muertes que han ocurrido por culpa de ellos? Y lo peor de todo es que según Germán aún hay grupos peligrosos tras ellos.

—Puede ser Pilar, pero ahora no podemos dejar las cosas así, tenemos que averiguar donde están esos pergaminos y después tu decides que hacer con ellos.

—Está bien Ariel, necesito descansar un rato, estoy agotada. ¿Qué te parece si nos vemos más tarde para comer algo?

—Está bien Pilar, en un par de horas nos vemos abajo y guarda bien los diarios y las cartas.

—Lo haré no te preocupes, hasta luego —dijo ella sin hacer intención de acompañarlo hasta la puerta.

El monje la miró serio y salió de la habitación sin decir nada más. Pilar se recostó en la cama y tomó el teléfono para llamar a Gabriel. Apenas unos segundos escuchó su voz al otro lado:

—Hola Gabriel —saludó Pilar. —¿Cómo estás?

—Bien Pilar ¿y tú? Te noto preocupada ¿Qué pasa?

—Gabriel, hemos encontrado unos documentos sorprendentes, déjame que te cuente de qué se trata.

Casi una hora pasaron al teléfono, ella contándole sus descubrimientos y él tratando de convencerla de que volviera a América y dejara esa búsqueda que podía ser muy peligrosa.

—No podemos dejar las cosas así Gabriel, estamos en el buen camino, te prometo que si se pone peligroso lo dejo y vuelvo.

—Está bien Pilar, pero no te expongamos y llámame si notas algo raro. Hasta mañana.

—Hasta mañana Gabriel. Apenas colgó el teléfono recordó la tira que Ariel había

guardado, tal vez fuera importante así que se levantó y se dirigió a su habitación para que se la mostrara. Iba a llamar a la puerta cuando se dio cuenta que no estaba cerrada del todo y que dentro Ariel hablaba con alguien, se iba a marchar y volver después pero su curiosidad fue más fuerte. Se acercó un poco y puso atención: Ariel hablaba con un hombre y le explicaba lo que habían encontrado y que durante los últimos días los habían estado siguiendo; el otro le decía que tuviera cuidado y se mantuviera al lado de ella en todo momento.

Pilar se dio cuenta que Ariel no había sido sincero con ella y no podía explicarse por que motivo. Empezaba a sospechar que sus motivos para ayudarla no eran tan desinteresados como ella pensaba. Cuando los oyó despedirse se escondió en un hueco del pasillo para ver la cara de quien estaba con Ariel y para que no la descubrieran. Era un hombre algo mayor que él pero de su misma estatura, al despedirse se dieron un beso en la mejilla a la vez que llevaban su mano derecha al pecho, esto sorprendió a Pilar, esas cosas eran típicas de hermandades y logias pero no sabía de ninguna orden monástica que las usara. Cuando el monje cerró la puerta ella volvió a su habitación, debería estar más atenta de ahora en adelante al comportamiento de Ariel, tal vez no era lo que ella creía.

Estaba preocupada, había confiado sin reservas en Ariel desde que el sacerdote de la ciudad se lo recomendara y para colmo ella se había deslumbrado por él, sus modales y su comportamiento en general, eran exquisitos. No era una persona confiada pero con él se había dejado llevar con mucha facilidad. Se durmió pero su sueño fue intranquilo y despertó sin haber descansado. Se dio una ducha intentando relajarse, se puso una ropa cómoda y antes de salir, buscó un lugar seguro para los documentos pero no se le ocurría ninguno; entonces pensó en la caja fuerte del hotel, era el mejor lugar, así que cogió su maletín de maquillaje, lo vació y metió dentro los diarios y las cartas. Bajó por el ascensor de servicio para evitar encontrarse con Ariel, antes de salir, miró por si estaba ya esperándola pero no lo vio así que rápidamente se dirigió a recepción y pidió guardar sus joyas en la caja. El recepcionista la acompañó al despacho y tras rellenar la ficha, abrió una caja de seguridad donde Pilar metió el cofre, a continuación cerró y le entregó la llave. Ella la guardó en uno de sus bolsillos y salió cuidando de no ser vista por Ariel o Raúl. Se sentó en uno de los sillones a ver una revista hasta que unos minutos después vio bajar al monje.

—Hola Pilar ¿Qué tal te encuentras, has descansado?

—No mucho Ariel, todo esto me tiene preocupada, no sabemos si habrá gente que quiera esos pergaminos siguiéndonos. Tal vez deberíamos dejarlo y volver a nuestras vidas —dijo para ver la reacción del monje.

—No eres de las que dejan las cosas a medias Pilar, además yo estoy contigo y no dejaré que te pase nada. Anda, vamos a comer algo que estoy hambriento y seguro que tú también. Pilar se levantó tratando de poner una sonrisa que le salió forzada, cada vez desconfiaba más de Ariel y eso la enfadaba hasta límites insospechados, se sentía como una boba.

—¿Te pasa algo Pilar? Te noto ausente —dijo de pronto Ariel que la miraba con el semblante muy serio— no dejaré que te pase nada, aunque sea monje se defenderme, no soy tan tranquilo como crees.

—Empiezo a sospechar que es así —dijo ella también muy seria aunque Ariel pensó que bromeaba. Se dirigieron al restaurante, Pilar observaba los gestos del monje sin que él se diera cuenta. Cuando éste abrió la puerta para que entrara, Pilar vio reflejada

en el cristal la imagen de alguien que se ocultaba tras una columna, de inmediato, se dio cuenta que era el mismo hombre que los había estado vigilando cuando estaban en el horno; se iba a volver para hacérselo notar al monje pero se lo pensó mejor, de ahora en adelante sería mas precavida.

Ariel trató de que la comida fuera amena, como hacía siempre pero Pilar no podía dejar de pensar en la conversación que había escuchado, en el hombre que los vigilaba, en los pequeños detalles que había observado desde que llegaron a Barcelona. Tenía una sensación de peligro que no le gustaba nada, deseaba terminar la cena y volver a su habitación para hablar con Gabriel. Sabía que el monje no solía tomar postre así que ella tampoco pidió nada alegando que le dolía un poco la cabeza y que iba a tomar un analgésico y a descansar un rato. Ariel pagó la cuenta y se levantó solícito para ayudarla aunque ella se adelantó y se dirigió a la salida, empezaban a molestarle las atenciones que le dedicaba.

—Te acompañaré hasta tu habitación Pilar, estoy preocupado, te noto cansada y además distante ¿Te pasa algo conmigo, he dicho algo que te haya molestado?

—No es necesario que me acompañes Ariel y no has hecho nada que me moleste; has sido un caballero en todo momento y me estás ayudando de forma desinteresada ¿No es cierto? No tengo motivos para estar distante contigo.

—No los tienes —dijo Ariel aunque Pilar se dio cuenta que no la miró a los ojos al decirlo— y te acompañaré hasta tu habitación, como dices, soy un caballero.

Llegaron a la puerta de la habitación, Pilar abrió la cartera y sacó la llave pero cuando intentó introducirla en la ranura la puerta se abrió. Ariel la tomó del brazo y la apartó a un lado.

—Espera Pilar, ¿dejaste la puerta cerrada cuando saliste?

—Por supuesto Ariel, siempre cierro cuando salgo —respondió ella— tal vez las limpiadoras se olvidaron de cerrarla al terminar.

—No lo creo, suelen pasar por la mañana temprano Pilar, espera aquí afuera, yo entraré primero —dijo el monje a la vez que abría completamente la puerta y entraba.

Pilar no hizo caso y entró tras él, los dos se quedaron atónitos ante lo que encontraron, la habitación estaba totalmente revuelta, los cajones estaban tirados por el suelo y la ropa desparramada, incluso la cama estaba desecha, con seguridad habían buscado bajo el colchón también.

—Buscaban los diarios Ariel —dijo ella— no creo que hayan entrado a robar joyas o dinero.

—¿Se los han llevado? Mira a ver si siguen donde los dejaste —le respondió él.

—No los dejé en la habitación, después te digo donde están, ahora llamemos a seguridad y digamos lo que ha pasado —dijo Pilar.

—No creo que sea buena idea Pilar, recoge tus cosas y vamos a mi habitación —dijo Ariel— deberíamos irnos a un lugar más seguro.

Pilar tomó su maleta y empezó a recoger su ropa ayudada por el monje, después de guardar todo lo que encontró en ese revoltijo que era la habitación, se dirigieron a la de Ariel. Este empujó la puerta para ver si también estaba abierta pero no cedió, sacó su

llave y abrió invitando a Pilar a pasar delante. Su habitación parecía en orden pero apenas entraron dentro notaron como alguien los empujaba contra la pared, Pilar perdió el equilibrio y cayó contra Ariel que trató de sujetarla en vano, ambos cayeron al suelo mientras las personas que los había empujado salían corriendo de la habitación. No tuvieron apenas tiempo de reaccionar, solo de ver a dos hombres vestidos de negro y con la cara cubierta que corrían hacia la salida. Ariel trató de levantarse para seguirlos pero tropezó con la maleta de Pilar y volvió a caer al suelo. Cuando salió al pasillo ya no había rastro de ellos.

—Debemos marcharnos de aquí Pilar, cuanto antes mejor, voy a llamar a Raúl para que nos espere a la salida del hotel.

Mientras hablaba con él por el móvil iba recogiendo su ropa, apenas cinco minutos después estaban en el hall listos para marchar.

—¿Dónde están los diarios Pilar? —Le dijo Ariel— debemos llevarlos con nosotros.

—Dame un minuto —le respondió ella— a la vez que se dirigía a recepción.

Cuando llegó Raúl, ya estaban en la puerta esperándolo, subieron al auto y salieron de la ciudad a toda velocidad.

—¿Dónde vamos Ariel? —preguntó Pilar.

—Tranquila, vamos a la masía de unos amigos —le respondió él— allí estaremos seguros mientras pensamos el siguiente paso a dar.

Media hora después entraban en una casa típica de la zona, era enorme y bien acondicionada y según le dijo Ariel, los dueños estaban de viaje por Europa y no volverían en varias semanas. El monje la acompañó hasta uno de los dormitorios:

—Aquí estarás bien, anda entra y ponte cómoda, descansa un rato y después hablamos —le dijo con una sonrisa tratando de tranquilizarla.

Ella no le respondió sino que entró y cerró la puerta. Se sentó en la cama y llamó a Gabriel con su móvil a pesar de que había teléfono en la habitación, ya desconfiaba incluso de que escucharan su conversación.

—¿Dígame? —respondió Gabriel.

—Soy yo —dijo Pilar. —Gabriel ha pasado algo que debo contarte.

Pilar le contó con todo detalle lo que había pasado y su desconfianza de Ariel.

—No debería haberte dejado ir sola —le dijo Gabriel preocupado— sabía que podía ser peligroso. Ten cuidado, que Ariel no note que sospechas de él, trata de comportarte igual que siempre y sobre todo mantenme al tanto de todo lo que vaya pasando, si es posible intenta que os quedéis en ese lugar unos días más. Apenas terminemos de hablar reservo billete en el primer vuelo a España.

—Está bien Gabriel, llámame apenas aterrices y quédate tranquilo, creo que por ahora estaré bien.

—Te quiero Pilar, hasta pronto.

—Y yo a ti Gabriel, buen viaje.

Capítulo XIX: Un viaje por la historia

Viajar por la historia puede ser el más peligroso de los viajes.

GABRIEL no había podido conciliar el sueño, su preocupación por Pilar lo mantuvo despierto toda la noche. Gracias a una amiga que laboraba para Iberia había logrado alcanzar un espacio en el vuelo de ese día, el pagar un extra precio bien valía la inversión, de no haberlo hecho habría tenido que esperar dos días y no estaba dispuesto a poner en riesgo la vida de Pilar ni un minuto más.

Mientras esperaba la salida del avión repasó los apuntes que había hecho en su investigación. Sobre Francisco no había encontrado nada, para esos años solo encontró documentos que hablaban de una pareja, que habían asistido a los indígenas, defendiéndolos de los maltratos de los soldados españoles, de los colonos e incluso de los monjes que quisieron practicar las torturas de la inquisición con ellos, a pesar de que la Iglesia lo castigada. Las crónicas hablaban de un francés y su esposa, aunque no daban el nombre.

Gabriel leyó en los escritos de la época que a pesar de tratarse de una misma institución, las particularidades propias de las colonias hispanoamericanas originaron no pocas diferencias con el funcionamiento del Santo Oficio. Entre las más importantes se mencionaba la exclusión del fuero inquisitorial de la mayor parte de la población al haberse exceptuado a la masa indígena de la jurisdicción del Tribunal. La razones básicas eran dos: la primera, que los pobladores nativos recién estaban siendo instruidos en la religión católica y, en su mayoría, no podían entender aún claramente los dogmas ni mucho menos distinguirlos de las herejías. La segunda, estrechamente relacionada con la anterior, era que la intención declarada del monarca no era que el Tribunal fuese odiado sino querido y respetado, por lo cual se buscaba dar ejemplo a los aborígenes controlando la conducta y doctrina de los españoles.

Esta inimputabilidad de los indios hizo que el Santo Oficio en América tuviera un carácter eminentemente urbano, los conquistadores hispanos venidos a estas tierras vivían en los denominados «pueblos de españoles» por razones políticas, en cumplimiento de las órdenes emanadas de la autoridad civil. En estos poblados se concentró la acción de la Inquisición, la cual sólo comprendía a las minorías europea, mestiza o africana. Sin embargo muchos fueron los indios sometidos por el poder de los monjes que echando mano a su investidura se apropiaban de sus pertenencias, hijas y esposas ante la autoridad indulgente de los civiles que debían evitarlo. La pareja a la que hacían referencia se los relataba como cruzados que defendieron a capa y espada a los indígenas, dedicando su vida a la instrucción de éstos, la práctica de la medicina y la formación religiosa.

Gabriel había leído con interés todos aquellos documentos, su formación de historiador lo hacía proclive a estudiar los eventos narrados, pero muchas veces y gracias a la influencia de Pilar en su vida, había deseado ser un investigador de lo sucedido y no tanto un lector de crónicas, la arqueología aplicada a los hechos narrados por los libros sagrados era un tema que apasionaba a su novia y con ella había aprendido de que no todo se circunscribe a replicar las narraciones del pasado, que la historia se reconstruye día a día y que un solo descubrimiento puede cambiar la narración de la historia tal y como la conocemos, para dar paso a una nueva verdad, al menos a lo que será la verdad que aceptamos hasta que un nuevo descubrimiento nos lleve a hacer

nuevas especulaciones.

La historia no era algo inmutable y tal vez era tan difícil de conocer como el futuro mismo. Al menos Gabriel tenía claro que los libros de historia no hablaban de la verdad de los hechos y que solo es una recopilación de la forma en la que la interpretaron quienes dejaron huellas que seguir. Para la historia la importancia de los hechos era muy relativa y existía la tendencia de recopilar aquellas cosas que se relacionaban con el poder y las guerras por conseguirlo. A Gabriel le sorprendió que se dedicara algunas cuartillas a describir la labor realizada por esta pareja e incluso dudó de la fuente, aunque no de la autenticidad de los documentos leídos. En sus disertaciones siempre iniciaba diciendo que la historia tropieza no solo con las falsificaciones de documentos y bienes que inescrupulosos tratan de hacer pasar por genuinos y datan de fechas convenientes para aumentar su valor, sino que además debe lidiar con la fantasía, sesgos e incluso capacidad literaria de quienes dejaban escritos de esas épocas que aunque databan realmente de esos años, se alejaban de la realidad de los hechos narrados.

La indagación de los eventos narrados por Germán y lo que había podido leer en los documentos que este les legara antes de su muerte eran apasionantes, pero debía reconocer que en principio era poco creíbles. Si Pilar no se hubiera involucrado tanto, estos días que pasó inmerso en lecturas de documentos enmohecidos y dañados, tratando de encontrar un sentido a las palabras de Germán, de seguro las habría pasado viviendo un romance apasionado, de acuerdo a los planes que había tejido. La lectura de los diarios de Francisco y Pierre narraban una lucha a finales del Siglo XVI por hacerse de unos documentos que se mencionaban como los Pergaminos de Nínive, que hacían mención a profecías para los milenios venideros. A pesar de su basto conocimiento sobre posibles fuentes de información, ninguna fuente confiable había escrito sobre ellos, ni siquiera en referencias. Se leyó por completo a los filósofos Sócrates y Platón; los historiadores Herodoto, Tucídides y Jenofonte; los literatos Sófocles y Homero; en busca de alguna referencia, también lo hizo con textos judaicos de los tiempos de Ezequiel y releyó una de sus pasiones que era la historia de Macedonia y particularmente de Alejandro Magno. En ninguna pudo hallar siquiera mención a los pergaminos.

Gabriel tenía especial fe en encontrar algo en las obras de Jenofonte o de Herodoto. Jenofonte como militar, orador, filósofo, ensayista e historiador, fue el prototipo del erudito ateniense, aunque reconocía que la exageración de los hechos rebajaban el valor de sus obras históricas. Sus escritos socráticos revelaban una mentalidad que no llegó a comprender totalmente la filosofía de su maestro, y sus propias ideas en general eran moralistas y vulgares. Pero la sinceridad y el sentido común eran sus mejores características. Su estilo simple, elegante y sencillo hacía que se le considerara un maestro de la exposición clara. Su obra Anábasis, fue uno de los primeros libros que Gabriel leyó cuando estudiaba la lengua griega.

Por su parte, Gabriel era admirador de Heródoto o Herodoto que vivió justo en el siglo que según los diarios habían sido escritos los pergaminos. Heródoto es reconocido como el padre de la historiografía y se sabe de sus viajes constantes por Asia Menor, Babilonia, Egipto y Grecia y aunque la dirección y extensión de sus viajes no se conocen con exactitud, Gabriel esperaba que algo en su obra «Historias» le proporcionara conocimientos de primera mano de la existencia de los pergaminos.

Gabriel repasó los nueve libros de que se compone su obra. Los primeros que tratan sobre las costumbres, leyendas, historia y tradiciones de los pueblos del mundo antiguo, incluidos los lidios, escitas, medas, persas, asirios y egipcios le fueron

particularmente interesantes para su labor, pero en ninguno de ellos encontró referencia alguna.

Las noticias sobre los avances en las investigaciones que desarrollaban Pilar y Ariel lo hacía sentirse incómodo, el monje le había parecido petulante y engreído, aunque aceptaba que tal vez su animadversión se debía a lo cautivador que le parecía a Pilar y a que desde su llegada había comenzado a extrañar las muestras de admiración que Pilar le daba a diario. Involucrarse en esta investigación cargada de posibles eventos históricos era una gran oportunidad de realizar una labor conjunta que los acercara aún más.

Cansado de investigar en la antigüedad, Gabriel se centró en la época que narraban los diarios a finales del Siglo XVI e inicios del Siglo XVII. Muchos de los eventos y personajes narrados como reyes, papas, guerras etcétera eran descritas con la veracidad propia de alguien que vivía en esa época, sin los matices propios de quienes escriben la historia muchos años después de vivida y que suelen incorporar muchos juicios de valor. Pero ninguno de los hombres mencionados resultaba ser de especial interés histórico, aunque sin duda la existencia de Capmany, Ambrossini, Giuliani y Theodore era comprobable, no lo era así las labores que desarrollaron que los hiciera pasar a ser parte de la historia. Gabriel sabía que según lo narrado estos hombres eran conspiradores que buscaban los pergaminos por diferentes causas, pero no se narraba tampoco si tuvieron éxito o no en alguna de las empresas emprendidas.

Gabriel repasaba absorto sus apuntes cuando la sobrecargo, una joven de aproximadamente treinta años de edad le solicitó con una sonrisa sincera ajustarse el cinturón. Gabriel acató la instrucción mecánicamente y devolvió la sonrisa sin salir aún de sus pensamientos.

Algo si estaba claro, ninguno de los hombres citados en los diarios había pasado a la historia como papa o líder de alguna organización religiosa o laica de aquella época. Entonces ¿Por qué eran tan importantes estos documentos? ¿Por qué alguien sería capaz de matar a Germán por hacerse de estos diarios? Si los mismos hablaran de algún escándalo mayor que propiciara un posible enriquecimiento para alguien, podría entenderse, Germán no sería la primera víctima del deseo de alguien de apropiarse de un documento económicamente valioso, sin duda algo que comprometiera la credibilidad de la Iglesia lo sería. Pero los diarios de los dos monjes solo mencionaban a algunos personajes cuya importancia histórica no tenía mucho valor.

La época del renacimiento donde vivieron colmó la historia de personajes en las más diversas áreas. Gabriel estaba seguro de que para nadie deberían ser desconocidos hombres como Da Vinci, Miguel Ángel, los Borgia, Julio II, Descartes, Maquiavelo, Felipe II, los conquistadores de América, los caciques de estas tierras. Pero para sus efectos nada de eso agregaba un centímetro de avance en su investigación, aunque tenía que reconocer que al repasar la historia sintió por esta el mismo amor que lo había llevado a elegir la profesión cuando sus calificaciones y capacidad le hubieran permitido destacar en muchos otros campos, más reconocidos y lucrativos.

Esta tarea en la que se había involucrado podría ser su oportunidad de unir sus dos pasiones en la actualidad, Pilar y la Historia. En ese instante, el avión comenzó a rodar pista y Gabriel volvió de su meditación. No había reparado en sus compañeros de vuelo. El avión era ocupado casi en su totalidad, de seguro los pocos espacios desocupados habían sido cancelaciones de última hora. Para su suerte el asiento junto a él iba libre, lo que le daría oportunidad de explayarse un poco más. Junto a la ventana se encontraba un hombre de edad madura quien se entretenía en leer un

periódico español donde se hablaba del triunfo de Obama en las elecciones de los Estados Unidos.

—Sin duda esto marca un hito, —dijo Gabriel tímidamente intentando establecer conversación con el sujeto, quien sin siquiera levantar la mirada contestó con un sonido que denotaba disentir con el comentario.

Gabriel pensó para sí, de seguro es uno de esos racistas que aún pululan por el mundo. Se fijó más detenidamente en el vestuario de su compañero, traía una gabardina ya un tanto gastada y a través de la abertura a la altura de sus rodillas podía verse un pantalón vaquero de color negro. Tenía igualmente botas vaqueras de punta pronunciada y con un refuerzo metálico. Al sentirse observado el hombre levantó su cara que llevaba casi metida en el periódico. Gabriel pudo observar a un hombre moreno, calculó que de unos cincuenta años, de cabello recortado tipo militar donde se alternaban los cabellos canos con los negros, tenía un hoyo en la barbilla que lo hacía lucir como actor de cine.

Gabriel sonrió y el hombre le devolvió una mueca que Gabriel no supo como interpretar y prefirió volver la vista hacia el corredor. La sobrecarga se había sentado en posición para el despegue del avión y Gabriel pudo sentir que ella tenía su mirada clavada en él. Se sonrojó ligeramente y ante la radiante sonrisa que le ofrecía la mujer, devolvió la propia, a sabiendas de que jamás lograría ofrecer una imagen tan cálida. Una vez más Gabriel tuvo que desviar su mirada y optó por abrir su maletín y centrarse en sus papeles.

Apenas se apagó la luz de alerta, Gabriel bajó la repisa frente a su asiento y extendió su cuaderno de apuntes. Deseaba repasar todo antes de encontrarse con Pilar y Ariel, no quería quedar como ignorante o displicente.

Ahora Gabriel pudo sentir al compañero de asiento acomodarse en su butaca de manera que pudiera espiar lo que él hacía. Volviéndose hacia el hombre le sonrió, cerró el cuaderno y acomodándose de manera vistosa se dispuso a descansar la vista, cerró sus ojos y reclinó su cabeza. Casi de inmediato la sobrecarga se acercó para ofrecerle una manta, gesto que Gabriel agradeció con timidez y volvió a sonrojarse cuando la mujer prácticamente lo arropó. Su vecino pidió en un mal español la posibilidad de obtener una manta también y la mujer sin quitar la vista de Gabriel le indicó que enseguida se la traería.

—Este viaje va a ser largo y peligroso —dijo Gabriel para sí, mientras veía a la sobrecarga caminar hasta su compañera de vuelo y tras hablar en voz baja con ella, reírse por lo bajo y voltear hacia él.

Gabriel se quedó dormido unos minutos que le sentaron muy bien. La noche anterior no había podido dormir pensando en Pilar y el riesgo que corría, pero ahora, por la modorra que le producían los viajes se había olvidado de todo y los minutos que dormitó le parecieron horas.

Al despertar pudo oír a su compañero roncar y al buscar con la vista a la sobrecarga la vio ocupada en preparar las bebidas que servirían pronto. Volvió a sacar los documentos y se puso a repasarlos. Realmente era poco lo que tenía sobre los pergaminos, pero sí había conseguido información importante sobre los lugares visitados por Rodrigo de la Goublaye, Francisco y Pierre. Se documentó bien sobre las abadías y monasterios que los albergaron y la travesía que los había llevado a recorrer medio Europa y que había llevado incluso hacia tierras americanas y tenía un

panorama claro sobre la historia de Francia, Italia, España y América para esas fechas. Aunque los papeles que habían tenido en la historia los principales personajes mencionados en el diario eran escasos, si se ocupó de indagar sobre sus vidas y gracias a la ayuda de un grupo de estudiantes había podido rastrear la descendencia de esas familias hasta nuestros días.

La mayoría no eran de importancia, pero le llamó poderosamente la atención de que la familia de Theodore de la Vassiere había permanecido vigente y que incluso en el país el embajador de Francia era descendiente directo de Theodore. A Gabriel le sorprendió ante todo que siendo un político de carrera y de una trayectoria importante, por decisión propia había sido enviado a América y particularmente a un país sin las prestaciones políticas ni económicas que eran de esperar para un hombre como él.

Jean de la Rue de la Vassiere había establecido nexos con importantes sociedades asentadas en América y a pesar de no ser un religioso reconocido en su país, se había preocupado por crear nexos con la Nunciatura del país y había sido revelado como patrocinador de estudios sobre la influencia de los franceses en la época de la colonia.

A Gabriel le pareció particularmente interesante el que Jean de la Rue tuviese relaciones con las mismas organizaciones que las tuvo su antecesor en el pasado y su imaginación voló al considerar posible que su estancia en América se debiera a las mismas razones por la que habían matado a Germán.

—Pobre viejo, pensó Gabriel para si, —probablemente estuvo en el sitio equivocado en el momento justo, espero que a nosotros no nos suceda nada ni remotamente parecido. Pilar sin duda desconoce lo peligroso que puede resultar el desentrañar misterios tan antiguos.

El vecino de Gabriel se sobresaltó ante una pérdida de presión en el avión y despertó de evidente mal humor.

—Señorita, —gritó a la sobrecargo con un acento francés— sería posible obtener esa maldita manta.

La sobrecargo se ruborizó visiblemente. Era común ese tipo de pasajeros que se molestaban ante cualquier falla en el servicio, pero el que estuviera sentado precisamente junto a Gabriel le amargó el momento.

Con prisa y sin mirar a Gabriel dejó la manta al pasajero quien no se molestó en agradecer y se dirigió hacia la cola del avión.

Gabriel se levantó un poco después y alcanzándola en el pasillo le brindó una disculpa.

—Siento pena ajena por el comportamiento de ese hombre y quisiera que sepa que no es ni remotamente conocido mío.

—Descuide señor, estas cosas suelen pasar, aunque no termina una de acostumbrarse a las bravuconadas de los hombres con inmunidad diplomática.

—¿Lo conoce usted? —preguntó Gabriel.

—Si, lamentablemente si, —dijo la chica— es un viajero frecuente, en los últimos meses ha viajado mucho de España a Costa Rica. El y su colega siempre viajan en primera clase, pero supongo que para ahorrar dinero, tanto su colega en un viaje de hace unos días y él en éste, han preferido viajar en la clase turista. De seguro espera que en la clase de los menos afortunados se le dé el mismo trato.

La mujer se sonrojó una vez más. Gabriel comprendiendo el motivo se apresuró a enmendarle la plana.

—Si, de seguro obtener espacio en primera clase es toda una fortuna, pero a mi, la verdad, viajar en clase turista no me resulta un problema, en el tanto la compañía sea buena.

—Pues pondremos fin a su problema de soportar a ese hombre, permítame trasladarlo a primera clase, de seguro allá se sentirá más a gusto. Una cancelación de última hora ha dejado un lugar y sería una lástima desperdiciarlo teniendo a un pasajero tan agradable.

—Gabriel se sonrojó pero aceptó gustoso el ofrecimiento, volvió a su asiento para recoger su equipaje de mano y no pudo evitar sonreír cuando su vecino de asiento se molestó considerablemente ante la cortesía que tenían para con él.

—Con su permiso y buenas noches —dijo Gabriel— espero que su viaje sea tan placentero como el mío.

En ese momento la sobrecarga le alcanzaba en el pasillo y le guiño un ojo a Gabriel, el diplomático francés lo notó y gruñó, acomodándose en su asiento, que ahora le parecía más estrecho que cuando abordó.

Gabriel, en primera clase se sintió a sus anchas, abrió su ordenador y organizó algunas notas sueltas.

—¿Un diplomático francés? Interesante.

A la hora de la cena, Gabriel aprovechó el servicio para preguntar a la sobrecarga si sabía algo más de aquel hombre.

—Eres un cotilla. ¿Para que quieres saber de un tipo tan molesto?

—Disculpa Karla, dijo Gabriel intimando un poco más, son problemas de mi condición de profesor, siempre trato de conocer un poco más de aquellas personas con las que me relaciono.

—Pues averiguar mi nombre no habrá sido difícil, lo dice mi gafete, dijo Karla sonriendo.

—Sin duda hubiese sido un método más sencillo, me hubiese ahorrado acceder a la base de datos del FBI.

Karla soltó una risa espontánea que dejó ver sus dientes blancos y bien alineados.

—Este viaje comienza a mejorar considerablemente —dijo. Le conseguiré toda la información posible profesor Gabriel, quizá hasta podamos seguir nuestra conversación al llegar a España, tengo un par de días libres y...

—Es usted muy gentil, Karla, pero al llegar me espera mi prometida y tres serían multitud.

—Entiendo —dijo Karla mientras se retiraba, no puede culparme por intentarlo.

Gabriel se sonrió y dijo para sí:

—Ves Pilar no eres la única con carisma desbordante, si no estuviese tan enamorado

de ti, de seguro esta chica sería una excelente opción. Nos estamos extinguiendo los hombres fieles.

Gabriel siguió buscando en la obra de Herodoto y otros clásicos intentando tener suerte con la búsqueda de palabras claves como pergamino, Nínive y Babilonia. El ordenador le devolvía muchas coincidencias con los parámetros de búsqueda pero ninguno tenía relación con lo que el historiador buscaba.

Gabriel pensó que tal vez habría más suerte en la búsqueda de datos en el Siglo XVI. A pesar de no resultarle desconocido leyó:

«Europa estaba sumida en los cambios y trastornos del inicio de la Edad Moderna, absolutismo, reforma protestante, renacimiento, expansión del capitalismo, dentro de lo cual era importante destacar el éxito devastador que tuvieron el descubrimiento y colonización de América. Su superior tecnología militar les permitió conquistar en apenas medio siglo, toda una extensión de tierra que iba desde Canadá hasta Tierra del Fuego. Los españoles abatieron a los aztecas e incas, mientras que los portugueses se instalaron en Brasil, los ingleses en la costa oriental de Estados Unidos y los franceses en Canadá y Luisiana. Estos imperios coloniales durarían hasta las revoluciones del último cuarto del siglo XVIII y primero del XIX, en que se desplomaron para dar paso a nuevos estados independientes, que en casi ningún caso representaban una continuidad con el mundo precolombino.»

«Las relaciones entre razas y pueblos en estos imperios americanos fue compleja. Los europeos se instalaron, sin excepciones, como los amos absolutos. En cuanto a los nativos, la inmensa mayoría de ellos pereció, víctimas de la guerra, la explotación económica, y las epidemias. En numerosas regiones, sin embargo, sobrevivieron muchas etnias indígenas de sangre casi pura; al mismo tiempo, especialmente en las ciudades hispanoamericanas, se formó una jerarquía social mestiza entre los indígenas y los europeos de sangre pura. En los inicios del Imperio Español hubo una dura discusión filosófica y legal sobre el estatuto que debían tener los indios, y el trato que debía dárseles, lo que se llamó las Polémicas de Indias; finalmente se aceptó que por el bien de los indígenas (según el concepto cristiano europeo), debía protegérseles y evangelizárseles, lo que se buscó llevar a cabo mediante el sistema de la encomienda.»

«Esto trajo que muchos monjes viajaran al nuevo mundo a convertir y evangelizar a los nativos...»

Gabriel esperaba encontrar alguna referencia importante sobre los documentos en su poder o sobre los hombres que los produjeron, pero era inútil. Su vista cansada y la pesadez del excelente servicio de comida en primera clase le provocaron somnolencia y sin darse cuenta se quedó dormido con el ordenador encendido y sobre sus rodillas.

Paul del Monde no podía creer que luego del esfuerzo por sentarse a la par de su objetivo, un capricho de una niña tonta la hubiese quitado la posibilidad de indagar sobre los estudios que llevaba a cabo Gabriel. El embajador había sido claro, debía seguir sus pasos y apropiarse a cualquier costo de la información que hubiera podido recolectar. Su compañero, Luke, debía hacer lo mismo con Pilar y el monje y a su arribo a Barcelona debían comunicarse con Jean de la Rue para definir acciones a seguir. Eran muchos los intereses en juego para echar a perder años de investigación.

La comida de la clase turista y el enojo en que había montado ayudó a que la úlcera duodenal que padecía le hubiese entrado en crisis. Sentía hervir su estómago y tuvo

que renunciar a la posibilidad de tomarse un trago, aunque el whisky barato que servían en la clase turista tampoco era de su agrado, estaba dispuesto a tomarlo con tal de hacer de ese viaje una experiencia menos detestable.

—Señorita, dijo a Karla al verla pasar por el pasillo.

—Dígame señor.

—Creo empezamos con el pie equivocado y quiero disculparme por mi exabrupto.

—No se preocupe señor, no hay nada que disculpar.

—¿Esta todo bien con el profesor Gabriel? Vi que lo trasladaban y temí que fuera por algún problema de seguridad o de salud.

—No señor, el profesor Gabriel está excelente —dijo Karla sonriendo maliciosa.

—¿Cree posible que pueda visitarlo a su sección de primera clase?, quisiera disculparme así como lo he hecho con usted.

—Me temo que por ahora no será posible, el capitán ha dado la orden de mantener sus asientos y abrochar cinturones. Pero con gusto le consultaré al profesor si tiene algún inconveniente en que usted lo visite.

—Gracias Karla, es usted muy amable.

Paul, pasó largos minutos tratando de planear una conversación con Gabriel, su mal carácter lo había hecho desperdiciar la gran oportunidad de charlar con su compañero de asiento cuando éste buscó contacto. Ahora tendría que empezar de cero. Solo sabía a ciencia cierta que había traído consigo algunos documentos relacionados con su búsqueda, por lo que ahora estaba seguro de que el viaje no era de placer sino que estaba en medio de una investigación.

De pronto la cortina que separaba la primera clase se abrió y Paul pudo ver como Gabriel caminaba hacia él en compañía de Karla.

—Bien, ahora es el momento —dijo Paul para sí.

—Buenas noches señor —dijo Gabriel a manera de saludo— me dice esta chica que usted desea hablar conmigo.

—Es verdad, le he pedido de favor que le llevara mi mensaje. La verdad estoy apenado por mi comportamiento y quería reparar mi error invitándole a una copa. Mi nombre es Paul del Monde y sería un placer que me acompañara.

—Con gusto, Paul, mi nombre es...

—Lo se, usted es Gabriel Cañizales, el famoso historiador que he visto en los periódicos. Es usted toda una leyenda en su país.

—Me halaga que sepa mi nombre, pero de famoso nada, apenas un profesor de historia, no alguien que la escriba.

—Pues me he leído algunos de sus libros, particularmente los que hablaban de los templarios y su estancia en América.

—Me alegra que le haya gustado...

—¿Tiene usted Gabriel alguna afinidad con las hermandades?

—Pues déjeme decirle Paul, que de joven siempre sentí curiosidad por ese tema de las cofradías, logias y sociedades secretas, ya de adulto la dimensión romántica con que veía a esos grupos cambió y al conocer que sus móviles siempre eran la avaricia y el deseo de poder, pues me desencantó un poco, no se si me entiende...

—Claro que lo entiendo, como agregado cultural de Francia participé en muchas conferencias sobre este tipo de sociedades, tanto en mi país como en España y siempre me pareció que el común de la gente tiene una percepción caballerisca de estos grupos. Nada más alejado de la verdad en muchos casos.

—Es verdad Paul, aunque no podemos negar que en el caso de los caballeros del temple, su reputación estaba bien ganada.

—Pamplinas Gabriel, los caballeros del temple era simplemente los banqueros de los estados y acumularon demasiado poder, al punto que Felipe IV en asocio con el Papa Clemente V, prácticamente los hizo desaparecer.

—Es verdad que eran económicamente poderosos, pero los templarios también eran caballeros que luchaban en las cruzadas en defensa de los peregrinos e intentaron reconquistar Tierra Santa.

—Si, pero puede creerme Gabriel, en mis venas deben correr algunas gotas de sangre de los templarios y no es nada que me enorgullezca.

—Pues es una posición respetable Paul. ¿Hay algún motivo en particular para que no le gusten las hermandades?

—Soy una persona sencilla, que disfruta de una vida apacible, eso de los misterios y maquinaciones no va conmigo.

—Pero me han dicho que es usted un diplomático y no me negará que las estructuras políticas son especies de hermandades modernas.

—Siempre lo han sido, quizá deba confesar que soy monárquico y que creo que el poder debe ser heredado y bendecido por Dios.

—Suerte para usted de no haber nacido en tiempos de la revolución francesa, su cabeza es muy redonda y de seguro habría rodado lejos.

Paul lanzó una estridente carcajada que retumbó en todo el avión. Karla volteó la vista y al ver a Gabriel riendo de buena gana se dijo:

—Parece que el político ha tenido más suerte que yo.

La conversación de los dos hombres continuaba y los temas eran un delicioso bocadillo con que acompañar las bebidas que ingerían de buen gusto.

Paul había olvidado su úlcera y hasta el whisky barato le sabía bien después de la quinta copa ingerida. Gabriel era un poco más mesurado al tomar, pero la bebida le había empezado a aflojar la lengua al igual que a su contertulio.

—Karla, traiga dos tragos más —dijo Paul dirigiéndose a la sobrecarga— y si gusta puede acompañarnos, estoy seguro que mi compañero estará de acuerdo. Así no extrañara a su novia Pilar.

Karla se quedó seria, de seguro el diplomático conocía bien a Gabriel puesto que le hablaba con mucha confianza y no podía entender porque fingieron no conocerse.

Gabriel, con su cabeza nublada por el alcohol preguntó:

—¿Conoce usted a mi novia, Paul?

—Solo de fotos amigo Gabriel y déjeme felicitarlo que su prometida debe ser una de las mujeres más hermosas de Europa.

—Ah, de fotos claro, las de los periódicos rosa.

—Eso mismos compañero. Espero no haber cometido ninguna indiscreción al mencionar a su novia, sobre todo a la sobrecarga. Esa chica está sencillamente deliciosa y se ve que usted le ha gustado.

—No diga eso Paul, Karla es solo una amiga y además no tengo interés en nadie más.

—Perfecto, amigo Gabriel, es usted todo un caballero, lástima que aquí no hayan mesas redondas.

—Pues la verdad Paul, de caballero medieval tengo bien poco, de haber existido en ese tiempo mi papel habría sido de traductor en algún monasterio o escribano.

Paul riéndose dijo, ¿Traductor igual que Francisco?

Gabriel arrugó el ceño y preguntó. ¿Francisco? ¿Se refiere usted a Francisco de Gilbert?

Paul lo pensó un momento y dijo:

—Pues no se quien será ese que usted nombra, yo me refería a un colega de la diplomacia que tiene como profesión la traducción.

—Lo siento Paul, es solo que pensé que usted...

—No hay nada que disculpar amigo Gabriel, pero lamento no conocer a ese amigo suyo ¿Gilbert ha dicho?

—Si su nombre es Francisco de Gilbert aunque no diría que es mi amigo, de hecho debe tener 400 años de muerto.

—Brindo por Francisco de Gilbert amigo Gabriel, que Dios lo tenga en su presencia. ¿Y se puede saber de que va su conocimiento sobre ese Francisco? Siendo usted historiador de seguro debe ser un personaje importante.

—Pues no lo se realmente, es solo un nombre que quedó atrapado en mi memoria en algún escrito que he leído.

—No me tome el pelo Gabriel, ese Francisco debe ser alguien importante para que haya saltado usted de ese modo de su asiento.

Gabriel no respondió, solo se quedó mirando fijamente al diplomático tratando de obtener información sobre los motivos de su conversación. El haber preguntado directamente por Francisco de Gilbert había sido un gran error. Si este hombre trabajaba para el embajador Francés podría estar involucrado en toda la aventura en la que lo había sumido su encuentro con Germán, pero lejos de sacarle información como habría querido, sentía que había sido más comunicativo de la cuenta.

Un mensaje se iluminó en el panel indicando que debían abrochar los cinturones. Gabriel se quedó mirándolo sin enfocarlo bien y preguntó aún con la mirada puesta en el panel.

—Cuénteme Paul, ¿El embajador de Francia está a gusto en nuestro país?

—Y tanto que lo está. El mismo pidió ser enviado a su país especialmente, está muy interesado en la investigación de las raíces francesas de algunas instituciones.

—Por lo que sé, es un hombre de aventuras ¿No es así?

—Quizá de más de las que quisiéramos quienes le tenemos que acompañar, pero no se vaya a decir.

—Descuide Paul, su secreto está a salvo conmigo.

—Dígame Gabriel, ¿Es usted hombre de guardar secretos?

—Paul, soy un libro abierto, tal vez sea un defecto de los historiadores, que sentimos el impulso de contarlo todo.

—Pues a buen recaudo está mi secreto entonces, dijo Paul mientras reía.

Gabriel enrojeció y apuró su trago de whisky que bajó por su garganta calentándola a su paso.

¿Siempre ha sido usted diplomático?

No Gabriel, entré a esto hará unos cuatro años.

¿Y antes a que se dedicaba?

—Pues digamos que estoy en un negocio parecido al suyo, soy un investigador, solo que las cosas que investigaba no eran para hacerlas públicas, sino todo lo contrario.

—Vaya lo que yo llamaría un bache en la autopista de la historia, dijo Gabriel sonriendo.

—Pues más bien un profundo hoyo negro donde no es muy seguro caer.

La última frase la dijo Paul mirando fijamente a Gabriel. Sus ojos tenían un brillo intenso y comenzaban a reflejar los efectos del licor.

—Tendré eso en cuenta Paul por si algún día, alguna de mis investigaciones me lleva hasta usted.

—Soy un pez pequeño Gabriel, soy de los que se escabulle entre los huecos de las redes. Digamos que soy solo un instrumento.

—¿Un instrumento de qué Paul?

—Un instrumento de los poderosos. Un camino para llegar a obtener a través de mí, riquezas y posiciones.

—Suenan a resentimiento.

—Solo digo que alguna vez debería tocarme una tajada. ¿No le parece?

—No sabría decirle Paul, tal vez en mi mundo la riqueza no sea tan atractiva como en

el suyo.

—No diga eso Gabriel, usted es tan ambicioso como yo y si no dígame ¿Qué lo lleva a Europa?

A Gabriel el tono de la frase le sonó inquisidor y se irguió como una cobra a punto de atacar.

¿De qué habla Paul? Mi viaje a España es de placer.

¿Solo de placer? No lo llevará a España algún misterio.

—Usted está ebrio Paul y no sabe lo que dice.

—No Gabriel, el que está ebrio es usted, lo ha estado desde que inmiscuyó en este asunto y temo que no termine bien para usted, como no terminó bien para Germán.

—¿Vamos dígame quien diablos es usted y para quién trabaja? ¿Qué tiene que ver usted con Germán? Inquirió Gabriel visiblemente molesto.

—Pues digamos que soy quien quiso persuadirlo de que se saliera del problema en que los avatares del destino lo habían metido.

—¿Lo ha asesinado usted?

—Vamos Gabriel, ¿Ahora es usted policía?

—No lo soy, pero le juro que de serlo ya lo habría detenido.

—Profesor Gabriel, pisa usted sobre hielo muy delgado. Debería pensar en usted y en su novia. La chica no tiene porque salir lastimada.

—¿Me está usted amenazando?

—No acostumbro amenazar, podría decir que mi mejor arma es que nunca me ven llegar.

—Pues conmigo ándese usted con cuidado que aunque no lo parezca se defenderme.

—Gabriel, si quisiera hacerle daño, ya lo habría hecho. Solo deseo la información que tiene sobre esos pergaminos y no descansaré hasta tenerla.

—De mi no tendrá nada Paul, le repito se defenderme y lo haré si es necesario y le advierto aléjese de Pilar.

Gabriel hizo el intento de retirarse y Paul le sujetó la mano. Gabriel mantuvo su vista fija en los ojos de Paul y retiró su mano con tanta fuerza que los dedos de Paul quedaron marcados en su muñeca. Deprisa se dirigió hacia su asiento de primera clase y en el camino se encontró con Karla que lo miró con asombro, su rostro estaba desenchajado y los labios habían perdido su color, ahora lucían un tono pálido y verdoso.

—¿Ha tenido algún inconveniente profesor?

Gabriel tan solo la miró por respuesta y continuó su camino hacia el asiento, un nuevo letrero de aviso se encendía y una voz por los parlantes recomendaba a los pasajeros volver a sus asientos y abrochar sus cinturones porque pronto iniciarían las maniobras de aterrizaje.

Capítulo XX: Todos los caminos conducen a Montpellier

Por más que intentes trazar tu camino, tu destino te llevará a donde tienes que llegar.

LOS ajusticiadores no se fiaron de las palabras de Capmany y Juan, su naturaleza y experiencia con todo tipo de hombres los hacía percibir las más ligeras mentiras. La intervención de Juan para sacar a Capmany del embrollo había sido evidente, Francisco había estado o aún estaba dentro de Montserrat y ellos lo averiguarían de un modo u otro.

Siguiendo las instrucciones de Capmany, Juan llevó a los ajusticiadores a sendas habitaciones que guardaban el aspecto austero del monasterio pero que tenían comodidades para huéspedes especiales.

Cuando Juan estaba por irse, Luís de la Poza le interrogó:

—Hermano Juan, ¿Sabe usted de qué ha muerto Rodrigo?

—No, no lo se, tal vez haya sido la peste o alguna enfermedad extraña de las regiones que habitaba.

—Ha debido ser una noticia dolorosa para el hermano Capmany.

—Si que lo ha sido, eran compañeros de su juventud y la muerte le ha tomado por sorpresa.

—¿Le ha acompañado usted en sus oraciones?

—No señor, apenas nos hemos enterado hace unas horas y no hemos tenido tiempo.

Luís de la Poza observó a sus compañeros con una sonrisa de satisfacción, había logrado hacer caer en el error a Juan de la Peña, pues Capmany le había indicado que no sabía de la muerte de Rodrigo. Juan, percibió el gesto de los hombres, pero no cayó en la cuenta de su indiscreción y siguió su charla normal. Luís de la Poza lo miraba con una sonrisa siniestra que lo hacía sentirse incómodo, habría deseado salir de esa habitación de inmediato, rezar como acostumbraba con todos los hermanos y dormir hasta que estos hombres se hubiesen marchado. Algo le hacía sentir que eran una amenaza para él, Capmany y Montserrat.

—Hermano Juan, ¿Podríamos reunirnos esta misma noche con el hermano Capmany?, tenemos tareas urgentes que hacer además de esperar al hermano Francisco.

—Señores, nuestra rutina en Montserrat es que ahora debemos reunirnos para orar y luego en silencio ir hasta nuestras habitaciones y dormir con la mente puesta en el sacrificio de Nuestro Señor.

—Hermano Juan, puede estar seguro de que su rutina acabó cuando ingresamos a este monasterio. Creo que me ha malinterpretado no le pido la posibilidad de que el hermano Capmany hable con nosotros, le estoy indicando que por su bien más vale que lo haga por las buenas, ya que no quisiera utilizar algunos métodos que tenemos

para convencer a los más reacios a cooperar. Así que sin chistar un momento más, vaya por el hermano Capmany.

Juan tragó con dificultad, nunca había sido un hombre valeroso y el aspecto despiadado de éstos hombres hacía que los pocos arrestos que tenía se esfumaran, sin embargo sentía una especial admiración y respeto por Álvaro Capmany que lo llevó a actuar contra su propia seguridad.

—Señores, han llegado ustedes a este monasterio sin ser invitados y los hemos atendido como dictan los mayores cánones de la cortesía, tanto el hermano Álvaro como yo hemos estado a su disposición, pero lo que piden ahora sobrepasa toda norma de cortesía, ¿Quieren ustedes que abandonemos nuestras costumbres y hábitos que hemos guardado por años, solo para cumplir el capricho de tener una entrevista con nuestro Prior? Temo que no puedo ni quiero satisfacerlos en ese requerimiento. Así que con su permiso iré a orar con el resto de mis hermanos.

Juan de la Peña, dio media vuelta y caminó con mayor prisa que de costumbre por el pasillo, su rostro estaba bañado en un sudor frío y sus piernas casi no le sostenían en pie, apenas logró quedar fuera del alcance de la vista de los tres hombres y rompiendo toda norma en el monasterio echó a correr, necesitaba urgentemente hablar con Álvaro Capmany, sentía que sus vidas estaban en peligro por la forma de enfrentar a aquellos hombres.

Álvaro Capmany se encontraba en la capilla de oración meditando sobre lo acontecido ese día y dándole gracias a Dios de que Francisco hubiese podido huir y poner fuera del alcance de estos asesinos los pergaminos de Nínive. No tenía claro cual debería ser su papel como miembro de la Iglesia, si debió incautar los documentos y hacerlos llegar al vaticano o proteger como lo hizo a su amigo Francisco y el secreto que escondían aquellos papeles, sentía que había fallado a la Iglesia al haber antepuesto su amistad por Francisco, pero al ver a su viejo amigo errante por tierras desconocidas y arriesgando su vida por mantener intacta la palabra dada a Rodrigo le recordó los tiempos en que siendo mozos los tres habían jurado mantenerse leales a su amistad y caminar juntos por los caminos de la fe cristiana.

Recordó los reproches de Rodrigo cuando él no se unió a la Compañía de Jesús y prefirió hacerse Benedictino, rompiendo según el ver de su amigo la promesa que habían realizado, recordó también como Francisco intercedió por él, tratando de convencer a Rodrigo de que la elección de la orden a la cual servir era un compromiso con Dios que estaba muy por encima de las promesas hechas a los hombres. Capmany respiró profundo y añoró aquellos días de su juventud, de las disputas entre los tres por la búsqueda de la fe y el como sus caminos se separaron para cada uno seguir a Cristo desde la trinchera que les lucía mejor.

Rodrigo no lo perdonó, sino hasta el momento en que decidió salirse de la orden de la Compañía de Jesús para dedicarse a las actividades de búsqueda de mitos y a las formas más horrendas de hacer sangrar a la Iglesia. Rodrigo le escribió disculpándose por romper su juramento y haciéndole ver que estaba equivocado al enjuiciarlo por haber abrazado las creencias benedictinas, ahora él se encontraba en una época oscura y no se sentía digno de guardar rencor por Álvaro, por un hecho que era inmensamente menos grave para los efectos del pacto que habían realizado, que el abjurar de la fe. Álvaro Capmany apretaba entre sus manos la carta de Rodrigo liberándolo de toda responsabilidad por haber roto su juramento, cuando agitado y con el rostro desencajado entró Juan azotando tras de si la puerta de la capilla.

—Hermano Álvaro, los ajusticiadores...

—Calma hermano Juan, respira, calma tu ánimo que estamos en la casa del señor.

Juan se sonrojó al darse cuenta de su irrespeto y humilde bajó la cabeza y se arrodilló en busca del perdón de su Prior. Álvaro, puso la mano en el hombro de Juan y lo ayudó a levantarse.

—Ahora dime, ¿Qué pasa que llegas en éste estado?

—Mi señor, los tres hombres, lo saben todo, me han interrogado y amenazado en caso de no decirles todo cuanto sé.

—¿Te refieres a la visita de Francisco? ¿Crees que adivinan que les hemos mentido?

—No lo sé mi señor, pero me han hecho algunas preguntas sobre Rodrigo y temo haber sido indiscreto pues su talante ha cambiado súbitamente y se han puesto agresivos conmigo, me han pedido que les concerte una cita con usted.

—¿Y que le has respondido?

—Les he dicho que es imposible, que estamos a la hora de la oración y que luego es la costumbre ir a dormir dejando la atribuciones del día para otra ocasión. Luego he venido corriendo a avisarle.

—Has hecho bien mi buen amigo Juan, debemos ser cautos.

—Pero mi señor, ahora temo por su seguridad, de seguro no he logrado convencer a estos hombres y pronto vendrán a buscarlo.

—Entonces vete Juan, déjame meditar sobre las palabras más sabias que pueda decirles sin faltar a mis votos y sin poner en peligro la seguridad de mi buen amigo Francisco.

—Con su permiso mi señor. Capmany se quedó pensativo, estaba de cara a la encrucijada de delatar el paradero de Francisco o enfrentarse a la ira de estos hombres. Estaba absorto en sus pensamientos cuando la puerta de la capilla volvió a abrirse de golpe, los tres hombres entraron sin ningún respeto a la casa de oración y traían consigo al hermano Juan.

—Hermano Álvaro, debemos de hablar, dijo Luís de la Poza, es hora de dejar sus oraciones para un mejor momento y soltar todo lo que sabe de Francisco de Gilbert, espero lo haga con cuidado porque de eso depende algo máspreciado que sus propias vidas.

Álvaro dejó caer sus hombros, suspiró profundo y largó su mano hacia Juan que yacía en el suelo limpiándose la sangre de su boca y nariz. Juan la tomó en busca de protección y besó el anillo, mientras.

Álvaro cerraba los ojos en busca de inspiración. Finalmente habló:

—Hermanos, lastimar al hermano Juan no era necesario, si quieren hablar conmigo los atenderé con gusto.

—Bien Álvaro, dijo Sergio, comience a hablar diciéndonos donde está Francisco de Gilbert y los documentos que porta. Hágalo con cuidado porque estamos dispuestos a hacer arder este monasterio si fuera necesario.

—Señores, la violencia no será necesaria, les repito, les diré todo cuanto sé, sin necesidad de que profanen este templo. Es verdad, el hermano Francisco estuvo aquí antes que ustedes, pero ya no se encuentra en este monasterio, pueden registrarlo de arriba a abajo que no encontrarán al hermano, porque él se ha marchado, pidiendo que su visita quedara en secreto. Sobre los documentos que hablan, me temo que no sabemos nada de eso. La visita de Francisco fue una visita de amigos para indicarme que nuestro amigo Rodrigo había muerto en Francia y que se hallaba en camino hacia allá, su deseo era que yo lo acompañara, mas mis obligaciones con el monasterio me lo han impedido.

Los ajusticiadores escrutaban el rostro de Álvaro en busca de la mínima señal de que mentía. Diego Ramos ardía en deseos de torturarlos solo por el placer que le producía el infringir dolor a un ser humano. Luís de la Poza, sonrió, su sonrisa torcida y burlona provocó un escalofrío que recorrió toda la espina de Álvaro.

—Así que se ha marchado a Francia dices. Supongo que esta vez no nos estarás mintiendo hermano Álvaro.

—No caballeros, no pondría en peligro la seguridad de este monasterio santuario de Dios. Pueden creerme, Francisco ha partido y según me dijo se dirigía hacia Montpellier, donde debía entregar alguna carga que llevaba, al tiempo en que visitaba la tumba de nuestro amigo Rodrigo para brindarle nuestro póstumo adiós.

Álvaro sonaba convincente, el sostener la mano de Juan le ayuda a evitar que fuera notorio como le temblaban las manos al mentir sobre el paradero de Francisco. Estaba seguro que debía protegerlo y que Dios perdonaría ese pecado de no decir la verdad, ya que de lo contrario caería en uno peor como lo era el de la traición. Nuestro Señor que había sido traicionado por uno de los doce elegidos podría comprender que el entregar a un hermano era el hecho más detestable que podía hacer un cristiano. Emular a Judas el traidor para salvar su pellejo no podía ser bien visto por Cristo, de seguro perdonaría su pecado.

—Bien hermano Álvaro, espero por el bien de ustedes que esta vez diga la verdad y que Francisco se encuentre en Montpellier, saldremos de inmediato hacia allá y de resultar que nos ha engañado...

—Pueden irse en paz señores, me agradecería poder decirles que gustosos quisiéramos que se quedaran con nosotros a disfrutar del santuario de Montserrat pero se que llevan prisa y que deben marchar. Daré instrucciones a nuestros hermanos para que sus caballos estén listos y puedan marchar de inmediato. Desde ya ruego a Dios para que no tome en cuenta su pecado al irrumpir en este sagrado lugar y haber lastimado al hermano Juan. Se también que el hermano Juan los perdona desde el fondo de su corazón.

—Bien hermano Álvaro, me alegra que Juan nos perdone, dijo Luís de la Poza con sorna, así no le será tan molesta nuestra compañía camino a Montpellier.

—¿De que hablan señores? No les entiendo, ya les he dicho cuanto sé.

—Digamos que el hermano Juan será nuestra garantía de que nos ha dicho la verdad. Disponga que sean alistados cuatro caballos, que Juan marchará con nosotros y una vez tengamos a Francisco de Gilbert podrá regresar a la paz de este monasterio.

—Señores, el hermano Juan no cabalga muy bien y de seguro los retrasará, llévenme a mí con ustedes, se que les será más apto para lo que requieren.

—Gracias Prior Capmany, pero con Juan nos basta, ya le enseñaremos a montar como se hace en Andalucía y créame, no nos retrasará ni un segundo, ¿Verdad hermano Juan? Juan de rodillas en el piso y asido fuertemente a la mano de su Prior, sollozó ante la sola idea de tener que seguir en presencia de estos hombres.

Pietro y Bernardo caminaban intranquilos por los pasillos de una de las tantas Iglesias de Roma, sabían que su mejor hombre, Gorka, seguía los pasos de Francisco, acompañando a la única persona que podría llevarlos hasta él, el joven Pierre. El que los ajusticiadores también viajaran en busca del monje, no dejaba de preocuparlos, era sabido que sus métodos eran crueles y desprolijos, por lo que en más de una ocasión en que debían persuadir, habían acabado matando a los únicos testigos de alguna causa importante. Gorka era mucho más efectivo, menos visceral y más comedido a la hora del actuar, ya les había demostrado en múltiples ocasiones que era de fiar. Gorka era un hombre bueno en su naturaleza, fiel a la Iglesia a la que consideraba infalible y por tanto muy fácil de persuadir cuando era necesario.

En esta oportunidad Pietro y Bernardo se habían asegurado de que Gorka pensara que Francisco era un engendro del demonio que debía morir, pero antes debían ser rescatados los pergaminos que portaba, ya que eran documentos vitales para la Iglesia. Gorka haría todo lo que estaba a su alcance para obtenerlos, pero eran demasiados los grupos que se interesaban en el secreto y nada les aseguraba que Gorka podría contra todos ellos, después de deliberarlo un poco, Pietro sugirió que enviaran a Héctor a buscar a Francisco, acompañado de un grupo de soldados de la guardia pontificia. Bernardo sugirió consultarlo con el maestro, pero Pietro lo convenció de que no era una buena idea burocratizar el intento, al fin y al cabo si las cosas salían bien, el maestro estaría satisfecho y si salía mal, no tendrían que dar explicaciones sobre el fracaso de la misión de Héctor.

Ambos hombres se pusieron de acuerdo y Héctor partió de inmediato con seis soldados elegidos por él, todos leales y buenos combatientes. Su misión sería recuperar los documentos de Francisco y si tenía la posibilidad, acabar con la logia de Theodore.

Esa misma noche, Pietro y Bernardo instruyeron a Héctor sobre la naturaleza de la misión y ofreciéndole un buen pago dispusieron que saliera de inmediato ya que cada hora crecía el peligro de que los documentos cayeran en malas manos.

Cuando los hombres estaban prontos a partir, Pietro decidió que era mejor acompañarlos para cerciorarse de que las cosas saldrían bien, el temor de que el maestro le hiciera pagar su fracaso, lo tenía con el alma pendiente de un hilo. Bernardo a regañadientes también dispuso partir con el grupo.

Tras los pasos de Francisco cabalgaban ahora Theodore y su hermandad, los tres ajusticiadores, Pietro y Bernardo acompañados de Héctor junto con un grupo de soldados de la guardia pontificia y Pierre acompañado por Gorka, la confrontación era inevitable, los pergaminos de Nínive estaban prestos a cobrar más vidas a quienes deseaban obtener el poder que suponían a su dueño.

Gorka y Pierre arribaron a un pueblo en las afueras de Montpellier, el joven de verdad anhelaba que Francisco se hallara en esta ciudad, se sentía solo desde la muerte del Abad y de Isabella a quien casi no pudo ni conocer. Gorka se dispuso a buscar alojamiento en tanto Pierre llevaba los caballos a unas cuadras ubicadas a unos metros de donde estaban. Cuando dobló la esquina para enrumbarse a las cuadras, Pierre notó un gran movimiento en la calle, más no podía distinguir a que se debía el alboroto

de la gente.

Segundos más tarde un niño que provenía del tumulto pasó corriendo a su lado, Pierre lo detuvo y le consultó de que se trataba todo. El niño con gran emoción le contestó que esa misma tarde habían llegado a la ciudad tres hombres muy pintorescos, se hacían llamar los ajusticiadores y eran muy hábiles con el cuchillo, habían tenido un enfrentamiento con un ebrio dentro de la cantina y en menos que canta un gallo salieron a arreglar sus diferencias a la calle. El ebrio era un espadachín de renombre y borracho o no, siempre era un enemigo de cuidado, a muchos había cortado sus miembros superiores tras una disputa de tragos. Esta vez su rival era el más joven de los forasteros quien se hizo presentar como Diego Ramos.

La lucha se inició con el borracho cargando sobre Diego con todas sus fuerzas, blandía su larga espada, asestando golpes furiosos que Diego contenía con aparente displicencia, pronto el hombre comenzó a dar muestras de cansancio, su pecho agitado subía y bajaba en cada bocanada de aire que insuflaba o salía de sus pulmones. Diego seguía disfrutando de los esfuerzos de aquel ser por hacerle daño, miraba a los hermanos de la Poza, quienes asentían en señal de estar disfrutando del espectáculo. De pronto Diego pareció cansarse, su rostro se desfiguró y una furia increíble pareció apoderarse de él, su actitud pasiva, dio paso a una carga enérgica sobre la humanidad de su contendiente, en su mano derecha portaba una pesada espada que dejaba caer con fuerza sobre la humanidad del ahora un poco más sobrio hombre, parecía que el ejercicio de la batalla estaba devolviéndole la cordura y haciendo pasar los efectos del licor rápidamente, mal momento para perder la anestesia provocada por el alcohol. Diego fuera de sí, atacó con mayor ímpetu, su espada hizo caer de rodillas a su contendidor, quien seguía defendiéndose como podía. Un nuevo golpe de la espada de Diego dio por tierra con el hombre, perdiendo su espada en el lance. Ahora, desprotegido solo atinaba a cubrirse la cara con sus brazos. Diego se acercó y colocó la punta de la espada en su cuello. Los hermanos de la Poza aplaudieron a su compañero, quien correspondió el tributo con una caravana. La muchedumbre que se había apostado en círculo rodeando a los contendientes, contagiada del entusiasmo comenzó a aplaudir al vencedor. La batalla había terminado y por esta vez, no había víctimas que lamentar. Diego quitó la espada del cuello del hombre quien se apoyó en sus codos e hizo un gesto de aceptar la derrota, el rostro del ajusticiador ahora era de victoria. Se sentía triunfador en la reyerta. Se alejó unos pasos en busca de sus compañeros, al avanzar unos cinco metros, se detuvo, su semblante había cambiado de nuevo, la furia en sus ojos era indescriptible, apretó los dientes con tanta fuerza que todos en la plaza pudieron oír el rechinar, volteó hacia su rival y pudo observar como este se incorporaba trabajosamente, con frialdad sacó una daga de su cintura y avanzó, en tres zancadas estaba nuevamente al lado del perdedor y con ausencia total de compasión le hizo un corte en la garganta que viajaba de una oreja a otra. La sangre brotó copiosamente y no tardó en ahogar al cuerpo que hasta hace unos segundos alimentara.

El hombre cayó de rodillas, el espectáculo era grotesco, pero nadie de la multitud se movió ni un paso, todos se quedaron extasiados mirando el cuerpo sin vida caer boca abajo sobre el polvoriento camino. Diego, con una mirada criminal en sus ojos y una sonrisa torcida y malévol, dio media vuelta y se volvió hacia sus compañeros diciendo «vamos amigos, creo que ahora la mesa estará libre para nosotros».

El joven que le contaba a Pierre siguió su camino hacía su casa, debía contar el hecho a sus padres, quienes de seguro lo escucharían extasiados.

Pierre dibujó una cruz en el aire en dirección a donde se hallaba el cuerpo del

desafortunado cristiano, su asistencia médica era inútil ya, pero al menos tendría la oración de un novicio que la allanara su entrada al cielo.

Absorto en su oración, Pierre saltó del susto cuando Gorka le puso una mano en el hombro.

—Lo siento joven monje, no era mi intención asustarle.

—Pues vaya que lo ha hecho compañero Gorka, estaba encomendando a Dios a ese hombre que acaban de asesinar y su llegada me ha tomado por sorpresa, le aseguro que por un momento pensé que era usted Diego Ramos que venía por mi.

—¿Diego Ramos?, repuso Gorka, ¿De donde has sacado ese nombre, Pierre?

—Pues es el que me ha dicho un mozo de cuerdas que partió hace unos momentos y que me narró toda la pelea.

—¿Le conoce usted mi señor?

—Si Pierre, le conozco, incluso más de lo que quisiera, dijo mientras buscaba con su mano la cicatriz en su vientre. Ese hombre y yo nos hemos encontrado antes.

—Pues la verdad mi señor, espero que no sea su amigo, este sujeto no me da buena espina por su forma de actuar.

—No Pierre, puedes estar seguro de que Diego Ramos no es mi amigo. Ahora vamos, es hora de descansar, he rentado dos habitaciones para nosotros.

—Gracias mi señor, ya echaba de menos el dormir sobre una mullida cama, creo que mis huesos no fueron hechos para dormir en el suelo.

—Pues a todo se acostumbra uno, joven Pierre, eso te lo puedo asegurar.

—No gracias, prefiero no acostumbrarme, en cuanto encuentre a Francisco, retornaremos a la abadía, aclararemos los malos entendidos y podremos seguir como antes.

—Lamento desilusionarte joven Pierre, pero hay eventos en la vida que hacen imposible que nada pueda volver a ser como antes nunca más.

Pierre observó a Gorka con la mirada triste y el caballero se sintió apenado por borrar de cuajo las ilusiones del joven, pero cuanto antes se diera cuenta de la verdad de la vida y lo lejos que estaba esta de la piedad de un cielo, sería mejor.

Gorka apresuró su paso, obligando casi a Pierre a trotar tras de él. Pronto dieron con las habitaciones, Gorka tomó la más lejana al camino y Pierre la restante.

—Buenas noches mi señor, dijo Pierre tímidamente.

—Buenas noches contestó mecánicamente Gorka al tiempo que se introducía en la habitación, cerrando tras de si la puerta con la extraña sensación de necesidad de protección que le inspiraba Pierre.

El joven monje, se descubrió sus pies. Se quitó sus ropas quedando en unos calzoncillos cuyas mangas llegaban hasta casi sus rodillas, se iba a quitar la camisa, pero descubrió en la pared un crucifijo y sintió pudor ante la imagen del Cristo, por lo que la dejó en su sitio y se acostó, segundos más tarde, estaba plácidamente dormido.

Gorka, se había acostado con su ropa puesta. Con sus manos haciendo de almohada por detrás de su cuello, repasó su anterior encuentro con Diego Ramos. Había sido en Roma hace un par de años, los ajusticiadores habían sido invitados a compartir una velada con el Sumo Pontífice y Gorka había sido llevado como guardaespaldas de Pietro. Tanto Pietro como Bernardo tenían aspiraciones políticas dentro de la Iglesia, que los hacía un blanco propicio para sus detractores. Avanzada la fiesta Gorka buscó una mesa de dispensa de bebidas para servirse una copa de vino, al voltear, se encontró de golpe con su copa rebosante con la humanidad de Diego, quien venía a servirse, el rojo vino cayó sobre la blanca camisa de Diego, quien apretó los dientes hasta que dejaron escapar un crujido aterrador.

Gorka se apresuró a disculparse asumiendo para sí la culpa del accidente. Diego volvió su mirada hacia sus compañeros quienes asintieron validando su sentir, volvió la cabeza hacia Gorka y le sonrió dándose por satisfecho, se volvió de espaldas a Gorka, y este dando por sentado el fin del evento se volvió reemprendiendo el viaje hacia el vino, cuando Diego, daga en mano cargó contra él profiriéndole una profunda herida en su abdomen, Gorka buscó su espada en la vaina, pero en ese momento apareció Prieto calmando el ambiente, Bernardo se ocupó de tranquilizar a Diego a quien el olor de la sangre lo sacaba de sí.

Pietro, condujo a Gorka a donde el médico para que suturara su herida, sin duda era profunda y aunque no había dañado ningún órgano si dejaría una huella perenne en el abdomen del hombre, pero para Gorka la herida en el alma sería mucho más honda y de difícil sanación. Gorka era un hombre noble y cabal, pero su alma albergaba un hambre de venganza que no sería saciada hasta sentirse satisfecho. Desde ese día, cada vez que veía su herida repetía la promesa de no morir un día sin haber cobrado la deuda que aquel hombre tenía consigo.

Ahora reclinado en la cama, repasaba cuantas veces deseó este momento de encontrarse de nuevo con Diego Ramos, lo había esperado como esperan los árboles cada nueva primavera. Sabía que debía ser cauto, los tres hombres juntos eran demasiado, aún para él que era un diestro peleador y un hombre que jamás renunció a un combate, debía buscar el momento propicio, una oportunidad de encontrarlo solo y hacerlo pagar la herida cobarde que le había infringido a traición. De momento se olvidó de Pierre y de su misión, ahora tenía un cabo pendiente de su pasado que debía atar, una misión que anticipaba mucho más satisfactoria que ninguna de las otras que había efectuado.

Al amanecer, Theodore y su grupo se aprestaban a salir cuando fueron visitados por un mensajero de la logia, traía noticias nefastas, el Abad Antonio había muerto, lo mismo que Pierre y una mujer que también habían sido quemados por los Inquisidores. Theodore que era un hombre duro, no lloró, bajó su cabeza como su única señal de duelo, meditó algunos minutos que a los otros hombres se les hicieron eternos, su plan había fracasado, Pierre su hijo querido había sido asesinado por la Inquisición sin que él pudiera hacer nada por salvarlo. Al cabo de la meditación, recuperando la compostura habló a los hombres:

—Señores, la misión original que me ha traído hasta aquí ha sido sustancialmente cambiada, la búsqueda de los documentos de Rodrigo debe seguir siendo su norte, el mío será ahora vengarme de estos hombres, así me vaya la vida en el intento. Cabalgaré sin pausa hasta donde se encuentren y vengaré la vida de Pierre.

—Mi señor Theodore, permítame que su misión sea mi misión, dijo Renzo, ya tiempo habrá de recuperar esos escritos, por ahora la sangre de tu hijo que es como mi

hermano clama por justicia y si me lo permites se la daré junto a usted. Pues yo también me uno a esta tarea, saben de mi odio a los Inquisidores, pues ahora con mucho más razón deseo encontrarlos y darles muerte, veré en estos hombres que han matado a tu hijo al maldito que torturó y acabó con la vida de mi padre, en ellos encontraré mi venganza y podré por fin regresar a mi Patt.

—El grupo de cuatro seguirá intacto, dijo Ilker, me uno a ustedes, la prioridad será encontrar a estos hombres y deshacernos de ellos, con lo cual no solo daremos venganza a la muerte de tu hijo, sino que eliminaremos un estorbo para hacernos con los escritos.

—Gracias caballeros, no esperaba menos de ustedes, ahora pongámonos al galope y sin descanso cabalguemos hasta dar con los que cercenaron la vida de mi hijo y del Abad Antonio, solo así hallaré consuelo.

El grupo decidido cabalgó día y noche cambiando de caballos en las cuadras que encontraban en el camino, con caballos frescos y un espíritu decidido, para el medio día del día siguiente estarían cerca de hallar a Pietro y a Bernardo. Ahora no importaba el cansancio, el hambre o la sed, la venganza había convertido a todas esas necesidades en accesorias.

Theodore sentía una furia incontrolable dentro de sí. Mientras cabalgaba pensó en Nerea, su bella Nerea que también fuera asesinada siendo totalmente ajena a la causa que le produjo la muerte, revivió con dolor su último encuentro con ella, el altercado que tuvieron por el futuro de Pierre, mientras Theodore lo quería formar en la causa que le sustentaba su existir, Nerea buscaba para él un futuro más relajado, libre de las intrigas por las que su padre debía transitar cada día.

El día de su muerte Nerea se quedó llorando en su habitación luego de un serio altercado con Theodore, la joven no podía entender como un padre querría arrastrar a su hijo hacia un futuro lleno de incertidumbre por la búsqueda de una verdad quimérica. Nerea veía a Pierre, su único hijo, convertido en un hombre de bien, quizá un caballero de la corte, haciendo suyos los derechos que por su padre le correspondían y no al aventurero sin hogar y sin rumbo que se había convertido Theodore en los últimos años. La completa fascinación que tenía el hombre por descubrir la verdad y hacerla del conocimiento de todos era poco menos que una locura en un mundo hundido en el oscurantismo en que lo sumía la Iglesia para sus propósitos. Luchar contra el clero era casi una sentencia de muerte, aún estando al abrigo de un rey de un país poderoso.

Los continuos enfrentamientos de los reinos entre sí, hacían de la Iglesia un aliado poderoso, situación que aprovechaba el pontífice y los cardenales para llevar agua a su molino político y en muchas ocasiones la entrega de algún noble a manos de la inquisición era el precio que debía de pagarse para contar con la ayuda incondicional de la Iglesia o al menos el debilitar el apoyo de la misma al bando opositor.

Nerea no era religiosa, nunca lo fue, hija de padres que en lo oculto eran seguidores del protestantismo, vivió una niñez llena de dudas y al llegar a su madurez había preferido declararse a sí misma como no seguidora de ninguna corriente religiosa, pero hasta allí llegaba su parecer respecto a la Iglesia y nunca fue tan enconada contra ella como lo era Theodore en sus ideas de la búsqueda de la verdad.

Nerea, el día de su muerte, había discutido fuertemente con Theodore sobre la educación que debía recibir Pierre y ante el empeño del padre de iniciarlo en lo gnóstico había decidido escapar con el muchacho y buscar el asilo en casa de sus

padres en Asturias. Pero los hombres encapuchados habían truncado sus planes de alejar a Pierre de los fines a que quería dedicarlo Theodore.

Esa noche mientras lloraba amargamente recordando que Theodore la amenazó con dejarla partir pero sin su hijo, Nerea olvidó la rutina de poner cerrojos a las puertas de la casa. La continúa aprehensión en que vivía Theodore la había convertido en una verdadera fortaleza y cada noche requería de una rutina cansina de colocar trancas y cerrojos en cada puerta y ventana. Pero esa noche, acostada junto a Pierre que jugaba con sus lágrimas, se quedó dormida y no escuchó el ruido de los hombres al entrar a la casa. El trabajo se les había facilitado al no encontrar las puertas y ventanas cerradas como habían estudiado por días que era la costumbre, como era lo usual Theodore estaría con Nerea y con su hijo hasta cerca de la medianoche, luego saldría solo y caminaría por las calles solitarias de Montpellier, esa era la ocasión propicia para darle muerte como se les había encargado. Sin embargo aquella noche, Theodore había salido antes de las once luego de reñir con su mujer y los hombres aún no llegaban por lo que aún lo imaginaban dentro. Esperaron pacientes hasta las 12:30 y comenzaron a desesperar, por fin a la 1 menos 15 decidieron ingresar a la casa y darle muerte. Al descubrir las puertas sin cerrojos supieron que algo había cambiado y que Theodore aún se encontraba dentro pues la mujer siempre atrancaba las puertas y ventanas una vez salía el hombre.

Sigilosos llegaron hasta la habitación y en la oscuridad vieron dos cuerpos tendidos sobre la cama, sacaron sus cuchillos prestos a terminar con la vida de Theodore, al acercarse uno de los hombres tropezó con un juguete del niño olvidado al pie de la cama y el ruido hizo despertar a Nerea. Asustada y por su instinto de madre protegió el cuerpo de su hijo, mientras los hombres se abalanzaban sobre ella. Theodore, luego de tomar dos copas con sus amigos en una taberna cercana decidió volver y pedir perdón a Nerea, realmente la amaba y no soportaba verla llorar, se despidió de sus amigos, pero estos le insistieron en acompañarlos solo unos minutos más, una última copa y luego marchar al lado de sus mujeres. Theodore a regañadientes aceptó, compartió la copa con sus amigos y partió a casa de Nerea, de seguro la encontraría despierta y podría hacer que le perdonara su insensatez. Al llegar a la casa no se dirigió a la puerta que sabía estaría trancada, sino que fue hasta la ventana que daba al cuarto de Nerea, desde allí la llamaría para que lo dejase entrar.

Al llegar escuchó ruido dentro y pudo ver en la oscuridad las figuras de hombres deambulando por la habitación. Como herido por un rayo, se lanzó espada en mano por la ventana y sorprendió a los hombres en el momento en que herían a Nerea, hábil espadachín como era, hirió de muerte a tres e hizo huir a otros más, pero la suerte de Nerea estaba echada, las heridas infringidas eran de muerte y Theodore no pudo más que sostener su mano en su último aliento y no llegó a obtener su perdón.

Al morir Nerea, Theodore buscó a Pierre quien estaba escondido en un rincón de la habitación llorando. Luego de verificar que no se encontraba herido, encendió las luces y pudo ver que los hombres a los que había matado estaban encapuchados, retiró las capuchas de sus rostros, pero estos le eran desconocidos, al llegar al tercero pudo observar que aún se encontraba con vida, se arrodilló junto a él, le retiró la capucha y sacudiéndolo le preguntó ¿Quiénes eran?, ¿Porqué habían matado a su mujer? El hombre se ahogaba en su propia sangre y balbuceaba palabras que Theodore no podía entender, acercó su oreja a la boca del hombre y este vomitó sangre tratando de hablar, Theodore lo volvió a sacudir y el hombre en un último aliento solo alcanzó a decir Cardenal Ambr... y murió en los brazos de Theodore.

Theodore estaba seguro, estos hombres habían sido contratados por la Iglesia, el

Cardenal Ambrossini siempre fue un enemigo solapado y en muchas ocasiones había intrigado en su contra con el Rey de Francia. Los tentáculos de Ambrossini eran largos y ahora que sus planes de asesinarlo se habían descubierto se volvía más peligroso, debía protegerse y dejar a Pierre al cuidado de alguien de confianza, el chico no era un peligro para nadie, pero si lo mantenía a su lado podría sufrir la misma suerte de Nerea.

Theodore volvió al cuerpo de su mujer y sollozando le pidió perdón por haberla arrastrado a ese destino, Nerea siempre fue fiel y leal y el precio a esa fidelidad y amor por él le había llevado a la muerte.

Theodore siempre ignoró que aquella noche Nerea había tomado la determinación de abandonarlo llevándose a su hijo consigo, pero la muerte le impidió cumplir su deseo. Mientras cabalgaba, Theodore lamentaba el no haber sido más diplomático y transigente con su mujer, de haberlo hecho tal vez en este momento estaría viva y criando a Pierre según su parecer.

Montpellier sería el sitio de convergencia de los hombres que buscaban por diferentes motivos los pergaminos de Nínive. Los soldados liderados por Héctor viajaban ligeros pero el llegar al lugar les tomaría al menos dos días más, la recompensa ofrecida era muy buena, pero no podían darse el lujo de gastar sus fuerzas en la tarea de llegar al lugar, ya que la lucha que podría librarse por el poder de los pergaminos se anticipaba cruenta. Pietro y Bernardo esperaban que Francisco se hallara en ese sitio y que Gorka pudiera llegar primero a él que los ajusticiadores y ante todo primero que Theodore y su grupo de infieles. De no ser así, sus vidas cambiarían radicalmente ya que el maestro era un hombre al que las excusas no le valían y aunque generoso en la victoria, en la derrota era una bestia capaz de los actos más crueles.

Ambrossini meditaba sus opciones, si recuperaban los documentos su posición en la Iglesia sería envidiable, no solo por el reconocimiento y fortuna que obtendría, sino que se le había ofrecido la posibilidad de ser el secretario del nuevo pontífice que fuera electo por el Colegio Cardenalicio, desde esa posición podría manejar la esfera política de todo el occidente de Europa. El guardar el secreto de los pergaminos allanaría sin duda su ruta hacia un futuro papado. Solo necesitaba manejar bien las piezas de su ajedrez, debía asegurarse de lograr su objetivo y luego ver la forma de ser el único mortal en conocer el secreto de la ubicación de los pergaminos, para entonces Pietro y Bernardo serían prescindibles, habían servido bien a la causa, pero su permanencia en la operación podría volverse peligrosa, el maestro sería satisfecho con un papado hasta asegurarse de nombrar a los cardenales necesarios para garantizar su elección. Todo estaba planeado con detalle. Ahora solo Francisco, el inoportuno poseedor de los pergaminos, lo apartaba de su objetivo final, la meta para la que había trabajado por años, el destino para el que había nacido.

Capítulo XXI: La violencia aflora de nuevo

El ansia de poder transforma al hombre en una bestia cruel e inhumana...

PILAR colgó el teléfono, después de hablar con Gabriel se sentía más tranquila; era extraño como el hablar con él la relajaba y le hacía sentir que los problemas no eran tan graves como había creído al principio. Además tenía razón en lo que le había dicho, debía actuar con normalidad ante Ariel, aún no sabía cuales eran sus intenciones, ni siquiera estaba segura de que fueran malas a pesar de esa sensación de desconfianza que tenía últimamente.

Se dio una ducha rápida y se puso un pantalón cómodo y la camisa blanca que tanto le gustaba, por suerte había encontrado el botón que se le cayó y lo había cosido, de no ser así la habría echado a perder porque no encontraría botones iguales. Debía bajar a hablar con Ariel y tratar de averiguar sus intenciones, aunque no esperaba que le resultara fácil, se había dado cuenta de que era una persona muy inteligente.

Ariel estaba sentado frente a la chimenea con una copa de vino en la mano y la mirada perdida en el fuego; por un momento Pilar se quedó mirándolo, las llamas producían un extraño efecto en su rostro que ahora parecía más duro e impenetrable pero a la vez hermoso. Prácticamente se obligó a apartar la mirada de ese hombre que le resultaba tan enigmático como fascinante y bajó las escaleras tratando de hacer el suficiente ruido para que la oyera acercarse.

Ariel hizo un gesto sacudiendo la cabeza como si intentara despejar sus pensamientos, alzó la mirada y su rostro cambió cuando vio a Pilar. Se levantó con una sonrisa que parecía sincera y se dirigió a hacia ella.

—Ten cuidado Pilar —se dijo a sí misma— no es lo que parece.

—Bajaste muy pronto —le dijo Ariel— creí que descansarías unas horas, ha sido un día complicado. Ven y tómate una copa, te sentará bien ¿Qué prefieres? Mi amigo tiene un bar bien surtido, en realidad no falta de nada en esta masía, podríamos quedarnos meses aquí sin necesidad de salir a comprar provisiones. ¿Qué pasa Pilar, porqué me miras así?

—Nada Ariel, esperaba que terminases de hablar para pedirte una copa de vino tinto si no es molestia —respondió ella.

—Por supuesto que no —le dijo él con una sonrisa— siéntate frente a la chimenea y yo te la preparo.

Pilar le hizo caso aunque seguía observando los movimientos del monje sin perder detalle, como si de un momento a otro, algo en él le fuera a revelar sus verdaderas intenciones.

—¿Sabes Ariel? —dijo de repente. —Gabriel viene a España, ya terminó su trabajo y parece que la investigación allí no avanza, además con lo que nos ha pasado está muy preocupado.

—¿Y cuando llega? —preguntó él dando la espalda a Pilar que no pudo ver su reacción ante la noticia.

—Aún no lo se —le respondió ella— en el primer avión en que consiga reserva, ha

quedado en llamarme para decírmelo. Tal vez deberíamos quedarnos aquí hasta que llegue, no sabemos quienes son esos tipos que entraron a nuestras habitaciones y parecen muy peligrosos. ¿Quiénes crees tú que pueden ser, Ariel?

—No lo se Pilar, pero no te preocupes, no te voy a dejar sola, me quedaré contigo hasta que encontremos los pergaminos.

—Gracias Ariel, nunca he conocido a nadie tan desinteresado como tú, la mayoría de personas no ayudaría en algo así, si no esperaran conseguir algo a cambio —dijo Pilar observando la reacción que provocaban sus palabras, ahora que tenía al monje frente a frente.

—Toma Pilar, prueba este vino, es un Terra Alta, para mí uno de los mejores vinos de este país —dijo Ariel, con una sonrisa forzada, cambiando de tema.

La conversación se hizo más intrascendente, Pilar se dio cuenta que no le sacaría nada al monje si bien notaba sus esfuerzos por parecer tranquilo, prueba inequívoca de que algo ocultaba. Tras casi una hora de conversación en la que Ariel, fiel a su costumbre, trató de entretener a Pilar con su charla, ella se levantó y dijo:

—Voy a subir por los diarios, deberíamos leerlos de nuevo, tal vez hay algo que no hemos visto, se nos puede haber pasado por alto.

—Perfecto —le respondió el monje— ahora tenemos tiempo y si no estás cansada los podemos leer con más tranquilidad.

Apenas había llegado a su habitación cuando sonó el móvil, era Gabriel para hacerle saber que había reservado billete en el vuelo del día siguiente y pedirle la dirección de la masía, así iría directo apenas aterrizase. Ella le dijo que podía ir a esperarlo al aeropuerto pero él se negó, prefería tenerla alejada de la ciudad y esperaba que también de los tipos que habían registrado su habitación aunque en el fondo de su corazón deseaba que junto a Ariel no corriese un peligro aún mayor. Después de desearle un buen viaje, Pilar cogió las cartas y los diarios y bajó al salón donde Ariel la esperaba observando el paisaje por la ventana, su rostro parecía preocupado y ella trató de adivinar sus pensamientos sin conseguirlo; había dejado de confiar en él pero le costaba pensar que fuese una mala persona. Decidió dejar de divagar y centrarse en los documentos.

—Bueno Ariel ¿me ayudas a leer esto? A ver si hay algo que hayamos pasado por alto.

—Por supuesto Pilar —dijo él mientras se acercaba y se sentaba en un gran sofá frente a la chimenea.

—Siéntate a mi lado y empecemos de una vez.

Empezaron por uno de los diarios, el de Francisco, lo leyeron dos veces, una cada uno, pero no encontraron nada nuevo. Después hicieron lo mismo con el de Théodore y Pierre con idéntico resultado.

—Parece que no tenemos suerte Ariel, no hay ningún dato que nos ayude, parece que estamos en un callejón sin salida.

—Intentémoslo con las cartas —respondió él— es nuestra última oportunidad.

Cogieron una cada uno y las leyeron sin encontrar nada, después repitieron la operación con otras dos y tampoco vieron nada.

—Es extraño que tengan estas manchas de humedad con lo bien conservadas que parecen —dijo Ariel.

—¿Qué manchas? Las que yo he leído no tienen manchas —dijo Pilar.

—Estas que hay sobre algunas palabras —le mostró Ariel— aunque por suerte se leen bien.

—Eso no son manchas Ariel, espera un momento, voy a subir por mi equipo, necesito una lupa para verlo mejor.

Pilar bajó un estuche del que sacó una lupa pequeña, extendió la carta sobre la mesa y colocó una lámpara a su lado. Observó con detenimiento la carta, como un doctor a su paciente; Ariel veía como su cara seria se iba transformando en una sonrisa.

—¿Qué pasa Pilar, a qué viene esa sonrisa? —Preguntó intrigado— si no son manchas ¿qué son?

—Francisco enviaba un mensaje secreto en esta carta, Ariel —le respondió ella— no son manchas de humedad, son marcas de una tinta invisible que se usaba en aquella época, con el tiempo se han vuelto visibles. Francisco marcó con esa tinta algunas palabras de la carta y uniéndolas forman un mensaje, para verlo solo había que poner la carta sobre algo caliente, por ejemplo la llama de una vela. Lo habrás visto en alguna película, era un método muy usado en la Edad Media. Ahora podemos verlo a simple vista, supongo que el sol calentó mucho la roca que las ocultaba y ese calor volvió las marcas visibles con el tiempo.

—¿Y qué dice el mensaje? —preguntó Ariel.

—Eso es lo mejor de todo —respondió ella con una sonrisa— míralo tú mismo.

—Eres genial Pilar, nunca se me habría ocurrido algo así. Deberíamos ir cuanto antes a Valencia ¿quieres que lo prepare todo para salir mañana?

—No —respondió ella— mañana llega Gabriel y debemos estar aquí.

—Discúlpame —dijo Ariel, con una mueca que a Pilar no pasó desapercibida— lo había olvidado, estarás deseosa de verlo. Lo arreglaré para salir cuando decidas.

—Eres muy amable Ariel, no sé como podremos pagar tu ayuda —dijo ella observando con atención su reacción— te estás portando como el mejor de los amigos.

—No tienes nada que agradecerme Pilar —respondió el monje sin mirarla a los ojos— solo hago lo que debo. Será mejor que vayamos a descansar si te parece bien.

—Sí Ariel, mañana será un día muy largo. Buenas noches, que descanses.

—Buenas noches Pilar —respondió él con voz apenas audible.

A pesar del cansancio, apenas pudo dormir, daba vueltas en la cama, pensando en los motivos de Ariel para actuar así y lo único que se le ocurría es que quisiera conseguir los pergaminos ¿acaso no era lo que todos buscaban, ella incluida?

Se levantó más tarde de lo que acostumbraba, apenas había descansado y su humor no era el más adecuado para recibir a Gabriel así que se dio un baño en vez de una ducha; tal vez eso la animase un poco. Casi una hora después bajaba las escaleras deseando una taza de ese café que olía tan bien; se dirigió a la cocina donde Ariel

preparaba un abundante desayuno, mientras miraba distraído la televisión.

—Buenos días Ariel —saludó intentando parecer tranquila y animada.

—Buenos días Pilar, ¿Tienes hambre?

—Mucha, como para tomar la mitad de eso que huele tan bien, incluido el café —contestó.

—Siéntate —dijo Ariel, mientras acercaba la cafetera humeante y servía una taza a Pilar que no pudo evitar aspirar profundamente con cara de satisfacción.

—Huele delicioso, además de todo eres un excelente cocinero ¿Dime una cosa Ariel, les enseñan a cocinar también? Todo esto es digno del mejor chef.

—Me gusta cocinar, sobre todo para personas con buen apetito —respondió un poco avergonzado.

—Pues yo soy la que mejor apetito tiene, al menos en esta casa —bromeó Pilar.

—¿A que hora llegará Gabriel? —Preguntó.

—No estoy segura, con Iberia nunca se sabe —dijo Pilar, sin querer responder— mi estomago empieza a impacientarse ¿Falta mucho?

—No —sonrió Ariel— ya está listo, anda come mujer impaciente.

El resto de la mañana la pasaron charlando y viendo un programa especial de televisión, sobre un atentado terrorista ocurrido en Madrid. Pilar estaba horrorizada ante semejante masacre de inocentes y Ariel le explicaba un poco la situación política del país.

Mientras tanto el avión de Gabriel tomaba tierra en El Pratt. Gabriel, con gesto preocupado y la boca contraída en una mueca, se despidió de la sobrecargo de forma seca y distante.

—Adiós Karla, tal vez coincidamos a la vuelta —y se giró para salir.

—Gabriel —respondió ella. —¿He dicho o hecho algo que lo haya molestado?

—No Karla disculpa, estoy cansado por el viaje y tengo un ligero dolor de cabeza, siento si he sido muy seco, has sido muy considerada conmigo, gracias a ti el viaje ha sido muy agradable. Espero que volvamos a viajar juntos.

—Está bien —sonrió ella— que tengas una buena estancia en España y dile a tu novia de mi parte que es una mujer muy afortunada. Adiós Gabriel.

—Adiós Karla.

Gabriel buscaba con la mirada a Paul mientras bajaba del avión, ese hombre era peligroso y no quería darle la oportunidad de encontrar a Pilar antes que él. No lograba encontrarlo y empezaba a ponerse nervioso, hizo los trámites de rigor y fue a recoger su equipaje, justo cuando se agachaba para tomar la maleta, una voz a su espalda le llamaba:

—Gabriel —decía la voz de Paul— esto no termina aquí, siempre consigo lo que me propongo y esta vez no será distinto. Nos volveremos a ver pronto.

Gabriel se giró rápidamente, dispuesto a enfrentarlo, pero Paul ya se alejaba hacia la salida. Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Pilar, tenía que avisarla, dejó que diera tres llamadas pero no lo cogía, decidió llamarla desde el taxi ya que no podía perder tiempo.

El taxista parecía no tener demasiada prisa y él cada vez estaba más nervioso y preocupado.

—Disculpe —le dijo tratando de calmarse— necesito llegar cuanto antes, si consigue que estemos en la mitad de tiempo, tendrá cincuenta euros de propina.

—Por esa cifra le pongo alas al taxi —dijo el chico, acelerando y haciendo alguna que otra maniobra no muy legal que no preocupó mucho a Gabriel, lo único que deseaba es estar con Pilar cuanto antes.

En otro taxi, unos metros por detrás de Gabriel, Paul hablaba con Luke.

—Acabamos de aterrizar ¿cómo va todo? —Preguntaba. —¿Alguna novedad con la chica y el monje?

—Todo va según lo previsto —respondió Luke— a pesar del tropiezo que tuvimos.

—¿Qué tropiezo? —preguntó Paul con voz áspera.

—Nada grave, Joseph puso un trasmisor a la chica en un botón de la camisa pero no debió hacerlo bien porque se cayó y no nos dimos cuenta de que volvían. Estábamos en la habitación del monje cuando llegaron y tuvimos que salir delante de ellos, así que nos vieron aunque no creo que puedan reconocernos, además no saben del trasmisor porque la chica puso el botón a la camisa y ahora los tenemos localizados. La próxima vez conseguiremos esos documentos.

—Está bien, manténganlos vigilados pero no hagan nada, Gabriel sabe algo y se dirige hacia allí, esperaremos que estén juntos y será más fácil quitarles toda la información junto con los documentos. Jean ya está informado y necesita que se lo entreguemos cuanto antes; yo voy para allá siguiéndolo.

Gabriel volvió a llamar a Pilar, esta vez con más suerte:

—Hola Gabriel ¿Ya estás en Barcelona?

—Hola —respondió él— sí, voy para allá. ¿Está todo bien, ningún problema?

—Ninguno Gabriel, desde que llegamos no ha pasado nada.

—Está bien Pilar, no salgas de ahí hasta que yo llegue y no dejéis que entre ningún desconocido a la casa.

—De acuerdo Gabriel, hasta ahora.

—Hasta dentro de un rato Pilar.

Apenas treinta minutos después el taxista lo dejaba en la puerta de la masía, con cara satisfecha por haberse ganado una propina nada despreciable. Se despidió de Gabriel, no sin antes darle una tarjeta con su número por si necesitaba sus servicios en cualquier momento. Gabriel ya no lo escuchaba, tenía la mirada puesta en Pilar que se acercaba corriendo hacia él.

—¡Qué hermosa es! —Se decía para sí.

—¡Dios mío —pensaba Pilar mientras corría a sus brazos— como lo he extrañado!

Ariel los veía desde la ventana con los puños apretados, no podía evitar esa lucha interna que se producía en su interior desde hacía días. Pero ante todo tenía una obligación que cumplir, no se podía dejar llevar por sus sentimientos. Dio unos minutos de margen para que se saludaran a solas y salió a recibir a Gabriel. Este lo saludó estrechándole la mano pero sin soltar la cintura de Pilar. Entraron a la casa y Ariel los invitó a sentarse frente a la chimenea mientras preparaba una copa.

—Supongo que ha sido un viaje largo y cansado —dijo a Gabriel.

—Sí, bastante Ariel, además mi compañero de asiento resultó peligroso —contestó mientras tomaba un sorbo del ron con cola que le había preparado y procediendo a contar la historia completa.

—Tal vez deberíamos marcharnos cuanto antes a Valencia —dijo Pilar— tu aun no lo sabes Gabriel, pero tenemos datos nuevos, hemos descubierto que hay un documento importante escondido en el Monasterio de San Miguel de los Reyes.

—Pues creo que lo mejor será irse cuanto antes, no es seguro permanecer aquí —respondió Gabriel.

—Voy a reservar billetes ahora mismo —dijo Ariel.

Tomaron el tren muy temprano, habían estado pendientes durante el trayecto desde la masía hasta la estación de ferrocarril por si alguien los seguía pero no habían visto a nadie, cosa que no les tranquilizaba mucho. Gabriel sabía que Paul no andaría lejos y por si fuera poco no confiaba en Ariel, ¿Quién le aseguraba que no era uno de ellos? Tomaron asiento en el vagón y unos minutos después se pusieron a repasar los datos que Gabriel había conseguido, haciendo un resumen de todo lo que de seguro sabían hasta el momento.

—Chicos —dijo Pilar— necesito salir un momento, volveré en unos minutos, no sigan sin mí.

—¡Mujeres! —dijo sonriendo Gabriel— pasan mas tiempo en el baño que en el dormitorio.

—No te quejes —respondió a su vez el monje— eres un hombre afortunado. Faltan unos minutos para llegar a Valencia, Raúl estará en la estación esperándonos.

—Conozco a ese hombre —dijo de repente Gabriel— estaba en el avión, justo delante de mi asiento.

—¿Qué hombre? —preguntó Ariel girando la cabeza.

—El que acaba de salir —respondió Gabriel— el tipo de la gabardina negra. No creo que sea una coincidencia que esté en este tren.

—¿Y que piensas que hace, seguirte? —dijo Ariel.

—No lo sé, pero voy a buscar a Pilar, no me arriesgaré.

—¿Quieres que te acompañe Gabriel?

—No es necesario, tal vez no sea nada —dijo este y se dirigió hacia la salida.

Llamó a Pilar desde la puerta del baño pero nadie respondió, se dirigió al otro vagón por si encontró este ocupado y no había querido esperar pero tampoco estaba. Empezaba a ponerse nervioso ¿Dónde podía estar? Decidió volver a su asiento por si se había regresado pero tropezó con el revisor.

—Disculpe, ¿No habrá visto a una chica morena con vaqueros y jersey blanco?

—¿Una chica con el pelo largo muy bonita? —respondió este con una sonrisa pícara.

—Sí, esa misma —confirmó Gabriel algo molesto con ese tipo.

—Acabo de verla con un hombre, iban hacia el vagón-bar y parecían recién casados, el hombre la abrazaba como si se la fuera a quitar alguien.

Gabriel no respondió a ese comentario, apretó los dientes y salió corriendo hacia el bar, seguido por la sonrisa irónica del supervisor. Miró por el vagón pero allí no estaban, no se le ocurría donde podían haber ido, pero tenía que encontrarla, sabía que estaba en peligro. Al pasar junto a un reservado oyó lo que parecía un golpe y prestó atención. Sonaba como si alguien golpeará contra la pared, no se lo pensó dos veces, giró el pomo de la puerta pero estaba cerrada por dentro; buscó algo para forzar la cerradura pero no había nada a su alcance, así que tomó impulso y golpeó la puerta con el hombro, haciendo que el pestillo saltara. Apenas había luz dentro, sólo la que entraba a través de la rendija de una cortina pero fue suficiente para ver como un hombre sujetaba a Pilar tratando de maniatarla mientras ella pateaba y golpeaba unas veces al hombre y otras la pared.

El hombre, que no esperaba la interrupción, se sobresaltó y aflojó la fuerza lo suficiente para que Pilar le mordiera la mano a la vez que Gabriel se lanzaba contra él como una fiera enfurecida. Fue un golpe seco que lo hizo encogerse sobre sí mismo de dolor, Gabriel lo volvió a golpear con tanta fuerza, que este cayó al suelo sin conocimiento.

—¿Estás bien? —preguntó a Pilar con la cara desencajada.

—Sí, estoy bien. Quería los documentos Gabriel, me dijo que si no se los daba me mataría, aunque creo que estaba mas asustado que yo.

—Es que tú das mucho miedo, ¡si lo sabré yo! —dijo Gabriel intentando quitar tensión al momento. —Anda ayúdame, estamos llegando a la estación, registrémoslo a ver si averiguamos quien es.

Pilar se agachó y revisó los bolsillos de la gabardina sin encontrar nada pero Gabriel descubrió una cartera en el bolsillo de su pantalón.

—Mira esto Pilar —dijo mientras le mostraba un documento identificativo— trabaja para el obispo de Montpellier. La Iglesia anda tras los documentos, esto cada vez se pone más peligroso.

—No entiendo que busca la Iglesia Gabriel, pero debe ser importante para ellos si usan estos métodos.

—Volvamos a nuestros asientos Pilar y será mejor que no hablemos de esto con Ariel, puede estar implicado.

Cuando iban a entrar al vagón, Ariel salía de él:

—Estaba preocupado —les dijo— iba a buscaros ¿Está todo bien?

—Sí claro —respondió Gabriel. —Pilar estaba algo mareada y estuvimos unos minutos esperando que se le pasara. Creo que hemos llegado, cojamos el equipaje, dijiste que nos esperaban.

—Sí —respondió Ariel mirando a Pilar con curiosidad. —Raúl estará esperando con el coche.

Bajaron del tren sin darse cuenta que de dos vagones atrás, justo donde dejaron maniatado al tipo que atacó a Pilar, se bajaban dos hombres, eran Paul y Luke; unos minutos después se bajaba un tercero y se acercaba a ellos.

—¿Todo en orden? —Le preguntó Paul— no quiero más contratiempos, el jefe anda enfadado por vuestra metedura de pata.

—Sí Paul, la Santa Madre Iglesia ha perdido uno de sus miembros, el señor obispo tendrá que buscarse otro espía mejor —respondió el hombre con una sonrisa irónica.

—Buen trabajo, vuelve a Madrid y espéranos allí, apenas tengamos los documentos tomaremos un avión; se que buscan algo aquí en Valencia, esperaremos que lo encuentren y nos ahorren trabajo, será como quitar un caramelo a un niño —dijo Paul sin quitar la vista de Pilar, Gabriel y el monje que se dirigían al auto donde Raúl los esperaba.

Durante todo el trayecto ambos hombres miraban disimuladamente hacia atrás, Ariel sospechaba que lo seguían los tipos del hotel y Gabriel no estaba seguro si el tipo del tren habría despertado y estaría siguiéndolos, no podía imaginar que no despertaría nunca de ese sueño. Pilar por su parte, estaba mas concentrada en repasar el mensaje secreto que había dejado Francisco en su carta; sabían que era el monasterio de San Miguel de los Reyes pero no sabían si el lugar que indicaba en la carta seguiría igual, con los años la mayoría de los monasterios había hecho reformas y por lo que sabía este no era un excepción, de hecho allí se encontraba en la actualidad la biblioteca de Valencia.

Raúl aparcó el auto lo más cerca posible del monasterio siguiendo las órdenes de Ariel; este junto con Pilar y Gabriel, se dirigieron a la entrada.

—Pilar —dijo Gabriel— ¿sabes donde debemos buscar?

Creo que sí —respondió ella mirando de nuevo la carta— aquí se dice el lugar: la librería, es la sala destinada a la biblioteca del Duque de Calabria, solo espero que aún esté ahí. Mientras Ariel los seguía sin intervenir en la conversación, desde que Gabriel llegó se sentía incómodo, desplazado.

—Es absurdo negármelo, lo que siento son celos, desde que él llegó Pilar apenas se ha separado de su lado —reconoció para sí. —Esta mujer, con su carácter abierto y franco, me está cambiando la forma de ver las cosas. A pesar de eso tengo un trabajo que hacer y no puedo dejarme llevar por los sentimientos.

—¿Te parece bien? —volvió a preguntar Pilar al monje que parecía no haberla escuchado.

—¿Es a mí? —preguntó él a su vez, volviendo a la realidad.

—Sí, claro que es a ti Ariel —dijo Pilar con una sonrisa— pareces dormido. Te

preguntaba si te parece bien que uno de nosotros distraiga al guía mientras los otros dos nos escabullimos. Por lo que he leído, esa zona no es pública, solo se puede hacer en visita guiada.

—Sí claro que me parece bien, Pilar. ¿Quieres que sea yo quien lo distraiga?

—Si no te importa Ariel, me gustaría que Gabriel estuviera en esta ocasión —dijo ella.

—Por supuesto, yo me encargaré de distraerlo, no te preocupes —le respondió.

La visita comenzó poco después de su llegada. Como habían planeado, Ariel entró primero y Pilar y Gabriel detrás, no querían que los vieran juntos. Cuando llegaron al claustro sur, Ariel se colocó junto a la guía, una chica de unos veinticinco años que no le había quitado los ojos de encima desde el principio. Visitaron la sala capitular, ante la atenta mirada de Ariel que se sabía observado por la chica; a continuación entraron a la biblioteca del Duque, donde según la carta, estaba escondido el documento. Ariel esperó que ella terminara su explicación y cuando lo hizo, fingió sentirse mal, la chica se acercó solícita y él le dijo que necesitaba sentarse porque estaba mareado, era diabético y había olvidado tomar su medicación. Ella lo ayudó a sentarse en un banco del pasillo y se dirigió a la cafetería por un vaso de agua mientras el resto de visitantes trataban de ayudar a Ariel con consejos de todo tipo.

Pilar y Gabriel aprovecharon el momento para buscar en el lugar que decía la carta, una piedra junto al marco de la ventana. Tardaron unos minutos que se les hicieron eternos en encontrarla y para colmo estaba tan encajada que solo acertaban a moverla pero no conseguían sacarla. Por fin Gabriel vio un abrecartas sobre la mesa y olvidando su valor, lo usó para forzar la piedra:

—Espero que al Duque no le importe —dijo con gesto irónico— pero es una urgencia y no podemos andarnos con delicadezas.

Por fin la roca cedió y ante el nerviosismo de Pilar que escuchaba a la guía hablar cerca de la puerta, Gabriel sacó un paquete pequeño que guardó en el bolsillo. Colocó la roca y el abrecartas en su lugar y tomando a Pilar de la mano, salieron y se colocaron junto al monje.

—Discúlpenme —dijo Gabriel aparentando preocupación— pero creo que este hombre debería ir al hospital, tiene las pupilas muy dilatadas y lo que parece un problema de diabetes puede ser más grave. Si lo desea nosotros podemos llevarlo, tenemos el auto cerca y podemos terminar de ver el monasterio otro día.

—Creo que tiene razón —respondió Ariel— me siento bastante mal y si no les supone una molestia, les agradecería que me llevaran.

—Por supuesto que no —respondió Pilar aguantando apenas la risa que le provocaba ver a los dos mintiendo tan descaradamente— lo llevaremos con mucho gusto, Gabriel ayúdalo a llegar al coche.

Dicho esto los tres se despidieron de la guía mientras Ariel se disculpaba ante el resto de visitantes por la interrupción. Salieron a la calle y se dirigieron al auto donde, como siempre Raúl esperaba. Una vez dentro Gabriel sacó el paquete y lo abrió ante la mirada atenta de todos; eran varias cartas que Pilar cogió y leyó en voz alta mientras en todos los rostros, menos en el del conductor que permanecía impassible, aparecía un gesto de triunfo.

—Hemos venido desde América y recorrido media Europa para volver al punto de

partida chicos —dijo Pilar con una sonrisa mezcla de ironía y satisfacción. —Lo que buscamos está allí ¿Qué os parece si el resto del día lo dedicamos a pasarlo bien y volvemos a América mañana o en el primer vuelo que consigamos?

—A mi me parece bien —respondió Gabriel— aunque no se si podré soportar otro jet lag, aun no he superado este.

—No te quejes tanto —bromeó Pilar mientras le guiñaba un ojo— ya dormirás cuando llegues a casa y mucho, de eso me encargaré yo. ¿Y tú que dices Ariel?

—Que me parece bien, reservaré billetes para el primer vuelo que haya. Ya sabemos que lo que estamos buscando está en América.

Capítulo XXII: La historia se escribe con sangre

Ríos de sangre escriben la historia, sobre el blanco lienzo de los destinos de los hombres.

AL despuntar el alba los rayos de sol se colaron por la pequeña ventana que miraba hacia el este en el cuarto de Francisco, éste estirándose con pereza se volvió a acomodar en su catre, había tenido un sueño reparador, sentía el cuerpo agradecido por el descanso de que había sido objeto. Francisco pensó en lo bien que le caería el desayuno de esa mañana, en la abadía acostumbraban un día a la semana darse un gusto y disfrutar aunque con moderación de algunas delicatessen como lo eran unos huevos revueltos, pan fresco que cocían en un horno de barro, café con leche recién ordeñada de su vaca consentida y cuando había suerte algún fruto fresco. Se relamió y volvió a estirarse. De pronto cayó en la cuenta de que no se hallaba en su amada abadía, ni lo rodeaban sus animales domésticos, sino que en habitaciones cercanas estaban prestos a atraparlo unos lobos vestidos de soldados de la Santa Sede.

Se reprochó en voz alta por haberse dormido y haber perdido toda la ventaja que pudo haber sacado de haber cumplido su plan. Rápidamente se vistió y sintió el fuerte olor que expedía su cuerpo y sus ropas. Arrugó su nariz intentando no sentir el hedor y una vez vestido se calzó con las sandalias gastadas que lo acompañaban desde hacía varios años. Salió de la habitación pidiendo a Dios su perdón por no hacer la oración de la mañana y pidiendo lo volviera invisible para poder huir del peligro que se cernía sobre él.

Al salir de la habitación pudo ver a José, que salía a hacer las labores de las mañanas. Al ver la alegría de José al verlo, con un gesto de su dedo sobre la boca lo conminó a bajar la voz. Espiando la habitación de los guardias esperando no ver movimiento, Francisco se acercó y le pidió a José total discreción sobre su visita. José comprendió el temor en el rostro del monje y se apresuró a asentir.

—No se preocupe hermano, su presencia en esta casa no será del conocimiento de nadie.

José abrazó a Francisco y no pudo disimular el efecto que su mal olor le producía. Lo tomó de un brazo y lo llevó hasta las cuadras donde estaba escondida Anochecer, pidió a Francisco salir cuanto antes y esperarlo en un claro del bosque a unos dos kilómetros al oeste. Francisco apretó la mano de José en señal de agradecimiento y partió.

Media hora más tarde José llegó a lomos de una yegua cargando comida, agua y ropas para Francisco. Este al verlo no pudo evitar que sus ojos se humedecieran por el agradecimiento que sentía.

—Hermano, los soldados han despertado y estaban prestos a salir, pero los he convencido de aceptarme una invitación a desayunar, no me ha costado convencerlos, apenas sintieron el olor del tocino, los huevos, el pan y el café, todos se han liberado de sus cargas y se han sentado a la mesa. He dado instrucciones a mi mujer para que los atienda bien y despacio para que usted pueda ganar todo el tiempo posible.

—Le he traído comida, bebida y ropa. Unos kilómetros más al oeste hay un riachuelo con una poza poco profunda, allí podrá tomar un baño y cambiarse de ropa, le aconsejo que cambiemos de yegua, he traído esta blanca por si desea seguir mi consejo, los guardias están enterados de que usted viaja en una negra como la noche.

—Si logra cambiar de montura y cambia las ropas por las humildes que le he traído, de seguro pasará más desapercibido.

—Gracias José, ha sido usted un ángel conmigo y no tengo con que pagarle.

—Descuide hermano, no espero paga alguna, al menos no aquí en la tierra, pero quizá un día pueda usted abogar por mi y mi familia para la entrada al cielo.

—Francisco hizo la señal de la cruz sobre José que había bajado su cabeza para esos efectos y así recibir la bendición. Montó sobre la blanca yegua y partió al galope por el camino que conducía hacia Valencia. Lo animaba solo el deseo de escapar, ya que en Valencia no conocía a nadie ni tenía ningún plan preconcebido, pero eso sucedía con todos los sitios que pudiera imaginar, así que Valencia sería tan buen destino como cualquier otro.

El monje cabalgó por horas hasta encontrar el riachuelo, amarró su yegua a un tronco, hurgó por los alrededores para saberse solo y quitándose la ropa, ansioso se lanzó al riachuelo con la alegría de un crío. Retozó en el agua cristalina y fría y frotó su cara con tal fuerza que parecía que quería borrarse sus facciones. Sentía un placer enorme al poder bañarse, de seguro las ropas limpias lo reanimarían, se acercó a la orilla, recogió el hábito que había jurado no quitarse nunca y lo atrajo hacia el agua, se sumergió en la parte más profunda de la poza y lo llevó al fondo, donde, con una pesada piedra lo dejó anclado.

—Que las aguas de este riachuelo laven mi pecado y haber roto mi promesa de mantener por siempre el hábito Jesuita. Dios comprenderá que debo huir y ese hábito atraería a quienes me buscan como atrae a las abejas la miel.

Salió del riachuelo, se sacudió para quitarse toda el agua posible, peinó con sus dedos su escaso cabello y se apresuró a vestirse con las ropas que le dejara José. De seguro había calculado en Francisco una talla mayor, la ropa le quedó grande y ancha, pero no era tiempo para reparar en esas cosas, con un pedazo de soga hizo un cinturón y ajustó sus pantalones a la cintura, calzó de nuevo sus sandalias y se enfundó la camisa. Un par de minutos más tarde partía a toda velocidad con la bolsa de cuero de cabra aferrada a su pecho, no pararía hasta sentirse a salvo de sus perseguidores.

Gorka no pudo dormir esa noche, sus recuerdos de Diego Ramos lo hacían recrudecer la rabia que sentía por éste. Nunca había odiado a nadie con tanta intensidad como a ese hombre miembro de los ajusticiadores, encontrarlo ahora le devolvía sus deseos de venganza. Pero sabía que no sería una empresa fácil, ellos eran tres y todos duchos en las armas, la única oportunidad era separarlo del grupo y esperar poder vencerlo. Además su objetivo era cumplir la orden de Pietro y mantener su identidad oculta ante Pierre, sabía que no podía darse el lujo de arriesgar la misión, pero el deseo de venganza lo hacía rechinar los dientes.

Por la mañana, Gorka vio salir los primeros rayos del sol, se levantó, salió de la habitación y buscó un sitio desde donde pudiera espiar a los ajusticiadores. Una hora estuvo sentado en el suelo, cerca de las cuadras, escondido entre toneles de madera que se utilizaban para guardar el vino. Estaba inmerso en sus pensamientos cuando sintió una presencia a su espalda, tomó su espada y levantándose ágilmente tomó al hombre por el cuello y acercó el filo de su espada hasta casi cortarlo. De repente pudo ver la cara de Pierre que aterrorizado lo miraba a los ojos.

—Muchacho, estuve a punto de matarte, nunca te me acerques por la espalda sin anunciarte, pensé que eras...

—Si mi señor, lo siento, no debí haberlo asustado de esta forma, solo que lo busqué en su habitación y al no hallarlo lo busqué por todos lados hasta que he dado con usted.

—Pero dígame, con quien me ha confundido, ¿Acaso con Diego Ramos?

—Deja chico, no te preocupes, no ha sido nada. Solo estoy un poco ansioso y tu presencia me ha sorprendido.

—Anda vamos a desayunar.

Pierre ya recuperado del susto acompañó a Gorka hasta la posada y esperó hambriento el servicio del local. Una chica morena, se acercó a tomar la orden y Pierre recordó a Isabella, sus edades serían parecidas y la chica era agraciada, pero sin duda no era tan bella como Isabella, ahora le parecía que no conocía ni conocería una mujer más bella que aquella niña que le gastaba bromas y que se convirtió en mujer, justo cuando los inquisidores dispusieron quitarle la vida.

Gorka lo miró cabizbajo y adivinó los pensamientos del chico.

—No te guardes tu pena ni tu rencor querido Pierre, ambos son sentimientos válidos cuando se ha perdido un ser amado, pero ten presente que la vida da oportunidades de venganza.

—¿Venganza? No señor, soy un novicio y Cristo nos enseñó a poner la otra mejilla.

—¿Y qué harás cuando no tengas más mejillas que poner?

—Antes encontraré a Francisco, él siempre sabrá que debe hacerse.

—Parece que ese hombre Francisco es una buena persona.

—Lo es mi señor, Francisco es como mi padre, me ha enseñado el amor a Dios y el servicio a los hombres como una forma de demostrarlo. Ahora que estoy próximo a tener la edad suficiente, quiero hacerme monje y seguir sus pasos...

Gorka detuvo a Pierre en su charla. En ese momento habían entrado los ajusticiadores a la posada y se habían sentado en el extremo opuesto de la habitación. Diego Ramos quedó ubicado dando el frente a Gorka y no tardó en darse cuenta de la presencia de su viejo rival. Se levantó despacio de la mesa y con un gesto solicitó a los hermanos de la Poza girar sus cabezas, ahora los tres hombres con una sonrisa en sus rostros veían a Gorka y se aprestaban a ir a su encuentro.

Diego, puso una mano sobre el hombro de Luís y le solicitó quedarse en su sitio. Ambos hermanos volvieron a sentarse pero esta vez de cara a su rival.

Diego avanzó por el salón y Gorka se levantó de inmediato, tomó a Pierre del cuello y lo hizo levantarse, rápidamente lo empujó hacia la salida indicándole que lo dejara solo.

Pierre estaba asustado, no entendía lo que pasaba hasta que vio al hombre de la noche anterior acercarse a Gorka, mientras éste decidido ponía su mano sobre la empuñadura de la espada. Todos los presentes presintieron el problema y abandonaron las mesas dejando espacio a los hombres mientras corrían a buscar un sitio seguro desde donde observar la pelea.

Diego, aminoró la velocidad y se dirigió a Gorka:

—Mi buen amigo Gorka, nuestros destinos nos vuelven a encontrar. Espero que esa

vieja herida haya sanado bien.

—No me llames amigo, Diego, eres el ser más despreciable sobre esta tierra y lo último que querría es contarte entre mis amigos.

—Vaya, que rencoroso eres Gorka, pensé que el estar al servicio de Pietro Luciani habría mejorado tu carácter, pero veo que no es así.

Gorka desvió instintivamente la vista hacia Pierre, que espantado no podía creer lo que oía. Gorka era un empleado de Pietro y sin duda lo estaba utilizando para hallar a Francisco, Gorka hizo un amague de llegar hasta el muchacho, pero éste retrocedió en busca de la salida. Ahora no sabía cual de esos hombres que estaban por enfrentarse le resultaba más detestable.

Diego, sonrió al ver la reacción de Gorka y en tono burlón le dijo:

—¿No me digas que he sido indiscreto y que tu joven amigo no sabía que eres el perro de presa del inquisidor? Eso nos hace estar en el mismo bando. Nosotros también buscamos al hermano Francisco y lo que con él carga, nuestro guía es ese otro hermano que usted ve sentado allá con mis amigos. El nos lo entregará pues lo conoce personalmente y sabe que en eso le va la vida.

Sergio de la Poza hizo levantarse a Juan de la Peña para que Gorka pudiera verlo. El monje atemorizado estaba rígido como un tronco. Sergio lo obligó a enderezar su cuerpo y Juan gimió lastimero. Pierre reparó en el monje y temió por la vida del hermano de quien decían conocía a Francisco.

Gorka miró a Diego a la cara y rechinó los dientes. Estaba furioso, su deseo de venganza ahora superaba a la responsabilidad de llevar a cabo cualquier misión, solo deseaba acabar con la vida de Diego, pero sabía que estando los tres hombres juntos era un suicidio.

Diego notó la duda en Gorka y lo animó a salir a la calle.

—Mis amigos no intervendrán, te lo aseguro, nadie me quitará el placer de acabar con lo que he dejado pendiente.

Diego dio la espalda a Gorka y caminó hacia la calle. Gorka caminó tras él, mientras los hermanos de la Poza sonreían anticipando el banquete. Por un momento se olvidaron de Juan y caminaron hacia la salida. Juan aprovechó la distracción y sin ser visto salió por una ventana y desde fuera de la posada hizo señas a Pierre de que lo acompañara, Pierre no quería perderse el desenlace de aquella pelea, pero sabía que cualquiera que fuera el vencedor, sería una mala noticia para él, por lo que salió por la puerta y rodeando la posada se reunió con Juan y juntos corrieron hacia las cuadras en busca de los caballos.

La gente se arremolinó en la calle, Gorka y Diego se encontraban a tres metros de distancia con sus espadas desenfundadas listos para la lucha. Los hermanos de la Poza sobresalían de entre la gente y miraban expectantes lo que hacía su compañero, pronto comenzaron a alentarlos a iniciar la pelea.

Diego los miró y se percató de que Juan no estaba con ellos.

—¿Dónde está el monje? Ha huido y es nuestra única garantía de terminar con el trabajo.

Gorka buscó a Pierre con la mirada y no lo halló entre la gente. Desvió sus ojos hacia el camino y pudo ver a lo lejos al muchacho galopar en compañía de Juan. Por un instante se tranquilizó, temía por vida del joven a quien había tomado aprecio.

Diego hizo señales a los hermanos de la Poza de que debían buscar al monje y traerlo de vuelta. Luís se quedó con Diego por si requería ayuda, en tanto Sergio se puso en camino para alcanzar a Juan y traerlo de vuelta.

Gorka cargó contra Diego quien se puso en guardia y repelió los golpes de su rival. Del choque de las espadas saltaban chispas ante el disfrute de los espectadores. Ambos combatientes eran duchos, Diego tenía el empuje de la juventud y Gorka la experiencia de muchos años en estas lides.

Luís seguía atento el desarrollo de la pelea, con su mano aferrada a la empuñadura de su espada. En los lances que Gorka tomaba ventaja Luís se aprestaba a socorrer a su amigo, pero éste pronto se recuperaba y hacia innecesaria su intervención.

Gorka sabía que estaba en serios problemas, no solo luchaba con un enemigo de tanta capacidad como la suya, sino que la presencia de Luís le daba una desventaja muy seria. Mientras peleaba intentaba mantenerse de cara a Luís, darle la espalda podía ser su sentencia de muerte.

Diego disfrutaba la contienda. Se sabía en ventaja y aunque esperaba que no fuera necesaria para sellar su victoria, el contar con el apoyo de Luís era un seguro de vida ante algún desacierto.

Las gruesas espadas seguían chocando y los hombres comenzaban a sentir el peso del combate, ahora tomaban la espada con ambas manos y asestaban golpes acompañados de gritos que les ayudaban a cargar sus ánimos y tratar de intimidar al rival. En un lance, Diego Ramos rodó por el suelo y cayó a los pies de Luís, Gorka sintió la ventaja de tener a su rival en el suelo y avanzó hacia él, cuando descargó el golpe contra el indefenso Diego, la espada de Luís se interpuso en el camino deteniendo su trayectoria, acción que aprovechó Diego para cortar con su espada el costado izquierdo de Gorka. La sangre manó de la herida y mojó las vestiduras de Gorka que instintivamente se llevó la mano al costado y la retiró llena de sangre. Retrocedió buscando protección de un nuevo ataque de Diego, que al herirlo de gravedad se sentía triunfador.

Diego cargó con fuerza contra Gorka, que solo atinaba a defenderse. Los asaltos del ajusticiador eran cada vez más furiosos y contundentes y la presencia de Luís de la Poza seguía siendo un factor en contra del vasco que ya sentía su suerte echada.

De repente los presentes escucharon ruido de caballos al trote y al volverse vieron a cuatro hombres que llegaban al pueblo, al frente del grupo estaban Renzo de Agostini y Agustín Pizarro. La muchedumbre se abrió para dar paso a los jinetes y Renzo pudo ver a Luís de la Poza, el asesino de su padre. Sus ojos brillaron al observar la cara de quien había buscado por años para vengarse. Luís también lo observó y aunque no reconocía la cara del italiano si identificó que aquel brillo en su mirar no podía significar más que su odio hacia él era poderoso.

Diego suspendió el embate contra Gorka y observó a los jóvenes desmontar de sus caballos, instintivamente buscó la protección de su amigo Luís. Ahora los hombres se sentían en desventaja total, Theodore e Ilker habían llegado y desmontaban también de sus bestias a la espera de participar en la contienda.

Renzo hizo un ademán con su mano pidiéndoles no intervenir. Era su momento, la causa por la que se había aliado a estos hombres por fin se ponía al alcance de sus manos, tenía a Luís de la Poza a escasos metros y ahora nadie podía interponerse entre él y su venganza.

Theodore advirtió la herida profunda que tenía Gorka en su costado y se acercó a él, el herido se puso en guardia sin saber que la intención de Theodore era socorrerlo y no atacarlo. Theodore bajó su arma en señal clara de que no era un enemigo, Gorka entendió el gesto y bajó su arma dejándose caer al piso. El francés se arrodilló a su lado y puso su mano en el costado sangrante de Gorka, al retirarla pudo ver la magnitud de la hemorragia, sacó una pañoleta de su bolsillo e hizo presión sobre la herida. Gorka sintió un calor recorrer su costado hasta su pierna izquierda y sus ojos se nublaron, Theodore intentó evitar que se desmayara y le preguntó su nombre y que hacía allí.

Gorka con voz cansada le dijo que había sido contratado para dar con el monje Francisco, para lo cual, acompañado del novicio Pierre debía buscarlo en Montpellier. Theodore al escuchar el nombre de su hijo al que creía muerto aferró fuerte los brazos de Gorka y le preguntó:

—¿Pierre? ¿Qué sabes tú de mi hijo?

Gorka abrió los ojos con asombro de encontrarse junto al padre de su compañero de viaje. Recordó que Pierre había escapado con el monje prisionero y que un ajusticiador había ido tras ellos. Temió por la seguridad del joven y dijo a Theodore:

—Tu hijo está en peligro, un ajusticiador lo persigue, ha tomado por el camino hacia el sur, debes encontrarlo cuanto antes.

—Theodore hizo señales a Ilker de que atendiera a Gorka. Apresurado tomó su caballo y corrió a lo que éste daba en dirección al sur.

Los jóvenes Renzo y Agustín estaban cara a cara con los ajusticiadores. Diego y Luís ya no se sentían en ventaja, estaban ante adversarios poderosos. Luís intentó suavizar la situación:

—Señores, esta pelea no es necesaria, mi amigo y ese hombre disputaban una vieja rencilla, pero esta ha llegado a su fin. Todo ha acabado y ahora solo deseamos salir de aquí y seguir nuestro camino.

—¿No me conoces, verdad? —dijo Renzo.

—No, ciertamente no te conozco joven.

—Pues soy Renzo de Agostini, hijo de Luigi de Agostini a quien traicioneramente le diste muerte.

—Luís pudo reconocer los ojos del padre en el brillo que destellaban los ojos de Renzo. Se puso en guardia anticipando que no había posibilidad de saldar el problema de otra manera que peleando.

Diego sonriendo, se dirigió a Agustín y dijo:

—¿Y se puede saber de quien eres hijo tú, acaso de alguno de los tantos infelices a los que he dado muerte?

Agustín mostró su mirada más fiera. A su padre lo había matado un monje inquisidor, pero este hombre sería ideal para cobrar la venganza que el incendio le había robado, al devorar al hombre que cegó la vida de su padre.

Los cuatro hombres se trezaron en combate. Ante el aumento de la hostilidad los espectadores se habían retirado hasta ponerse a salvo, por lo que el campo de batalla era amplio. Los cuatro sabían que la lucha sería a muerte. Agustín y Renzo sabían por su parte que la seguridad propia dependía de la pericia de su compañero de al lado.

Ilker seguía hincado frente a Gorka, éste, herido y sintiendo que sus fuerzas lo abandonaban fijó su mirada en Ilker y se estremeció, lo había reconocido, su rostro era el mismo, ¿Pero que hacía allí? Sujetó fuerte sus brazos e intentó hablarle. Ilker lo tomó por su nuca y lo estrechó contra su pecho, Gorka intentaba librarse de aquel abrazo que lo sofocaba, pero Ilker lo estrechaba más fuerte, un instante después el cuerpo sin vida de Gorka se vencía a los brazos de Ilker.

La lucha se seguía desarrollando. Agustín era el rival más peligroso al que había enfrentado Diego, su juventud, su pericia y su ímpetu lo hacían poderoso. Nada en el mundo deseaba más Agustín que hacer pagar a aquel hombre las desgracias de su padre. Diego ahora no reía. Su semblante serio y preocupado contrastaba con la determinación del rostro de Agustín. Luego de cruzar filos varias veces, la espada de Agustín encontró la carne del brazo izquierdo de Diego, que al sentir el frío acero se retiró unos metros. Agustín avanzó parsimonioso, no era momento para prisas, los dos años de sufrimiento de su padre ameritaban para este hombre una muerte lenta, tan lenta como la que su progenitor había sufrido.

Se acercó más a Diego que sostenía su espada en posición de defensa. Dos nuevos golpes de espada de Agustín cayeron sobre la defensa de Diego y un nuevo corte se produjo en la pierna derecha del ajusticiador. Diego ahora se sentía vencido, retrocedió aún más buscando a sus espaldas algún soporte donde apoyar su cuerpo. El miembro de la logia sonrió, estaba disfrutando el momento, caminó hacia Diego y este al retroceder cayó por tierra. Agustín desarmó con un nuevo golpe a Diego dejando de paso una nueva herida en el cuello de su rival. Diego temblaba, sus manos ensangrentadas trataban de evitar el fluir de la sangre por su garganta. El corte había sido profundo, un hilo constante de sangre salía por la boca y otro tanto bajaba por dentro de su garganta ahogándolo. Agustín levantó su arma para acabar con Diego y al empezar a bajarla cambió de parecer y dando la espalda a su presa, lo dejó en el suelo. La faena estaba hecha, Diego tenía una muerte segura y no pensaba quitarle ese tormento dándole un pronto final.

Luís de la Poza y Renzo de Agostini seguían trezados en el combate. El español mostraba heridas superficiales en su cuerpo y la sangre manchaba sus ropas y salpicaba el suelo. Luís de la Poza abría la boca buscando oxigenar sus pulmones, Renzo de mejor condición seguía mostrando su ímpetu avanzando hacia Luís sin tregua.

Luís miró horrorizado a Diego desangrarse lentamente en el suelo. Su amigo había sido vencido y con él la esperanza de salir vivo de aquel lugar. Motivado por la desesperación cargó con fuerza sobre Renzo y lo hizo retroceder. El rostro del ajusticiador mostraba una furia demencial, estaba echando el resto de sus fuerzas pero lo hacía sin razonar, solo movido por el instinto de conservación. Renzo aprovechó el momento y ante un descuido de su rival, lo atravesó en el abdomen con su espada que se hundió hasta la empuñadura. Los ojos del hombre estaban desorbitados, Renzo pudo verse en ellos y la felicidad de matar a quien asesinó a su padre lo hizo sentir

placer. Para eso se había unido a la logia, ahora podía volver a casa de su mujer y sus hijos. La tarea estaba completa. La luz de los ojos de Luís se apagó por completo y solo lo mantenía en pie la firmeza con que Renzo seguía sujetando la espada que lo atravesaba.

Agustín llegó al lado de su amigo y poniéndole una mano en su hombro lo hizo volver a la realidad. Renzo cambió el ángulo de la espada y empujando el cuerpo de Luís lo hizo caer al suelo. Enfundó su espada y llevó la mano a su hombro sujetando con fuerza la de Agustín. Volvió su mirada a Diego Ramos y lo vio en sus últimos estertores ahogado por la sangre que seguía agolpándose en su traquea.

—¡Hoy hemos exorcizado nuestros demonios, Agustín!

Francisco estaba cansado, había avanzado bastante terreno y al haber cruzado muchas intersecciones en su camino, sintió que a los soldados les tomaría un buen tiempo seguir su rastro, además, el cambio de ropa que José le había proporcionado lo hacía poco reconocible como un monje, lo único que podría identificarlo era el corte de cabello y el crucifijo que seguía colgando de su cuello. Para disimular su cabeza rapada había adquirido un sombrero típico de la zona y el crucifijo lo llevaba por dentro de sus ropas por lo que esperaba no llamar la atención.

Decidió detenerse a descansar y de paso leer un poco más de los pergaminos que portaba, la lectura de las profecías anteriores lo habían dejado impactado y sentía una necesidad de adentrarse en la lectura. Ahora podía comprender como un espíritu como el de su amigo Rodrigo podía haberse dedicado por completo a la lectura de estos documentos, eran sencillamente apasionantes, cuanto más para un amante de la historia y perseguidor de mitos como lo era su condiscípulo.

En el camino, Francisco encontró una vieja cabaña que daba la impresión de estar abandonada, bajó de su yegua y dio voces llamando a los posibles ocupantes. No obtuvo respuesta. Se encaminó hacia la entrada y pudo ver que en efecto nadie habitaba allí, las telarañas inundaban la habitación y los escasos muebles que había dentro estaban desvencijados. Buscó alguna lámpara para encender y halló una con un resto de aceite en su interior, la chimenea estaba cargada de algunos leños a medio consumir y pronto pudo sentirse confortado con el calor. La lámpara daba una luz agradable y colocada sobre la vieja mesa a la que sacudió el polvo, le proveían el espacio ideal para estudiar los escritos.

Extendió los pergaminos y repasó los hallazgos pasados que le había confiado en su carta a Álvaro. Siguió leyendo los pergaminos ayudado de las anotaciones que en el diario había realizado Rodrigo, sin duda su amigo había hecho un trabajo a conciencia, como le era habitual. Las explicaciones, traducciones, dudas y ampliaciones realizadas gracias a otros escritos de la época, le habían permitido descifrar muchos de los eventos profetizados.

Rodrigo en su diario, también seguía haciendo anotaciones sobre sus temores de estar siendo vigilado, cada vez eran más frecuentes sus encuentros con los musulmanes que sabiéndose descubiertos se habían hecho menos cuidadosos y ahora incluso se daban la oportunidad de sentarse a comer en mesas contiguas a las que lo hacía Rodrigo. Eran su sombra. Cada noche antes de dormir Rodrigo daba un pequeño paseo por el pueblo en que se encontraba; antes de salir tomaba unas gotas de una medicina que le había recetado un herbolario y que atenuaban las jaquecas que venía padeciendo y le ayudaban a conciliar el sueño que cada día le era más esquivo. Todas las noches se encontraba con uno de los hombres que lo seguían, el tipo de tez morena y vestido a la

usanza musulmana era más pequeño que el común de los hombres, no lo suficiente para pasar por un enano de los que Rodrigo había conocido como bufones en la corte, pero sí para alcanzar con dificultad la altura del pecho de su vigilado. Parecía hacer guardia frente a su casa mientras el otro posiblemente dormía.

El hombre acompañaba a Rodrigo en su caminar a cierta distancia. Los paseos duraban cerca de media hora, tras la cual Rodrigo sentía como las gotas hacían efecto y le daban el sueño suficiente para intentar dormir al menos un par de horas.

Al regresar una noche de su paseo nocturno Rodrigo encontró su cuarto revuelto, todas sus cosas se encontraban diseminadas por el cuarto. Alguien había registrado su habitación sin detenerse a tratar de ocultarlo. Sus ropas estaban tiradas por el suelo. Rodrigo no se sorprendió, otras noches había tenido la sensación de que alguien había ingresado a su habitación, aunque esta era la primera vez que se encontraba una prueba tan evidente de que querían robarle. Pensó en que sin duda el objetivo del ladrón eran los pergaminos y que habían visto fracasar su intento ya que por precaución siempre los llevaba consigo sujeto a su pecho con una tela que simulaba un vendaje.

Buscó su medicina y la encontró en el lugar habitual; era la única pertenencia que no había sido dejada fuera de lugar. Sonrió satisfecho ya que los pergaminos y aquellas gotas medicinales eran sus posesiones más preciadas, los primeros se habían convertido en la razón de su existencia y las segundas en una forma de mantenerse vivo hasta llevar su tarea al fin.

Acomodó su cuarto con desidia, no tenía dudas de que los musulmanes se encontraban detrás del intento de robo y que harían nuevos intentos por hacerse de los escritos. Su vida era resguardada seguramente por el temor de que al matarlo moriría con él la ubicación de esos pergaminos, que para alguien significaban un tesoro valioso.

Rodrigo sabía que Theodore y su logia eran de los pocos que podrían saber sobre su hallazgo y eso lo hacía desconfiar de todos o algunos de sus miembros. Se lo había comunicado a Theodore que era el único que le inspiraba confianza y sintió que su mecenas se había disgustado al punto que había perdido contacto con él en los últimos meses.

Cada día Rodrigo se sentía más inseguro, no tenía la paz para estudiar los pergaminos ya que se sabía siempre vigilado, además, en las últimas semanas su salud se había deteriorado, las jaquecas cada vez eran más frecuentes, lo que lo obligaba a ampliar las dosis y frecuencia con que tomaba sus gotas, que milagrosamente parecían no acabarse. Rodrigo anotó en su diario la urgente necesidad de adquirir más droga, su dependencia a la misma era irreversible y sentía pánico de que fuera a quedarse sin ella. Últimamente sentía que al tomar las gotas no llegaba el sueño como al principio, sino que le producían estados de ansiedad y agresividad, seguidos de mareos que casi lo tiraban al suelo.

Debía hacer algo, de seguro su vida estaba en peligro ya fuera por los efectos secundarios de la droga o bien por la desesperación de sus perseguidores, que cada día eran más atrevidos. Pensó en la posibilidad de acudir a Theodore y librarse de su carga, pero tenía la sensación de que no era una buena idea entregar a estos hombres algo tan importante para el futuro de la humanidad.

Sus alternativas para descansar de aquel peso se reducían a los únicos dos amigos

que tenía en el mundo, sus dos discípulos de siempre, en quienes confiaba y que le daban la seguridad de dejar su carga en buenas manos: Francisco el monje Jesuita que se hallaba en la abadía en las afueras de Francia y Álvaro quien se había convertido en Benedictino y que era el Prior de Montserrat en España.

Debía elegir y debido a su estado de salud cayó en la cuenta en que la vida no le alcanzaría para llegar a España, debía ser Francisco, el dogmático Francisco, esperaba que su fe ciega en los dogmas no fuera óbice para que salvaguardara estos pergaminos que ponían en peligro a la misma Iglesia a la que amaba y consideraba infalible.

De haber podido elegir, sin duda Álvaro era una mejor opción, Álvaro era más analítico y capaz de entender lo que le estaba entregando y poner en la balanza lo que había de cierto en estos documentos, pero ahora con sus fuerzas disminuidas debía confiar en que Francisco hiciera lo correcto, lo que le dictara su corazón, aunque a Rodrigo le habría gustado más la idea de que fuera su mente la que actuara.

Estaba decidido, debía visitar a Francisco y entregarle los pergaminos y su diario, pero antes había una tarea que realizar, era necesario acabar con el peligro que le significaría a su amigo enfrentarse a sus perseguidores, debía buscarse el modo de deshacerse de ellos antes de emprender el viaje hacia Francia.

Esa noche urdió un plan, debía actuar de inmediato y había decidido que la noche siguiente haría desaparecer a los musulmanes, aprovecharía la única oportunidad en que los hombres se separaban, cuando diera su paseo nocturno sorprendería a ambos y se libraría de ellos. Las gotas hicieron su efecto narcótico y Rodrigo se quedó dormido.

A la mañana siguiente, luego de dormir escasas tres horas, Rodrigo se dedicó a reordenar su cuarto, salió a desayunar y habló con el dueño del hostel indicándole que había sido saqueado la noche anterior, debía actuar con normalidad, nadie podía sospechar de lo que tramaba para aquella noche.

El viejo administrador de las habitaciones se disculpó y le aseguró a Rodrigo que ese mismo día pondría mayor seguridad en su habitación. Rodrigo le pagó un mes adicional por adelantado y le pidió que en lugar de reforzar la seguridad de las puertas y ventanas, le proveyera al cuarto un estante de seguridad donde guardar sus pocas cosas de valor. El viejo acordó que lo haría ese mismo día, que para cuando regresara por la noche ya dispondría de su mueble seguro donde guardar las cosas.

Rodrigo marchó hacia una aldea cercana y sintió como los musulmanes seguían tras de sus pasos. Todo el día lo siguieron a distancia asegurándose de que no iría a ningún sitio sin ellos.

Rodrigo, entró a una casa y estuvo allí por horas, al caer la tarde un joven delgado y alto entró a la vivienda con una bolsa que manejaba con cuidado. Al salir, los musulmanes vieron como Rodrigo cargaba el saco, lo ataba a su caballo y retomaba el camino al pueblo donde se hospedaba, ahora estaban seguros, el encargo de la caja de seguridad y su visita a este pueblo, sin duda estaban relacionados con los pergaminos.

Horas más tarde, Rodrigo entró a su habitación y pudo ver con satisfacción como su pedido se había cumplido, sobre la cama a una altura considerable, donde para poder ver en su interior debía subirse a la cama y pararse sobre las puntas de sus pies, había sido colocada la caja de seguridad. Estaba hecha de madera sólida y poseía una

aldaba que permitía asegurarla por fuera. Se sentó en la cama, atrajo hacia sí el saco y con cuidado lo abrió, pudo ver en el fondo como su otra parte del plan se movía inquieta. Lo volvió a cerrar y se dispuso a ultimar los detalles.

Con la habitualidad con que lo hacía siempre tomó su medicina y sintió el sabor amargo en su garganta, cada gota sabía a hiel y con el pasar de los días su sabor era peor, de esto la había prevenido el herbolario que le anticipó que el sabor podía variar ligeramente conforme la mezcla de hierbas fuera madurando con los días. Pero se había quedado corto, el sabor no había cambiado ligeramente sino que de un sabor pastoso inicial había pasado a convertirse en lo más amargo que Rodrigo hubiese tomado nunca. Aceleró la acción de tragar y arrugó su cara, cerró sus ojos y sintió como un fuego le quemaba la garganta y las entrañas.

Rodrigo salió de la habitación y vio al musulmán, al más alto de los dos que se disponía a seguirlo, cerró la puerta mientras se sonría, dio una última ojeada a la caja de seguridad que resaltaba cerca del techo y cerró la puerta.

Caminó despacio como lo hacía todas las noches de manera que no saltaran las sospechas. Su trayecto eran una cantidad de calles y callejuelas que recorrían la ciudad, algunas de ellas transitadas y otras solo habitadas por prostitutas y mendigos que sin ninguna esperanza pasaban sus noches frías gracias al alcohol que corría por sus venas, Rodrigo pasó junto a una de las prostitutas y reparó en sus vestidos que eran de baja calidad y lucían sucios y harapientos. La mujer era madura y regordeta, de prominentes senos que parecían explotar bajo su cuello, al pasar Rodrigo le ofreció sus servicios por un precio bajo, Rodrigo recordó la última vez que había estado con una mujer, fue poco tiempo después de colgar sus hábitos, durante muchos años había sido atormentado por una campesina que llegaba a dejar hortalizas, la vio convertirse de niña en mujer, presencié la evolución de su cuerpo, como sus trazos rectos se fueron convirtiendo en curvas y las facciones de su rostro dejaron la inocencia de la niñez, para ser el motivo de sus devaneos de monje casto.

La campesina se convirtió en el demonio que lo acechaba mostrándole el marfil de sus senos en un escote liberal y un vestido ceñido al cuerpo que permitía adivinar la ubicación exacta de sus tesoros. Cada semana Rodrigo la esperaba y ella llegaba puntual, se miraban con ojos diferentes, él adivinando el amor de esa mujer y ella con la curiosidad de cómo un hombre bien parecido se había convertido en monje, cuando de seguro muchas mujeres se desvivían por su amor.

El día en que debió partir de Francia, Rodrigo la esperó como siempre, solo que esta vez la abordó y luego de una corta charla logró convencerla de acompañarlo hasta un galerón cercano donde sabía estarían a solas. Ambos dieron cumplimiento a sus deseos, a los más bajos y los más sublimes. Fue un solo día de pasión que quedó grabado en el recuerdo del hombre.

Rodrigo continuó su marcha y pronto oyó como la mujer de los senos a punto de explotar se ofrecía al musulmán, dobló la esquina y apresuró un poco su paso para esconderse en un portal a media cuadra.

En tanto Rodrigo esperaba al musulmán más alto, el pequeño se introducía en su habitación, vio la caja de seguridad y sonrió, subió sobre la cama y con su cuchillo hizo saltar la aldaba, ahora tendría en su poder los pergaminos y podría cobrar la recompensa que el sujeto enmascarado le había ofrecido.

Parándose sobre los dedos de sus pies, levantó su brazo y abrió la puerta, apoyándose

en la pared con su mano izquierda, estiró la derecha para poder introducir su mano en la caja, hurgó buscando los pergaminos pero en su lugar encontró algo viscoso, de pronto y antes de que pudiera retirar su mano sintió una mordedura, pudo ver su mano y como corrían de la base de su dedo pulgar, dos delgados chorros de sangre, espantado se lanzó al suelo y desde allí pudo ver salir de la caja a una serpiente áspid, sabía que era su sentencia de muerte.

El musulmán se deshizo rápidamente de la prostituta y siguió su camino, al llegar a la esquina donde había doblado Rodrigo, el hombre se dio cuenta de que lo ha perdido de vista, apuró la marcha aguzando la vista y se detuvo intentando oír los pasos de su objetivo. Al no escuchar nada el musulmán perdió la calma y sin pensar corrió por el callejón, de pronto, del portal donde estaba escondido, Rodrigo salió por la espalda del hombre y le asestó un fuerte golpe en la cabeza con una piedra que había juntado en el camino. El cráneo del musulmán se abrió y dejó escapar un torrente de sangre que en pocos minutos correría por el camino. El golpe era mortal, no había duda, la mitad de la tarea estaba concluida. Rodrigo escudriñó los bolsillos de hombre que agonizaba intentando saber algo referente a quienes los habían contratado, en el bolsillo trasero del pantalón encontró un sobre con la dirección de una catedral de Roma, unas letras hacían las veces del destinatario Rodrigo leyó Su Excelencia IO repasó la lista de personas que conocía cuyos nombres pudieran responder a estas iniciales, pero ninguno le vino a la mente. Abrió el sobre y dentro encontró un fragmento de su diario, no había logrado enviarlo, Rodrigo lo leyó y destruyó ambos papeles, ya tendría tiempo para rehacer su diario con las anotaciones que estaba rompiendo y la dirección de la catedral y las iniciales IO las había memorizado por si tenía oportunidad de recordar algún nombre que coincidiera.

Rodrigo regresó a su habitación y al abrir la puerta vio al pequeño hombre tirado sobre la cama, su mano mostraba las huellas de la mordedura del áspid, la muerte del musulmán era cuestión de tiempo. Rápidamente buscó al animal con la vista y lo vio en un rincón de la habitación, tomó la espada del hombre que agonizaba y de un tajo le cortó la cabeza al reptil, recogió unas pocas prendas, su botella de medicina, aseguró sus pergaminos a su pecho y salió en busca de su caballo, el tiempo apremiaba, sentía que su vida se le escapaba a cada minuto y debía llegar hasta el hermano Francisco para entregar su cargamento a unas manos donde estarían a salvo de la ambición del ser humano.

Capítulo XXIII: Encuentros y reencuentros

Si las líneas de la vida se entrecruzan, una vez será casual, dos será causal y más, solo puede ser obra del destino.

PIERRE y Juan cabalgaban a toda la prisa que su escasa destreza como jinetes les permitía, la ventaja que le tomaron a Sergio de la Poza no era mucha, pero una bifurcación en el camino y la fortuna de que Sergio tomara por la vereda equivocada, les dio una ventaja de unos minutos.

Sergio al enterarse de su error al consultar con unos labriegos a la orilla del camino y anticipar la molestia de su hermano y amigo si no volvía con el monje y el chico, regresó sobre sus pasos. Justo cuando llegaba a la bifurcación y emprendía la persecución de los fugitivos, se encontró con Theodore que detenía su paso dudando sobre cual camino tomar. Ninguno de los hombres se conocía por lo que a Theodore el encontrarse con éste, que provenía de uno de los caminos le pareció venturoso.

—Saludos, ¿Podría indicarme si ha encontrado en el camino a un joven de cabello rubio?

Sergio se quedó perplejo, este hombre venía al igual que él en busca de Pierre y Juan. Por un momento no supo que decir, pero luego recomponiéndose dijo:

—Disculpe honorable caballero pero antes de responderte ¿Puedo saber a que se debe su curiosidad?

—Busco a mi hijo que está en peligro y es crucial que sepa si voy por el camino correcto, le agradeceré me lo indique a la mayor brevedad.

—Parece usted un buen hombre, pero en estos tiempos ser precavido nunca estará de más, entenderá que no quisiera causarle problemas al chico si lo busca para hacerle daño sin razón. ¿Puede darme alguna prueba que me asegure que no me equivoco al contestarle?

—Pues ninguna más allá de mi palabra de caballero y entiendo bien que en buena ley requieras la información, pero te agradecería confíes en mi.

Sergio intencionalmente demoraba aún más a Theodore, necesitaba que se encontrara lo más lejos posible cuando le diera alcance a Juan y al chico y así poder volver con uno o los dos.

—Bien al menos puedo saber el nombre del caballero de quien aceptaré su palabra.

—Mi nombre es Theodore de la Vassiere.

Sergio se quedó pensando en aquel nombre, le era familiar, en alguna oportunidad había oído hablar de él, pero ahora no recordaba exactamente a quien y en referencia a qué lo había escuchado.

—Una última cosa antes de que le conteste y pueda marchar. He notado que viene usted del camino hacia el norte ¿Ha visto algo en particular a su paso por el pueblo, algo que le haya llamado la atención?

—Le repito que estoy de prisa, la vida de mi hijo corre peligro ¿Puede decirme de una

vez si ha visto al chico?

—La prisa es mala consejera, mi estimado caballero, por este camino hay muchas intersecciones y de seguro el que le diga un punto exacto le ahorrará más tiempo del que invierta con la información que le requiero. ¿Ahora dígame ha visto algo particular en el pueblo?

Theodore estaba ansioso, con gusto le daría una paliza a ese hombre, pero sabía bien que de la información obtenida podía depender el futuro de Pierre. Tomó aire y le indicó:

—Pues lo único de resaltar es que mis amigos han peleado y acabado con la vida de dos mequetrefes que se hacían llamar los ajusticiadores y que ahora me dispongo a acabar con el que resta.

Sergio tragó grueso, su hermano y Diego estaban muertos y este hombre ahora se hallaba tras de sus pasos sin saber que lo tenía enfrente. Pensó que lo mejor era librarse de él cuanto antes y evitar que sus amigos en su afán por buscarlo dieran con él.

—Bien señor Theodore, espero que la información le sea de ayuda, he visto al chico y a un monje cabalgando por el camino, unos minutos más tarde me he encontrado con otro jinete que presumo es a quien usted busca, el camino correcto será que tome todas las desviaciones a la derecha que encuentre, hasta llegar a un viejo olmo que se encuentra sembrado justo a mitad del camino. Al llegar a ese punto doble a la izquierda, ese fue el punto donde los he visto camino hacia acá.

Theodore no esperó más razones y espoleó a su caballo, debía recuperar el tiempo perdido. Al llegar al recodo donde dejaría de ver a su informante volteó la cabeza y pudo ver que este no se dirigía al pueblo sino en dirección contraria por el camino hacia el sur. No le dio mayor importancia y siguió su viaje.

Sergio sabía que no había tiempo que perder, con sus dos socios muertos la recompensa sería solo para él, pero la labor sería mucho más peligrosa, debía apresurarse a dar con el monje para que este lo condujera a Francisco y poder recuperar los documentos que le habían sido contratados. Pensó en su hermano Luís y se persignó encomendando su alma al Creador. No era un hombre sentimental y ciertamente el momento no era para sensiblerías.

Agustín y Renzo se acercaron a Ilker y éste poniéndose en pie, con un ademán les indicó que Gorka había muerto.

—Pues será la última víctima de los ajusticiadores —dijo Renzo, no le conozco de nada pero cualquiera que sea enemigo de estos hombres bien puede pasar como mi amigo.

—Démosle sepultura —dijo Agustín. —A esos otros hombres los podemos dejar para que los devoren los buitres.

Ilker miró a los hombres sin una expresión particular en el rostro, había logrado acabar con la vida de Gorka antes de que fuera demasiado tarde y eso le daba tranquilidad, si Theodore se hubiese enterado de todo antes de tiempo, sin duda sería un inconveniente mayor. Ahora que sabía que su compañero de logia corría en busca de Sergio, sentía que las dos cartas que se jugaba en esta búsqueda podrían acabar matándose una a la otra.

—Caballeros, dijo a Renzo y a Agustín que se acercaban, Theodore ha salido en busca

del tercer Ajusticiador y nos lleva alguna delantera. Luego de la pelea y el viaje que hemos hecho y a la necesidad de enterrar a este hombre, considero oportuno que durmamos en este pueblo y al amanecer busquemos a Theodore, esperando que haya tenido la misma suerte de ustedes.

—Agustín asintió, le dio un abrazo a Renzo y al retirar su cuerpo pudo ver que sus ropas estaban manchadas de sangre. Renzo también lo notó y ambos jóvenes se escudriñaron los cuerpos. El italiano estaba herido, Luís de la Poza había logrado infringirle una herida en un costado y al calor de la pelea ni siquiera se había dado cuenta. Ahora que la veía, sentía arder el paso del sudor por la carne abierta.

—Renzo estás herido —dijo Agustín. —Será necesario que te vea un doctor.

—No es nada amigo, es solo un rasguño, ya verás que por la mañana, después de conciliar un sueño reparador al saber a estos hombres muertos, despertaré como nuevo.

—Aún así prefiero que te vea un médico, estamos en las afueras de Montpellier y sin duda hallaremos muchos y muy buenos.

—Como gustes Agustín, solo no creas que me llevarás a cargas, aún me queda mucho de dignidad para dejarme cargar por un español.

—Pues está dicho, tampoco me agradaba la idea de caminar por Montpellier cargando a un milanés.

—Ilker sonrió entre dientes, estos dos hombres se había hecho amigos inseparables y llegado el momento no sería fácil el deshacerse de ellos. Dedicaría esa noche con Theodore lejos, para pensar en el futuro que tendría su plan.

—Vamos amigos demos sepultura a este hombre y vayamos a dormir. Juan y Pierre continuaban cabalgando sin saber el desenlace de la lucha entre Gorka y los ajusticiadores, aunque la diferencia numérica jugaba a favor de los últimos, Gorka era un hombre de múltiples recursos acostumbrado a pelear en desventaja. Cada pueblo que pasaban trataban de pasar desapercibidos, no debían hacerle la tarea fácil a cualquiera que los persiguiera, aunque de seguro los ajusticiadores de salir victoriosos los buscarían en Montserrat que era a donde se dirigían.

Juan cansado de cabalgar, sentía un dolor en la parte baja de su espalda que casi lo hacía gemir, Pierre al observar el gesto de dolor haló las riendas de su caballo y se detuvo. Juan no pudo hacerlo hasta unos metros más adelante, en que sorprendido vio al chico detenerse en seco.

—¿Qué pasa joven? Debemos seguir.

—No hermano, es preciso que descansemos, nuestros cuerpos no son de acero y parar unos minutos nos hará bien. Por cierto, disculpe mi falta de cortesía, el hermano Francisco estaría furioso conmigo de saber que ni siquiera me he presentado. Mi nombre es Pierre de la Vassiere.

—Saludos Pierre, me llamo Juan de la Peña y vivo en la abadía de Montserrat y si no tienes otra opinión creo que debemos dirigirnos hacia allí. Al menos tendremos la ayuda del Abad Capmany.

—¿Te refieres a Álvaro Capmany?

—¿Lo conoces?

—Sólo de referencia, mi maestro Francisco de Gilbert habla mucho de él y con gran admiración por su trabajo.

—¿Francisco de Gilbert es tu maestro?

—¿Lo conoce usted?

—Claro que lo conozco, sus estudios son famosos y además, hace unos días tuve el agrado de hablar con él.

—¿Ha hablado con mi maestro? ¿Cómo? ¿Dónde?

—Pues llegó a Montserrat para hablar con el hermano Álvaro, he hablado con él por unos minutos y lo hubiese hecho por horas de no ser porque esos hombres que se hacen llamar los ajusticiadores lo venían siguiendo. Álvaro y yo hemos debido urdir un plan para evitar que lo capturaran, por esa razón me secuestraron a mí, para que los llevara con él.

—¿Quieres decir que Francisco está en Montpellier?

—No joven, Francisco debe estar camino a Valencia, el traerlos a Montpellier a costo de mi seguridad fue otra idea del Abad Capmany. Entiendo que Francisco se encuentra en una misión importante y era preciso por el bien de la humanidad que nosotros lo ayudáramos, además Montserrat siempre ha sido un santuario y mucho más para un hermano como Francisco.

—¿Valencia? ¿Qué hará Francisco en Valencia? No se de que conozca a nadie allí.

—Los caminos que se toman al huir nos llevan a lugares insospechados, presiento que Valencia no será el destino final de Francisco.

—Debo encontrarlo hermano, debo hallar a Francisco.

—Bien joven Pierre, vayamos a Montserrat, el Abad Capmany nos podrá dar una luz sobre el paradero de tu maestro y aunque no podré acompañarte, si rezaré a Dios para que cumplas con tu cometido, si esa es su voluntad.

—Pongámonos en marcha Juan, ahora cada minuto cuenta.

Theodore sentía que cada minuto que pasaba sin hallar a su hijo se desvanecían las oportunidades de encontrarlo a salvo, recién arribaba al sitio donde estaba el olmo, como se le había dicho, debía tomar el camino de la izquierda. Justo a la altura del olmo unos campesinos labraban la tierra y a Theodore le pareció prudente verificar los datos obtenidos.

—Señores, busco a un monje y a un chico que viajan a caballo perseguidos por otro jinete. ¿Hace mucho que pasaron por aquí? ¿Les había dado alcance el hombre que los perseguía?

—Señor, estamos aquí desde el alba y hasta ahora no ha pasado más que usted y otro jinete que nos ha preguntado por los mismos hombres. A él también le hemos dicho que no habían pasado por aquí, de eso será unas horas.

—Theodore sintió una mezcla de rabia y vergüenza, había sido engañado por aquel hombre, de seguro había estado hablando con el ajusticiador y éste lo había enviado

por el camino equivocado para tener tiempo de alcanzar a su hijo. Espoleando a su caballo iba a regresar por el camino que lo había traído, cuando los hombres le gritaron:

—Mi señor, por estos lugares solo hay dos destinos posibles, Montpellier y la ruta que conduce hacia el sur hasta llegar a Barcelona España, si desea viajar a Montpellier tendrá que volver sobre sus pasos, pero si va a Barcelona, hay un pequeño sendero que pasa por ríos y algunas colinas, el trayecto es más duro, pero podrá ahorrar tiempo si lo toma y salir al camino principal con alguna ventaja.

Theodore adivinó que si venían de la ruta a Montpellier, el único destino posible del monje sería la ruta hacia Barcelona. Agradeció a los campesinos y se dirigió hacia el camino señalado, ahora que había perdido tanto tiempo, su única esperanza era que su hijo y su acompañante pudieran aventajar al ajusticiador dando la posibilidad de que él los alcanzara primero.

Mientras cabalgaba pensó en los motivos que los podía llevar por esa ruta y repasó los sitios de interés para un monje, de repente se le vino a la mente el Monasterio de Montserrat en Barcelona. Era perfectamente posible que un joven criado por los monjes se dirigiera hacia aquel sitio, que era una fuente de sabiduría del cristianismo. El saber el posible destino le daba esperanzas, pero para llegar a Montserrat faltaba demasiado camino que recorrer y nada le garantizaba que Pierre hubiera podido escapar de su perseguidor, así como tampoco que ese fuera su destino.

Ilker, Agustín y Renzo despertaron frescos por la mañana, la satisfacción de la labor cumplida se reflejaba en la cara de ambos jóvenes. Ilker por su parte se veía preocupado, de seguro había pasado la noche en vela pensando en que las posibilidades de encontrar los pergaminos antes que Theodore, se hacían cada vez más difíciles.

Se había unido a esta hermandad para poder tener vigilado a sus más cercanos competidores por aquel tesoro. La información que logró recabar en el último año era importante; daba cuenta de que los pergaminos no eran un cuento de camino, sino una realidad y el deseo de hacerse con ellos se había convertido en su obsesión, su deseo de tenerlos sólo era comparable con el de Theodore, aunque por motivos muy diferentes, quizá incluso opuestos. Theodore deseaba revelarlos al mundo y dar a las multitudes la posibilidad de conocer una cara de la moneda de la fe, que había estado oculta demasiado tiempo. Ilker por su parte necesitaba conocerlos, guardar sus secretos y hacer uso del poder que su información le daría. Desde que se enteró de la existencia de los pergaminos y su contenido, anheló la gloria que para sí obtendría si lograba hacerse con ellos.

Ilker, nació en Turquía en una familia acomodada. Desde muy joven fue enviado a Roma para ser instruido en las mejores universidades de la región. La amistad que su familia tenía con prelados de la Iglesia había facilitado su incorporación en la familia eclesiástica, pero su dinero también le había permitido codearse con la realeza y con logias y sectas que operaban en la clandestinidad. Su nombre y apellidos turcos no eran una buena carta de presentación, por lo que cambió su nombre para los efectos de su quehacer dentro de la Iglesia y había consolidado una doble vida que le era muy conveniente para sus propósitos. En muchas ocasiones, valiéndose de una máscara ocultó su identidad y en no menos se valió de un doble enmascarado que le permitiera estar en dos lugares a un mismo tiempo, lo que lo mantenía alejado de las sospechas sobre su doble personalidad.

Ilker había conocido al Cardenal Ambrossini en una reunión del Colegio Cardenalicio, le pareció un hombre sagaz y decidido, sin los prejuicios de los religiosos por convicción y fe y con la avaricia y la sed de poder propios de los que se valen de su investidura de cardenal. Ambos aspiraban a ser sumo pontífice y recuperar el poder que tenía la Iglesia para manejar desde Roma los hilos de la política europea. El descubrimiento de América y sus riquezas había quedado reservado para españoles, portugueses e ingleses, lo que dejaba a Roma en una desventaja que era necesario compensar con tributos, pero el descubrimiento de estos pergaminos podía ser el golpe de suerte que necesitaba para convertir a Roma, en la institución más poderosa del mundo y a él en el conductor de los hilos con que se tejería la historia.

Una noche, reunido con Ambrossini, había sido informado de la voluntad de Theodore de buscar los pergaminos de Nínive y la urgente necesidad de liquidarlo o al menos amedrentarlo, las de Theodore y su logia serían las peores manos en las que podría caer ese material y debían evitarlo a toda costa. Juntos urdieron el plan de asesinarlo en París, Theodore era el enemigo común que los acercaba, la ambición de ambos hombres y el obtener la tiara papal para si mismos, nunca los hubiese puesto del mismo bando, a no ser por la circunstancia de que Theodore era un enemigo temible del cual había que deshacerse.

Guardándose de no ser la cabeza visible del movimiento, proveyó los hombres que se encargarían de Theodore, Ambrossini debía ser quien liderara la acción, llegado el momento, si las cosas fallaban, siempre podría matar dos pájaros de un tiro, provocando que estos hombres se mataran entre si.

La noticia del fallido intento de asesinar a Theodore, cayó como un balde de agua fría para Ilker. Su relación con Ambrossini se enfrió por algunos años, ya que ambos se endosaban la culpa del fracaso. Los hombres de Ilker bajo el mando de Ambrossini habían liquidado a la esposa de Theodore, pero no habían quitado del medio al caballero, eso complicaba las cosas, sus intenciones habían quedado al descubierto y ahora Theodore sería más precavido, llegar a él en medio de la logia que había constituido sería una labor imposible desde fuera, era preciso de alguna manera introducirse en la hermandad, manejar desde dentro la información y aguardar la oportunidad para terminar la labor.

Ilker era un hombre paciente, sabía que los grandes proyectos pueden tomar años y que el esperar agazapado era la técnica de los grandes depredadores. Theodore era su presa, pero valerse de su accionar para hallar los pergaminos era crucial. El objetivo ahora no sería matarlo, sino, ganarse su confianza y esperar el momento oportuno.

Siempre vigilante de las actividades de Theodore, Ilker se enteró de dos jóvenes italianos que conformaban parte de su logia: Bochini y Renzo de Agostini. Ambos habían sido seguidos por los espías de Ilker y habían sido sorprendidos teniendo reuniones secretas con Theodore en Roma y en París.

Ahora tenía la oportunidad deseada, necesitaba ganarse la confianza de estos hombres y procurar ser invitado a formar parte de la logia. La idea de la unión no podía salir de él, sería demasiado peligroso exponerse de esa forma, pero si lograba que fueran los italianos quienes lo invitaran, tendría mucho terreno ganado.

Bochini era un hombre de unos 35 años de edad, de contextura pesada y con un lucir desgarrado. Renzo por su parte era un joven mucho menor de porte elegante y de lujos en el vestir. Ambos eran muy inteligentes y decididos, por lo que la sutileza debía ser la aliada de Ilker. Una noche sus espías le informaron de que los dos italianos

estaban en una taberna en las afueras de Roma. Ilker planeó que a la salida de la misma los estuvieran esperando unos merodeadores que pusieran en riesgo su vida y así poder presentarse como un caballero al auxilio de sus colegas.

Bochini tomó más licor de lo que acostumbraba y salió de la taberna tambaleándose, Renzo requirió de toda su fuerza para llevarlo fuera de la taberna y al salir del local se dio cuenta de que eran seguidos por al menos cinco hombres. Comprendiendo la enorme desventaja, apresuró el paso esperando que su paranoia le estuviese jugando una mala pasada. Pero entre más deprisa se movía Renzo, más aceleraban su paso los hombres que lo perseguían. Al llegar a una esquina iluminada a unos cincuenta metros de las cuadras, Renzo no pudo más con el peso de Bochini y lo dejó descansar semi inconciente sobre el piso. Tomó su espada y esperó a que los hombres aparecieran en la esquina. No tardaron ni un minuto, al doblar y ver a Renzo detenido supieron que era hora de actuar. Eran cinco y se abrieron en un semicírculo, sacaron sus espadas y con un gesto amenazador en su rostro se acercaron a Renzo.

El joven italiano era de corazón valiente y estaba dispuesto a jugarse el pellejo con ellos, más Bochini lejos de significar una ayuda, era un posible blanco más a cuidar y Renzo sabía tener pocas esperanzas de victoria. Infundado en su valor, habló a los hombres:

—¿Qué buscan de nosotros? No tenemos más dinero que unas cuantas monedas, botín demasiado escaso, según creo, para cinco hombres, pero que estoy dispuesto a daros sin derramar sangre.

Los hombres de Ilker estrecharon el cerco y Renzo supo que el diálogo no era una opción. Apretó fuerte la empuñadura de la espada y esperó el primer embiste, que no tardó en darse. Las espadas de los dos hombres trenzados en lucha despedían chispas, mientras que los otros cuatro seguían moviéndose alrededor de Renzo. En ese instante en que Renzo se sabía en serios problemas, de la oscuridad saltó Ilker acompañado de un escudero. En un primer momento Renzo pensó que serían dos merodeadores más, pero pronto los vio enfrentarse a los hombres que lo acechaban y sintió revivir sus esperanzas. Cargó contra los hombres y pronto habían despachado a dos de ellos. Al perder la ventaja numérica los hombres escaparon por la misma esquina que habían llegado y Renzo hizo un movimiento para seguirlos, lo que Ilker impidió poniendo la mano en el pecho del joven.

—No creo que sea conveniente perseguir a esa escoria. De seguro son ladrones comunes como los que pululan por todo Roma. Renzo asintió y lentamente guardó su arma y extendiendo una mano a Ilker lo saludó con fuerza.

—Gracias buen caballero, me has salvado la vida y estoy en deuda con usted.

—No me debe nada joven amigo. Mi nombre es Ilker Osdemir y ha sido sin duda una suerte el encontrarlo en estos apuros y haberlo podido asistir.

—La suerte ha sido mía, de no aparecer tan oportunamente, de seguro ocuparía el cuerpo de estos desgraciados que yacen aquí.

Renzo revisó ambos cuerpos buscando algo que lo hiciera conocer su procedencia, pero sus ropas estaban vacías.

—Lo dicho amigo, serán pordioseros que los han tomado como hombres adinerados y un blanco fácil por la condición de su amigo.

El escudero de Ilker ponía en pie a Bochini, quien no se había enterado de nada de lo sucedido y apoyado en los hombros del desconocido intentaba mantenerse erguido.

—Vamos —dijo Ilker— volvamos a la taberna de donde has sacado a este hombre que quisiera celebrar la oportunidad de haberos ayudado en éste difícil lance.

Renzo asintió. La escaramuza le había provocado sed y había hecho que la sedación del alcohol se disipara. Era el momento de tomar algunos tragos y el acompañar a su salvador era motivo suficiente para un par de copas.

Ilker de manera premeditada guió la conversación hacia temas de caballeros y de hermandades. Se confesó un caballero medieval y añoró la posibilidad de poner su brazo al servicio de una causa justa y noble.

Renzo lo escuchaba con atención, su afán nunca fue ser miembro de logia alguna, pero el triste fin de su padre a manos de los ajusticiadores y ante la insistencia de Theodore había aceptado el puesto que ocupaba su padre en la mesa principal. Ahora veía en su defensor a un hombre de ideales similares a los de Luigi de Agostini y sintió el deseo de agregarlo a la causa. De seguro, sus compañeros, al saber que había salvado la vida de Bochini y la suya, le recibirían con los brazos abiertos. Además Ilker tenía fortuna y por lo que había escuchado hasta ahora Renzo, también un profundo conocimiento y una basta cultura, que eran fundamentales en VsV.

Los hombres hablaron durante horas y Bochini habiendo recuperado los sentidos, se unió a la conversación. Al sorprender la afinidad con Ilker y habiendo sido informado de la providencial aparición del caballero, le insinuó a Renzo la posibilidad de allegarlo al club. Renzo lo miró con una sonrisa, mezcla de sorpresa de que el licor le aflojara la lengua a su amigo y en parte de satisfacción porque el deseaba hacer la propuesta desde un principio, pero sabía que los cánones de la logia eran estrictos con la confidencialidad que debían llevarse sus acciones. Ilker, se esforzó por parecer sorprendido de que ambos hombres pertenecieran a una logia e intentando no mostrarse ansioso fingió desinterés en el ofrecimiento:

—Dudo que alguien como yo pueda pertenecer a una logia secreta como ustedes caballeros, al fin y al cabo, no creo tener los atributos suficientes para que me consideren siquiera, pero agradezco su intención.

—Nosotros somos quienes debemos estar agradecidos mi querido Ilker —se apresuró a decir Renzo— al fin y al cabo si no fuera por ustedes dos, no estaríamos contando la historia.

Renzo observó con detenimiento al escudero de Ilker, que no había hablado nada en toda la reunión y volviendo la mirada a Ilker le dejó saber sin palabras su duda de si el hombre era de confianza.

Ilker comprendió el mensaje y despidió al escudero. Ahora podrían hablar con mayor soltura y claridad. La trampa estaba dispuesta y Renzo estaba a punto de caer en ella. No había pasado media hora y los tres hombres ya planeaban las acciones para incorporar a Ilker a Veritas Sociedad de la Verdad.

—Ilker, ¿en qué piensas? Sacó Renzo a Ilker de sus pensamientos.

—En todo y en nada joven amigo, ahora que han cumplido su destino, de seguro querrán volver a casa ¿Verdad? ¿Qué podría detener a dos jóvenes como ustedes en esta cruzada, cuando hermosas mujeres los esperan en casa?

Renzo y Agustín se miraron y al unísono respondieron:

—Seguimos adelante Ilker.

—No abandonaremos a Theodore ahora que su hijo corre peligro. —Dijo Agustín.
—Pongámonos en camino que nos llevan algunas horas de ventaja, pero esperemos poder hallarlos antes de que haya acción, presiento que los ajusticiadores son solo algunas de las aves de rapiña que la Iglesia ha contratado para hacerse de los pergaminos y mi labor no estará completa hasta haberlos encontrado y descifrar sus misterios.

—Estoy contigo —dijo Renzo, es hora de partir y buscar a Theodore y a su hijo, esta aventura no termina hasta que encontremos lo que buscamos.

Ilker se limitó a ensillar su caballo. Los tres hombres partieron en la dirección que Theodore había perseguido a su hijo y al ajusticiador. Los esperaban unas jornadas extenuantes antes de lograr su cometido.

Theodore avanzaba por colinas y despeñaderos, sin duda la ruta era más pesada y difícil, pero valía la pena si lograba descontar la ventaja que le llevaban. Al llegar a la cúspide de la colina pudo dominar el valle que debía atravesar para llegar al camino a Barcelona. Estaba decidido y aunque el cansancio casi le cerraba los ojos, el deseo de salvar la vida de su hijo era más fuerte que el sueño y continuó su marcha por unas horas más.

Theodore había recobrado la esperanza de encontrar a Pierre con vida. Cuando escuchó que había sido asesinado junto al Abad Antonio y una mujer, sintió que su vida perdía sentido, pero ahora recobraba la ilusión con mayores bríos, sabía que estaba cerca de Pierre y haría todo lo posible por recuperarlo. El sueño sin embargo finalmente se impuso y lo obligó a descansar. Comió un poco de carne seca y pan y bebió un poco de vino que llevaba consigo, encendió una fogata que calentara sus huesos y se dispuso a dormir. Esa noche cabalgó en sueños hasta Barcelona para dar con Pierre y ajustar cuentas con el ajusticiador.

Pierre y Juan descansaban un poco tras una extenuante jornada, su objetivo estaba más cerca, aunque el llegar a Montserrat no les aseguraba sus vidas. Si los ajusticiadores eran enviados de la Iglesia, no tendrían límites para ejercer su autoridad dentro del santuario. Por otra parte de haber ganado Gorka, lo que era poco probable, tampoco se detendría ante las súplicas de Álvaro ni de ningún otro monje.

Pierre, ahora que sabía que estaba en la ruta correcta para dar con Francisco, cabalgaba más ilusionado aunque también temía que al acercarse a su maestro, también acercaba a él a esos peligrosos hombres que lo seguían.

Juan de la Peña, intuyó los pensamientos del joven y tratando de insuflarle un poco de ánimo le dijo:

—Vamos joven Pierre, ya verá que en el santuario nos sentiremos mejor, esas paredes tienen el poder de Dios de darte tranquilidad y paz y el Abad Álvaro de seguro tendrá la solución a estos problemas. De seguro ya habrá contactado a sus influencias en la Iglesia para dar con una solución para los problemas de Francisco y ahora de nosotros.

—Gracias hermano Juan, sus palabras son reconfortantes. Yo también espero que tu abad pueda ayudarnos y que Francisco se encuentre a salvo en su camino a Valencia.

—Lo estará joven Pierre. Francisco es un monje inteligente y lo vi con una gran

determinación, ya estará muy cerca de su objetivo, cualquiera que sea la causa que lo lleva hacia Valencia.

—Pongámonos en marcha, dijo Juan tras una pausa incómoda —si no nos detenemos más que para comer, al anochecer estaremos llegando a Montserrat. Que Dios nos ampare y encontremos allá la paz y la seguridad que buscamos.

Ambos hombres comenzaron a cabalgar. El camino era angosto y la arena y el limo dificultaban el galopar de los caballos, lo que hacía la marcha más pesada y trabajosa. No había intersecciones, por lo que la ruta era franca hacia Barcelona. Los caminos se encontraban desiertos hasta que llegaron a una plantación de olivos, donde una docena de hombres se aprestaban a cosechar la aceituna, que serviría de materia prima para la extracción de finos aceites. Pierre quedó extasiado con la imagen del campo repleto de la fruta y los hombres cosechando con un talante tan feliz como cuando Francisco y él recolectaban las hortalizas de su patio. Por un momento se recreó en sus recuerdos de los días de su niñez cuando retozaba luego de hacer las faenas encomendadas y dedicaba su tiempo a cosechar sus hortalizas favoritas en compañía de Francisco y el abad Antonio. El recordar el fin de su abad le llenó de tristeza y la misma se desbordó en gotas de llanto cuando la imagen de Isabella llegó a él.

—¿Qué pasa joven Pierre, porqué lloras?

—No es nada hermano, es solo que los recuerdos me atormentan.

Pierre contó a Juan la historia de su vida y suspiró profundo cuando le correspondió hablar de Isabella.

Juan adivinó el sentimiento de amor del joven novicio y le advirtió de que las mujeres muchas veces eran el instrumento de Satanás para tentar a los hombres de Dios, para tratar de confundir sus sendas.

—No debes confundir el amor con la lujuria joven Pierre. El amor solo se da de Dios hacia el hombre, que es la figura perfecta de su creación. Las mujeres traen consigo el deseo, la lujuria, el placer de la carne que como animales, el hombre se apresta a devorar, comiendo a la vez el fruto prohibido.

—¿Es que nunca has sentido el amor?

—Claro que si joven Pierre, he sentido el amor por el prójimo, lo he sentido al leer a San Agustín a Ignacio de Loyola y también al leer algunos libros escritos por los infieles griegos que a su manera y logrando sustituir sus banales dioses por Jesucristo y sus enseñanzas, de seguro me han movido el ánimo.

—No hermano, hablo del amor por una mujer. Juan palideció y respondió a Pierre escuetamente, proclamándose casto y puro como lo permaneció Jesucristo y su Santa Madre, sin necesidad de llegar a la abominación del sexo. Pierre adivinaba en Juan a un monje mucho menos moderno que Francisco. Parecía que Juan se había quedado viviendo en la Edad Media sin darse cuenta que una nueva era había iniciado. Pierre no quiso contarle de su amor por Isabella, de seguro no lo comprendería como lo había hecho Gorka, o al menos lo había fingido.

Pierre aún no digería que había cabalgado con un asesino que buscaba su compañía para dar con Francisco y el secreto que llevaba consigo, de ahora en más debía ser más precavido y desconfiado, no debía dejar que la confianza que Francisco le había

inculcado debía tener en los hombres, lo cegara y no lo dejara ver que el mundo estaba lleno de farsa más que de virtud.

Al frente se abría un bifurcación en el camino, hacia el valle un camino secundario llevaba hacia las colinas, en tanto el que decidieron tomar era el camino hacia Barcelona y su ansiado Monasterio.

Sergio seguía cabalgando tras de sus presas y aunque debió viajar despacio buscando pistas en cada intersección del camino, se había acercado mucho en las últimas horas, ahora estaba seguro, el monje había decidido volver a Barcelona, de seguro hacia lo que consideraba era su refugio, el monasterio de Montserrat.

Ahora con mayor seguridad su caballo galopaba por el camino solitario. A lo lejos divisó un campo de olivos y a varios campesinos cosechando las aceitunas en hondas canastas, que una vez llenas llevaban a las carretas que esperaban a un lado del camino, para trasportarlas hasta Barcelona. Estaba cerca de su objetivo, se detuvo y consultó sobre los dos jinetes. Los campesinos le informaron que hacia menos de media hora habían pasado dos hombres con esas características.

Sergio se animó y apuró el paso, era cuestión de una hora para tener a los hombres en sus manos.

Necesitaba darle fin a su misión, concluir el trabajo que había iniciado con sus compañeros inseparables, que ahora sorprendentemente estaban muertos. Recordó a Theodore y quiso saber donde estaría, esperando que fuera muy lejos, sin duda era un enemigo de temer y si sus amigos también estaban tras de sus pasos la situación estaría muy complicada. Ahora pensaba, que era apremiante alcanzarlos antes de que llegaran a Barcelona, donde de seguro sería mucho más difícil hacerse con ellos.

Cuando Sergio pasó junto al camino que atravesaba el valle hacia las colinas, pudo ver a Theodore que de seguro también lo había visto ya que se acercaba a toda la velocidad que su bestia le daba. No había tiempo para pensar, instintivamente espoleó su caballo camino a Barcelona, como si se tratase de una simple carrera y no de enfrentarse a una lucha a muerte.

Theodore llegó al camino principal y pudo observar a Sergio a unos doscientos metros. Su rostro aunque cansado, reflejaba la determinación que tenía de alcanzar a aquel hombre. Se sentía emocionado al pensar que ni Pierre ni el monje estaban con él, lo que significaba que no les había dado alcance. Su deseo de estrechar a Pierre contra su pecho lo hizo sentir cuánto quería a ese chico al que no veía desde hacía tantos años. La profundidad del sentimiento lo hizo estremecer y recordar el amor que sintió el día que mataron a Nerea, cuando al verlo en un rincón, asustado ante la escena de su madre muriendo y su padre luchando contra todos esos hombres, lo hizo enternecer y deseó poder protegerlo a costa de su propia vida si era necesario.

Pierre siempre había sido visto por Theodore como el proyecto de continuidad de su vida, quien seguiría su camino en búsqueda de la verdad y tal vez como miembro de la Veritas Sociedad de la Verdad. Cuando le comunicaron que había muerto en la hoguera sintió que su vida se derrumbaba y aunque el rencor por quienes lo habían asesinado le nubló la razón de manera que solo pensaba en la venganza, luego se sintió culpable de no haberlo protegido como debía.

Ahora que sabía que estaba vivo no permitiría que se lo arrebataran, aquel era el hijo por el que Nerea, había sacrificado su vida.

El caballo de Theodore era más fuerte que el de Sergio y la distancia se recortaba a cada zancada. Sergio constantemente volteaba su cabeza solo para comprobar que el desenlace era inevitable. El camino al frente doblaba a la derecha en una curva pronunciada; al llegar Sergio al recodo pudo observar a la distancia a Pierre y a Juan. El ruido de su caballo hizo voltear a Pierre, quien alertó a Juan sobre la proximidad de aquel hombre. Aceleraron el paso, ahora era preciso que galoparan a toda marcha. Sergio los sintió tan cerca y a la vez tan lejos, Theodore era lo único que lo separaba de tener las llaves que le abrirían la oportunidad de encontrar a Francisco.

Conciente de que no podía evitar la confrontación, Sergio frenó a su caballo y sacó su espada. La espada de Sergio era curva, no de las que se estilaban en España, sino más semejante a las usadas por los árabes, su brillo al reflejar al sol previno a Theodore de que la hora de luchar había llegado. A escasos metros de Sergio, Theodore desmontó ya con su espada desenvainada, estaba listo para la refriega, lo había estado desde hacía años.

—Veo que no encontraste a tu hijo por el camino que te dicté. —Dijo Sergio con una sonrisa en su boca.

—Ciertamente no, pero ha querido la buena fortuna que dé contigo y ahora podemos ajustar cuentas.

—Creo que la lucha es desigual, noto que ya peinas canas y no quiero tomar ventaja de ti.

—No te preocupes, ya encontrarás que mi brazo es fuerte y será un digno rival para tu juventud.

—Como gustes, no se diga que te negué la posibilidad de morir dignamente.

—No más palabras, que tus amigos te esperan en el infierno. Los hombres cautelosos caminaban en círculo. Sergio fue el primero en atacar y lanzó tres golpes de espada que Theodore pudo repeler. Sergio continuaba sonriendo, Theodore tenía el ceño fruncido. Una nueva carga de Sergio hizo retroceder a Theodore.

—Aún estás a tiempo de escapar, creo que la edad ha mellado tus fuerzas. —Dijo Sergio mientras su sonrisa iba en aumento.

Theodore no respondió, apretando fuerte su espada se fue encima del ajusticiador y logró hacerlo retroceder, mas al querer volver a la carga sintió un dolor en la parte baja de su vientre. Había sido herido y la sangre manaba mojando sus ropas. Los ojos de Sergio despedían chispas ahora que veía la sangre de su enemigo correr. Ciego de deseo de acabar las cosas se lanzó contra Theodore con una andanada de golpes de su espada. Theodore cayó al suelo y Sergio se dispuso a liquidarlo, tomando su espada con ambas manos cargó con fuerza y encontró poca resistencia en Theodore, pero al volver a la carga con la confianza que le daba el sentirse vencedor, descuidó su defensa y Theodore acertó a hundir su espada en el abdomen del ajusticiador. Sergio se retiró y veía la sangre manar de su cuerpo, sintió que se desvanecía y como la sangre brotaba ahora también por su boca. Cayó de rodillas frente a Theodore y terminó desplomándose sobre el cuerpo de éste.

Theodore sabía que era necesario buscar ayuda, con dificultad montó en su caballo y se dirigió hacia Montserrat que estaba cerca, tan cerca como su reunión con Pierre, la posibilidad de finalmente hallar al muchacho le llenó de ánimo y se puso en ruta.

Pierre y Juan llegaron a las puertas de Montserrat. Con presteza Álvaro salió a su encuentro y los colmó de bendiciones. Juan le comunicó lo sucedido y lo cercano que se encontraban los ajusticiadores.

—No hay tiempo que perder, abad Álvaro, nos siguen de cerca, debemos ocultarnos. Hemos logrado escapar de esos hombres, pero me temo que están cercanos.

—Vamos les ocultaremos y trataremos de defenderlos, aunque no se que podamos hacer unos monjes contra estos asesinos —respondió presto Capmany.

—Hermano Álvaro ¿Ha tenido noticias sobre el paradero de Francisco? —Consultó Pierre.

Juan hizo un gesto a Álvaro indicándole que era seguro hablar frente al joven y decirle la verdad.

Álvaro comprendió y sin preguntar le indicó a Pierre que había recibido noticias de Francisco y que se dirigía a Valencia.

Pierre dispuso partir de inmediato y Álvaro le ofreció un cambio de su animal. Pierre escogió una bella yegua negra como lo era anochecer y partió de inmediato por una salida lateral del monasterio. Juan lo encomendó a Dios y sin más espera se dirigió con Álvaro a un escondite, en el camino le contó de su viaje y de la lucha que se desató entre Gorka y los ajusticiadores.

Pasados unos minutos, llegó Theodore malherido a Montserrat. Apenas los monjes lo vieron lo socorrieron y llamaron al Abad. Álvaro temía que el nuevo visitante fuera Gorka a quien Juan daba por muerto por los ajusticiadores y en ese caso si fue capaz de deshacerse de los tres hombres, sin duda sería un enemigo peligroso aún estando malherido.

Al llegar a Theodore, los monjes le quitaban sus ropas empapadas de sangre y valoraban su herida.

—Es grande, pero no ha dañado ningún órgano —decía el hermano que hacía las funciones de médico.— La trataré con algunas hierbas que ayudaran a detener la hemorragia, la vendaremos y en unas semanas estará listo para cabalgar.

Theodore se revolvió en el camastro en que se hallaba.

—Pierre, ¿Dónde está Pierre?

—No sabemos a quien te refieres. —Dijo Álvaro. —Ningún monje aquí lleva tal nombre. —Pierre es mi hijo. —Dígame que está aquí.

Álvaro percibió que Theodore le hablaba con la verdad y no dudó en decirle que Pierre había escapado hacia Valencia, en busca del hermano Francisco. Theodore intentó levantarse pero los monjes no se lo permitieron, con solo el esfuerzo realizado la herida había vuelto a sangrar más profusamente.

—Lo siento caballero, creo que de aquí no podrá salir al menos en una semana. Dijo Capmany. Theodore se tendió sobre el camastro resignado a que por esta vez los monjes tenían razón.

Capítulo XXIV: Los pergaminos cobran su precio

Cuando emprendas una cruzada, detente y piensa, ¿Defiendes tu fe o las creencias que te legó el destino?

ILKER cabalgaba ensimismado. Absorto en sus pensamientos intentaba adivinar que habría pasado con Theodore y el ajusticiador, ¿Habrían podido darle alcance al monje?, ¿Aún sería posible hallar a Francisco antes de que lo hicieran sus compañeros?

Estaba preocupado, las cosas habían tomado un camino muy diferente al que habría deseado. En este momento cabalgaba con dos jóvenes valerosos que seguían a Theodore más que como a un guía, como a un padre.

El camino hacia Barcelona era sencillamente encantador. A ambos lados se observaban robustos olmos que abrigaban un poco del frío del invierno, ayudando a detener el viento helado que azotaba sus copas. Agustín y Renzo habían hecho una buena química juntos y en este viaje sus lazos se habían estrechado aún más, cabalgando despacio unos metros atrás de Ilker, aprovechaban la suave marcha de sus bestias para conversar de sus mujeres y de los hijos de Renzo.

—Siempre esperé el día de tener una familia a la que pueda ver crecer —decía Renzo— Ahora que he cumplido mi deber, que he vengado a mi padre, por fin podré regresar con mi mujer y mis hijos, a los que he sacrificado por demasiado tiempo. Quiero reiniciar mi vida con ellos, quiero ser el padre que mis hijos necesitan y el hombre que mi esposa ha esperado. Comenzaré una nueva vida.

—Igual siento yo amigo Renzo, ahora que esta aventura acabe, volveré a Valencia con mi Patt y haremos de nuestros sueños una realidad, tendremos hijos, muchos hijos, cientos de ellos, que correrán por los campos, con el viento del mediterráneo enredando sus negros cabellos. A los varones los enseñaré a cabalgar y a cazar y se convertirán en el sueño de toda mujer española. Las niñas crecerán junto a su madre, aprendiendo todo lo que ella sabe y serán tan hermosas con ella, capaces de robar el corazón de un hombre con solo una mirada.

—¿Sabes amigo Renzo? —añoro el olor de la canela en el cabello de Patt, su blanca piel, la cadencia de su voz, cada detalle de su cuerpo. Creo que nunca debí haber partido de su lado, pero al volver, será para siempre, para nunca más separarme de ella hasta que un día muy viejos los dos, nos durmamos para siempre con nuestras manos entrelazadas.

—¿Qué hay de tu mujer Renzo?

—Mi esposa es la mujer más dulce de la península, de cabellos y ojos tan negros como la noche, con el color del bronce dado por el sol y la brisa marina. El cabello ensortijado cae sobre su espalda como un manto de seda. Lleva en su boca la miel de las abejas y en su voz el canto de las sirenas que enloquecieron a los hombres de Ulises a su regreso a Ítaca.

—Pues somos afortunados amigo Renzo.

—Somos afortunados amigo Agustín.

—Yo también tomaré esta como mi última aventura, apenas termine, volveré a Milán y me dedicaré a hacer engordar mi abdomen, disfrutaré de los gemelos y amaré a mi esposa Berenice como ella se merece. Me pondré al día en mi consumo de vino y disfrutaré de los asados que prepara mi mujer.

—¿Sabes Agustín? Tal vez deberíamos reunirnos apenas acabe esto. Digo, que nos visites en Milán junto a Patt. Así ella y Berenice también podrán hablar de lo geniales que somos nosotros dos.

—Agustín rió de buena gana. Dalo por hecho Renzo. Ustedes también pueden viajar a Valencia y disfrutar de nuestra hospitalidad. Estoy seguro de que Patt se sentirá muy feliz de recibirlos, conocer a tu mujer y a los gemelos. Sin duda querrá tener ella al menos trillizos, ya sabrás que no podemos permitir que los italianos nos ganen en poblar al mundo.

—Dios no lo permita Agustín —rió Renzo— si la batalla por poblar Europa está en nuestras manos, habrá más milaneses y valencianos que arenas en el mar. Ilker se había alejado un poco sin que los jóvenes lo notaran. Ya no podían ver en el camino el andar de su caballo pardo.

Decidieron apurar un poco el paso y al galope subieron una colina empinada. Al llegar a la cúspide pudieron ver a Ilker esperándolos mientras contemplaba a lo lejos el Monasterio de Montserrat.

—Montserrat —dijo Agustín— recuerdo cuando mi padre me llevó a conocerlo hace muchos años, le encantaba su figura empotrada en la piedra. De niño me decía que parecía que lo había esculpido Dios mismo en el momento de la creación, que los hombres solo habían separado las piedras que se le habían adherido con los años, pero que el monasterio siempre estuvo allí.

—Pues es de verdad hermoso —dijo Renzo— casi tanto como los que hay en Italia.

Agustín sonrió, realmente sentía a Renzo como el hermano que nunca tuvo.

—Jóvenes —dijo Ilker— esa es nuestra próxima parada. Para el atardecer estaremos en Montserrat y si tenemos suerte allí hallaremos a Theodore, a su hijo y al monje Francisco. Nuestra meta está cada vez más cerca.

Renzo reparó en unos buitres que sobrevolaban el camino a unos cientos de metros de donde estaban y su estómago se encogió.

Ilker y Agustín siguieron su mirada y vieron la señal inequívoca de que esas aves se daban un festín con alguna presa desafortunada. Espolearon sus caballos y aprisa llegaron a un recodo del camino, al doblar, pudieron ver que las aves cubrían a una figura humana. Aumentando el galopar de sus bestias hicieron huir a las aves y pudieron ver que en el suelo yacía Sergio de la Poza. Ilker fue el único que lo reconoció, pero los tres sabían que sin duda se trataba del hombre a quien perseguía Theodore.

Buscaron en los alrededores alguna señal de Theodore y no encontraron nada que les hiciera saber de su paradero. Se sintieron felices al pensar que lo mejor que podía pasar en aquel lugar era no encontrarlo, de seguro estaría mejor si se hallaba en Montserrat.

—Cabalguemos —dijo Ilker, y se volvió a ensimismar en sus pensamientos. Ahora sabía que Theodore había sido vencedor y que los tres ajusticiadores estaban muertos.

Sus cartas de triunfo habían tenido una grave derrota y era necesario idear una nueva estrategia para hacerse con los pergaminos. Pero antes debía fraguar la forma de separar a estos dos jóvenes, ya solos eran rivales extraordinarios, cuanto más lo serían juntos. Ilker lamentó que al menos uno de ellos no hubiese muerto a manos de los ajusticiadores y sus dientes se apretaron tan fuerte que sintió dolor en su quijada.

Bernardo, Pietro y Ambrossini se hallaban hablando al calor de una fogata mientras los soldados descansaban y bebían luego de una extenuante jornada. El viaje había sido pesado, pero no era hora para lamentaciones.

—Caballeros, —dijo Pietro— han llegado a nosotros dos hombres desde Barcelona con información importante, parece ser que el destino del joven Pierre es Valencia, hace unos días pasó por el monasterio Montserrat y ha viajado en busca del hermano Francisco. Ahora será cuestión de redoblar nuestra marcha y darle alcance en esa ciudad.

—¿Hay noticias de Gorka? Interrumpió Bernardo.

—Lamentablemente ninguna, parece que el chico llegó a Montserrat solo en compañía de un monje de ese monasterio. Temo que Gorka, sea una pieza menos en este ajedrez.

—Bien —dijo Ambrossini— paguen bien a esos hombres, la información que han traído nos ha ahorrado un gran esfuerzo, podemos viajar directamente a Valencia y acortar nuestra jornada en varios días. En cuanto a Gorka, bien sabemos que hay que sacrificar piezas insignificantes si es que queremos ganar el juego. Pietro miró a Ambrossini tímidamente y dijo:

—Al menos nosotros no somos piezas descartables.

No pudo dejar de sentir un hormigueo en su columna cuando Ambrossini le dio por respuesta una sonrisa siniestra.

Tratando de pasar el mal rato dijo:

—Ya he dado órdenes para que salgamos al amanecer, los soldados estarán listos y muy pronto estaremos dando alcance a nuestras presas en Valencia.

—Excelente —dijo Ambrossini frotándose el mentón. —Excelente.

El cardenal Ambrossini se sentía cerca de los pergaminos que le darían la tiara papal que tanto había ambicionado, sabía que los adversarios eran muchos, pero sin duda el poseer la narración de la historia antes de que ésta se escribiera, tenía que ser un punto a su favor. Quizá en los mismos pergaminos se narraría su reinado al frente del Vaticano, la gloria que obtendría para la Iglesia y para su nombre. Su principal preocupación era el cardenal Medici, una auténtica piedra en sus zapatos.

Medici era un hombre inteligente y honesto, que gozaba de la simpatía de muchos integrantes del colegio cardenalicio, era miembro de una rama secundaria de los Medici de Florencia. De todos era conocido que tenía el respaldo de Felipe II de Habsburgo recién coronado rey de España y de Catalina en Francia, no en vano ésta era también una Medici. Ambrossini sabía que ni aún con los votos que podría comprar sería capaz de obtener suficientes para vencerlo a la muerte de Pablo IV.

Los papados de Julio III y aún más el de Marcelo II habían sido muy cortos y el del papa actual se encontraba próximo a su fin. Ambrossini aspiraba a gobernar la iglesia

como Alejandro VI, con mano dura, aunque se cuidaría de no ser envenenado como había sucedido con su mentor. Ambrossini había sido llevado a la pila bautismal por Rodrigo Borgia, quien un par de años después se convertía en el papa Alejandro VI, pese a su origen valenciano.

De niño admiró a César Borgia, hijo de Rodrigo, quien por ese entonces era el general del ejército pontificio y en su memoria siempre estaría grabada la gran belleza de la hermana de éste, Lucrecia, el día de sus esponsales con Giovanni Sforza.

Era momento de volver al pensamiento de Rodrigo y de César, solo así la Iglesia recuperaría el poder en Europa.

Cada día solía repetir el epitafio en la tumba de César Borgia:

Aquí yace en la tierra, el que toda le temía, el que la paz y la guerra en su mano la tenía.

¡Oh tú, que vas a buscar dignas cosas de loar! Sí tú, alabar al más digno aquí para tu camino, no cures de más andar. Pensaba en el final de César, muerto a los 31 años de edad y recientemente mancillada su honra al ser transferidos sus restos a descansar bajo la Rúa Mayor, donde cada día los hombres y las bestias pisotearan su recuerdo. Debía ser cuidadoso para no sufrir el mismo destino. Cuando alcanzara el trono papal ya se ocuparía de devolver el esplendor a quienes veía como su propia familia.

Ambrossini ya tenía incluso pensado su nombre papal, Alejandro VII, en honor a su padrino Rodrigo, no podía permitir la llegada de Medici al trono papal ya que se rumoraba que realizaría un concilio que no era conveniente para los intereses de muchos hombres poderosos, entre ellos el maestre Giuliani, quien era aliado de Ambrossini desde hacía un par de años, aunque sospechaba que también tenía ambiciones papales.

Si de algo se enorgullecía Ambrossini era de cálculo político, no en vano conoció personalmente y estudió como pocos al florentino Niccolò di Bernardo dei Machiavelli. El cálculo de las oportunidades políticas del florentino fueron motivo de placer en él y fuente de numerosas conversaciones con el turco Giuliani, ambos lo admiraban, aunque Ambrossini sentía una devoción poco sana por el pensador, en tanto el maestre Giuliani solo trababa de aprender sus métodos.

Ambrossini respetaba a Giuliani. Pocos hombres serían capaces de llevar una doble vida, pasando inadvertido para todos quienes se relacionaban con él, como éste lo había hecho. Estar al mismo tiempo en dos lugares gracias a argucias era de reconocer, pero hacerlo en dos organizaciones rivales, sin que ninguna de ellas sospechara lo más mínimo era digno de elogiar.

La iglesia requería de una figura fuerte que ayudara a eliminar los efectos nocivos que había traído el alemán Martín Lutero, que desde su muerte en 1546 se había hecho más conocido gracias a la imprenta y pese a que se había proscrito sus libros, cada día ganaba adeptos en Europa; lo mismo sucedía con Juan Calvino, el francés que impulsaba reformas que debilitaban a la iglesia en Roma y que ningún papa había logrado acallar.

—Señor, —lo sacó un soldado de sus pensamientos— la prisionera se niega a comer, desea hablar con usted.

Ambrossini recordó a la chica que constituía su carta escondida. De seguro si era

necesario podría intercambiarla por los pergaminos. Tenía que reconocer que el hacerla pasar por muerta a los ojos del chico Pierre, había sido una buena movida de Pietro y Bernardo, si la supiera con vida de seguro la buscaría a ella y no a su mentor como se necesitaba en ese momento. Haciendo una señal al soldado le indicó que la vería de inmediato y pidió le dieran la comida para llevársela personalmente.

—Hola Isabella, me dicen mis hombres que te niegas a comer.

Isabella lucía cansada, débil y aunque su rostro no perdía la belleza, se notaba claramente el martirio al que había sido sometida por días, desde que se reencontró con Pierre. Isabella lloraba día y noche pensando en que Pierre había sufrido la misma suerte del abad Antonio, aunque su corazón le decía que seguía vivo en algún lugar.

—Señor, por favor, déjeme libre, no he cometido pecado alguno e ignoro porqué y hacia adonde me llevan.

—Tienes un valor incalculable pequeña, algo me dice que serás muy importante en nuestra causa. Pero te necesito con vida, así que debes comer.

—Me niego a hacerlo hasta que no me digan lo que piensan hacer conmigo. Prefiero morir que ser un instrumento de sus planes.

—Vamos joven, no la hemos tratado tan mal. Tiene techo y comida que no es mucho menos de lo que has tenido toda tu miserable vida.

—Quiero mi libertad o al menos saber de que se me acusa. Esas bestias de Pietro y Bernardo me evaden, pero si usted habla con ellos sabrá que mi único pecado, ha sido el negarme a ser poseída por el demonio de Pietro.

—Basta, estás hablando de un hombre de fe y tu palabra nunca será comparable a la de él.

—Pues hombre de la iglesia o no, Pietro es un cerdo lascivo, que tan solo busca...

—Calla de una vez bruja o terminaré con tu vida en la hoguera de que te sacaron, —dijo Ambrossini mientras abofeteaba a Isabella haciéndole sangrar el labio superior.

Isabella cayó de espaldas sobre la paja que le servía de cama y se llevó la mano a la boca. Se sentía impotente; toda su vida había sido autosuficiente y nunca necesitó de alguien que la defendiera, pero ahora nada le agradaría más que ver a Pierre entrar a lomos de un caballo, enfundado en una armadura reluciente y blandiendo una espada dorada presto a acabar con la vida de estos hombres. De pronto lo recordó como el monje manso y bueno, que se arropaba con un hábito y lloró profusamente.

—Pierre, ¿Dónde estás? —sollozó Isabella.

Ambrossini la miró con desprecio y dejando la comida en el suelo le dijo:

—Come, que muerta no nos serás de utilidad, si no lo haces, al menos servirás de diversión para los soldados.

—Isabella vio el odio en la mirada del Cardenal y sumisa se acercó al plato que estaba en el suelo y comió los alimentos más amargos de toda su existencia.

Pierre, a kilómetros de distancia de Isabella, tomaba un descanso de su agotadora jornada. Volvía a viajar solo y extrañaba la compañía de Gorka, aunque su recuerdo le hacía sentir náuseas al pensar el como lo había engañado. Lo había creído su amigo y

hasta llegó a pensar que si no lograba encontrar a Francisco, ser escudero de Gorka sería un buen plan para su vida. Con el Abad Antonio muerto en la hoguera por la misma iglesia a la que dedicó su vida y de la que Francisco había tenido que huir para no tener su mismo fin, lo hacía pensar que abandonaría la vida de monje a la que siempre aspiró.

Francisco le había hablado muchas veces de su padre Theodore de la Vassieré y de que le esperaba una vida de caballero en alguna corte, pero con el pasar de los años pensó que su destino estaba en la iglesia de Dios y en ser un servidor de la fe. Desde hacía unos años pensaba en la posibilidad de viajar al nuevo mundo descubierto por España y ayudar en la evangelización de los nativos, labor a la que se habían dedicado muchos monjes a quienes admiraba.

Ahora su futuro era incierto. Si no encontraba a su mentor debería de replantearse toda su vida, quizá América sería un buen destino.

Pierre, recordó a Isabella y rogó por su alma, la imaginó como tantas veces lo hacía, lanzándole piedras en la abadía y corriendo para que el la persiguiera sin querer alcanzarla. Su imagen ardiendo en la hoguera no le dejaba el alma en paz, cada vez que pensaba en su dolor las lágrimas corrían por sus mejillas.

Ahora solo existía en su recuerdo, el dulce recuerdo de su beso, ese beso que llevaría grabado en sus labios hasta el día en que muriera.

Enjugándose las lágrimas, sacó el papel y la pluma que le diera Capmany para que le hiciera saber de su estado y de Francisco al encontrarlo y comenzó a escribir descuidadamente en él, mientras recordaba la imagen de Isabella, con sus cabellos flotando en el viento.

Dulce amor mío, mi querida Isabella, quien besar pudiera, de tus labios el rocío. Pero el destino, ese odioso y cruel mezquino, de mis brazos quiso apartarte y prefirió en una hoguera quemarte, que hacer tu cuerpo mío. Me ha quedado tu recuerdo, grabado a sangre y fuego en mi mente, como quedaron tus labios tatuados en los míos, con ese beso furtivo, cuando en un viejo galpón sentados, uniste nuestros destinos.

Pierre lo leyó y sonrió.

—Espero que los maestros de la Vega y Juan Boscán, no se revuelquen en sus tumbas.

Francisco de Borja y Aragón quien era Comisario General de los Jesuitas desde hacía unos años y que se alojó varios días en la abadía por ser amigo personal de Francisco y Antonio, le habló a Pierre de la vida de estos poetas y le enseñó a amar su obra, su mentor Francisco estaba orgulloso de mostrar a todos sus amigos a Pierre y presumir del conocimiento del chico. El mismo Francisco de Borja le propuso que lo dejara partir consigo para educarlo en las letras, pero Pierre se negó a abandonar a su maestro con lo que se privó de la posibilidad de engrosar la lista de escritores bajo el cuidado de de Borja.

Francisco se acercaba a Valencia y sentía desfallecer. Los últimos días se había entregado a cabalgatas extenuantes por el día y largas jornadas de lectura de los pergaminos y los escritos de Rodrigo por las noches. Estaba embebido con la lectura y mientras cabalgaba en Anochecer, repasaba mentalmente lo que había leído y le buscaba una explicación lógica dentro de las normas de la iglesia.

Los pergaminos habían descrito el Imperio Romano, las Guerras Médicas y el nacimiento de una era de oscurantismo, donde la verdad sería abatida por la organización a la que él pertenecía. Francisco no podía entender como se referían a la Iglesia como la «Ramera que descansa sobre las siete colinas», lo que sin duda hacía mención a Roma. En un principio creyó que se refería al Imperio Romano en época de la persecución de los fieles. Pero luego al leer los nombres de los primeros papas, citados con una precisión asombrosa, no pudo llamarse al engaño, esos pergaminos hablaban de la Santa Sede con irrespeto y en más de una ocasión se persignó al considerar que el simple hecho de leerlos, era motivo para su condenación en el fuego del infierno. Simón Bar Jona de Galilea, Lino Tuscany de Volterra, Anacleto y Clemente de Roma y Evaristo de Grecia, ocupaban los primeros sitios de una larga lista, a su lado tenían símbolos que Francisco no podía entender y al parecer Rodrigo tampoco, porque no se refería a ellos. La cultura de Francisco le permitió reconocer a la mayoría de los Padres de la Iglesia, algunos de ellos citados no por sus nombres, sino por sus obras como el caso de Ponciano a quien se le describía como el instaurador del Dominus vobiscum y Silvestre que llevó a cabo el Primer Concilio Ecuménico en tiempos del emperador Constantino, quien en el 313 año de Nuestro Señor, había legalizado la religión cristiana mediante el edicto de Milán y en su lecho de muerte pidió ser bautizado. También se mencionaba a San Simplicio como jefe de la Iglesia en el momento en que caería el Imperio Romano de Occidente.

Francisco no pudo dejar a un lado la curiosidad y buscó tiempos actuales, pronto se halló con una mención al papado de Alejandro VI y su sucesor Julio II a quien llamó el protector de los artistas cegados por la fe mal dirigida. Muchos papas de épocas recientes fueron llamados «Padres de la Inquisición» organización a la que se refería como hacedora de mártires. Francisco dejó de leer. Había llegado a tiempos actuales y no quería saber si en esos pergaminos se le nombraba a él o a algunos de sus conocidos en Roma. A partir de ese momento los pergaminos hablarían del futuro y Francisco no estaba seguro de querer conocer ni siquiera el propio, mucho menos el de la humanidad.

Esa noche se dedicó a orar, buscando inspiración divina para saber si debía seguir leyendo o no. De seguro Rodrigo lo había hecho y de haber caído los pergaminos en manos de Capmany, tampoco habría dudado en analizarlos a profundidad. Pero Francisco era más ceñido a las normas y a los preceptos establecidos por la Iglesia a la que había prometido servir y proteger y bajo ningún concepto estaba dispuesto a perder su alma inmortal por la curiosidad o sed de conocimiento que fuera buscado para saciar el deseo de los hombres y no para honra de Jesucristo.

Sentado en una vieja bodega llegó al punto de armar una hoguera y dudó si debía quemarlos allí mismo. Las manos le temblaban mientras sostenía los pergaminos y recordó a Rodrigo y la promesa hecha a su amigo de protegerlos con su vida si era necesario. Cerró los ojos intentando aclarar su mente y recordó la frase que solía decirle a Pierre: «No le tengas miedo a la verdad, que al final prevalecerá sobre todas las cosas y ella te hará libre» Su manos sudorosas volvieron a enrollar los pergaminos y los devolvió a su sitio en la bolsa de cuero de cabra. Estaba agitado, inquieto, podía sentir en su garganta y sienes las palpitaciones de su corazón. Esa noche de nada valdría intentar dormir, los pergaminos empezaban a causarle los estragos que sin duda habían aniquilado a Rodrigo, la noria que ponía en movimiento a su destino había echado a rodar.

Al caer la noche los tres jinetes llegaron a Montserrat. Capmany sentía que en los últimos días había recibido más visitas que en toda su carrera de abad en esa

montaña.

—Señores, bienvenidos a Montserrat ¿En qué puede servirles ese siervo de Dios?

Ilker tomó la iniciativa y se dirigió a Álvaro:

—Saludos hermano, venimos buscando a un amigo de apellido de la Vassieré ¿Se encuentra aquí?

Álvaro notó el tatuaje que Renzo llevaba en el hombro y recordó que Theodore llevaba uno igual en el pecho y adivinó que ambos pertenecían a la misma sociedad.

—Si hermanos —dijo Álvaro— su compañero descansa, llegó malherido y lo hemos atendido con toda la ciencia que conocemos.

Esperamos que se recupere pronto y puedan cabalgar en una semana o dos, aunque él se empeñaba en continuar su camino hacia Valencia.

—¿Puedes llevarnos con él? —Dijo Renzo, mientras sonreía satisfecho de saber que Theodore estaba con vida.

—De inmediato. Nuestro invitado ha estado preguntando por noticias de ustedes insistentemente.

Los tres hombres acompañaron a Álvaro hasta la celda donde descansaba Theodore. Al llegar el herido intentó incorporarse pero Agustín se lo impidió. Una mancha roja se notaba sobre un vendaje que le habían cambiado por la tarde.

—Amigos —dijo Theodore— me alegra verlos bien.

—Lo estamos Theodore, salvo Renzo que ha salido con un corte, todos estamos bien, sobre todo Ilker que no ha desenvainado su espada, pero atendiendo a su edad, eso se entiende.

Ilker miró a Agustín con gesto de enojo. A lo que el joven a manera de disculpa dijo:

—Vamos abuelo Ilker, no te enfades, ya quisiera yo a tu edad tener esa fortaleza.

Renzo reía animado y Theodore intentaba hacerlo pese al dolor que le provocaba su herida.

—Gracias al hermano Álvaro y a sus médicos estoy vivo y deseoso de reemprender el viaje. Mi hijo está con vida y se dirige a Valencia en busca de Francisco. Nos lleva algunas jornadas de ventaja, pero forzando un poco el paso le podremos dar alcance.

—Eso tendrá que esperar señor Theodore —interrumpió Álvaro. —Como le he indicado antes, si no espera al menos una semana, la herida se volverá a abrir.

—Hermano, agradezco sus buenas intenciones, pero la vida de mi hijo corre peligro y debo buscarlo cuanto antes, ya tiempo tendré para descansar y sanar de mi herida.

—Pues si el chico va a Valencia, podremos quedarnos en casa —dijo Agustín— con una sonrisa de satisfacción de saber que se hallaba cerca de Patt y que su destino lo llevaría aunque fuera transitoriamente hacia sus brazos.

—Perfecto Agustín —dijo Theodore— entonces partiremos por la mañana y en unos días llegaremos a tu tierra, donde espero podamos dar fin a nuestra aventura.

Ilker sonreía mientras su mente maquinaba el plan que le permitiera deshacerse de sus compañeros. Sabía que Theodore en ese estado no sería inconveniente, pero Agustín y Renzo eran otra cosa. Era imperioso separarlos de algún modo.

De pronto, como si se le acabara de ocurrir soltó:

—Compañeros, que les parece si hacemos dos grupos. Puedo partir con uno de los jóvenes ahora mismo y el que quede puede acompañar a Theodore por la mañana. De seguro nuestras oportunidades de encontrar al chico con vida y a los pergaminos serán muchas más si nos separamos, al fin y al cabo hemos dado muerte a los ajusticiadores y dudo que existan otros peligros en la vía hasta Valencia.

—Señores, volvió a interrumpir Álvaro, hemos oído de que estos caminos están llenos de merodeadores, casualmente hemos advertido a Francisco y a Pierre que tuviesen mucho cuidado dónde se detenían a descansar para que no fueran sorprendidos por bandoleros.

Ilker arrugó el seño cuando vio que su idea estaba siendo reconsiderada por sus compañeros. Sin embargo Theodore dijo:

—Señores, la vida de mi hijo es la que está en peligro, ayúdenme a incorporarme y partiremos de inmediato, intentaré no ser un retraso para ustedes.

—Como gustes Theodore —dijo Ilker con su acostumbrado acento— partiremos de inmediato y esperemos la fortuna de no encontrar contratiempos por el camino.

Álvaro se dispuso a preparar algunas provisiones para el camino y dio instrucciones para que los vendajes de Theodore fueran cambiados y le habló a Agustín sobre como realizar las curaciones cuando estuvieran en camino a Valencia.

Al cabo de dos horas, los cuatro hombres reemprendían su viaje. De todos el más sonriente y animado era Agustín. Ilker, por su parte seguía maquinando un plan que le permitiera llegar solo a Valencia.

Giácomo Ambrossini ambicionaba el trono papal más que cualquier cosa en el mundo, su crianza con los Borja de Valencia lo habían hecho vivir el lujo y el esplendor con que pueden revestir los hábitos a un hombre, aún tratándose de un Borja. Cuando su padrino Rodrigo enfermó, víctima de un envenenamiento y César fue apresado y enviado a España como un vulgar ladrón, pensó que sus ambiciones de niño de hacerse un día con el trono que ocupaba Rodrigo se esfumaban. La elección de Francesco.

Todeschini Piccolomini, quien cambiara su nombre por Pío III, a la muerte de Alejandro VI, fue una fugaz alegría.

Giacomo consideraba que la elección de Francesco era providencial para él, pues el cardenal siempre lo había tratado bien y no era un enemigo de los Borgia. Sin embargo, al morir tan solo 10 días tras de su elección y ser elegido Giuliano della Rovere, acérrimo rival de su familia afectiva, fue un golpe duro. A pesar de no ser una presa evidente por su escasa edad y no llevar el apellido Borgia, Ambrossini prefirió auto desterrarse en Navarra, a donde llegó siguiendo los pasos de César Borgia. A la muerte de este, Ambrossini se unió a la iglesia y aprovechó los contactos que tenía para ascender rápidamente en la pirámide eclesiástica. Ya maduro, comprobó sus dotes para el liderazgo y se convirtió en Cardenal. Su unión con Julianni lo había hecho aspirar a una posición mayor, la posición de Padre de la Iglesia.

Giuliani y Ambrossini habían ideado hacerse de los pergaminos y obtener ambos importantes beneficios, Ambrossini obtendría la tiara papal y Giuliani importantes riquezas confiscadas a los florentinos. Llegado el momento Ambrossini dispondría todo para que su socio lo sucediera a su muerte como sumo pontífice.

—¿Dónde estará Giuliani? Si los ajusticiadores han sido eliminados es muy probable que también esté muerto. —Pensaba Ambrossini— mientras veía a los hombres prepararse para la marcha.

Observó a Isabella que salía atada de manos de su tienda, en compañía de Pietro y Bernardo. La chica mostraba en su cuerpo las huellas de la mala alimentación y el maltrato recibido por días. Recordó las palabras que sostuvo la noche anterior y sus acusaciones para Pietro.

¿Cómo puede un hombre del nivel de Pietro querer revolcarse con una chica a la que triplica su edad? Ya me ocuparé de este hombre de resultar cierta esta historia.

Los soldados a una orden de Héctor se pusieron en camino a Valencia. Ambrossini repasaba la constitución física de los hombres elegidos y esperó que la cantidad fuera suficiente en caso de topar con problemas. Tampoco era de andar con un contingente armado y despertar las sospechas del Cardenal Medici que contaba con importante influencia con Pablo IV y que podía con solo mover su lengua echar al traste con todos los planes.

La marcha era forzada, Ambrossini sentía prisa por llegar a Valencia antes que sus adversarios. Los pergaminos estaban cercanos pero el riesgo era mucho. Tras varios días de travesía, el grupo dio con el camino que comunicaba a Valencia con Barcelona, por el que sin duda debían transitar Pierre y Francisco. A esta altura del camino faltaban menos de dos jornadas para llegar a tierras valencianas, por lo que Héctor decidió enviar a un soldado en avanzada y dejar a otro esperando por si aparecían los objetivos, la orden era clara, si era posible hacerse con los pergaminos sin librar una lucha debían hacerlo, pero si debían enfrentarse a algún peligro debían procurar unirse con el resto de la expedición sin hacer saltar sospechas.

Pasadas dos horas, el soldado que se había quedado haciendo guardia en el camino alcanzó a Héctor. Su caballo estaba desfallecido y el hombre apenas podía hablar.

—Señor, por el camino... —Decía mientras señalaba.

—Vamos hombre respira. ¿Qué has hallado en el camino?

—Señor, —dijo el soldado— vienen cuatro jinetes por el camino, deben estar a escasa media hora de aquí, he tratado de sacarles toda la ventaja posible, pero sin duda son buenos jinetes y no tardarán en darnos alcance. Uno de ellos viene mal herido, casi se desplomaba del caballo cuando lo vi pasar.

—¿Cuatro jinetes? se dijo para sí Ambrossini —De seguro son los hombres de Theodore. Héctor dispón que un grupo de soldados salga a su encuentro, necesitamos tomarles ventaja suficiente a estos hombres.

Héctor acató la orden, los cuatro soldados que viajaban con él saldrían al encuentro, mientras él y el soldado que había llevado la información seguirían custodiando a los cardenales.

El camino a Theodore se le hacía pesado, había perdido mucha sangre y aunque trataba de fingir fortaleza ante sus amigos a cada tranco del caballo sentía que las

fuerzas se le escapaban. Ilker lo miraba complacido, Theodore sería un enemigo menos en caso de llegar a una contienda.

Los cuatro soldados de paga no tardaron en encontrarse con los miembros de la Sociedad Veritas. El primero en verlos fue Agustín que hizo a sus compañeros disminuir el paso. La marcha que traían y el desenvainar de sus espadas no podía significar otra cosa más que problemas.

—Caballeros, tenemos visita.

Theodore se incorporó sobre su caballo, mientras Ilker meditaba sus pasos. Cuatro soldados significaba una ventaja mínima si él se mantenía con el grupo de Theodore, pero al pasarse de bando y el factor sorpresa sin duda decantaría las cosas a su favor.

Al acercarse más el grupo, Agustín vio como una flecha pasaba silbando sobre su cabeza, unos metros más adelante uno de los soldados caía al suelo con su garganta atravesada.

—Ahora somos cuatro contra tres dijo Renzo sonriendo.

La maniobra de Renzo había dejado estupefacto a Ilker que nunca había visto a nadie manejar así el arco y la flecha. Sus números ahora eran menos ventajosos y al golpe de la flecha pudo ver como los soldados se paraban de golpe y dudaban sobre arremeter. Renzo había acertado en el líder del grupo y los demás se miraban unos a otros en busca de liderazgo sobre el como actuar.

Agustín y Renzo observando la duda espolearon sus caballos mientras daban gritos arengándose uno al otro. Los soldados sorprendidos aún más, emprendieron la retirada volviendo sobre el camino que los había traído. Al llegar a la cima de una pendiente, Renzo volvió a cargar su arco y despidió otra flecha contra los soldados que huían. Esta vez la flecha se incrustó en la espalda del soldado más retrasado, que cayó al suelo. Sus compañeros ni siquiera se preocuparon por asistirlo, siguieron su marcha tratando de ponerse a salvo del arquero.

—Como buen milanés has estropeado la diversión Renzo, dijo Agustín.

—Lo siento amigo mío, lo único que hice fue acabar con los dos soldados que me correspondían. Lamento que los tuyos hayan escapado. Vamos volvamos atrás para ver que ha sucedido con Ilker, supongo que se quedó cuidando de Theodore.

Mientras Agustín y Renzo perseguían a los soldados, Ilker sintió que era el momento propicio para acabar con la vida de Theodore. Se acercó a su caballo y le ofreció ayuda para desmontar. Lo asfixiaría como había hecho con Gorka, así no quedarían huellas para cuando regresaran Renzo y Agustín. Theodore aceptó el brazo de Ilker y descendió de su caballo. Sus piernas casi no podían sostenerlo y estuvo a punto de llevarse al suelo a Ilker.

El turco repasó una vez más el camino para saber que se encontraba solo. Las cosas se habían facilitado de una manera insospechada, Theodore se había desmayado y estaba a sus expensas. Era cuestión de acabar la misión que por años supo debía realizar un día, acabar con la vida de Theodore.

Sigiloso, acomodó sus manos sobre la garganta de Theodore, que al sentir el contacto volvió en si.

—¿Qué haces Ilker?

El turco si sintió descubierto y dudó por un momento. Retiró sus manos de Theodore intentando mostrar que lo estaba asistiendo, se miró en los ojos de Theodore y no sintió rencor, solo la necesidad de apartarlo de su camino.

Cuando se disponía a reemprender la tarea, oyó a sus espaldas el cabalgar de sus compañeros y se detuvo a tiempo.

—Me alegra ver que descansan. Dijo Renzo al acercarse.

—Theodore se ha desvanecido y debí ponerlo en tierra. Creo que no debe seguir el camino. Sugiero que uno de ustedes dos se quede con él y lo lleve a donde puedan atenderlo. Mientras yo podré perseguir a esos tres hombres, de seguro estamos cerca de nuestro objetivo para que se hayan preocupado por salir a nuestro encuentro.

—Bien, me parece que estás en lo correcto —dijo Renzo, yo me quedo con Theodore y ustedes pueden ir tras ellos, al fin y al cabo yo ya hice mi parte, ya no son cuatro como cuando venían, sino tan solo dos.

—Acaso nunca puedes dejar de bromear, le dijo Agustín mientras lo fulminaba con la mirada.

—Amigo Agustín, ya un día moriremos y nuestras calaveras podrán estar todo lo serias que tu quieras, por ahora pienso reír a todo lo ancho que me dé mi boca.

—Un día que espero esté muy lejano, amigo Renzo, morir es lo último que quiero hacer.

Y es lo último que harás, pensó Ilker mientras apretaba nuevamente sus dientes al haber fracasado en su intento de acabar con Theodore.

—Pongámonos en marcha —dijo Ilker— aun queda terreno que cubrir y entre más pronto lleguemos a Valencia mayores serán nuestras posibilidades.

Agustín e Ilker partieron. Renzo ayudó a Theodore a incorporarse, la herida se había abierto y volvía a manar sangre abundantemente.

—Vamos Theodore, Agustín me ha dicho que a escasos kilómetros encontraremos un poblado donde puedan atenderte. Te ayudaré a subir al caballo e iremos al paso que puedas.

—Gracias Renzo, me siento realmente débil y aunque quisiera con todo mi corazón seguir en la búsqueda de los pergaminos y de mi hijo, en este estado no haré más que retrasarlos. Además ha dicho Agustín que tú también tienes un corte...

—Vamos compañero, no te preocupes, tengo la salud de un caballo y prácticamente no me acordaba de la herida, ha sido solo un roce.

—Juventud divino tesoro, que diera por tener tus años y vivir de nuevo todo lo que he andado.

—¿No te arrepientes de nada amigo Theodore, si pudieras volver a nacer. Harías exactamente lo mismo?

—Sin duda Renzo, no soy de arrepentimientos. Lamento la muerte de Nerea y el haber abandonado a mis hijos, pero la misión que me impuse es más grande que cualquier sentimentalismo. Esos pergaminos son una fuente de conocimiento que debe ser revelada.

—¿No te preocupa que una revelación como esa pueda afectar la fe de miles de personas y cambiar la historia de la humanidad?

—La verdad nunca irá en contra de la humanidad Renzo, de seguro afectará a muchos corruptos que han hecho de la fe un negocio y una forma de vida, pero al final de la verdad solo saldrán cosas buenas.

—No estoy tan seguro de eso Theodore, creo que hubiese preferido tener a mi padre conmigo antes de que se involucrara hasta su muerte en esta cruzada y sin embargo hago lo mismo con mis hijos, les niego la posibilidad de conocer a su padre y todo por un obsesión, que se hizo tan fuerte como la tuya, pero que ahora que he vengado a mi padre, ya no me parece tan importante.

—¿Entonces porqué sigues con nosotros Renzo? Bien pudiste volver a Milán desde Montpellier.

—Porque ahora me une a ustedes un sentimiento de hermano. Tengo un compromiso para con ustedes y pienso honrarlo. Mi deseo es que Agustín regrese con su mujer sano y salvo y pueda vivir para tener hijos y verlos crecer. Es un buen chico y no lo dejaré a su suerte.

—Bien Renzo, has comprendido bien el concepto de hermandad que siempre busqué para la Sociedad Veritas. Encontrar la verdad es tan importante como hacerlo con las personas adecuadas. La verdad en manos de alguien mentiroso solo traerá mentiras, así como el poder en manos de alguien sin escrúpulos solo puede conducir a las desgracias.

—Quiero que me prometas algo...

—Sabes que solo tienes que pedirlo Theodore.

—Si llegara a morir, quiero que hagas cuanto esté en tus manos para conducir esta hermandad.

—Pero pensé que un día Ilker...

—No Renzo, hay algo en el turco que no termino de comprender. Desde su ingreso a la sociedad lo he sentido muy comprometido con los fines de esta, tal vez demasiado comprometido y hay algo en su mirada...

—También he sentido ese escalofrío cuando me mira y sonrío, es como algo siniestro, pero nunca he sido paranoico y no me dejo llevar por mis creencias.

—Pues en mi caso es lo contrario, nunca estuve de acuerdo en que ingresara a la sociedad y nunca supe bien porqué, pero en estos días de cabalgar juntos he llegado a creer que no es quien aparenta ser. Al salir en esta aventura, pedí a Remí que lo investigara a fondo y que me hiciera saber todo cuando pudiera averiguar, he esperado por días su información pero no he sabido nada.

—Theodore ¿Crees que hemos hecho bien dejando a Agustín solo con él?

—No lo se Renzo, ahora que lo dices, tal vez debimos impedir que se fueran solos. Apuremos el paso y corre hasta alcanzarlos. Por suerte no te habrán tomado mucha delantera. Yo me quedaré en el pueblo algunos días, hasta que pueda ser útil y no una carga.

—Bien Theodore, no te preocupes, les daré alcance y velaré porque nada le pasa a Agustín. Te lo prometo.

Ilker y Agustín galopaban tras de los soldados que habían escapado, era preciso alcanzarlos antes de que encontraran a posibles refuerzos. Con las fuerzas igualadas no serían problema, pero si se llegaban a unir a otros, la situación sería más complicada.

Desearía que Renzo y sus flechas estuviera aquí, pensaba Agustín, de seguro nos sería de utilidad en caso de necesitar equilibrar las fuerzas con el enemigo.

Al llegar a un recodo del camino, el caballo de Agustín se encabritó, estuvo a punto de botar a Agustín de la montura, pero la pericia del joven le ayudó a controlarlo. Al reiniciar la marcha, Agustín notó que su caballo cojeaba.

—Detengámonos un momento Ilker, mi caballo no está bien.

Ilker, arrugó la cara en una mueca de desaprobación, un contratiempo más en su camino de deshacerse de aquel chico. Quizá con unos años de menos se arriesgaría a enfrentarlo, pero ahora sería un caso perdido. Había observado muchas luchas de Agustín y el valenciano era un excelente espadachín.

Ilker bajó del caballo y se unió a Agustín que revisaba la pata izquierda del animal.

—Es una torcedura seria, no creo que pueda reiniciar el camino en este animal.

—Hace unos cuantos kilómetros pasamos por unas cuadras, volveré y te traeré otro animal Agustín.

—Bien Ilker, lleva por favor al mío y déjalo al cuidado de esa gente, hemos pasado muchas aventuras juntos y no quiero sacrificarlo.

Ilker se devolvió por el camino, refunfuñaba y renegaba de su suerte. Cada minuto que perdía era uno más que respiraría aquel hombre, alejándolo de su objetivo.

Al cabo de media hora, Ilker regresó con un caballo negro, de largas crines y una estrella blanca en su frente. Había cambiado la montura y equipo de Agustín, por lo que estaban listos para reemprender el viaje.

—Es un buen ejemplar Ilker, de seguro un caballo español.

—Pues no ha sido nada barato mi joven amigo.

—Ya arreglaremos cuentas, por ahora pongámonos en marcha Ilker, que el tiempo apremia.

Retomaron el viaje con fuerzas renovadas por el descanso. Al cabo de unas horas, ambos vieron a la distancia a un grupo de jinetes por el camino, la polvareda que despedían era señal de que iban al trote, descansando los caballos. Ilker miró a Agustín y le guiño un ojo, ambos apuraron la marcha.

El grupo de jinetes también los había observado porque un grupo de ellos había aminorado la marcha. Eran Héctor y los cuatro soldados que quedaban. Pietro, Bernardo, Ambrossini e Isabella habían continuado su viaje hacia Valencia, mientras estos hombres se disponían a enfrentar a Ilker y Agustín.

Al llegar a unos treinta metros la distancia que los separaba, los hombres pararon su

marcha. Ilker y Agustín quedaron de espaldas a un recodo del camino, en ese lugar se daría la lucha. Héctor les hizo señales a sus hombres de no avanzar y con paso pausado del caballo se acercó a los miembros de la logia. El ambiente era tenso. Ilker se encontraba al frente y un par de pasos atrás se hallaba Agustín.

—Señores —dijo Héctor. —¿Qué los trae por aquí? Somos soldados del ejército pontificio y custodiamos a unos cardenales en su viaje a Valencia.

—Sabemos bien quienes son, ya tuvimos un recibimiento de sus compañeros y ahora son comida de los buitres.

—Calma Agustín —dijo Ilker. Deja que yo me arreglaré con este hombre.

A pesar de que Agustín trató de impedirlo, Ilker avanzó hasta Héctor y a unos pasos, habló con él, en voz baja.

Agustín no escuchaba lo que decían aquellos hombres, pero le parecía que no había indicios de hostilidad. La desventaja en fuerzas era muy peligrosa. Antes se había enfrentado a tres hombres solo, pero estos eran soldados entrenados y aún no conocía bien la destreza de Ilker. Una vez más añoró que fuera Renzo y no Ilker el que lo acompañara.

—Maldito milanés, ¿Dónde estás ahora que te necesito?

Héctor se giró sobre su caballo e hizo señales a los soldados de acercarse.

Agustín se movía nervioso en su caballo y no perdía movimiento de Ilker. Al unirse los soldados a Héctor, Agustín observó como éste les daba instrucciones y tomaba el camino a Valencia junto con Ilker.

—Ilker, ¿Qué haces? —gritó Agustín.

—Poner las cosas en su lugar valenciano. Desde hoy ya no serás un obstáculo para mis planes.

Iba a reemprender el viaje, Ilker se paró en seco y volviéndose a Agustín dijo:

—Por cierto, ya puedes dejar de llamarme Ilker, Cardenal Giuliani sería más apropiado.

—¿Cardenal Giuliani? dijo Agustín, eres un maldito traidor.

—¿Traidor?, no joven Agustín, el papel de traidor lo asigna la historia y esta la escribiré yo cuando tú ya estés muerto.

Me cuidaré de que ese apelativo sea para Theodore y todo el grupo de inútiles que lo rodea.

—Pagarás por esta traición.

—No te preocupes joven, dijo Héctor —en el infierno te espera un compañero de tu logia a quien despaché hace días. Su nombre era Abraham Palavicini.

Giuliani se rió ruidosamente y haciéndole una señal a Héctor, ambos cabalgaron hacia Valencia.

Los tres soldados se acercaron despacio a Agustín. El joven era valeroso y no se entregaría fácilmente. El miembro de la logia bajó de su caballo y dándole una palmada

en las ancas lo hizo alejarse. Su espada en la mano relucía al reflejar el tímido sol de aquel atardecer.

Los soldados se separaron lo más posible y comenzaron a rodear a Agustín. El joven daba vueltas tratando de no perder de vista a ninguno de aquellos hombres. Decidido cargó contra el de menor envergadura y lo hizo retroceder. Los otros soldados se abalanzaron contra Agustín y este apenas pudo repeler sus embates. Al separarse y marcar distancia, pudo notar que la sangre corría por su brazo derecho. Había sido cortado.

Los hombres sonrieron complacidos. Agustín no estaba vencido, pero ya había probado el frío del acero. Una nueva carga se preparaba cuando Agustín oyó silbar el viento sobre su cabeza, una flecha había atravesado el espacio yéndose a estrellar en el corazón del soldado que había cortado a Agustín.

—Es Renzo —dijo Agustín.

Los soldados miraron a las espaldas del valenciano y observaron a Renzo aproximarse a las espaldas del mismo. Tragaron grueso, las fuerzas se hallaban ahora equiparadas y no había forma de eludir la confrontación.

La lucha se alargó por unos minutos, Renzo despachó al soldado con que luchaba y dirigiéndose a Agustín le dijo mientras se lanzaba a descansar en el suelo.

—Pues con este llevo cuatro y tu Agustín aún no te deshaces del tuyo.

Agustín lo miró y sonrió. Cargando fuerte contra su adversario lo hizo retroceder hasta caer. El hombre se sintió indefenso con el filo de la espada de Agustín sobre su garganta.

—Habla —dijo Agustín— que sabes del Cardenal Giuliani y de tu jefe. ¿Adónde han marchado?

—¿Quién ese Cardenal Giuliani, Agustín? Preguntó Renzo.

—Es el maldito que conoces como Ilker. Es un traidor y juro que mataré a ese hombre, aunque sea lo último que haga.

El soldado escupió a la cara de Agustín e intentó aprovechar el descuido para embestirlo con su arma, pero antes fue penetrado por la espada del valenciano que se hundió con rabia casi hasta la empuñadura.

—Bien hecho amigo Agustín, ese hombre de seguro no nos diría nada. Ahora cuéntame ¿Qué es esa historia de que Ilker es un traidor?

—Te la contaré en el camino. Ahora vamos tras Ilker y el soldado que lo acompaña. Pero desde ahora te digo, resérvame a mí el placer de acabar con su vida.

—Renzo, lo olvidaba, el soldado que acompaña a Ilker dijo haber matado a Abraham.

—¿Estás seguro?

—Si amigo, lo dijo justo antes de marcharse con Ilker camino a Valencia.

—Abraham no era solo el mejor amigo de mi padre, sino que se desposaría con mi hermana.

—Lo se amigo y lamento lo que ha sucedido.

—Yo también lo lamento, otra vez tengo a quien vengar y no descansaré hasta ver muerto a ese tipo.

—Entonces pongámonos en marcha hermano, que esos hombres no nos llevan mucho trecho y en este momento deben estar felices de haber acabado conmigo, lo que menos esperarán es encontrarme de nuevo.

—Pues en marcha.

Capítulo XXV: Hacia Sevilla con viejas maldiciones

De que vale darle al ser humano un mundo nuevo si pronto lo llenará con sus iniquidades

AMBROSSINI, Giuliani y Héctor cabalgaron deprisa hacia Valencia, los hombres de la sociedad veritas se encontraban demasiado cerca y aunque la ventaja de los tres soldados sobre Agustín era evidente ya otras veces habían subestimado a los miembros de la sociedad con resultados catastróficos.

Giuliani no dejaba de culpar a Ambrossini el haberse provisto de tan pocos soldados, afortunadamente Theodore no había llevado más que a cuatro miembros de la Sociedad Veritas y siendo él uno de ellos, la ventaja no era despreciable, aunque se hubiese sentido más a gusto con un batallón completo.

—Ambrossini, parece que no aprendiste nada de tu hermano de crianza César Borgia. El era un auténtico guerrero y antes de emprender el viaje se hubiese asegurado de la victoria.

—Lamento que no hayas sido tu Giuliani, quien eligiera a los soldados, de seguro habrías traído numerosos mercenarios de tu tierra, conocidos por toda Europa como carniceros.

—Pues si hubiese sabido de la partida de inútiles que resultaron ser tus soldados, un solo miembro de la veritas sin siquiera desmontar los hizo huir diezmados...

—Señores —terció Héctor— me hago responsable por el hacer de mis hombres, son los mejores que he conocido y además de su valor, son las más discretos, cualidad que resultaba de extrema importancia según me dijeron.

—No te preocupes Héctor, ya sabremos recompensar tu ineficiencia, dijo Giuliani entre dientes.

—¿Qué has dicho? Saltó Héctor. Giuliani solo lo miró con desprecio y siguió su marcha hacia Valencia adelantándose a sus dos compañeros.

—Este hombre es peligroso señor Ambrossini.

—Lo se Héctor, es una hiena y no dudará en caer sobre nuestros cuerpos si fuera necesario para sus fines, pero por ahora es de utilidad.

—Ya me ocuparé de él mi señor, —dijo Héctor con ira en sus ojos.

—Es todo tuyo, mi querido Héctor.

Pietro y Bernardo preferían no participar de los comentarios, cabalgaban atrás de Héctor custodiando a Isabella que seguía siendo importante para sus fines. Pietro pensaba en el banquete que se daría con ella, una vez no fuera necesaria, la haría pagar por sus desprecios, la humillaría y la obligaría a hacer las cosas más abominables. La miraba cabalgar en su caballo, su vestido rasgado dejaba al descubierto su bien formado muslo. Isabella era una mujer de carnes apretadas y las labores ayudando a su padre a cargar los toneles de vino la había hecho de brazos y

piernas fuertes. Pietro no podía separar la vista de Isabella, sus cabellos, sus pechos, su cintura y todo su cuerpo le eran extremadamente deseables.

Isabella percibió la mirada del cardenal y soltando las riendas de su caballo acomodó su falda con las manos atadas. Miró a Pietro y lo escupió. El cardenal no se molestó en retirar la saliva de su cara, simplemente sonrió de manera siniestra a Isabella, quien no pudo evitar estremecerse ante los ojos demoníacos de Pietro.

—Maldito bastardo, un día me reiré ante tu tumba —dijo Isabella al borde del llanto.

—Ahorra tus energías dulce niña, que esta noche estarás conmigo y haré de ti lo que desee.

—Nunca, nunca, animal, antes moriré que ser tuya. Mataste a Pierre y con él al único hombre que...

—Matarlo, ¿Quién te ha dicho que está muerto? No mi niña, Pierre no está muerto aún, pero lo estará en cuanto lo volvamos a ver. Si se ha librado de la hoguera es solo porque aún nos puede ser necesario. Como tú, que antes de ser alimento para los buitres, serás comida de cardenal, con lo cual te hago un favor. Bernardo solo escuchaba y callaba. Pietro le parecía un cerdo, pero no estaba dispuesto a discutir con él y menos intercediendo por una bruja. El viaje había sido largo y solo lo soportaba por lo que le había ofrecido Ambrossini. En cuanto fuera coronado como papa, lo convertiría en el camarlengo, con lo que obtendría un gran poder. Sus únicas preocupaciones era Giuliani y Pietro ya que no sabía que obtendrían ellos de todo esto y temía que se les hubiera ofrecido lo mismo que a él.

Ambrossini era un hombre peligroso, pero el conocía muchas cosas de su pasado que sin duda harían daño al cardenal si no cumplía su promesa. No dudaría en ir con su información donde Medici; el florentino de seguro pagaría bien por los datos que pudiera darle de su principal competidor por la tiara papal.

Muchos kilómetros adelante Pierre arribaba a Valencia. Nunca había estado en esa ciudad y sus estructuras góticas le llamaban poderosamente la atención, estaba extasiado contemplando los edificios y murallas de la ciudad. Como principal potencia comercial del Mediterráneo occidental, Valencia junto con Génova y Venecia, era la puerta de entrada y salida de numerosos personajes, corrientes artísticas e intelectuales. Fue la cuna de la familia Borja, futura saga de papas valencianos. Pierre se encontró con una Valencia similar a la narrada por Francisco en sus historias. Francisco solía hablarle de aquella ciudad a orillas del mar Mediterráneo y de lo mucho que añoraba sus puestas de sol frente a la playa. Francisco le había hablado también de la Iglesia de San Juan del Hospital, que era, fuera de la catedral, la iglesia más vieja de Valencia. Mucho se extasiaba Francisco hablando de su construcción allá por el Siglo XIII y de la cantidad de obras de arte que albergaba, a pesar de todos esos comentarios, Francisco nunca había tenido la oportunidad de visitarla, por lo que no conocería a nadie allí.

Pierre estaba seguro, de encontrarse Francisco en Valencia había dos lugares donde podría hallarlo, la playa en el atardecer y la Iglesia de San Juan. Eran sus dos anhelos de conocer las tierras valencianas. Al llegar Pierre a Valencia caía la noche, por lo que se dirigió a la Iglesia de San Juan a la espera de encontrar a su tutor orando en sus gradas. Cuando bajó del caballo su corazón palpitaba vigorosamente, se sentía realmente cerca de su padre afectivo, su corazón no lo podía engañar. Rápidamente amarró a la bestia en un bebedero y se dirigió a la iglesia. Subió unos escalones y se

adentró en la estancia principal. Frente a un enorme cristo en una de las paredes de la Iglesia, Pierre pudo ver al monje que rezaba hincado de rodillas. Su corazón se llenó de gozo y apuró la marcha, sin llegar a correr para no mancillar el sitio en que se encontraba, llegó hasta el monje y poniéndole su mano en el hombro le dijo:

—Hermano Francisco, que alegría encontrarlo...

El monje asustado se incorporó, se persignó apresurado y se volvió hacia Pierre. Hasta ese momento el joven se dio cuenta de su error. El hombre a quien había asustado no era Francisco, era un monje viejo y muy maltratado por los años, que ante su consulta le dijo:

—Soy el hermano Benjamín muchacho. Pero si buscas a Francisco de Gilbert...

—Si, lo busco, he venido desde Francia tras de sus pasos, puedes decirme ¿Dónde se encuentra?

—¿Desde Francia?, entonces tu debes ser Pierre, el chico a quien entrenaba cuando ha ocurrido su desgracia...

—Si señor, mi nombre es Pierre de la Vassieré, soy... un amigo de Francisco y he venido para ayudarle en los problemas en que el destino le ha metido. ¿Puede decirme donde hallarlo? —repitió Pierre impaciente.

—Pues ahora mismo voy a encontrarme con él. Si gustas venir conmigo, estás tu también invitado a una humilde cena de monje.

—Gracias hermano Benjamín, es usted muy amable. Estas son las primeras buenas noticias que recibo en días.

—Pues no las hagamos esperar más. Vamos conmigo que Francisco está oculto en unas viejas catacumbas que se encuentran bajo la plaza de la iglesia, son construcciones del tiempo de los romanos, que por siglos han servido para ocultar a quienes huían perseguidos de la iglesia o por la iglesia.

Pierre y Benjamín caminaron en silencio por los calles de Valencia, Benjamín absorto en sus oraciones que habían sido interrumpidas y Pierre observando los edificios que eran más majestuosos de lo que imaginaba cuando Francisco le describía lo que a su vez a él le habían contado.

Pronto llegaron a la plaza de la iglesia y bajo un monumento se encontraba oculta una entrada a un camino subterráneo que serpenteaba por unas gradas que conducían a unos pasadizos oscuros y húmedos. El olor a humedad golpeó la nariz de Pierre que no pudo ocultar la molestia por el olor. Benjamín tomó al chico por el hombro y le dijo:

—Pronto te acostumbrarás al olor Pierre.

—No gracias hermano, prefiero no acostumbrarme.

—Pues según me dijo Francisco, huía de un grupo de soldados de la guardia pontificia que se encontró en el camino, y aunque no lo cuestionaron, sabía que tendría problemas con ellos. Ahora, he ido a investigar y los soldados no lo buscaban a él, venían con órdenes del Cardenal Medici, de que debían buscar a Pietro, Bernardo y Ambrossini y traerlos con ellos so pena de ex comunión si no colaboraban.

—Por fin, el papa se ha enterado de los horrores que han cometido esos demonios.

—No Pierre, no te has enterado, Pablo IV ha muerto y parece que el Colegio Cardenalicio está haciendo elección y aunque aún no eligen a nadie, parece ser que las mayores posibilidades las tiene Medici de Milán.

—¿Un Medici?

—Si Pierre. Tenemos fe de que este hombre pueda rescatar a la iglesia de los abismos a los que la llevó Pablo IV, quien gozaba de un pésimo carácter y aun peor suerte para elegir a sus allegados y asesores.

—Creo que los hombres mencionados la pasarán realmente mal con Giovanni de ser electo.

—Pues espero que ponga las cosas en su lugar, para mí el mundo se ha vuelto loco de unos meses para acá —dijo Pierre.

Hablando llegaron a la base de las catacumbas y encendieron una antorcha poderosa que alumbraba bien el camino. Tras caminar por unos minutos, Benjamín tomó la antorcha de manos de Pierre y la agitó tres veces en el aire. Era la señal para Francisco de que todo iba bien.

Francisco salió de detrás de una pared destruida por el tiempo y Pierre pudo ver su figura inconfundible. Corrió hacia el monje, quien no lo reconoció hasta que el joven se arrojó llorando en su hombro, Francisco lo abrazó con fuerza y soltó a llorar. Benjamín observaba la escena conmovido y no se atrevió a interrumpir. Pierre fue el primero en soltar el abrazo y Francisco aun sujetándolo le decía:

—Pierre, mi niño, pensé que no te volvería a ver nunca más...

—Yo también hermano Francisco, cuando escapó de aquellos hombres de la inquisición pensé que mi instrucción no terminaría.

—¿Pero como has llegado hasta Valencia?

—Es una historia larga hermano Francisco. No sabe todo lo que ha pasado en estos días.

—No he vuelto a saber nada de nada hijo mío, no tengo noticias de la abadía, desde que salí de ella.

—Hermano, lamento que las noticias que traigo no sean buenas.

—Habla Pierre te escucho con atención.

—Hermano, el abad Antonio... —Pierre se cortó y volvió a sollozar.

—¿Le ha pasado algo al hermano Antonio?, Vamos Pierre, no aumentes mi ansiedad y dime, ¿Qué le ha pasado?

—Los hombres de la inquisición lo asesinaron.

—¿Estás seguro Pierre?, no será uno más de esos cuentos del camino, que se distorsionan conforme pasa de boca en boca.

—No hermano Francisco, yo mismo lo vi morir en la hoguera.

—¿Antonio en la hoguera? ¿Por qué? El nunca hizo nada malo.

—Pietro y Bernardo lo culparon de no querer decir su paradero y el de los documentos que Rodrigo de la Goublaye le entregó.

—Pero Antonio ni siquiera lo sabía. ¿Por qué ha muerto Antonio Dios mío?, el que debí morir fui yo —Dijo Francisco volviendo a llorar desconsoladamente.

—No diga eso hermano Francisco, nadie merecía morir por esos papeles. También Isabella ha muerto y ella era tan inocente como el hermano Antonio...

¿Isabella? ¿Quién es Isabella?

—Isabella es mí..., recuerda aquella niña, hija del vendedor de vinos, que solía gastarme bromas...

—Si claro que la recuerdo, pero ¿Cómo es que se ha involucrado en esto?

—Ella reconoció a Antonio y quiso ayudarlo. Pietro intentó abusar de ella y al no conseguirlo la condenó a la hoguera. Igual destino me esperaba a mí, pero desperté al día siguiente para saber o al menos creer que un caballero de nombre Gorka me había rescatado de los inquisidores.

—Alabado sea el nombre de Dios dijo Francisco mientras se persignaba.

—Luego me enteré que Gorka era un traidor y que solo quería utilizarme para llegar hasta usted hermano.

—Deja que me siente hijo, —dijo Francisco mientras no podía contener su vómito.

—Hermano ¿Se siente usted bien? —Dijo Benjamín que seguía escuchando la historia sin salir de su asombro.

Pierre y Benjamín ayudaron a Francisco a sentarse en el duro suelo de las catacumbas y se sentaron junto a él.

—Disculpen a este viejo, pero las emociones han sido muchas.

—No se preocupe hermano Francisco, lo entendemos bien —dijo Pierre, yo mismo he tardado en asimilar estas cosas y he estado cerca de blasfemar por ver que Dios no se apiadaba de las almas buenas.

—Esto no es obra de Dios, Pierre, es obra del demonio que actúa a través de Pietro y Bernardo.

—Hermano, su vida sigue en peligro, han enviado a muchos hombres armados a buscarlo. Pude ver a un grupo llamado los ajusticiadores, que lucían verdaderos maestros de la tortura.

—He oído de ellos Pierre, casualmente tuve que huir de esos hombres cuando estaba en Montserrat, lo pude hacer gracias a la ayuda de mi amigo Capmany.

—Lo se hermano Francisco, de Montserrat he venido. El hermano Álvaro me habló de su estancia allí y he tenido el gusto de viajar con el hermano José de la Peña...

—¿Vino José contigo?

—No hermano, el se quedó en Montserrat. El hermano Álvaro lo iba a esconder en caso de que los ajusticiadores volvieran.

¿Crees que volverán a Montserrat?

Si hermano Francisco, cuando huimos los ajusticiadores se enfrentaban a Gorka. Eran tres contra uno y supongo no habrán tenido posibilidades.

—Que Dios proteja a Montserrat, —musitó Francisco.

—Que Dios los proteja, repitió Pierre.

Los tres hombres se quedaron en las catacumbas hablando por largo rato, hasta que el sueño los venció y los obligó a dormir.

Alrededor de una fogata que chisporroteaba alegre, Pietro, Bernardo, Ambrossini, Giuliani y Héctor se calentaban del frío de la noche, Isabella se hallaba amarrada a un árbol a unos metros de los hombres, donde la luz de la fogata casi no llegaba y el calor era nulo para calentar sus frías carnes. Giuliani se notaba incómodo, no quería darle la espalda a ninguno de aquellos hombres ya que sentía que no cuadraba dentro del grupo.

—Señores, —dijo Ambrossini— ahora estamos más cerca que nunca de nuestra meta. Finalmente estamos a unas horas de alcanzar los pergaminos y los miembros de la Sociedad Veritas ya no son un problema.

—No subestimes a esos hombres Ambrossini, tengo meses de estar con ellos y se bien de lo que son capaces —dijo Giuliani, sin quitar la vista de las chispas que salían del fuego.

—Ya no quedarán muchos de ellos, de hecho Theodore está mal herido y el joven valenciano debe estar muerto para esta hora.

—Estúpido, no has reparado en que los hombres que fueron por él, aún no regresan —Dijo Giuliani levantándose de prisa. Héctor, anticipando un ataque de Giuliani se puso de pie y en guardia.

—Calmados amigos, dijo Pietro, no es momento de reñir entre nosotros. Ahora más que nunca debemos estar unidos y poner fin a todo este asunto de los pergaminos.

—Bien dices Pietro, es momento de finiquitar este asunto. Lamento mi reacción, —dijo Giuliani mientras se retiraba a su tienda.

Giuliani sabía que su situación era comprometida, pero hasta ahora había entrado en razón de que se había quedado sin aliados. No era el momento de hacer problemas con Pietro.

—Amigo Giuliani, —sorprendió Pietro a Giuliani una hora mas tarde— veo que está usted muy alterado y lo comprendo, se ha luchado mucho para llegar hasta aquí y no es momento de echar todo a perder.

—Vamos Pietro, se que hay algo que desea proponerme, hablemos claro.

—Pues, como usted sabe en esta lucha todos quieren obtener un beneficio, he visto a Ambrossini hablar con Bernardo a solas y creo que le ha ofrecido un importante beneficio, de seguro lo nombrará su secretario en el momento en que ascienda como sustituto de Pablo IV.

—Y dime Pietro, si fuera yo quien ascendiera a Papa, ¿Te gustaría ser el Camarlengo?

—Ahora hablamos el mismo idioma. Solo tenemos que tener cuidado con Héctor, en este momento es quien hace diferencia, los dos soldados que lo acompañan son leales a mi.

—No te preocupes por el soldado, ya me he ocupado de él. No en vano me leí toda la obra de Pedanio Dioscórides Anazarbeo, el famoso griego que más sabía de venenos.

—¿Quiere decir que ya lo ha envenenado?

—Todo está dispuesto Pietro, le quedan pocos días de vida, le he hecho ingerir ciertas setas que destruirán sus riñones e hígado en cuestión de horas de forma dolorosísima. Estará conciente durante la mayor parte del proceso y finalmente entrará en coma y morirá. Pero la acción de la toxina lo dejará incapacitado durante esta misma noche.

—Excelente, un problema menos de que preocuparnos.

Los tres hombres alrededor de la hoguera planeaban en ese momento su curso de acción.

—Debemos encontrar a Francisco y a su joven amigo Pierre, —decía Ambrossini, luego cuando tengamos los pergaminos, debemos deshacernos del turco.

—De eso me encargo yo —dijo Héctor, ya tengo planeado hacer sufrir a ese cerdo.

—Bien caballeros, —respondió Ambrossini, una vez que todo acabe y que yo ascienda a papa, tu Bernardo serás el camarlengo y tu Héctor, serás el Capitán de la Guardia Pontificia.

—Ahora estamos claros señores, no esperaba menos de ustedes, dijo Héctor levantándose, ahora voy a dormir, me siento un poco mareado, de seguro me he pasado con el vino.

—Duerme bien Héctor, que mañana será un día largo, —sentenció Bernardo.

Renzo y Agustín cabalgaron por horas y sin detenerse a descansar llegaron a Valencia. Visitaron la Catedral y las principales iglesias sin que nadie les pudiera dar noticias de Ilker y sus compañeros. Cansados por el viaje, decidieron irse a dormir a un hostel fuera de la ciudad que les pareció apacible y que les permitiría regresar al día siguiente y con la luz del día buscar a los hombres del turco.

—Renzo amigo, ¿Cómo siguió tu corte?

—No es nada Agustín, pronto estaré en perfectas condiciones al lado de mi mujer y mis hijos.

—Yo también ansío eso. Muchas veces me he cuestionado sobre la necesidad de seguir en la hermandad y ahora que todo luce que va a terminar estoy seguro de que será mi última aventura.

—Pues que sea una promesa entre tú y yo, esta será nuestra última aventura Agustín.

—Lo prometo, pero Renzo, si algo me llegara a pasar, prométeme que cuidarás de Patt, que le dirás...

—Se lo dirás tu mismo Agustín, déjate de sensiblerías.

—Vale milanés del demonio, sabía que no servirías ni para dar un mensaje. Que

duermas bien si es que tu conciencia te lo permite.

—Que duermas bien Agustín.

Por la mañana, Pietro y Ambrossini preparaban sus bestias y la de Isabella, cuando un grito de un soldado alertó al campamento, provenía de la tienda de Héctor y hacia ella corrieron todos.

—¿Qué sucede? —dijo Ambrossini, dirigiéndose al soldado.

—Es Héctor señor, no despierta y sus ropas están llenas de vómito.

—Este hombre ha sido envenenado, —dijo Bernardo.

—¿Estás seguro? —dijo Giuliani fingiendo sorpresa.

—Si lo estoy, conozco bien los síntomas y este hombre ha convulsionado toda la noche.

—¿Cómo sabes eso? —interrogó Pietro.

—Mira sus manos están contorsionadas y sus hombros se han salido de lugar. Este hombre fue envenenado con setas.

Los hombres se miraron uno a otro sin salir del asombro. Héctor estaba enfermo de muerte y era una pieza menos en el ajedrez. Bernardo y Ambrossini estaban seguros de que era obra de Giuliani pero no consideraron prudente lanzar cargos en ese momento. Ahora dependía de la lealtad de los soldados y no sabían bien a quien seguirían.

—¿Qué hacemos señor? —Preguntó un soldado a Pietro.

—Seguir la marcha, no es momento de detenernos a no ser que queramos dejar ir el tesoro y que la sociedad nos lo quite en nuestras propias narices.

—En marcha Pietro, apoyo tu criterio —dijo presto Giuliani. Quizá Ambrossini y Bernardo quieran quedarse a velar a su capitán.

Ambos hombres miraron con desprecio al turco y se aprestaron a continuar el viaje. Los soldados estaban reticentes a dejar a su capitán allí a la suerte de las fieras e hicieron señales de que lo llevarían con ellos. Pietro los fustigó y les demandó comportarse como soldados. Héctor ya estaba sentenciado a muerte y no había lugar para muertos en la caravana.

Los soldados acataron la orden y los seis hombres partieron rumbo a Valencia de la que los separaba apenas unos kilómetros.

Al llegar a las afueras de la ciudad el contingente se detuvo por un minuto, tiempo suficiente para que Renzo y Agustín los observaran desde la fonda donde tomaban un desayuno. De inmediato se pusieron de pie y salieron al encuentro de los cardenales. Pietro y Giuliani se percataron primero de la presencia de los hombres y espolearon sus caballos con destino a Valencia. Los soldados muy a su pesar debieron enfrentar a los miembros de la hermandad, acompañando a Bernardo y Ambrossini.

—El cobarde de Ilker ha huido una vez más Agustín.

—Es verdad compañero, pero ya lo hallaremos cuando nos deshagamos de estos

hombres.

Los soldados se abalanzaron contra Renzo y Agustín, la pelea era dura y Bernardo y Ambrossini estaban al acecho con sus espadas desenvainadas a la espera de acontecimientos. En un lance, Agustín chocó contra la pierna de apoyo de Renzo y cayó pesadamente al suelo, Renzo en su auxilio luchó contra los dos soldados acción que aprovechó Ambrossini para herir a Agustín clavando su espada en la espalda del joven.

Agustín rugió de dolor y de rabia y se levantó tan pronto pudo. Renzo en ese instante daba muerte al primer soldado, mientras el segundo se ponía al lado de Ambrossini y de Bernardo. Agustín malherido caminó al lado de Renzo y se dispuso a pelear a su lado. El milanés montado en furia arremetió contra los tres hombres y dio muerte al segundo soldado y cargó contra Bernardo y Ambrossini, quienes huyeron por la vereda en busca de los caballos.

Renzo quiso perseguirlos pero vio como Agustín caía al suelo manando mucha sangre. Se arrodilló junto a su amigo y le descubrió la herida. Era un corte profundo y peligroso. Debía ir por un médico cuanto antes. En ese instante se apareció por el camino Theodore que también venía malherido, aunque ahora cabalgaba un poco mejor. Al ver a Agustín caído, le gritó a Renzo que fuera por un médico. Renzo atendió y volando en su caballo se enfiló hacia Valencia.

Theodore se arrodillo frente a Agustín y le cubrió la herida con su bufanda. Manaba mucha sangre pero al parecer no había tocado ningún órgano. Agustín trataba de hablar, pero Theodore se lo impidió.

—Calma hijo, pronto estarás bien.

Renzo llegó a la ciudad y pudo ver a lo lejos a Ambrossini y a Bernardo perderse entre las calles valencianas. Ahora eran poco importantes, necesitaba un médico para poder cumplir su promesa a su amigo Agustín. Valencia era una ciudad grande y pronto halló a un afamado doctor. Casi a rastras lo llevó hasta su caballo y se encaminaron hacia el sitio donde los esperaban Theodore y Agustín.

Al bajar de su caballo, el médico no sabía a cual de los dos heridos debía atender, pero pronto Theodore se puso de pie y le indicó que atendiera a Agustín. En tanto el médico examinaba la herida del español, Theodore habló con Renzo:

—Renzo, esto ha terminado para ustedes, márchense para sus casas, sus familias los esperan.

—Pero Theodore —balbuceó Renzo— aún no hemos recuperado los pergaminos y esa es nuestra misión.

—Deja Renzo, por primera vez te daré una orden, ve con Agustín hasta su casa y entrégaselo a Patt, luego ve con tu mujer y con tus hijos, no quiero ser responsable de que queden sin padre como sucedió contigo.

—¿Y tu qué harás Theodore?

—Seguiré buscando a mi hijo y esos pergaminos, te prometo que cuando los tenga en mi poder, convocaré a una reunión de la logia para conocerlos.

—Theodore, se me olvidaba decirte, Ilker es un traidor.

—Lo se Renzo, he atado cabos en el camino y solo alguien muy cercano a la hermandad pudo haber llevado tan rápido a la inquisición hasta la abadía donde murió Rodrigo. Lamentablemente lo descubrí muy tarde.

—Creo que hemos terminado con los soldados. Ilker o Giuliani como se hace llamar ha escapado hacia Valencia en compañía de otro miembro de la Iglesia.

—Bien —dijo Theodore— ya los encontraré y volviéndose hacia el doctor le interrogó:

—¿Estará bien?

—Si señor, estará bien en unas semanas. Ahora déjeme que lo revise a usted.

—Theodore aceptó a regañadientes y pese a la recomendación de guardar reposo, solo permitió que el médico le cambiara el vendaje y le hiciera unas curaciones. Con ayuda del doctor, Renzo llevó a Agustín hacia la fonda y al salir vio que Theodore ya se había marchado.

Francisco y Pierre despertaron y aunque llamaron a voces a Benjamín, el monje ya no estaba con ellos en las catacumbas.

—De seguro salió a buscar algo para comer dijo Francisco.

Caminaron hacia la salida de las catacumbas y al llegar a la puerta, la misma cedió con mucha facilidad, Francisco salió de primero y al hacerlo se vio sorprendido por Giuliani quien de un golpe lo tumbó al suelo. Pietro hizo subir a Pierre y poniendo un cuchillo en su garganta dijo a Francisco:

—Bien Francisco, ha llegado la hora de que nos entregues lo que es nuestro.

—Ustedes no entienden —dijo Francisco— estos pergaminos no les traerán ningún bien. El simple hecho de cargarlos es suficiente para que su maldición caiga sobre el portador.

—No te preocupes por eso, hermano Francisco, ya resolveremos a nuestra manera el asunto de las maldiciones, dijo Giuliani. Francisco tímidamente extendió la bolsa de cuero con los pergaminos hacia Giuliani, pero Pietro soltando a Pierre, se los arrebató y retrocediendo unos pasos escudriñó dentro de la bolsa.

—Son nuestros Giuliani, son nuestros.

—Muy bien Pietro, ahora solo debemos asegurarnos que nadie quede vivo para contar que están en nuestro poder.

Francisco y Pierre retrocedieron unos metros, se disponían a correr cuando al galope llegaron Bernardo y Ambrossini.

Todo está perdido pensó Francisco. De repente para sorpresa de Pierre y Francisco, Bernardo intentó arrollar con su caballo a Pietro, quien apenas tuvo tiempo de salirse de su camino. Ambrossini desmontó y se enfrentó a Giuliani.

En la pelea que se desarrollaba muchos valencianos se acercaron a presenciar la lucha de los cuatro viejos. Francisco, aprovechó la confusión y rescató la bolsa con los pergaminos que había dejado caer Pietro. Cuando la tuvo en su poder, animó a Pierre a correr en busca de caballos para huir.

Al llegar a las cuadras, Benjamín esperaba con las bestias de Giuliani y Pietro

ensilladas. Se sorprendió al verlos y bajó su cabeza avergonzado. Francisco supo de inmediato que Benjamín los había traicionado y simplemente tomó la brida de su animal y montó deprisa.

—Gracias Benjamín, eres todo lo que se puede esperar de un hermano.

Pierre montó y ambos corrieron buscando salir de Valencia.

—¿Adónde nos dirigimos, Francisco?

—A Sevilla Pierre, vamos a Sevilla y de ahí nos embarcaremos hacia el nuevo mundo. Creo que allí podremos dar fin a todo esta pesadilla de los pergaminos.

—¿A América?, pero no conocemos a nadie allí.

—Pues aquí ya no conocemos a mucha gente Pierre y adonde vayamos llevaremos solo problemas.

Pietro se abalanzó sobre Bernardo y con un movimiento rápido de su mano le produjo una cortada en el cuello. La yugular de Bernardo había sido seccionada y la sangre ahogaba al Cardenal. Ambrossini al saberse en desventaja intentó huir, pero pronto Giuliani lo hizo caer por tierra con un certero golpe.

—Muy bien, cardenal Ambrossini parece que sus días han terminado —dijo Giuliani sonriendo, mientras se acercaba con su espada desenvainada. Ambrossini miró a Giuliani y luego a Pietro, sabía que estaba perdido. Solo un milagro de Dios podía salvarlo en ese momento.

De repente el milagro pedido por Ambrossini se apareció por el otro extremo de la calle. Era Theodore que venía cabalgando hacia los hombres.

Theodore observó a Ambrossini y su corazón se llenó de ira al recordar a Nerea, pero al observar a Ilker dudó sobre a quien debía liquidar primero.

Los tres hombres se miraron y comprendieron que debían atacar al enemigo común. Se abrieron a lo ancho de la calle y esperaron el movimiento de Theodore. Tres contra uno seguía siendo una buena ventaja.

Theodore desmontó y con su espada desenvainada se acercó sigiloso a los tres hombres.

—Bien Ambrossini, por fin podré ajustar cuentas contigo.

—No se de que hablas Theodore, no te debo nada.

—Sabes bien que mandaste a matarme y los imbéciles de tus hombres terminaron matando a mi mujer.

—No sabes lo que dices, pero que más da, ha llegado el momento de que nos arreglemos frente a frente.

—Y tu Ilker ¿O debo llamarte Giuliani?

—Llámame como quieras Theodore, es lo menos que puedo conceder a un condenado a muerte.

—Pues esto parece una reunión familiar, de la que creo no ser parte —dijo Pietro dando unos pasos atrás.

—Contigo también debo ajustar cuentas Pietro, mataste al tutor de mi hijo, a mi amigo Antonio y te haré pagar por eso.

—Pues, si lo que hemos de hacer es ponernos al corriente, debes saber que también le perdoné la vida a tu hijo y a la bruja de la que se hacía acompañar. A esa perra, la tengo prisionera en mi campamento y te juro que si me tocas, hay órdenes de matarla.

—Si te refieres a esta chica —dijo una voz a las espaldas de Theodore, ya no es más tu prisionera Pietro. Theodore se dio la vuelta y vio a Renzo que sonreía con Isabella a su lado.

—¿Pensaste que te dejaría solo francés? ¿No sabes lo obstinados que podemos ser los milaneses? He dejado a Agustín al cuidado del doctor y me he venido presto a acabar con esto. Por el camino encontré a esta niña, quien me dijo ser prisionera de estos bastardos, así que me pareció prudente hacerla venir conmigo y que presencie su fin.

Ambrossini y Giuliani palidecieron, la presencia de Renzo una vez más ponía las perspectivas en su contra.

—Arreglemos esto como hombres razonables —dijo Giuliani. Entiendo tu deseo de venganza con Ambrossini, él mando a matar a tu mujer. Pero creo que entre nosotros hay más afinidades que diferencias.

—Maldito traidor —gritó Ambrossini, fuiste tu quien planeó el asesinato de Theodore...

—Callen ambos —interrumpió Theodore— es hora de ajustar cuentas con ustedes.

Renzo rápidamente dio instrucciones a Isabella de ponerse a resguardo y se ubicó al lado de Theodore. La lucha estaba dispuesta. Los miembros de la Sociedad Veritas avanzaron decididos hacia Ambrossini y Giuliani, estaban a punto de cruzar espadas, cuando un contingente de soldados de la guardia pontificia los rodeó. Venían acompañados de soldados españoles al mando del capitán Pizarro.

—Alto señores, deténganse en nombre de su majestad. Ambrossini y Giuliani sonrieron y avanzaron hacia los soldados, hasta que la voz de mando del capitán Pizarro ordenó apresarlos.

—Que sucede, esto es un ultraje, dijo Ambrossini, soy un enviado de Su Santidad Pablo IV y...

—Pablo IV ha muerto, cardenal, —dijo Pizarro— y tenemos órdenes del Cardenal Giovanni Medici de llevarlos presos hasta la Ciudad del Vaticano, donde pagarán sus excesos.

—Maldito bastardo de Medici, no tiene autoridad para hacernos esto, dijo Giuliani.

—Lo siento Ilker, pero ante la muerte de Pablo IV, el Camarlengo Medici es ahora quien manda en Roma —dijo un caballero saliendo de entre los soldados.

—Remí, dijo Giuliani, has sido tu quien propiciaste todo esto.

Giuliani y Ambrossini intentaron huir, pero no lograron llegar hasta los caballos. Los soldados españoles los capturaron y amarrados con sus manos a la espalda, se dispusieron a llevarlos a Roma.

—¿Qué crees que les hagan, Theodore? Preguntó Renzo.

—Pues eso dependerá de a quien elijan papa. Si es Medici, creo que mínimo pasarán el resto de sus vidas encerrados en alguna mazmorra de Italia.

—Bueno Theodore, ese par lo tiene bien merecido.

Los miembros de la Sociedad Veritas vieron a los dos cardenales recriminarse mutuamente camino a un carruaje celda.

Giulianni, se volvió hacia Theodore y con la mirada pidió ayuda. Theodore se limitó a fijar sus ojos en el turco y con un ademán de su mano se despidió para siempre de quien siempre conoció como Ilker Osdemir.

De pronto, como golpeado por un rayo, Theodore se percató de la ausencia del tercer personaje.

—Pietro, ¿Dónde está Pietro? —gritó Theodore.

El cardenal aprovechando la revuelta se había desaparecido una vez más y se había llevado consigo a Isabella.

Capítulo XXVI: Tierra de Indias, tierra de secretos

Viajes donde viajes, llevarás tu destino contigo, pues va ligado a ti desde el día en que naciste y seguirá contigo hasta que partas de este mundo.

FRANCISCO y Pierre se sentían cada vez más aislados del mundo que habían conocido y aceptado para ellos. La iglesia había dejado de ser el refugio seguro para sus almas y ahora cada vez que veían un hábito se sobresaltaban ante la idea de que pudiesen ser hombres cercanos a sus perseguidores.

—Pierre, debiste quedarte con tu padre.

—No hermano Francisco, ahora no se si puedo confiar en él, por las cosas que he escuchado y las que recuerdo de niño, mi padre está involucrado en una logia que también ambiciona estos pergaminos, ya una vez se deshizo de mi para poder tenerlos y me entregó en manos de una institución en la que no creía.

—Te dejó en manos de Antonio, que era su amigo.

—Si tal vez tengas razón, pero ahora no me fío de nada ni doy nada por sentado. Es mejor desconfiar de todos y de todo y estar prevenido, que confiar y verse en los predicamentos que hemos pasado.

—No quiero que te hagas cínico Pierre, eres como un hijo para mí y oírte hablar con esa falta de fe en la humanidad, me hace pensar que mi instrucción no fue apropiada.

—No diga eso hermano, todo lo que sé lo aprendí de usted y del hermano Antonio. Mi fe esta puesta en ustedes.

—Tu fe Pierre debe estar puesta en Dios, no en los hombres. Pierre se ruborizó y bajando la cabeza dijo:

—Lo siento hermano, por Dios clamé cuando iban a quemar al abad Antonio y a mi Isabella, grité en mis adentros «si existes impide esta crueldad», pero no fui escuchado.

—Pierre, ¿Cuántas veces te dije que no debes tentar a tu Dios? Se ha hecho su voluntad y estoy seguro de que la muerte de estos hermanos ha sido necesaria para su obra.

—Lo siento hermano Francisco, pero creo...

—¿Crees Pierre? Desde cuando antepones tus creencias a tus sentimientos. Nada te aleja más de Dios que la soberbia de tus pensamientos. Debes meditar, no intentar indagar en los misterios de lo arcano.

—Pero hermano, entonces ¿Para que estudiar, si luego debemos olvidar lo aprendido y seguir a ciegas?

—El conocimiento es una moneda de doble cara, igual te puede mostrar la cara de Dios, que arrastrarte hacia las profundidades del infierno.

—Los griegos decían, hermano Francisco, que la verdad es una e inmutable.

—Pero la interpretación de esa realidad, no lo es, joven Pierre. Estos pergaminos traen consigo elementos de verdad, de eso estoy seguro, sus descripciones de lo que iba a acontecer son precisas en cuanto a datos, nombres y fechas. Incluso podría decir, previo pedir perdón a Dios, que son más precisas que las profecías que encontramos en los libros de inspiración divina, pero detrás de la verdad se esconde un motivo, un deseo, un móvil que nos hace buscarla. ¿Cuál es el móvil que inspiró a quienes crearon estos documentos y a quienes desean obtenerlos?

—No lo sé hermano Francisco.

—Yo tampoco joven Pierre, por eso y por mi promesa a Rodrigo, no los he destruido, no he encontrado en ellos ni mentira ni maldad en si mismos, solo una gran nebulosa que me es imposible descifrar con mis limitados conocimientos. Tampoco lo pudo hacer Rodrigo y creo que eso aceleró su muerte. Pude ver en los ojos de mi amigo Álvaro un brillo desconocido cuando se los mostré, de seguro de no haber llegado los ajusticiadores, estaría tan involucrado en ellos como lo estuvo Rodrigo. La verdad y el conocimiento son una fruta delicada que si no la sabes manipular te puede envenenar.

—¿Habla usted hermano Francisco del árbol del Edén?

—Hablo del conocimiento en general joven Pierre, el fruto del saber, del bien y del mal en el Jardín del Edén es solo un ejemplo más, una metáfora para mostrarnos la lucha que se daría por el conocimiento y su uso. Ya ves, en pleno Siglo XVI de Nuestro Señor, el caudal de conocimientos se ha hecho enorme y quien lo maneje, tendrá el control de los destinos de la humanidad.

—Hermano, ¿Puedo saber de que hablan estos pergaminos que trajeron la muerte a mi querido Abad Antonio y a Isabella?

—Dudo que puedas entenderlo Pierre. Pierre se ruborizó ante lo que sintió como un menosprecio de su maestro por sus conocimientos.

—Se lo que piensas Pierre y créeme, no hay joven en Europa mejor preparado que tú, pero aún así, estos pergaminos hablan de antiguas luchas entre el bien y el mal, sin definir exactamente cuál es cuál de cada una de ellas y luego hace un recuento de hechos que ya han sucedido o que aun están por suceder que son demasiado peligrosos para el ser humano, aún en este Siglo, cuanto más lo fue para nuestros antepasados. Compartiré contigo cuanto he logrado descifrar, que se ha limitado a hechos ocurridos entre cinco siglos antes de Nuestro Señor y el día de hoy. Esta ha sido la tarea más sencilla, pues los escritos se pueden relacionar con eventos ya conocidos, pero a partir de allí habla de cosas que no puedo siquiera imaginar, como aves que surcan los cielos y que son utilizadas por los hombres para llevar muerte y destrucción, como grandes hongos que oscurecerán la tierra y la dejarán muerta por eternidades, habla de guerreros que matarán a cientos y a miles con solo mover un dedo, de reyes con la capacidad de aniquilar el planeta entero, de avances de la ciencia que nos alejarán de Dios, de niños que nacerán sin necesidad de un padre o una madre, de enfermedades peores que la peste negra, habla del conocimiento y la velocidad de transmitirlo, donde lo que has aprendido tu y lo que he aprendido yo, serán solo una introducción para niños superdotados, capaces de comunicarse a grandes distancias, sin necesidad de moverse, habla de los grandes monstruos del pasado que reviven y asesinan al planeta contaminándolo, volviendo el azul del cielo en una mancha negra.

—Hermano Francisco, todo eso es brutal, y la gente debería conocer la verdad de lo

que le espera.

—¿Pero Pierre, estamos seguros de que esa es la verdad y que esas atrocidades es lo que le esperan a la humanidad?

—Pero, usted mismo ha dicho que hasta ahora ha acertado en todo y cuanto ha descrito.

—Si Pierre, pero los aciertos del pasado no te garantizan que en el futuro las cosas se produzcan tal cual están descritas —Estos pergaminos son tan peligrosos, que incluso dan nombres de hombres que en el futuro harán cambiar la historia. Imagínate por un momento que tengamos la capacidad de destruir al que sería ese hombre mientras está en el vientre de su madre. ¿Cómo afectará eso la historia por escribirse?

—Pues para bien hermano, es claro que si destruimos a quienes portan la maldad, el mundo estará mejor.

—¿Eso crees joven amigo? Y que sucedería si por ese hecho de maldad que impides, surgen hombres que no debieron existir, aún más malvados que aquel que destruiste. Si alteraste el curso de los hechos, en caso de que pudiéramos hacerlo, ¿Qué pasará en el futuro? ¿Será mejor o peor? O quizá simplemente no haya futuro. ¿Entiendes ahora Pierre, porque estos pergaminos no deben caer en malas manos? ¿Entiendes que como humanos imperfectos, ni siquiera estamos en capacidad de saber cuáles manos son las malas y cuáles las buenas?

—Al ver llegar a tu padre, pensé por un momento que era mi salvación, la posibilidad de entregar los documentos y volver a mi apacible vida de monje, pero luego pensé ¿Porqué Rodrigo no se los dio a Theodore? ¿Por qué prefirió dejármelos a mí, que en principio ni siquiera los buscaba?

—Quizá por eso hermano, tal vez Rodrigo no quiso que los poseyera alguien con algún interés en ellos —Dijo Pierre mientras bajaba la cabeza evidentemente víctima del cansancio.

—Pierre, esta noche escribiré a mi amigo Álvaro Capmany, será mi última carta y en ella le diré todas estas cosas que he elucidado. Espero entienda mis motivos para no darle más información de la que creo es prudente que tenga. Estos pergaminos acabaron con la vida de Rodrigo y siento que están acabando con la mía. No permitiré que Álvaro también caiga víctima de sus oscuros poderes.

¿Y que pasa conmigo hermano Francisco?

¿Los quieres para ti Pierre? Antes de responderme, piensa si el fruto de ese conocimiento lo deseas por tu vanidad o para la honra de Dios.

Pierre bajó la cabeza consternado, las preguntas de Francisco para terminar cualquier conversación siempre lo dejaban con una interrogante, que debía buscar dentro de su ser. Había aprendido que Francisco no esperaba una respuesta a tales interrogantes, solo esperaba encender la chispa de la meditación en su alumno.

—Es tarde Pierre, debemos descansar, la jornada de mañana será aún más larga que la de hoy.

Theodore, Renzo y Remí se quedaron observando a los soldados de la guardia pontificia y españoles partir con los dos cardenales presos como bestias en jaulas, eran las mismas jaulas que muchas veces utilizaron para transportar a los acusados de

herejes, que murieron en la hoguera al no poder demostrar su inocencia. Eran tiempos de culpabilidad demostrada hasta poder de alguna manera justificar que los actos realizados no correspondían a actuaciones demoníacas o posesiones diabólicas. El lento andar de la carreta por el camino golpeaba los cuerpos de Giuliani y Ambrossini; un último lamento del turco, clamando a Theodore por ayuda fue apagado por un golpe de lanza en los barrotes de la jaula, Giuliani lo sabía tanto como Ambrossini, con Giovanni Medici al frente de la Iglesia, sus días de poder habían terminado y ahora iniciaban los de una lucha por la sobre vivencia.

—Cuanto me alegra verte amigo Remí, pensé que mi mensaje pidiéndote investigar a fondo a Ilker no te había llegado, a causa de la peste negra —Dijo Theodore.

—Pues llegó bien, amigo Theodore y una vez lo tuve en mis manos actué como me pediste, visité Roma en busca del Cardenal Medici y con él visité los principales centros de arte de Italia, como pensabas, no tardé en encontrar a un pintor que por encargo del Cardenal Giuliani, realizaba un retrato. He de admitir que no fue grande mi sorpresa al ver que se trataba de Ilker Osdemir, ese traidor que se nos unió hace un año y que ahora lucía en la pintura como el cardenal Giuliani. Le hablé a Medici de que contaría con nuestro apoyo económico para su investidura papal, si nos ayudaba a apartar a Ilker de nuestro camino. Esa misma noche cerraba un pacto con Medici, la guardia pontificia tenía órdenes de buscar a Giuliani y a Ambrossini por todas las tierras donde el pontífice tenía influencias y gracias a una carta que nos llegó desde Barcelona, sabíamos que podíamos encontrarlos en Valencia o en Sevilla.

—Creo que nuestra tarea en Valencia ha terminado —dijo Theodore— debemos seguir con nuestra tarea de buscar los pergaminos. En este momento solo el Cardenal que escapó se interpone entre la logia y esos pergaminos que nos darán luz sobre muchas cosas.

—Bien —dijo Renzo— en vista de que Remí está con nosotros, creo que aquí me separo de ustedes, volveré a casa, luego de dejar a Agustín con su familia.

Theodore abrazó a Renzo paternalmente:

—Bien hijo mío, regresa a casa, tu mujer e hijos te necesitan, ya has hecho mucho más de lo que podríamos esperar. Yo seguiré con Remí en la búsqueda de mi hijo y de los pergaminos. Te prometo que una vez los tenga en mi poder, convocaré a una reunión de la logia y allí determinaremos que se debe hacer con ellos.

—Bien Theodore, dijo Renzo, hasta pronto entonces y les deseo mucha suerte en el final de esta aventura. Remí se despidió de Renzo con un saludo de caballero y acomodándose en su caballo empezó el viaje hacia Sevilla. Theodore se quedó unos segundos más hablando con Renzo y luego cada hombre tomó por su camino.

Pietro había aprovechado el barullo que se había armado con la llegada de los soldados, discretamente se pegó a una pared y se fue escurriendo como serpiente entre sus grietas, pronto logró alcanzar el sitio donde se refugiaba Isabella. He tenido suerte pensó, esta chica sigue siendo mi seguro de vida y de obtener los pergaminos.

Con cautela se acercó a Isabella y la golpeó en la cabeza haciéndola perder el sentido, subió al caballo de la joven y espoleó al animal con rumbo hacia Sevilla, debía alcanzar a Francisco y a Pierre antes de que estos se fueran demasiado lejos o fueran alcanzados por Theodore. Ahora estaba solo en esta tarea, pero sentía la satisfacción que por azar del destino, Bernardo, Giuliani y Ambrossini ya no serían un estorbo para sus planes.

Pese a que Isabella era una mujer menuda, el caballo que los cargaba llevaba peso extra y se fatigaba, obligando a Pietro a detenerse más tiempo del que quería. Isabella se había despertado y al ver que era otra vez cautiva del hombre que se había convertido en su pesadilla, se revolvió con fuerza, cayendo del caballo. Pietro se detuvo y el caballo encabritó estando a punto de golpear a Isabella con sus cascos. La joven estaba asustada y la visión desde el suelo, donde veía a Pietro montado en su caballo y a punto de aplastarla con sus patas le pareció el fin de sus días. Se encomendó a Dios y cerró los ojos.

Francisco y Pierre continuaban su marcha hacia Sevilla. Ya no hablaban mucho y se concentraban en avanzar lo máximo posible, como si la conversación sobre los pergaminos hubiese secado sus lenguas, solo dejaban escapar de vez en cuando algún suspiro o gemido de cansancio, anunciando al compañero que era hora de detenerse para renovar energías. Francisco no se despegaba de la bolsa de cuero que siempre llevaba asida a su pecho. Pierre tampoco osó pedírsela, sabía que Francisco no se la daría para protegerlo de los males que suponía atraía a sus portadores y prefirió evitar el mal momento de su negativa.

Bajo la sombra de un olmo centenario, los dos hombres se tendieron sobre el pasto. Francisco lucía demacrado, con un cansancio en el alma mucho mayor que lo que podía sentir en su maltratado cuerpo. Se quitó la bolsa que colgaba de su cuello y tal como era su costumbre la ocultó cerca de donde se había detenido.

—Pierre.

—Si hermano Francisco, en que puedo servirle.

—Siento que mis días se acortan y ahora no se si podré resistir el viaje hasta América, quiero que me hagas un favor.

—¿Desea que si algo le sucede continúe su labor de escudriñar los pergaminos?

—No hijo mío, quiero que si algo me sucede te encargues de llevarlos a América, lejos de todo aquel que quiera utilizarlos.

—Pero señor, ¿Cómo? ¿No desea que se termine la labor de traducción e interpretación?

—No quiero que lo hagas tu, joven Pierre, estos pergaminos llevan una maldición consigo que ya ha costado muchas muertes. No te haré una víctima más de ellos.

Francisco con su mano temblorosa sacó una botella de entre sus ropas y tomó algunas gotas. Pierre le preguntó:

—¿Hermano que contiene esa botella? ¿Acaso estás enfermo?

—Si Pierre, desde que salí de la abadía he tenido fuertes dolores de cabeza que solo los he logrado calmar con estas gotas que llevaba consigo Rodrigo. Cada vez su efecto dura menos y necesito mayores dosis. Pronto se acabará y no se que será de mi con los dolores que me aquejan.

—Pues, en Sevilla debe haber un herbolario, podremos llevarla y aunque quede una mínima cantidad podrá replicar más medicina para usted. Aunque no me parece prudente que tome bebidas desconocidas.

—A mi tampoco Pierre, si el hermano Rafael, estuviese aquí, de seguro me golpearía

con su báculo, pero el dolor es mucho y prefiero las alucinaciones que me causa la medicina, al dolor en mi cerebro que no me deja pensar.

—Ya encontraremos un médico en Sevilla hermano y verá que en unos días estará mejor.

—Volviendo a lo nuestro Pierre, prométeme que no harás tonterías con estos pergaminos y que llegado el momento atenderás a tu corazón.

—Se lo prometo hermano.

—Bien Pierre, siempre has sido un buen chico. Ahora quiero dormir un poco, me siento muy cansado.

—Bien hermano Francisco, duerma usted, en tanto buscaré por el bosque algunas frutas para comer.

Pierre recorrió el bosque y no pudo hallar más que algunas setas y moras silvestres. Regresó al sitio donde había dejado a Francisco y lo encontró profundamente dormido. ¡Que viejo lo veía ahora en comparación con tan solo un año atrás que habían arreglado juntos el techo de la abadía! Pierre recordaba esos días con especial cariño ya que sintió que en eso fue que conoció integralmente a su maestro. Por las tardes cuando el sol bajaba ambos se tendían sobre el techo de madera y Francisco repasaba lecturas de sus autores favoritos. A Pierre aún le parecía increíble que en aquella figura desgarrada se encontrara una de las mentes más entrenadas y claras de esos años. Las historias de Francisco sin querer serlo, siempre resultaban moralejas que abundaban en la preparación del joven. Ahora que lo veía dormido, recordaba la historia de un mercader que antes que repartir sus pertenencias al momento de su muerte, prefirió dejar instrucciones de ser enterrado con ellas. El hombre tenía tres hijos y dos de ellos prefirieron ignorar su orden y repartieron sus riquezas en tres partes iguales. Al llegar el hermano mayor de un largo viaje, se encontró con la muerte de su padre y con que sus hermanos se habían repartido los bienes y se habían marchado de la casa sin siquiera dar sepultura al muerto y dejando a sirvientes desamparados. Realmente los hermanos estaban furiosos porque las riquezas de su padre habían sido menores a lo que ellos sospechaban y prefirieron no esperar a su hermano mayor que era de los tres el más juicioso. Pensaron, «de seguro el anciano avaro desea negarnos lo que hemos ganado con esfuerzo y sacrificio de nuestras familias. No le daremos gusto de enterrar las posesiones, antes haremos casa aparte y viviremos cada uno nuestra vida». Con el pesar de haberse quedado sin familia, el joven pagó de su dinero a los criados y los despidió para que siguieran su camino.

Con sus propias manos cavó la tumba de su padre, junto a la de su madre que era donde siempre quiso descansar. Al cavar se encontró con un pequeño cofre metálico envuelto en una bolsa de tela curada. La cerradura del cofre, oxidada por los años de estar enterrado cedió al contacto de sus manos y el joven pudo ver su contenido. Enterradas donde debía descansar su padre estaban las joyas más preciadas por el anciano, su valor era al menos diez veces lo que los hermanos habían repartido. Además de las joyas, en el cofre había un pergamino, escrito con letra de su padre que decía:

Las cosas más difíciles de encontrar para la mente ignorante, son aquellas que se encuentran al alcance de su vista, El hombre ingenuo siempre buscará respuestas complicadas para los problemas más sencillos.

Vive bien hijo mío y mantén de mí el legado.

Respuestas simples, para problemas complejos, acatar lo voluntad, repasó Pierre en su mente la moraleja de la historia, si los hijos del mercader hubiesen simplemente acatado una instrucción sin buscar más complicaciones que el hacer la voluntad de su padre, habrían obtenido mucho más que lo que obtuvieron con sus complicados pensamientos sobre los motivos de su progenitor.

—Hermano Francisco, despierte, debemos partir.

Francisco despertó tan cansado como se había acostado, miró a Pierre y sonrió, hace unos días había dado por perdida toda posibilidad de volver a ver al chico que se había convertido en su hijo y ahora estaban otra vez juntos.

—Vamos Pierre, nunca pensé que la prisa me condujera a ningún lado, pero ahora creo que vuelo hacia mi destino final, obligándome a ir a un paso redoblado, cuando el fin de mis días llegará igual, cualquiera que sea mi velocidad. La muerte no nos espera, ni nos alcanza, ella viaja con nosotros desde el mismo día en que nacimos, solo está presta para cortar los hilos de la vida en el momento preciso.

Pierre suspiró. Los soliloquios de Francisco siempre le hacían reflexionar para ahora no deseaba hacerlo. El tema de la muerte y la pérdida de seres queridos aún estaba muy fresco para desgastarse pensando en que pronto lo visitaría de nuevo el ángel de la muerte, para llevarse a lo único que le quedaba en el mundo.

Francisco recogió de nuevo los pergaminos y montó en su caballo. Pierre viajaba a su lado y podía verlo cada vez más cansado. Ya no era un cansancio de músculos y de huesos lo que afectaba a Francisco, era un cansancio de su alma.

—Pierre, si cabalgamos hasta el anochecer, mañana estaremos llegando a Sevilla y de ahí tomaremos el primer barco que viaje a América.

—Hermano dígame ¿Qué haremos en América, conoce usted a alguien allá?

—Si joven Pierre, he sabido que un viejo amigo ha viajado a evangelizar a los nativos y han construido una iglesia donde se enseña la palabra de Dios, más que una iglesia es una pequeña ermita donde se les instruye en la fe de la iglesia.

—La iglesia —repitió Pierre con aire de insatisfacción.

—Si Pierre, no te creas que por esto que estamos viviendo la iglesia de Jesucristo ha dejado de ser nuestro camino. Te equivocas si piensas que los seres humanos podrán derrumbar con sus actos milenio y medio de enseñanzas.

—Quisiera tener su fe, hermano Francisco.

—La tendrás joven Pierre, la tendrás cuando sea el momento apropiado.

—¿El momento apropiado?, ¿Qué momento será ese hermano?

—Eso no lo se Pierre, cada uno de nosotros tendrá un encuentro personal con Jesucristo, en el que frente a frente deberás mostrar que tan grande es tu fe. Todo lo demás que vivamos ha sido una preparación para ese momento y una vez llegado, la vida restante debe ser para meditar sobre eso y tratar de transmitir el mensaje a los hermanos.

—¿El momento de la verdad?

—No Pierre, el momento de la fe es mucho más que eso. Es renunciar a lo que

creemos verdad y abandonar nuestro orgullo de querer conocer las respuestas a los enigmas del universo. Es el momento en que el hombre renuncia a creerse Dios y se subordina a sus designios.

—Hermano Francisco ¿Debo entonces abandonar la búsqueda de la verdad?

—No joven Pierre, debes buscar la única verdad, la verdad inmutable, la que ha sido desde el principio de los tiempos y no está sujeta a cambios. ¿Qué dijo Nuestro Señor respecto a la verdad?

—Dijo, «Yo soy el camino, la verdad y la vida...»

—Exacto Pierre, busca a Jesucristo.

—¿En él hallaré las respuestas que busco?

—No mi joven amigo, en él hallarás la paz que te permitirá abandonar todas tus búsquedas.

Pierre cerró los ojos por un momento y al abrirlos de nuevo sintió un fuerte golpe que lo hizo caer del caballo. Con sus ojos nublados, logró ver un forcejeo entre Francisco y otro hombre. Al aclarar un poco su vista pudo ver a Pietro que golpeaba a su tutor con una vara. Intentó ponerse de pie, pero no hubo respuesta de su cuerpo. Francisco intentaba esquivar los golpes que le lanzaba Pietro al tiempo en que impedía que el cardenal se apoderara de los pergaminos.

—Vamos entrégamelos Francisco, así podrás salvar tu miserable vida.

—No lo haré, la maldición que pesa sobre estos pergaminos no debe hacer más daño.

—¿De que hablas monje estúpido? En esos pergaminos no hay maldiciones, solo son portadores de todo el poder del mundo. Dámelos y te prometo que serás rico y poderoso. Ayúdame a descifrarlos y toda Europa será nuestra Francisco.

—No lo haré Pietro, no sabes de lo que hablas, no hay poder en estos documentos más que el poder de matar el cuerpo y el alma de quienes los poseen o se dejan poseer por ellos.

—Déjate de palabrerías, agradece que no te mato ahora mismo porque necesito de tus servicios. Pero la vida del joven Pierre no me es valiosa para nada y si no colaboras lo mataré aquí mismo.

Pietro puso la punta de su espada sobre la garganta de Pierre que aún no salía de su aturdimiento. Francisco dudaba entre volver a huir con los pergaminos o salvar la vida de su hijo. Finalmente dijo:

—Tú ganas Pietro, deja al chico, haré lo que dices, te entregaré los pergaminos y te ayudaré a descifrarlos.

—Bien pensado amigo mío, no solo has salvado la vida de este chico, sino que juntos haremos una fortuna.

Pietro tomó a Pierre y lo llevó bosque adentro donde lo amarró fuertemente a un árbol. Volvió donde estaba Francisco y encontró al monje con la cabeza reclinada sobre un hombro.

—Vamos, no es hora de dormir.

Pietro tomó los pergaminos y junto con Francisco se dirigió a Sevilla.

—¿Puedo saber adónde iremos? Interrogó Francisco saliendo de su modorra.

—Primero iremos a Sevilla y de ahí partiremos hacia Inglaterra, lejos del alcance del poder del pontífice y desde ahí planearemos mi regreso a Roma como Papa.

Francisco se dejó caer en su caballo, lucía desfallecido, buscó entre sus ropas la botella de medicina y sus manos torpes la dejaron caer en el camino.

Agustín se sentía listo para cabalgar, su herida aún sangraba, pero el deseo de regresar junto a Patt le daba fuerzas. Renzo le había contado la noche anterior todo lo sucedido y la promesa de Theodore de convocar a una reunión de la logia, una vez tuviera los pergaminos en su poder.

—¿Sabes hermano Renzo?, Estos días en cama me han hecho reflexionar sobre nuestra cruzada. ¿De verdad te interesa saber el futuro de la humanidad?

—Creo que empiezas a envejecer amigo Agustín. Claro que me interesa saber el futuro y que papel juego en él. Saber que será de mis hijos, de mi mujer, de Milán...

—Pues ahora que estaba grave Renzo, solo deseaba una cosa y no era saber si ese sería mi fin, sino si tendría la oportunidad de besar otra vez a mi esposa, de que me diera hijos de los cuales no saber si serán reyes o vasallos, solo tener la posibilidad de averiguarlo día a día, mientras envejezco junto a Patt.

Renzo rió fuertemente. ¿Envejecer?, ¿Quién puede pensar en envejecer a tu edad valenciano? Vamos, partamos hoy mismo hacia tu tierra, estoy seguro de que Patt te estará esperando con ansias y así yo podré partir sin esta carga extra hacia los brazos de mi esposa. Pero ni creas que será para envejecer con ella, eso lo haré a su tiempo, por ahora pienso trabajar fuerte en darle a los gemelos nuevos hermanos.

Agustín intentó reír pero el dolor era fuerte y prefirió morderse la mano para no carcajearse como lo hacía Renzo.

Al anochecer de ese día ambos hombres llegaron a un pequeño poblado al otro lado de la ciudad. Algunos perros salieron al encuentro de los caballos ladrando amenazadoramente. En la casa principal se encendieron las luces y por la ventana se asomó una figura femenina. Al ver a los dos jinetes, reconoció enseguida a Agustín, corrió hacia él y llegó justo en el momento en que Renzo lo ayudaba a bajar del caballo.

Patt vio la herida de Agustín que había vuelto a sangrar humedeciendo las vendas. Lo dejó descansar en el suelo y llamó a los sirvientes para que ayudaran a llevarlo adentro.

—Busquen al médico y tráiganlo, Agustín ha vuelto herido y lo requiere con urgencia.

Un criado salió a caballo a buscar al doctor, en tanto un segundo criado y Renzo ayudaron a Agustín a entrar a la casa. Lo dejaron sobre la cama que hasta hacía unos minutos calentaba Patt y Agustín abrió los ojos y se encontró con los de su querida esposa. Los ojos que había ansiado tanto volver a ver. Patt se acercó a él y le besó tiernamente los labios.

En ese momento un llanto de un niño sonó en la habitación contigua. El rostro de Agustín denotaba su perplejidad.

Patt no esperó a que preguntara y le dijo:

—Es nuestro hijo Agustín, es nuestro hijo.

Agustín sonrió complacido y volviendo a ver a Renzo dijo: —Valencia uno, Milán cero.

—Valenciano del demonio, te olvidas de los gemelos, Milán dos Valencia uno.

—No Renzo los gemelos no cuentan, ya ellos estaban cuando te conocí. Dijo Agustín tratando de incorporarse.

—Quédate allí donde estás, que ya traen a nuestro hijo, dijo Patt mientras ponía una mano sobre el pecho de Agustín.

La criada trajo a la criatura.

—Es un varón dijo y se parece mucho a usted señor Agustín.

Agustín sintió sus ojos llenarse de lágrimas al tomar al niño entre sus brazos.

—Hola pequeño, es una gran sorpresa encontrarte. Mira, ese hombre malencarado es tu tío Renzo, el no tiene la suerte de ser de Valencia, así que tendremos que visitarlo en Milán. A él le debo mi vida, hijo mio.

Renzo apretó la mano de Agustín y dijo:

—Bueno, es hora de que parta, cuanto antes me ponga en marcha, más pronto estaré con Berenice. Recupérate pronto amigo.

—Lo haré Renzo y otra vez, gracias por todo hermano.

Renzo abandonó la habitación y sonrió aliviado. Había cumplido su promesa de traer a Agustín de vuelta, ahora quedaba solo volver con Berenice y cumplirle a ella su deseo de vivir felices.

Theodore y Remí galopaban por el camino a Sevilla cuando de pronto, amarrada en un árbol vieron la figura de una mujer, al acercarse Theodore pudo ver que se trataba de la chica que había rescatado Renzo y que había vuelto a ser prisionera de Pietro. Bajó de su caballo y la desató. La mujer estaba semidesnuda, con sus ropas hechas jirones y un golpe en la cara, pero no corría peligro. Al llegar Theodore, Isabella rompió a llorar y lo hizo por varios segundos hasta que Remí le recordó a Theodore que debían seguir el camino para recuperar a Pierre.

—¿Recuperar a Pierre? Dijo Isabella, sin mostrar esperanza en su voz.

—Sí, es mi hijo y Pietro debe ir tras él. Esperamos llegar antes. Isabella de pronto entró en razón. Si Pietro lo perseguía y era hijo de este hombre podía ser su Pierre al que creía muerto pero que Pietro le había indicado que estaba con vida. Levantándose rápidamente montó en el caballo de Theodore y alentó a los hombres a reiniciar el viaje cuanto antes.

—¿Conoces a Pierre? Interrogó Theodore.

—Sí, Pierre es mi... Se interrumpió Isabella —Vamos no hay tiempo para explicaciones, debemos encontrarlo antes que Pietro.

Los hombres y la mujer reiniciaron el camino y a escasos metros oyeron el gritar de alguien en el bosque. Remí se dirigió hacia el sitio donde se oían los gritos y encontró a

Pierre atado al viejo árbol. Lo desató justo en el momento en que Theodore e Isabella llegaban al lugar.

Pierre se quedó un momento atónito, no sabía si podía creer lo que veían sus ojos, su padre e Isabella juntos, frente a él. Isabella bajó del caballo y corrió hacia Pierre y lo besó intensamente en la boca. El joven olvidó sus dudas y se aferró a su cuerpo. Ambos mantuvieron el abrazo por segundos interminables con el miedo en sus corazones que al soltarse, todo hubiese sido solo un sueño.

Theodore bajó lento del caballo y esperó con calma para abrazar a su hijo. Cuando Pierre e Isabella terminaron de reconocerse tocó el turno de abrazo entre padre e hijo.

Theodore apretó a su hijo contra su pecho y sintió el cuerpo delicado de un monje y no el de un guerrero como siempre lo imaginaba por las noches. Quitó presión a su abrazo temiendo hacerle daño y Pierre se separó del cuerpo de su padre.

—Tenemos que buscar a Francisco. Ese hombre Pietro lo ha llevado consigo y se ha apropiado de los...

—Lo sabemos hijo, dijo Theodore. ¿Cuánta ventaja nos llevan?

—Será cuestión de una hora o menos. Han tomado camino a Sevilla, pero Francisco no se sentía bien y no creo que avancen muy aprisa.

Los hombres reiniciaron el viaje, pero dos en cada caballo era demasiada carga si querían darle alcance a Pietro, por lo que apenas alcanzaron un pueblo cercano, Pierre e Isabella desmontaron y quedaron a la espera de comprar un par de caballos que los llevara a Sevilla. Theodore les proveyó el dinero y partió enseguida con Remí. Al anoecer de ese día los dos hombres llegaron a Sevilla e interrogaron a los pobladores sobre donde encontrar a Pietro y Francisco. Nadie los había visto. Theodore se dirigió hacia el muelle y preguntó si había salido un barco en las últimas horas. La respuesta fue negativa. Ahora Theodore estaba seguro de que hombres y pergaminos estaban en Sevilla. Un viejo acostado en el muelle, le informó que el próximo barco que partiría, haría el viaje hacia Inglaterra y que ya algunas personas habían abordado.

—¿Cuándo zarpa ese barco? Interrogó Theodore.

—En unas horas mi señor, ya todo está dispuesto.

Theodore volvió al lado de Remí y le comunicó lo que había conseguido. Ambos enfilaron hacia la embarcación. Era un barco de gran calado, dispuesto para un viaje largo. Iba cargado de aventureros que viajaban a Inglaterra a probar suerte.

El barco era grande, por lo que Remí y Theodore se separaron para poder escudriñar en él. Remí tomó la parte de estribor del barco y Theodore lo hizo por babor.

Al cabo de unos minutos de caminar por el barco, tras de unos toneles Pietro esperaba agazapado a su presa. Lo vio acercarse y se ocultó aún más en las sombras. Al pasar el caballero, no tuvo tiempo de notar como el cardenal se incorporaba y se acercaba a sus espaldas.

El golpe fue certero, el caballero cayó al suelo pesadamente y de su cabeza comenzó a manar sangre. Pietro le dio vuelta al cuerpo con su pie y pudo ver a Remí con el rostro cubierto de sangre.

Con trabajo lo arrastró hasta la borda y lo dejó caer al mar, pronto el cuerpo se hundió en las aguas del Mediterráneo.

Habiéndose deshecho de Remí, se aprestó a esperar a su próxima víctima. Ahora lo único que lo separaba de los pergaminos era Theodore. Debía acabar con él de una vez por todas.

En la misma posición en que sorprendió a Remí, Pietro vio venir a Theodore. Lo espero con cautela, lo vio pasar a su lado y detenerse ante la mancha de sangre que había dejado Remí en el suelo. Theodore aguzó sus oídos y continuó la búsqueda caminando despacio.

Apenas había dado un par de pasos, cuando sintió la presencia de Pietro a sus espaldas. El cardenal blandía un objeto metálico pesado e intentaba acertar el golpe en el cráneo del caballero, un movimiento rápido de Theodore hizo errar por centímetros a Pietro, pero el golpe cayó con fuerza sobre el hombro de Theodore, destrozándole la clavícula. Pietro intentó un nuevo golpe, pero Theodore le pateó fuertemente la rodilla. El cardenal cayó al suelo, justo al lado de Theodore y se aferró fuertemente al hombro dañado del francés haciéndolo gritar de dolor. Pietro tomó el metal para estrellarlo contra la cabeza de Theodore, pero un nuevo golpe del caballero lo hizo caer de espaldas. Rapidamente intentó incorporarse pero su rodilla golpeada no se lo permitía. Trastabillando llegó hasta los toneles que le escondían y se apoyó en ellos. Theodore había logrado desenvainar su espada y se acercó al cardenal amenazante, Pietro no era diestro con las armas, pero el estado de Theodore le facilitaba las cosas. Atrevido sacó su espada y se abalanzó sobre el maestro de la VsV. Ambos acertaron sus golpes. La espada de Theodore se clavó en el estómago de Pietro, quien pronto empezó a escupir sangre por su boca y no tuvo tiempo para proferir una última maldición sobre Theodore.

El caballero, también había sido impactado y aunque su herida era menos severa, su sentencia de muerte estaba dictada. Se arrastró hasta Pietro y tomó la bolsa de cuero que caía sobre su pecho. La bolsa estaba manchada con la sangre del cardenal. Theodore la apretó contra su pecho y sintió que su vida se le escapaba. En ese instante llegaron Pierre e Isabella al barco.

Pierre al ver a su padre herido, se abalanzó sobre él. Pero ya no había nada que hacer. Theodore con sus últimos alientos, entregó a Pierre la bolsa, mientras le decía:

—Confío en ti hijo mío, se que sabrás que hacer con ellos.

—Pierre apretó el cuerpo de su padre y sintió como las fuerzas se le escapaban.

Isabella en tanto, había oído ruidos en un camarote cercano y al abrirlo encontró a Francisco atado de pies y manos. Lo liberó y juntos regresaron al lado de Pierre.

Francisco se arrodilló frente a Theodore, quien al ver la cruz en el pecho del monje, lo sujetó de la mano ya sin fuerzas.

Francisco acercó su oído a la boca de Theodore, pero ya no pudo oír nada. Levantó lentamente su cabeza y vio a Pierre llorando.

—Hijo, se ha confesado ante mí y le he dado la absolución de sus pecados. Estoy seguro que Nuestro Señor lo ha perdonado. Pierre se abrazó a Isabella y lloró amargamente. Juntos descargaron todas las emociones que habían acumulado.

A la mañana siguiente, luego de dar entierro a Theodore, los tres se aprestaron a subir

al barco que los llevaría a América.

Pierre había devuelto los pergaminos a Francisco, quien otra vez sintió el enorme peso que le significaban.

—Pierre, estoy muriendo, le dijo. Quiero que hagas lo correcto. Confío en ti, viaja a América y en ese continente sin mancha, dispón de estos pergaminos como te dicte tu conciencia. Pero no dejes que su mal te haga daño.

—Si hermano, lo haré.

—Reflexiona por el largo camino que tienes y pide a Dios te ilumine. Envía esta última carta a mi amigo Álvaro, en ella le cuento todo cuanto ha acontecido. Le digo que los pergaminos ya no serán más motivo de preocupación para nadie. Cuando decidas que hacer con ellos, escríbele y dale cuenta de lo que has hecho, el sabrá ocultar el secreto de estos pergaminos, hasta que sea conveniente que se conozcan.

—¿Y cuándo será eso maestro? —Dijo Pierre con lágrimas en los ojos.

—Eso solo el tiempo lo dirá, pero llegará el día en que la humanidad sea lo suficientemente sabia, para que el conocer el devenir no sea una maldición.

Pierre e Isabella, siguieron su viaje hacia a América, mientras Francisco moría una semana después con los pergaminos fuertemente aferrados a su pecho.

—Ha muerto, Pierre —dijo Isabella.

—Lo se, he perdido a toda mi familia y aún no se el porqué.

—Pues de ahora en adelante yo seré tu familia Pierre, si me lo permites.

—Pierre abrazó con fuerza a Isabella y la besó torpemente en los labios.

—No sabía que le permitían a los monjes besar así.

—Pues a ellos no lo se, pero yo no soy un monje, ahora solo soy un hombre con un destino que no sabe muy bien adonde lo llevará.

—Pues por lo pronto, que sea a nuestro camarote, hay muchas cosas que debemos aprender juntos si es que ya no eres un siervo de Dios.

—Quizá lo que decía Pietro si era cierto.

—¿Respecto a qué?

A que eres una bruja Isabella.

Capítulo XXVII: El desenlace

No todo es blanco o negro, no todo es malo o bueno, existen los matices...

PILAR, Gabriel y Ariel pasaron el resto del día en Valencia, visitaron la Basílica de los Desamparados, donde Ariel, que ya la conocía, les mostró el Miguelete o el Micalet, como lo llaman allí. Les explicó que la Torre del Miguelete, emblema de la arquitectura gótica valenciana, recibe su nombre por la gran campana situada en lo alto y que fue bautizada el día de San Miguel Arcángel. Les enseñó la Capilla del Santo Cáliz, donde se encuentra una reliquia muy preciada, el Santo Cáliz que según la tradición fue usado por Jesucristo en la última Cena. Visitaron el Museo Diocesano, donde admiraron entre otras obras de arte, lienzos de Goya o esculturas como El Cristo de la Buena Muerte de Alonso Cano.

Aprovechando que era jueves, fueron testigos de cómo actúa el Tribunal de las Aguas, la institución que con más de mil años de antigüedad, imparte justicia a través de un proceso oral y en lengua valenciana en la Puerta de los Apóstoles y sus resoluciones son inapelables.

Terminada la visita a la Basílica y conocedor Ariel del gusto de Pilar por las plantas, los llevó a visitar el Jardín Botánico de la ciudad, que data de principios del siglo XVII y cuenta con más de tres mil especies vegetales de todas partes del mundo, siendo considerado uno de los mejores de Europa.

Tanto paseo les había abierto el apetito, así que se dirigieron a unos de los lugares más bellos de Valencia, según les aseguró Ariel y pudieron corroborar Pilar y Gabriel; se trataba del restaurante Devesa Gardens, situado a quince minutos de la ciudad, junto al mar y rodeado de pinos, arrozales y el lago de la Albufera, un lugar paradisíaco donde disfrutaron del paisaje y de una excelente comida.

La sobremesa no fue menos agradable, la charla era tan distendida que Gabriel y Pilar llegaron incluso a olvidar sus sospechas sobre Ariel. Antes de marchar Ariel les habló de dar un paseo por los jardines del restaurante, les contó que eran ochenta mil metros de unos jardines maravillosos a lo cual Pilar aceptó con rapidez. Eran casi las siete de la tarde, cuando este les preguntó si deseaban ir al hotel ya que había pedido a Raúl que reservara habitaciones en el Astoria, uno de los hoteles más acogedores de la ciudad y muy cerca del aeropuerto de Manises. Gabriel especialmente agradeció la sugerencia, ya que apenas había descansado desde que salió de América.

Apenas llegaron al auto donde Raúl los esperaba, Ariel le preguntó si había habido suerte con el vuelo y este le respondió que había hecho las reservas para el día siguiente, viernes, a las doce de la mañana.

—Has tenido suerte Gabriel, podrás dormir por lo menos hasta las diez de la mañana —le dijo sonriendo.

—Eso espero, estoy tan cansado que no sé si lograré dormir —respondió también entre risas.

—Yo tampoco se si lograrás dormir —le dijo Pilar en voz baja y gesto pícaro, a lo que Gabriel respondió con una mueca infantil.

Tardaron más de lo que esperaban en llegar al hotel debido a una manifestación contra

el terrorismo en pleno centro de la ciudad, lo que había provocado un colapso en el tráfico que la policía intentaba solucionar con bastante dificultad. Se dirigieron a recepción cansados, Ariel pidió las llaves y el recepcionista le entregó tres. Ariel miró al hombre y le dijo que habían reservado dos habitaciones, una de ellas doble; él revisó el ordenador y respondió que constaban tres reservas a su nombre y eran todas individuales.

—Vuelva a revisar por favor, estoy seguro que reservamos dos —dijo Ariel, bastante molesto.

—No importa Ariel, creo que Gabriel y yo podremos superar una noche mas separados, míralo, apenas se mantiene en pie, no me echará de menos.

—Salvado por la campana —dijo Gabriel con una sonrisa— no te preocupes Ariel, no es tan grave.

—Discúlpenme —dijo el recepcionista— si desean una doble les puedo cambiar las dos individuales pero no nos queda mas que una suite y es en piso diferente. Además consta que pidieron una de las individuales con bañera hidromasaje y la treinta y dos la tiene.

—No —dijo Pilar— no es necesario cambiar nada, está bien así. La treinta y dos para mi, me gusta ese número y la bañera; la treinta y treinta y cuatro son vuestras. Deberíamos cenar antes de subir ¿no os parece?

—Si lo desean pueden pasar a nuestro restaurante, están sirviendo la cena —les dijo el recepcionista.

—Buena idea —respondió Gabriel— no creo ser capaz de moverme ni para eso, cuando entre a la habitación. Comer ahora o ayunar hasta mañana.

El restaurante estaba prácticamente lleno pero el maître los llevó a una mesa junto a la ventana, con una hermosa vista. Pidieron la cena y mientras tanto tomaron una copa de vino. La conversación devino, como era de esperar, sobre los documentos encontrados y lo que encontrarían en América.

—¿Sabéis lo único que siento? —dijo de repente Pilar, cambiando de tema.

—¿Qué sientes? —dijo Gabriel.

—Que es la segunda vez que vengo a España y me voy sin visitar el Pilar de Zaragoza, hace años prometí a mi madre hacerlo al menos una vez al año —respondió pensativa.

—Si no es indiscreción Pilar ¿porqué le prometiste eso? —preguntó Ariel.

—Mi madre era española Ariel —respondió ella— nacida en Tarazona, una ciudad de la provincia de Zaragoza. Era muy religiosa y devota de la virgen del Pilar a la que debo mi nombre. Mi abuelo fue enviado a Italia como agregado militar cuando ella tenía diecisiete años; allí cursó sus estudios y conoció a mi padre, un médico militar italiano con el que se casó. Era hija única por lo que tras la muerte en accidente de tráfico de mis abuelos, sólo regresó a España varias veces. Sé que amaba este país y sus gentes, muchas veces me contaba cosas de su niñez, de las costumbres de su tierra y lo hacía con melancolía a pesar de que su vida en Italia, junto a mi padre, fue muy feliz. Hace cinco años le diagnosticaron un cáncer y a pesar de que la trataron los mejores especialistas, hace poco menos de dos años murió, no sin antes pedirme que visitara la Basílica del Pilar de vez en cuando. Yo le prometí que lo haría al menos una vez al año

y el año pasado lo cumplí, el día doce de octubre yo estaba en la ofrenda a la virgen. Este año he venido dos veces y no he podido ir.

—Si lo deseas podemos retrasar la vuelta Pilar —dijo Ariel— aplazamos los billetes y haces esa visita.

—Gracias Ariel —respondió ella— pero creo que en vez de aplazar los billetes aplazaré la visita, quiero que sea con un motivo especial que espero se cumpla antes de fin de año.

—Como deseas —respondió él— mirando a Gabriel como si esperase una explicación de su parte; sin embargo este miraba a Pilar con un gesto de ternura que lo asombró.

En ese momento llegó el camarero con la cena y la conversación se dirigió hacia el delicioso aspecto de esta y las excelencias del vino, un Alto Turia tinto que degustaron con satisfacción. Por último pidieron de postre el típico arnadí y una copa de agua de valencia que Ariel aconsejó que tomaran despacio ya que la combinación llevaba además del zumo de naranja, cava, ginebra, vodka y cointreau.

—Eres un gran conocedor de España, Ariel —le dijo Pilar— me asombra que la conozcas tan bien.

—Pasé varios años aquí Pilar —respondió él— fue parte de mi formación y conozco las principales ciudades bastante bien: Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla. Es tarde, creo que deberíamos subir a descansar, Raúl ya se encargó del equipaje y estará en vuestras habitaciones.

—Buena idea Ariel —dijo Gabriel— estoy a punto de quedarme dormido sobre la mesa.

Subieron al primer piso, la habitación treinta se la quedó Gabriel, la treinta y dos Pilar, como había pedido y la siguiente Ariel, quien les dio las buenas noches y los dejó solos.

—Bueno —dijo Pilar con una sonrisa mientras Ariel se alejaba— todo se confabula para que estemos separados así que mañana nos veremos.

—¿Así sin más? —Preguntó él. ¿Ni un beso de buenas noches?

—Si te quedan energías —respondió Pilar, mientras ponía los brazos alrededor del cuello de Gabriel y lo besaba— terminaré de agotártelas.

—¿Qué te parece si compartimos mi pequeña cama? —dijo él— no me apetece separarme de ti.

—Voy por mi equipaje —contestó Pilar sonriendo— anda espérame dentro que ya vengo.

—No tardes —dijo Gabriel— puede que me encuentres dormido si tardas mas de dos minutos.

—A sus órdenes jefe —bromeó ella— antes de que llegues a la cama estaré ahí. Toma mi bolso y ponlo en la habitación que dentro están todos los documentos.

Apenas cinco minutos después entraba en la habitación, que Gabriel había dejado abierta, para comprobar que se había dormido sobre la cama totalmente vestido:

—Pobrecito, se le veía tan cansado... En fin, volveré a mi habitación, mejor que duerma

tranquilo —se dijo, mientras lo tapaba con la sabana y salía cerrando la puerta tras de sí.

—Al entrar a su cuarto recordó que no había cogido el bolso pero como esa noche no necesitaría nada de lo que había en él, ya lo cogería por la mañana.

Abrió la maleta y sacó ropa limpia, se dio una ducha que la relajó menos de lo que esperaba y se puso uno de los pijamas que había traído; era uno de color azul que la favorecía y a Gabriel le gustaba.

—Tal vez despierte temprano y quiera terminar lo que esta noche no pudo —se dijo mirándose al espejo con coquetería.

Puso la alarma del móvil a las ocho y media y se metió en la cama, estaba tan cansada que se quedó dormida al instante. Entre sueños escuchó un golpe seco pero pensó que sería la puerta de alguna habitación y se dio la vuelta para seguir durmiendo, sin embargo una sensación de asfixia la hizo abrir los ojos y tratar de levantarse aunque algo se lo impedía y la poca luz no la dejaba ver que era. Una vez que sus ojos se adaptaron a la oscuridad casi total, pudo distinguir una persona inclinada sobre ella que mantenía su mano tapándole la boca y casi totalmente la nariz. Le costaba mucho respirar y sabía que si no aflojaban la presión terminaría por perder el conocimiento. Trataba de luchar para soltarse pero no podía mover las piernas ni las manos; entonces escuchó una voz que apenas era un susurro:

—Señorita Agnelli, no me gustaría hacerle daño si no es necesario, al menos aun no, así que quédese tranquila y no grite ¿De acuerdo? Si me causa problemas su precioso cuello sufrirá las consecuencias.

Pilar se quedó quieta, estaba segura de que ese hombre no bromeaba; trató de asentir con la cabeza aunque le resultaba imposible moverla, sin embargo él pareció entender y aflojó la mano lo suficiente para que pudiera respirar mejor. Entonces se encendió una lamparita en un rincón de la habitación y pudo ver con claridad, eran dos hombres, el que la sujetaba y otro algo más joven que era el que había encendido la luz y que tenía los ojos fijos en ella.

—La voy a dejar levantarse —volvió a decir el que la sujetaba— pero si hace el más mínimo intento de gritar, la mato.

Dicho esto, le quitó la mano de la boca a la vez que sacaba una pistola del bolsillo de la chaqueta. Le apuntó a la cara mientras quitaba su rodilla de encima de las piernas de Pilar; se alejó unos pasos de la cama y le dijo:

—Levántese, usted y yo vamos a tener una charla de amigos.

Pilar notó su acento francés, recordó entonces al hombre del tren, también francés o al menos con el mismo acento y se preguntó si estos serían sus cómplices, tal vez como el otro falló, habían venido refuerzos. Hizo caso a ese hombre y se levantó de la cama, se puso de pie y lo miró a los ojos, no quería parecer asustada, no le daría esa satisfacción a pesar de que lo estaba y mucho. Con un gesto, el hombre la hizo sentar en un sillón frente a él, ella obedeció de inmediato y esperó sus siguientes palabras.

—Supongo que sabe lo que buscamos —dijo él— así que dénoslo y nos ahorraremos trabajo y momentos desagradables para ambos.

—No sé que es lo que quiere de mí —respondió Pilar tratando de parecer sincera— no soy una persona rica aunque si lo que busca es dinero podemos llegar a un acuerdo.

No había terminado la frase cuando el hombre le asestó una bofetada tan fuerte que le partió el labio inferior dejándole la cara de un color rojo que poco a poco se iba transformando en morado. Pilar notó un sabor dulce en la boca, se pasó la mano y la retiró manchada de sangre. Sentía como el rostro le ardía y apenas podía contener las lágrimas.

—Si prefiere que hagamos las cosas del modo difícil por mi no hay problema, puede ser muy satisfactorio para mi amigo y para mí, conseguir lo que queremos. Es usted una mujer muy hermosa —dijo mientras pasaba el cañón de la pistola desde su mejilla hasta su pecho, rozándola apenas— y tenemos órdenes de conseguir esos documentos a cualquier precio.

Pilar levantó la mirada y se encontró con unos ojos fríos como el hielo, su sensación de que era un hombre peligroso no podía ser más acertada, sin embargo, no podía entregarle los documentos sin intentar algo antes, no solía rendirse tan fácil.

—No los tengo —dijo, mirándolo de frente. Su amigo me los quitó.

—¿Qué amigo? —Preguntó Paul con cara sorprendida.

—Su amigo, el que me atacó en el tren —respondió ella.

Paul no pudo evitar una carcajada, tenía que reconocer que la chica tenía agallas aunque no debía ser tan lista como parecía o se habría dado cuenta de que estaba jugando con su vida.

—Señorita Agnelli —le dijo con una sonrisa cruel que a Pilar le provocó escalofríos— ese tipo del tren no es mi amigo, de hecho ya no es amigo de nadie, sólo era un pobre inútil mandado por el obispo de Montpellier para conseguir unos documentos que no le pertenecen. Esos documentos son nuestros, hemos luchado por ellos desde hace siglos y nadie impedirá que lleguen a nuestras manos.

—¿Y quienes son ustedes y para que quieren esos documentos? —preguntó Pilar con curiosidad.

—Déjese de preguntas y no intente tomarnos el pelo. Sabemos que los documentos los tiene usted, de tenerlos el sabueso del obispo los habríamos encontrado antes de deshacernos de él, así que empiece a hablar antes de que yo use otros métodos. ¿Dónde están? No nos haga registrar la habitación —dijo mientras apuntaba el cañón a la sien de Pilar.

Se dio cuenta que era una tontería seguir negándolo, este tipo tenía intención de conseguirlos y estaba segura que después la mataría. Debía pensar con rapidez, no podía llevarlos a la habitación de Gabriel y que le hicieran daño a él también, tenía que encontrar otra forma.

—Es cierto que no los tengo yo —dijo de repente Pilar— después de lo que pasó en el tren mi prometido pensó que era más seguro que se los quedara él.

—Estupendo, por fin se dio cuenta que es mejor decir la verdad señorita Agnelli —dijo Paul con gesto satisfecho— no sería correcto salir al pasillo en pijama, así que póngase una bata y dígame en que habitación está su prometido.

—Gabriel está en la treinta y cuatro, aquí al lado —dijo Pilar, pidiendo perdón a Dios por su mentira pero no podía llevarlos a la habitación de Gabriel y exponerlo.

—Buena chica, así me gusta —sonrió Paul— aunque de haber sabido que los documentos los tenía su prometido nos habríamos ahorrado trabajo, los ordenadores no son lo mío y me costó cambiar las reservas, por suerte sabíamos que sus compañeros serían galantes y le cederían la habitación con hidromasaje; en fin, la próxima vez será más fácil. No creo que a Gabriel le importe si su prometida le hace una visita nocturna, al menos yo estaría encantado si fuera él, así que levántese que nos vamos. Luke, abre la puerta y mira si está despejado el pasillo, no queremos testigos de esta cita amorosa ¿Verdad señorita Agnelli?

El hombre se levantó sin decir ni una palabra, abrió la puerta y miró a ambos lados.

—Todo despejado, podemos salir —dijo, abriendo completamente la puerta para dejar paso a Pilar y a Paul.

Este la sujetaba por el brazo, mientras le seguía apuntando con la pistola que ahora trataba de ocultar bajo la chaqueta ante la posibilidad de que alguien los viera al salir de la habitación. La empujó ligeramente cuando ella se detuvo y con gesto serio le dijo que continuara y no intentara nada extraño. Se detuvieron frente a la puerta de la que Pilar dijo que era la habitación de su prometido, suponía que los habían estado vigilando y por suerte parece que se habían centrado en ella y la habitación que ocupaba, no parecían saber cual era de Gabriel.

—Llame e intente parecer convincente —le dijo Paul apretando el cañón del arma contra la cintura de Pilar— que piense que lo echa de menos y no trate de jugármela o los mato a los dos.

Pilar trató de serenarse, aunque no confiaba en Ariel, debía reconocer que le gustaba su carácter y la forma en que se comportaba con ella y no quería que le hicieran daño. Debía pensar lo que decir para que él supiera que algo iba mal y estuviera prevenido al abrir la puerta. Tocó despacio:

—Gabriel, abre, la siesta de la tarde me quitó el sueño —dijo en voz lo bastante alta para que Ariel la escuchara— vamos Gabriel, se que tu tampoco podrás dormir.

Ariel escuchó a Pilar llamar a la puerta, tenía el sueño ligero, pero las palabras de ella lo confundieron. Se levantó para abrir y decirle que este era su cuarto y no el de Gabriel pero cuando estaba a punto de hacerlo pensó en sus palabras, Pilar había dicho que habían dormido siesta y sin embargo habían pasado todo el día fuera. Sacudió un poco la cabeza tratando de despejarse, ella no era nada despistada, equivocarse de habitación no era normal y eso de la siesta no tenía sentido, algo iba mal. Pegó el oído a la puerta sin hacer ruido y escuchó la voz de alguien que estaba con Pilar:

—Vuelva a llamar —dijo Paul— su prometido tiene el sueño profundo y bastante mal carácter, todo hay que decirlo. No me mire extrañada señorita Agnelli, Gabriel y yo somos viejos conocimos, tomamos el mismo vuelo hasta España.

Pilar volvió a tocar la puerta un poco más fuerte, estaba segura de que era el fin de su mentira y de sus vidas, conocía a Gabriel así que estaba todo perdido.

—Gabriel, vamos, abre la puerta —dijo de nuevo.

Al otro lado Ariel pensaba con rapidez la mejor forma de actuar, sabía quienes eran los tipos que acompañaban a Pilar, lo que no sabía era porque ella les hacía creer que él era Gabriel; además, si estaban aún allí es que no tenían en su poder los documentos

y eso le extrañaba porque era gente preparada y los podían conseguir fácilmente, no dudarían en matarla para ello.

Gabriel despertó de repente, una sensación de angustia lo embargaba y no era la primera vez que la sentía. Era lo mismo que sintió en el tren cuando Pilar estaba en peligro. Sabía que no podría volver a dormir sin saber que estaba bien así que se levantó y se puso los pantalones y la camisa. Salió al pasillo y vio que Pilar estaba con dos hombres frente a la habitación de Ariel; en ese momento uno de ellos se giró un poco e inmediatamente reconoció al tipo del avión; se escondió y prestó atención. Pilar lo estaba llamando a él pero en la puerta del monje, no sabía porque actuaba así pero tenía que hacer algo, ella estaba en peligro.

—Una pistola —se dijo aterrado— la está apuntando con un arma.

Sabía que buscaban los diarios ¿Pero por qué no se los había entregado? No había nada más importante que su vida y estos hombres eran peligrosos.

—No los tiene —recordó de pronto— los tengo yo, me los entregó para ir por su maleta; soy un bruto, me dormí antes de que volviera.

Entró a la habitación, tomó el bolso de Pilar y sacó la cartera con los documentos, escondiéndola dentro de su camisa; negociaría con ellos, los diarios a cambio de que la dejaran en paz.

Ariel buscaba la mejor forma de actuar, esos tipos conocían al prometido de Pilar y si no se le ocurría algo inmediatamente los matarían a los dos. Corrió al baño, se puso un albornoz y se cubrió la cabeza con la capucha; después se llenó de espuma de afeitar la cara como si estuviera a punto de afeitarse. Apagó la luz del dormitorio y dejó solo una luz del baño que con la puerta abierta daba solo algo de claridad, si se mantenía de espaldas a la luz tal vez no se dieran cuenta de que no era Gabriel. Era una idea absurda pero no se le ocurría nada mejor. Con cuidado de no hacer ruido quitó el pestillo de la puerta, se volvió al centro de la habitación, tomó aire y con voz como de estar constipado dijo:

—Pasa, la puerta está abierta, pensaba ir a ver si tienes algo para la garganta, apenas puedo hablar —dijo intentando parecer afónico.

—Volvemos a encontrarnos Gabriel —dijo Paul empujando la puerta y a Pilar para que entrara en la habitación— no haga tonterías si no quiere ver los sesos de su prometida fuera de su bonita cabeza.

—Pensé que no volvería a verlo —le respondió Ariel, manteniéndose de espaldas a la luz.

Se había dado cuenta que Paul, a la vez que sujetaba a Pilar la apuntaba con un arma que llevaba escondida. Ella lo miraba tratando de adivinar que estaba pensando, esperaba que tuviera algún plan ya que le había seguido el juego porque a ella lo único que se le ocurría era golpear al que la sujetaba y salir corriendo.

—Le dije que volveríamos a vernos Gabriel, aunque no pensé encontrarlo en tan lamentable estado, el clima de España no le sienta bien. En fin, ese resfriado es el último de sus problemas, lo que debe preocuparle ahora es salir con vida los dos de este hotel y sólo hay una forma de hacerlo, entréguenos los documentos —dijo Paul presionando visiblemente el arma contra el cuerpo de Pilar para que viera que hablaba en serio.

—¿Y cómo sabré que no nos matarán cuando se los entregue? —Respondió Ariel.

—No lo sabrá —contestó Paul— tendrá que contentarse con saber que si no me los entrega los mataré a los dos pero a su prometida mas lentamente y si me los entrega tal vez los deje marchar puesto que no me suponen un problema, nadie creería su historia si la contaran.

Gabriel escuchaba desde el pasillo, la puerta estaba entreabierta y podía ver a los dos hombres de espaldas, Paul seguía sujetando a Pilar y el otro estaba a la derecha expectante pero sin intervenir en la conversación. Veía a Ariel, que estaba de frente pero Ariel no lo veía a él ya que Pilar estaba delante. Empujó suavemente la puerta tratando de no hacer ruido, solo necesitaba abrirla unos centímetros más para que Ariel pudiera verlo, tal vez si los entretenía él podría entrar y atacar a Paul para que Pilar huyera, se daba cuenta que negociar no era buena idea, los matarían después de hacerse con los documentos.

Ariel miraba a los dos hombres, sabía que no podría con ambos así que tenía que atacar al que estaba armado aunque seguramente el otro también lo estaría. Si conseguía tomarlos desprevenidos podían salir corriendo o al menos intentarlo, no podía dejar que se llevaran los documentos. Estaba a punto de lanzarse contra Paul cuando vio a Gabriel tras la puerta, tenía que hacer algo para que no lo vieran entrar, entre los dos les resultaría más fácil reducirlos.

—Está bien, usted gana —dijo a Paul— se los entregaré, están en el baño, los escondí en el maletín de aseo.

—Buena decisión, vamos por ellos y no se le ocurra intentar nada o la mato —contestó Paul empujando a Pilar hacia el baño mientras seguía apuntándola.

Ariel se dio la vuelta y entró al baño, se acercó al maletín que estaba sobre el taburete y lo cogió.

—Aquí están —dijo enseñándole el maletín siempre de espaldas a la luz.

—Tómelo y márchese.

—No tan rápido —respondió— ábralo, que vea los documentos.

Ariel volvió a poner el maletín donde estaba y se inclinó como si lo fuera a abrir, esperaba que Gabriel le diera una señal para actuar él también.

Gabriel los vio entrar al baño, el otro hombre seguía en el centro de la habitación inmóvil, era la oportunidad que estaba esperando. Empujó la puerta y se lanzó contra él, Luke no tuvo tiempo de reaccionar; cayeron al suelo entre golpes derribando una pequeña mesa y la lámpara que había sobre ella. Luke asestó un golpe a Gabriel en el pecho que lo dejó unos instantes sin respiración lo que aprovechó para ponerse sobre él apretándole el cuello para asfixiarlo. Gabriel sentía que estaba a punto de perder el conocimiento, hizo un esfuerzo y miró alrededor tratando de encontrar algo para defenderse, entonces vio la lámpara, extendió la mano y cuando ya pensaba que era su fin, consiguió alcanzarla y usando las escasas energías que le quedaban, le asestó un certero golpe en la sien. Luke cayó desplomado sobre él, con los ojos muy abiertos.

Paul escuchó el golpe y se giró sorprendido hacia la habitación, Ariel aprovechó la oportunidad para lanzarse contra él derribándolo contra la ducha.

El francés se golpeó la cabeza y quedó conmocionado; Ariel y Pilar salieron corriendo

justo a tiempo para ver como Gabriel golpeaba a Luke con la lámpara. Pilar corrió hacia él asustada al ver su cara tan roja y las marcas de dedos que empezaban a aparecer en su cuello.

—¿Estas bien? —dijo arrodillándose a su lado y tratando de ayudarlo.

—Sí, Pilar ¿Y tú? esos tipos te han golpeado, te sangra el labio —contestó incorporándose y mirándola preocupado.

—No te preocupes Gabriel, estoy bien, no quise darles los documentos porque me habrían matado después, no se me ocurrió nada más que ganar tiempo trayéndolos a la habitación de Ariel porque....

—Creo que esas explicaciones será mejor que se las des después —dijo Ariel— ahora debemos irnos de aquí cuanto antes, el tipo del baño no tardará en despertar. Deberías coger los documentos Pilar, no hay tiempo para nada más.

—Los documentos los tengo yo, salgamos de aquí y vayamos a la policía, creo que he matado a ese hombre —dijo Gabriel señalando a Luke.

—No creo que sea buena idea —respondió Ariel— deberíamos ir al aeropuerto y marchar para América, si vamos a la policía nos retendrán aquí quien sabe cuanto tiempo.

—Salgamos de aquí —dijo Pilar— ya habrá tiempo de decidirlo después; debes coger los documentos, con ellos está toda mi documentación incluido el pasaporte.

—Los tengo aquí Pilar, los cogí para negociar con ellos —dijo Gabriel— pero debo coger los míos que están en mi habitación.

Salieron al pasillo y mientras Gabriel entraba por su cartera, Ariel llamaba a Raúl para que los esperara en la puerta. Salieron rápidamente a la calle y apenas unos minutos más tarde Raúl llegaba con el auto. Gabriel se acercó al coche con Pilar tras él, en ese momento Ariel se giró y vio a Paul que apuntaba a Pilar con la pistola desde una de las terrazas, sabía que iba a disparar, se lanzó contra ella para quitarla de la trayectoria de la bala. Ella cayó al suelo sintiendo el cuerpo de Ariel sobre el suyo, apenas podía moverse por el peso.

—Ariel, subamos al coche —le dijo ella— estaremos más seguros. Ariel —repitió— me estás aplastando.

—¿Pilar estás bien? —gritó Gabriel mientras se arrastraba hacia ella, intentando mantenerse fuera del alcance de Paul.

—Si Gabriel —le contestó— pero Ariel no se mueve.

Gabriel dio la vuelta al cuerpo de Ariel y vio la mancha de sangre en su pecho. Tomó a Pilar por la mano y la ayudó a llegar hasta el auto donde Raúl agachado, esperaba que subieran para salir de la línea de fuego. Apenas estuvieron dentro Raúl aceleró y se alejó de allí.

—¿Ariel esta muerto verdad? —preguntó mirando por el retrovisor a Gabriel.

—Sí, Raúl, está muerto, se que es tu amigo pero no puedes hacer nada por él, lo siento —respondió Gabriel— será mejor ir a la policía y contarles todo esto.

Pilar estaba callada, se miraba las manos ensangrentadas con gesto incrédulo; Ariel

estaba muerto y ella no se había dado cuenta hasta ese momento de que estaba llena de su sangre. Había muerto tratando de protegerla y sin embargo ella no confiaba en él.

—Pilar —dijo Gabriel. —¿Estás bien de verdad?

—Sí, pero tengo que limpiarme las manos —respondió ella mientras buscaba en el bolsillo de la bata un paquete de pañuelos que siempre llevaba.

—Espera, toma mi pañuelo y tranquilízate —le susurró Gabriel acariciándola con ternura.

—No es necesario los tengo aquí —respondió ella con el paquete en la mano pero mirando un sobre que había sacado junto con él del bolsillo.

—¿Qué es eso Pilar? —preguntó Gabriel al ver su cara de sorpresa.

—No lo se —respondió ella— aquí pone para Pilar y esta letra creo que es de Ariel pero no se que hace en mi bolsillo.

—Ábrelo y salgamos de dudas —le dijo Gabriel.

Pilar rasgó el sobre que estaba cerrado, sacó un papel doblado y vio que era una carta.

Hola Pilar:

No se si esta carta llegará alguna vez a tus manos, tal vez tenga un momento de locura y te la entregue. Los días que estamos pasando juntos en esta búsqueda me han hecho conocerte bien; tu forma de ser, tu honradez y tu dulzura me han llegado al corazón, un lugar en el que pensé que no había lugar para cierto tipo de sentimientos. Desde muy joven tenía marcado mi destino, para él he sido preparado y a él me entregué en la certeza de que era el camino correcto. Sin embargo en estos días una duda ha anidado en mí alma inmortal, sí, una en especial sobre otras mucha: ¿Es cierto que el fin justifica los medios? Mi fin es conseguir los pergaminos y para ello he mentido y he hecho cosas de las que ahora no me siento muy orgulloso. Tal vez lo que te estoy confesando sea mi fin, el fin de la que era mi vida hasta ahora; soy miembro de una logia cuyas raíces se remontan a siglos atrás, cuya única meta ha sido hacerse con los pergaminos; yo soy el encargado de estar a tu lado, ganarme tu confianza, esperar que los encuentres y hacerme con ellos. Si lees esta carta es porque mis sentimientos nuevos prevalecen sobre lo que siempre pensé que era mi deber. Espero que algún día puedas perdonarme y consigas la felicidad con Gabriel.

Ariel.

—Mis sospechas eran ciertas —dijo Pilar con lágrimas en los ojos— no era de fiar, pero a pesar de eso, no debía haber muerto.

—Desde luego que no —respondió Gabriel abrazándola con ternura— nadie merece eso, además, esta carta que debió poner él en tu bolsillo, demuestra que se arrepentía. Estoy convencido de que no era una mala persona, iremos a la policía y se le hará justicia.

—Sí, Gabriel, debemos contarles todo lo que ha pasado además hay un hombre muerto en el hotel, si no lo hacemos podrían pensar que tenemos algo que ver.

—Yo tengo algo que ver Pilar —dijo Gabriel con un deje de tristeza en la voz— yo lo he

matado aunque haya sido para salvar tu vida y la de Ariel; nunca me creí capaz de matar hasta que vi que te apuntaba con un arma.

—No te culpes Gabriel, no te quedó otra opción, nos habrían matado después de conseguir los documentos —respondió ella besando su mejilla.

—Raúl ¿Sabes donde está la comisaría de policía? —preguntó Gabriel.

—Tranquilo —contestó él— estaremos allí en diez minutos, relájense.

Pilar se acurrucó en los brazos de Gabriel, estaba tan agotada que apenas cerró los ojos, se quedó dormida. La despertó sobresaltada la voz de Gabriel:

—¿Dónde estamos Raúl? Esto no es una comisaría.

—¿Qué pasa Gabriel? —preguntó a su vez Pilar aún adormilada.

—No lo sé Pilar —le dijo él apretándola contra sí como tratando de protegerla. —Raúl no nos ha llevado a la comisaría como le pedí, no sé que lugar es este.

—Tranquilos —les dijo él sacando una placa del bolsillo y mostrándosela— soy policía no tienen nada que temer.

—¿INTERPOL? —preguntó Gabriel asombrado.

—Sí, si tiene paciencia dentro le explicaremos porqué están aquí y no en la comisaría de policía como me pidió.

Bajaron del auto aún sin creerlo, el lugar, más que una oficina de la INTERPOL parecía un edificio abandonado, sin embargo, apenas cruzaron la puerta, se dieron cuenta de que era cierto, ese era un centro de operaciones de la policía. Docenas de personas, muchas de ellas de uniforme trabajaban frente a sus ordenadores; Gabriel se fijó en los equipos que usaban, eran de última generación, recordaría contarle a uno de sus amigos que era policía en Costa Rica y siempre se quejaba de que sus ordenadores a veces ni funcionaban.

—Pasen a esta oficina y siéntense, pediré que les traigan algo de comer —les dijo Raúl con una sonrisa que pretendía tranquilizarlos.

Apenas unos minutos después entraba una joven con una bandeja en la que había café y unos sándwich; la colocó sobre la mesa y le dedicó una sonrisa pícara a Gabriel mientras les deseaba buen provecho. Pilar la miró sonriendo también y le dio las gracias.

—Si no estuviera tan cansada me habría puesto celosa pero lo dejaré para otro momento —dijo cuando la chica salió de la oficina, provocando una carcajada de Gabriel.

—No necesitas celarme aunque estés descansada —respondió él besándola suavemente en los labios— sabes que no tengo ojos más que para ti.

—No son tus ojos los que me preocupan —contestó ella con un mohín.

—¡Serás bruja! —dijo Gabriel volviendo a reír.

—No imaginas cuanto —dijo Pilar mientras tomaba un sándwich— y una bruja hambrienta.

Momentos después Raúl entraba a la oficina acompañado de otro hombre.

—Espero que estén más tranquilos. Antes de nada, mi nombre no es Raúl, soy el agente Mitchel de la INTERPOL y él —dijo señalando al hombre que lo acompañaba— es el comisario de policía Manuel Tirado. Voy a explicarles brevemente porque estamos aquí. Estamos investigando una red internacional que se dedica al crimen organizado y al tráfico de armas, sabemos que hay implicado alguien muy importante para quien trabaja el hombre que les ha disparado. La línea de investigación que seguíamos nos llevó hasta una sociedad secreta a la que pensamos que pertenecía Ariel; es por eso que me hice pasar por un agente extranjero al que habían expulsado del cuerpo y me gané su confianza; estaba muy interesado en usted Pilar y no sabíamos el motivo hasta hace unos días en que él mismo me lo contó. Nos dimos cuenta de que él no pertenecía a esa sociedad cuando la atacaron a usted en el tren y uno de nuestros hombres nos informó de que tras salir ustedes del vagón habían llegado tres hombres y uno de ellos había asesinado al secuaz del obispo de Montpellier. Siguiendo esa línea de investigación descubrimos que pertenecen a dos sociedades secretas o logias distintas que persiguen lo mismo aunque la que a nosotros nos interesa es a la que pertenece el hombre que ha matado a Ariel. Es de vital interés descubrir al cabecilla de esta red y necesitamos su ayuda.

—¿En qué podemos ayudarles, nosotros no sabemos nada del crimen organizado?
—dijo Pilar mirando al comisario.

—Necesitamos que nos cuenten porque los siguen a ustedes tanta gente, sabemos que tienen detrás al obispo de Montpellier y a dos organizaciones secretas, una de ellas muy peligrosa —respondió el comisario.

—Nosotros no tenemos nada que ver con esas organizaciones —dijo Gabriel un poco a la defensiva.

—Sabemos que ustedes son inocentes Gabriel —les dijo Mitchel con una sonrisa, intentando calmarlo— he estado mucho tiempo a su lado y al de Ariel y se que ustedes no son delincuentes. Lo único que deseamos saber es porque esos grupos tienen tanto interés en ustedes y sus investigaciones.

—Tal vez yo pueda responderles a eso —dijo Pilar— les voy a contar todo desde el principio.

Casi una hora más tarde terminaba su relato ante la mirada incrédula de los policías.

—Sé que es difícil de creer —dijo Gabriel— ya nos advirtió Paul que lo sería.

—Para nada —respondió Mitchel— por supuesto que les creo, con esto encajamos una pieza más en el rompecabezas, no sabíamos porque el interés en ustedes. ¿Hay algo más que debemos saber? Cualquier cosa, aunque parezca sin importancia nos puede ayudar.

—No —dijo Pilar— ya les hemos contado todo.

—Todo, no —dijo a su vez Gabriel— yo tengo algo más que contarles. Ya conocía al tipo que nos disparó, lo conocí en el avión y entre otras cosas me confesó que el había matado a Germán, el hombre que nos contactó para contarnos la historia y pedirnos ayuda. Además, creo que he matado a su compañero.

—No se preocupe Gabriel, eso fue en defensa propia, no lo vamos a acusar de nada; el estar aquí es para pedirles ayuda. Sabemos que tienen vuelo reservado para esta

mañana y queremos que lo tomen como estaba previsto pero queremos que lo hagan de forma que nos ayuden a atrapar al que les disparó.

—¿Y como podemos hacer eso? Nosotros no somos policías —dijo Pilar.

—Pues haciendo lo que iban a hacer nada más, que tomen ese avión —respondió Mitchel— nosotros nos encargaremos de todo, ustedes solo tienen que ir al aeropuerto y hacer lo que nosotros les digamos.

—Nos va a usar de cebo ¿no es eso? —dijo Gabriel preocupado.

—Si Gabriel —respondió el comisario— necesitamos detener a Paul y hacerle confesar, es nuestra última oportunidad. Ustedes no estarán en peligro en ningún momento, pueden estar seguros.

—Lo haremos —dijo Pilar decidida— ese tipo asesinó a Germán, Ariel y a mucha más gente, debe pagar por ello y el hombre para quien trabaja también.

—Yo pienso lo mismo —respondió Gabriel— esa gente debe terminar en la cárcel, haremos lo que nos digan.

—Muy bien —les dijo el comisario— les voy a contar como lo haremos.

Varias horas después Gabriel y Pilar se cambiaron de ropa y se prepararon para ir al aeropuerto; el comisario había dado orden de que les trajeran sus equipajes y se solucionara con discreción el alboroto en el hotel, solo una nota en las noticias de la mañana, sobre el asesinato, diciendo que por el momento se pensaba en una lucha entre dos bandas rivales, no querían que si Paul los veía sospechara nada.

Llegaron al aeropuerto en el mismo auto que habían estado usando y con Raúl, ahora Mitchel, conduciendo. Se despidieron de él, facturaron el equipaje y entraron en la cafetería para desayunar algo mientras esperaban la orden de embarque que tardaría al menos una hora; veinte minutos después salían de allí y se sentaban a leer el periódico uno junto al otro, pero en un momento dado Pilar se levantaba y entraba al baño con el bolso en la mano. Al ir a cerrar la puerta Paul entró tras ella y le apuntó con la pistola:

—Nos volvemos a ver señorita Agnelli —dijo presionando el arma contra su espalda— esta vez conseguiré los documentos y usted no saldrá de aquí con vida, debí matarla cuando tuve oportunidad, al igual que a ese viejo estúpido de Germán. Déme los documentos, el jodido embajador me va a pagar una fortuna por ellos, las creencias no están reñidas con vivir a lo grande, al menos las mías. ¡Vamos, vuélvase!

Ella se dio la vuelta con un arma en la mano...

—Usted no es... —dijo Paul con la cara descompuesta.

—Suelte el arma —dijo una voz a sus espaldas— suéltela o disparamos.

—No, no soy la señorita Agnelli —respondió la mujer— soy la agente Méndez de la INTERPOL. Será mejor que suelte el arma.

Paul dejó caer el arma al suelo e inmediatamente los agentes procedieron a su detención.

En ese mismo momento Pilar y Gabriel embarcaban, con una sonrisa, tras la noticia que les había dado Mitchel, Paul había caído y había acusado al embajador francés en

Costa Rica, sobre el cual se iba a dictar una orden de búsqueda y captura.

—Tenemos una visita pendiente a España —dijo Pilar.

—Si Pilar —respondió Gabriel besándola en los labios— pero dame una semana al menos para dormir, debo recuperar energías.

—Que sea un mes y hacemos el trato —le respondió Pilar con un guiño mientras subían al avión.

Epílogo

Ningún viaje está completo si no tienes un lugar agradable adonde regresar.

PILAR y Gabriel apenas se recuperaban de lo asombroso que puede ser el futuro. El simple hecho de conocer a Germán había cambiado sus vidas e incluso había estado a punto de traerles la muerte. Ahora, mientras abordaban el avión de Iberia, Pilar sentía que habían pasado meses desde que se regresó de Costa Rica.

—Vaya vacaciones he tenido Gabriel.

—Pues intentaré que de ahora en más, sean igual de emocionantes pero menos peligrosas.

—Pues si, para peligros ya estuvo bueno. ¿Quién me iba a decir que como teóloga y pareja de un historiador iba a vivir estos días?

—Pues eso te pasa por andar husmeando donde no debes Pilar. Siempre tienes que hacer una pregunta de más, decir la última palabra o tratar de arreglarle el mundo a todos cuantos te rodean.

—Eso no es cierto, Gabriel. Nunca busco decir la última palabra respecto a ningún tema. Pero vamos dejemos esto de lado y volvamos a toda esta trama. Los pergaminos deben estar en América, hasta allá los llevó Pierre y es el último domicilio conocido de este chico.

—¿Qué habrá sido de él?, Gabriel.

—Pues por lo que pude investigar, junto a Isabella se dedicó a cuidar a los nativos. Fundaron una villa que servía de hospital y tuvieron una descendencia importante, que llega hasta el actual embajador de Francia en mi país.

—Bueno eso explica el interés del diplomático en estos documentos. ¿Un hospital? ¿Cómo sabes esas cosas querido? —Dijo Pilar mientras se acomodaba en el asiento.

—Pues es lo que pude investigar mientras tú estabas recorriendo el Mediterráneo con el religioso ese.

—Vamos ya, esas escenas de celos ya no te lucen. Te he dicho que de ese hombre me encantaba su cerebro, no...

—Pues no veo que reparo le pones al mío, está lleno de historia y de conocimientos.

—Bien Gabriel, lo siento, he sido una niña mala, ya podrás castigarme al regresar a casa. Ya ves, tu hecho todo un angelito y yo dándote celos. Vamos ¿Dejamos ese tema ya zanjado?

—Buenos días Gabriel, que placer tenerlo en este vuelo, —dijo la sobrecarga interrumpiendo e inclinándose hacia Gabriel y dejándole ver un generoso escote.

—Buenos días, —dijo tímidamente Gabriel, mientras observaba a Karla sonreír con los dientes más blancos y parejos que había visto en su vida.

—¿Gabriel?, ¿Karla?, sin duda un excelente servicio a bordo —dijo Pilar mientras miraba a Gabriel con una mirada que lo fulminaba.

—Tienes razón, dejemos este tema zanjado y tratemos de dormir, dijo Gabriel sonriendo y cerrando los ojos.

Pilar siguió a la sobrecarga con la vista y la vio desaparecer en la zona de clase turista. Mientras Gabriel fingía dormir, Pilar seguía atando cabos.

—Pierre funda un hospital y lo atiende con Isabella, tienen descendencia que llega hasta hoy con el embajador francés en Costa Rica, que contrata asesinos para matar a Germán y seguirnos para hacerse de los diarios, pero ¿Dónde quedaron los pergaminos?

—¿Dónde los escondió Pierre? ¿En su tumba o en la de Isabella? No claro que no, demasiado obvio, además no querría esa compañía para su eternidad. ¿En algún libro de su biblioteca particular? Ya esta habría sido revisada hasta la saciedad por el embajador sin ningún resultado. Pilar volvió a revisar el diario de Pierre que cargaba consigo y repasó despacio sus páginas. Se encontró con los apuntes más recientes que databan de muchos años después de haber llegado a América, decía:

«Al acercarse el atardecer de mis días, mudos secretos guardo, no quiero que la humanidad vuelva a sufrir, de la búsqueda de este secreto el quebranto, que estos pergaminos descansen escondidos bajo el nombre de mi padre. De él sea la paz. De él sea la Paz Gocen sus restos de eterno... saber lo que ansió en su vida y que eso le de la paz cada día.»

El resto de la frase estaba ilegible por el paso del tiempo, la humedad y la calidad de las tintas había hecho que el papel prácticamente se deshiciera en las manos de quien lo tocaba. Pilar lo trató con mucho cuidado, pero aun así muchas palabras estaban perdidas para siempre.

—Vamos Pierre, ¿Dónde escondiste los pergaminos? —Hablaba Pilar con el diario, mientras oía a Gabriel roncar a su lado, solamente incomodado por un niño que en el asiento de atrás del historiadore se entretenía en el largo viaje encendiendo y apagando las luces y llamando a la sobrecarga.

Cansada del niño pero siempre con una sonrisa en la boca, Karla llevó al niño algunas revistas con las que entretenerse. El chico se quedó quieto por unos segundos y cargó contra Pilar:

—Señorita, no tendrá usted un bolígrafo que me preste. Pilar pensó por un momento que lo mejor era mantenerlo ocupado. Sacó del bolsillo de Gabriel su pluma y se la extendió al crío.

—¿Qué vas a hacer muchacho?

—Pues llenar estos pasatiempos y ganarme un automóvil.

—Ah, ¿Es tan sencillo? —Exclamó Pilar divertida.

—Si, solo tienes que encontrar estas palabras que se encuentran escondidas entre todas estas letras.

—¿Una sopa de letras? ¿Será posible?

Pilar solo por diversión buscó las palabras Theodore, Francisco y Antonio, pero no halló nada parecido en el texto del diario.

—Vamos Pilar, no será tan sencillo —se dijo para si. Copió en un papel la frase del diario de Pierre y comenzó a buscar letra por letra el nombre del padre del chico.

—Pues el nombre puedo formarlo dijo, pero fuera de entretenerme como el niño, esto no me dice nada.

«Al acercarse el atardecer de mis días, mudos secretos guardo, no quiero que la humanidad vuelva a sufrir, de la búsqueda de este secreto el quebranto, que estos pergaminos descansen escondidos bajo el nombre de mi padre. De el sea la paz. De el sea la Paz Velen sus restos de eterna... saber lo que ansió en su vida y que eso le de la paz cada día.»

—Theodore de la Va. Bueno las frases que se perdieron bien podrían contener el resto.

Pilar siguió dándole pensamiento al asunto por más de una hora sin lograr ningún avance, a sus espaldas se oía la respiración profunda del niño que se había dormido.

Gabriel se acomodó en su asiento y Pilar aprovechó para darle un beso. El historiador despertó y con una sonrisa en sus labios dijo a Pilar:

—¿Has dormido bien?

—Pero que morro tienes Gabriel, llevo horas velándote el sueño, intentando resolver este enigma sobre dónde escondió Pierre los pergaminos.

—No te ocupes más Pilar, ese secreto se lo llevó ese hombre a la tumba, de seguro los indios lo amortajaron con ellos y fueron comida de los gusanos.

—No digas tonterías. De seguro él los puso en un sitio a salvo donde generaciones futuras pudieran encontrarlos.

—Si Pilar, de seguro un historiador guapo y una teóloga terca que nunca da el brazo a torcer.

—¿Terca yo? Musitó Pilar mientras sonreía.

—Vaya hasta con una pregunta retórica tienes que dar la última palabra ¿verdad?

—Tema zanjado Gabriel. Voy a intentar dormir.

Horas después el avión aterrizaba en el Aeropuerto Juan Santamaría. Gabriel buscó el equipaje de mano y ayudó a Pilar a salir del avión, sus cuerpos estaban entumecidos por el largo viaje.

—Pilar, alquilaré un auto y viajaremos hoy mismo a nuestra cabaña. Ardo en deseos de dormir con esa tranquilidad.

—Lo siento Gabriel, no esperes que yo conduzca esta noche, estoy rendida, mejor descansemos en un hotel cercano y continuaremos el viaje mañana. ¿Te parece?

—Bien Pilar, eso haremos.

—Así me gusta que seas, complaciente.

—Pero no te acostumbres Pilar, alguna vez querré decir la última palabra de una conversación.

La pareja llegó hasta el hotel más próximo en un taxi que hallaron a la salida del

aeropuerto. Pilar se tendió inmediatamente sobre la cama y Gabriel acomodó con evidente desgano el equipaje.

—Buscaré algo de ropa para dormir, dijo Gabriel.

—¿Ropa? Ven acá mi historiador despistado, esta noche no la necesitarás.

Nuevamente se fundieron en un beso eterno que desencadenó en que agotaran las pocas energías que les quedaban. Gabriel exhausto se volvió en el cama buscando la posición habitual en que dormía. Pilar aún despierta le dijo:

—Gabriel, cuando hablaste de que Pierre se llevó a la tumba el secreto ¿Hablabas en serio?

—Si Pilar, hablaba en serio, todos estos secretos medievales terminan en la tumba de algún caballero que jamás es encontrada. Estos pergaminos serán como el Santo Grial.

—¿Dentro de una tumba? dijo Pilar.

—Dentro o sobre, ¿Qué más da Pilar?

—¿Sobre una tumba? que cosas dices Gabriel, ¿Cómo iban a estar sobre una tumba?

—No lo se amor, solo he dicho lo primero que se me vino a la mente.

—¿Sabes Gabriel? En el diario de Pierre al final del mismo vienen anotaciones hechas con letra diferente ¿Verdad?

—Si Pilar, se estila dar fin a los diarios con la fecha de defunción o algún pensamiento que resuma la vida de las personas.

—¿Puedes leerme esas líneas?

—Vamos Pilar, deja eso, el pensamiento no dice nada, son tonterías de alguien que murió hace quinientos años.

—Solo léelo Gabriel.

—Como digas Pilar, eres imposible: «Aquí yace Pierre todo un monje y caballero que Dios le de consuelo y que pueda recibir la paz de los justos que toda búsqueda le sea esperanza concedida. Que girasol germine escurriendo bajo el bambú que atrae...»

—Luego hay algunas manchas y frases pérdidas, al final se puede leer: «...encantadores y arrulladores trinos y que maíz no te falte en otro amanecer que...»

—Luego el texto vuelve a cortarse, como puedes ver Pilar, no dice nada.

—Quizá tengas razón, Gabriel.

—Gabriel, y si buscamos las letras que conformaban «Theodore de la Vassieré» en el primer escrito y...

—Pilar, déjalo, pasarán mil años para saber donde pueden encontrarse y además aunque descubriéramos el lugar, piensa, han pasado cinco siglos, quizá ya no existan los pergaminos o...

—Mira Gabriel he resaltado la frase y ¿Qué crees?

—No me digas, los pergaminos están en el lobby de este hotel —dijo Gabriel sonriendo.

—No te burles de mi, mira:

«Aquí yace Pierre todo un monje y caballero que Dios le de consuelo y que pueda recibir la paz de los justos que toda búsqueda le sea esperanza concedida. Que girasol germine escurriendo bajo el bambú que atr ae...»

«... y arrulladores trinos y que maíz no te falte en otro amanecer que...»

—Trasgrutarmita.

—Trasgrutarmita, excelente, iremos a ese sitio por la mañana y retiraremos los pergaminos, luego iremos a Las Vegas y nos haremos millonarios con los tips que nos den.

—Eres imposible, Gabriel. Solo por eso cuando descubra el secreto no te lo diré.

—Vamos Pilar, duérmete ya.

—Trasgrutarmita, trasgrutarmita —repetía Pilar.

—Tras gruta rmita. Si, lo tengo.

—¿Qué tienes Pilar? Susurró Gabriel casi dormido.

—Nada amor, nada.

—Bien, ahora duérmete que el secreto del lugar donde están esos pergaminos quedará para futuras generaciones. Buenas noches Pilar.

—Buenas noches Gabriel. Pero de que lo tengo, lo tengo.

FIN